

MATEO ALEMÁN

Guzmán de Alfarache

ÍNDICE

Primera Parte de la vida de Guzmán de Alfarache -----	4
Prolegómenos -----	5
Libro primero de Guzmán de Alfarache -----	13
Capítulo primero-----	13
Capítulo II -----	20
Capítulo III -----	28
Capítulo IV -----	32
Capítulo V -----	38
Capítulo VI -----	42
Capítulo VII -----	45
Capítulo VIII -----	50
Libro segundo de Guzmán de Alfarache -----	73
Capítulo primero-----	74
Capítulo II -----	78
Capítulo III -----	80
Capítulo IV -----	84
Capítulo V -----	88
Capítulo VI -----	95
Capítulo VII -----	100
Capítulo VIII -----	106
Capítulo IX -----	112
Capítulo X -----	116
Libro tercero de Guzmán de Alfarache -----	120
Capítulo primero-----	121
Capítulo II -----	125
Capítulo III -----	129
Capítulo IV -----	133
Capítulo V -----	137
Capítulo VI -----	141
Capítulo VII -----	146
Capítulo VIII -----	152
Capítulo IX -----	157
Capítulo X -----	162
Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache -----	173
Prolegómenos -----	174
Libro primero -----	184
Capítulo primero-----	185
Capítulo II -----	190
Capítulo III -----	197
Capítulo IV -----	204
Capítulo V -----	208

Capítulo VI -----	213
Capítulo VII -----	218
Capítulo VIII -----	223
Libro segundo -----	230
Capítulo primero -----	231
Capítulo II -----	239
Capítulo III -----	246
Capítulo IV -----	254
Capítulo V -----	262
Capítulo VI -----	268
Capítulo VII -----	275
Capítulo VIII -----	283
Capítulo IX -----	293
Libro tercero -----	304
Capítulo primero -----	305
Arancel de necedades -----	308
Capítulo II -----	313
Capítulo III -----	323
Capítulo IV -----	332
Capítulo V -----	344
Capítulo VI -----	354
Capítulo VII -----	361
Capítulo VIII -----	367
Capítulo IX -----	375

Primera Parte de la vida de **Guzmán de Alfarache**

Prolegómenos

Aprobación

Por mandado de los señores del Consejo Real, he visto un libro intitulado Primera parte del Pícaro Guzmán de Alfarache, y en él no hallo alguna cosa que sea contra la Fe Católica, antes tiene avisos morales para la vida humana; por lo cual se puede dar la licencia que pide. Y por ser así, di ésta firmada de mi nombre en Madrid, y de enero 13, de 1598.

FRAY DIEGO DE ÁVILA

Yo, Gonzalo de la Vega, escribano de cámara del Rey, Nuestro Señor, y uno de los que en su Consejo residen, doy fe que habiéndose visto por los señores del Consejo un libro intitulado Primera parte de Guzmán de Alfarache y dádole privilegio a Mateo Alemán, criado del rey, Nuestro Señor, para que le pudiese imprimir y vender por tiempo de seis años, le tasaron cada pliego del dicho libro en papel a tres maravedís, que sesenta y cuatro pliegos que tiene el dicho libro, sin los principios, montan ciento y noventa y dos maravedís, y al dicho respeto se han de vender los principios, y al dicho precio y no más mandaron que se vendiese y que esta fe de tasa se ponga en la primera hoja de cada libro, para que se sepa el precio dél. Y porque dello conste, de pedimiento del dicho Mateo Alemán y mandamiento de los dichos señores, di la presente. En Madrid, a cuatro de marzo de mil y quinientos y noventa y nueve años.

GONZALO DE LA VEGA

El rey

Por cuanto por parte de vós, Mateo Alemán, nuestro criado, nos fue fecha relación que vós habíades compuesto un libro intitulado Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana, del cual ante los del nuestro Consejo hicistes presentación; y atento que en su composición habíades tenido mucho trabajo y ocupación y era libro muy provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir y privilegio para le poder vender por tiempo de veinte años, o por el que fuésemos servido o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron en el dicho libro las diligencias que la premática por Nós últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar esta carta para vós en la dicha razón, y Nós tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, vos damos licencia y facultad para que por tiempo de seis años cumplidos primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la data desta nuestra cédula, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin dél de Gonzalo de la Vega, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes y primero que se venda lo traigáis ante ellos, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma cómo por el corretor nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa le imprimiere ni a otra alguna, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y

primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando fecho y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual segundamente se ponga esta nuestra cédula y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros Reinos. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena sea tercera parte para el denunciador, y la otra tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidente y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa, Corte y chancillerías, y a todos los corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes mayores e ordinarios y otros jueces e justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y, señoríos, así a los que agora son como a los que serán de aquí adelante que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que vos hacemos, y contra el tenor y forma de lo en ella contenido no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Madrid, a diez y seis de febrero de mil y quinientos y noventa y ocho años.

YO, EL PRÍNCIPE.

Por mandado del Rey, Nuestro Señor,

Su alteza en su nombre.

DON LUIS DE SALAZAR

A Don Francisco de Rojas

Marqués de Poza, señor de la Casa de Monzón, presidente del consejo de la hacienda del rey nuestro señor y tribunales della

De las cosas que suelen causar más temor a los hombres, no sé cuál sea mayor o pueda compararse con una mala intención; y con mayores veras cuanto más estuviere arraigada en los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos, porque suele ser en los tales más eficaz y menos corregida. Son cazadores los unos y los otros que, cubiertos de la enramada, están en acecho de nuestra perdición; y, aun después de la herida hecha, no se nos descubre de dónde salió el daño. Son basiliscos que, si los viésemos primero, perecería su ponzoña y no serían tan perjudiciales; mas como nos ganan por la mano, adquiriendo un cierto dominio, nos ponen debajo de la suya. Son escándalo en la república, fiscales de la inocencia y verdugos de la virtud, contra quien la prudencia no es poderosa.

A éstos, pues, de cuyos lazos engañosos, como de la muerte, ninguno está seguro, siempre les tuve un miedo particular, mayor que a los nocivos y fieros animales, y más en esta ocasión, por habérsela dado y campo franco en que puedan sembrar su veneno, calumniándome, cuando menos, de temerario atrevido, pues a tan poderoso príncipe haya tenido ánimo de ofrecer un don tan pobre, no considerando haber nacido este mi atrevimiento de la necesidad en que su temor me puso.

Porque, de la manera que la ciudad mal pertrechada y flacas fuerzas están más necesitadas de mejores capitanes que las defiendan, resistiendo al ímpetu furioso de los enemigos, así fue necesario valirme de la protección de Vuestra Señoría, en quien con tanto resplandor se manifiestan las tres partes –virtud, sangre y poder– de que se compone la verdadera nobleza. Y pues lo es favorecer y amparar a los que, como a lugar sagrado, procuran retraerse a ella, seguro estoy del generoso ánimo de Vuestra Señoría que,

estendiendo las alas de su acostumbrada clemencia, debajo dellas quedará mi libro libre de los que pudieran calumniarle.

Conseguirásé juntamente que, haciendo mucho lo que de suyo es poco, de un desechado pícaro un admitido cortesano, será dar ser a lo que no lo tiene: obra de grandeza y excelencia, donde se descubrirá más la mucha de Vuestra Señoría, cuya vida guarde Nuestro Señor en su servicio dichosos y largos años.

Mateo Alemán:.

Al vulgo

No es nuevo para mí, aunque lo sea para ti, oh enemigo vulgo, los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes, cuán mordaz, envidioso y avariento eres; qué presto en disfamar, qué tardo en honrar, qué cierto a los daños, qué incierto en los bienes, qué fácil de moverte, qué difícil en corregirte. ¿Cuál fortaleza de diamante no rompen tus agudos dientes? ¿Cuál virtud lo es de tu lengua? ¿Cuál piedad amparan tus obras? ¿Cuáles defetos cubre tu capa? ¿Cuál atriaca miran tus ojos, que como basilisco no emponzoñes? ¿Cuál flor tan cordial entró por tus oídos, que en el enjambre de tu corazón dejases de convertir en veneno? ¿Qué santidad no calumnias? ¿Qué inocencia no persigues? ¿Qué sencillez no condenas? ¿Qué justicia no confundes? ¿Qué verdad no profanas? ¿En cuál verde prado entraste, que dejases de manchar con tus lujurias? Y si se hubiesen de pintar al vivo las penalidades y trato de un infierno, paréceme que tú sólo pudieras verdaderamente ser su retrato. ¿Piensas, por ventura, que me ciega pasión, que me mueve ira o que me despeña la ignorancia? No por cierto; y si fueses capaz de desengaño, sólo con volver atrás la vista hallarías tus obras eternizadas y desde Adam reprobadas como tú.

Pues ¿cuál enmienda se podrá esperar de tan envejecida desventura? ¿Quién será el dichoso que podrá desasirse de tus rampantes uñas? Huí de la confusa corte, seguísteme en la aldea. Retíreme a la soledad y en ella me heciste tiro, no dejándome seguro sin someterme a tu jurisdicción.

Bien cierto estoy que no te ha de corregir la protección que traigo ni lo que a su calificada nobleza debes, ni que en su confianza me sujete a tus prisiones; pues despreciada toda buena consideración y respeto, atrevidamente has mordido a tan ilustres varones, graduando a los unos de graciosos, a otros acusando de lacivos y a otros infamando de mentirosos. Eres ratón campestre, comes la dura corteza del melón, amarga y desabrida, y en llegando a lo dulce te empalagas. Imitas a la moxca importuna, pesada y enfadosa que, no reparando en oloroso, huye de jardines y florestas por seguir los muladares y partes asquerosas.

No miras ni reparas en las altas moralidades de tan divinos ingenios y sólo te contentas de lo que dijo el perro y respondió la zorra. Eso se te pega y como lo leíste se te queda. ¡Oh zorra desventurada, que tal eres comparado, y cual ella serás, como inútil, corrido y perseguido! No quiero gozar el privilegio de tus honras ni la franqueza de tus lisonjas, cuando con ello quieras honrarme, que la alabanza del malo es vergonzosa. Quiero más la reprehensión del bueno, por serlo el fin con que la hace, que tu estimación depravada, pues forzoso ha de ser mala.

Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece: corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parezca, que las flores holladas de tus pies coronan las sienes y dan fragancia a el olfato del virtuoso. Las mortales navajadas de tus colmillos y heridas de tus manos sanarán las del discreto, en cuyo abrigo seré, dichosamente, de tus adversas tempestades amparado.

Del mismo al discreto lector

Suelen algunos que sueñan cosas pesadas y tristes bregar tan fuertemente con la imaginación, que, sin haberse movido, después de recordados así quedan molidos como si con un fuerte toro hubieran luchado a fuerzas. Tal he salido del proemio pasado, imaginando en el barbarismo y número desigual de los ignorantes, a cuya censura me obligué, como el que sale a voluntario destierro y no es en su mano la vuelta. Empeñéme con la promesa deste libro; hame sido forzoso seguir el envite que hice de falso.

Bien veo de mi rudo ingenio y cortos estudios fuera muy justo temer la carrera y haber sido esta libertad y licencia demasiada; mas considerando no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno, será posible que en lo que faltó el ingenio supla el celo de aprovechar que tuve, haciendo algún virtuoso efeto, que sería bastante premio de mayores trabajos y digno del perdón de tal atrevimiento.

No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas, pues ni le desvanece la elocuencia de palabras ni lo tuerce la fuerza de la oración a más de lo justo, ni estriba su felicidad en que le capte la benevolencia. A su corrección me allano, su amparo pido y en su defensa me encomiendo.

Y tú, deseoso de aprovechar, a quien verdaderamente consideré cuando esta obra escribía, no entiendas que haberlo hecho fue acaso movido de interés ni para ostentación de ingenio, que nunca lo pretendí ni me hallé con caudal suficiente. Alguno querrá decir que, llevando vueltas las espaldas y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto. Pues doyte mi palabra que se engaña y a solo el bien común puse la proa, si de tal bien fuese digno que a ello sirviese. Muchas cosas hallarás de rasguño y bosquejadas, que dejé de matizar por causas que lo impidieron. Otras están algo más retocadas, que huí de seguir y dar alcance, temeroso y encogido de cometer alguna no pensada ofensa. Y otras que al descubierto me arrojé sin miedo, como dignas que sin rebozo se tratasen.

Mucho te digo que deseo decirte, y mucho dejé de escribir, que te escribo. Haz como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo; recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco: no los echés como barreduras al muladar del olvido. Mira que podrá ser escobilla de precio. Recoge, junta esa tierra, métela en el crisol de la consideración, dale fuego de espíritu, y te aseguro hallarás algún oro que te enriquezca.

No es todo de mi aljaba; mucho escogí de doctos varones y santos: eso te alabo y vendo. Y pues no hay cosa buena que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala de que no le resulte alguna gloria, y en todo tiene parte, abraza, recibe en ti la provechosa, dejando lo no tal o malo como mío. Aunque estoy confiado que las cosas que no pueden dañar suelen aprovechar muchas veces.

En el discurso podrás moralizar según se te ofreciere: larga margen te queda. Lo que hallares no grave ni compuesto, eso es el ser de un pícaro el sujeto deste libro. Las tales cosas, aunque serán muy pocas, picardea con ellas: que en las mesas espléndidas manjares ha de haber de todos gustos, vinos blandos y suaves, que alegrando ayuden a la digestión, y músicas que entretengan.

Declaración para el entendimiento deste libro

Teniendo escrita esta poética historia para imprimirla en un solo volumen, en el discurso del cual quedaban absueltas las dudas que agora, dividido, pueden ofrecerse, me pareció sería cosa justa quitar este inconveniente, pues con muy pocas palabras quedará bien claro. Para lo

cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas por volverse a los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte. Y no es impropiedad ni fuera de propósito si en esta primera escribiere alguna doctrina; que antes parece muy llegado a razón darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo, aprovechándose del ocioso de la galera; pues aun vemos a muchos ignorantes justiciados, que habiendo de ocuparlo en sola su salvación, divertirse della por estudiar un sermoncito para en la escalera.

Va dividido este libro en tres. En el primero se trata la salida que hizo Guzmán de Alfarache de casa de su madre y poca consideración de los mozos en las obras que intentan, y cómo, teniendo claros ojos, no quieren ver, precipitados de sus falsos gustos. En el segundo, la vida de pícaro que tuvo, y resabios malos que cobró con las malas compañías y ocioso tiempo que tuvo. En el tercero, las calamidades y pobreza en que vino, y desatinos que hizo por no quererse reducir ni dejarse gobernar de quien podía y deseaba honrarlo. En lo que adelante escribiere se dará fin a la fábula, Dios mediante.

Elogio de Alonso de Barros

Criado del rey nuestro señor, en alabanza deste libro y de Mateo Alemán, su autor

Si nos ponen en deuda los pintores, que como en archivo y depósito guardaron en sus lienzos –aunque debajo de líneas y colores mudos– las imágenes de los que por sus hechos heroicos merecieron sus tablas y de los que por sus indignas costumbres dieron motivo a sus pinceles, pues nos despiertan, con la agradable pintura de las unas y con la aborrecible de las otras, por su fama a la imitación y por su infamia al escarmiento; mayores obligaciones, sin comparación, tenemos a los que en historias tan al vivo nos lo representan, que sólo nos vienen a hacer ventaja en haberlo escrito, pues nos persuaden sus relaciones, como si a la verdad lo hubiéramos visto como ellos.

En estas y en otras, si pueden ser más grandes, nos ha puesto el autor, pues en la historia que ha sacado a luz nos ha retratado tan al vivo un hijo del ocio, que ninguno, por más que sea ignorante, le dejará de conocer en las señas, por ser tan parecido a su padre, que como lo es él de todos los vicios, así éste vino a ser un centro y abismo de todos, ensayándose en ellos de forma que pudiera servir de ejemplo y dechado a los que se dispusieran a gozar de semejante vida, a no haberlo adornado de tales ropas, que no habrá hombre tan aborrecido de sí que al precio quiera vestirse de su librea, pues pagó con un vergonzoso fin las penas de sus culpas y las desordenadas empresas que sus libres deseos acometieron.

De cuyo debido y ejemplar castigo se infiere, con términos categóricos y fuertes y con argumento de contrarios, el premio y bien afortunados sucesos que se le seguirán al que ocupado justamente tuviere en su modo de vivir cierto fin y determinado, y fuere opuesto y antípoda de la figura inconstante deste discurso; en el cual, por su admirable disposición y observancia en lo verosímil de la historia, el autor ha conseguido felicísimamente el nombre y oficio de historiador, y el de pintor en los lejos y sombras con que ha disfrazado sus documentos, y los avisos tan necesarios para la vida política y para la moral filosofía a que principalmente ha atendido, mostrando con evidencia lo que Licurgo con el ejemplo de los

dos perros nacidos de un parto: de los cuales, el uno por la buena enseñanza y habituación siguió el alcance de la liebre, hasta matarla, y el otro, por no estar tan bien industriado, se detuvo a roer el hueso que encontró en el camino. Dándonos a entender con demostraciones más infalibles el conocido peligro en que están los hijos que en la primera edad se crían sin la obediencia y doctrina de sus padres, pues entran en la carrera de la juventud en el desenfrenado caballo de su irracional y no domado apetito, que le lleva y despeña por uno y mil inconvenientes.

Muéstranos asimismo que no está menos sujeto a ellos el que, sin tener ciencia ni oficio señalado, asegura sus esperanzas en la incultivada doctrina de la escuela de la naturaleza, pues sin experimentar su talento e ingenio o sin hacer profesión –habiéndola experimentado del arte a que le inclina– usurpa oficios ajenos de su inclinación, no dejando ninguno que no acometa, perdiéndose en todos y aun echándolos a perder, pretendiendo con su inconstancia e inquietud no parecer ocioso, siéndolo más el que pone la mano en profesión ajena que el que duerme y descansa retirado de todas.

Hase guardado también de semejantes objeciones el contador Mateo Alemán en las justas ocupaciones de su vida, que igualmente nos enseña con ella que con su libro, hallándose en él el opuesto de su historia, que pretende introducir. Pues habiéndose criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas, no le podrán pedir residencia del ocio ni menos de que en esta historia se ha entremetido en ajena profesión; pues por ser tan suya y tan aneja a sus estudios, el deseo de escribirla le retiró y distrajo del honroso entretenimiento de los papeles de Su Majestad, en los cuales, aunque bien suficiente para tratarlos, parece que se hallaba violentado, pues, se volvió a su primero ejercicio, de cuya continuación y vigiliass nos ha formado este libro y mezclado en él con suavísima consonancia lo deleitoso y lo útil, que desea Horacio, convidándonos con la graciosidad y enseñándonos con lo grave y sentencioso, tomando por blanco el bien público y por premio el común aprovechamiento.

Y pues hallarán en él los hijos las obligaciones que tienen a los padres, que con justa o legítima educación los han sacado de las tinieblas de la ignorancia, mostrándoles el norte que les ha de gobernar en este mar confuso de la vida, tan larga para los ociosos como corta para los ocupados; no será razón que los lectores, hijos de la doctrina deste libro, se muestren desagradecidos a su dueño, no estimando su justo celo. Y si esto no le salve de la rigurosa censura e inevitable contradicción de la diversidad de pareceres, no será de espantar; antes natural y forzoso, pues es cierto que no puede escribirse para todos y que querría, quien lo pretendiese, quitar a la naturaleza su mayor milagro y no sé si su belleza mayor, que puso en la diversidad, de donde vienen a ser tan diversos los pareceres como las formas diversas: porque lo demás era decir que todos eran un hombre y un gusto.

Ad Guzmanum de Alfarache, Vincentii Spinella epigramma

[SPINELLUS]

Quis te tanta loqui docuit, Guzmanule? quis te
Stecore submersum duxit ad astra modo?
Musca modo et lautas epulas et putrida tangis
Ulcera, iam trepidas frigore iamque cales.
Iura doces, suprema petis, medicamine curas;
Dulcibus et magis seria mixta doces.
Dum carpisque alios, alios virtutibus auges,
Consulis ipse omnes, consulis ipse tibi.

Iam sacrae Sophiae virides amplecteris umbras,
Transis ad ob[s]coenos sordidos inde iocos.
Es modo divitiis plenus, modo paupere cultu,
Tristibus et miseris dulce leuamen ades.
[GUZMÁN]

Sic speciem humanae vitae, sic praefero solus
Prospera complectens, aspera cuncta ferens.
Hac Aleman varie picta me veste decorat,
Me lege desertum tuque disertus eris.

Formas halló y mudanzas más que luna
Mi peregrinación y mi ejercicio;
Mas ya prostrado en tierra el edificio,
Le sirvo al escarmiento de coluna.
Vuelve a nacer mi vida con la historia,
Que forma en los borrones del olvido
Letras que vencerán al tiempo en años.
Tosco madero en la ventura he sido,
Que, puesto en el altar de la memoria,
Doy al mundo lición de desengaños.

De Hernando de Soto

Contador de la casa de castilla del rey nuestro señor

Al autor

Tiene este libro discreto
Dos grandes cosas, que son:
Pícaro con discreción
Y autor de grave sujeto.

En él se ha de discernir
Que con un vivir tan vario
Enseña por su contrario
La forma de bien vivir.
Y pues se ha de conocer
Que ella sola se ha de amar,
Ni más se puede enseñar
Ni más se debe aprender.
Así la voz general
Propriamente les concede

Que el pícaro honrado quede
Y el autor quede inmortal.

Libro primero de Guzmán de Alfarache

Capítulo primero

En que cuenta quién fue su padre

El deseo que tenía, curioso lector, de contarte mi vida me daba tanta priesa para engolfarte en ella sin prevenir algunas cosas que, como primer principio, es bien dejarlas entendidas –porque siendo esenciales a este discurso también te serán de no pequeño gusto–, que me olvidaba de cerrar un portillo por donde me pudiera entrar acusando cualquier terminista de mal latín, redarguyéndome de pecado, porque no procedí de la definición a lo definido, y antes de contarla no dejé dicho quiénes y cuáles fueron mis padres y confuso nacimiento; que en su tanto, si dellos hubiera de escribirse, fuera sin duda más agradable y bien recibida que esta mía. Tomaré por mayor lo más importante, dejando lo que no me es lícito, para que otro haga la baza.

Y aunque a ninguno conviene tener la propiedad de la hiena, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos, yo aseguro, según hoy hay en el mundo censores, que no les falten coronistas. Y no es de maravillar que aun esta pequeña sombra querrás della inferir que les corto de tijera y temerariamente me darás mil atributos, que será el menor dellos tonto o necio, porque, no guardando mis faltas, mejor descubriré las ajenas. Alabo tu razón por buena; pero quíerote advertir que, aunque me tendrás por malo, no lo quisiera parecer –que es peor serlo y honrarse dello–, y que, contraviniendo a un tan santo precepto como el cuarto, del honor y reverencia que les debo, quisiera cubrir mis flaquezas con las de mis mayores; pues nace de viles y bajos pensamientos tratar de honrarse con afrentas ajenas, según de ordinario se acostumbra: lo cual condeno por necedad solemne de siete capas como fiesta doble. Y no lo puede ser mayor, pues descubro mi punto, no salvando mi yerro el de mi vecino o deudo, y siempre vemos vituperado el maldiciente. Mas a mí no me sucede así, porque, adornando la historia, siéndome necesario, todos dirán: «bien haya el que a los suyos parece», llevándome estas bendiciones de camino. Demás que fue su vida tan sabida y todo a todos tan manifiesto, que pretenderlo negar sería locura y a resto abierto dar nueva materia de murmuración. Antes entiendo que les hago –si así decirse puede notoria cortesía en expresar el puro y verdadero texto con que desmentiré las glosas que sobre él se han hecho. Pues cada vez que alguno algo dello cuenta, lo multiplica con los ceros de su antojo, una vez más y nunca menos, como acude la vena y se le pone en capricho; que hay hombre [que], si se le ofrece propósito para cuadrar su cuento, deshará las pirámidas de Egipto, haciendo de la pulga gigante, de la presunción evidencia, de lo oído visto y ciencia de la opinión, sólo por florear su elocuencia y acreditar su discreción.

Así acontece ordinario y se vio en un caballero extranjero que en Madrid conocí, el cual, como fuese aficionado a caballos españoles, deseando llevar a su tierra el fiel retrato, tanto para su gusto como para enseñarlo a sus amigos, por ser de nación muy remota, y no siéndole permitido ni posible llevarlos vivos, teniendo en su casa los dos más hermosos de talle que se hallaban en la corte, pidió a dos famosos pintores que cada uno le retratase el suyo, prometiendo, demás de la paga, cierto premio al que más en su arte se extremase. El uno pintó un overo con tanta perfección, que sólo faltó darle lo imposible, que fue el alma; porque en lo más, engañado a la vista, por no hacer del natural diferencia, cegara de improviso

cualquiera descuidado entendimiento. Con esto solo acabó su cuadro, dando en todo lo dél restante claros y oscuros, en as partes y, según que convenía.

El otro pintó un rucio rodado, color de cielo, y, aunque su obra muy buena, no llegó con gran parte a la que os he referido; pero estremóse en una cosa de que él era muy diestro: y fue que, pintado el caballo, a otras partes en las que halló blancos, por lo alto dibujó admirables lejos, nubes, arreboles, edificios arruinados y varios encasamentos, por lo bajo del suelo cercano muchas arboledas, yerbas floridas, prados y riscos; y en una parte del cuadro, colgando de un tronco los jaeces, y, al pie dél estaba una silla jineta. Tan costosamente obrado y bien acabado, cuanto se puede encarecer.

Cuando vio el caballero sus cuadros, aficionado –y con razón– al primero, fue el primero a que puso precio y, sin reparar en el que por él pidieron, dando en premio una rica sortija al ingenioso pintor, lo dejó pagado y con la ventaja de su pintura. Tanto se desvaneció el otro con la suya y con la liberalidad franca de la paga, que pidió por ella un excesivo precio. El caballero, absorto de haberle pedido tanto y que apenas pudiera pagarle, dijo: «Vos hermano, ¿por qué no consideráis lo que me costó aqueste otro lienzo, a quien el vuestro no se aventaja?» «En lo que es el caballo –respondió el pintor– Vuesa Merced tiene razón; pero árbol y ruinas hay en el mío, que valen tanto como el principal de esotro.»

El caballero replicó: «No me convenía ni era necesario llevar a mi tierra tanta baluma de árboles y carga de edificios, que allá tenemos muchos y muy buenos. Demás que no les tengo la afición que a los caballos, y lo que de otro modo que por pintura no puedo gozar, eso huelgo de llevar.»

Volvió el pintor a decir: «En lienzo tan grande pareciera muy mal un solo caballo; y es importante y aun forzoso para la vista y ornato componer la pintura de otras cosas diferentes que la califiquen y den lustre, de tal manera que, pareciendo así mejor, es muy justo llevar con el caballo sus guarniciones y silla, especialmente estando con tal perfección obrado, que, si de oro me diesen otras tales, no las tomaré por las pintadas.»

El caballero, que ya tenía lo importante a su deseo, pareciéndole lo demás impertinente, aunque en su tanto muy bueno, y no hallándose tan sobrado que lo pudiera pagar, con discreción le dijo: «Yo os pedí un caballo solo, y tal como por bueno os lo pagaré, si me lo queréis vender; los jaeces, quedaos con ellos o dadlos a otros, que no los he menester.» El pintor quedó corrido sin paga por su obra añadida y haberse alargado a la elección de su albedrío, creyendo que por más composición le fuera más bien premiado.

Común y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedís reciten o refieran lo que oyeron o vieron, o que os digan la verdad y, sustancia de una cosa, enmascararla y afeitarla, que se desconoce, como el rostro de la fea. Cada uno le da sus matices y sentidos, ya para exagerar, incitar, aniquilar o divertir, según su pasión le dita. Así la estira con los dientes para que alcance; la lima y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando, como conde palatino, al necio de sabio, al feo de hermoso y al cobarde de valiente. Quilatan con u estimación las cosas, no pensando cumplen con pintar el caballo si lo dejan en cerro y desenjaezado, ni dicen la cosa si no la comentan como más viene a cuento a cada uno.

Tal sucedió a mi padre que, respeto de la verdad, ya no se dice cosa que lo sea. De tres han hecho trece y los trece, trecientos; porque a todos les parece añadir algo más y, destos algos han hecho un mucho que no tiene fondo ni se le halla suelo, reforzándose unas a otras añadiduras, y lo que en singular cada una no prestaba, juntas muchas hacen daño. Son lenguas engañosas y falsas que, como saetas agudas y brasas encendidas, les han querido herir las honras y abrasar las famas, de que a ellos y a mí resultan cada día notables afrentas.

Podráme bien creer que, si valiera elegir de adonde nos pareciera, que de la masa de Adam procurara escoger la mejor parte, aunque anduviéramos al puñete por ello. Mas no vale a eso, sino a tomar cada uno lo que le cupiere, pues el que lo repartió pudo y supo bien lo que

hizo. Él sea loado, que, aunque tuve jarretes y manchas, cayeron en sangre noble de todas partes. La sangre e hereda y el vicio se apega; quien fuere cual debe, será como tal premiado y no purgará las culpas de sus padres.

Cuanto a lo primero, el mío y sus deudos fueron levantiscos. Vinieron a residir a Génova, donde fueron agregados a la nobleza; y aunque de allí no naturales, aquí los habré de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra, y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra: cambios y recambios por todo el mundo. Hasta en esto lo persiguieron, infamándolo de logrero. Muchas veces lo oyó a sus oídos y, con su buena condición, pasaba por ello. No tenían razón, que los cambios han sido y son permitidos. No quiero yo loar, ni Dios lo quiera, que defienda ser lícito lo que algunos dicen, prestar dinero por dinero, sobre prendas de oro o plata, por tiempo limitado o que se queden rematadas, ni otros tratillos paliados, ni los que llaman cambio seco, ni que corra el dinero de feria en feria, donde jamás tuvieron hombre ni trato, que llevan la voz de Jacob y las manos de Esaú, y a tiro de escopeta descubren el engaño. Que las ales, aunque se las achacaron, yo no las vi ni dellas daré señas.

Mas, lo que absolutamente se entiende cambio es obra indiferente, de que se puede usar bien y mal; y, como tal, aunque injustamente, no me maravillo que, no debiéndola tener por mala, se repruebe; mas la evidentemente buena, sin sombra de cosa que no lo sea, que se murmure y vitupere, eso es lo que me asombra. Decir, si viese a un religioso entrar a la media noche por una ventana en parte sospechosa, la espada en la mano y el broquel en el cinto, que va a dar los sacramentos, es locura, que ni quiere Dios ni su Iglesia permite que yo sea tonto y de lo tal, evidentemente malo, sienta bien. Que un hombre rece, frecuente virtuosos ejercicios, oiga misa, onfiese y comulgue a menudo y por ello le llamen hipócrita, no lo puedo sufrir ni hay maldad semejante a ésta.

Tenía mi padre un largo rosario entero de quince dieces, en que se enseñó a rezar— en lengua castellana hablo—, las cuentas gruesas más que avellanas. Éste se lo dio mi madre, que lo heredó de la suya. Nunca se le caía de las manos. Cada mañana oía su misa, sentadas ambas rodillas en el suelo, juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima dellas. Arguyéronle maldicientes que estaba de aquella manera rezando para no oír, y el sombrero alto para no ver. juzguen deste juicio los que se hallan desapasionados y digan si haya sido perverso y temerario, e gente desalmada, sin conciencia.

También es verdad que esta murmuración tuvo causa: y fue su principio que, habiéndose alzado en Sevilla un su compañero y llevándole gran suma de dineros, venía en su seguimiento, tanto a remediar lo que pudiera del daño, como a componer otras cosas. La nave fue saqueada y él, con los más que en ella venían, cautivo y llevado en Argel, donde, medroso y desesperado— el temor de no saber cómo o con qué volver en libertad, desesperado de cobrar la deuda por bien de paz—, como quien no dice nada, renegó.

Allá se casó con una mora hermosa y principal, con buena hacienda. Que en materia de interés —por lo general, de quien siempre voy tratando, sin perjuicio de mucho número de nobles caballeros y gente grave y principales, que en todas partes hay de todo—, diré de paso lo que en algunos deudos de mi padre conocí el tiempo que los traté. Eran amigos de solicitar casas ajenas, olvidándose de las propias; que se les tratase verdad y de no decirla; que se les pagase lo que se les debía y no pagar lo que debían; ganar y gastar largo, diese donde diese, que ya estaba rematada la prenda y —como dicen— a Roma por todo. Sucedió pues, que, asegurado el compañero de no haber quien le pidiese, acordó tomar medios con los acreedores presentes, poniendo condiciones y plazos, con que pudo quedar de allí en adelante rico y satisfechas las deudas.

Cuando esto supo mi padre, nacióle nuevo deseo de venirse con secreto y diligencia; y para engañar a la mora, le dijo se quería ocupar en ciertos tratos de mercancías. Vendió la hacienda y, puesta en cequíes —moneda de oro fino berberisca—, con las más joyas que pudo, dejándola sola y pobre, se vino huyendo. Y sin que algún amigo ni enemigo lo supiera, reduciéndose a la fe de Jesucristo, arrepentido y lloroso, delató de sí mismo, pidiendo

misericordiosa penitencia; la cual siéndole dada, después de cumplida pasó adelante a cobrar su deuda. Ésta fue la causa por que jamás le creyeron obra que hiciese buena. Si otra les piden, dirán lo que muchas veces con impertinencia y sin propósito me dijeron: que quien una vez ha sido malo, siempre se presume serlo en aquel género de maldad. La proposición es verdadera; pero no hay alguna sin excepción. ¿Qué sabe nadie de la manera que toca Dios a cada uno y si, conforme dice una Auténtica, tenía ya reintegradas las costumbres?

Veis aquí, sin más acá ni más allá, los linderos de mi padre. Porque decir que se alzó dos o tres veces con haciendas ajenas, también se le alzaron a él, no es maravilla. Los hombres no son de acero ni están obligados a tener como los clavos, que aun a ellos les falta la fuerza y suelen soltar y aflojar. Estratagemas son de mercaderes, que donde quiera se pratican, en España especialmente, donde lo han hecho granjería ordinaria. No hay de qué nos asombremos; allá se entienden, allá se lo hayan; a sus confesores dan larga cuenta dello. Solo es Dios el juez de aquestas cosas, mire quien los absuelve lo que hace. Muchos veo que lo traen por uso y a ninguno ahorcado por ello. Si fuera delito, mala cosa o hurto, claro está que se castigara, pues por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobretos a las galeras.

Por no ser contra mi padre, quisiera callar lo que siento; aunque si he de seguir al Filósofo, mi amigo es Platón y mucho más la verdad, conformándome con ella. Perdona todo viviente, que canonizo este caso por muy gran bellaquería, digna de muy ejemplar castigo.

Alguno del arte mercante me dirá: «Mirad por qué consistorio de pontífice y cardenales va determinado. ¿Quién mete al idiota, galeote, pícaro, en establecer leyes ni calificar los tratos que no entiende?» Ya veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana sufriera tus oprobios, en tal que se castigara y tuviera remedio esta honrosa manera de robar, aunque mi padre estrenara la horca. Corra como corre, que la reformación de semejantes cosas importantes otras que lo son más, va de capa caída y a mí no me toca: es dar voces al lobo, tener el sol y predicar en desierto.

Vuelvo a lo que más le achacaron: que estuvo preso por lo que tú dices o a ti te dijeron; que por ser hombre rico y –como dicen– el padre alcalde y compadre el escribano, se libró; que hartos indicios hubo para ser castigado. Hermano mío, los indicios no son capaces de castigo por sí solos. Así te pienso concluir que todas han sido consejas de horneras, mentiras y falsos testimonios levantados; porque confesándote una parte, no negarás de la mía ser justo defenderte la otra. Digo que tener compadres escribanos es conforme al dinero con que cada uno pleitea; que en robar a ojos vistas tienen algunos el alma del gitano y harán de la justicia el juego de pasa pasa, poniéndola en el lugar que se les antojare, sin que las partes lo puedan impedir ni los letrados lo sepan defender ni el juez juzgar.

Y antes que me huya de la memoria, oye lo que en la iglesia de San Gil de Madrid predicó a los señores del Consejo Supremo un docto predicador, un viernes de la cuaresma. Fue discurriendo por todos los ministros de justicia hasta llegar al escribano, al cual dejó de industria para la postre, y dijo: «Aquí ha parado el carro, metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el ángel de Dios no revuelve la piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años a esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores que caídos en un pecado reincidieron muchas veces en él, y a todos, por la misericordia de Dios, que han reformado sus vidas y conciencias. Al amancebado le consumieron el tiempo y la mala mujer; al jugador desengañó el tablajero que, como sanguisuela de unos y otros, poco a poco les va chupando la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan, sin él; al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza; al temerario murmurador, la perlesía, de que pocos escapan; al soberbio su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo; al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas; al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprehensiones de sus amigos y deudos. Todos tarde o temprano sacan fruto y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estrechen. A todos he hallado señales de su salvación; en sólo el escribano pierdo la cuenta: ni le hallo enmienda más hoy que ayer, este año que los treinta

pasados, que siempre es el mismo. Ni sé cómo se confiesa ni quién lo absuelve –digo al que no usa fielmente de su oficio–, porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados o por complacer a el amigo y aun a la amiga –que negocian mucho los mantos– quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta a infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar, a diestro y a siniestro, la hacienda ajena. Y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero, puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte en sangre y carne, no lo pueden volver a echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva –que no todos deben de ser como los que yo he llegado a tratar–, al entrar en la gloria, dirán los ángeles unos a otros llenos de alegría: 'Laetamini in Domino. ¿Escribano en el cielo? Fruta nueva, fruta nueva'.» Con esto acabó su sermón.

Que hayan vuelto al escribano, pase. También sabrá responder por sí, dando a su culpa disculpa, que el hierro también se puede dorar. Y dirán que son los aranceles del tiempo viejo, que los mantenimientos cada día valen más, que los pechos y derechos crecen, que no les dieron de balde los oficios, que de su dinero han de sacar la renta y pagarse de la ocupación de su persona.

Y así debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice que el mayor daño que puede venir a la república es de la venta de los oficios. Y Alcámeno, espartano, siendo preguntado cómo será un reino bienaventurado, respondió que menospreciando el rey su propia ganancia. Mas el juez que se lo dieron gracioso, en confianza para hacer oficio de Dios, y, así se llaman dioses de la tierra, decir deste tal que vende la justicia dejando de castigar lo malo y premiar lo bueno y que, si le hallara rastro de pecado, lo salvara, niégolo y con evidencia lo pruebo.

¿Quién ha de creer haya en el mundo juez tan malo, descompuesto ni desvergonzado –que tal sería el que tal hiciese–, que rompa la ley y le doble la vara un monte de oro? Bien que por ahí dicen algunos que esto de pretender oficios y judicaturas va por ciertas indirectas y destiladeras, o, por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan; y después de constituidos en ellos, para volver algunos a poner su caudal en pie, se vuelven como pulpos. No hay poro ni coyuntura en todo su cuerpo que no sean bocas y garras. Por allí les entra y agarran el trigo, la cebada, el vino, el aceite, el tocino, el paño, el lienzo, sedas, joyas y dineros. Desde las tapicerías hasta las especerías, desde su cama hasta la de su mula, desde lo más granado hasta lo más menudo; de que sólo el arpón de la muerte los puede desasir, porque en comenzándose a corromper, quedan para siempre dañados con el mal uso y, así reciben como si fuesen gajes, de manera que no guardan justicia; disimulan con los ladrones, porque les contribuyen con las primicias de lo que roban; tienen ganado el favor y perdido el temor, tanto el mercader como el regatón, y con aquello cada no tiene su ángel de guarda comprado por su dinero, o con lo más difícil de enajenar, para las impertinentes necesidades del cuerpo, demás del que Dios les dio para las importantes del alma.

Bien puede ser que algo desto suceda y no por eso se ha de presumir; mas el que diere con la codicia en semejante bajeza, será de mil uno, mal nacido y de viles pensamientos, y no le quieras mayor mal ni desventura: consigo lleva el castigo, pues anda señalado con el dedo. Es murmurado de los hombres, aborrecido de los ángeles, en público y secreto vituperado de todos. Y así no por éste han de perder los demás; y si alguno se queja de agraviado, debes creer que, como sean los pleitos contiendas de diversos fines, no es posible que ambas partes queden contentas de un juicio. Quejosos ha de haber con razón o sin ella, pero advierte que estas cosas quieren solicitud y maña. Y si te falta, será la culpa tuya, y no será mucho que pierdas tu derecho, no sabiendo hacer tu hecho, y que el juez te niegue la justicia, porque muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla, porque no la prueba y lo hizo el contrario bien, mal o como pudo; y otras por negligencia de la parte o porque les falta fuerza y dineros con que seguirla y tener opositor poderoso. Y así no es bien culpar jueces, y menos en

superiores tribunales, donde son muchos y escogidos entre los mejores; y cuando uno por alguna pasión quisiese precipitarse, los otros no la tienen y le irían a la mano.

Acuérdome que un labrador en Granada solicitaba por su interese un pleito, en voz de concejo, contra el señor de su pueblo, pareciéndole que lo había con Pero Crespo, el alcalde dél, y que pudiera traer los olores de la oreja. Y estando un día en la plaza Nueva mirando la portada de la Chancillería, que es uno de los más famosos edificios, en su tanto, de todos los de España, y a quien de los de su manera no se le conoce igual en estos tiempos, vio que las armas reales tenían en el remate a los dos lados la Justicia y Fortaleza. Preguntándole otro labrador de su tierra qué hacía, por qué no entraba a solicitar su negocio, le respondió: «Estoy considerando que estas cosas no son para mí, y de buena gana me fuera para mi casa; porque en ésta tienen tan alta la usticia, que no se deja sobajar, ni sé si la podré alcanzar.»

No es maravilla, como dije, y lo sería, aunque uno la tenga, no sabiendo ni pudiéndola defender, si se la diesen. A mi padre se la dieron porque la tuvo, la supo y pudo pleitear; demás que en el tormento purgó los indicios y tachó los testigos de pública enemistad, que deponían de vanas presunciones y de vano fundamento.

Ya oigo al murmurador diciendo la mala voz que tuvo: rizarse, afeitarse y otras cosas que callo, dineros que bullían, presentes que cruzaban, mujeres que solicitaban, me dejan la espina en el dedo. Hombre de la maldición, mucho me aprietas y, cansado me tienes: pienso desta vez dejarte satisfecho y no responder más a tus replicatos, que sería proceder en infinito aguardar a tus sofisterías. Y así, no digo que dices disparates ni cosas de que no puedas obtener la parte que quisieres, en cuanto la verdad se determina. Y cuando los pleitos andan de ese modo, escandalizan, mas todo es menester. Líbrete Dios de juez con leyes del encaje y escribano enemigo de cualquier dellos cohechado.

Mas cuando te quieras dejar llevar de la opinión y voz del vulgo – que siempre es la más flaca y menos verdadera, por serlo el sujeto de donde sale –, dime como cuerdo: ¿todo cuanto has dicho es parte para que indubitavelmente mi padre fuese culpado? Y más que, si es cierta la opinión de algunos médicos, que lo tienen por enfermedad, ¿quién puede juzgar si estaba mi padre sano? Y a lo que es tratar de rizados y más porquerías, no lo alabo, ni a los que en España lo consienten, cuanto más a los que lo hacen.

Lo que le vi el tiempo que lo conocí, te puedo decir. Era blanco, rubio, colorado, rizo, y creo de naturaleza, tenía los ojos grandes, turquesados. Traía copete y sienes ensortijadas. Si esto era propio, no fuera justo, dándoselo Dios, que se tiznara la cara ni arrojara en la calle semejantes prendas. Pero si es verdad, como dices, que se valía de untos y artificios de sebillos que los dientes y manos, que tanto le loaban, era a poder de polvillos, hieles, jabonetes y otras porquerías, confesaréte cuanto dél dijeres y seré su capital enemigo y de todos los que de cosa semejante tratan; pues demás que son actos de afeminados maricas, dan ocasión para que dellos murmuren y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas tan solamente a mujeres permitidas, que, por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas y barnices, a costa de su salud y dinero. Y es lástima de ver que no sólo las feas son las que aquesto hacen, sino aun las muy hermosas, que pensando parecerlo más, comienzan en la cama por la mañana y acaban a mediodía, la mesa puesta. De donde no sin razón digo que la mujer, cuanto más mirare la cara, tanto más destruye la casa. Si esto es aun en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será más en los hombres?

¡Oh fealdad sobre toda fealdad, afrenta de todas las afrentas! No me podrás decir que amor paterno me ciega ni el natural de la patria me cohecha, ni me hallarás fuera de razón y verdad. Pero si en lo malo hay descargo, cuando en alguna parte hubiera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad, por ser este su lugar, y todo sucedió casi en un tiempo. A ti servirá de viso y a mí de consuelo, como mal de muchos.

El año de mil y quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en Italia crueles guerras, y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño, que puso grandísima admiración. Tenía de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura

humana, pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y diole naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago. Tenía en el pecho figurado la Y pitagórica, y en el estómago, hacia el vientre, una cruz bien formada. Era hermafrodito y muy formados los dos naturales sexos. No tenía más de un muslo y en él una pierna con su pie de milano y las garras de la misma forma. En el ñudo de a rodilla tenía un ojo solo.

De aquestas monstruosidades tenían todos muy gran admiración; y considerando personas muy doctas que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusiéronse a especular su significación. Y entre las más que se dieron, fue sola bien recebida la siguiente: que el cuerno significaba orgullo y ambición; las alas, inconstancia y ligereza; falta de brazos, falta de buenas obras; el pie de ave de rapiña, robos, usuras y avaricias; el ojo en la rodilla, afición a vanidades y cosas mundanas; los dos sexos, sodomía y bestial bruteza; en todos los cuales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo cual Dios la castigaba con aquel azote de guerras y disensiones. Pero la cruz y la Y eran señales buenas y dichosas, porque la Y en el pecho significaba virtud; la cruz en el vientre, que si, reprimiendo las torpes carnalidades, abrazasen en su pecho la virtud, les daría Dios paz y ablandaría su ira.

Ves aquí, en caso negado, que, cuando todo corra turbios, iba mi padre con el hilo de la gente y no fue solo el que pecó. Harto más digno de culpa serías tú, si pecases, por la mejor escuela que has tenido. Ténganos Dios de su mano para no caer en otras semejantes miserias, que todos somos hombres.

Capítulo II

Guzmán de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres.

Principio del conocimiento y amores de su madre

Volviendo a mi cuento, ya dije, si mal no me acuerdo, que, cumplida la penitencia, vino a Sevilla mi padre por cobrar la deuda, sobre que hubo muchos dares y tomares, demandas y respuestas; y si no se hubiera purgado en salud, bien creo que le saltara en arestín, mas como se labró sobre sano, ni le pudieron coger por seca ni descubrieron blanco donde hacerle tiro. Hubieron de tomarse medios, el uno por no pagarlo todo y el otro por no perderlo todo: del agua vertida cogióse lo que se pudo.

Con lo que le dieron volvió el naípe en rueda. Tuvo tales y tan buenas entradas y suertes, que ganó en breve tiempo de comer y aun de cenar. Puso una honrada casa, procuro arraigarse, compró una heredad, jardín en San Juan de Alfarache, lugar de mucha recreación, distante de Sevilla poco más de media legua, donde muchos días, en especial por las tardes, el verano, iba por u pasatiempo y se hacían banquetes.

Aconteció que, como los mercaderes hacían lonja para sus contrataciones en las Gradas de la Iglesia Mayor (que era un andén o paseo hecho a la redonda della, por la parte de afuera tan alto como a los pechos, considerado desde lo llano de la calle, a poco más o menos, todo cercado de gruesos mármoles y fuertes cadenas), estando allí mi padre paseándose con otros tratantes, acertó a pasar un cristianismo. A lo que se supo, era hijo secreto de cierto personaje. Entróse tras la gente hasta la pila del bautismo por ver a mi madre que, con cierto caballero viejo de hábito militar, que por serlo comía mucha renta de la iglesia, eran padrinos. Ella era gallarda, grave, graciosa, moza, hermosa, discreta y de mucha compostura. Estúvola mirando todo el tiempo que dio lugar el ejercicio de aquel sacramento, como abobado de ver tan peregrina hermosura; porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curioso y bien puesto el de su cuerpo, que, ayudándose unas prendas a otras, toda en todo, ni el pincel pudo llegar ni la imaginación ventajarse. Las partes y faiciones de mi padre ya las dije.

Las mujeres, que les parece los tales hombres pertenecer a la divinidad y que como los otros no tienen pasiones naturales, echó de ver con el cuidado que la miraba y no menos entre sí holgaba dello, aunque lo disimulaba. Que no hay mujer tan alta que no huelgue ser mirada, aunque el hombre sea muy bajo. Los ojos parleros, las bocas callando, se hablaron, manifestando por ellos los corazones, que no consienten las almas velos en estas ocasiones. Por entonces no hubo más de que se supo ser prenda de aquel caballero, dama suya, que con gran recato la tenía consigo. Fuese a su casa la señora y mi padre quedó rematado, sin poderla un punto apartar de sí.

Hizo para volver a verla muy extraordinarias diligencias; pero, si no fue algunas fiestas en misa, jamás pudo de otra manera en muchos días. La gotera cava la piedra y la porfía siempre vence, porque la continuación en las cosas las dispone. Tanto cavó con la imaginación, que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas, que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y prostra las fuertes torres de las más castas mujeres; que por ellas mejorarse de monjiles y mantos y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, maldad con que no salgan. Ésta, pues, acariciándola con palabras y regalándola con obras, iba y venía con papeles. Y porque la dificultad está toda en los principios y al enhornar suelen hacerse los panes tuertos, él se daba buena maña; y por haber oído decir que el dinero allana las mayores dificultades, manifestó siempre su fe con obras, porque no se la condenasen por muerta.

Nunca fue perezoso ni escaso. Comenzó –como dije– con la dueña a sembrar, con mi madre a pródigamente gastar; ellas alegremente a recibir. Y como al bien la gratitud es tan debida y el que recibe queda obligado a reconocimiento, la dueña lo solicitó de modo que a las buenas ganas que mi madre tuvo fue llegando leño a leño y de flacas estopas levantó brevemente un terrible fuego. Que muchas livianas burlas acontecen a hacer pesadas veras. Era –como lo has oído– mujer discreta, quería y recelaba, iba y venía a su corazón, como al oráculo de sus deseos. Poniendo el pro y el contra, ya lo tenía de la haz, ya del envés; ya tomaba resolución, va lo volvía a conjugar de nuevo. Últimamente ¿qué no la plata, qué no corrompe el oro?

Este caballero era hombre mayor, escupía, tosía, quejábase de piedra, riñón y urina. Muy de ordinario lo había visto en la cama desnudo a su lado: no le parecía como mi padre, de aquel talle ni brío; y siempre el mucho trato, donde no hay Dios, pone enfado. Las novedades aplacen, especialmente a mujeres, que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca cesa de apetecer nuevas formas. Determinábase a dejarlo y mudar de ropa, dispuesta a saltar por cualquier inconveniente; mas la mucha sagacidad suya y largas experiencias, heredadas y mamadas al pecho de su madre, le hicieron camino y ofrecieron ingeniosa resolución. Y sin duda el miedo de perder lo servido la tuvo perpleja en aquel breve tiempo, que de otro modo ya estaba bien picada. Que o que mi padre le significó una vez, el diablo se lo repitió diez, y así no estaba tan dificultosa de ganarse Troya.

La señora mi madre hizo su cuenta: «En esto no pierde mi persona ni vendo alhaja de mi casa, por mucho que a otros dé. Soy como la luz: entera me quedo y nada se me gasta. De quien tanto he recibido, es bien mostrarme agradecida: no le he de ser avarienta. Con esto coseré a dos cabos, comeré con dos carrillos. Mejor se asegura la nave sobre dos ferros, que con uno: cuando el uno suelte, queda el otro asido. Y si la casa se cayere, quedando el palomar en pie, no le han de faltar palomas». En esta consideración trató con su dueña el cómo y cuándo sería. Viendo, pues, que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas y muy buenas trazas que se dieron, se hizo, por mejor, elección de la siguiente.

Era entrado el verano, fin de mayo, y el pago de Gelves y San Juan de Alfarache el más deleitoso de aquella comarca, por la fertilidad y disposición de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que le hace el río Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas. Que con razón, si en la tierra se puede dar conocido paraíso, se debe a este sitio el nombre dél: tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes spejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permisión de entrada.

A una destas estancias de recreación concertó mi madre, con su medio matrimonio y alguna de la gente de su casa, venirse a holgar un día. Y aunque no era a la de mi padre la heredad adonde iban, estaba un poco más adelante, en término de Gelves, que de necesidad se había de pasar por nuestra puerta. Con este cuidado y sobre concierto, cerca de llegar a ella mi madre se comenzó a quejar de un repentino dolor de estómago. Ponía el achaque al fresco de la mañana, de do se había causado; fatigóla de manera, que le fue forzoso dejarse caer de la jamuga en que en un pequeño sardesco iba sentada, haciendo tales extremos, gestos y ademanes –apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, desabrochándose los pechos–, que todos la creyeron y a todos amancillaba, teniéndole compasiva lástima.

Comenzábanse a llegar pasajeros; cada uno daba su remedio. Mas como no había de dónde traerlo ni lugar para hacerlo, eran impertinentes. Volver a la ciudad, imposible; pasar de allí, dificultoso; estarse quedos en medio del camino, ya puedes ver el mal comodo. Los accidentes crecían. Todos estaban confusos, no sabiendo qué hacerse. Uno de los que se llegaron, que fue de propósito echado para ello, dijo:

–Quítenla del pasaje, que es crueldad no remediarla, y métenla en la casa desta heredad primera.

Todos lo tuvieron por bueno y determinaron, en tanto que pasase aquel accidente, pedir a los caseros la dejasen entrar. Dieron algunos golpes apriesa y recio. La casera fingió haber entendido que era su señor. Salió diciendo:

–¡Jesús!, ¡ay Dios!, perdone Vuesa Merced, que estaba ocupada y no pude más.

Bien sabía la vejezuela todo el cuento y era de las que dicen: no chero, no sabo. Doctrinada estaba en lo que había de hacer y de mi padre prevenida. Demás que no era lerdia y para semejantes achaques tenía en su servicio lo que había menester. Y en esto, entre las más ventajas, la hacen los ricos a los pobres, que los pobres, aunque buenos, siempre son ellos los que sirven a sus malos criados; y los ricos, aunque malos, sirviéndose de buenos son solos los bien servidos. Mi buena mujer abrió su puerta y, desconocida la gente, dijo con disimulo:

–¡Mal hora!, que pensé que era nuestro amo y no me han dejado gota de sangre en el cuerpo, de cómo me tardaba. Y bien, ¿qué es lo que mandan los señores? ¿Quieren algo sus mercedes?

El caballero respondió:

–Mujer honrada, que nos deis lugar donde esta señora descanse un poco, que le ha dado en el camino un grave dolor de estómago.

La casera, mostrándose con sentimiento, pesarosa, dijo:

–¡Noramaza sea, qué dolor mal empleado en su cara de rosa! Entren en buen hora, que todo está a su servicio.

Mi madre, a todas estas, no hablaba y de sólo su dolor se quejaba. La casera, haciéndole las mayores caricias que pudo, les dio la casa franca, metiéndolos en una sala baja, donde en una cama, que estaba armada, tenía puestos en rima unos colchones. Presto los desdobló y, tendidos, luego sacó de un cofre sábanas limpias y delgadas, colcha y almohadas, con que le aderezó en que reposase.

Bien pudiera estar la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pebetes y los pomos vaheando, el almuerzo aderezado y puestas a punto muchas otras cosas de regalo; mas alguna dellas ni la casera llegar a la puerta ni tenella menos que cerrada convino. Antes aguardó a que llamasen para que no pareciera cautela que pudiera engendrar sospecha de donde viniera fácilmente a descubrirse la encamisada, que tal fue la deste día. Mi madre con sus dolores desnudóse, metióse en la cama, pidiendo a menudo paños calientes que, siéndole traídos, haciendo como que los ponía en el vientre, los bajaba más abajo de las rodillas y aun algo apartados de sí, porque con el calor le daban pesadumbre y temía no le causasen alguna remoción, de donde resultara aflojarse el estómago.

Con este beneficio se fue aliviando mucho y fingió querer dormir, por descansar un poco. El pobre caballero, que sólo su regalo deseaba, holgó dello y la dejó en la cama sola. Luego, cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fue a desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese ni hiciese ruido, y a la buena de nuestra dueña en guarda, en tanto que lla, recordada, llamase.

Mi padre no dormía, que con atención lo estaba oyendo todo y acechando lo que podía por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un retrete, donde estaba metido. Y estando todo muy quieto y avisadas la dueña y casera que con cuidado estuviesen en alerta para darles aviso, con cierta seña secreta, cuando el patrón volviese, abrió su puerta para ver y hablar a la señora. En aquel punto cesaron los dolores fingidos y se manifestaron los verdaderos. En esto se entretuvieron largas dos horas, que en dos años no se podría contar lo que en ellas pasaron.

Ya iba entrando el día con el calor, obligando al caballero a recogerse. Con esto y deseo de saber la mejoría de su enferma y si allí habían de quedar o pasar adelante, le hizo

volver a visitarla. En el punto fueron avisados, y mi padre, con gran dolor de su corazón, se volvió a encerrar donde primero estaba.

Entrando su viejo galán, se mostró adormecida y que, al ruido, recordaba. Hizo luego luego un melindre de enojada, diciendo:

—¡Ay, válgame Dios!, ¿por qué abrieron tan presto sin quererme dejar que reposase un poco?

El bueno de nuestro paciente le respondió:

—Por tus ojos, niña, que me pesa de haberlo hecho, pero más de dos horas has dormido.

—No, ni media —replicó mi madre—, que agora me pareció cerraba el ojo, y en mi vida no he tenido tan descansado rato.

No mentía la señora, que con la verdad engañaba, y mostrando el rostro un poco alegre, alabó mucho el remedio que le habían hecho, diciendo que le había dado la vida. El señor se alegró dello, y de acuerdo de ambos concertaron celebrar allí su fiesta y acabar de pasar el día, porque no menos era el jardín ameno que el donde iban. Y por estar no lejos, mandaron volver la comida y las más cosas que allá estaban.

En tanto que desto se trataba, tuvo mi padre lugar cómo salir secretamente por otra puerta y volverse a Sevilla, donde las horas eran de a mil años, los momentos, largo siglo, y el tiempo que de sus nuevos amores careció, penoso infierno.

Ya cuando el sol declinaba, serían como las cinco de la tarde, subiendo en su caballo, como cosa ordinaria suya, se vino a la heredad. En ella halló aquellos señores, mostró alegrarse de verlos, pesóle de la desgracia sucedida, de donde resultó el quedarse, porque luego le refirieron lo pasado. Era muy cortés, la habla sonora y no muy clara, hizo muy discretos y disimulados ofrecimientos: de la otra parte no le quedaron deudores. Trabóse la amistad con muchas veras en lo público y con mayores los dos en lo secreto, por las buenas prendas que estaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amistad y amor. Buena voluntad es la que puedo tener al que nunca vi ni tuve dél otro conocimiento que oír sus virtudes o nobleza, o lo que pudo y bastó moverme a ello. Amistad llamamos a la que comúnmente nos hacemos tratando y comunicando o por prendas que corren de por medio. De manera, que la buena voluntad se dice entre ausentes y amistad entre presentes. Pero amor corre por otro camino. Ha de ser forzosamente recíproco, traslación de dos almas, que cada una dellas asista más donde ama que adonde anima. Éste es más perfecto, cuanto lo es el objeto; y el verdadero, el divino. Así debemos amar a Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón y de todas nuestras fuerzas, pues Él nos ama tanto. Después déste, el conyugal y del prójimo. Porque el torpe y deshonesto no merece ni es digno deste nombre, como bastardo. Y de cualquier manera, donde hubiere amor, ahí estarán los hechizos, no hay otros en el mundo. Por él se truecan condiciones, allanan dificultades y doman fuertes leones. Porque decir que hay bebedizos o bocados para amar, es falso. Y lo tal sólo sirve de trocar el juicio, quitar la vida, solicitar la memoria, causar enfermedades y graves accidentes. El amor ha de ser libre. Con libertad ha de entregar las potencias a lo amado; que el alcaide no da el castillo cuando por fuerza se lo quitan, y el que amase por malos medios no se le puede decir que ama, pues va forzado adonde no le lleva su libre voluntad.

La conversación anduvo y della se pidió juego. Comenzaron una primera en tercio. Ganó mi madre, porque mi padre se hizo perdedizo. Y queriendo anochecer, dejando de jugar salieron por el jardín a gozar del fresco. En tanto pusieron las mesas. Traída la cena, cenaron y, haciendo para después aderezar de ramos y remos un ligero barco, llegados a la lengua del agua, se entraron en eacute;l, oyendo de otros que andaban por el río gran armonía de concertadas músicas, cosa muy ordinaria en semejante lugar y tiempo.

Así llegaron a la ciudad, yéndose cada uno a su casa y cama; salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, cual otra Melisendra, durmió con su consorte, El cuerpo preso en Sansueña y en París cativa el alma.

Fue tan estrecha la amistad que se hacían de aquel día en adelante los unos a los otros, continuada con tanta discreción y buena maña, por lo mucho que se aventuraba en perderla, cuanto se puede presumir de la sutileza de un levantisco tinto en ginovés, que liquida y apura cuánto más merma, por ciento, el pan partido a manos o el cortado a cuchillo; y de una mujer de las prendas que he dicho, andaluz, criada en buena escuela, cursada entre los dos coros y naves de la Antigua, que antes había tenido achaques, de donde sin conservar cosa propia ni de respeto, el día que asentó la compañía con el caballero, me juró que metió de puesto más de tres mil ucados de solas joyas de oro y plata, sin el mueble de casa y ropas de vestir.

El tiempo corre, y todo tras él. Cada día que amanece, amanecen cosas nuevas y, por más que hagamos, no podemos escusar que cada momento que pasa no lo tengamos menos de la vida, amaneciendo siempre más viejos y cercanos a la muerte. Era el buen caballero— como tengo significado— hombre anciano y cansado; mi madre moza, hermosa y con salsas. La ocasión irritaba el apetito, de manera que su desorden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza, con una calenturilla; después a pocos lances acabó relajadas las ganas del comer. De treta en treta lo consumió el mal vivir y al fin murióse, sin podelle dar vida a que él juraba siempre que lo era suya; y todo mentira, pues lo enterraron quedando ella viva.

Estábamos en casa cantidad de sobrinos, pero ninguno para con ellos más de a mí de mi madre. Los más eran como pan de diezmo, cada uno de la suya. Que el buen señor, a quien Dios perdone, había holgado poco en esta vida. Y al tiempo de su fallecimiento, ellos por una parte, mi madre por otra, aún el alma tenía en el cuerpo y no sábanas en la cama. Que el saco de Anvers no fue tan riguroso con el temor del secresto. Como mi madre cuajaba la nata, era la ropera, tenía las llaves y privanza, metió con tiempo las manos donde estaba su corazón; aunque lo más importante todo lo tenía ella y dello era señora. Mas viéndose a peligro, parecióle mejor dar con ello salto de mata que después rogar a buenos.

Diéronse todos tal maña, que apenas hubo con qué enterrarlo. Pasados algunos días, aunque pocos, hicieron muchas diligencias para que la hacienda pareciese. Clavaron censuras por las iglesias y a puertas de casas; mas allí se quedaron, que pocas veces quien hurta lo vuelve. Pero mi madre tuvo excusa: que el que buen siglo haya le decía, cuando visitaba las monedas y recorría los cofres y, escritorios o trayendo algo a su casa: «Esto es tuyo y para ti, señora mía.» Así, le dijeron letrados que con esto tenía satisfecha la conciencia, demás que le era deuda debida: porque, aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibía.

En esta muerte vine a verificar lo que antes había oído decir: que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos, y los que no tienen herederos y gozan bienes eclesiásticos, de frío; cual éste podrá servir de ejemplo, pues viviendo no le dejaron camisa y la del cuerpo le hicieron de cortesía. Los ricos, por temor no les haga mal, vienen a hacelles mal, pues comiendo por onzas y bebiendo con dedales, viven por adarmes, muriendo de hambre antes que de rigor de enfermedad. Los pobres, como pobres, todos tienen misericordia dellos: unos les envían, otros les traen, todos de todas partes les acuden, especialmente cuando están en aquel extremo. Y como los hallan desflaquecidos y hambrientos, no hacen elección, faltando quien se lo administre; comen tanto ue, no pudiéndolo digerir por falta de calor natural, ahogándolo con viandas, mueren ahitos.

También acontece lo mismo aun en los hospitales, donde algunas piadosas mentecaptas, que por devoción los visitan, les llevan las faltriqueras y mangas llenas de colaciones y criadas cargadas con espuestas de regalos y, creyendo hacerles con ello limosna, los entierran de por amor de Dios. Mi parecer sería que no se consintiese, y lo tal antes lo den al enfermero que al enfermo. Porque de allí saldrá con parecer del médico cada cosa para su lugar mejor distribuido, pues lo que así no se hace es dañoso y peligroso. Y en cuanto a

caridad mal dispensada, no considerando el útil ni el daño, el tiempo ni la enfermedad, si conviene o no conviene, los engargantan como a apones en cebadero, con que los matan. De aquí quede asentado que lo tal se dé a los que administran, que lo sabrán repartir, o en dineros para socorrer otras mayores necesidades.

¡Oh, qué gentil disparate! ¡Qué fundado en Teología! ¿No veis el salto que he dado del banco a la popa? ¡Qué vida de Juan de Dios la mía para dar esta dotrina! Calentóse el horno y salieron estas llamaradas. Podráseme perdonar por haber sido corto. Como encontré con el cinco, llevémelo de camino. Así lo habré de hacer adelante las veces que se ofrezca. No mires a quien lo dice, sino a lo que se te dice; que el bizarro vestido que te pones, no se considera si lo hizo un corcovado. Ya te prevengo, para que me dejes o te armes de paciencia. Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, pues no hay vasija que mida los gustos ni balanza que los iguale: cada uno tiene el suyo y, pensando que es el mejor, es el más engañado, porque los más los tienen más estragados.

Vuelvo a mi puesto, que me espera mi madre, ya viuda del primero poseedor, querida y tiernamente regalada del segundo. Entre estas y esotras, ya yo tenía cumplidos tres años, cerca de cuatro; y por la cuenta y reglas de la ciencia femenina, tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme a ellos y alcanzó a entender y obrar lo imposible de las cosas. Vedlo a los ojos, pues agradó igualmente a dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo: el uno me lo llamaba y el otro también. Cuando el caballero estaba solo, le decía que era un estornudo suyo y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos. Cuando hablaba con mi padre, afirmaba que él era yo, cortada la cabeza, que se maravillaba, pareciéndole tanto —que cualquier ciego lo conociera sólo con pasar las manos por el rostro—, no haberse descubierto, echándose de ver el engaño; mas que con la ceguedad que la amaban y confianza que hacían de os dos, no se había echado de ver ni puesto sospecha en ello.

Y así cada uno lo creyó y ambos me regalaban. La diferencia sola fue serlo, en el tiempo que vivió, el buen viejo en lo público y el extranjero en lo secreto, el verdadero. Porque mi madre lo certificaba después, haciéndome largas relaciones destas cosas. Y así protesto no me pare perjuicio lo que quisieren caluniarne. De su boca lo oí, su verdad refiero; que sería gran temeridad afirmar cuál de los dos me engendrara o si soy de otro tercero. En esto perdone la que me parió, que a ninguno está bien decir mentira, y menos a quien escribe, ni quiero que digan que sustento disparates. Mas la mujer que a dos dice que quiere, a entrambos engaña y della no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera, que la regla de las casadas es otra. Quieren decir que dos es uno y uno ninguno y tres bellaquería. Porque no haciendo cuenta del marido, como es así la verdad, él solo es ninguno y él con otro hacen uno; y con él otros dos, que son por todos tres, equivalen a los dos de la soltera. Así que, conforme a su razón, cabal está la cuenta. Sea como fuere, y el levantisco, mi padre; que pues ellos lo dijeron y cada uno por sí lo averaba, no es bien que yo apele las partes conformes. Por suyo me llamo, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedé legitimado con el santo matrimonio, y estáme muy mejor, antes que diga un cualquiera que soy malnacido y hijo de ninguno.

Mi padre nos amó con tantas veras como lo dirán sus obras, pues tropelló con este amor la idolatría del qué dirán, la común opinión, la voz popular, que no le sabían otro nombre sino la comendadora, y así respondía por él como si tuviera colada la encomienda. Sin reparar en esto ni dársele un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. También quiero que entiendas que o lo hizo a humo de pajas. Cada uno sabe su cuento y más el cuerdo en su casa que el necio en la ajena.

En este tiempo intermedio, aunque la heredad era de recreación, esa era su perdición: el provecho poco, el daño mucho, la costa mayor, así de labores como de banquetes. Que las tales haciendas pertenecen solamente a los que tienen otras muy asentadas y acreditadas sobre quien cargue todo el peso; que a la más gente no muy descansada son polilla que les come hasta el corazón, carcoma que se le hace ceniza y cicuta en vaso de ámbar. Esto, por una

parte; los pleitos, los amores de mi madre y otros gastos que ayudaron, por otra, lo tenían harto delgado, a pique e dar estrallido, como lo había de costumbre.

Mi madre era guardosa, nada desperdiciada. Con lo que en sus mocedades ganó y en vida del caballero y con su muerte recogió, vino a llegar casi diez mil ducados, con que se dotó. Con este dinero, hallado de refresco, volvió un poco mi padre sobre sí; como torcida que atizan en candil con poco aceite, comenzó a dar luz; gastó, hizo carroza y silla de manos, no tanto por la gana que dello tenía mi madre, como por la ostentación que no le reconocieran su flaqueza. Conservóse lo menos mal que pudo. Las ganancias no igualaban a las expensas. Uno a ganar y muchos a gastar, el tiempo por su parte a apretar, los años caros, las correspondencias pocas y malas. Lo bien anado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. El pecado lo dio y él –creo– lo consumió, pues nada lució y mi padre de una enfermedad aguda en cinco días falleció.

Como quedé niño de poco entendimiento, no sentí su falta; aunque ya tenía de doce años adelante. Y no embargante que venimos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvimos que vender para comer algunos días. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale más el remaniente que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dejan rastros que descubren lo que fue, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintió mucho, porque perdió bueno y honrado marido. Hallóse sin él, sin hacienda y con edad en que no le era lícito andar a rogar para valerse de sus prendas ni volver a su crédito. Y aunque su hermosura no estaba distraída, teníanla los años algo gastada. Hacíasele de mal, habiendo sido rogada de tantos tantas veces, no serlo también entonces y de persona tal que nos pelechara; que no lo siendo, ni ella lo hiciera ni yo lo permitiera.

Aun hasta en esto fui desgraciado, pues aquel juro que tenía se acabó cuando tuve dél mayor necesidad. Mal dije se acabó, que aún estaba de provecho y pudiera tener el día que se puso tocas poco más de cuarenta años. Yo he conocido después acá doncellejas de más edad y no tan buena gracia llamarse niñas y afirmar que ayer salieron de mantillas. Mas, aunque a mi madre no se le onocía tanto, ella, como dije, no diera su brazo a torcer y antes muriera de hambre que bajar escalones ni faltar un quilate de su punto.

Veisme aquí sin uno y otro padre, la hacienda gastada y, lo peor de todo, cargado de honra y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesé la mejor partida de la señoría. Por la de mi madre no me faltaban otros tantos y más cachivaches de los abuelos. Tenía más enjertos que los cigarrales de Toledo, según después entendí. Como cosa pública lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya y labor de que sacar cualquier obra virtuosa. Y así por los propios pasos parece la iba siguiendo, salvo n los partos, que a mi abuela le quedó hija para su regalo y a mi madre hijo para su perdición.

Si mi madre enredó a dos, mi abuela dos docenas. Y como a pollos –como dicen– los hacía comer juntos en un tiesto y dormir en un nidal, sin picarse los unos a los otros ni ser necesario echalles capirotes. Con esta hija enredó cien linajes, diciendo y jurando a cada padre que era suya; y a todos les parecía: a cuál en los ojos, a cuál en la boca y en más partes y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar a quien pareciera en el escupir. Esto tenía por excelencia bueno, que la parte presente siempre la llamaba de aquel apellido; y si dos o más había, el nombre a secas. El propio era Marcela, su don por encima despolvoreado, porque se compadecía menos dama sin don, que casa sin aposento, molino sin rueda ni cuerpo sin sombras. Los cognombres, pues eran como quiera, yo certifico que procuró apoyarla con lo mejor que pudo, dándole más casas nobles que pudiera un rey de armas, y fuera repetirlas una letanía. A los Guzmanes era donde se inclinaba más, y certificó en secreto a mi madre que a su parecer, según e ditaba su conciencia y para descargo della, creía, por algunas indirectas, haber sido hija de un caballero, deudo cercano a los duques de Medina Sidonia.

Mi abuela supo mucho y hasta que murió tuvo qué gastar. Y no fue maravilla, pues le tomó la noche cuando a mi madre le amanecía, y la halló consigo a su lado; que el primer tropezón le valió más de cuatro mil ducados, con un rico perulero que contaba el dinero por espuertas. Nunca falleció de su punto ni lo perdió de su deber; ni se le fue cristiano con sus derechos ni dio al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera el mal fuera menos, o, si como nací solo, naciera una hermana, arrimo de mi madre, báculo de su vejez, columna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, diéramos dos higas a la fortuna. Sevilla era bien acomodada para cualquier granjería y tanto se lleve a vender como se compra, porque hay marchantes para todo. Es patria común, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene. O si no, la corte, que es la mar que todo lo sorbe y adonde todo va a parar. Que no fuera yo menos hábil que los otros. No me faltaran entretenimientos, oficios, comisiones y otras cosas honrosas, con tal favor a mi lado, que era tenerlo en la bolsa. Y a mal suceder, no nos pudiera faltar comer y beber como reyes; que al hombre que lleva semejante prenda que empeñar o vender, siempre tendrá quien la compre o le é sobre ella lo necesario.

Yo fui desgraciado, como habéis oído: quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos auestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligación mucha, la facultad poca. Ved si un mozo como yo, que ya galleaba, fuera justo con tan honradas partes estimarse en algo.

El mejor medio que hallé fue probar la mano, para salir de miseria, dejando mi madre y tierra. Hícelo así, y, para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre; púseme el Guzmán de mi madre y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio. Con esto salí a ver mundo, peregrinando por él, encomendándome a Dios y buenas gentes, en quien hice confianza.

Capítulo III

Cómo Guzmán salió de su casa un viernes por la tarde y lo que le sucedió en una venta

Era yo muchacho vicioso y regalado, criado en Sevilla sin castigo de padre, la madre viuda –como lo has oído–, cebado a torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado, más que hijo de mercader de Toledo o tanto. Hacíaseme de mal dejar mi casa, deudos y amigos; demás que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude escusarlo. Alentábame mucho el deseo de ver mundo, ir a reconocer en Italia mi noble parentela.

Salí, que no debiera, pude bien decir, tarde y con mal. Creyendo hallar copioso remedio, perdí el poco que tenía. Sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne. Apenas había salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir, dos Nilos reventaron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedó todo de lágrimas bañado. Esto y querer anochecer no me dejaban ver cielo ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué a San Lázaro, que está de la ciudad poca istancia, sentéme en la escalera o gradas por donde suben a aquella devota ermita.

Hice allí de nuevo alarde de mi vida y discursos della. Quisiera volverme, por haber salido mal apercebido, con poco acuerdo y poco dinero para viaje tan largo, que aun para corto no llevaba. Y sobre tantas desdichas –que, cuando comienzan, vienen siempre muchas y enzarzadas unas de otras como cerezas– era viernes en la noche y algo oscura; no había cenado ni merendado: si fuera día de carne, que a la salida de la ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara en alguna pastelería, comprara un pastel con que me entretuviera y enjugara el llanto, el mal fuera menos.

Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido y la diferencia que hace del hambriento el harto. Los trabajos todos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure ni contento que asista: todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos a otros la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía.

Vime con ganas de cenar y sin qué poder llegar a la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba. No supe qué hacer ni a qué puerto echar. Lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba. Hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero a los ojos y lobos a las espaldas. Anduve vacilando; quise ponerlo en las manos de Dios: entré en la iglesia, hice mi oración, breve, pero no sé si devota: no me dieron lugar para más por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto. Quedéme con él dormido sobre un poyo del portal acá fuera.

No sé qué lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran en sueño, como lo dio a entender el montañés que, llevando a enterrar a su mujer, iba en piernas, descalzo y el sayo del revés, lo de dentro afuera. En aquella tierra están las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; pasando, pues, por la taberna, vio que vendían vino blanco. Fingió quererse quedar a otra cosa y dijo: «Anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo...» Así, se entró en la taberna y de un sorbito en otro emborrachóse, quedándose dormido. Cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y lo hallaron en el suelo tendido, lo llamaron. Él, recordando, les dijo: «¡Mal hora!, señores, perdonen sus mercedes, que ¡ma Dios! non hay así cosa que tanta sed y sueño poña como sinsaborias».

Así yo, que ya era del sábado el sol salido casi con dos horas, cuando vine a saber de mí. No sé si despertara tan presto si los panderos y bailes de unas mujeres que venían a velar aquel día, con el tañer y cantar no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y

soñoliento, sin saber dónde estaba, que aún me parecía cosa de sueño. Cuando vi que eran veras, dije entre mí: Echada está la suerte, ¡vaya Dios conmigo!» Y con resolución comencé mi camino; pero no sabía para dónde iba ni en ello había reparado.

Tomé por el uno que me pareció más hermoso, fuera donde fuera. Por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza. Donde la razón y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro. Los pies me llevaban; yo los iba siguiendo, saliera bien o mal, a monte o a poblado.

Quísome parecer a lo que aconteció en la Mancha con un médico falso. No sabía letra ni había nunca estudiado. Traía consigo gran cantidad de recetas, a una parte de jarabes y a otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme al beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: «¡Dios te la depare buena!», y así le daba la con que primero encontraba. En sangrías no había cuenta con vena ni cantidad, mas de a poco más o menos, como le salía de la boca. Tal se arrojaba por medio de los trigos.

Pudiera entonces decir a mí mismo: «¡Dios te la depare buena!», pues no sabía la derrota que llevaba ni a la parte que caminaba. Mas, como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve y para los fines que sabe, todos enderezados a nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos dellos, por todos le debemos dar gracias, pues son señales que no se olvida de nosotros. A mí me comenzaron a venir y me siguieron, sin dar un momento de espacio desde que comencé a caminar, y así en todas partes nunca me faltaron. Mas no eran éstos de los que Dios envía, sino los que yo me buscaba.

La diferencia que hay de unos a otros es que los venidos de la mano de Dios Él sabe sacarme dellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar. Mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites son píldoras doradas que, engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado. Son verdes prados llenos de ponzoñosas íboras; piedras al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, eterna muerte que con breve vida engaña.

Este día, cansado de andar solas dos leguas pequeñas –que para mí eran las primeras que había caminado–, ya me pareció haber llegado a los antípodas y, como el famoso Colón, descubierto un mundo nuevo. Llegué a una venta sudado, polvoroso, despeado, triste y, sobre todo, el molino picado, el diente agudo y el estómago débil. Sería mediodía. Pedí de comer; dijeron que no había sino sólo huevos. No tan malo si lo fueran: que a la bellaca de la ventera, con el mucho calor o que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados, y por no perderlo todo los iba encajando con otros buenos. No lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dio, le pague Dios la buena obra. Viome muchacho, boquirrubio, cariampollado, chapetón. Parecía

un Juan de buen alma y que para mí bastara quequiera. Preguntóme:

–¿De dónde sois, hijo?

Díjele que de Sevilla. Llegóseme más y, dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo:

–¿Y adónde va el bobito?

¡Oh, poderoso Señor, y cómo con aquel su mal resuello me pareció que contraí vejez y con ella todos los males! Y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto a los labios.

Díjele que iba a la corte, que me diese de comer. Hízome sentar en un banquillo cojo y encima de un poyo me puso un barredero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua y una media hogaza más negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplasto de huevos.

Ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles y la huéspedada, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías. Comí, como el puerco la bellota, todo a hecho; aunque verdaderamente sentía crujir entre los dientes los tiernecitos huesos de los sin ventura pollos, que era como hacerme cosquillas en las encías. Bien es verdad que se me hizo novedad, y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos que solía comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y cansancio, acreciéndome que la distancia de la tierra lo causaba y que no eran todos de un sabor ni calidad. Yo estaba de manera que aquello tuve por buena suerte.

Tan propio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir a cualquier partido. Era poco, páselo presto con las buenas ganas. En el pan me detuve algo más. Comílo a pausas, porque siendo muy malo, fue forzoso llevarlo de espacio, dando lugar unos bocados a otros que bajasen al estómago por su orden. Comencélo por las cortezas y acabélo en el migajón, que estaba hecho engrudo; mas tal cual, no le perdoné letra ni les hice a las hormigas migaja de cortesía más que si fuera poco y bueno. Así acontece si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la más madura, se comen después la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí, como dicen, a rempujones media hogaza y, si fuera razonable y hubiera de hartar a mis ojos, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras.

Era el año estéril de seco y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer; que aun en los prósperos pasaba trabajosamente: mirad lo que sería en los adversos. No me está bien ahondar en esto ni decir el porqué. Soy hijo de aquella ciudad: quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intención que para granjería, ya sea pública o secreta. Pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien a los pobres, antes a sí mismos, ues para dar medio cuarto de limosna la examinan.

Desta manera pasó con un regidor, que viéndole un viejo de su pueblo exceder de su obligación, le dijo:

—¿Cómo, Fulano N.? ¿Eso es lo que jurastes, cuando en ayuntamiento os recibieron, que habíades de volver por los menudos?

Él respondió diciendo:

—¿Ya no veis cómo lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado a la carnicería? Mi dinero me cuestan —y eran los de los carneros...

Desta manera pasa todo en todo lugar. Ellos traen entre sí la maza rodando, hoy por mí, mañana por ti, déjame comprar, dejaréte vender; ellos hacen los estancos en los mantenimientos; ellos hacen las posturas como en cosa suya y, así, lo venden al precio que quieren, por ser todo suyo cuanto se compra y vende. Soy testigo que un regidor de una de las más principales ciudades de Andalucía y reino de Granada tenía ganado y, porque hacía frío, no se le gastaba la leche dél; todos acudían a los buñuelos. Pareciéndole que perdía mucho si la cuaresma entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento que los moriscos buñoleros robaban la república. Dio cuenta por menor de lo que les podían costar y que salían a poco más de a seis maravedís, y así los hizo poner a ocho, dándoles moderada ganancia. Ninguno los quiso hacer, porque se perdían en ellos; y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco y otras cosas, hasta que fue tiempo de cabaña. Y cuando comenzó a quearse, se los hizo subir a doce maravedís, como estaban antes, pero ya era verano y fuera de sazón para hacerlos. Contaba eacute;l este ardid, ponderando cómo los hombres habían de ser vividores.

Alejado nos hemos del camino. Volvamos a él, que no es bien cargar sólo la culpa de todo al regimiento, habiendo a quien repartir. Demos algo desto a proveedores y comisarios, y no a todos, sino a algunos, y, sea de cinco a los cuatro: que destruyen la tierra, robando a los

miserables y viudas, engañando a sus mayores y mintiendo a su rey, los unos por acrecentar sus mayorazgos y los otros por hacerlos y dejar de comer a sus herederos.

Esto también es diferente de lo que aquí tengo de tratar y pide un entero libro. De mi vida trato en éste: quiero dejar las ajenas, mas no sé si podré, poniéndome los cabes de paleta dejar de tiralles, que no hay hombre cuerdo a caballo. Cuanto más que no hay que reparar de cosas tan sabidas. Lo uno y lo otro, todo está recebido y todos caminan a «viva quien vence». Mas ¡ay! cómo nos engañamos, que somos los vencidos y el que engaña, el engañado.

Digo, pues, que Sevilla, por fas o por nefas –considerada su abundancia de frutos y la carestía dellos–, padece mucha esterilidad. Y aquel año hubo más, por algunas desórdenes ocultas y codicias de los que habían de procurar el remedio, que sólo atendían a su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres o cuatro que, sin considerar los fines, tomaron malos principios y endemoniados medios, en daño de su república.

He visto siempre por todo lo que he peregrinado que estos ricachos poderosos, muchos dellos son ballenas, que, abriendo la boca de la codicia, lo quieren tragar todo para que sus casas estén proveídas y su renta multiplicada sin poner los ojos en el pupilo huérfano ni el oído a la voz de la triste doncella ni los hombros al reparo del flaco ni las manos de caridad en el enfermo y necesitado; antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua a su molino. Publican buenos deseos y ejercítanse en malas obras; hácense ovejitas de Dios y esquilmas el diablo.

Amasábase pan de centeno, y no tan malo. El que tenía trigo sacaba para su mesa la flor de la harina y todo lo restante traía en trato para el común. Hacíanse panaderos. Abrasaban la tierra los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar que tuvo esto su castigo y que había muchos buenos a quien lo malo parecía mal; pero en las necesidades no se repara en poco. Demás que el tropel de los que lo hacían arrinconaban a los que lo estorbaban, porque eran pobres, y, si obres, basta: no te digo más, haz tu discurso.

¿No ves mi poco sufrimiento, cómo no pude abstenerme y cómo sin pensar corrió hasta aquí la pluma? Arrimáronme el acicate y torcíme a la parte que me picaba. No sé qué disculpa darte, si no es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared o lo derriban por el suelo y después dicen: «Perdone.» En conclusión, todo el pan era malo, aunque entonces no me supo muy mal. Regaléme comiendo, alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos.

Recobréme con esto, y los pies, cansados de llevar el vientre, aunque vacío y de poco peso, ya siendo lleno y cargado, llevaban a los pies. Así proseguí mi camino, y no con poco cuidado de saber qué pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca. Fui dando y tomando en esta imaginación, que, cuanto más la seguía, más géneros de desventuras me representaba y el estómago se me alteraba; porque nunca sospeché cosa menos que asquerosa, viéndolos tan mal uisados, el aceite negro, que parecía de suelos de candiles, la sartén puerca y la ventera lagañosa.

Entre unas y otras imaginaciones encontré con la verdad y, teniendo andada otra legua, con sólo aquel pensamiento, fue imposible resistirme. Porque, como a mujer preñada, me iban y venían erupciones del estómago a la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo. Y aun el día de hoy me parece que siento los pobrecitos pollos piándome acá dentro. Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas, considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida, que siempre se despeñan los mozos tras el gusto presente, sin respetar ni mirar el daño venidero.

Capítulo IV

Guzmán de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le había pasado a la ventera de donde había salido aquel día, y una plática que le hicieron

Confuso y pensativo estaba, recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó a pasar un arriero que llevaba la recua de vacío a cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, solo, afligido, mi persona bien tratada, comenzó –a lo que entonces dél creí– a condolerse de mi trabajo, y preguntándome qué tenía, le dije lo que me había pasado en la venta.

Apenas lo acabé de contar, cuando le dio tan estraña gana de reír, que me dejó casi corrido, y el rostro, que antes tenía de color difunto, se me encendió con ira en contra dél. Mas como no estaba en mi muladar y me hallé desarmado en un desierto, reportéme, por no poder cantar como quisiera; que es discreción saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar, que son las opiniones varias y las honras vidriosas. Y si allí me descomidiera, quizá se me atrevieran, y, sin aventurar a ganar, iba en riesgo y aun cierto de perder. Que las competencias hanse de huir; y si forzoso las ha de haber, sea con iguales; y si con mayores, no a lo menos menores que tú ni tan aventajados a ti que e tropellen. En todo hay vicio y tiene su cuenta. Mas aunque me abstuve, no pude menos que con viva cólera decirle:

–¿Vos, hermano, veisme alguna corozca, o de qué os reís?

Él, sin dejar la risa –que pareció tenerla por destajo, según se daba la priesa, que, abierta la boca, dejaba caer a un lado la cabeza, poniéndose las manos en el vientre–, sin poderse ya tener en el asno, parecía querer dar consigo en el suelo. Por tres o cuatro veces probó a responder y no pudo; siempre volvía de nuevo a principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo.

Dios y enhorabuena, buen rato después de sosegadas algo aquellas avenidas –que no suelen ser mayores las de Tajo–, a remiendos, como pudo, medio tropezando, dijo:

–Mancebo, no me río de vuestro mal suceso ni vuestras desdichas me alegran; ríome de lo que a esa mujer le aconteció de menos de dos horas a esta parte. ¿Encontrastes por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa y el otro de vellorín, un jubón lanco muy acuchillado?

–Los dos de esas señas –le respondí–, si mal no me acuerdo, cuando salí de la venta quedaban en ella, que entonces llegaron y pidieron de comer.

–Ésos, pues –dijo el arriero–, son los que os han vengado, y de la burla que han hecho a la ventera es de lo que me río. Si va este viaje, subí en un jumento desos, diréos por el camino lo que pasa.

Yo se lo agradecí, según le había menester a tal tiempo, rindiéndole las palabras que me parecieron bastar por suficiente paga, que a buenas obras pagan buenas palabras, cuando no hay otra moneda y el deudor está necesitado. Con esto, aunque mal jinete de albarda, me pareció aquello silla de manos, litera o carroza de cuatro caballos; porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho, y una niñería suple infinito. Es como pequeña piedra que, arrojada en agua clara, hace cercos muchos y grandes, y entonces es más de estimar, cuando viene a buena ocasión; aunque siempre llega bien y no tarda si viene. Vi el cielo abierto. Él me pareció un ángel: tal se me representó su cara como la del deseado médico al enfermo. Digo deseado, porque, como habrás oído decir, tiene tres caras el médico: de hombre, cuando lo vemos y no lo habemos menester; de ángel, cuando dél tienen

necesidad; y de diablo, cuando se acaban a un tiempo la enfermedad y la bolsa y él por su interés persevera en visitar. Como sucedió a un caballero en Madrid que, habiendo llamado a uno para cierta enfermedad, le daba un escudo a cada visita. El humor se acabó y él no de despedirse. Viéndose sano el caballero y que porfiaba en visitarle, se levantó una mañana y fuese a la iglesia. Como el médico lo viniese a visitar y no lo hallase en casa, preguntó adónde había ido. No faltó un criado tonto –que para el daño siempre sobran y para el provecho todos faltan– que le dijo dónde estaba en misa. El señor doctor, espoleando apriesa su mula, llegó allá y andando en su busca, hallólo y díjole: «¿Pues cómo ha hecho Vuesa Merced tan gran exceso, salir de casa sin mi licencia?» El caballero, que entendió lo que buscaba y viendo que ya no le había menester, echando mano a la bolsa, sacó un escudo dijo: «Tome, señor doctor, que a fe de quien soy, que para con Vuesa Merced no me ha de valer sagrado». Ved adónde llega la codicia de un médico necio y la fuerza de un pecho hidalgo y noble.

Yo recogí mi jumento y, dándome del pie, me puse encima. Comenzamos a caminar, y a poco andado, allí luego no cien pasos, tras el mismo vallado, estaban dos clérigos sentados, esperando quien lo llevara caballeros la vuelta de Cazalla. Eran de allá y, habían venido a Sevilla con cierto pleito. Su compostura y rostro daban a conocer su buena vida y pobreza. Eran bien hablados, de edad el uno hasta treinta y seis años, y el otro de más de cincuenta. Detuvieron al arriero, concertáronse con él y, haciendo como yo, subieron en sendos borricos, y seguimos nuestro viaje.

Era todavía tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podía proseguir su cuento, porque soltaba el chorro tras de cada palabra, como casas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces más lo reído que lo hablado.

Aquella tardanza era para mí lanzadas. Que quien desea saber una cosa, querría que las palabras unas tropellasen a otras para salir de la boca juntas y presto. Grande fue la preñez que se me hizo y el antojo que tuve por saber el suceso. Reventaba por oírlo. Esperaba de tal máquina que había de resultar una gran cosa. Sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba, o si los mozos la hubieran quemado y a la ventera viva o, por lo menos y más barato, que colgada de los pies en una oliva le hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta –que la risa no prometió menos. Aunque, si yo fuera considerado, no debiera esperar ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reía. Porque aun la moderada en cierto modo acusa facilidad; la mucha, imprudencia, poco entendimiento y vanidad; y la descompuesta es de locos de todo punto ematados, aunque el caso la pida.

Quiso Dios y enhorabuena que los montes parieron un ratón. Díjonos en resolución, con mil paradillas y, corcovos, que, habiéndose detenido a beber un poco de vino y a esperar un su compañero que atrás dejaba, vio que la ventera tenía en un plato una tortilla de seis huevos, los tres malos y los otros no tanto, que se los puso delante, y, yéndola a partir, les pareció que un tanto se resistía, yéndose unos tras otros pedazos. Miraron qué lo podría causar, porque luego les dio mala señal. No tardaron mucho en descubrir la verdad, porque estaba con unos altos y bajos, que si no fuera sólo a mí, a otro cualquiera desengañara en verla. Mas como niño debí de pasar por ello. Ellos eran más curiosos o curiales, espulgáronla de manera que hallaron a su parecer tres bultillos como tres mal cuajadas cabezuelas, que por estar los piquillos algo qué más tiesezuelos, deshicieron la duda, y tomando una entre los dedos, queriéndola deshacer, por su propio pico habló, aunque muerta, y dijo cuya era llanamente. Así cubrieron el plato con otro y e secreto se hablaron.

Lo que pasó no lo entendió, aunque después fue manifiesto. Porque luego el uno dijo: «Huésped, ¿qué otra cosa tenéis que darnos?» Habíanle poco antes en presencia dellos vendido un sábal. Teníalo en el suelo para escamarlo. Respondióles: «Deste, si queréis un par de ruedas, que no hay otra cosa.» Dijéronle: «Madre mía, dos nos asaréis luego, porque nos queremos ir, y, si os pareciere, ved cuánto queréis en todo de ganancia, y lo llevaremos a nuestra casa.» Ella dijo que, hechos piezas, cada rueda le había de valer un real, no menos una

blanca. Ellos que no, que bastaba un real de ganancia en todo. Concertáronse en dos reales. Que el mal pagador ni cuenta o que recibe ni recatea en lo que le fían.

A ella se le hacía de mal el darlo; aunque la ganancia, en cuatro reales dos, por sólo un momento que le faltaron de la bolsa la puso llana. Hízolo ruedas, asóles dos, con que comieron; metieron en una servilleta de la mesa lo restante y, después de hartos y malcontentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hicieron el pago sin la cuenta; que el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fue donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina y con terrible fuerza le dio en la cara con ella, fregándosela por ambos ojos. Dejóselos tan ciegos y dolorosos, que, sin osarlos abrir, daba gritos como loca. Y el otro compañero, haciendo como que le reprehendía la bellaquería, le esparció por el rostro un puño de ceniza caliente. Y así se salieron por la puerta, diciendo: «Vieja bellaca, quien tal hace, que tal pague.» Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgñada y puerca. Quedó toda enharinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no podía sufrir la risa uando dello y dél se acordaba. Con esto acabó su cuento, diciendo que tenía de qué reírse para todos los días de su vida.

–Yo de qué llorar –le respondí– para toda la mía, pues no fui para otro tanto y esperé venganza de mano ajena; pero yo juro a tal que, si vivo, ella me lo pague de manera que se le acuerde de los huevos y del muchacho.

Los clérigos abominaron el hecho, reprobando mi dicho y haberme pesado del mal que no hice. Volviéronse contra mí, y el más anciano dellos, viéndome con tanta cólera, dijo:

–La sangre nueva os mueve a decir lo que vuestra nobleza muy presto me confesará por malo, y espero en Dios habrá de frutificar en vos de manera que os pese por lo presente de lo dicho y emendéis en lo porvenir el hecho. Refiérenos el sagrado Evangelio por San Mateo, en el capítulo quinto, y San Lucas en el sexto: «Perdonad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen». Habéis de considerar lo primero que no dice haced bien a los que os hacen mal, sino a los que os aborrecen; porque, aunque el enemigo os aborrezca, es imposible haceros mal, si vos no quisiéredes. Porque, como sea verdad infalible que tendremos por bienes verdaderos a los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, más propriamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos dellos, pues en su confianza nos perdemos y los perdemos, llamaremos a los enemigos buenos amigos, y a los amigos propios enemigos, en razón de los efectos que de los unos y otros vienen a resultar. Pues nace de los enemigos todo el verdadero bien y de los amigos el cierto mal. Bien veremos cómo el mayor provecho que podremos haber del más fiel amigo deste mundo, será que nos favorezca o con su hacienda, dándonos lo que tuviere; o con su vida, ocupándola en las cosas de nuestro gusto; o con su honra, en los casos que se atravesare la nuestra. Y esto ni esotro hay quien lo haga, o son tan pocos, que dudo si en alguno pudiésemos dar el ejemplo en este tiempo. Mas, cuando así sea y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geométrico, si en lo que no es puede haber más y menos. Porque, cuando me dé cuanto tiene, ya es poca sustancia para librarme del infierno. Demás que no se expenden ya las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales que les ayudan a pecar, y a esos tienen por amigos y dan su dinero. Si por mí perdiere su vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mía; si gastare su honra y la estragare, digo que no hay honra que lo sea, más de servir a Dios, y lo que saliere fuera desto es falso y malo. De manera que todo cuanto mi amigo me diere, siendo temporal, es inútil, vano y sin sustancia. Mas mi enemigo todo es grano, todo es provechoso cuanto dél me resulta, queriendo valerme dello. Porque del quererme mal saco yo el quererle bien, y por ello Dios me quiere bien. Si le perdono una liviana injuria, a mi se me perdonan y remiten infinito número de pecados; y si me maldice, lo bendigo. Sus maldiciones no me pueden dañar y por mis bendiciones alcanzo la bendición: «Venid, benditos de mi Padre». De manera que con los pensamientos, con las palabras, con las obras mi enemigo me las hace buenas y verdaderas. ¿Cuál, si pensáis, es la causa de tan grande maravilla y la fuerza de tan alta virtud? Yo lo diré: de que así lo manda el Señor, es voluntad y mandato expreso

suyo. Y si se debe cumplir el de los príncipes del mundo, sin comparación mucho mejor del príncipe celestial, a quien se humillan todas las coronas del cielo y tierra. Y aquel decir: «Yo lo mando», es un almíbar que se pone a lo desabrido de lo que se manda. Como si ordenasen los médicos a un enfermo que comiese flor de azahar, nueces verdes, cáscaras de naranjas, cohollos de cidros, raíces de escorzonera. ¿Qué diría? «Tate, señor, no me deis tal cosa; que aun en salud un cuerpo robusto no podrá con ello.» Pues para que se pueda tragar y le sepa bien, háceselo confitar, de manera que lo que de suyo era dificultoso de comer el azúcar lo ha hecho sabroso y dulce. Esto mismo hace el almíbar de la palabra de Dios: «Yo mando que améis a vuestros enemigos.» Esta es una golosina hecha en la misma cosa que antes nos era de mal sabor; y así aquello en que hace más fuerza nuestra carne, aquello a que más contradice por ser amargo y ahelear a nuestras concupiscencias, diga el espíritu: ya eso está almibarado, sabroso, regalado y dulce, pues Cristo, nuestro redemptor, lo manda. Y que, si me hirieren la una mejilla, ofrezca la otra, que esa es honra, guardar con puntualidad las órdenes de los mayores y no quebrantarlas. Manda un general a su capitán que se ponga en un paso fuerte por donde ha de pasar el enemigo, de donde si quisiese podría vencerlo y matarlo; mas dícele: «Mirad que importa y es mi voluntad que cuando pasare no le ofendáis, no embargante que os ponga en la ocasión y os irrite a ello.» Si, al tiempo que pasase aquél, fuese diciendo bravatas y palabras injuriosas, llamando al capitán cobarde, ¿haríale por ventura en ello alguna ofensa? No por cierto; antes debe reírse dél, pues como a vano y a quien pudiera destruir fácilmente, no lo hace por guardar la orden que se le dio. Y si la quebrantara hiciera mal y contra el deber, siendo merecedor de castigo. ¿Pues qué razón hay para no andar cuidadosos en la observancia de las órdenes de Dios? ¿Por qué se han de quebrantar? Si el capitán por su sueldo, y, cuando más aventure a ganar, por una encomienda, estará puntual, ¿por qué no lo seremos, pues por ello se nos da la encomienda celestial? En especial, que el mismo que hizo la ley la estrenó y pasó por ella, sufriendo de aquella sacrílega mano del ministro una gran bofetada en su sacratísimo rostro, sin por ello responderle mal ni con ira. Si esto padece el mismo Dios, la nada del hombre ¿qué se levanta y gallardea? Y para satisfacción de una simple palabra, cargándose de duelos, espulga el duelo, buscando entre infieles, como si fuese uno dellos, lugar donde combatirse, que mejor diríamos abatirse a las manos del demonio, su enemigo, huyendo de las de su Criador; del cual sabemos que, estando de partida, cerrando el testamento, clavado en la cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento desde la planta del pie hasta el pelo de la cabeza, que tenía enfurtido en su preciosa sangre, cuajada y dura como un fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas, queriendo despedirse de su Madre y discípulo, entre las últimas palabras, como por última demanda la más encargada, y en el agonía más fuerte de arrancarse el alma de su divino cuerpo, pide a su eterno Padre perdón para los que allí lo pusieron. Imitólo San Cristóbal que, dándole un gran bofetón, acordándose del que recibió su maestro, dijo: «Si yo no fuera cristiano, me vengara.» Luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la Iglesia, nuestra madre. Otro dieron a San Bernardo en presencia de sus frailes y, queriéndolo ellos vengar, los corrigió, diciendo: «Mal parece querer vengar injurias ajenas el que cada día pide perdón de las propias.» San Esteban, estándolo apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros que le quitan la vida, sino de ver que los crueles ministros perdían las almas, y, dolido dellas, pide a Dios, entre las bascas de la muerte, perdón para sus enemigos, especialmente para Saulo, que, engañado y celoso de su ley, creía merecer en guardar las capas y vestidos a los verdugos, para que desembarazados le hiriesen con más fuerza. Y tanta tuvo su oración, que trajo a la fee al glorioso apóstol San Pablo; el cual, como sabio doctor experimentado en esta dotrina, viendo ser importantísimo y forzoso a nuestra salvación, dice: «Olvidad las iras y nunca os anochezca con ellas. Bendecid a vuestros perseguidores y no los maldigáis; dadles de comer si tuvieren hambre, y de beber cuando estén con sed; que, si no lo hiciéredes, con la misma medida seréis medidos y, como perdonáredes, perdonados». El apóstol Santiago dice: «Sin misericordia y con rigor de justicia serán juzgados los que no tuvieren misericordia». Bien temeroso estaba y resuelto en guardar este divino precepto Constantino Magno, que,

viníéndole a decir cómo sus enemigos, por afrentarlo, en vituperio y escarnio suyo, le habían apedreado su retrato, hiriéndole con piedras en la cabeza y rostro, fue tanta su modestia que, despreciando la injuria, se tentó con las manos por todas las partes de su cuerpo, diciendo: «¿Qué es de los golpes? ¿Qué es de las heridas? Yo no siento ni me duele cuanto habéis dicho que me han hecho.» Dando a entender que no hay deshonor que lo sea, sino al que la tiene por tal. Demás que no por esto habéis de entender que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo venguéis y aunque se lo perdonéis de vuestra parte: que el agravio que os hizo a vos, también lo hizo a Dios, cuyo sois y él es. Dueño tiene esta hacienda; que si en el palacio de un príncipe o en su corte a uno se hiciere afrenta, se hará juntamente al señor della. Y no bastará el perdón del afrentado para ser perdonado absolutamente, porque con aquella sinrazón o agravio también estarán injuriadas las leyes de ese príncipe, y su casa o su tierra vituperada. Y así dice Dios: «A mi cargo está y a su tiempo lo castigaré; mía es la venganza, yo la haré por mi mano». Pues, desdichado del amenazado, si las manos de Dios lo han de castigar, más le valiera no ser nacido. Así que nunca deis mal por mal, si no quisiéredes que os venga mal. Demás que mereceréis en ello y os pagaréis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda, os vendréis a simbolizar con él. Dad, pues, lugar a las iras de vuestros perseguidores, para poder merecer. Volvedles gracias por los agravios y sacaréis dello glorias y descansos.

Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que a este propósito me dijo, para poder aquí repetirla, porque toda era del cielo, finísima Escritura Sagrada. Desde entonces propuse aprovecharme della con muchas veras. Y si bien se considera, dijo muy bien. ¿Cuál hay mayor venganza que poder haberse vengado? ¿Qué cosa más torpe hay que la venganza, pues es pasión de injusticia, ni más fea delante de los ojos de Dios y de los hombres, porque sólo es dado a las bestias fieras? Venganza es cobardía y acto femenino, perdón es gloriosa vitoria. El vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. ¿Qué mayor atrevimiento puede haber, que quiera una criatura usurpar el oficio a su Criador, haciendo caudal de hacienda que no es suya, levantándose con ella como propia? Si tú no eres tuyo ni tienes cosa tuya en ti, ¿qué te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen a tu dueño, que es Dios: déjale la venganza, el Señor la tomará de los malos tarde o temprano. Y no puede ser tarde lo que tiene fin. Quitársela de las manos es delito, desacato y desvergüenza. Y cuando te tocara la satisfacción, dime: ¿qué cosa es más noble que hacer bien? Pues ¿cuál mayor bien hay que no hacer mal? Uno solo, el cual es hacer bien al que no te le hace y te persigue, como nos está mandado y tenemos obligación. Que dar mal por mal es oficio de Satanás; hacer bien a quien te hace bien es deuda natural de los hombres. Aun las bestias lo reconocen y no se enfurecen contra el que no las persigue. Procurar y obrar bien a quien e hace mal es obra sobrenatural, divina escalera que alcanza gloriosa eternidad, llave de cruz que abre el cielo, sabroso descanso del alma y paz del cuerpo.

Son las venganzas vida sin sosiego, unas llaman a otras y todas a la muerte. ¿No es loco el que, si el sayo le aprieta, se mete un puñal por el cuerpo? ¿Qué otra cosa es la venganza, sino hacernos mal por hacer mal, quebrarnos dos ojos por cegar uno, escupir al cielo y caernos en la cara? Admirablemente lo sintió Séneca que, como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban a que del se querellase a la justicia, y, riéndose, les dijo: «¿No veis que sería locura llamar un jumento a juicio?». Como si dijera: con aquella coz vengó como bestia su saña, y yo la enosprecio como hombre.

¿Hay bestialidad mayor que hacer mal, ni grandeza que iguale a despreciarlo? Siendo el duque de Orlens injuriado de otro, después que fue rey de Francia le dijeron que se vengase – pues podía– de la injuria recibida, y, volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: «No conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orlens». Si vencerse uno a sí mismo lo cuentan por tan gran vitoria, ¿por qué, venciendo nuestros apetitos, iras y rencores, no ganamos esta palma, pues demás de lo por ello prometido, aun en lo de acá escusaremos muchos males que quitan la vida, menguan la vana honra y consumen la hacienda?

¡Oh, buen Dios! ¡Cómo, si yo fuera bueno, lo que de aquel buen hombre oí debía bastarme! Pasóse con la mocedad, perdióse aquel tesoro, fue trigo que cayó en el camino.

Su buena conversación y dotrina nos entretuvo hasta Cantillana, donde llegamos casi al sol puesto, yo con buenas ganas de cenar y mi compañero de esperar el suyo; mas nunca vino. Los clérigos hicieron rancho aparte, yéndose a casa de un su amigo y nosotros a nuestra posada.

Capítulo V

Lo que a Gumán de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero

Luego que dejamos a las camaradas, pregunté a la mía:

—¿Dónde iremos?

Él me dijo:

—Huésped conocido tengo, buena posada y gran regalador.

Llevóme al mesón del mayor ladrón que se hallaba en la comarca, donde no menos hubo de qué hacerte plato con que puedas entretener el tiempo, y por saltar de la sartén caí en la brasa, di en Scila huyendo de Caribdis.

Tenía nuestro mesonero para su servicio un buen jumento y una yegüezuela galiciana. Y como aun los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad ni trajes, sino sólo tocas, aunque las cabezas estén tiñosas, no es maravilla que entre brutos acontezca lo mismo. Estaban siempre juntos en un establo, en un pesebre y a un pasto, y el dueño no con mucho cuidado de tenerlos atados; antes de industria los dejaba sueltos para que ayudasen a repasar las lecciones a las otras cabalgaduras de los huéspedes. De lo cual resultó que la yegua quedase preñada desta compañía.

Es inviolable ley en el Andalucía no permitir junta ni mezcla semejante, y para ello tienen establecidas gravísimas penas. Pues como a su tiempo la yegüezuela pariese un muleto, quisiera el mesonero aprovecharlo y que se criara. Detúvolo escondido algunos días con grande recato, mas como viese no ser posible dejarse de sentir, por no dar venganza de sí a sus enemigos, con temor del daño y codicia del provecho, acordó este viernes en la noche de matarlo. Hizo la carne postas, echólas en adobo, aderezó para este sábado el menudo, asadura, lengua y sesos. Nosotros —como dije— llegamos a buena hora, que el huésped con sol ha honor, halla qué cene y cama en que se eche. Mi compañero, habiendo desaparejado, dio luego recaudo a su ganado. Yo llegué tal de olido, que, dando con mi cuerpo en el suelo, no me pude rodear por muy gran rato.

Llegué los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas de llevarlos colgando y sin estribos, las asentaderas batanadas, las ingles dolorosas, que parecía meterme un puñal por ellas, todo el cuerpo descoyuntado, y, sobre todo, hambriento. Cuando mi compañero acabó de dar cobro a su recua, viniéndose para mí, le dije:

—¿Será bien que cenemos, camarada?

Respondió que le parecía muy justo, que ya era hora, porque otro día quería tomar la mañana y llegar con tiempo a Cazalla y hacer cargas. Preguntamos al huésped si había qué cenar. Respondió que sí, y aun muy regaladamente.

Era el hombre bullicioso, agudo, alegre, decidor y, sobre todo, grandísimo bellaco. Engañóme, que, como lo vi de tan buena gracia y de antes no le conocía, mostró buena pinta, y en decir que tenía todo buen recaudo alegréme en el alma. Comencé entre mí mismo a dar mil alabanzas a Dios, reverenciando su bendito nombre, que después de los trabajos da descansos, con las enfermedades medicinas, tras la tormenta bonanza, pasada la aflicción holgura, y buena cena tras la mala comida.

No sé si os diga un error de lengua gracioso que sucedió a un labrador que yo conocí en Olías, aldea de Toledo. Dirélo por no ser escandaloso y haber salido de pecho sencillo y cristiano viejo. Estaba con otros jugando a la primera y, habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: «Tengo primera, bendito sea Dios, que ya he hecho una mano.» Pues, como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linaje y, con el alegría de ganar la mano, dijo

en el mismo punto: No muy bendito, que tengo flux». Y si tal disparate se puede traer a cuento, es este su lugar, por lo que me aconteció.

Mi compañero preguntó:

—Pues bien, ¿qué hay aderezado?

Respondió el socarrón:

—De ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca y no haber pasto con la sequía del año, luego la maté de ocho días nacida. El despojo está guisado, pedid lo que mandáredes.

Tras esto, diciendo aires bola, levantó la pierna y en el aire dio por delante una zapateta, con que me alivié un poco y me holgué mucho de oírle que había menudo de ternera, que sólo en mentarlo me enterneció. Y despidiendo el cansancio, con alegre rostro le dije:

—Huésped, sacad lo que quisiéredes.

Al punto puso la mesa con ropa limpia en ella, el pan ya no tan malo como el pasado, el vino muy bueno, un plato de fresca ensalada, que para tripas tan lavadas como las mías no era de mucho momento y se lo perdonara por el vientre de ternera o una mano della; mas no me pesó, porque las premisas engañaban cualquiera discreto juicio, emborrachando el gusto de cualquier hombre hambriento.

Dice bien el toscano, aconsejando que de mujeres, marineros ni hosteleros hagamos confianza en sus promesas más que de los que se alaban a sí mismos; porque de ordinario, por la mayor parte, regulado el todo, todos mienten. Tras la ensalada sacó sendos platillos, en cada uno una poca de asadura guisada. Digo poca: recelaba de dar mucha, porque con la abundancia, satisfecha a necesidad, a vientre hartado, fuera fácil conocer el engaño. Así, yendo con tiento, acechaba con el gusto que entrábamos en ello y ponía más hambre deseando comer más.

De mi compañero no hay tratar dél, porque nació entre salvajes, de padres brutos y lo paladearon con un diente de ajo; y la gente rústica, grosera, no tocando a su bondad y limpieza, en materia de gusto pocas veces distingue lo malo de lo bueno. Fáltales a los más la perfección en los sentidos y, aunque veen, no veen lo que han de ver, oyen y no lo que han de oír, y así en los demás, especialmente en la lengua, aunque no para murmurar, y más de hijosdalgo. Son como los perros, que por tragar no mascan, o como el avestruz, que se engulle un hierro ardiendo y, si alla delante, se comerá un zapato de dos suelas que haya en Madrid servido tres inviernos, porque yo le he visto quitar con el pico una gorra de un paje y tragársela entera.

Mas que yo, criado en regalo, de padres políticos y curiosos, no sintiese tal engaño, grande fue mi hambre y esta excusa me desculpa. El deseo de comer algo bueno era grande: todo se les hizo a mis ojos pequeño. El traidor del mesonero lo daba destilado: no es maravilla; cuando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. ¿No has oído decir que a la hambre no hay mal pan? Digo que se me hizo almíbar y me dejó goloso.

Pregunté si había otra cosa. Respondió si queríamos los sesos fritos en manteca con unos huevos. Dijimos que sí. Más tardamos en decirlo que él en ponerlo por obra y casi en aderezarlos. En el ínterin, porque no nos aguásemos, como postas corridas, nos dio un paseo de revoltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre. No me supo bien, olióme a paja podrida. Dile de mano, dejándolo a mi compañero, el cual entró por ello como en viña vendimiada.

No me pesaba mucho, antes me alegré, creyendo que, si de aquello hiciera su pasto, me cupiera más de los sesos. Al revés me salió, que no por eso dejó de picar con tan buena gracia como si en todo aquel día ni noche hubiera comido bocado. Pusiéronse los huevos y sesos en la mesa, y cuando vio la tortilla mi arriero, diose a reír cual solía, con toda la boca. Yo me amohiné, creyendo que gustaba de refrescarme la memoria, estragándome el estómago. Pues

como el huésped nos mirase a los dos y estuviese sobre ascuas para oír lo que decíamos, viendo su descompuesta risa tan mal sazónada, se alborotó creyendo que lo había sentido: que a tal tiempo, sin haberse ofrecido de qué, no pudiera reírse de otra cosa. Y como el delincuente siempre trae la barba sobre el hombro y de su sombra se asombra, porque su misma culpa le representa la pena, cualquier acto, cualquier movimiento piensa que es contra él y que el aire publica su delito y a todos es notorio. Este pobretón, aunque bellaco, habituado en semejantes maldades y curtido en hurtos, esta vez cortóse con el miedo. Demás que los tales de ordinario son cobardes y fanfarrones.

¿Por qué piensas que uno raja, mata, hiende y hace fieros? Yo te lo diré: por atemorizar con ellos y suplir el defecto de su ánimo, como los perros, que pocos de los que ladran muerden. Son guzquejos, todos ladridos y alborotos, y de volver a mirarlos huyen.

Nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio en quien mal vive temor, sospecha y malicia. Perdió los estribos, no supo adónde ni cómo reparar, diciendo:

—¡Voto a tal, que es de ternera, no tiene de qué reírse, cien testigos le daré si es necesario!

Púsosele con estas palabras el rostro encendido en fuego, que sangre parecía verter por los carrillos y salirle centellas de los ojos, de coraje. El arriero, alzando el rostro, le dijo:

—¿Quién lo ha con vos, hermano, ni os pregunta los años que habéis? ¿Hay arancel en la posada, que ponga tasa de qué y cuánto se ha de reír el huésped que tuviere gana, o ha de pagar algún derecho que esté impuesto sobre ello? Dejad a cada uno que lllore o ría y cobrad lo que os debiere. Yo soy hombre que, si hubiera de reírme de cosa vuestra, os lo dijera libremente. Acordéme agora, por estos huevos, de otros que mi compañero comió este día, tres leguas de aquí en la venta.

Tras esto le fue refiriendo todo el cuento, según de mí lo había oído, y lo que después pasó en su presencia con los mancebos, que parecía estarse bañando en agua rosada, según los afectos, risas, visajes y meneos con que lo decía.

El mesonero no cesaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando y reiterando el nombre de Jesús mil veces. Y levantando los ojos al cielo, dijo:

—¡Válgame Nuestra Señora, que sea conmigo! ¡Mal haga Dios a quien mal hace su oficio!

Y como en hurtar él era tan buen oficial, tenía por cierto no tocarle la maldición, hurtando bien. Comenzóse a pasear, fingiendo asombros y extremos voceaba:

—¿Cómo no se hunde aquella venta? ¿Cómo consiente Dios y disimula el castigo de tan mala mujer? ¿Cómo esta vieja, bruja, hechicera, vive hoy en el mundo y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos della, todos veo que blasfeman su trato; ninguno sale sabroso, todos con pesadumbre. O son todos malos o ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos. Por estas cosas y otras tales no quiere nadie parar en su casa: todos la santiguan y pasan de largo. Pues a fe que debiera estar escarmentada del jubón que trae vestido debajo de la camisa, con cien botones abrochado, y se lo vistieron por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera; no sé cómo vuelve al oficio y no vuelven a castigarla. No sé en qué topa: en algo debe de ir, como dijo la hormiga. Misterio debe tener, que con la misma libertad roba hoy que ayer y como el año pasado. Lo peor es que hurta como si se lo mandasen. Y debe de ser así, pues el guarda, el malsín, el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda: a estos tales trae contentos y les pecha con lo que a los otros pela. Y así es menester, que de otro modo se perdería y le volverían a dar otro paseo. Aunque más pierde la malaventurada en desacreditar su casa, que si diera buen recaudo, con buen trato y término, acudieran a ella, y de muchos pocos iciera mucho. Que llevando de cada camino un grano, bastece la hormiga su granero para todo el año. Nadie le tuviera el pie sobre el pescuezo. ¡Maldita ella sea, que tan mala es!

Cuando aquí llegó, pensé que lo dejaba; mas volvió diciendo:

—¡Loada sea la limpieza de la Virgen María, que con toda mi pobreza no hay en mi casa mal trato! Cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero. Limpieza de vida es lo que importa y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo. Lleve cada uno lo que fuere suyo y no engañar a nadie.

Aquí paró con el resuello, y no hizo poco. Según llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobre cena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas aceitunas gordales como nueces. Rogámosle que por la mañana nos aderezase una poca de ternera. Encargóse dello, y nosotros fuimos a buscar en qué dormir; y en el suelo más llano tendimos unas enjalmas, donde pasamos la noche.

Capítulo VI

Gumán de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero

No sé, si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla o a la puerta de mi madre, cuando amaneció el domingo, si hubiera quien me conociera. Porque fue tanto el número de pulgas que cargó sobre mí, que pareció ser también para ellas año de hambre y les habían dado conmigo socorro. Y así como si hubiera tenido sarampión, me levanté por la mañana sin haber parte de todo mi cuerpo, rostro ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio. Mas fueme la fortuna favorable en que, con el cansancio del camino y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro más de mi ordinario, dormí soñando paraísos y sin sentir alguna cosa, hasta que, recordado mi compañero con el cuidado de oír misa temprano y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertó. Levantámonos con la luz, antes que el sol saliese. Luego, pidiendo el almuerzo, se nos trajo.

No me supo tan bien como a él, que cada bocado parecía darlo en pechugas de pavo. Nunca le pareció haber comido mejor cosa, según lo alababa. Fueme forzoso tenerlo por tal, en fe del gusto ajeno, atribuyendo la falta heredada del asno de su padre a mi mal paladar; pero hablando verdad, ello era malo y decía bien quién era. Hízoseme duro y desabrido, y de lo poco que cené uedé empachado, sin poderlo digerir en toda la noche. Y aunque con temor de ser del compañero reprehendido, dije al huésped:

—Esta carne, ¿cómo está tan tiesa y de mal

sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondióme:

—¿No vee, señor, que es fresca y no ha tomado el adobo?

Mi camarada dijo:

—No lo hace el adobo, sino que este gentilhomme se ha criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos: todo se le hace duro y malo.

Encogí los hombros y callé, pareciéndome que ya era otro mundo y que a otra jornada no había de entender la lengua; pero no me satisface con esto, quedé como resabiado, sin saber de qué. Y entonces me vino a la memoria el juramento tan fuera de tiempo que hizo la noche antes, afirmando que era ternera, Parecióme mal y que por solo haberlo jurado mentía, porque la verdad no hay necesidad que se jure, fuera del juicio y habiendo necesidad. Demás que toda satisfacción prevenida sin queja es en todo tiempo sospechosa. No sé qué me tuve o qué me dio que, aunque realmente de cierto no concebí mal, tampoco presumí algún bien. Fue un toque de la imaginación, en que no reparé ni hice caso.

Pedí por la cuenta. Mi compañero dijo que la dejase, que él daría recaudo. Híceme a una parte, dejélo, creyendo ser amistad y que de tan poco escote no me lo quería repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí, sin cesar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me halló en aquel camino, dándome graciosamente caballería y de comer.

Parecióme que todo había de ser así, hallando en toda parte quien me hiciera la costa y llevara caballero. Alentéme, comencé de olvidar la teta, como si acíbar me pusieran en ella y en todas las cosas que dejaba. Y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno, en tanto que él pagaba quise comedirme llevándole a beber los asnos. Volvílos a sus pesebres, para que, en cuanto los aparejaban, comiesen algunos bocados y acabasen la cebada. Ayudéle a todo, entregándoles las frentes y, orejas. En tanto que me ocupaba en esto, tenía mi capa puesta sobre un poyo y, como azogue al fuego o humo al viento, se desapareció entre las manos, que nunca más la vi ni supe della. Sospeché si el huésped o mi compañero por burlarme la hubiesen escondido.

Ya pasaba de burlas, porque me juraron que no la tenían en su poder ni sabían quién la tuviese ni dónde podría estar. Miré hacia la puerta. Estaba cerrada, que no la habían abierto. Allí no había más de nosotros y el solo huésped. Parecióme y fue imposible faltar y que la habría puesto en otra parte donde no me acordaba. Dime a buscar todo el mesón y, andando del palacio a la cocina, voy a parar a un trascorral donde estaba una gran mancha de sangre fresca y luego allí junto estendido un pellejo de muleto, cada pie por su parte, que aún estaban por cortar. Tenía tendidas las orejas, con toda la cabezada de la frente. Luego a par della estaban los huesos de la cabeza, que sólo faltaban la lengua y sesos.

Al punto confirmé mi duda. Salgo en un punto a llamar a mi compañero, a quien, cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo y cena, dije: —¿Paréceos agora que no es todo alfajor ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas? ¿Esto era la ternera que con tanta solemnidad me alabastes y el huésped regalador que prometistes? ¿Qué os parece de la cena y almuerzo que nos ha dado? ¡Y qué bien nos ha tratado l que no vende gato por conejo ni oveja por carnero, el de la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo, el que blasfemaba de la ventera y de su mal trato!

Él se quedó tan corrido y admirado de lo que vio, que enmudeció y, bajando la cabeza, se fue para comenzar a caminar. Tal se puso, que en todo aquel día, hasta que nos apartamos, nunca palabra le oí más de para despedirnos, y esa que habló entonces hubiérala de echar por los ijares, como sabréis adelante.

Aunque para mí fue la pena que cada uno podrá imaginar si acaso semejante le aconteciera, con todo eso, para estancar aquellos flujos de risa con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentara tanto. Con esto y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped, tomé alguna osadía. Tanto puede la razón, que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes. Comencé con veras a pedirla y él con risitas a negarmela. Hízome descomponer, hasta que lo hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza ni hablé palabra de lo que había visto. Como él me vio muchacho, desamparado y un pobreto, ensoberbecióse contra mí, diciendo que me azotaría y otros oprobios dignos de hombres cobardes y semejantes. Mas, como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras venimos a las mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiréle un medio ladrillo que, si con el golpe le alcanzara y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado. Mas él se me escapó y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda.

Mirad quién son estos feroces, que ya no trata de valerse de sus tan fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos míos. Olvidósele de azotarme y quiere ofenderme con fuerza de armas, viéndome un simple y desarmado pollo. Vínose contra mí, que ya, temiéndome de lo que fue, me previne de dos guijarros que arranqué del empedrado del suelo. Él, cuando me vio con ellos en las manos, fuese deteniendo. A la grito y vocería, el mesón alborotado, se convocó todo el barrio. cudieron los vecinos y con ellos gran tropel de gente, justicias y escribanos.

Eran dos alcaldes, llegaron juntos. Quería cada uno advocar a sí la causa y prevenirla. Los escribanos por su interese decían a cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre a cuál pertenecía se comenzó de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida ni de menor alboroto. Porque los unos a los otros desenterraron los abuelos, diciendo quiénes fueron sus madres, no perdonando a sus mujeres propias y las devociones que habían tenido. Quizá que no mentían. Ni ellos querían entenderse ni nosotros nos entendíamos.

Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa, pusieronlos medio en paz y asieron de mí, que siempre quiebra la sog a por lo más delgado. El forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo... de aque se asen primero. Quisieron saber qué había sido el alboroto y por qué; pusieronme a una parte, tomaronme la confesión de palabra: dije llanamente lo que pasaba. Pero, porque podían oírme algunos que estaban cerca, me aparté con los alcaldes y en secreto les dije lo del machuelo.

Ellos quisieran verificar primero la causa, mas, pareciéndoles haber tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prisión del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito y, creyendo sólo era por la capa, lo hacía todo risa, como cosa de burla, por la falta de información que había y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella.

Mas, como viese que poco a poco salían a plaza los pedazos de adobo, pellejo y zarandajas del machuelo, quedó helado; tanto que, tomándole la confesión, viendo presentes los despojos, confesando de plano, quedó convencido y confeso en cuanto había pasado, sin que cosa negase ni tuvo ánimo para ello. Que es muy cierto los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije. Pues que no dándole tormento ni amenazándole con él, declaró, sin serle pedido, hurtos y bellaquerías que hizo, así en aquel mesón como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino a tener caudal con que ponerse en trato.

Yo a todo esto estaba el oído atento, si de entre la colada salía mi capa; pero, con el odio que me cobró, la dejó entre renglones. Hice mis diligencias para que pareciese, ninguna fue de provecho. Acabadas de tomar nuestras declaraciones, del arriero y mía, por ser forasteros, nos rectificaron en ellas. Y si por la pendencia me habían de llevar preso –como dicen, tras paciente, aporreado– hubo diversos pareceres. Holgaran dello los escribanos y lo pretendieron. Mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razón y ninguna culpa. Que ¿qué me pedían, pues iba en cuerpo y me habían quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando a la cárcel al mesonero.

Nosotros acabamos de aliñar y seguimos nuestro camino. Pasamos por donde los clérigos estaban esperando. Cada uno tomó su caballería. Contéles el suceso, quedaron admirados dello, condoliéndose de mi necesidad; mas como no la podían remediar, encomendáronlo a Dios.

Yo y mi compañero, con los alborotos y breve partida, que casi salimos huyendo, nos quedamos sin oír misa. Yo la solía oír todos los días por mi devoción. Desde aquél se me puso en la cabeza que tan malos principios era imposible tener buenos fines ni podía ya sucederme cosa buena ni hacérseme bien. Y así fue, como adelante lo verás; que cuando las cosas se principian dejando a Dios, no se puede menos esperar.

Capítulo VII

Creyendo ser ladrón Gumán de Alfarache, fue preso y, habiéndolo conocido, lo soltaron. promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino

Antiguamente los egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban a la Fortuna, creyendo que la hubiera. Celebrábanle una fiesta el primero día del año, poniendo sumptuosas mesas, haciéndole grandes banquetes y opulentos convites en agradecimiento de lo pasado y suplicándole por lo venidero. Tenían por muy cierto ser esta diosa la que disponía en todas las cosas, dando y quitando a su elección porque, como suprema, lo gobernaba todo. Hacían esto por faltarles el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano y divina voluntad se rigen cielo y tierra, con todo lo en ello criado, invisible y visible. Parecíales cosa viva ver, cuando las desgracias comienzan a venir, cómo llegaban las unas cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmallar y descomponer un hombre; y otras veces que, como cobardes, acometían de tropel, muchas a un tiempo, para dar con la casa en el suelo. Y, por el contrario, el aire no sube a la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios y modos no vistos ni pensados, no dejándolos firmes en uno ni otro estado, de modo que ni el abatido desespere ni el encumbrado confíe. Si la lumbre de Fe me faltara como a ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir, uando semejantes desgracias me vinieron: «Bien vengas, mal, si solo vienes».

Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio y dos semipollos que comí disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine después a cenar el hediondo vientre de un machuelo y, lo peor, comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que a todos toca la de su padre; y, para final de desdichas, hurtarme la capa. Poco daño espanta y mucho amansa. ¿Qué conjuración se hizo contra mí? ¿Cuál estrella infelice me sacó de mi casa? Sí, después que puse fuera della el pie, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras y agüero triste de lo que después me vino, que, como tercianas dobles, iban alcanzándose, sin dejarme un breve intervalo de tiempo con algún reposo. La vida del hombre milicia es en la tierra: no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero, todo es fingido y vano. ¿Quiéreslo ver? Pues oye.

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra y a los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo ni previniendo a la ingratitud que después tuvieron, alzándose con el real y el trueco; porque teniendo a este dios consigo, no se acordaban de otro. A él hacían sacrificios, a él ofrecían las víctimas, a él celebraban con regocijos y cantos de alabanza.

Indignado desto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento. Dioles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues a solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya y habiéndolo[s] criado de nonada: que diesen su parecer para remedio de semejante locura.

Algunos, los más benignos, movidos de clemencia, dijeron: «Son flacos, de flaca materia y es bien sobrellevarlos; que, si fuera posible trocar nuestra suerte a la suya y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso dello, y, cuando mucho, dándoles una honesta corrección tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente.»

Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandáronle callar, que después hablaría. Bien quisiera en aquella ocasión indignar a Júpiter, por haberse ofrecido

como la deseaba; mas obedeciendo por entonces, fue recapacitando una larga oración que hacer a su propósito, cuando llegasen a su voto. Pero entretanto no faltaron otros de condición casi su igual, que dijeron: «Ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito; que la ofensa es infinita, hecha contra dioses infinitos, y así debe ser infinita la pena. Parécenos conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando más de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya.» Otros dijeron no convenir así, mas que, arrojándoles grande número de poderosos rayos, los abrasase todos y riase otros buenos.

Así fueron dando sus pareceres diferentes, de más o menos rigor conforme su calidad y complexión, hasta que, llegando a dar Apolo el suyo, pedida licencia y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo: «Supremo Júpiter piadosísimo, la grave acusación que haces a los hombres es tan justa, que no se te puede negar ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes. Ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento. Si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste, y es imperfección en ti deshacer lo que heciste para quererlo emendar ni pesarte de lo hecho: que te desacreditas a ti mismo, pues tu poder de criador se estrecha a tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos y criar otros de nuevo, tampoco te conviene, porque les has de dar o no libre albedrío: si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composición de elementos y más cosas que con tanta perfección heciste. De modo que te importa no se inove más de en una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, les diste al dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues della pende todo. Si se supieran conservar en gratitud y justicia, cosa fuera repugnante a la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas, pues lo han desmerecido por inobediencia, restringiendo las penas, debes castigarlos: que no es bien que tiránicamente posean tantos dones para ofenderte con ellos. Antes les debes quitar este su dios y en lugar suyo enviarles al del Descontento, su hermano, pues tanto se parecen: con que de aquí en adelante reconocerán su miseria y tu misericordia, tus bienes y sus males, tu descanso y su trabajo, su pena y tu gloria, tu poder y su flaqueza. Y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere, con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general a buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza. Con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz agora, ¡oh Júpiter clementísimo!, lo que más tu voluntad sea conveniente, de modo que te sirvas.»

Con este breve razonamiento acabó su oración. Quisiera Momo, con la emponzoñada suya, criminal el delito, por la enemistad vieja que con los hombres tenía; y, conocida su pasión, reprobaron su parecer. Loando todos el de Apolo, se cometió la ejecución dello a Mercurio, que luego, desplegadas las alas, rompiendo por el aire, bajó a la tierra, donde halló a los hombres con su dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algún tiempo ser enajenados de su posesión. Mercurio se llegó donde estaba y, habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses, aunque de mala gana, fuele forzoso cumplirla.

Los hombres alteráronse del caso y, viendo que les llevaban a su dios, quisieron impedirlo, y procurando todos esforzarse a la defensa, asidos dél, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motín y alboroto, bajó al suelo y, como los hombres estaban asidos a la ropa, usando de ardid sacáles el Contento della, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándoselo de allí consigo al cielo, con que los hombres quedaron gustosos y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo su dios consigo. Y no fue lo que pensaron.

Aun este yerro viven desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así, que sólo es el ropaje y figura que le parece y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad si creyeres otra cosa o la imaginas. ¿Quiéreslo

ver? Advierte. Considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites, alegrías y todo aquello a que más te mueve la inclinación en el más levantado punto que te podrá pintar el deseo. Si te preguntare: «¿Adónde vas?», podrásme responder muy orgulloso: «A tal fiesta de contento» Yo quiero que allá lo recibas y te lo den: porque los jardines estaban muy floridos y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljófares y perlas te alegraron. ¿Merendaste sin que el sol te ofendiese ni el aire te enojase? ¿Gozaste tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste alegremente recibido y acariciado? Pues ningún contento pudo ser tal que no se aguase con alguna pesadumbre. Y cuando haya faltado disgusto, no es posible que, cuando a tu casa vuelvas o en tu cama te acuestes, no te halles cansado, polvoroso, sudado, ahíto, resfriado, enfadado, melancólico, doloroso y por ventura descalabrado o muerto. Que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias y suelen ser vísperas de lágrimas, no vísperas que pase noche de por medio; al pie de la obra, en medio de aquea idolatría las has de verter, que no se te fiarán más largo. ¿Vendrásme a confesar ahora que la ropa te engañó y la máscara te cegó? Donde creíste que el contento estaba, no fue más del vestido y el descontento en él. ¿Ves ya cómo en la tierra no hay contento y que está el verdadero en el cielo? Pues, hasta que allá lo tengas, no lo busques acá.

Cuando determiné mi partida, ¡qué de contento se me representó, que aun me lo daba el pensarla! Vía con la imaginación el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos o como si en ellos hubiera de habitar impasible; los anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar y cansarme en ellos; el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabía lo que son venteros y dieran la comida graciosa o si lo que venden fuera mejor de lo que has oído; la variedad y grandeza de las cosas, aves, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traérmelo a la mano. Todo se me figuraba de contento y en cosa no lo hallé, sino en la buena vida. Todo lo fabriqué próspero en mi ayuda: que en cada parte donde llegara estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara y trajera la cena a la cama y me atropara la ropa y a la mañana me diera el almuerzo. ¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Había visto unas mapas; parecióme que así estaba todo junto y tropellado. ¿Quién imaginara que había de faltarme lo necesario? No pensé que había tantos trabajos y miserias. Mas, ¡oh, cómo es el «no pensé» de casta de tontos y propio de necios, excusa de bárbaros y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar. Hice como muchacho simple, sin entendimiento ni gobierno. Justo castigo fue el mío, pues, teniendo descanso, quise saber de bien y mal.

¡Cuántas cosas iba considerando cuando salí del mesón sin capa y burlado! Quise comer de las ollas de Egipto, que el bien hasta que se pierde no se conoce. Todos íbamos pensativos. A mi buen arriero acabásele la cosecha y risa con la burla del mesonero. Antes tiraba piedras a mi tejado; agora encoge las manos y las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio.

Menos mal: discreción es considerar, antes que les digan, lo que pueden oír y, antes que hagan, el daño que les pueden hacer. No es bien arrojar al peligro: que a una libertad hay otra, lenguas para lenguas y manos para manos. Todas las cosas tienen su razón y a todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en ti que aun tu secreto será o puede ser para el otro público, y te podrá responder con obras o palabras lo que no querrás oír ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderío, que si en tu rostro no dijeren tu afrenta, iránla publicando a todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningún enemigo es bueno por flaco que sea: de una centelluela se levanta gran fuego. ¡Qué cosa tan honrosa, qué digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriendados y justados con la razón, para que no se les atrevan y los pongan en ocasión! ¿No ves cómo lo anduvo un arriero?

Ya iba callando, no se reía, llevaba bajada la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas. Yo, considerando mis infortunios. Y cuando todos, cada uno más emboscado en su negocio, llegaron dos cuadrilleros en

seguimiento de un paje que a su señor había hurtado gran cantidad de joyas y dineros; y por las señas que les dieron debía de ser otro yo.

Así como me vieron, levantaron la voz:

—¡Ah ladrón, ah ladrón, aquí os tenemos, no podéis iros ni escaparos!

Luego a puñadas me apearon del hermano asno y, teniéndome asido, buscaron la recua creyendo hallar el hurto. Quitaron las enjalmas, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garbanzo sin mirarlo. Decían:

—¡Ea, ladrón, decí la verdad, que ahorcaros tenemos aquí si luego no lo dais!

No querían oírme ni admitir disculpa, que a pesar del mundo, sin más de su antojo, yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones, torniscones que me atormentaban, y más por no dejarme hablar ni pronunciar defensa. Y aunque mucho me dolía, mucho me alegraba entre mí, porque daban al compañero más al doble y recio, como a encubridor que decían era mío.

¿No consideras la perversa inclinación de los hombres, que no sienten sus trabajos cuando son mayores los de sus enemigos? Yo iba mal con él, que por su ocasión perdí mi capa y cené burro; sufría con menos pesadumbre el daño propio, por lo que cambiaba en el ajeno. Dábanle sin piedad, pedíanle que descubriese dónde lo llevaba o quedaba guardado. El pobre hombre, que, como yo, estaba inocente de tal cosa, no sabía qué hacer. Al principio creyó ser burlas; mas, cuando de la raya pasaron, al diablo daba el muerto y a quien lo lloraba. No se le hacía conversación de gusto ni quisiera conocerme.

Ya tenían espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecía ni el rigor de su castigo cesaba: como si fueran jurídicos jueces, nos maltrataban crudamente con obras y palabras; quizá que lo traían por instrucción.

Ya cansados de aporrearnos y nosotros de sufrirlo, nos maniataron para volvernos a Sevilla. Llérete Dios de delito contra las tres Santas, Inquisición, Hermandad y Cruzada, y, si culpa no tienes, llérete de la Santa Hermandad. Porque las otras Santas, teniendo, como todas tienen, jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros, en general, es toda gente nefanda y desalmada, y muchos por muy poco jurarán contra ti lo que no heciste ni ellos vieron, más del dinero que por testificar falso llevaron, si ya no fue jarro de vino el que les dieron. Son, en resolución, de casta de porquerones, corchetes o velleguines, y por el consiguiente ladrones pasantes o puntos menos, y, como diremos adelante, los que roban a bola vista en la república. Y tú, cuadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tú eres muy honrado y usas bien tu oficio, yo te lo confieso y digo que lo eres, como si te conociera. Pero dime, amigo, para entre nosotros, que no nos oiga nadie, ¿no sabes que digo verdades de tu compañero? Si tú lo sabes y ello es así, con él hablo y no contigo.

Ya estábamos despedidos de los clérigos, que se iban a pie su camino y nosotros el nuestro. ¿Quieres oírme lo que sentí? Pues fue sin duda más verme volver a mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos —ni la muerte, si allí me la dieran. Si a otra parte acaso nos llevarán, siendo estraña, lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo y la verdad había de parecer y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos de la manera que puedes onsiderar si tal te aconteciera.

No sé cómo uno de aquellos benditos me miró, que dijo al otro:

—¡Hola, hao! ¿Qué te digo? Creo que nos habemos engañado con la priesa.

El otro respondió:

—¿Cómo así?

Volvióle a decir:

—¿No sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y éste está sano?

Leyendo la requisitoria, refirieron las señas y vieron que casi se engañaron en todas. Y sin duda que debían de traer gana de aporrear y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos desataron y, pidiendo perdón y licencia, se fueron y nos dejaron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito y remojar la palabra en la primera venta.

No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella no echaran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares, y, cuando lo vinieran a mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte: gastado, robado, hambriento y deshechas las quijadas a puñetes, desencasado el pescuezo pescozadas, bañados en sangre los dientes a mojicones. Mi compañero, si no peor, no menos. Y «¡Perdonen, amigos, que no son ellos!» Ved qué gentil perdón y a qué tiempo.

Los clérigos iban cerca, luego los alcanzamos. Admiráronse en vernos. Supieron de mí la causa de nuestra libertad, que mi compañero estaba tal, que no se atrevió a hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió en su caballería, comenzamos a picar y no con los talones, que los de albarda no alcanzaban. A fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y granjería de la feria.

El más mozo de los clérigos dijo:

—Ahora bien, para olvidar algo de lo pasado y entretener el camino con algún alivio, en acabando las horas con mi compañero, les contaré una historia, mucha parte della que aconteció en Sevilla.

Todos le agradecemos la merced y, porque ya concluían su rezado, estuvimos esperando en silencio y deseo.

Capítulo VIII

Guzmán de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja, según se la contaron

Luego como acabaron de rezar, que fue muy breve espacio, cerraron sus breviarios y, metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atención oído, comenzó el buen sacerdote la historia prometida, en esta manera:

«Estando los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fue tan peleado, que en mucho tiempo dél no se conoció ventaja en alguna de las partes. Porque, aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros, habiendo muchos, estaba fortalecida con la buena disposición del sitio.

»La reina doña Isabel asistía en Jaén preveniendo a las cosas necesarias; y el rey don Fernando acudía personalmente a las del ejército. Teníalo dividido en dos partes: en la una plantada la artillería y encomendada a los marqueses de Cádiz y Aguilar, a Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, y a los comendadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados; en la otra estaba su alojamiento con los más caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada.

»Y si por dentro della pudieran atravesar, había como distancia de media legua de un real a el otro; mas por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra y así distaban una legua. Y porque con dificultad podían socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el Rey por su persona muy a menudo visitaba. Y aunque los moros procuraban impedir no se hiciesen, los cristianos lo apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que cada día no pasó alguno sin que dos o más veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos. Pero, porque la obra no cesase, siendo tan importante, siempre con los que en ella trabajaban asistían de guarda noche y día las compañías necesarias.

»Aconteció que, estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, Adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el Rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya, para cierto efecto. Los moros, que, como dije, siempre se desvelaban procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El Adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea y, estando trabada, socorrieron a los moros otros muchos de la ciudad. El rey don Fernando que lo vio, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el Rey al conde apretado y herido, mandó al maestre de Santiago acometer por una parte, y al marqués de Cádiz y duque de Nájera y a los comendadores de Calatrava y a Francisco de Bovadilla, que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería.

»Los moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra y pelearon valentísimamente así ellos como los cristianos. Y hallándose el Rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron a mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fue el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los moros, dieron a huir y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago hasta meterlos por los arrabales de la ciudad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fue Daraja, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza.

»Era la suya una de las más perfectas y peregrina hermosura que en otra se había visto. Sería de edad hasta diez y siete años no cumplidos. Y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discreción, gravedad y gracia. Tan diestramente hablaba castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja, pues entre las más ladinas pudiera

pasar por una dellas. El Rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió a la Reina su mujer, que no la tuvo en menos y, recibéndola alegremente, así por su merecimiento como por ser principal decendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin más daños ni peleas, procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera, y con ventajas, que a otras de las más llegadas a su persona. Y así no como a cautiva, antes como a deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba no tuviera el alma fea.

»Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, demás del gusto que recibía en hablar con ella; porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de más edad y varón muy prudente por quien todo hubiera pasado. Y aunque los reyes vinieron después juntarse en Baza, rendida la ciudad con ciertas condiciones, nunca la reina quiso deshacerse de Daraja, por la gran afición que la tenía, prometiendo a el alcaide su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia, mas diole alivio entender el amor que los reyes la tenían, de donde les había de resultar honra y bienes, y así no replicó palabra en ello.

»Siempre la reina la tuvo consigo y llevó a la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco a poco sin violencia, con apacibles medios, le dijo un día:

»—Ya entenderás, Daraja, lo que deseo tus cosas y gusto. En parte de pago dello te quiero pedir una cosa en mi servicio: que trueques esos vestidos a los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura.

»Daraja le respondió:

»—Haré con entera voluntad lo que tu Alteza me manda. Porque habiéndote obedecido, si hay algo en mí de alguna consideración, de hoy más estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos y suplirán mis faltas.

»—Todo lo tienes de cosecha —le replicó la reina— y estimo ese servicio y voluntad con que le ofreces.

»Daraja se vistió a la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron a poner cerco sobre Granada, que así por los trabajos de la guerra, como para irla saboreando en las cosas de nuestra fe, le pareció a la reina sería bien dejarla en casa de don Luis de Padilla, caballero principal muy gran privado suyo, donde se entretuviese con doña Elvira de Guzmán, su hija doncella, a quienes encargaron el cuidado de su regalo. Y aunque allí lo recibía, mucho sintió verse lejos de su tierra y otras causas que le daban mayor pena, mas no las descubrió; que con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquél gusto de su Alteza lo estimaba en merced y recebía por suyo.

»Esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmín. Sus calidades muy conformes a las de Daraja: mancebo rico, galán, discreto y, sobre todo, valiente y animoso, y cada una destas partes dispuesta a recibir un muy, y le era bien debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñón de Castilla se criara y hubiera nacido en ella. Cosa digna de alabanza de mozos virtuosos y gloria de padres, que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente. De modo idolatraba en ella que, si se le permitiera, en altares pusiera sus estatuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, della era su voluntad. Y su esposa, reconocida, nada le quedaba en deuda.

»Era el amor igual, como las más cosas en ellos y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribían, los amorosos recaudos que se enviaban, no se pueden encarecer. Habíanse visto y visitado, pero no tratado sus amores a boca; los ojos parleros muchas veces, que nunca perdieron ocasión de hablarse. Porque los dos, de muchos años antes —y no muchos, pues ambos tenían pocos—, mas para bien hablar, desde su niñez se amaban y las visitas eran a deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los

padres y amor en los hijos con tan estrechos ñudos, que de conformidad todos desearon volverlo en parentesco y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse cuando Baza fue cercada.

»Con esta revuelta y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con más comodidad y alegría, para solenizar con juegos y fiestas lo que aquella pedía y casamiento de tan calificada gente.

»Daraja, ya dije quién era su padre. Su madre fue sobrina, hija de hermana, de Boabdelín, rey de aquella ciudad, que había tratado el casamiento. Y Ozmín, primo hermano de Mahomet, rey que llamaron Chiquito, de Granada.

»Pues, como sucediese al revés de sus deseos, mostrándose a todos la fortuna contraria, estando Daraja en poder de los reyes y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, efectos de tristeza que mostró, a todos repartía y ninguno salía con pequeña parte. Mas como el daño fuese tan solo suyo y la pérdida tan de su alma, tanto creció el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de una enfermedad grave tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida y los remedios distantes. Crecían los efectos con indicios mortales, porque la causa crecía, sin ser a propósito las medicinas; y lo peor, que el mal no se entendía, siendo lo más esencial de su reparo. Así de su salud los afligidos padres ya tenían rendida la esperanza: los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes.

»Todos en esta pena y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginación de que le pareció sacar algún fruto y, aunque con riesgo, mas puesto en parangón del que tenía, no podía ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecución, procurando alcanzar ver a su querida esposa, cobró aliento y algún esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podían dañarle. Despidió las tristezas y melancolías, pensaba solamente cómo tener salud. Con esto vino a cobrar mejoría, a desesperación de todos los que le vieron llegar a tal punto. Dicen bien que el deseo vence al miedo, tordella inconvenientes y allana dificultades. Y el alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial epíctima, y así es bien procurársela y, cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano.

»Luego comenzó a convalecer. Y apenas podía tenerse sobre sí, cuando preveniéndose, para guía, de un moro lengua, que a los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espía, joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzón de la silla, su espada y daga ceñida, en traje andaluz, salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabían bien la tierra.

»Pasaron a vista del real y, habiéndolo dejado bien atrás, por sendas y veredas iban a Loja, cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que huyendo del ejército desamparaban la milicia. Pues como así los viese, los prendió. Fingió el moro tener pasaporte, buscándolo ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes; y como no lo hallase y los viese descaminados, tomando mala sospecha, los prendió para volverlos al real.

»Ozmín, sin alterarse alguna cosa, con libres palabras, aprovechándose del nombre del caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo de Padilla, y haber venido a traer un recaudo a los reyes de parte de su padre y cosas de Daraja; y por haber adolecido, se volvía. Otrosí le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino, y que para tornar a él habían tomado aquella senda.

»Nada le aprovechaba, que todavía insistía, queriéndolos volver, y no lo entendían, que ni a él se le diera una tarja que se fueran o volvieran. Sola fue su pretensión que un caballero tal como representaba le quebrara los ojos con algunos doblones, que no hay firma de general que iguale al sello real, y tanto más cuanto en más noble metal estuviere estampado. Para los maltrapillos y soldados de tornillo tienen dientes y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algún provecho, que eso buscan.

»Ozmín, sospechando en lo que tantos fieros habían de parar, volvió a decirle:

»—No entienda, señor capitán, que me diera pena volver atrás otra vez ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud, como vee, no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejación semejante por el riesgo de mi vida.

»Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fue como si echaran vinagre al fuego, que luego le dijo:

»—Señor, Vuestra Merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal que no se va con la paga del rey ni desamparara su campo menos que con la ocasión que tiene. Iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recaudo para que con seguridad pueda pasar adelante.

»Así lo hizo, quedando muy amigos; y habiendo reposado se despidieron, tomando cada uno por su vía.

»Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla, donde por la relación que traía supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dio algunas vueltas a diferentes horas y en diversos días, mas nunca la pudo ver; que, como no iba fuera ni a la iglesia, ocupaba todo el tiempo en su labor y recrearse con su amiga doña Elvira.

»Viendo, pues, Ozmín la dificultad que tenía su deseo y la nota que daba, como en común la dan en cualquier lugar los forasteros, que todos ponen los ojos en ellos deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan y de qué viven, especialmente si pasean una calle y miran con cuidado a las ventanas o puertas: de allí nace la invidia, crece la mormuración, sale de balde el odio, aunque no haya interesados.

»Algo desto se comenzaba y fue forzoso, evitando el escándalo, cesar por algunos días. El criado hacía el oficio como persona de poca cuenta. Mas no descubriéndosele camino, sólo se consolaba con que las noches a deshora pasando por su calle abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa.

»En esta desesperación vivió algún tiempo, hasta que por suerte llegó el que deseaba. Que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre día, vio que don Luis hacía reparar cierta pared, sacándola de cimientos. Asíó de la ocasión por el copete, aconsejando a su amo que, comprando un vestidillo vil, hiciese cómo entrar por peón de albañería. Parecióle bien, púsolo en ejecución, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse dello cuando se le ofreciese, y así se fue a la obra. Pidió si había en qué trabajar para un forastero; dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto.

»Comenzó su oficio procurando aventajarse a todos; y aunque con disgustos que tenía no había cobrado entera salud, sacaba —como dicen— fuerzas de flaqueza, que el corazón manda las carnes. Era el primero que a la obra venía, siendo el postrero que la dejaba. Cuando todos holgaban, buscaba en qué ocuparse. Tanto, que siendo reprehendido por ello de sus compañeros —que hasta en las desventuras tiene lugar la invidia— respondía no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse dél en ministerios de casa, en especial del jardín. Preguntóle si dello se le entendía; dijo que un poco, mas que el deseo de acertarle a servir haría que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversación y talle, porque de cualquiera cosa lo hallaba tan suficiente como solícito.

»El albañir acabó los reparos y Ozmín quedó por jardinero. Que hasta este día nunca le había sido posible ver a Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo; y deshecho el nublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz con que vio el alegre puerto de sus naufragios. Y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio, vio que su esposa se venía sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas dellas con que adornaba el cabello.

»Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado que en el alma tenía. Y bien vio que tanta hermosura no podía dejar de ser la suya. Turbóse en verla de hablarle y, tanto vergonzoso como empachado, al tiempo que pasaba bajó

la cabeza, labrando la tierra con un almocafre que en la mano tenía. Volvió a mirar Daraja el nuevo jardinero y, por un lado del rostro, aquello que cómodamente pudo descubrir, se le representó a la imaginación el lugar donde siempre la tenía, por la mucha semejanza de su esposo. De donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo, arrimada al encañado del jardín, despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo a la memoria muchas que, si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmín le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, volviendo a contemplar de nuevo la imagen de su adoración, que, cuanto más atentamente lo miraba, más vivamente las transformaba en sí. Parecíale sueño y, viéndose despierta, temía ser fantasma. Conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender qué fuese, porque la enfermedad lo tenía flaco y falto de los colores que solía; mas en lo restante de faiciones, compostura de su persona y sobresalto lo averaban. El oficio, vestido y lugar la despedían y desengañaban. Pesábale del desengaño, porfiando en su deseo sin poder abstenerse de cobrarle particular afición por la representación que hacía. Y con la duda y ansias de saber quién fuese, le dijo:

»—Hermano, ¿de dónde sois?

»Ozmín alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y, añudada la lengua en la garganta sin poder formar palabra ni siendo poderoso a responderle con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salía dellos, cual si de dos represas alzarán las compuertas: con que los dos queridos amantes quedaron conocidos.

»Daraja correspondió por la misma orden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, a lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardín don Rodrigo, hijo mayor de don Luis, que, enamorado de Daraja, siempre seguía sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando. Ellos, por no darle a entender alguna cosa, Ozmín volvió a su labor y Daraja pasó adelante.

»Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro. Presumió si hubiera sido algún enojo y preguntóselo a Ozmín, el cual, aunque no se había bien vuelto a cobrar del pasado sentimiento, mas esforzándose por la necesidad que tenía dello, le dijo:

»—Señor, del modo que la viste la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra, y, así, no me lo dijo ni sé cuál sea su pasión. Especialmente que, siendo hoy el día primero que en este lugar entré, ni a mí fuera lícito preguntarla ni a su discreción comunicármela.

»Con esto se fue de allí, con intención de saberlo de Daraja; mas, en cuanto en estas palabras se entretuvo, ella se subió a largo paso por una escalera de caracol a sus aposentos y cerró tras de sí la puerta.

»Algunas tardes y mañanas pasaban destas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio a sus congojas, entreteniéndolos los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho ni con seguridad tuvieron este gusto; porque de la continuación extraordinaria y verlos estar juntos hablándose en algarabía y ella escusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre a todos los de casa, y a don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente.

»La mormuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y escurecer las vidas y virtudes ajenas. Y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda

no tiene buen gusto ni está sazónada. Es el ave de más ligero vuelo, que más presto se abalanza y más daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar a lo llano la bola y a los oídos de don Luis la chisme, creyendo sacar dello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica y trata: granjear a los mayores a costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos a quien la propia virtud falta y por sus obras ni persona merecen.

»Dioles don Luis oído atento a las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijeron. Era caballero prudente y sabio: no se las dejó estar paradas donde se las pusieron. Pasólas a la imaginación, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo. Abrió el oído, no lo consintió cerrado, aunque algo se escandalizó. Muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que más lo turbó fue sospechar si su jardinero era moro que con cautela hubiera venido a robar a Daraja. Creyendo que así sería, cegóse luego; y lo que mal se considera, muchas veces y las más no ha salido bien la ejecución por la puerta cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió a prenderlo.

»Él, sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándolo con este seguro, fuese donde Daraja estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabía todo y aun de días antes lo había barruntado.

»Mostróse a don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borrón semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase, pues habían abierto senda para cualquier mala sospecha.

»Estas y otras bien compuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hicieron a don Luis con facilidad arrepentirse de lo hecho. Quisiera, según Daraja lo deshizo, nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que lo impulsaron en ello. Mas por no mostrarse fácil y que sin mucha consideración se hubiese movido a cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento le dijo desta manera:

»—Bien creo y de cierto conozco, hija Daraja, la razón que tienes y lo mal que con término semejante contra ti se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien decienes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes, mis señores, todo el amor que un solo y verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de ti la cuenta conforme a la confianza que de mí se hizo. Por lo cual y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder como quien eres, con el buen trato que a mi lealtad y a lo más referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en ti haber cosa que desdiga ni degenera. Mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes —que este nombre se puso Ozmín cuando entró a servir de peón—, acompañada de hablar en arábigo, para desear todos entender lo que sea o cuál fue su principio, sin haberle antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, a muchos quitarás la duda y a mí un impertinente y prolijo desasosiego. Suplícote por quien eres nos absuelvas esta duda, creyendo de mí que en lo que fuere posible seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca.

»Curiosamente estuvo atenta Daraja en lo que don Luis le decía, para poderle responder; aunque su buen entendimiento ya se había prevenido de razones para el descargo, si algo se hubiera descubierto. Mas en aquel breve término, dejando las pensadas, le fue necesario valerse de otras más a propósito a lo que fue preguntada, con que fácilmente, dejándolo satisfecho, descuidase, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo según solía; y dijo así:

»—Señor y padre mío, que así te puedo llamar: señor por estar en tu poder y padre por las obras que de tal me haces; mal correspondiera con lo que soy obligada a las continuas

mercedes que recibo de sus Altezas por tus manos y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discreción mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo. Que, aunque traer a la memoria cosas que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre, y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar y dejar deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas, asegurado. Ya, señor, habrás entendido quién soy, que te es notorio, y cómo mis desgracias o buena suerte –que no puedo, hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro– me trajeron a tu casa, después de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes della. Este mi esposo, si tal puedo llamarle, se crió, siendo como de seis o siete años, con otro niño cristiano cativo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comían y dormían de ordinario, por lo mucho que se amaban. Ved si eran prendas de amistad las que he referido. Así lo amaba mi esposo, como si su igual o deudo suyo fuera. Dél fiaba su persona por ser muy valiente; era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos y, en sustancia, otro él. Ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba; que, por la mucha discreción de ambos, nunca della se trataron por no deshermanarse. Merecía lo bien el cativo –dije mal: mejor dijera hermano, y tal debiera llamarlo– por su trato fiel, compuestas costumbres y ahidalgado proceder. Que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron cativos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Éste, habiéndose tratado de mis bodas, era la estafeta de nuestros entretenimientos, que, como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba. Traíame papeles y, regalos, volviendo los retornos debidos a semejantes portes. Pues como Baza fuese entregada y él estuviese allí, fue puesto en libertad con los más cativos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobrarla fue tanto como el dolor de perdernos. Dél podrás fácilmente saberlo, con lo mas que quisieres entender, porque es Ambrosio, el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas Dios fue servido que a él viniese. Sin pensar lo perdí y a caso lo he vuelto a hallar: con él repaso los cursos de mis desgracias, después que en ellas me gradué; con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte y entretengo la penosa vida, para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz a tu voluntad, que será la mía en cuanto la dispusieres.

»Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la estrañeza como del caso lastimoso, según el modo de proceder que en contarle tuvo, sin pausa, turbación o accidente de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo. Demás que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes.

»Con esto fue suelto de la prisión Ambrosio, sin preguntarle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello a la información de Daraja. Sólo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro le dijo:

»—Agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre, y si éste faltara, tú lo dieras por tus virtudes y nobleza. Que, según lo que de ti he sabido, en obligación te estoy por ello, para hacerte de hoy más el tratamiento que mereces.

»Ozmín le dijo:

»—En ello, señor, harás como quien eres; y el bien que recibiere, podré preciarme siempre que de tu largueza y casa me ha procedido.

»Con esto se le permitió que volviese al jardín con la misma familiaridad que primero y más franca licencia. Las veces que querían se hablaban, sin que alguno en ello ya se escandalizase.

»En este intermedio, siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraja, de que les era dado particular aviso. Holgaban de saberlo,

encomendándola mucho por sus cartas. Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los más principales caballeros de aquella ciudad, deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer. Mas como don Rodrigo la tuviese —como dicen— de las puertas adentro, era entre los demás opositores el de mejor acción, al común parecer. El caso era llano, y la sospecha verisímil; pues de su condición, costumbres y trato ella tenía hecha experiencia, y las ostentaciones desta calidad no suelen ser de poco momento, ni el escalón más bajo haber uno hecho alarde público de sus virtudes y nobleza, donde por ellas pretende ser conocido y aventajado. Mas como los amantes tuviesen las almas trocadas y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto ajenos de ofenderse. Nunca Daraja dio lugar con descompostura ni otra causa que alguno se le atreviese, aunque todos la adoraban. Cada uno buscaba sus medios y echaba redes con rodeos, mas ninguno tenía fundamento.

»Visto por don Rodrigo cuán poco aprovechaban sus servicios, cuán en balde su trabajo y el poco remedio que tenía, pues en tantos días pasados de continua conversación estaba como el primero, vínole al pensamiento valerse de Ozmín, creyendo por su intercesión alcanzar algunos favores. Y tomándolos por el más acertado medio, estando una mañana en el jardín le dijo:

»—Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes a tu ley, a tu rey, a tu natural, a el pan que de mis padres comes y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos. Entiendo que, como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder a quien eres. Vengo a ti con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si tratando con Daraja, entre las más razones la dispusieres con las buenas tuyas a que, dejada la seta falsa que sigue, se quiera volver cristiana. Lo que dello podrá resultar, bien te es notorio: a ella salvación, servicio a Dios, a los reyes gusto, honra en tu patria y a mí total remedio. Porque pidiéndola por mujer vendré a casar con ella, y no será poco el útil que sacarás deste viaje, que siéndote honroso te será juntamente provechoso, tanto cuanto puede ponderar tu buen entendimiento; porque siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena obra y amistad que por intercesión tuya recibiere. No dejes de favorecerme, pues tanto puedes, y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno.

»Ya cuando tuvo acabada de hacer su exhortación, Ozmín le respondió lo siguiente:

»—La misma razón con que has querido ligarme, señor don Rodrigo, te obligará que creas cuánto deseo que Daraja siga mi ley, a que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo, y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado. Pero amando tan de corazón a su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana es doblarle la pasión sin otro fruto alguno; que aún en ella viven algunas esperanzas que podría mudarse la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo, Esto es lo que he sabido della y siempre me ha dicho y lo en que la he visto firme. Mas para cumplir con lo que me mandas, no obstante que no ha de ser de fruto, la volveré a hablar y a tratar dello, y te daré su respuesta.

»No mintió el moro palabra en cuanto dijo, si hubiera sido entendido; mas con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo. Y así, engañado, llevó alguna confianza: que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

»Ozmín quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacía, que casi salía de juicio con el celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no se le pudo más ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor, como poderoso en su tierra y casa, pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle su intento, siendo cual era tanta su solicitud. Temíase no se la mudasen: que las muchas baterías aportillan los fuertes muros y con secretas minas los prostran y

arruinan. Con este recelo discurría por el pensamiento a trágicos fines y funestos acaecimientos que se le representaban. Mucho los temía y algo los creía, como perfecto amator. Viendo Daraja tantos días tan triste a su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; mas ni él se la dijo ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo había pasado. Ella no sabía qué hacer ni cómo poderlo alegrar; aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca y firme corazón, exageradas con los hermosos ojos que las enternecían con el agua que dellos a ellas bajaban, así le dijo:

»—Señor de mi libertad, dios que adoro y esposo a quien obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza que, estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría? ¿O cómo la tendréis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre ciclo de vuestro rostro las nieblas de mi corazón. Si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy a piedad os mueven, si no queréis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digáis qué os tiene triste.

»Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto, pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las propias enjugar las ajenas, siendo todas unas por estar impedida la lengua.

»Ozmín, con la opresión de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistió volviéndolos al alma, que le dio un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabía Daraja qué hacerse, con qué volverlo ni cómo consolarlo, ni pudo entender cuál pudiera ser ocasión de tanta mudanza en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, después de haber mojado un precioso lienzo que en ellas tenía, matizado de oro y plata con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de mucha estimación. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que, si se descuidara un poco más, los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraja le tenía la cabeza reclinada en su rodilla y él recostado en sus faldas en cuanto en sí volvía. Y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardín.

»Daraja, con la turbación, se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fue por su dueño puesto en cobro. Y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fue y ellos quedaron solos. Preguntále qué había negociado. Respondióle lo que siempre:

»—Tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no sólo no será, como pretendes, cristiana, pero que si lo fuera, por él dejara de serio, volviéndose mora: y a tal extremo llega su locura, el amor de su ley y de su esposo. Háblele tu negocio, y a ti porque lo intentas y a mí porque lo trato nos ha cobrado tal odio, que ha propuesto, si dello más le hablo, no verme, y a ti de verte venir se fue huyendo. Así que no te canses ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano.

»Entristecióseme mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmín era en su daño que de provecho; parecióle que a lo menos, cuando Daraja la diera tan desabrida, él no debiera referirla con acción semejante, haciéndose casi dueño del negocio. Y es imposible amor y consideración: tanto uno se desbarata más, cuanto más ama. Representósele la muy estrecha amistad que se decía tener con su primero amo. Parecióle que aún sería viva y no de creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento reforzado de pasión, se determinó echarlo de casa, diciéndole a su padre cuán dañoso era permitir, donde Daraja estuviese, quien pudiera entretenerla con sus pasados amores ni hablarla dellos; en especial, siendo la intención de sus Altezas volverla cristiana, y en cuanto Ambrosio allí estuviese, lo tenía por dificultoso.

»—Hagamos —dijo—, señor, el ensaye con apartarlos unos días, en que veremos lo que resulta.

»No pareció mal a don Luis el consejo de su hijo, y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber –que al poderoso no hay pedirle causa y suele el capitán con sus soldados hacer con dos ochos quince–, lo despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogiolo de sobresalto, que aun despedirse no pudo. Y obedeciendo a su amo, fingiendo menor dolor del que sentía, sacó de allí el cuerpo, prenda que pudo, porque tenía dueño el alma en cuyo poder la dejó.

»Viendo Daraja tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso y que ya lo sabía. Con esto, juntándose un mal a otro, pesar a pesar y dolor a dolores, careciendo de ver a su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto más podía, era eso lo que más la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable quien se viere afligido: que, cuando con ello no quite la carga de la pena, a lo menos la hace menor, y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto y desabrida, cual se le conocía muy bien de su rostro y talle.

»No quiso el enamorado moro mudar estado; que, como antes andaba, tal se trató siempre, y en hábito de trabajador seguía su trabajada suerte: en él había tenido la buena pasada y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaba, yendo desta manera probando ventura, si entrando en unas y otras partes oyese o supiese algo que le importase, que no por otro interesse, pues podía con larga mano gastar por muchos días de los dineros y joyas que sacó de su casa. Mas así por lo dicho como por haberse dado a conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia y andar más desconocido, sin que sus disinios le pudieran ser desbaratados, perseveró en él por entonces.

»Los caballeros mancebos que servían a Daraja, conociendo el favor que con ella Ozmín tenía y que ya no servía en casa de don Luis, cada uno lo codició para sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantóse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galán y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darían ganado el juego. Mandólo llamar, concertóse con él, hízole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad –si entre señor y criado puede haberla, no obstante que en cuanto hombres es compatible, pero su propio nombre comúnmente se llama privanza–, con que pasados algunos lances le vino a descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses; que todo fue volverle a manifestar las heridas, refrescando llagas, y hacerlas mayores.

»Y si antes recelaba de uno, ya eran dos, y en poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió y los caminos por donde cada uno marchaba y de quién se valía. Díjole que otros no quería ni buscaba más de su buena inteligencia, creyendo, como tenía cierto sería sola su intercesión bastante a efetuarlo.

»No sabré decir ni se podrá encarecer lo que sintió verse hacer segunda vez alcahuete de su esposa y cuánto le convenía pasar por todo con discreta disimulación. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo. Y si con todos hubiera de arrojarse, mucho le quedaba por andar, todo lo perdiera y de nada tuviera conocimiento. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas, para que pacíficamente se alcance el fin dellas.

»Fuelo entreteniendo, aunque se abrasaba vivo. Batallaba con varios pensamientos y, como por varias partes le daban guerra y le tiraban garrochas, no sabía dónde acudir ni tras quién correr ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese.

»La liebre una, los galgos muchos y buenos corredores, favorecidos de halcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner a las honras fuego; y en muchas casas que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, a dejarlo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las propias tienen, y otras por engaño, que de todo hay, todo se practica. Y para la gente principal y grave no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas y cobijas.

»Todo lo temía y más a don Rodrigo, a quien él y los otros competientes tenían gran odio por su arrogancia falsa. Cautelaba con ella, para que los otros desistiesen, desmayados en creer sería el origen della los favores de Daraja. Hablábanle bien, queríanle mal. Vertíanle almíbar por la boca, dejando en el corazón ponzoña. Metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas. Hacíanle rostro de risa, y era la que suele hacer el perro a las avispas: que tal es todo lo que hoy corre, y más entre los mejores.

»Volvamos a decir de Daraja los tormentos que padecía, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fue, qué se hizo, si estaba con salud, en qué pasaba, si amaba en otra parte. Y esto le daba más cuidado; porque, aunque las madres también lo tienen de sus hijos ausentes, hay diferencia: que ellas temen la vida del hijo y la mujer el amor del marido, si hay otra que con caricias y fingidos halagos lo entretenga. ¡Qué días tan tristes aquéllos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope con el casto deseo de su amado Ulises!

»Mucho diré callando en este paso. Que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella, que, después de pintada muerta en su lugar, puso a la redonda sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte y con el sentimiento que a cada uno en su grado podía tocarle; mas, cuando llegó a los padres, dejóles por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno semejante dolor según lo sintiese. Porque no hay palabras ni pincel que llegue a manifestar amor ni dolor de padres, sino solas algunas obras que de los gentiles habemos leído. Así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochón grosero y ha de formar borrones. Cordura será dejar a discreción del oyente y del que la historia supiere, cómo suelen sentirse pasiones cual ésta. Cada uno lo considere juzgando el corazón ajeno por el suyo.

»Andaba tan triste, que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolía y don Rodrigo, su hijo, ambos por alegrarla ordenaron unas fiestas de toros y juego de cañas; y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cuál desesperado, cuál con esperanza, cuál cativo, cuál amartelado, cuál alegre, cuál triste, cuál celoso, cuál enamorado. Pero la paga de Daraja igual a todos.

»Luego que Ozmín supo la ordenada fiesta y ser su amo cuadrillero, parecióle no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor señalándose aquel día. El cual, como fuese llegado al tiempo que se corrían los toros, entró en su caballo, ambos bien aderezados. Llevaba con un tafetán azul cubierto el rostro, y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero. Iba su criado delante con una gruesa lanza. Dio a toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiración que en ella estaban.

»Entre todo ello, así resplandecía la hermosura de Daraja como el día contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó vio alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que a este punto soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado y como un león de bravo.

»Así como salió, dando dos o tres ligeros brincos se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño della, con que a todos puso miedo. Encarábase a una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas y, sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentía le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances y ninguno perdido. Y no se le atrevían a poner delante ni había quien a pie lo esperase, aun de muy lejos. Dejáronlo solo: que otro más del enamorado Ozmín y su criado no parecían allí cerca.

»El toro volvió al caballero, como un viento, y fuele necesario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle; y, levantando el brazo derecho —que con el lienzo de Daraja traía por el molledo atado—, con graciosa destreza y galán aire le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pie izquierdo; y cual si fuera de piedra, sin más menearse, lo dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza, que

arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Mucho se alegró Daraja en verlo, que cuando entró lo conoció por el criado, el cual también lo había sido suyo, y después en el lienzo del brazo.

»Todos quedaron con general mormullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos a los otros. Todos lo vieron y todos lo contaban. A todos pareció sueño y todos volvían a referirlo: aquél dando palmadas, el otro dando voces; éste habla de mano, aquél se admira, el otro se santigua; éste alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas; otros, reventando de contento, hacen graciosos matachines... Que todo para Daraja eran grados de gloria.

»Ozmín se recogió fuera de la ciudad, entre unas huertas, de donde había salido, y, dejando el caballo, trocado el vestido, con su espada ceñida, volviendo a ser Ambrosio se vino a la plaza. Púsose a parte donde vía lo que deseaba y era visto de quien le quería más que a su vida. Holgaban en contemplarse; aunque Daraja estaba temerosa, viéndole a pie, no le sucediese desgracia. Hízole señas que se subiese a un tablado. Disimuló que no las entendía y estúvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

»Veis aquí, al caer de la tarde, cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente: lo primero de todo trompetas, menestriles y atabales, con libreas de colores, a quien seguían ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros que jugaban; cada una su repostero de terciopelo encima, bordadas en él con oro y seda las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda con los garrotes de plata.

»Entraron tras esto docientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que servía de entrada, que eran seis. Pero éstos, que entraron delante, de diestro, venían en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos, que iban pareados, a cada cinco por banda, llevaban en los arzones a la parte de afuera colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellos enigmas y motes, puestas bandas y borlas, cada uno como quiso. Los más caballos llevaban solamente sus pretales de caxcabeles, y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, llenos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar. Baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde no hay poco ni saben dél, y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente.

»Esto entró por una puerta de la plaza, y, habiendo dado vuelta por toda en torno, salían por otra que estaba junto a la por donde entraron: de manera que no se impedían los de la entrada con los de la salida, y así pasaron todos.

»Habiendo salido los caballos entraron los caballeros, corriendo de dos en dos las ocho cuadrillas. Las libreas, como he dicho; sus lanzas en las manos, que vibradas en ellas, parecían juntar los cuentos a los hierros, y cada asta cuatro; animando con alaridos los caballos, que heridos del agudo acicate volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, según en las jinetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte del Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, sacan los niños –como dicen– de las cunas a los caballos, de la manera que se acostumbra en otras partes dárseles de caña. Y es cosa de admiración ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio.

»Dieron a la plaza la vuelta, corriendo por las cuatro partes della, y, volviendo a salir, hicieron otra entrada como antes; pero mudados los caballos y embrazadas las adargas, y cañas en las manos.

»Partiéronse los puestos y seis a seis, a la costumbre de la tierra, se trabó un bien concertado juego, que, habiendo pasado en él como un cuarto de hora, entraron de por medio algunos otros caballeros a despartirlos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza, los del uno y otro puesto, tan puntual que parecía danza muy concertada, deque todos en mirarla estaban suspensos y contentos.

»Ésta desbarató un furioso toro que soltaron de postre. Los de a caballo, con garrochones que tomaron, comenzaron a cercarlo a la redonda, mas el toro estábase quedo sin saber a cuál acometer: miraba con los ojos a todos, escarbando la tierra con las manos. Y estando en esto esperando su suerte cada uno, salió de través un maltrapillo haciéndole cocos.

»Pocos fueron menester para que el toro, como rabioso, dejando los de a caballo, viniera para él. Volvióse huyendo, y el toro lo siguió, hasta ponerse debajo de las ventanas de Daraja y adonde Ozmín estaba; que, pareciéndole haberse acogido el mozuelo a lugar privilegiado y haciendo caso de injuria de su dama y suya, si allí recibiera mal tratamiento, tanto por esto como abrasado de los que allí habían querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que, dejando al que seguía, se fue para él. Bien creyeron todos debía de ser loco quien con aquel ánimo arremetía para semejante bestia fiera, y esperaban sacarlo de entre sus cuernos hecho pedazos.

»Todos le gritaban, dando grandes voces, que se guardase. De su esposa ya se puede considerar cuál estaría, no sé qué diga, salvo que, como mujer, sin alma propia, ya el cuerpo no sentía de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para darle el golpe; mas fue humillársele al sacrificio, pues no volvió a levantarla, que sacando el moro el cuerpo a un lado y con estraña ligereza la espada de la cinta, todo a un tiempo, le dio tal cuchillada en el pescuezo, que, partiéndole los huesos del cerebro, se la dejó colgando del gaznate y papadas, y, allí quedó muerto. Luego, como si nada hubiera hecho, envainando su espada, se salió de la plaza.

»Mas el poblacho novelero, tanto algunos de a caballo como gente de a pie, lo comenzaron a cercar por conocerlo. Poníansele delante admirados de verlo; y tantos cargaron, que casi lo ahogaban, sin dejarle menear el paso. En ventanas y tablados comenzaron otro nuevo mormullo de admiración cual el primero, y en todos tan general alegría, y por haber sucedido cuando se acababan las fiestas, que otra cosa no se hablaba más de en los dos maravillosos casos de aquella tarde, dudando cuál fuese mayor y agradeciendo el buen postre que se les había dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazañas tales por inmortales tiempos.

»Tuvo Daraja este día –como habéis visto– salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos y los gustos desabridos. Apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la ejecutaba el temor del peligro. También la martirizaba el acordarse de no saber con cuál ocasión otra vez lo vería ni cómo apacentaría su corazón, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo. Y como el placer no llega adonde deja el pesar, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque le trataron dellas. Esto y quedar los galanes algo más picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraja, deseosos cómo más agradarla y ocasión con que volver a verla, con aquel orgullo a sangre caliente ordenaron una justa, haciendo mantenedor a don Rodrigo.

»El cartel se publicó una de aquellas noches con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que las calles y plazas parecían arderse con el fuego. Fijáronlo en parte que a todos fuera notorio, pudiendo ser leído.

»Había una tela puesta junto a la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla –que la vi en mis tiempos y la conocí, aunque maltratada–, donde se iban a ensayar y corrían lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, también se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande afición que a Daraja tenía.

»Temíase perder en la justa y así lo decía en la conversación públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen; mas como la práctica en las cosas hace a los hombres maestros dellas y con la teórica sola se yerran los más confiados, él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso.

»Por otra parte, Ozmín deseaba tener de los enemigos los menos y, ya que él no podía justar ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien a don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien más se recelaba. Con este ánimo, y no de hacer a su amo servicio, le dijo:

»—Señor, si me das licencia para lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algún provecho en ocasión honrosa.

»Don Alonso, muy remoto y descuidado que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo:

»—Ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta saberlo.

»—He visto —le dijo—, señor, que a la fiesta divulgada desta justa es forzoso que salgas. Y no me maravillo, que donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos con la codicia de ganarlo. Yo, tu criado, te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería, en breve tiempo y de manera que te sean de fruto mis lecciones. No te admire ni escandalice mi poca edad, que, por ser cosas en que me crié, tengo dellas alguna noticia.

»Holgóse don Alonso en oírlo y, agradeciéndoselo, dijo:

»—Si lo que ofreces cumples, a mucho me obligas.

»Ozmín le respondió:

»—Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está dello, entretiene y achaques busca; mas el que está, como yo, donde no los puede haber, si no es loco, queda forzado a cumplir con obras más de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercebir las armas de tu persona y mía, que presto conocerás cuánto más he tardado en ofrecerlo que me podré ocupar en salir desta deuda libre, y no de la obligación de servirte.

»Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario y, prevenido, se salieron a lugar apartado, adonde aquel día y los más siguientes hasta el determinado de la justa se ocuparon en ejercicios della. De modo que brevemente don Alonso estuvo en la silla tan firme y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire y llevando en ella tanta gracia, que parecía lo hubiera ejercitado muchos años. A todo lo cual era de gran importancia —y así le ayudaban— su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

»De la destreza en subir a caballo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmín le nació a don Alonso un pensamiento: ser imposible llamarse Ambrosio ni ser trabajador, sino trabajado, según mostraba. Descubría por sus obras un resplandor de persona principal y noble que por algún vario suceso anduviese de aquella manera. Y no pudiendo reportarse sin salir deste cuidado, apartándolo a solas, en secreto le dijo:

»—Ambrosio, poco habrá que me sirves y a mucho me tienes obligado. Tan claro muestran quién eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir. Con el velo del vil vestido que vistes y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes o, por mejor decir, has tenido engañado; pues a un pobre trabajador que representas, es dificultoso y no de creer sea tan general en todo y más en los actos de caballería y siendo tan mozo. He visto en ti y entiendo que debajo de aquesos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quién soy y a mí oscuro quién tú seas; aunque, como digo, se conocen las causas de los efectos y no te me puedes encubrir. Yo prometo por la fe de Jesucristo que creo y orden que de caballería mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere. Dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de ti recibidas.

»Y Ozmín le respondió:

»—Tan fuertemente, señor, me has conjurado, así has apretado los husillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresión que los tornos de tu hidalgo proceder fuera

imposible. Y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero natural de Zaragoza de Aragón. Es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que, siguiendo una ocasión, fue cativo y en poder de moros por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos. Y si lo causó su invidia o mi desdicha, es cuento largo. Sabréte decir que estando en su poder me vendieron a un renegado, y para el tratamiento que me hizo, el nombre basta. Metióme la tierra adentro hasta llevarme a Granada, donde me compró un caballero zegrí de los principales della. Tenía un hijo de mi edad que se llamaba Ozmín, retrato mío, así en edad como el talle, rostro, condición y suerte: que por parecerle tanto le puso más codicia de comprarme y hacer buen tratamiento, causando entre nosotros mayor amistad. Enseñéle lo que pude y supe, según lo aprendí de los míos en mi tierra y con la mucha frecuentación que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo dellos, aumenté lo que sabía, que en otra manera pudiera ser los olvidara; y porque los hombres enseñando aprenden. De aquí vino a resultar afinarse más en hijo y padre la afición que me tenían, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado casarse con Daraja, hija del alcaide de Baza, mi señora, que tú tanto adoras. Llegó a punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran. Fuele forzoso dilatarlo. Baza se rindió y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venía con presentes y regalos de una ciudad a otra. Acerté a estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino a entregarse, y así cobré mi libertad con los más cativos della. Quise volverme a mi tierra, faltóme dinero. Tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mío. Juntáronse dos cosas: el deseo de verla, por ser tan ilustre y generosa, y socorrer mi persona para seguir mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar a quien buscaba, porque las nuevas dello fueron inciertas. Y salió cierta mi perdición, hallando lo que no busqué, como acontece de ordinario. Íbame por la ciudad vagando con poco dinero y mucho cuidado; vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea: porque sólo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe más de mí ni cosa poseo que suya no sea. Ésta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor. Y como suelen decir que de la necesidad nace el consejo, viéndome tan perdido en sus amores y sin remedio de cómo podérselos manifestar con las calidades de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad a mi padre, y estaba en mil doblas empeñada, que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndomelas enviado y un criado con un caballo en que fuese, me valí de todo. Los primeros días comencé a pasearle la calle, dando vueltas a todas horas; pero no la podía ver. De la continuación en mi paseo nació en alguna gente cierta nota y me traían sobre ojos, de manera que para desmentir las espías me convino el recato. Mi criado, a quien di parte de mis amores, considerando algunas cosas me dio por consejo, como más en días, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador y mudando el nombre, porque no se supiera quién fuese, asentase por peón de albañilería. Púseme a pensar qué pudiera dello sucederme. Mas como para el amor ni muerte hay casa fuerte, todo lo vencí, todo se me hizo fácil. Determinéme y acerté. Acontecióme un caso no pensado, y fue que, acabada la obra, me recibieron por jardinero en la misma casa. Fue tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna y el colmo de mi ventura, que el día primero que asenté la plaza y metí el pie dentro del jardín, fue hallarme con Daraja. Si se admiró de verme, no menos yo de verla. Dímonos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas y yo las mías y cómo los amores de su amiga me tenían de aquel modo. Supliquéle que, pues tenía tan clara noticia de mis padres y mía y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella de modo que por su mano y buena intercesión viniese con el santo matrimonio a gozar el fructo de mis esperanzas. Así me lo prometió y lo que pudo cumplió. Mas, como sea tan avara mi fortuna, cuando más nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raíz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa sin decirme la causa, cayendo de la más alta cumbre de bienes a la más ínfima miseria de males.

El que de la lanzada mató el toro, el que de una cuchillada rindió el otro, yo soy, que en su servicio lo hice. Bien me vio y conoció y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí, sus ojos me lo dijeron. Y si en esta ocasión fuera posible, también me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras dando a conocer quién soy, con lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo reviento de tristeza. Si pudiera comprarlo, diera en su cambio la sangre de mis venas. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia y remate de desgracias.

»Don Alonso, acabándolo de oír, le echó los brazos encima, apretándolo estrechamente. Ozmín porfiaba en tomarle las manos para besárselas; mas no se lo consintió, diciendo:

»—Estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas. No es tiempo de cumplimientos ni que se altere de como hasta aquí, en tanto que tu voluntad ordene otra cosa. Y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes...

»Otra vez quisiera Ozmín y arremetió a tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo. Don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas, con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos días, hasta que llegó el de la justa, en que habían de señalarse.

»Ya dije de don Rodrigo cómo por su arrogancia era secretamente malquisto. Parecióle a don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque, justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerlo, humillándole la soberbia.

»Ozmín, por su parte, también lo deseaba y, antes de ser hora de armarse, por ver entrar a Daraja en la plaza, se anduvo de espacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda cuantas no se pueden significar, tanta variedad en los colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecía un inestimable joyel y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él. Estaba la tela que, dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio della; el tablado de los jueces en lugar acomodado, y frontero las ventanas de Daraja y doña Elvira. Las cuales, en dos blancos palafrenes enjaezados, con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata, con mucho acompañamiento entraron, y dando vuelta por toda la plaza, llegaron a su asiento. Luego, dejándola en él, se salió della Ozmín, porque ya querían entrar los mantenedores, los cuales llegaron de allí a poco espacio, muy bien aderezados.

»Comenzaron a sonar los menestres, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes, y fue de los primeros don Alonso, que, corridas las tres lanzas y muy bien, pues fueron de las mejores, luego se fue a su casa. Ya tenía ganada licencia para un caballero amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera, y estaba Ozmín aguardando. Fuéronse a la tela juntos y apadrinólo don Alonso.

»Llevaba el moro las armas negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraja: cierta señal, en que luego por él fue conocido della. Púsose en el puesto y quiso la suerte que la primera lanza cupiese a un ayudante del mantenedor. Hicieron señal, partieron de carrera; Ozmín tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza; y volviéndole a dar de reencuentro con lo tieso della, lo sacó de la silla dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo más mal que el gran golpe de las armas.

»Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó la primera por cima del brazal izquierdo del moro, quedando herido dél en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró don Rodrigo y Ozmín rompió la suya en la junta de la babera, dejándole en ella un gran pedazo de astilla. Creyeron todos quedaba mal herido; mas defendióle el almete no haberle hecho gran daño. Y así el moro, rotas las tres lanzas,

salió con vitoria ufano, y mucho más don Alonso por haberlo apadrinado, que no cabía de contento.

»Salieron de la plaza, fuese a desarmar a su casa sin dejarse conocer de otro alguno, y tomando su ordinario vestido, salió por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose a contemplar en su Daraja y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos. Mirábanse el uno al otro; empero él siempre los ojos tristes y ella tristísimos, pensando qué lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas y caballo todo negro, señal entre ellos de mal agüero.

»Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fue aposesionándose della, cargóle tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, cuando reventándole el corazón en el cuerpo, quitándose de la ventana se fueron a la posada.

»Los que con ella estaban se admiraron cómo de alguna cosa no recibía contento y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis, como prudente caballero, en las partes que dello se trataba, satisfacía. Y así lo hizo a sus hijos aquella noche, que les dijo:

»—El alma triste en los gustos llora. ¿Qué cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en más, cuanto se gozan con los conocidos y propios. Entre estraños puede haber holguras, pero no se sienten, y tanto más en el alma levantan el dolor, cuanto en las ajenas veen más alegría. No la culpo ni me admiro; antes lo juzgo a su mucha prudencia y lo atribuyo a cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hállase sin sus padres, lejos de su esposo y, aunque libre, cativa en tierra estraña, sin saber de su remedio ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto: sentirá lo que aquesto se siente; que no lo haciendo así, es decir el sano al enfermo que coma.

»Pasada esta plática secreta entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el jerezano, y cómo, aunque desearon saber quién hubiese sido, nunca don Alonso dijo más de lo primero, y creyeron ser verdad.

»Las tristezas de Daraja iban muy adelante. Ninguno las acertaba ni daba en el blanco ni aun al terrero, de cuantos le asestaban. Todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podían darle; ninguno era capaz ni cuadraba en el círculo de sus deseos.

»Tenían en el Ajarafe la casa y hacienda de su mayorazgo, en un lugar aldea de Sevilla. Era el tiempo templado, a vueltas de febrero. La caza y campo parece que alegran en tales días. Acordaron irse a holgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo más buen rostro, creyendo, si salía de la ciudad, habría en el campo modos cómo ver y hablar a Ozmín. Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio: cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el búho, cuál su escopeta al hombro o la ballesta, otros con las acémilas cargadas; todos iban de trulla, alborotados con la fiesta.

»Ya don Alonso lo sabía y había dicho a Ozmín que sus damas eran de campo a cierta huelga y cómo se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuándo volverían. No les pareció mal por dos cosas: la una, que allá tendrían por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasión para no ser conocidos.

»Hacía las noches no claras ni muy oscuras, no frío ni calor, antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura caminando a ver sus damas. Vistiéronse de labradores; así salieron, al poner del sol, en dos rocines y, antes de llegar a la aldea un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que yendo a pie no hubiese nota. Entonces les hubiera sucedido bien si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas; porque llegaron a tiempo que las damas estaban en un balcón, entretenidas en sus conversaciones.

»No se atrevió a llegar don Alonso, por no espantar la caza, y dijo al compañero que fuera solo a negociar por ambos, que, pues doña Elvira lo amaba y Daraja lo conocía, no había de qué recelarse. Así Ozmín poco a poco, con cuidadoso descuido, se fue paseando por delante, cantando en tono bajo, como entre dientes, una canción arábica, que para quien sabía la lengua eran los acentos claros, y para la que no y estaba descuidada, le parecía el cantar de lala, lala...

»Doña Elvira dijo a Daraja:

»—Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiesen aprovecharse dellos. ¿No consideras aquel salvaje, qué voz entonada y suave que tiene y va cantando la madre de los cantares? Es como el agua que llueve en la mar sin provecho.

»—Agora sabes —dijo Daraja— que son las cosas todas como el sujeto en que están y así se estiman. Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política y los injieren y mudan de tierras ásperas a cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde o nunca podrán ser bien morigerados; y al revés, los que son ciudadanos, de político natural, son como la viña, que, dejándola de labrar algunos años, da fruto, aunque poco; y si sobre ella vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta, no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearlo ni ponerlo de provecho. Pena me da oírle aquel cantar de tórtola. Vámonos de aquí, si te parece, que es hora de acostarnos.

»Bien se habían entendido los amantes, ella el canto y él sus palabras y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraja un poco atrás y en arábigo le dijo que esperase. Él quedó aguardando y, en tanto que volvía, se paseaba por aquella calle.

»La gente villana siempre tiene a la noble —por propiedad oculta— un odio natural, como el lagarto a la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolín, el lagostín al pulpo, el delfín a la ballena, el aceite a la pez, la vid a la berza, y otros deste modo. Que si preguntáis deseando saber qué sea la causa natural, no se sabe otra más de que la piedra imán atrae a sí el acero, el heliotropio sigue al sol, el basilisco mata mirando, la celidonia favorece a la vista. Que así como unas cosas entre sí se aman, se aborrecen otras, por influjo celeste: que los hombres no han alcanzado hasta hoy razón que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa, mas hombres racionales, los unos y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una doctrina, todos en todo lo que es hombres tan una misma cosa, que todo hombre naturalmente ame a todo hombre y en éstos haya este resabio, que aquesta canalla endurecida, más empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiración.

»Andábanse también paseando aquella noche unos mozuelos. Acertaron a ver a los forasteros y en aquel punto, sin más causa ni razón, sin darles alguna ocasión, comenzaron a convocarse y, ligados en tropa, vinieron diciendo: «¡Al lobo, al lobo!» Y desembrazando piedra menuda, como si del cielo lloviera, los apedrearón de manera que les fue forzoso huir y no esperarlos; y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmín para despedirse. Fuéronse donde estaban sus caballos, y en ellos a la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo más tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran y con ellos pensaran ser deshechos, había villano en ellos que antes dejara la vida que de guardar el puesto sólo por hacer mal y daño. Pues apenas la otra noche habían metido los pies en el pueblo, que junta una bandada de aquellos mozalbillos, habiéndolos reconocido, cuál con honda, cuál a brazo, unos con azagayas, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala o barretero del horno, como a perro que rabia, salieron a ellos.

»Pero halláronlos más apercebidos que la noche pasada. Porque aquesta ya traían buenas cotas, cascos acerados y rodela fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos, alaridos; de la otra muy recias cuchilladas; y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecía hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso y al atravesar de

una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra sin hallarse con fuerzas para volver más a la pelea; y como pudo se fue retirando, en tanto que Ozmín se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos y no pocos quedaban heridos y tres muertos.

»Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo. Tomáronle el paso, que no pudo huir, aunque lo probó a hacer. Por otra parte llegó un destripaterrones y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que lo hizo arrodillar. Mas no le valió ser hijo del alcalde, que antes que pudiera volver a darle segundo, yéndose para él, de una cuchillada le partió la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atún en la playa, rendida la vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto lo acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso.

»Daraja y doña Elvira vieron el ruido desde su principio y el alboroto de la prisión, cómo le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos y otros lo maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas con que se vengaban del rendido. ¡Qué cosa fea y torpe, sólo de semejantes villanos usada como propia!

»¿Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiría la que adoraba su sombra? Esto por una parte; heridos y muertos de la otra, y su honra en medio. Que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso preguntaría lo que buscaba Ambrosio en el aldea. En esta confusión sacó de la necesidad consejo. Prevínose de una carta y cerrada la metió en un cofrecillo suyo, para cuando viniese don Luis hacer con ella su descargo.

»Ya era el otro día amanecido y la gente no sosegaba. Habían enviado a la ciudad a dar noticia del caso, para que se hiciese la información. Y venido el escribano, comenzaron a examinar testigos. Acudió mucho número dellos, aun sin ser llamados, que los malos para el mal se convidan ellos mismos y se hacen amigos los enemigos. Unos juraron que con Ozmín venían seis o siete; otros que salieron de casa de don Luis y que de la ventana dijeron: «¡Matálos, matálos!»; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron a sacar de sus casas con desafío; sin haber hombre que jurase verdad.

»Líbreos Dios de villanos, que son tiesos como encinas y de su misma calidad. El fruto dan a palos, y antes dejarán arrancarse de cuajo por la raíz, quedando destruidos y sus haciendas asoladas, que dejarse doblar un poco. Y sin dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino sólo hacer mal. Y es lo malo y peor que piensan los desdichados que así se salvan y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña.

»Las muertes y heridas quedaron averiguadas y el hombre cargado de hierro a buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fue a la aldea; informóse de su hija; díjole lo pasado de la manera que había sido. Preguntóselo a Daraja: díjole lo mismo y que ella envió a llamar a Ambrosio para darle una carta que encaminase a Granada y, antes que le pudiera llegar a hablar, lo habían apedreado estas dos noches, de modo que, sin habérsela dado, se le había quedado escrita.

»Don Luis le pidió se la enseñase para ver qué podría enviar a decir y a sus excusas ella hizo como que le pesaba de darla. No fue necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no deseaba, y, sacándola de donde la tenía, dijo:

»—Doyla, porque se entienda mi verdad y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse.

»Don Luis la tomó y, queriéndola leer, vio que estaba en árabe y no supo. Buscó después quien la leyese, y lo que iba escrito era decir a su padre el cuidado en que vivía por saber de su salud, que ella la tenía; y si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la más contenta y acariciada de don Luis que ninguno de sus hijos; y así le suplicaba que, en reconocimiento desta cortesía y buen hospedaje, lo regalasen con un presente.

»Como en semejantes alborotos las dicciones crecen y cada uno canoniza su presunción según se le antoja, murmuraban de don Luis y de la gente de su casa. A él se le subía la mostaza en las narices; mas, como caballero cuerdo, tuvo a mejor disimular con algo y volver a la ciudad su casa y gente.

»Cuando sucedieron estas cosas, ya Granada se había rendido con los partidos que sabemos por las historias y aún oímos a nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros, Alboacén, padre de Ozmín, y el alcaide de Baza. Ambos pidieron el bautismo, deseando ser cristianos; y siéndolo, el alcaide suplicó a los reyes le diesen licencia para ver a Daraja, su hija. Siéndole otorgada, dijeron que le mandarían avisar cómo y cuándo sería. Alboacén, creyendo que su hijo sería muerto o cautivo, hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva; mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello cuanto lo pedía pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentía menos el alcaide, pues por tan su verdadero hijo lo tenía como propio padre, y por lo que Daraja sentiría cuando le diesen tan pesarasas nuevas.

»Los reyes por su parte enviaron a Sevilla su mandado y que luego don Luis partiese adonde estaban y trajese consigo a Daraja, con el respeto que dél confiaban. Vistas las cartas y entendida esta orden, ella quedó fuera de sí, por serle forzoso en esta ocasión hacer ausencia, sin saber el fin que había de tener y el estrecho en que dejaba el preso.

»Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha y la más lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que a Ozmín tenía; mas era de buen juicio, y corrigiendo sus crueles imaginaciones, volviendo sobre sí determinó fiar sus desdichas en manos de Fortuna, su enemiga, esperando el fin que les daba. Pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse. Mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas que le reventó de los ojos. Todos creyeron era de alegría de volver a su natural y engañábanse todos. Cada uno la alentaba y alguno no la consolaba.

»Llegó don Rodrigo a despedirse della, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras:

»—Bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones a las obras que de vos en esta ocasión pretendo, y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla ni vos de concedérmela, por la mucha parte que tenéis en ella. Ya sabéis la obligación de hacer bien a cuanto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla y no hay bárbaro que la ignore. Esta tiene tanta fuerza cuantas más razones se le allegan, entre las cuales una principal y no pequeña es a los que dimos nuestro pan, y bastara para que, correspondiendo a quien sois, no fuera mi intercesión necesaria. Mas lo que quiero con ella pedir es que, como sabéis, Ambrosio fue criado de vuestros padres y de los míos. Tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndolo puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya más de mi propio interese. De mi mano está puesto en el peligro de que estoy hecha cargo. Si librarme queréis dél, si deseastes mi gusto, si pretendéis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, será que, cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudáis a su libertad, que es la mía, con las veras que os lo suplico. Don Luis, mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos ayudados de los otros, en su ausencia me saquen libre desta deuda...

»Don Rodrigo se lo prometió, y así se partieron. Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo a su querido esposo, sentía su pena, y tanto más cuanto más dél se alejaba, de manera que cuando a Granada llegó, no parecía ser ella. Lleváronla luego a palacio, donde será bien que la dejemos y volvamos al preso, a quien don Rodrigo favorecía con el ánimo que si fuera su hermano.

»Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto; pero en sabiendo que habían traído el preso a Sevilla, se levantó y sin sosegar momento solicitaba el

pleito cual si fuera suyo mismo. Mas, como las partes acusasen y fuesen mal intencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no lo pudieron defender que no fuese condenado a horca pública.

»Don Rodrigo se enojó de que a su padre y a él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte, don Alonso defendía, diciendo no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo, que, cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida, y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado.

»La justicia quedó confusa, sin saber qué fuera el caso. Don Rodrigo lo llama criado y don Alonso amigo; don Rodrigo defiende pidiendo por Ambrosio, y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes de que toda la ciudad era testigo; y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir desta duda se resolvieron los jueces en tomar su declaración.

»Preguntáronle si era caballero. Respondió ser noble, de sangre real; pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique su persona. Respondió que no por descubrirse escusara la pena y que, habiendo de morir indubitadamente, no era necesario decirlo ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese si había sido el que don Alonso decía que tan señalado anduvo en los toros y justa. Respondió ser así, pero no tenía los nombres que decían.

»Y como tan de veras negase su linaje, pareciéndoles hombre de calidad, fuéronse deteniendo algo con él para verificar quién fuese y por qué los dos caballeros lo defendían y en general toda la ciudad deseaba su libertad y le estaban apasionados.

»Con esto despacharon a Zaragoza que se averiguara la verdad y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos días en ello y hecho muchas diligencias, no se descubrió quien dél diese noticia ni supiera quién pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traído este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer ni fue posible. Así pasados los términos, los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunación pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

»Daraja ni sus padres no dormían en cuanto esto pasaba, que ya tenían hecha relación a sus Altezas de todo el caso y estaban informados de la verdad. Dábanseles memoriales por momentos. Daraja personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced y nada se respondía; pero secretamente despacharon luego a don Luis con su real provisión a las justicias, para que, en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso se lo entregasen, que así convenía a su servicio.

»Don Luis partió con mucha diligencia, como le fue mandado, y la pobre Daraja, padre y suegro, se deshacían en lágrimas considerando la priesa que la justicia se daría en despachar al pobre caballero y que a sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabían qué decir de dilación semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta ni esperanza. Causábales mucha pena, no alcanzaban lance con que remediarlo ni lo habían dejado por intentar, porque temían sobre todo el peligro en la tardanza.

»En cuanto en esto vacilaban, ya –como dije don Luis caminaba muy apriesa y con mucho secreto. Él entraba por las puertas de Sevilla; Ozmín salía por las de la cárcel a ser justiciado. Las calles y plazas por donde lo pasaban estaban llenas de gente, todo el lugar con gran alboroto. No había persona que no llorase, viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente y bienquisto por los famosos hechos que públicamente hizo; y mayor dolor ponía que moría sin querer confesar. Todos creían lo hacía por escapar o dilatar la vida. Mas palabra no hablaba ni tristeza mostraba en el rostro; antes con semblante casi risueño iba mirando a

todos. Paráronse con él un poco para persuadirlo a que confesase y no quisiese así perder el alma con el cuerpo; a nada respondía y a todo callaba.

»Estando así todos en esta confusión y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis, apartando la gente, para impedir la ejecución. Los alguaciles creyeron era resistencia; pero con el temor que le tenían, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando a Ozmín, con gran alboroto fueron a dar cuenta de lo pasado a sus mayores. Ellos venían a saber qué pudiera causar desacato semejante. Salióles don Luis al encuentro con el preso. Enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fue dellos obedecida, y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad y común alegría della llevaron a Ozmín a casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas por el general contento. Y en señal de regocijo quisieran hacer fiestas públicas aquellos días, porque se supo entonces quién era; mas don Luis no dio lugar a ello, que, guardando la instrucción, se partió con el preso luego por la mañana, llevándolo muy regalado.

»Habiendo llegado a Granada, lo tuvo consigo secretamente algunos días, hasta que sus Altezas le mandaron lo llevase a palacio. Cuando lo pusieron en su presencia, holgaron de verlo; y teniéndolo ante sí, mandaran salir a Daraja. Viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos dello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron y lo que cada uno dellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabía. Pidióles que, si ellos lo querían ser, les haría mucha merced; mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse, porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen a su voluntad.

»Ozmín quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio, y, diciendo que quería ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los reyes a su esposa. Daraja, que los ojos no había quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas, volviéndolos entonces con ellas a los reyes, dijo que, pues la divina voluntad había sido darles verdadera luz trayéndolos a su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazón a lo mismo y a la obediencia de los reyes, sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponía sus cosas.

»Así fueron bautizados, llamándolos a él Fernando y a ella Isabel, según sus Altezas, que fueron los padrinos de pila y luego a pocos días de sus bodas, haciéndoles cumplidas mercedes en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generación.»

Con gran silencio veníamos escuchando aquesta historia, cuando llegamos a vista de Cazalla, que pareció haberla medido al justo, aunque más dilatada y con alma diferente nos la dijo de lo que yo la he contado. El arriero –que estuvo mudo desde que se comenzó, aunque todos también lo veníamos– ya habló y lo primero fue decir:

–Ea, señores, apéense, que he de ir por esta senda a los lagares.

Y a mí me dijo:

–¿Y el señor mancebito? Hagamos cuenta.

Aún este trago me quedaba por pasar –dije entre mí–, porque creí haber sido amistad lo pasado. Cortéme, no supe qué responder otra cosa más de preguntarle qué le debía.

–Por la caballería de nueve leguas, deme lo que mandare, como estos señores. La mesa y posada montó tres reales.

Hízoseme caro el vientre del machuelo. Demás que para pagarlo no había dinero. Díjele:

–Hermano, lo del escote veislo aquí; pero la caballería no la debo, que vos me convidastes con ella sin pedíroslo.

–Aun eso sería el diablo si quisiese haber venido caballero de balde –volvió a replicar.

Comenzamos a barajar sobre ello, pusieron los clérigos de por medio, condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche; paguéla y hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella más de veinte maravedís, con que me ajusté aquella noche. El mozo se fue a su hacienda; los clérigos y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yéndose cada uno por su parte.

Libro segundo de Guzmán de Alfarache

Trátase cómo vino a ser pícaro y lo que siéndolo le sucedió

Capítulo primero

Saliendo Gumán de Alfarache de Cazalla, la vuelta de Madrid, en el camino sirvió a un ventero

Vesme aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana, la bolsa apurada y con ella la paciencia, sin remedio y acusado de ladrón en profecía. El día primero sentí mucho, aunque más el segundo, porque creció el cuidado y llovió sobre mojado. Había de comer y comía, que los duelos con pan son menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre; pero el comer todo lo rapa.

El día tercero fue casi de muerte, cargó todo junto. Halléme como perro flaco ladrado de los otros, que a todos enseña dientes, todos lo cercan, y acometiendo a todos a ninguno muerde. Trabajos me ladraron teniéndome rodeado; todos me picaban, y más que otro no haber qué gastar ni modo con que buscar el ordinario. Conocí entonces lo que es una blanca y cómo el que no la gana no la estima, ni sabe lo que vale en tanto que no le falta.

Fue la primera vez que vi a la necesidad su cara de hereje. Por cifra entendí, aunque después he considerado sus efectos, cuántos torpes actos acomete, cuántas atroces imaginaciones representa, cuántas infamias solicita, cuántos disparates espolea y cuántos imposibles intenta. Con esto he visto lo poco de que se contenta nuestra madre naturaleza, y por mucho que a todos dé, ninguno está contento; todos viven pobres, publicando necesidad. ¡Oh, epicúreo, desbaratado, pródigo, que locamente dices comer tantos millares de ducados de renta! Di que los tienes y no que los comes. Y si los comes, ¿de qué te quejas, pues no eres más hombre que yo, a quien podridas lantejas, cocosas habas, duro garbanzo y arratonado bizcocho tienen gordo? ¿No me irás o darás la razón que lo cause? Yo no la sé.

Mas, ya tengas necesidad o te pongas en ella –que es lo que mejor puede creerse–, allá te lo hayas, mis duelos lloro. Ella es maestra de todas las cosas, invencionera sutil, por quien hablan los tordos, picazas, grajos y papagayos.

Vi claramente cómo la contraria fortuna hace a los hombres prudentes. En aquel punto me pareció haber sentido una nueva luz, que, como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy había sido bozal. Cuadrábame bien el nombre: hijo de la viuda, bien consentido y mal dotrinado. Tenía mucho por desbastar: el primero golpe de azuela fue el deste trabajo. De manera me escoció, que no lo sé encarecer. Vime desbaratado, engolfado, sin saber del puerto, la edad poca, la experiencia menos, debiendo ser lo más. Y lo peor de todo que, conociendo por presagios mi perdición, queriendo tomar consejo no conocía de quién poderlo recibir.

Entré conmigo en cuenta. Hallémela muy mala, mucho cargo y poca data. Quisiera no pasar de allí, porque para ir adelante me faltaba recaudo, aunque también para volverme. Hízoseme vergüenza, ya que salí, quedarme, como dicen, al quicio de la puerta, a ojos de mi madre, amigos y deudos. ¡Válgame Dios! ¡Cuántas cosas he visto después acá perdidas por este «Hízoseme vergüenza»! ¡Cuántas doncellas lo han dejado de ser, hallándose obligadas de un papel de confites y unas coplas, o porque un vano le hizo tañer a la puerta y la enamoró con ajena gracia de lo que cantó el otro por él! ¡Cuántos majaderos han hecho fianzas que han pagado la deuda, quedando perdidos y sus hijos a los hospitales! ¡Cuánto dinero se prestó por hacer amistad, que se perdió el amigo y la deuda está por cobrar, y quien lo dio no lo come y el que lo recibió lo tiene sobrado no se atreven a pedirlo por hacérseles vergüenza!

Hágote saber –si no lo sabes– que es la vergüenza como redes de telarejo: si un hilo se quiebra, toda se deshace, por él se va. Para las cosas de que puede resultarte daño y estrecharte notablemente, déjala ir, quíébrale los hilos y te aseguro que no me digas mal por ello. Y el pesar que has de recibir, hecha la cosa que te piden, llévelo el que te la pide, y no la

hagas, que es muy de tontos la vergüenza para lo que les cumple. De ti mismo es bien que tengas vergüenza, para no hacer, aun a solas, cosa torpe ni afrentosa; que para lo más, ¿qué sabes tú de qué color es ni qué hechura tiene? Suéltala en lo que te importa, no la tengas encadenada, como a perro, tras la puerta de tu ignorancia. Dale cuerda; corra, trote. Sólo ten vergüenza de no hacer desvergüenza, como dije, que lo que llamas vergüenza no es sino necedad. Si a mí no se me hiciera vergüenza, no gastara en contarte los pliegos de papel deste volumen y les pudiera añadir cuatro ceros adelante; mas voy por la posta, obligándome a decirte cosas mayores de mi vida, si Dios para ello e la concediere.

Digo que [no] sentí mucho volver sin capa, habiendo salido con ella, ni quedarme –a manera de hablar– en el barrio. Hícelo punto de honra, que habiendo tomado resolución en partirme fuera pusilanimidad volverme. ¡Ojo, pues, quien otro tal: hícelo punto de honra! A las manos me ha venido la buena dueña: no creo saldrá dellas con tocas en la cabeza. Ella irá desmelenada y sin reverendas. El agua le tengo a la boca. Vengarme pienso, poniéndole los pies en el pescuezo, echándola a fondo.

Pluguiera a Dios –orgullosa mancebica, hombre desatinado, viejo sin seso– yo entonces entendiera o tú ahora supieras lo que es honra, para los dislates que haces y simplezas que sigues. No quiero aquí discantar sobre el canto llano de mis palabras. Yo te cumpliré la mía, diciéndote quién es, con que serás desengañado. Quédese apuntado, que presto le daré alcance.

Hícelo punto de honra. Entre mí dije: «¡Confianza en Dios, que a nadie falta!» Con esto determiné pasar adelante y por entonces a Madrid; que estaba allí la corte, donde todo florecía, con muchos del tusón, muchos grandes, muchos titulados, muchos prelados, muchos caballeros, gente principal y, sobre todo, rey mozo recién casado. Parecióme que por mi persona y talle todos me favorecieran y allá llegado anduvieran a las puñadas haciendo diligencia sobre quién me llevara consigo.

¡Oh, qué de cosas me ocurren juntas en esta simplicidad! ¡Cuánto distan las obras de los pensamientos! ¡Qué hecho, qué frito, qué guisado, qué fácil es todo al que piensa, qué dificultoso al que obra! Pinto en la imaginación que es el pensar un bonito niño corriendo por lo llano en un caballo de caña, con una rehilandería de papel en la mano; y el obrar, un viejo cano, calvo, manco y cojo, que sube con dos muletas a escalar una muralla muy alta y bien defendida.

¿He dicho mucho? Pues digo que no es menos. ¡Qué bien se disponen las cosas de noche a oscuras con el almohada! ¡Cómo saliendo el sol al punto las deshace como a la flaca niebla en el estío! ¡Quién me pudiera ver, cuando esta cuenta hice, con cuánto cuidado y poca gana de dormir la fabriqué! Fueron castillos en arena, fantásticas quimeras. Apenas me vestí, que todo estaba en tierra. Tenía trazadas muchas cosas: ninguna salió cierta, antes al revés y de todo punto contraria. Todo fue vano, todo mentira, todo ilusión, todo falso y engaño de la imaginación, todo cisco y carbón, como tesoro de duende.

Luego proseguí mi camino. Busqué una cañita que llevar en la mano. Parecióme que con ella era llevar capa; pero ni me honraba ni abrigaba tanto. Servíame de sustentar el brazo para dar aliento a los pies.

Acertaron a pasar dos de a mula; creí que teniendo con ellos me harían la costa. Pescar con mazo no es renta cierta ni el pensar es saber. No llevaban mozo ni largo el paso; pero corto el ánimo, por lo que conmigo hicieron. Di a caminar siguiéndolos, y a tres leguas de allí hicieron mediodía. Yo reventaba corriendo y galopeando por no quedarme atrás, que aun su espacio para mis pocas fuerzas era priesa. Estos fueron hombres –o mejor dijera bestias– que palabra no hablaron, y creo que de avarientos; y algunos lo son tanto, que la saliva no darán si saben que es medicina. Estos miserables callaban, por no ayudarme siquiera con buen entretenimiento. Aun ya si fueran diciendo cuentos como el pasado, el cansancio no se sintiera tanto. Que la buena conversación donde quiera es manjar del alma: alegra los

corazones de los caminantes, espacia os ánimos, olvida los trabajos, allana los caminos, entretiene los males, alarga la vida y, por particular excelencia, lleva caballeros a los de a pie.

Llegamos a la posada juntos, y yo tal, que de mí a un difunto había poca diferencia. Pero por granjear un pedazo de pan estamos obligados a salir de paso y olvidar puntillos. Hice más de lo que pude: humilléme, comedíme a servirlos, meterles las mulas en la caballeriza y entrar la ropa en el aposento.

Ellos debían de tener salud, yo pestilencia, que al primer ofrecimiento me dijo el uno:

—A un lado, señor galán; desvíenos de aquí.

«¡Oh, traidores enemigos de Dios! —dije—. ¡Con qué caridad comienzan! ¿Qué esperanza podré tener me darán la comida? O si en el camino me rindiere, ¿me dejarán subir en ancas de una mula?»

Sentáronse a comer. Apartéme a un poyo, que estaba enfrente, con pensar: «¡Quizá me darán algo de la mesa!»; pero nunca quizó. Llegó allí un fraile francisco, a pie y sudando. Sentóse a descansar y de allí a poco sacó de una talega en que llevaba pan y tocino. Yo estaba tan traspasado de hambre, que casi quería espirar; y no atreviéndome con palabras, de vergüenza o cobardía, con los ojos le pedí me diese un bocado por amor de Dios. El buen fraile, entendiéndome, dijo con un ahínco cual si le fuera la vida en darlo:

—Vive el Señor, aunque me quedara sin ello y cual tú estás ahora, te lo diera. Toma, hijo.

¡Bondad inmensa de Dios, eterna sabiduría, providencia divina, misericordia infinita, que en las entrañas de la dura piedra sustentas un gusano, y cómo con tu largueza celestial todo lo socorres! Los que podían y tenían, con su avaricia no me lo dieron; y hallélo en un mendigo y obre frailecito.

Quien propias necesidades no tiene, mal se acuerda de las ajenas. La mía estaba presente, viéronla, y mis pocos años, que iba reventando, cansado de tenerles compañía; no se compadecieron algo de mi necesidad. Mi buen fraile partió conmigo de su vianda, con que me dejó satisfecho. Si como aquel bienaventurado iba hacia Sevilla, llevara mi viaje, fuera mi rescate; mas teníamos encontrado el camino.

Al tiempo que se quiso ir, diome otro medio panecillo que le quedaba, y dijo:

—Vete con Dios, que si más llevara más te diera.

Metílo en el forro del faldamento del sayo y fuime poco a poco mi camino. Llegué a tener la noche otras tres leguas adelante, donde cené mi pan sin otra cosa, ni hubo quien me la diese. Era jornada de arrieros; juntáronse algunos. Mandóme el ventero entrar a dormir al pajar. Hícelo así. Pasé mi trabajo como el que más no pudo.

La cena fue ligera. Bien se creará sin juramento que no me levanté a la mañana empachado el vientre. Y queriendo irme, pidióme el huésped un cuarto de posada; no lo tuve ni se lo pude pagar. Harto deseó el traidor quitarme el sayo, que era de buen paño. Vime apretado y casi se me rasaron los ojos de agua. Moviése a lástima uno de los arrieros que allí estaban —que no son todos lasfemos y desalmados— y dijo:

—Dejadlo, huésped, que yo lo daré.

Sus compañeros me preguntaron:

—Muchacho, ¿de dónde eres? ¿Dónde vas?

Respondióles el que pagó por mí:

—¿Qué le preguntáis, perdidos? ¿No se le conoce? Amargo está de ver que va huyendo de casa de su padre o de su amo.

Díjome el huésped:

—Oyes, mozuelo, ¿quieres asentar a soldada conmigo?

No me pareció para de presente malo; aunque se me hacía duro aprender a servir habiendo sido enseñado a mandar. Díjele que sí.

—Pues entra y quédate, que no quiero me sirvas de otra cosa más que en dar paja y cebada, teniendo buena cuenta con cada uno a quien la dieres.

—Harélo —le respondí.

Y así me quedé por algunos días, comiendo sin tasa y trabajando con ella como por pasatiempo; que hasta las noches, cuando venían los arrieros, todo lo restante con pasajeros no era de consideración.

Allí supe adobar la cebada con agua caliente, que creciese un tercio, y medir falso, raer con la mano, hincar el pulpejo, requerir los pesebres y, si alguno me encargaba diese recaudo a su cabalgadura, le esquilmasen un tercio. Algunos mancebilletos de figas y bigotes venían a lo pulido y sin mozo, haciendo de los caballeros. Con los tales era el escudillar porque llegábamos a ellos y, tomándoles las cabalgaduras, las metíamos en su lugar, donde les dábamos libranza sobre las ventas de adelante para la media paga; que la otra media recibían allí luego de socorro, aunque mal medida (y aun para ella tenía por coadjutores las gallinas y lechones de casa, si acaso faltaba el borrico, y otras veces entraban todos a la parte, porque no se repara entre buenos en poquedades); pero a fe que a la cuenta lo pagaban por entero. Nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideración a posturas ni aranceles, que aquellos no se guardan; sólo se ponen allí para que se paguen cada mes al alcalde y escribano los derechos dello y para tener un achaque, si tenían fijada la cedulilla o no, con que llevarles la pena.

Las cabalgaduras, ya se sabe lo que come cada una y en cuánto salen por cabeza, de paja, cebada y de posada. La cuenta de la mesa era para mí gracioso entretenimiento, porque siempre nos arrojábamos al vuelo y estábamos diestros en decir: «Tantos reales y tantos maravedís, y hágales buen provecho», cargando siempre un real más que una blanca menos. Muchos, como cuerdos, lo pagaban luego, y algunos, noveles o de la hoja, pedían de qué, y era cortarse las cabezas; porque, subiendo los precios a todo, siempre buscábamos qué añadir, aunque fuese de guisar la olla, y venían a faltar dineros, los cuales pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del ventero es una sentencia difinitiva: no hay a quien suplicar, sino a la bolsa. Y no aprovechan bravatas, que son los más cuadrilleros y por su mal antojo siguen a un hombre callando hasta poblado y allí le probarán que quiso poner fuego a la venta y le dio de palos o le forzó la mujer o hija, sólo por hacer mal y vengarse.

Teníamos también en casa unas añagazas de munición para provisión de pobretos pasajeros, y eran ellas tales que ninguno entrara en la venta a pie que dejara de salir a caballo.

Pues, olvídesete algo, ponlo a mal cobro, que ¡luego lo hallarás! ¡Qué de robos, qué de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas y posadas! Qué poco se teme a Dios ni a sus ministros y justicias, pues para ellos no las hay —o es que van a la parte, y no es tal cosa de creer. Pero ya se ignore o se entienda, sería importantísimo el remedio, que se dejan muchas cosas de seguir y los acarretos detienen las mercaderías, por la costa dellos. Cesan los tratos por temor de venteros y mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando públicamente. Soy testigo haber visto cosas que en mucho tiempo no podría decir de aquestas insolencias, que si las oyéramos pasar entre bárbaros, como a tales los culpáramos y, tratándolas a los ojos, no hacemos caso dellas. Pues prometo que la reformation de los caminos, puentes y ventas, no es lo que requería menos cuidado que las muy graves, por el comercio y trato. Aunque ya, cuando yo de aquí salga, poco me quedará de andar.

Capítulo II

Dejando al ventero, Gumán de Alfarache se fue a Madrid y llegó hecho pícaro

Siendo aquella para mí una vida descansada, nunca me pareció bien, y menos para mis intentos. Porque, al fin, era mozo de ventero, que es peor que de ciego. Estaba en camino pasajero: no quisiera ser allí hallado y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera. Pasaban mozuelos caminantes de mi edad y talle, más y menos, unos con dinerillos, otros pidiendo limosna. Dije: «Pues pese a tal, ¿he de ser más cobarde o para menos que todos? Pues no me pienso perder de pusilánime.» Hice corazón y buen rostro a los trabajos, con que, dejada mi venta, me fui visitando las de adelante, con alguna moneda de vellón, ganada en buena guerra y de algunos mandados que hice.

Era poco y consumiósse presto. Comencé a pedir por Dios. Algunos me daban a medio cuarto y los más me decían: «Perdona, hijo.» Con el medio cuarto y otros que se le arrimaban, comía según alzancaba el gaudeamus, y con el «Perdona, hijo» no remediaba letra: perecía.

Dábase muy poca limosna y no era maravilla, que en general fue el año estéril y, si estaba mala la Andalucía, peor cuanto más adentro del reino de Toledo, y mucha más necesidad había de los puertos adentro. Entonces oí decir: «Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y de hambre que sube del Andalucía».

Como el pedir me valía tan poco y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo por extremo en que me viese. Fuime valiendo del vestidillo que llevaba puesto. Comencélo a desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas y otras por empeño hasta la vuelta. De manera que cuando llegué a Madrid, entré hecho un gentil galeote, bien a la ligera, en calzas y en camisa: eso muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto fue todo menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré buscar a quien servir, acreditándome con buenas palabras, ninguno se aseguraba de mis obras malas ni quería meterme dentro de casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso y desmantelado. Creyeron ser algún pícaro ladroncillo que los había de robar y acogerme.

Viéndome perdido, comencé a tratar el oficio de la florida picardía. La vergüenza que tuve de volverme perdía por los caminos, que como vine a pie y pesaba tanto, no pude traerla o quizá me la llevaron en la capilla de la capa. Y así debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calosfríos que pronosticaron mi enfermedad. Maldita sea la vergüenza que me quedó ni ya tenía, porque me comencé a desenfadar y lo que tuve de vergonzoso lo hice desenvoltura, que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza. Vi que lo pasado fue cortedad y tenerla entonces fuera necedad, y erraba como mozo; mas yo la sacudí del dedo cual si fuera víbora que me hubiera picado.

Juntéme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en la presa. Hacía como ellos en lo que podía; mas como no sabía los acometimientos, ayudábales a trabajar, seguía sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuime así dando bordos y sondando la tierra. Acomodéme a la sopa, que la tenía cierta; pero había de andar muy concertado relojero, que faltando a la hora prescribía, quedándome a oscuras. Aprendí a ser buen huésped, esperar y no ser esperado.

No dejaba de darme pena tanto cuidado y andar holgazán: porque en este tiempo me enseñé a jugar la taba, el palmo y al hoyuelo. De allí subí a medianos: aprendí el quince y la treinta y una, quínolas y primera. Brevemente salí con mis estudios y pasé a mayores, volviéndolos boca arriba con topa y hago. No trocara esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados. Tomé tiento a la corte, íbaseme sotilizando el ingenio por horas, di nuevos filos al entendimiento y, viendo a otros menores que yo hacer con caudal poco mucha

hacienda y comer sin pedir ni esperarlo de mano ajena –que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre–, con deseo desta gloriosa libertad y no me castigasen como a otros por vagabundo, acomodéme a llevar los cargos que podían sufrir mis hombros.

Larga es la cofradía de los asnos, pues han querido admitir a los hombres en ella y han estado comedidos en llevar las inmundicias con toda llaneza por aliviarles el trabajo; mas hay hombres tan viles, que se lo quitan del serón y lo cargan sobre sí, por tener un azumbre más de vino para beber. ¡Ved a lo que se estiende su fuerza!

Dejando esto a una parte, te confieso que a los principios anduve algo tibio, de mala gana y sobre todo temeroso; que, como cosa nunca usada de mí, se me asentaba mal y le entraba peor, porque son dificultosos todos los principios. Mas después que me fui saboreando con el almíbar picaresco, de hilo me iba por ello a cierra ojos. ¡Qué linda cosa era y qué regalada!, sin dedal, hilo ni aguja, tenaza, martillo ni barrena ni otro algún instrumento más de una sola capacha, como los hermanos de Antón Martín –aunque no con su buena vida y recogimiento–, tener oficio y beneficio. Era bocado sin hueso, lomo descargado, holgada ocupación y libre de todo género de pesadumbre.

Poníame muchas veces a pensar la vida de mis padres y lo que experimenté en la corta mía, lo que tan sin propósito sustentaron y a tanta costa. «¡Oh –decía–, lo que carga el peso de la honra y cómo no hay metal que se le iguale! ¡A cuánto está obligado el desventurado que della hubiere de usar! ¡Que mirado y medido ha de andar! ¡Qué cuidadoso y sobresaltado! ¡Por cuán altas y delgadas maromas ha de correr! ¡Por cuántos peligros ha de navegar! ¡En qué trabajo se quiere meter y en qué espinosas zarzas enfrascarse! Que diz que ha de estar sujeta mi honra de la boca del descomedido y de la mano del atrevido, el uno porque dijo y el otro porque hizo lo que fuerzas ni poder humano pudieran resistirlo. ¿Qué frenesí de Satanás casó este mal abuso con el hombre, que tan desatinado lo tiene? Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud, y tanto que uno fuere virtuoso será honrado, y será imposible quitarme la honra si no me quitaren la virtud, que es el centro della. Sola podrá la mujer propria quitármela, conforme a la opinión de España, quitándosela a sí misma, porque, siendo una cosa conmigo, mi honra y suya son una y no dos, como es una misma carne; que lo más es burla, invención y sueño. ¡Vida dichosa, que no la conoces ni sabes ni tratas della! Parecíame, si quien la pretendía de veras, abriera los ojos, considerando sin pasión sus efetos, que diera en el suelo con la carga primero que tocarla con la mano. ¡Qué trabajosa es de ganar! ¡Qué dificultosa de conservar! ¡Qué peligrosa de traer! ¡Y cuán fácil de perder por la común estimación! Y si con el vulgo se ha de caminar, ella es uno de los mayores tormentos que a quien con quietud quiere pasar su carrera le puede dar la fortuna ni padecer en esta vida. Y con ver a los ojos que así pasa, como si salvase las almas, las dan por ella. No haces honra de vestir al desnudo ni hartar al necesitado ni ejercer como debes las obras de tu ministerio y otras muchas que sé y las callo y tú las conoces de ti mismo y las disimulas, creyendo que otro no te las entiende, siendo públicas –que las dejo de escribir por no señalarte con el dedo–, y hácesla del humo y aun de menos. Haz honra de que esté proveído el hospital de lo que se pierde en tu botillería o despensa; que tus acémilas tienen sábanas y mantas y allí se muere Cristo de frío. Tus caballos de gordos revientan y se te caen los pobres muertos a la puerta de flacos. Esta es honra que se debe tener y buscar justamente; que lo que llamas honra, más propriamente se llama soberbia o loca estimación, que trae los hombres éticos y tísicos, con hambre canina de alcanzarla, para luego perderla –y con el alma, que es lo que se debe sentir y llorar.»

Capítulo III

Gumán de Alfarache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideración que hizo, de cuál deba ser el hombre con la dignidad que tiene

Aunque era muchacho, como padecía necesidad, todo esto pasaba con la imaginación. Antojábaseme que la honra era como la fruta nueva por madurar, que dando por ella excesivos precios, todos igualmente la compran, desde el que puede hasta el que no es bien que pueda. Y es grande atrevimiento y desvergüenza que compre media libra de cerezas tempranas un trabajador por lo que le costaran dos panes para sustentar sus hijos y mujer. ¡Oh santas leyes! ¡Provincias venturosas, donde en esto ponen freno, como a daño universal de la república! Cómpranla al fin y comen della sin límite ni moderación, que nunca se hartan de comprarla ni de comerla. Hacen el cuerpo de mala sustancia, engéndrales mal humor. Vienen después a pagarlo con gentiles calenturas o ciciones y otras congojosas enfermedades. A fe que ha de costar más de una purga tanto tragar de honra. Nunca lo codicié ni le hice cara después que la conocí. También porque vía escuderos, criados y a oficiales de obra usada, sacarlos de sus oficios para otros de todo punto repugnantes, como el calor del frío, y tan distantes a su calidad como el cielo de la tierra.

Llamástelos ayer con tu criado, no dándoles más de un vos muy seco, que aun apenas les cabía. Ya te envían hoy a llamar con un portero, y para tu negocio se lo suplicas no cansándote de arrojarle mercedes, pidiéndole que te las haga. Dime, ¿no es ese, que ahora como fingido pavón hace la rueda y estiende la cola, el que ayer no la tenía? Sí, el mismo es. Y el mal fuste sobre que dieron aquel bosquejo, presto, caída la pluma, quedará lo que antes era. Y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados. Que los de honra, ellos la tienen de suyo; nadie los puede pelar, que no les nazca nueva pluma más fresca que la primera. Mas los honrados, de otro la reciben. Ya los ves, ya no los ves: tanto duran las mayas como Mayo, tanto los favores como el favoreciente. Pásase y queda cada uno quien es.

Así los vía salir ocupados a negocios graves y de calidad, a quien un hidalgo de muy buen juicio y partes pudiera acometer y aun deseara alcanzar. Decíales yo desde mi lecho: «¿Dónde vais, hermanos, con esos oficios?» Y, si me oyeran, pudieran responder: «No sé, por Dios. Allá nos envían para que aprovechemos ganando cuatro reales.»

¿Pues no consideras, pobre de ti, que lo que llevas a cargo no lo entiendes ni es de tu profesión y, perdiendo tu alma, pierdes el negocio ajeno y te obligas a los daños, en buena conciencia? ¿No sabes que para salir dello tienes necesidad forzosa de saber más que coser o tundir o dar el brazo a la señora doña Fulana, que por dar ella la mano al personaje de quien te lo alcanzó, lo llevas? ¿Preguntáronte por ventura o tú contigo mismo heciste algún escrutinio si te hallabas capaz, con suficiencia, si lo podrías o sabrías hacer bien, sin encargar la conciencia yéndote al infierno y llevando contigo a quien te lo dio? Algún bachiller aquí vecino, y creo debe ser el oficial del barbero –que suelen ser climáticos hablatistas–, me responde: «Podemos, ¡mirá qué cuerpo de tal, qué negocio de tantas tretas y dificultades! Todos somos hombres y sabremos darnos maña. Que una vez comenzados, ellos mismos caminan y se hacen.»

¡Oh, qué gran lástima, que aprendas el oficio cuando vienes a usar dél! Teme el piloto el gobierno de la nave, no sólo en la tormenta, sino en todo tiempo, aun en bonanza, por varios acaecimientos que suceden, con ser en su arte diestro; y tú, que nunca viste la mar ni conoces del arte del marcar, quieres gobernarla y engolfarte donde no sabes. Quién le pudiera decir a este mocito de guitarra: «¿Y tú no ves que cuando lo vienes a entender o a pensar que lo entiendes, que es lo más cierto, ya lo tienes perdido y al dueño dél con los días que has

ocupado y disparates que has hecho? Usa tu oficio, deja el ajeno. Mas no es la culpa tuya, sino del que te lo encargó. Cambio es que corre sobre su conciencia.» Vamos adelante.

Así, pues, hoy los conocía gente miserable y pobre, mañana se levantaban desconocidos, como el que se tiñe la barba, de viejo mozo; entronizados que esperaban ser saludados primero de otros a quien pudieran servir de criados y en oficios muy bajos. Yo me sabía bien por dónde corría, quién guiaba el corro y por qué se violentaba, sacándolo de su curso, quitándolo a sus dueños para darlo a los estraños. También sentía que tenían razón los que dello murmuraban; que, debiendo dar a cada uno lo que le viene de su derecho, lo habían corrompido la invidia y la malicia, buscando los oficios para los hombres y no los hombres para los oficios, quedando infamados todos. Porque, cuanto las dignidades hacen ser más conocidos a los que no las merecen, tanto más los hacen ser menospreciados. Y ellas no se quedan sin su paga, que, como afrentan a los que las tienen sin merecerlas tener, también quedan deshonoradas, por haberse dado a tales personas, dejando juntamente al que las dio con infamia, detracción y obligación.

Aquí se acaba de apearse un pensamiento que llegó de camino de los de aquellos buenos tiempos. Véndolo por mío, si no es ésa la falta que le hallas. Dirélo, por haberme parecido digno de mejor padre; tú lo dispón y compón según te pareciere, emendando las faltas. Y aunque de pícaro, cree que todos somos hombres y tenemos entendimiento. Que el hábito no hace al monje; demás que en todo voy con tu corrección.

Ya sabes mis flaquezas: quiero que sepas que con todas ellas nunca perdí algún día de rezar el rosario entero, con otras devociones; y aunque te oigo murmurar que es muy de ladrones y rufianes no soltarlo de la mano, fingiéndose devotos de Nuestra Señora, piensa y di lo que quisieres como se te antojare, que no quiero contigo acreditarme.

Lo primero cada mañana era oír una misa; luego me ocupaba en ir a mariscar para poder pasar. Como una vez me levantase tarde y no bien dispuesto, parecióme no trabajar. Era fiesta, fuime a la iglesia, oí misa mayor y un buen sermón de un docto agustino, sobre el capítulo quinto de San Mateo, donde dice: «Así den luz vuestras buenas obras a vista de los hombres, que miradas por ellos den gracias y alabanzas a vuestro Padre eterno, que está en los cielos», etc. Dio una rociada por los eclesiásticos, prelados y beneficiados: que no les habían dado tanto de renta, sino de cargo; no para comer, vestir y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir a los que lo han menester, de quien eran mayordomos o propriamente administradores, como de un hospital; y que haberles encargado la tal mayordomía o administración fue como a personas de más confianza, menos interesadas, piadosas, retiradas del siglo y de sus confusiones, que con más cuidado y menos ocupación podían acudir a este ministerio. Que abriesen los ojos a quién lo daban, cómo y en qué lo distribuían; que era dinero ajeno de que se les había de tomar estrecha cuenta. «Nadie se duerma, todo el mundo vele: no quiera pensar hallar la ley de la trampa ni la invención de la zancadilla para defraudar un maravedí, que sería la sisa de Judas». Dijo en general que sus tratos y costumbres fuesen como el farol en la capitana, tras quien todos caminasen y en quien llevasen la mira, sin empacharse en otros tratos ni granjerías de las que se encargaron con el voto que hicieron y obligación que firmaron en los libros de Dios, donde no puede haber mentiras ni borrones.

Harto me acordé de un amigo de mi padre, lo mal que distribuyó lo que cobró y del mal ejemplo que dejó; y en tal paró él y ello. Muchas y buenas razones dijo, que por la indecencia de mi profesión callo y no es lícito a mi hábito referirlas.

A la noche mi enfermedad crecía, la cama no era muy buena ni más mollida que un pedazo de estera vieja en un suelo lleno de hoyos. Venía el ganado paciendo por la dehesa humana del mísero cuerpo. Recordé al ruido, húbeme de rascar y comencéme a desvelar; fui recapacitando todo mi sermón pieza por pieza. Entendí que, aunque habló con religiosos, tocaba en común a todos, desde la tiara hasta la corona, desde el más poderoso príncipe hasta la vileza de mi abatimiento. «¡Válgame Dios! –me puse a pensar–, que aun a mí me toca y yo

soy alguien: ¡cuenta se hace de mí! ¿Pues qué luz puedo dar o como la puede haber en hombre y en oficio tan oscuro y bajo? Sí, amigo –me respondía–, a ti te toca y contigo habla, que también eres miembro deste cuerpo místico, igual con todos en sustancia, aunque no en calidad. Lleva tus cargos bien y fielmente; no los vendimies ni cercenes ni saltees en el camino, pasando de la espuerta a los calzones, a tus escondrijos y falsopetos, lo que no es tuyo. Ni quieras llevar a peso de plata los pasos que mueves y tanto por carga de dos panes como de dos vigas; modérate con todos; al pobre sirve de balde, dándolo a Dios de primicia. No seas deshonesto, glotón, vicioso ni borracho. Ten en cuenta con tu conciencia, que haciéndolo así, como la viejecita del Evangelio, no faltará quien levante su corazón y los ojos al cielo, diciendo: 'Bendito sea el Señor, que aun en pícaros ay virtud'. Y esto en ti será luz.»

Pero a mi juicio de ahora y entonces, volviendo a la consideración prometida, con quien habló, más que a religiosos y comunidad, fue con los príncipes y sus ministros de justicia, de quien iba hablando cuando esta digresión hice. Que verdaderamente son luz y en aquel sagrado capítulo o en la mayor parte dél todo es luz y más luz, para que no aleguen que no la tuvieron. Consideré que la luz ha de estar, como agente, en algún paciente sujeto, en quien haga como en la cera, ya sea una hacha o lo que más quisieres. Digo haberseme representado la tal persona, o tú, como es verdad, ser la luz; tus buenas obras, tus costumbres, tu celo, tu santidad es lo que ha de resplandecer y darla. ¿Pues qué piensas que es darte un oficio o dignidad? Poner cera en esa luz para que ardiendo resplandezca. ¿Qué es el oficio de la luz? Ir con su calor llamando y chupando la cera hacia sí, para alumbrar mejor y sustentarse más.

Eso, pues, has de hacer de tu oficio: embeberlo, encorporarlo en esa luz de tus virtudes y honesta vida, para que todos las vean y todos las imiten, viviendo tan rectamente, que ruegos no te ablanden ni lágrimas te enternezcan ni dones te corrompan ni amenazas te espanten ni la ira te venza ni el odio te turbe ni la afición te engañe. Oye más: ¿cuál vemos primero, la luz o la cera? No negarás que la luz. Pues haz de manera que tu oficio, que es la cera, se vea después de ti, onociendo al oficio por ti y no a ti por el oficio.

Muchas veces acontece la cera ser mucha y la luz poca y ahogarse en ella, como si en un cirio grueso el pabilo fuese sutil. Otras, volver la luz abajo y, deritiéndose la cera encima, luego apagarse. Así vemos que lo bueno en ti es tan poco y el oficio que te dan sobra tanto a la medida de tus méritos, que lo poco se te apaga y quedas a oscuras. Otras veces vuelves al suelo tus virtudes, inclínaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratándola con dilación y la del rico con instancia. Señálaste con rigor en el pobre, dispensando con el rico mansedumbre. Al pobre tropellaste con soberbia, al rico hablaste con veneración y crianza. Con esto se te acaba de morir y se te gasta, quedando perdido.

Hay otros que hacen del oficio luz, como dije antes, y habiéndolo ellos de ser, por el contrario son la cera. Estos tales, ¿qué negocian, si sabes? Yo te lo diré. ¿Cuál es la propiedad de la cera? Irse poco a poco gastando y consumiendo, llevando la luz violentada tras de sí, hasta que se desaparecen el uno y el otro y quedan acabados. Esto mismo les acontece: viven de manera, teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, lo bueno, que ni se precian dello ni lo estiman. Estiman el oficio que hicieron luz; vanlo violentando por encorporarlo en sí, por esquilmarlo, por desnatarlo y aun desangrarlo, y vanse poco a poco consumiendo con él. Viven mal y mueren mal: ual vivieron, así murieron.

¿Qué piensa el que se hace cera, cuando a uno le quita su justicia o lo que justamente merece y los trasmona en el idiota que se le antoja? ¿Sabes qué? Derrítese y gástase, sin sentir cómo ni de qué manera. Acábasele la salud, consúmesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, mujer, deudos y amigos, en quien hacían estribos de sus pretensiones; andan metidos en profundísima melancolía, sin saber dar causa de qué la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que más les duele, demás de lo que para después les aguarda. Y así lo permite su Divina Majestad, para

consuelo de los justos, que los que disolutamente pecan haciendo públicos agravios y sinrazones, castigarlos a ojos de los hombres, para que lo alaben en su justicia y se consuelen con su misericordia, que también lo es castigar al malo...

¿Quieres tener salud, andar alegre, sin esos achaques de que te quejas, estar contento, abundar en riquezas y sin melancolías? Toma esta regla: confiésate como para morir; cumple con la definición de justicia, dando a cada uno lo que le toca por suyo; come de tu sudor y no del ajeno; sírvante para ello los bienes y gajes ganados limpiamente: andarás con sabor, serás dichoso y todo se te hará bien.

A buena fe que mi consideración me iba metiendo muy adentro, donde quizá perdiera pie y fuera menester socorro. Ya me engolfaba o me puse a pique para decir el porqué y cómo se hace algo desto. Si corre por interés o si por afición o pasión. Quiero callar, y no habrá ley contra mí: mi secreto para mí, que al buen callar llaman santo. Pues aún conozco mi exceso en lo hablado, que más es doctrina de predicación que de pícaro. Estos ladridos a mejores perros tocan: rómpanse las gargantas, descubran los ladrones. Mas ¡ay, si por ventura o desventura les han echado pan a la boca y callan!

Capítulo IV

Guzmán de Alfarache refiere un soliloquio que hizo y prosigue contra las vanidades de la honra

Larga digresión he hecho y enojosa. Ya lo veo; mas maravillas, que la necesidad adonde acudimos era grande y, si concurren dos o más lesiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir a lo más principal, no poniendo en olvido lo menos. Así corre en la guerra y todas las más cosas. Yo te prometo que no sabré decir cuál de los dos fuese mayor, la que dejé o la que tomé, por lo que importan ambas. Mas volvamos adonde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso.

Llevaba yo un día, en mi capacha o esportón, del Rastro un cuarto de carnero a un oficial calcetero. Halléme acaso unas coplas viejas, que a medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza y sonriéndose dijo:

—¡Válgate la maldición, maltrapillo! ¿Y

leer sabes? Respondíle:

—Y muy mejor escribir.

Luego me rogó que le enseñase a hacer una firma y que me lo pagaría. Preguntéle:

—Diga, señor, firma sola, ¿para qué la quiere o de qué le puede aprovechar?

Él me respondió:

—¿Para qué? Salgo a negocios, que me da Fulano, mi señor, porque yo calzo a sus niños —y nombró el personaje—. Querría siquiera saber firmar, por no decir que no sé cuando se ofrezca.

Quedóse así este negocio, y yo haciendo un largo soliloquio que fui siguiendo buen rato en esta manera: «Aquí verás, Guzmán, lo que es honra, pues a éstos la dan. El hijo de nadie, que se levantó del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad que en ella cupiera cosa de algún momento, la remendó con trapos el favor, y con la soga del interés ya sacan agua con ella y parece de provecho. El otro, hijo de Pero Sastre, que porque su padre, como pudo y supo, mal o bien, le dejó qué gastar, y el otro que robando tuvo qué dar y con qué cohechar, ya son honrados, hablan de bóveda y se meten en corro. Ya les dan lado y silla, quien antes no los estimara para acemileros.

»Mira cuántos buenos están arrinconados, cuántos hábitos de Santiago, Calatrava y Alcántara cosidos con hilo blanco, y otros muchos de la envejecida nobleza de Laín Calvo y Nuño Rasura tropellados. Dime, ¿quién les da la honra a los unos que a los otros quita? El más o menos tener. ¡Qué buen decanon de la facultad o qué gentil rector o mase escuela! ¡Qué discretamente gradúan qué buen examen hacen!

»Dime más: ¿y a qué se obliga ese que lleva el oficio que decías primero, y esotro a quien el dinero entronizó en el sancta-sanctorum del mundo? ¿Y cómo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dejándole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido y por ventura necesitado a hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides para lo poco que sabré satisfacerte; mas diré conforme a lo que alcanzo, lo que dello entiendo. Cuanto para con Dios, son sus juicios ignotos a los hombres y a los ángeles; no me entremeto a más de lo que con entendimiento corto puedo decir, y es que Él sabe bien dar a cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse. Y pues aquel oficio faltó, no convino, por lo que Él sabe o porque con él se condenará y lo quiere salvar, que lo tiene predestinado. Esto es cuanto para el que se queda sin lo que merece. Pero para el poderoso que se lo quita, que no es juez de intenciones ni de corazones, ni los puede examinar, y por lo

exterior, que sólo conoce, pervierte la provisión. Si habemos de hablar en lenguaje rústico, regulándolo a el cortesano celestial, digo que a la margen de la cuenta deste poderoso saca Dios –como acá solemos para advertir algo– un ojo, y dice luego: ¿Qué le tengo de pedir? ¿Qué causa tuvo deste agravio, sabiendo que los tengo amenazados? «Jueces de la tierra, porque no juzgastes bien os tengo aparejado durísimo castigo.» «Yo residiré en la sinagoga de los dioses y los juzgaré». Lástima grande que quieran, sabiendo esta verdad, hallarse delante de aquel juez recto y verdadero, con acusación cierta que los ha de condenar, y faltos de la restitución que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quiera[n] remediar.

»Verdad es que no faltará quien les diga: sí, señor, bien pudistes, no pecastes, bien hicistes en darlo a vuestro deudo, conocido o amigo o al criado, que están más cerca. Pues en verdad que no pudistes, porque lo quitastes de su lugar y lo pusistes en el ajeno. Vuelve sobre ti, considera, hermano mío, que es yerro, que no pudiste y porque no pudiste pecaste y porque pecaste no está bien hecho. No mires a dichos de tontos ni de congraciadores en lo que te importa tanto. Lo mejor sería que te ciñeses y vieses lo que te aprieta y lo reparases con tiempo, que hay confesores de grandes absolvederas, que son como sastres: diránte que el vestido que ellos hicieron te entalla bien; pero tú sabes mejor si te aprieta, si te aflige, si te angustia o cómo te viene. Y permite Dios que, porque no buscaste quien viviendo y gobernando te dijese verdades, al tiempo de la muerte agonizando no haya quien te las diga y te condenes. Vela con los ojos, abre los oídos y no dejes que te pongan las abejas de Satanás la miel en ellos ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdición.

»Pero volviendo a estos tales, cuanto a Dios, no dudo su castigo, y cuanto a los hombres, te sabré decir que abren puerta a la murmuración y a que hagan dello pública conversación, diciendo, como dije antes, los fines que creí fueran secretos, teniendo lástima de tantos méritos tan mal galardonados y de un truco tan desproporcionado, viendo a los malos por malos medios valer más y a los buenos con su bondad excluidos y desechados. Mas yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuélense, que les queda buen Dios que no les faltará.

»Así que deste modo van las cosas. Pues ni quiero mandos ni dignidades, no quiero tener honra ni verla; estate como te estás, Guzmán amigo; séanse enhorabuena ellos la conseja del pueblo, nunca se acuerden de ti. No entres donde no puedas libremente salir, no te pongas en peligro que temas, no te sobre que te quiten ni falte para que pidas, no pretendas lisonjeando ni enfrasques porque no te inquieten. Procura ser usufrutuuario de tu vida, que, usando bien della, alvarte puedes en tu estado.

»¿Quién te mete en ruidos, por lo que mañana no ha de ser ni puede durar? ¿Qué sabes o quién sabe del mayordomo del rey don Pelayo ni del camarero del conde Fernán González? Honra tuvieron y la sustentaron, y dellos ni della se tiene memoria. Pues así mañana serás olvidado. ¿Para qué es tanto ahínco, tanta sed y tantos embarazos? Uno para la comida –que aun es tanta la vanidad, que comer mucho y desperdiciado califica–, otro para el vestido y otro para la honra. No, no, que no te está bien y con tales cuidados no llegarás a viejo o lo serás antes de tiempo. Deja, deja la hinchazón desos gigantes. Arrímalos por las paredes. Vístete en invierno de cosa que te abrigue y el verano que te cubra, no andando deshonesto ni sobrado. Come con que vivas, que fuera de lo necesario es todo superfluo, pues no por ello el rico vive ni el pobre muere; antes es enfermedad la diversidad y abundancia en los manjares, criando viscosos humores y dellos graves accidentes y mortales apoplegías.

»¡Oh tú, dichoso dos, tres y cuatro veces, que a la mañana te levantas a las horas que quieres, descuidado de servir ni ser servido! Que, aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo –como luego diremos. Al mediodía la comida segura, sin pagar cocinero ni dispensero ni enviar por carbón mojado a la tienda, y que te traigan piedras y tierra, y sabe Dios por qué se disimula; sin cuidado de la gala, sin temor de la mancha ni codicia del recamado; libre de guardar, sin recelo de perder; no envidioso, no sospechoso, sin ocasión de mentir y maquinare

para privar. Eso te importa ir solo que acompañado, apriesa que de espacio, riendo que llorando, corriendo que trepando, sin ser notado de alguno. Tuya es la mejor taberna donde gozas del mejor vino, el bodegón donde comes el mejor bocado; tienes en la plaza el mejor asiento, en las fiestas el mejor lugar; en el invierno al sol, en el verano a la sombra; pones mesa, haces cama por la medida de tu gusto, como te lo pide, sin que pagues dinero por el sitio ni alguno te lo vede, inquiete ni contradiga; remoto de pleitos, ajeno de demandas, libre de falsos testigos, sin recelo que te repartan y por temas te empadronen; descuidado que te pidan, seguro que te decreten; lejos de tomar fiado ni de ser admitido por fiador, que no es pequeña gloria; sin causa para ser ejecutado, sin trato para ejecutar; quitado de pleitos, contiendas y debates; últimamente, satisfecho que nada te oprima ni te quite el sueño haciéndote madrugar, pensando en lo que has de remediar. No todos o pueden todo ni se olvidó Dios del pobre: camino le abrió con que viviese contento, no dándole más frío que como tuviese la ropa, y puede como el rico pasar si se quisiere reglar.

»Mas esta vida no es para todos, y sin duda el primer inventor debió ser famosísimo filósofo, porque tan felice sosiego es de creer que tuvo principio de algún singular ingenio. Y, hablando verdad, lo que no es esto cuesta mucho trabajo y los que así no pasan son los que lo padecen y pagan, caminando con sobresaltos, contiendas y molestias, lisonjeando, idolatrando, ajustando por fuerza, encajando de maña, trayendo de los cabellos lo que ni se sufre ni llega ni se compadece; y cerrando los ojos a lo que importa ver, los tienen de lince para que el útil no se pase, siendo cosas que les importara más estar de todo punto ciegos, pues andan armando lazos, haciendo embelecos, desvelándose en cómo pasar adelante, poniendo trampas en que los otros caigan, por que se queden atrás. ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! ¡Qué triste cosa es de sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas o – por menos mal decir– hechas puntales para que la rágil y desventurada honra no se caiga, y el que la tiene más firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos!»

Volvió considerando sin cesar ni hartarme de decir: «¡Dichoso tú, que envuelta entre plomo y piedras, con firmes ligaduras, la sepultaste en el mar, de donde más no salga ni parezca!»

Acordábaseme lo que en las cosas domésticas costaba un criado bellaco, sisador, mentiroso, como los de hogaño. Y si va por el atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias, embudo de chismes, lenguaz en responder, mudo en lo que importa hablar, necio y desvergonzado en gruñir. Una moza o ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente o primo, para quien destaja tantas noches cada semana; amiga de servir a hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, que le den ración y ella se tiene cuidado de la quitación, cuando halla la ocasión; y ha de beber un poquito de vino, porque es enferma del estómago.

Si salíamos por las calles, donde quiera que ponía la mira, todo lo vía de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida, traslado a los carniceros y a la gente de las plazas y tiendas. Demás desto, qué desesperación pone un escribano, falsario o cohechado, contra quien la verdad no vale, que solo el cañón de su pluma es más dañoso que si fuera de bronce reforzado; un procurador mentiroso, un letrado revoltoso, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar y dilatar, porque come dello; un juez testarudo, de los de 'yo me entiendo', que ni se entiende ni lo entienden. Andaba pretendiendo, mansejón como toro en la vacada, y, en saliendo, pareció que le tiraron garrochas. Llevó un vestido, que para poderlo concertar y ponérselo eran menester más de mil cedula y albalá de guía o entrarle con una cuerda, como en el Laberinto, y con aquella hambre nunca se pensó ver hartado. Dé donde diere, no dejó raso ni velloso; en todo halló pecado: en éste, porque sí, y en aquél, porque no. ¡Quién como la leona pudiera con bramidos dar vida en estos cachorrillos verdades muertas, para que alentados tuviesen remedio! Vamos por los oficios.

Considera el de un sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dar para el pendón o la obra no se ha de hacer o la tullen por hurtarlo. Un albañil, un herrero, un

carpintero y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve. Todos roban, todos mienten, todos trampean; ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor que se precian dello.

Volvamos arriba, no se nos quede arrinconado un boticario, que por no decir «no tengo» ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco a decir desto a esotro, siendo al contrario de toda razón y verdad, con que matan los hombres haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las íldoras, pelotas o balas de artillería.

Pues el señor doctor lo adoba y pensarás que es menos. Si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata, y por ello algunas o muchas veces mata el enfermo. Y es de considerar que, siendo las leyes hijas de la razón, si pides a un letrado algún parecer, lo estudia, no se resuelve sin primero mirarlo, con ser materia de hacienda; y un médico, luego que visita, sólo de tomar el pulso conoce la enfermedad ignota y remota de su entendimiento, y aplica remedios que son más verdaderamente medios para el sepulcro. ¿No fuera bien, si es verdad su regla que «la vida es breve, el arte larga, la experiencia engañosa, el juicio difícil», irse poco a poco, hasta enterarse y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deban hacer para ello? Es cuento largo tratar desto. Todo anda revuelto, todo apriesa, todo marañado. No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra, que hallándola descuidada se deja colgar de un hilo y, asiéndola de la cerviz, la aprieta fuertemente, no apartándose della hasta que con su ponzoña la mata.

Capítulo V

Cómo Gumán de Alfarache sirvió a un cocinero

Libre me vi de todas estas cosas, a ninguna sujeto, excepto a la enfermedad, y para ella ya tenía pensado entrarme en un hospital. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas; para cuya estimación todo el oro y riquezas de la tierra es poco precio.

Túvela y no la supe conservar; que, como acostumbrase a llevar algunos cargos y fuese fiel y conocido, tenía cuidado de buscarme un traidor de un despensero,

¡déle Dios mal galardone!

Hacía confianza de mí, enviábame solo, que llevase a su posada lo que compraba. Desta continuación y trato, que no debiera, me cobró amistad. Parecióle mejorarme sacándome de aquel oficio a sollastre o pícaro de cocina, que era todo a cuanto me pudo encaramar en grueso. Muchas veces me lo dijo y una mañana me hizo una larga arenga de promesas. Fue subiéndome a corregidor de escalón en escalón, que si aprendía bien aquel oficio, saliendo tal, entraría en la casa real y que, sirviendo tantos años, podría retirarme rico a mi casa. Mía fe, hinchóme la cabeza de viento, y hasta probar poco había que aventurar.

Llevóme al señor mi amo, que ya nos conocíamos. Cuando allá llegué, como si fuera la primera vez que nos viéramos, me dijo con mucho toldo:

–Bien, ¿qué dice agora poca ropa? ¿A qué bueno por acá el caballero de Illescas? ¿Es menester algo? ¿Vienes a estar conmigo?

Yo estuve mal considerado, que, cuando le vi comenzar con el tono tan alto, había de volverle las espaldas y dejarlo con su razón, y a la mosca, que es verano. Embacéme, sin saber qué responder, mas como a otra cosa no iba, le dije:

–Sí, señor.

–Pues entra conmigo, que si haces el deber –me dijo– no perderás en ello.

–Bien seguro estoy –le respondí– que asentando con Vuesa Merced tendré cierta la ganancia, pues no tengo de qué me

resulte pérdida. Preguntóme:

–¿Y sabes lo que has de hacer?

Volvíle a decir:

–Lo que me mandaren y supiere hacer o pudiese trabajar; que quien se pone a servir ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y a todas las de su obligación tiene alegremente de satisfacer, para lo uno y otro se ha de disponer.

Él se contentó de mi plática y entendimiento. Asenté a mercedes como gavilán.

Anduve a los principios con gran puntualidad, y él me regalaba cuanto podía. Mas no sólo a mis amos –que era casado– procuré agradar, sirviendo de toda broza en monte y villa, dentro y fuera, de mozo y moza, que sólo faltó ponerme saya y cubrir manto para acompañar a mi ama, porque las más caserías, barrer, fregar, poner una olla, guisarla, hacer las camas, alinear el estrado y otros menesteres, de ordinario lo hacía, que por ser solo estaba puesto a mi cargo; pero a todos los criados del amo procuraba contentar. Así acudía en un vuelo al recaudo del paje como del mayordomo; del maestresala, como del mozo de caballos. Uno me mandaba le comprase lo necesario, otro que le limpiase la ropa, aqueste que le enjabonase un cuello, aquel que le llevase la ración a su mujer y esotro a su manceba. Todo lo hacía sin rezongar ni haronear. Nunca fui chismoso ni descubrí secreto, aunque no me lo encargaran, que bien se me alcanzaba lo que había licencia de hablar y cuál era necesario callar. El que

sirve se debe guardar destas dos cosas o se perderá presto, siendo malquisto y odiado de todos. No respondía cuando me reñían, ni daba ocasión para ello. A los mandados era un pensamiento. Donde había de asistir nunca faltaba; y aunque todo me costaba trabajo, nada se perdía. Bastábame por paga la loa que tenía y lo bien ue por ello me trataban de palabra, no faltando las obras a su tiempo.

Gran alivio es a quien sirve un buen tratamiento: son espuelas que pican a la voluntad para ir adelante, señuelo que llama los deseos y carro en que las fuerzas caminan sin cansarse. A unos es bien y merecen servirse de gracia y a otros no por ningún dinero; y sobre todo reniego de amo que ni paga ni trata.

Entonces pude afirmar que, dejada la picardía, como reina de quien no se ha de hablar y con quien otra vida política no se puede comparar, pues a ella se rinden todas las lozanías del curioso método de bien pasar que el mundo soleniza, aquella era, aunque de algún cuidado, por extremo buena. Quiero decir para quien como yo se hubiese criado con regalo. Parecióme en cierto modo volver a mi natural, en cuanto a la bucólica; porque los bocados eran de otra calidad y gusto que los del bodega, diferentemente guisados y sazonados. En esto me perdonen los de San Gil, Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor y calle de Toledo, aunque sus tajadas de hígado y orreznos fritos

malos eran de olvidare.

Por cualquiera niñería que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo, ropilla o sayo viejo, con que cubría mis carnes y no andaba tan mal tratado; la comida segura y cierta, que aunque de otra cosa no me sustentara, bastara de andar espumando las ollas y probando guisados; la ración siempre entera, que a ella no tocaba.

Esto me hizo mucho daño y el haberme enseñado a jugar en la vida pasada, porque lo que ahora me sobraba, como no tenía casas que reparar ni censos que comprar, todo lo vendía para el juego. De tal manera puedo decir que el bien me hizo mal. Que cuanto a los buenos les es de aumento, porque lo saben aprovechar, a los malos es dañoso, porque dejándolo perder se pierden más con él. Así les acontece como a los animales ponzoñosos, que sacan veneno de lo que las abejas labran miel. Es el bien como el agua olorosa, que en la vasija limpia se sustenta, siendo iempre mejor, y en la mala luego se corrompe y pierde.

Yo quedé doctor consumado en el oficio y en breves días me refiné de jugador, y aun de manos, que fue lo peor. Terrible vicio es el juego. Y como todas las corrientes de las aguas van a parar a la mar, así no hay vicio que en el jugador no se halle. Nunca hace bien y siempre piensa mal; nunca trata verdad y siempre traza mentiras; no tiene amigos ni guarda ley a deudos; no estima su honra y pierde la de su casa; pasa triste vida y a sus padres no se la desea; jura sin necesidad y blasfema por poco interese; no teme a Dios ni estima su alma. Si el dinero pierde, pierde la vergüenza para tenerlo, aunque sea con infamia. Vive jugando y muere jugando: en lugar e cirio bendito, la baraja de naipes en la mano, como el que todo lo acaba de perder, alma, vida y caudal en un punto.

Mucho experimenté de otros. No hablo lo que me dijeron, sino lo que mis ojos vieron. Cuando las raciones no bastaban, porque para jugar no faltase, traía por la casa los ojos como hachas encendidas, buscando de dónde mejor pudiera valerme. A las cosas de la cocina con facilidad ponía cobro, aprovechándome siempre de la comodidad, como de mí no pudiese haber sospecha. Muchas cosas que hurtaba las escondía en la misma pieza donde las hallaba, con intención que si en mí sospechasen, sacarlas públicamente, ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba n otro, allí me lo tenía cierto y luego lo trasponía.

Una vez me aconteció un donoso lance, que como mi amo trajese a casa otros amigos cofrades de Baco, pilotos de Guadalcanal y Coca, y quisiese darles una merienda, todos tocaban bien la tecla, pero mi amo señaladamente era estremado músico de un jarro. Sacáles, entre algunas fiambreras que siempre tenía proveídas, unas hebritas de tocino como sangre de un cordero. Ya de los envites hechos estaban todos a treinta con rey, alegres, ricos y

contentos, y con la nueva ofrenda volvieron a brindarse, quedándose –y mi ama con ellos, que también lo menudeaba como el mejor danzante– que los pudieran desnudar en cueros: tales lo estaban ellos. La polvareda había sido mucha. Levantáronse los humos a lo alto de la chimenea. Los unos cayendo, los otros trompezando, dando cada uno traspiés fuese como pudo, según me lo contó un vecino, y mis amos a la cama, dejándose abierta la casa, la mesa puesta y el vasillo de plata en que brindaron rodando por el suelo, y todo a beneficio de inventario.

Yo acaso había quedado en la cocina del amo aderezando sartenes y asadores, juntando leña y haciendo otras cosas del oficio. Luego como acabé la tarea, fui a la posada. Halléla desaliñada, de par en par abierta y el vasillo por estropeado, casi pidiéndome que siquiera por cortesía lo alzase: bajéme por él, miré a todas partes si alguno me pudiera haber visto y, como no sintiese persona, volvíme a salir pasico. No había dado cuatro pasos, cuando me tocó el corazón una arma falsa. Púseme a pensar si había sido ruido hechizo, que era bien asegurarme más y no ponerme en ocasión que por interés poco se aventurase mucho y algunos azotes a las vueltas. Volví a entrar, llamé dos o tres veces. Nadie me respondió. Fui al aposento de mis amos. allélos tales, que parecía estar difuntos, y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dejó de manera como si hubiera entrado en alguna famosa bodega.

Quisiera con algunos cordeles atarlos por los pies a los de la cama y hacerles alguna burla, pero parecióme más a cuento y mejor la del vaso de plata. Púselo a buen cobro. Habiendo asegurado el hurto, volvíme a la cocina, donde no faltó en qué ocuparme hasta la noche, que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienes, y estando en el hogar sólo un tizo me quiso aporrear: que para qué gastaba tanta leña, que se quemaría la casa. No estuvo aquella noche de provecho. Suplí como pude, cubriendo su falta. Puse a punto la cena, dímosla y, habiendo cumplido a todo, nos fuimos a dormir. Hallé a mi ama de mal semblante: muy triste, los ojos bajos y llorosos, ansiada y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fue acostado. Preguntéle qué tenía, que tan mohína estaba. Respondióme:

–¡Ay, Guzmanico, hijo de mi alma! Gran mal, gran desventura, amarga fui yo, desdichada la hora en que nací, en triste sino me parió mi madre.

Ya yo sabía dónde le dolía. Su botica fuera mi faltriquera y mi voluntad su médico; pero no, que todas aquellas compasiones no me la ponían, porque había oído decir que cuando más la mujer llorare, se le ha de tener lástima como a un ganso que anda en el agua descalzo por enero. No me movió un cabello; mas fingiendo pesarme de su pena, la consolaba que no dijese tales palabras, rogándole me contase qué tenía, dándome parte dello, que en lo que pudiese haría por ella como por mi madre.

–¡Ay, hijo –me respondió–, que trajo tu señor en amarga hora unos amigos a merendar y entre todos me falta el vasillo de plata! ¿Qué hará tu amo cuando lo sepa? Mataráme por lo menos, hijo de mis entrañas.

«¿Qué hará por lo más?», le quise preguntar. Híceme del pesante, abominando la bellaquería y que no hallaba otro medio más de que se levantara por la mañana y fuésemos a comprar a los plateros otro como él, y dijese a su marido que, porque estaba viejo y abollado, lo había hecho limpiar y aderezar: que con esto escusaría el enojo. También le ofrecí que, si no tenía dineros y lo hallase fiado, tomase mis raciones para pagarlo con ellas o las pidiese adelantadas.

Agradeciémelo mucho, tanto por el consejo como por el remedio; mas hízosele inconveniente salir de casa, y sola, temiendo que su marido no la viese, porque era muy celoso. Rogóme que por un solo Dios lo fuese yo a buscar, que dineros tenía con que pagarlo. Yo no deseaba otra cosa, porque me había puesto cuidado a quién o cómo pudiera venderlo que me lo comprara, pues por mi persona era fácil de creer que lo había hurtado. Mas con esta buena salida fui a los plateros. ije a uno que me lo limpiase y desabollase, que estaba

maltratado. Concertélo en dos reales. Pusiéronlo cual si entonces acabaran de hacerlo. Volví a mi casa diciendo:

–Uno he hallado en la puerta de Guadalajara, pero tiene cincuenta y siete reales de plata, y no quieren por la hechura menos de ocho.

A ella le pareció una blanca, según deseaba salir de aquel trabajo. Contóme el dinero en tabla y volvíselo a vender, como si no fuera el mismo ni se lo hubiera hurtado, con que quedó contenta y yo pagado. Mas como se vino se fue: de dos encuentros me lo llevaron.

Estos hurtillos de invención, de cosecha me los tenía y la ocasión me los enseñaba; mas los de permisión, siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien cuando los hubiera menester. Así tenía costumbre de llegarme al tajo, donde se repartían las porciones; atentamente vía lo que pasaba y cómo en cada una iban dos onzas menos. Aprendí a jugar de dedillo, balanza y golpete. Algunos le decían que pesase bien, el dispensero respondía que enjugaba la carne y que, recibéndola en un peso y en fil, no podía dejar de hacer un poco de refación para las mermas de muchos; y en esto iba a decir la sexta parte. Dispensero, cocinero, botiller, veedor y los más oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria. No había mozo tan desventurado, que no ahorrara los menudillos de las gallinas o de los capones, el jamón de tocino, el contrapeso del carnero, las postas de ternera, salsas, especias, nieve, vino, azúcar, aceite, miel, velas, carbón y leña, sin perdonar las alcomenías ni otra cosa, desde lo más necesario hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta.

Luego que allí entré, no se hacía de mí mucha confianza. Fui poco a poco ganando crédito, agradando a los unos, contentando a los otros y sirviendo a todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos es dar dinero a logro y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo, porque es una atalaya que con cien ojos vela, como el dragón, sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerlo y quien lo tuviere trátelo de manera como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quién es? Mira el nombre, que es el mismo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras, cogerás fruto dellas, que el primero que hizo beneficios, forjó cadenas con que aprisionar los corazones nobles.

En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza; no di lugar que de mí se diesen quejas verdaderas ni me trajeran en revueltas. Huí de los deste trato y más de chismosos, a quien con gran propiedad llaman esponjas: aquí chupan lo que allí esprimen. De los tales no se fíen, apártense dellos, aborrezcan su compañía, aunque en ella se interese, porque al cabo ha de salirse con pérdida y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad ni la república más contagiosa pestilencia, que tener hombres cizañeros y revoltosos, amigos de hablar en corrillos y hacerlos. Siempre procuré con todos tener paz, por ser hija de la humildad; y el humilde que ama la paz, ama y es amado del autor della, que es Dios. Si malas compañías no me dañaran, yo comencé bien y corría mejor; comía, bebía, holgaba, pasando alegremente mi carrera.

Muchas veces, acabada la hacienda, me echaba a dormir a la suavidad de la lumbre que sobraba de mediodía o de parte de noche, quedándome allí hasta por la mañana. Cuando en casa no había quehacer, dábanme los bellacos de los mozos y pajes mucho del sartenazo, culebras y pesadillas; echábanme libramientos, ahogándome a humazos. Tal vez hubo que con uno me desatinaron por mucho rato, que ni sabía si estaba en pie o si sentado, y, si no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una esquina. Y a todo esto paciencia, sin desplegar la boca, corrigiéndome para conservarme, que el que todo lo quiere vengar, presto quiere acabar. Larga se debe dar a mucho, si no se quiere vivir poco. Despreciando las injurias, queda corrido y se cansa el que las hace: que si te corrieses, quedarías cargado.

En mí hacían anotomía. Otras veces para probarme hicieron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella. Querían ver si era levantisco, de los que

quitan y no ponen; mas, como se las entendía y les entrevaba la flor, decía: «No a mí que las vendo, a otro perro con ese hueso, salto en vago habéis dado, no os alegraréis con mis desdichas ni haréis almoneda de mis infamias.» Allí me lo dejaba estar, hasta que quien lo puso lo alzase, teniendo cuenta que otro no lo traspusiese y dijese que yo. Otras veces lo alzaba y daba con ello en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias, a lo salvo, como buen esgrimidor; que dar una cuchillada y recibir una estocada es dislate.

Hurtaba lo que podía, pero de modo que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenía, y a mi amo descuidado de mandarlo. En habiendo en qué trabajar, no aguardaba que me lo mandasen. Era de todos mis compañeros el primero al pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre, sin decir al otro: «Hacedlo vos.» Porque onsideraba que, no habiendo de holgar ni estar mano sobre mano, tanto me daba trabajar en esto que en esotro, y era engañar de maña con lo que era fuerza.

Siempre hacía lo que más podía y mejor sabía, guardando el decoro al oficio. Aún el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando tomaba el almirez y molía misturas para salsas o para guisados. Traía el herraje como espadas acicaladas, las sartenes que se pudieran limpiar con la capa, los cazos como espejos; guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solía estar cada cosa, para darlo en la mano cuando fuera menester, sin andarlo a buscar, acordándome dónde lo puse: todo tenía su lugar diputado con mucha curiosidad y concierto.

Las horas que me sobraban cuando no había quehacer, en especial por las tardes, que siempre tenía más lugar, los oficiales de casa me daban sus percances que los llevase a vender. Íbame con ellos a las puertas de la carnicería, donde era nuestro puesto y lo acudían a comprar los que lo habían menester. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras no tal y otras hediondo y malo; mas todo resultaba de lo que llamaban ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado que el almojarifazgo de Sevilla. Lo ordinario y siempre, nunca faltaban menudillos de aves y despojos de terneras, perdices, gallinas, que se perdían andando en el asador o perdigadas en el hervor de la olla, conejos desollados y mechados con sus garrochitas de tocino, ribeteados como gabán de Sayago, sin dejarles blanco del tamaño de una uña donde no llevasen clavada su saeta. Presas había que, habiéndose tardado en sacarse a vender, oliscaban. Disfrazaban estas tales de manera que parecían como nuevas; cada uno, el que más podía, mejor afeitaba su hacienda. Vendía también lenguas de vaca, cecinas de jabalí, lomo en adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso. ¡Mirad qué derechos tan tuertos y qué provechos tan dañosos, para no sacarse cada día facultades, empeñarse los estados y vender los vasallos!

¡Pobres de los señores que no pueden o no saben o, por mejor decir, no quieren consumir esta langosta destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que para ostentación quieren tirar la barra con los más poderosos: el ganapán como el oficial, el oficial como el mercader, el mercader como el caballero, el caballero como el titulado, el titulado como el grande y el grande como el rey, todos para entronizarse. Pues, a fe que no es oficio holgado y que el rey no duerme ni descansa con el reposo del ganapán ni come con el descuido que el oficial, y le aflige más lo que la corona le carga que cuanto el mercader carga. Más le inquieta cómo tiene de proveer sus armadas, que al caballero el aprestar sus armas. Y no hay titulado muy empeñado, que el rey no lo esté más, ni grande tan grande que los trabajos y pesadumbres del rey no sean más grandes y graves. Él vela cuando todos duermen; por eso los egipcios para pintarlo ponían un cetro con un ojo encima. Trabaja cuando todos huelgan, porque es carro y carretero; sospira y gime cuando todos ríen, y son pocos los que se duelen dél que no sea por su interese, debiendo por sí solo ser amado, temido y respetado. Pocos le tratan verdad, por no ser odiados. Pocos le desengañan; ellos saben el porqué y para qué, y sabemos todos que lo hacen por adelantarse y volar arriba, sea omo fuere, aunque sean las alas de cera y hayan de caer en el mar de Ícaro.

La locura y desvanecimiento de los hombres, como te decía, los trae perdidos en vanidades; y los que más lastiman son señores y caballeros, que, gastando sin necesidad, vienen a la necesidad. Porque aun pocas expensas, muchas veces hechas, consumen la sustancia, váseles cayendo la pluma pelo a pelo, de donde, quedando sin cañones, los llamaron pelones o pelados. Luego se recogen a las aldeas o caserías, donde dan en criar cebones, gallinas y pollos, contando los huevos de cada día, haciendo dellos caudal principal. Sáquese de aquí en limpio que, si el rico se quisiere gobernar, le aseguro que nunca será pobre; y si el pobre se comidiere, que presto será rico, acomodándose todos en todo con el tiempo. Que no siempre le está bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas ténganse tales que sean para entretenerse y no para perderse. En las ocasiones ha de mostrarse cada uno conforme a quien es, que para eso lo tiene; pero no emparejándose todos lado a lado, pie con pie, cabeza con cabeza. Si se alargare el poderoso, deténgase el escudero; no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta. ¿No considera que son abortos y cosas fuera de su natural, de que todos murmuran, riéndose dél, y, gastada la sustancia, se queda pobre, arrinconado? ¿No entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear y estirar el pescuezo? Si es cuervo y no sabe ni puede más de graznar, ¿para qué quiere cantar y preciarse de voz, aunque el adulador le diga que la tiene buena? ¿No vee que lo hace por quitarle el queso y burlarlo?

Lo mismo digo a todos: que cada uno se conozca a sí mismo, tiente el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con la lima de palo, y lo que él murmura del otro, cierre la puerta para que el otro no lo murmure dél. A todos conviene dormir en un pie, como la grulla, en las cosas de la hacienda, procurando, ya que se gasta, que no se robe; que el dejar perder no es franqueza y con lo que hurtan veedor, cocinero y dispensero, que son los tres del mohíno, se pueden gratificar seis criados. No digo más del robo destos que del desperdicio de esotros, pues todos hurtan y todos llevan lo que pueden cercenar de lo que tienen a cargo, uno un poco y otro otro poco; de muchos pocos se hace un algo y de muchos algos un algo tan mucho, que lo embebe todo.

Gran culpa desto suelen tener los amos, dando corto salario y mal pagado, porque se sirven de necesitados y dellos hay pocos que sean fieles. Póneste a jugar en un resto lo que tienes de renta en un año. Paga y haz merced a tus criados y serás bien y fielmente servido: que el galardón y premio de las cosas hace al señor ser tenido y respetado como tal y pone ánimo al pobre criado para mejor servir. Hay señor que no dará un real al sirviente más importante, pareciéndole que le basta el sueldo seco y que, en dárselo y su ración, está pagado. No, señor, no es buena razón, que aqueso ya se lo debes, no tiene qué agradecerte. Con lo que no le debes lo has de obligar a más de lo que te debe y que con más amor te sirva; que si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no será mucho que el criado se acorte y no se adelante de aquello a que se obligó.

Como sucedió a un hidalgo cobarde, que habiendo sido demasiado en confianza de su dinero con otro hidalgo de valor, viendo que sus fuerzas y ánimo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente que lo acompañaba. Aconteció que, como una vez echase su enemigo mano para él, su criado lo defendió con pérdida del contrario, que lo retiró en cuanto su señor se puso en salvo; y en esta quistión perdió el mozo el sombrero y la vaina de la espada. Esto se pasó; fuese a su posada. Mas nunca el amo le satisfizo la pérdida ni lo adelantó en alguna cosa. Y como viniese otra vez con un palo y le diese de palos el de la quistión pasada, el criado se estuvo quedo, mirando cómo lo aporreaban. El amo daba voces pidiendo socorro, a quien el mozo respondió: «Vuesa Merced cumple con pagarme cada mes mi salario y yo con acompañarle como lo prometí, y el uno ni el otro no estamos a más obligados». Así que, si quieres que salgan de su paso, aventajándose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente gánales las voluntades, que será ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama y deseen tu vida.

¡Oh, cuántas veces vi llevar y llevé tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias y provincias y otras infinitas cosas a vender, que es prolijidad referirlas y faltan tiempo y memoria para contarlas! Sólo quiero decir que estas desórdenes en todos me hizo a mí como a uno dellos. Andaba entre lobos: enseñéme a dar aullidos. Yo también era razonable principiante, aunque por diferente camino. Mas entonces perdí el miedo: soltéme al gua sin calabaza, salí de vuelo. Todos jugaban y juraban, todos robaban y sisaban: hice lo que los otros. De pequeños principios resultan grandes fines.

Comencé –como dije– de poco a jugar, sisar y hurtar. Fuime alargando el paso, como los niños que se sueltan en andar, hasta que ya lo hacía de lo fino, de a ciento la onza. Y no lo tenía por malo, que aun a esto llegaba mi inocencia; antes por lícito y permitido.

Compraba algunas cosillas que me hacían falta, o lo echaba en un topa, que siempre de los juegos buscaba los más virtuosos, vueltos o carteta, para acabar presto y acudir a mi oficio. Acuérdomé una vez que, estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantó gran grito. Pareció con la vocería hundirse la casa. Mandó nuestro amo al maestresala mirase qué era aquello. Hallónos en la brega fregando el delito y, excediendo de su comisión, dionos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo de manera que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa. Con que también perdí mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos, como dicen, de donde comenzó mi total perdición, de la manera que sabrás adelante.

Capítulo VI

Guzmán de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero, hasta salir despedido dél

Mucho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho más debe estimarse aquel que sabe con su virtud conservar lo ganado. Mucho me forzaba la voluntad en agradar, aunque más me tiraba la mala costumbre de la vida pasada. Y así lo que hacía, como cosa contrahecha, eran las obras de la mona. Que la gloria falsamente alcanzada poco permanece y presto pasa.

Fui como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece. Ya no se fiaban de mí; llamábanme, uno cedacillo nuevo, otro la gata de Venus, y se engañaban, que mi natural bueno era y en el mío ni lo aprendí ni lo supe; yo lo hice malo y lo dispuse mal. Enseñáronmelo la necesidad y el vicio: allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa.

Ladrones hay dichosos, que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial y en mí mortal. Fue muy bien, pues degeneré de quien era, haciendo lo que no debía. Perdíme con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que enhechiza, sol de marzo, áspid sordo y voz de sirena. Cuando comencé a servir, procuraba trabajar y dar gusto; después los malos amigos me perdieron dulcemente. La ociosidad ayudó gran parte y, aun fue la causa de todos mis daños. Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe.

Es la ociosidad campo franco de perdición, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades y silo en que se recogen todos los vicios.

No puse los ojos en mí, sino en los otros. Parecióme lícito lo que ellos hacían, sin considerar que, por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues así habían de medrar y para eso sirven a buenos. Quise meterme en docena, haciendo como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado.

Pero si disculpas valen y la que diere se me admite, como tan libremente vía que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jauja y que también había de caminar por allí, creyendo –como dije– ser obra de virtud; aunque después me desengañaron, que pensé bien y entendí mal. Porque la gracia desta bula sólo la concedió el uso a los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, a los privados, a los hinchados, a los arrogantes, a los aduladores, a los que tienen lágrimas de cocodrilo, a los alacranes, que no muerden con la boca y hieren con la cola, a los lisonjeros, que con dulces palabras acarician el cuerpo y con amargas obras destruyen el alma.

Estos tales eran a quien todo les estaba bien, y en los como yo era maldad y bellaquería. Engañéme; con mi engaño me desenvolví de manera que desde muy lejos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñería de poca estimación.

Suelen decir que el postrero que sabe las desgracias es el marido. De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una en los oídos de mi amo, ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, o ya porque, aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban. Mas por algunos descuidos míos y cosas que se traslucían, algo andaba ya escaldado mi amo conmigo: andábame a las espuelas para cogerme.

Aconteció que lo llamaron para un banquete de un príncipe extranjero nuevamente venido a la Corte. Mandóme ir con él para trasponer el cebollino resultas de la cocina, según el uso y costumbre. Luego que fuimos a la posada, se nos hizo el entrego. Mi amo comenzó a destrozar, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo géneros aparte, y de cada cosa lo que le pertenecía, conforme a su arancel, porque con otros cuidados no hubiese algún descuido y se ezclasen las acciones, siendo justo dar lo de César a César y aposesionarse cada cual en su hacienda.

Después, al cerrar de la noche habíame mandado traer costales. Comenzólos a estibar de maestro y, poniéndomelos al hombro a tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello, según iba de cargado. Cada uno y todos parecían el arca de Noé, y no sé si en ella hubo de tantos individuos o Dios después los crió. Ya que tuve acabada mi faena, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche.

Al bueno de mi amo no se le cocía el pan, andaba con sobresalto, sin sosiego, cuidadoso que su mujer estaba sola y no podría poner en orden tanta hacienda o que no sucediese algún torbellino. Y con este alboroto me dijo:

–Guzmanillo, vete a casa, pon cobro en lo que llevaste, abre los ojos y mira por todo. Di a tu señora que acá me quedo. Ten cuenta con la casa y en amaneciendo ven aquí volando.

Hícelo así, doy a mi ama el recaudo, pido garabatos y sogas, púselas por unos corredores colgando al patio: allí ensarté los trofeos de la vitoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capón, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que, sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecían salir de los viveros. Colgué a otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lechones y cabritos. Entapizóse nuestro patio a la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que, mi fe te prometo, según lo que allí campeaba, me pareció haber traído de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete Infantes de Lara, que no estaba con esto acabado. Ello quedó muy bien acomodado y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien; aunque se me lució muy mal, pagándome peor.

Mi ama vivía en un aposento bajo. Dejáme como el escarabajo, el peso a las cuestas, y fuese a dormir. Debió de cenar salado, que cargó delantero conforme a su costumbre antigua. Yo, acabada la tarea, hice lo mismo, subíme a la cama. Hacía tanto calor que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir a media rienda por el sueño adelante. Anduve galopeando con él y con la manta –que sábanas no se usan dar ni más que un jergón viejo a los mozos de mi tamaño en aquella tierra–, cuidadoso de madrugar omo mi amo me lo había mandado.

Veis aquí, Dios enhorabuena, serían como las tres de la madrugada, entre dos luces oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos que hacían banquete con un pedazo de abadejo seco, traído acaso por los tejados de casa de algún vecino. Y como de suyo son de mala condición –que no sabréis cuándo están contentos, como los viejos, ni quieren aun comer callando, que de todo gruñen, o bien sea que quieran decir que sabe bien o que no está bueno de sal–, con el ruido de su pendencia me despertaron. Púseme a escuchar y dije: «Sería el diablo si la pesadumbre desta buena gente fuese sobre la capa del justo y estuviesen a estas horas riñendo por la partija de mis ienes, de modo que pagasen mis huesos la carne que comiesen, metiéndome con mi amo en deuda y en pendencia.»

Yo estaba en la cama como nací del vientre de mi madre; no creí que alguien me viera; salto en un pensamiento, y como si a mi linaje todo llevaran moros y aquella diligencia valiera su rescate, doy a correr y trompicar por las escaleras abajo por allegar a tiempo y no fuese como en algunos socorros importantes acontece.

Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajas y más el estar holgada; corría sobre cuatro dormidas, como gusano de seda, y frezaba para levantarse. Oyó el mismo

rebato, debiósele de antojarse que yo soñaría, y en buena razón así debiera ello ser. Parecióle que no lo oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros, y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija. Y así desnuda, sin acordar de cubrirse, salió corriendo, desvalida, con un candil en la mano a reparar su hacienda. Su pensamiento y el mío fueron uno, el alboroto igual, y la diligencia en causa propia, el ruido de ambos poco, por venir descalzos.

Veisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme y yo asombrado de verla. Ella sospechó que yo era duende: soltó el candil y dio un gran grito. Yo, atemorizado de la Figura y con el encandilado, di otro mayor, creyendo sería el alma del despensero de casa, que había fallecido dos días antes, y venía por ajustarse de cuentas con mi amo. Ella daba voces que la aoyeran en todo el barrio; yo con las mías fue poco no me oyese toda la Villa. Fuese huyendo a su aposento; yo quise hacer lo mismo al mío. Dieron los gatos a huir; trompecé con un mansejón de casa en el primero escalón. Asióseme a las piernas con las uñas; pensé que ya me llevaba el que redro vaya, pareció que me arrancaba el alma: doy de hocicos en la escalera; desgarréme las espinillas y híceme las narices.

No podía ninguno de los dos entender o sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto y acudimos al sonido de una misma campana, hasta que yo caído en el suelo y escondida ella dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos.

Con esta alteración, si el fresco de la mañana no lo hizo, a la señora mi ama le faltó la virtud retentiva y aflojándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejó en portales y patio, todo lleno de hueseuelos de guindas, que debía de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar a mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen más y peor que las naturalmente ordinarias. Quede a cargo del filósofo inquirir y dar la causa dello; baste que a costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia.

Quedó mi ama del caso corrida, y yo más, que, aunque varón, era muchacho y en cosas tales no me había desenvuelto. Tenía tanto empacho como una doncella, y cuando fuera muy hombre, me avergonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto, no quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dejase de creer malicia en mí, ni bastaron juramentos a ponerla en razón ni encaminarla a mi inocencia.

Desde aquel momento me perdió toda buena voluntad, y supe después, de una vecina nuestra a quien ella contó el caso, que sola su pena era, no haberse hallado desnuda, sino haberse desañudado, que por lo más no se le diera un pito, que eso se quieren las que algo están de sí confiadas.

Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal y que me había de levantar algún falso testimonio para echarme de casa, poniéndome mal con su marido, como si, pobre de mí, hubiera sido la culpa mía. Nunca más le conocí el rostro a derechas ni atravesó palabra conmigo. Venido el día claro, volví a mi atahona como me fue mandado.

Fui a tener con mi amo; no desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme si dejaba recaudo en lo de casa; díjele que sí. Ocupóme en algunas cosas, y puedo certificar que mi amo y sus compañeros, yo y los míos, ayudantes y trabajadores, teníamos más que hacer en poner cobro a lo hurtado que sazón a los manjares. ¡Cuál andaba todo, qué sin orden, cuenta, ni concierto! ¡Qué in duelo se pedía, qué sin dolor se daba, con qué gloria se recibía, qué poco se gastaba, cuánto se rehundía! Pedían azúcar para tortas y para tortas azúcar, dos y tres veces para cada cosa.

Estos banquetes tales llamábamos jubileos, porque iba el río revuelto y sobreaguados los peces. Con esto creí que, pues era, como dicen, el pan de mi compadre y el duelo ajeno, que no tenía yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que también estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hebillita de hombre, y siquiera de las migajas caídas debajo de

la mesa, aun sin querer igualarme a mis iguales, fuera lícito valerme algo la franqueza, gozando del barato.

Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar aguas y otras cosas. Andaba con una camisilla vieja y un juboncillo roto. De lo que cupo al cuartel de mi amo había una canasta de huevos; lleguéme por par dellos y echéme entre camisa y carnes unos pocos y otros en las faltriqueras de los calzones. Ved, ya que metí la mano, en lo que vine a empacharme; mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interese, que fue una desventurada, cuanto por decir iquiera que le di un beso a la novia y no se dijera que salí virgen o que yendo a la Corte no vi al Rey.

El traidor de mi amo sintiólo y para santificarse con mi culpa, asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente y otros criados graves de casa, cuando quise salir a poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegóse a mí como un león y, asiéndome por los cabezones, me trujo a la melena, hollado entre los pies.

Bien podrás pensar cuál se puso la mercadería de bien acondicionada, pues me los deshizo todos a puntillones, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. «Sin duda – dije entre mí– algún planeta gallinero me persigue.» Quisiera decirle con la cólera: «¿Pues cómo, ladrón, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste y yo llevé, y haces alharacas por seis tristes huevos que me rhallaste? ¿No ves que te ofendes con lo que me ofendes?» Parecióme más acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la sentí, por hacérmela mi amo, que si fuera de un estraño no la estimara en tanto. Mas hube de sufrir; no hice más mudamiento ni di otra espuesta que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas que a ellos vinieron.

La behetría del banquete se pasó y nos fuimos a casa. Díjome mi amo por el camino:

–¿Qué te digo, Guzmanillo? Advierte que lo que hoy te di me importó más de lo que piensas. Ya sé que no tuve razón: mañana te compraré unos zapatos por ello y valdrán más que los huevos.

Alegréme con la manda, porque los que traía estaban rotos y viejos.

Mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entramos en casa siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasión llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como lo vía torcido, procuraba de quitarle los trompezones de delante, sirviéndole con más cuidado que nunca, sin hacerle falta –ni a cosa de la cocina– en un cabello.

Un día de fiesta, como era de costumbre, se hicieron unas empanadas y pasteles, de que sobró un poco de masa, y otro día lunes habían de correrse toros en la plaza. Estaba en la basura una cañilla de vaca casi entera. Yo tenía necesidad, para holgarme, de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarrón, que como lo puse no diferenciaba por defuera de un muy hermoso conejo.

Fuime con él a mi puesto, con ánimo de dar alguna gatada; mas como estaba de priesa, no pude aguardar merchante. Llegó a comprármela un cano y honrado escudero, hícele buena comodidad; concertéla en tres reales y medio; vi el cielo abierto, por volverme presto. Mas cuanta mi priesa era mucha, su flema era grande. Púsose debajo del brazo un repertorio pequeñuelo que llevaba en la mano, colgó del cinto los guantes y lienzo de narices, luego sacó una caja de antojos, y en limpiarlos y ponérselos tardó largas dos horas. Fue destilando del bolsico de un garniel cuarto cuarto y, poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecía cuartillo y le daba seis vueltas, mirándolo hacia el sol.

Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba comigo, que con la falta que hice salió a buscarme. Asíóme el brazo diciendo:

–¿Qué prendas rematáis, mancebo?

El escudero estaba presente a todo esto, que no se lo quiso llevar la maldición, para descubrir mi secreto. Halléme atajado, que no supe ni pude darle autor, y por no tenerlo quedó como libro prohibido o mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo:

—Soltad, bellaco. ¿Sois vos el que me alababan? ¿La mosca muerta, el que hacía del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenía en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? No más de un pícaro. No me entréis más en casa ni paséis por mi puerta, que quien se abate a poco no perdonará lo mucho, si ocasión se le ofrece.

Y dándome un pescozón y un puntillón a un tiempo, en presencia de mi merchante — que nunca mi mala suerte lo despegó de allí con su flema—, casi me hiciera dar en tierra.

Quedé tan corrido, que no supe responderle, aunque pudiera y tuve hartos paños. Mas no siéndome lícito por haber sido mi amo, bajé la cabeza y sin decir palabra me fui avergonzado, que es más gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo.

Capítulo VII

Cómo despedido Gumán de Alfarache de su amo volvió a ser pícaro, y de un hurto que hizo a un especiero

En cualquier acaecimiento, más vale saber que haber; porque, si la Fortuna se rebelare, nunca la ciencia desampara al hombre. La hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimación lo poco que el sabio sabe que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excesos que a la Fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas aguijan a un fin de adornar y levantar a los hombres. Pintaron varios filósofos a la Fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia; cada uno la dibujó según la halló para sí o la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que más favorece, para mayor trabajo lo guarda. Es de vidrio, inestable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano. Lo que hoy da, quita mañana. Es la resaca de la mar. Tráenos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en los márgenes de la muerte, de donde jamás vuelve a cobrarnos, y en cuanto vivimos obligándonos, como a representantes, a estudiar papeles y cosas nuevas que salir a representar en el tablado del mundo.

Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba, y lo que deja perdido y desfucido remedia la ciencia fácilmente: ella es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso río, sin que se agote ni acabe. Ella honra la buena fortuna y ayuda en la mala. Es plata en el pobre, oro en el rico y en el príncipe piedra preciosa. En los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna, el sabio se tiene y pasa, y el simple en lo llano tropieza y cae. No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar ni temporal en el aire, que contraste a la ciencia; y así debe desear todo hombre vivir para saber y saber para bien vivir. Son sus bienes perpetuos, estables, fijos y seguros.

Preguntarásme: «¿Dónde va Guzmán tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para qué fin la loa con tan largas arengas y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Adónde ha de parar?» Por mi fe, hermano mío, a dar con ella en un esportón, que fue la ciencia que estudié para ganar de comer, que es una buena parte della; pues quien ha oficio ha beneficio y el que otro no sabía para pasar la vida, tanto lo estimé para mí en aquel tiempo, como en el suyo emóstenes la elocuencia y sus astucias Ulixes.

Mi natural era bueno. Nací de nobles y honrados padres: no lo pude cubrir ni perder. Forzoso les había de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes. Y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores, sabiendo aprovecharse dellos.

¿Quién dijera que tan buen servicio sacara tan mal galardón, por tan inopinada y liviana ocasión? Salvo si no me dices que anda tal el mundo, que por el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio y en él hace como debe, por eso mismo lo descompone y arrincona para que todo se yerre, o que a los que Dios tiene predestinados tras el pecado les envía la penitencia. ¡Ojalá fuera yo tan dichoso y me lo castigaran a cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, que su mujer lo indignó contra mí. Cualquier cerrar de ojos bastara, y aprovechara poco aunque me desvelara mucho en quitarle las ocasiones. Ya estoy en la calle, arrojado y perseguido, sobre espedido. ¿Qué haré, dónde iré, o que será de mí? Pues a voz de ladrón salí de donde estaba, ¿quién me recibirá de buena ni de mala gana?

Acordéme en aquella sazón de mis trabajos pasados, cómo hallaron puerto en una espuerta. Buñolero solía ser, volvíme a mi menester. No me pesó de haberlos tenido, pues así me socorrí dellos. Y es bien a veces tomarlos de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad, y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse a tenerlos para mejor

saber sufrirlos cuando vengan. Demás que humillan a los hombres a cosas en que después hallan fruto.

No hay trabajo tan amargo que, si quieres, no saques dél un fin dulce, ni descanso tan dulce con que puedas dejar de temer un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan a mi gusto acomodado antes no hubiera padecido trabajos, nunca con la bonanza de mi sollastría supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan a la mano de qué me socorrer.

¿Qué fuera entonces de mí? ¿No consideras qué turbado, qué afligido estaría y qué triste, quitado el oficio, sin saber de qué valirme ni rincón adonde abrigarme? Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa ni capa o cosa con que me cobijar. Habíase todo ido, entrada por salida, comido por servido, jugado por ganado y frutos por pensión.

Del mal el menos: con todas estas desdichas mi caudal estaba en pie, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y cuanta menos poseyere le dolerán menos los yerros que hiciere.

Ya me sabía la tierra y había dineros para esportón; mas antes de resolverme a volverlo al hombro, visitaba las noches y a mediodía los amigos y conocidos de mi amo, si alguno por ventura quisiera recebirme: porque ya sabía un poquillo y holgara saber algo más, para con ello ganar de comer. Algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan. Debieron de oír tales cosas de mí, que a poco tiempo me despedían sin querer acogerme. Donde la fuerza oprime, la ley se quiebra.

Con estas diligencias cumplí a lo que estaba obligado, para no poder acusarme a mí mismo que volví a lo pasado huyendo del trabajo. Y te prometo que lo amaba entonces, porque tenía de los vicios experiencia y sabía cuánto es uno más hombre que los otros cuanto era más trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude ya otra cosa. No sé qué puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos, y aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos ni en oda la vida salimos con ello. Y es porque no queremos ni nos acordamos de más de lo presente.

Comencé a llevar mis cargos. Comía lo que me era necesario, que nunca fue mi dios mi vientre y el hombre no ha de comer más de para vivir lo que basta, y en excediendo es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. Desta manera, comiendo con regla, ni entorpecía el ánimo ni enflaquecía el cuerpo; no criaba malos humores, tenía salud y sobrabanme dineros para el juego.

En el beber fui templado, no haciéndolo sin mucha necesidad ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, así por ser natural mío, como parecerme malo la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razón de hombres, andaban enfermos, roncós, enfadosos de aliento y trato, y los ojos encarnizados, dando traspiés y reverencias, haciendo danzas con los caxcabeles en la cabeza, echando contrapasos atrás y adelante y, sobre toda humana desventura, hecho[s] fiesta de muchachos, risa del pueblo y escarnio de todos.

Que los pícaros lo sean, ¡andar! Son pícaros y no me maravillo, pues cualquier bajeza les entalla y se hizo a su medida, como a escoria de los hombres... ¡Pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debían ser abstinentes lo hagan! ¡Que el religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello! No solamente digo descomponga, pero aun llegar a la raya de poderse notar en semejante vituperio. Digan ellos mismos lo que sienten, cuando sienten, si no es que para llevar el absurdo adelante se disculpan con locuras y trayendo consecuencias que, cometido un yerro, dan en docientos; mas para sí todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar dello, infamia usarlo, bellaquería paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teníamos en la plaza junto a Santa Cruz nuestra casa propia, comprada y reparada de dinero ajeno. Allí eran las juntas y fiestas. Levantábame con el sol; acudía con diligencia por aquellas tenderas y panaderos, entraba en la carnicería; hacía mi agosto las mañanas para todo

el día; dábanme los parroquianos que no tenían mozo que les llevase la comida; hacíalo fiel y diligentemente, sin faltarles un cabello.

Acreditéme mucho en el oficio, de manera que a mis compañeros faltaba y a mí me sobraba para un teniente que siempre se me allegaba. Entonces éramos pocos y andábamos de vagar; agora son muchos y todos tienen en qué ocuparse. Y no hay estado más dilatado que el de los pícaros, porque todos dan en serlo y se precian dello. A esto llega la desventura: hacer de las nfamias bizarría y honra de las bajezas y de las veras burla.

Sucedió que se dieron condutas a ciertos capitanes, y luego que acontece lo tal se publica en el pueblo y en cada corrillo y casa se hace Consejo de Estado. La de los pícaros no se duerme, que también gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres. No entiendas que por ser bajos en calidad han de alejarse más los suyos de la verdad o ser menos ciertos. Engañaste de veras, que es antes al contrario, y acontece saber ellos lo esencial de las cosas, y hay razón para ello: porque en cuanto al entendimiento, algunos y muchos hay que, si lo acomodasen, lo tienen bueno. Pues como anden todo el día de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos y anden tan divididos, oyen a muchos muchas cosas. Y aunque suelen decir que cuantas cabezas tantos pareceres, y si uno o un ciento disparan diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia. Nosotros, pues, recogido todo lo de todos, en cuanto se cenaba, referíamos lo que en la Corte pasaba. Demás que no había bodegón o taberna donde no se hubiera tratado dello y lo oyéramos, que allí también son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones y dudas, donde se limita el poder del turco, reforman los consejos y culpan a los ministros. Últimamente allí se sabe todo, se trata en todo y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo a Ceres por ascendente, conversando de vientre lleno, si el mosto es nuevo, hierve la tinaja.

Con lo que allí aprendíamos, venía después a tratar nuestra junta de lo que nos parecía. Esta vez acertamos en decir que aquestas compañías marcharían la vuelta de Italia. Fuese averando el caso, porque arbolaron las banderas por la Mancha adentro, subiéndose desde Almodóvar y Argamasilla por los márgenes del reino de Toledo, hasta subir a Alcalá de Henares y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar Mediterráneo.

Parecióme buena ocasión para la ejecución de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban a hacer este viaje por conocer mi sangre y saber quiénes y de qué calidad eran mis deudos. Mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razón me hacía parar a la raya, pareciéndome imposible efetuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa.

En ésta iba y venía, sin poder apartarla de mí. De día cavaba en ello y de noche lo soñaba. Y, si tiene lugar el proverbio del romano, «si quieres ser Papa estámpalo en la testa», en mí se verificó, que andando en este cuidado solícito, dándole mil trasiegos, me senté a un lado de la plaza junto a una tendera, donde solía ser mi puesto y de mi teniente, y estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar, aunque fuera por mochilero si más no pudiera, y aun según estaba me sobraba, oí decir:

—¡Guzmán, Guzmanillo!

Volví el rostro a la voz y sentí que un especiero debajo de los portales de junto a la carnicería me llamaba. Hízome señas con la mano que fuese allá; levantéme por ver qué me quería. Díjome:

—Abre ese esportón.

Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata, y en oro, y en cuartos pocos. Preguntéle:

—¿A qué calderero llevamos este cobre? Díjome:

—¿Cobre le parece al pícaro? ¡Alto!, aguije, que lo voy a pagar a un mercader forastero que me vendió algunas cosas para la tienda.

Esto me decía; mas yo en otro pensaba, que era cómo darle cantonada. Porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oído del amoroso padre, ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba, ni el rendido muro al famoso capitán que le combate le dio tal alegría ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí, oyendo aquella dulce sonora voz de mi especiero: «Abre esa capacha.»

¡Gran palabra! Letras que de oro se me estamparon en el corazón, dejándolo colmado de alegría. Y más cuando las calificaron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesión de lo que creí había de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé a dispensar de la moneda, trazando mi vida. Cargué con ella, fingiendo pesar mucho... y me pesaba mucho más de que no era más.

Mi hombre comenzó de andar por delante y yo a seguirle con increíble deseo de hallar algún aprieto o concurso de gente en alguna calle o llegar en alguna casa donde hacer mi hecho. Deparóme la fortuna a la medida del deseo una como 'así me la quiero', pues entrando por la puerta principal salí tres calles de allí por un postigo, y dando bordos de esquina en esquina, el paso largo y no descompuesto, para no dar nota, las fui trasponiendo con lindo aire hasta la puerta la Vega, donde me dejé ir descolgando hacia el río. Atravesé a la Casa del Campo, y ayudado de a noche, caminé por entre la maleza de los álamos, chopos y zarzas, una legua de allí.

En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo porvenir cómo fuese de fruto lo pasado. Que no basta comenzar bien ni sirve demediar bien, si no se acaba bien. De poco sirven buenos principios y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De qué provecho hubiera sido el hurto si me hallaran con él, sino perderlo y a vueltas dél quizás las orejas y haber comprado un cabo de año, si tuviera edad?

Allí entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer. Busqué donde el agua tenía más fondo en la mayor espesura y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones y sayo envuelta la moneda, la metí, cubriéndola muy bien de arena y piedras por defuera. Puse una señal, no porque me descuidase, que allí residí a la vista por casi quince días; pero para no turbarme después, lbuscándola dos pies más adelante o atrás, que fuera morirme si cuando metiera la mano dejara de asentarla encima; en especial, que algunas noches me alargaba allí a los lugares de la comarca por iandas para tres o cuatro días, volviendo luego a mi albergue, ensotándome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo.

Desta manera me entretuve en tanto que desmentí las espías y cuadrilleros que sin duda debieron de ir tras de mí. Así se perdió el rastro. Y pareciéndome que todo estaría seguro para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequeñuelo lío de los forros viejos que del sayuelo me quedaron, donde metí envuelta la sangre de mi corazón. Quedóme sólo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desarrapado y una rota camisa; pero todo limpio, que lo había por momentos lavado. Quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos.

Anduve a escoger un par de garrotillos lisos. Del uno colgué a las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordón en la mano. Ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda o cualquiera que allí me viera residir de asiento no tomase de mí mala sospecha, comencé a caminar de noche a oscuras por lugares apartados del camino real, tomando traviesas, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas dél a un soto que llaman Azuqueica, que amanecí en él una mañana.

Metíme a la sombra de unos membrillos, para pasar el día. Halléme sin pensar junto a mí un mocito de mi talle. Debía ser hijo de algún ciudadano, que con tan mala consideración como la mía se iba de con sus padres a ver mundo. Llevaba liado su hatillo, y como era caballero novel, acostumbrado a regalo, la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun a sí mismo se le hacía pesado llevarse. No debía de tener mucha gana de volver a los suyos ni ser hallado dellos. Caminaba como yo, de día por los jarales, de noche por los caminos, buscando madrigueras. Dígolo, porque desde que allí llegamos, hasta el anochecer, que nos

apartamos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando a peso el fardo, lo dejó caer en el suelo, diciendo:

–¡Maldígate Dios y si no estoy por dejarte!

Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viajes, de dónde y quién éramos. Él me lo negó; yo no se lo confesé, que por mis mentiras conocí que me las decía: con esto nos pagamos. Lo que más pude sacarle fue descubrirme su necesidad.

Viendo, pues, la buena coyuntura y disgusto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peso de la bolsa, parecióme sería ropa de vestir. Preguntéle qué era lo que allí llevaba, que tanto le cansaba. Díjome:

–Unos vestidos.

Tuve buena entrada para mis deseos, y díjele:

–Gentilhombre, daríaos yo razonable consejo, si lo quisiédes tomar.

Él me rogó se lo diese, que siendo tal me lo agradecería mucho. Volvíle a decir:

–Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos dello y acudid a lo más necesario. Ahí lleváis esa ropa o lo que es; vendedla, que menos peso y más provecho podrá haceros el dinero que sacades della.

El mozo replicó discretamente, que son de buen ingenio los toledanos.

–Ese parecer bueno es y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma. ¿Qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mí se me ofrece causa para no entrar en poblado a hacer trueco ni venta, ni alguno ue no me conozca querrá comprarlo.

Luego le pregunté qué piezas eran las que llevaba. Respondióme:

–Unos vestidillos para remudar con éste que tengo puesto.

Preguntéle la color y si estaba muy traído. Respondió que era de mezcla y razonable. No me descontentó, que luego le ofrecí pagárselo de contado si me viniese bien. El mozo se puso pensativo a mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela ni valía un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio.

Esta imaginación fue mía, que le debió de pasar al otro y que debía de ser algún ladroncillo que lo quería burlar; porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaría o no, que de mi talle no se podía esperar ni sospechar cosa buena.

Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena o mala presunción de su persona, y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento el hábito califica, pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen vividor.

En el punto entendí su pensamiento, como si estuviera en él, y para reducirlo a buen concepto le dije:

–Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno y hijo de tan buenos padres como vos. Hasta agora no he querido datos cuenta de mí, mas porque perdáis el recelo, pienso dároslo. Mi tierra es Burgos, della salí, como salís, razonablemente tratado. Hice lo que os aconsejo que hagáis: vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que dellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde dellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado y este vestido desarrapado, aseguro la vida y paso libremente; que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen ni de salteadores que le asalten. Si os place, vendedme lo que no habéis menester y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, adonde es mi viaje: holgaría entrar algo bien tratado y no on tan vil hábito como llevo.

El mozo deshizo su lío, sacó dél un herruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí. Concertéme con él en cien reales. No valía más, que, aunque estaba bien tratado, el paño no era fino.

Descosí por un lado mi envoltero y dél saqué los cuartos que bastaron; que no le dio poca mohína cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podía escusarla. Mas consolóse, que era menor que la pasada y más provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedimos: él se fue con la buena ventura y yo, aunque tarde, aquella noche me entré en Toledo.

Capítulo VIII

Vistiéndose muy galán en Toledo, Guzmán de Alfarache trató de amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas y las burlas que le hicieron, y después otra en Malagón

Suelen decir vulgarmente que aunque vistan a la mona de seda, mona se queda. Ésta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepción. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene; podría entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo. Presto me pondré galán y en breve volveré a ganapán. Que el que no sabe con uodor ganar, fácilmente se viene a perder, como verás adelante.

Lo primero que hice a la mañana fue reformarme de jubón, zapatos y sombrero. Al cuello del herruelo le hice quitar el tafetán que tenía y echar otro de otra color. Trastejé la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño y púseselas de seda, con que a poca costa lo desconocí todo, con temor que, por mis pecados o desgracia, no cayera en algún lazo donde viniera a pagar lo de antaño y lo de hogaño, que buscando al mozuelo no me vieran sus vestidos, y achacándome haberlo muerto para robarlo, me lo pidieran por nuevo y que diera cuenta dél.

Así anduve dos días por la ciudad, procurando saber dónde o en qué lugar hubiese compañías de soldados. No supo alguno darme nueva cierta. Andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover, aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo, y si salía de la posada era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido, veo atravesar de camino en una mula un gentilhomme para la Corte, tan bien aderezado que me dejó envidioso.

Llevaba un calzón de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza y aforrado en tela de plata. El jubón de tela de oro, colete de ante, con un bravato pasamano milanés casi de tres dedos en ancho. El sombrero muy galán, bordado y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro esmaltadas de negro, y en cuerpo: llevaba en el portamanteo, un capote, a lo que e pareció de raja o paño morado, su pasamano de oro a la redonda, como el del colete y calzones.

El vestido del hombre me puso codicia y, como el dinero no se ganó a cavar, hacíame cocos desde la bolsa. No me lo sufrió el corazón. «A buena fe –le dije–, si gana tenéis de danzar, yo os haga el son, y si no queréis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros a cuestras. Cumpliréos ese deseo satisfaciendo el mío bien presto, y que no tarde.»

Fuime de allí a la tienda de un mercader, saqué todo recaudo, llamé un oficial, corté un vestido. Dile tanta priesa, que ni fue, como dicen, oído ni visto, porque en tres días me envasaron en él; salvo que, por no hallar buen ante para el colete, lo hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro. Púseme de liga pajiza, con un rapacejo y puntas de oro, a lo de Cristo me lleve, todo muy a la orden.

Asentábame con el rostro que no había más que pedir, y en realidad de verdad tuve, cuando mozuelo, buena cara.

Viéndome tan galán soldado, di ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algún hombre principal. También recibí luego un paje bien tratado que me acompañase. Acerté con uno ladino en la tierra. Parecióme, viéndome entronizado y bien vestido, que mi padre era vivo y que yo estaba restituido al tiempo de sus prosperidades. Andaba tan contento, que quisiera e noche no desnudarme y de día no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran.

Amaneció el domingo. Púseme de ostentación y di de golpe con mi lozanía en la Iglesia Mayor para oír misa, aunque sospecho que más me llevó la gana de ser mirado; paseéla toda tres o cuatro veces, visité las capillas donde acudía más gente, hasta que vine a parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes. Pero yo me figuré que era el rey de los gallos y el que llevaba la gala y como pastor lozano hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran y enseñar aun hasta las cintas, que eran del tudesco.

Estiréme de cuello, comencé a hinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenían que notar, burlándose de mi necedad; mas como me miraban, yo no miraba en ello ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas. Antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía.

De cuanto a los hombres, no se me ofrece más que decirte; pero con las damas me pasó un donoso caso, digno por cierto de los tan bobos como yo. Y fue que dos de las que allí estaban, la una dellas, natural de aquella ciudad y hermosa por todo extremo, puso los ojos en mí o, por mejor decir, en mi dinero, creyendo que los tenía quien tan bien vestido estaba. Mas por entonces o reparé en ello ni la vi, a causa que me había cebado en otra que a otro lado estaba; a la cual, como le hice algunas señas a lo niño, rióse de mí a lo taimado.

Parecióme que aquello bastaría y que ya lo tenía negociado. Fui perseverando en mi ignorancia y ella en sus astucias, hasta que saliendo de la iglesia se fue a su casa y yo en su seguimiento poco a poco. Íbale por el camino diciendo algunos disparates; tal era ella que, cual si fuera de piedra, no respondió ni hizo sentimiento, pero no por eso dejaba de cuando en cuando de volver la cabeza dándome cara, con que me abrasaba vivo.

Así llegamos a una calle, junto a la solana de San Cebrián, donde vivía, y al entrar en su casa me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños y el rostro alegre.

Con esto la dejé y me volví a mi posada por los mismos pasos. Y a muy pocos andados, vi estar una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se le vían los ojos, la cual me había seguido y, sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué a ver lo que mandaba. Hízome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, a quien estaba obligado agradecer la voluntad que me tenía, tanto por esto cuanto por su calidad y buenos deudos; que gustaría le dijese dónde vivía, porque tenía ierto negocio para tratar conmigo.

Ya yo no cabía de contento en el pellejo; no trocara mi buena suerte a la mejor que tuvo Alejandro Magno, pareciéndome que penaban por mí todas las damas. Así le respondí a lo grave, con agradecimientos de la merced ofrecida, que cuando se sirviese de hacérmela, sería para mí muy grande. En esta conversación poco a poco nos acercamos a mi posada; ella la reconoció, y despidiéndonos entréme a comer, que era hora.

Como yo no sabia quién fuera esta señora ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla. Todo se me hacía tarde. Fuime a su calle, di más paseos y vueltas que rocín de anoria y a buen rato de la tarde salió, como a hurto, a hablarme desde una ventana. Pasamos algunas razones; últimamente me dijo que aquella noche me fuese a cenar con ella. Mandé a mi criado comprase un capón de leche, dos perdices, un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallase, frutas y colación para postre, y lo llevase.

Después de anochecido, pareciéndome hora, fui al concierto. Hízome un gran recibimiento de bueno. Ya era hora de cenar. Pedíle que mandase poner la mesa; mas ella buscando novedades y entretenimientos lo dilataba. Metióme en un labirinto, comenzándome a decir que era doncella de noble parte y que tenía un hermano travieso y mal acondicionado, el cual nunca entraba en casa ás de a comer y cenar, porque lo restante, días y noches, ocupaba en jugar y pasear.

Estando en esta plática, ves aquí que llamaron con grandes golpes a la puerta.

—¡Ay Dios! —me dijo—. ¡Perdida soy!

Alborotóse mucho, con una turbación fingida de tal manera que a otro más diestro engañara con ella. Y aunque ya la señora sabía el fin y los medios como todo había de caminar, se mostró afligida de no saber qué hacerse. Y como si entonces le hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua, pero con alguna lama de haberla tenido, y no bien limpia; estaba puesta en el portal del patio.

Hice lo que quiso, cubríome con el tapador y, volviéndose a su estrado, entró el hermano, el cual, viendo la humareda, dijo:

—Hermana, vos tenéis algo de brava con este humo y lloverse la casa: gana tenéis que salga huyendo della. ¿Qué tenemos para cenar con tanta humareda?

Entró en la cocina y, como viese nuestro aparato, salió diciendo:

—¿Qué novedad es ésta? ¿Cuál de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en esta casa? ¿Qué aderezo de banquete es éste o para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento y dais a vuestros padres y desdichado hermano? La verdad he de saber o todo ha de acabar en mal esta noche.

Ella le dio no sé qué descargos, que con el miedo y estar cubierto no pude bien oír ni entender más de que daba voces y, haciendo del enojado, la mandó asentar a la mesa; y habiendo cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa y echó la aldaba en la puerta de la calle. Y entrándose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro y yo en la tinaja.

A todo esto estuve muy atento y devoto, de suerte que no me quedó oración de las que sabía que no rezase, porque Dios lo cegara y no mirara donde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera saqué poquito a poco la cabeza, mirando si la señora venía, si tosía o si escupía; y si el gato se meneaba o cualquier cosa, todo se me antojaba que era ella. Mas viendo que tardaba y la casa estaba muy sosegada, salí del vientre de mi tinaja, cual otro Jonás del de la ballena, no muy limpio.

Mas fue mi buena suerte que con el temor de malas cosas que suelen suceder, y más a muchachos, guardaba el buen vestido para de día, valiéndome a las noches del viejo que antes había comprado, y así no me dio cuidado ni pena. Di vueltas por la casa, lleguéme al aposento, comencé a rascar la puerta y en el suelo con el dedo, para que me oyera. Era mal sordo y no quiso oír.

Así se fue la noche de claro. Cuando vi que amanecía, lleno de cólera, triste, desesperado y frío, abrí la puerta de la calle y, dejándola emparejada, salí fuera como un loco, echando mantas y no de lana, haciendo cruces a las esquinas con determinación de nunca volvérselas a cruzar.

Pensando en mis desdichas, llegué al Ayuntamiento y junto a él tenían abierta la puerta de una pastelería. Hartéme de pasteles, pícaros como yo, por serme de mejor sabor. Con ellos pasé al estómago el coraje que me ahogaba en la garganta.

Mi posada estaba cerca. Llamé y abríome mi criado, que me aguardaba. Desnudéme y metíme en la cama. Con el rastro del enojo no podía tener sosiego ni cuajar sueño. Ya me culpaba a mí mismo, ya a la dama, ya a mi mala fortuna. Y estando en esto, siendo de día claro, ves aquí que llaman a mi aposento. Era la moza que me había seguido el día pasado, y venía su ama con ella. Sentóse a la cabecera en una silla y la criada en el suelo, junto a la puerta.

La señora me pidió larga cuenta de mi vida, quién era y a qué venía y qué tiempo tardaría en aquella ciudad. Mas yo todo era mentira, nunca le dije verdad. Y pensándola engañar, me cogió en la ratonera. Fuila satisfaciendo a sus palabras y perdí la cuenta en lo que más importaba, pues debiéndole decir que allí había de residir de asiento algunos meses, le dije que iba de paso.

Ella por no perder los dados y que no debía apetecer amores tan de repelón, quiso dármelo. Comenzó a tender las redes en que cazarme. Así al descuido, con mucho cuidado, iba descubriendo sus galas, que eran buenas guarniciones de oro y otras cosas, que traía debajo de una saya entera de gorbarán de Italia. Y sacando unos corales de la faltriquera, hizo como que jugaba con ellos y de allí a poco fingió que le faltaba un relicario que tenía engarzado en ellos.

Afligióse mucho, diciendo ser de su marido, y con esto se levantó, como que le importaba volverse luego a su casa, por si allá se hubiera quedado buscarlo con tiempo; y aunque le prometí dar otro y le dije muchas cosas y ofrecí promesas, no pude acabar con ella que más esperase.

Así se fue, dándome la palabra de venir otra vez a visitarme y enviar su criada, en llegando a casa, para darme aviso si había parecido la joya. Yo quedé tristísimo que así se hubiera ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bizarra y discreta. Yo tenía gana de dormir, dejéme llevar del sueño; mas no pude continuarlo dos horas. Como ya tenía cuidados, levantéme a solicitarlos. En cuanto me vestí, se hizo hora de comer y, estando a la mesa, entró la criada. La cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido y díjome que volvía si por ventura jugando su ama con el rosario, se le hubiese allí caído la pieza. Todos la buscamos mas no pareció, porque no faltaba.

Encarecíome que no sentía tanto su valor como el ser cuya era. Figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras a que le comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el día siguiente al amanecer sería conmigo su señora, porque saldría en achaque de ir a cierta romería. Así me fui con ella a los plateros y le compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió y ya el ama le habría echado el ojo. Con él se quedaron, que nunca supe más de ama ni moza.

Ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocía, deseando saber la ocasión de la noche pasada y si había sido burla; y olvidado de la injuria, volví a mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste y que me esperaba. Llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguien a quien temer, y, llegándose a la puerta, dijo que me adelantase hacia la Iglesia Mayor.

Hícelo así. Ella tomó su manto y llegamos entrambos casi a un tiempo. Atravesó por entre los dos coros y salió a la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo que la siguiera. Fuime tras ella. Entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná y yo con ella. Diome allí satisfacciones, haciendo mil juramentos, no haber tenido culpa ni haber sido en su mano lo pasado; hinchóme la cabeza de viento, creíle sus mentiras bien compuestas; prometiόμε que aquella noche lo emendaría y, aunque aventurase a perder la vida, la arriscaría por mi contento. Rindióme tanto, que pudieran amasarme como cera.

Compró algunas cosas que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga dijo al mercader:

—¿Cuánto tengo de dar desta deuda cada semana?

Él respondió:

—Señora, no las doy por ese precio ni vendo fiado; si Vuesa Merced trae dineros, llevará lo que ha comprado, y si no, perdone.

Yo le dije:

—Señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo: yo tengo su bolsa y soy su mayordomo.

Así, sacando de la faltriquera unos escudos por hacer grandeza con ellos, también saqué mi barba de vergüenza y a la dama de deuda.

Al punto se me representó haber sido estratagema para pagarse adelantado y no quedarse burlada, como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que

con mi buen proceder la tenía obligada y no diera mis dos empleos de aquel día en las dos damas por México el Perú. Así le pregunté si su promesa sería cierta y a qué hora. Asegurómela sin duda para las diez de la noche.

Ella se fue a su casa y yo a entretener el día, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo y volví a la atahona. Hice la seña concertada, que fue dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana, mas fue como darlos en la Puente de Alcántara.

Parecióme quizá no sería hora o no podía más. Esperé otro poco y así me estuve hasta las doce de la noche, haciendo señas a tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burlería, que el que decía ser su hermano era su galán, y se sustentaban con aquellos embelecocos, estando de concierto los dos para cuanto hacían.

Eran cordobeses, bien tratadas las personas y, entre los más tordos nuevos que habían cazado, era un mancebico escribanito, recién casado, que, picado de la señora, le había dado ciertas joyuelas y, como a mí, lo llevaba en largas, haciéndolo esperar, pechar y despechar. Mas, cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse.

Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oído, y cuando me quería ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente. Adelantéme, pareciéndome justicia, y sentí que llamaron a la misma puerta. Volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turbamulta, y un corchete, diciendo quien eran, hizo que abriesen. Cuando entraron, me llegué a la puerta, por mejor entender lo que pasaba. El alguacil miró toda la casa y no halló cosa de lo que buscaba. Yo que quisiera decir: «Miren las tinajas» y echar a huir; mas a la mi fe que ya el escribanito sabía si estaban empegadas, que cuidado tuvo en hacerlas mirar; y como estas cosas no pueden tanto encubrirse que si se repara en ellas no se conozcan fácilmente, no faltó quien vio en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano se quedó allí. Y como se hacía el oficio entre amigos, dijo un corchete:

—Aun este puño dueño tiene.

La dama lo quiso encubrir; pero entretanto volvieron a dar vuelta con más cuidado. Y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande que allí estaba pudiera caber un hombre, lo hizo abrir, donde hallaron al galán. Vistiéronse los dos y de conformidad los llevaron a la cárcel.

Yo quedé tan contento cuanto corrido: contento de que no me hubiesen hallado dentro y corrido de las burlas que me habían hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello y en la otra señora que aguardaba, creyendo esquitarme con ella. Figurábala entre mí mujer de otra calidad y término. Todo aquel día la esperé, pero ni aun siquiera un recaudo me envió ni supe dónde vivía ni quién era. Ves aquí mis dos buenos empleos y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos.

Estaba desesperado y, para consuelo de mis trabajos, a la noche, cuando fui a la posada, hallé un alguacil forastero preguntando por no sé qué persona. Ya ves lo que pude sentir. Díjele a mi criado que me esperase hasta la mañana. Salí por la puerta del Cambrón, donde pensando y paseando pasé casi hasta el día, haciendo mis discursos, qué podía querer o buscar aquel alguacil; mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir a casa y mudar de vestido y posada. Aseguré mi congoja, porque no era yo a quien buscaba, según me dijeron.

Salí a la plaza de Zocodover. Pregonaban dos mulas para Almagro. Más tardé en oírlo que en concertarme y salir de Toledo. Porque allí todo me parecía tener olor de esparto y suela de zapato. Aquella noche tuve en Orgaz, y en Malagón la siguiente. Pero con el sobresalto, de que las noches antes no había podido reposar, llegué tan dormido que a pedazos me caía, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado, y fue que, entrando en la posada, se llegó a tomar la ropa na mozuela, más que criada y menos que hija, de bonico talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños dellas.

Habléla y respondió bien. Fuimos adelantando la conversación de suerte que concertó conmigo de hablarme cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; dile una pechuga de un capón; brindéla y hizo la razón; quise asirla de un brazo, desvióse. Yo por llegarla y ella por huir, caí de lado en el suelo. Era la silla de costillas. Cogióme en medio, de que recibí un mal golpe, y sucediera peor porque se me cayó la daga desnuda de la cinta y, dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta y se hincó por un brazo de la silla, que fue milagro no matarme, y concluyendo conmigo ejara pagados mis acreedores.

Volvíle a preguntar si esperaría. Díjome que si falta hubiese yo lo vería, y otras algunas chocarrerías con que se despidió de mí. Las noches antes ya te dije lo mal que se pasaron. Tal estaba, que fue imposible resistirme; pero tuve deseo de madrugar, aunque nunca durmiera. Y así, mandé a mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana y lo metiesen en mi aposento. Lo cual hecho y habiéndolo puesto junto a la puerta, me la dejaron emparejada y se fueron a dormir.

Aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba y, no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo –como dicen– a media rienda. Ves aquí después de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, o bien si era del huésped y andaba en fiado por la casa. Ella se llegó a mi aposento y, habiendo olido la cebada, metió bonico la cabeza por alcanzar algún bocado, y en llegando al harnero, meneólo, y procurando entrar sonó la puerta. Yo, que estaba cuidadoso, poco bastaba para recordarme. Ya pensé que tenía los toros en el coso. Estaba todavía soñoliento: parecióme que no acertaba con la cama. Púseme sentado en ella y llaméla.

Como la borrica me sintió, temió y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esportón de la paja. Yo, creyendo que fuese la señora y que tropezaba en él, salté de la cama diciendo:

–¡Entra, mi vida, daca la mano!

Alargué todo el cuerpo para que me la diese. Toquéle con la rodilla en el hocico; alzó la cabeza, dándome con ella en los míos una gran cabezada y fuese huyendo, que si allí se quedara no fuera mucho con el dolor meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices y, dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz era fácil en creer. Atranqué mi puerta y volvíme a la cama.

Capítulo IX

Llegando a almagro, Gumán de Alfarache asentó por soldado de una compañía. Refiérese de dónde tuvo la mala voz: «en malagón en cada casa un ladrón, y en la del alcalde hijo y padre»

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad causado en un ánimo ocioso, sin principio de razón, sin sujeción a ley, que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al corazón y dificultoso de salir dél, así juré de no seguir su compañía.

Estaba dormido, no supe lo que dije. Tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no había bien recordado. Con esto no pude madrugar; quedéme en la cama hasta las nueve del día. Entró a estas horas la muy tal y cual a darme satisfacciones de mesón: que sus amos la encerraron. Aunque bien creí que lo hizo de bellaca y mentía, y así la dije:

—Vuestros amores, hermana Lucía, mal enojado me hane, comenzaron por silla y acabaron en albarda. No me la volveréis a echar otra vez; aderezadnos de almorzar, que me quiero ir.

Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me quería partir, las mulas estaban a punto; era la mía mohína de condición y de mal proceder. Quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás creo que me debía de querer decir que no lo hiciese o que me quitase de allí, y como no supo hablar mi lengua para que la entendiese, alzando las piernas y dándome dos coces, me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones:

—Aun esto más me estaba guardado —dije algo levantada la voz—: no hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula.

Subí en ella, y por el camino, visto las desgracias que había tenido, les fui contando a mis criados lo de la burra. Riéronse mucho dello y más de mi mozo entendimiento en fiar de moza de venta, que no tienen más del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas y el mozo de a pie quiso beber. Daca la bota, toma la bota; la bota no parece, que nos la dejamos olvidada.

—¡Aun si por el retozo —dijo el mozo— hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde!

Mi paje respondió:

—Antes me parece que nos la hurtaron por sacar adelante la fama deste pueblo.

Entonces tuve deseo de saber qué origen tuvo aquella mala voz. Y como los que andan siempre trajinando de una en otra parte y oyen tratar de semejantes cosas a varias personas, me pareció que podía preguntárselo a mi hombre de a pie y le dije:

—Hermano Andrés, pues fuistes estudiante y carretero y ahora mozo de mulas, ¿no me diréis, si habéis oído, de dónde se le quedó a este pueblo la opinión que tiene y por qué se dijo: «En Malagón en cada casa hay un ladrón, y en la del alcalde hijo y padre»?

El mozo respondió diciendo:

—Señor, Vuestra Merced me pregunta una cosa que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero, si he de referirlas, es el camino corto y el cuento largo y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra. Mas vaya como pudiere y supiere, dejando aparte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinión de algunos a quien lo oí; de cuyo parecer fío el mío por ser más llegado a la razón. Que en lo que no la tenemos natural ni por tradición de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de

conformarnos. Y así, esto tiene origen, que corre de muy lejos, en esta manera: «En el año del Señor de mil y docientos y treinta y seis, reinando en Castilla y León el rey don Fernando el Santo, que ganó a Sevilla, el segundo año después de fallecido el rey don Alonso de León, su padre, un día estaba comiendo en Benavente y tuvo nueva que los cristianos habían entrado la ciudad de Córdoba y estaban apoderados de las torres y castillos del arrabal que llaman Ajarquía, con aquella puerta y muro y que, por ser los moros muchos y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro. Este mismo despacho habían enviado a don Alvar Pérez de Castro, que estaba en Martos, y a don Ordoño Álvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas, que les diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le dieron la nueva en veintiocho de enero y el tiempo era muy trabajoso de nieves y fríos. Nada se lo impidió, que partió al socorro, dejando dada orden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban a cien caballeros los que con él salieron. Lo mismo envió a mandar a todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente a esta frontera donde él iba. Cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y ríos, que no dejaban pasar la gent. Juntáronse en Malagón cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado y en algunas a dos y tres. El alcalde hospedó al capitán de una compañía y a un hijo suyo que traía por alférez della. Los mantenimientos faltaban, el camino se trajinaba mal, padecía necesidad y cada uno buscaba su vida robando a quien hallaba qué. Un labrador gracioso del propio lugar salió de allí camino de Toledo, y encontrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era. Respondió que de Malagón. Volvióronle a decir: '¿Qué hay por allá de nuevo?' Y dijo: 'Señores, lo que hay de nuevo en Malagón es en cada casa un ladrón, y en la del alcalde quedan hijo y padre'. Este fue el origen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento della. Y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo ste camino dudo se haga otro mejor hospedaje ni de gente más comedida, cada una en su trato. También podré decir que habemos visto en él hurtos calificados de mucha importancia.»

En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados. Certificóme dello y alegréme grandemente, que sólo eso buscaba para salir de congoja. En llegando a la villa, luego a la entrada della, vi en la calle Real en una ventana una bandera. Pasé adelante y fui a posar a uno de los mesones de la plaza, donde cené temprano, yéndome luego a dormir para restaurar algo de tantas malas noches pasadas. El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban a mis riados quién fuese, y como no sabían otra cosa más de lo que me habían oído, respondían que me llamaba don Juan de Guzmán, hijo de un caballero principal de la casa de Toral.

A la mañana temprano mi paje me dio de vestir; compuse mis galas y, oída una misa, fui a visitar al capitán, diciéndole cómo venía en su busca para servirle. Recibíome con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecía muy bien el mío, el vestido y dineros que llevaba, que serían pocos más de mil reales, porque los otros habían tomado vuelo y hicieron el del cuervo en vestidos, amores y camino.

Asentóme en su escuadra y a su mesa, tratándome siempre con mucha crianza. Y en remuneración dello lo comencé a regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas o si como en cada lugar había de hallar otro especiero, otro río y otro bosque adonde poder ensotarme tan sin miedo. Con tanta prodigalidad lo despedía y arrojaba en dos a siete y en tres a once, visitaba tan a menudo las tablas de la bandera, que ya, anando pocas veces y perdiendo muchas, me adelgazaba.

Con esto me entretuve hasta que comenzamos a marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia. De allí fuimos uno a uno saliendo, y cuando a mí me llamaron y el pagador me vio, parecíle muy mozo; no se atrevió a pasar mi plaza, conforme a

la instrucción que llevaba. Encolericéme en gran manera; tanto me encendí, que casi me descompuse a querer decir algunas libertades de que después me pesara, pues con ello quedaba obligado a más de lo que era lícito.

¡Oh, lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo que me mataban a coces y pescozones y dellos traía tuerta la cabeza: callaba y sufría; y ahora estimé por el cielo lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces experimenté cómo no embriaga tanto el vino al hombre cuanto el primero movimiento de la ira, pues ciega el entendimiento sin dejarle luz de razón. Y si aquel calor no se pasase presto, no sé cuál ferocidad o brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Pasóseme aquel incendio súbito, y, reportado un poco, le dije:

—Señor pagador, la edad poca es; pero el ánimo mucho: el corazón manda y sabrá regir el brazo la espada, que sangre hay en él para suplir cosas muy graves.

Él me respondió con mucha cordura:

—Es así, señor soldado, y lo tal creo con más veras de lo que se me puede decir; mas la orden que traigo es ésta, y en excediendo della lo pagaré de mi bolsa.

No tuve qué responder a sus buenas palabras, aunque las colores que me sacó el enojo al rostro no se me pudieron quitar tan presto.

Al capitán pesó mucho deste agravio: recibiólo como propio. En quitarle mi plaza creyó que luego dejara su compañía, y vuelto contra el pagador se alargó con él de manera que, a no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algún grande alboroto. Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitán vino a visitarme a la posada diciéndome con término bizarro lo que sentía mi pesadumbre, y con palabras y promesas honrosas me dejó contento a toda satisfacción.

Tal fuerza tiene la elocuencia que, como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, así a las iras de los hombres, las razones comedidas son poderosas trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos fácilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarlo, su oración me persuadiera en quedarme.

Estuvimos en la conversación buen rato. Y, si va a decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban dellos algunos ministros, por sus propios intereses, cómo se yerran las cosas porque no se camina derechamente al buen fin dellas, antes al provecho particular que a cada uno se le sigue. Y porque aquel sabe que el otro, aunque con buen celo, gobierna y guía, lo tuerce y desbarata, metiendo de traversa sus enredos, por alcanzar a ser el solo dueño; y por el mismo caso buscará mil rodeos y arcaduces y, aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga a parar a su puerta la danza, puestos los ojos a su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altísimo y poner su silla en Aquilón y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras enderezadas para sí: como el trabajador que levanta los brazos al cielo y da con el golpe del azadón en el suelo. Ordenan guerras rompen paces, faltando a sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas y al fin infernando las almas. ¡Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdido, cuántos ejércitos desbaratado, de que culpan al que no lo merece y sólo se causa porque lo quieren ellos! Que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediera bien resultara mal para ellos. Así va todo y así se pone de lodo.

—¿Quiere Vuesa Merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores o hechos estudiantes capigorristas enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros? Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre de español, que otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba dél todo el mundo, ya por nuestros pecados

la tenemos casi perdida. Estamos tan falidos que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuimos somos y seremos. Dé Dios conocimiento destas cosas y emiende a quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria y contra sí mismos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad y de los daños que causa la codicia en la privanza. Della nace el odio, del odio la invidia, de la invidia disensión, de la disensión mala orden. Infiera de allí adelante lo que podrá resultar. Vuesa Merced no se aflija, que ya marchamos. En Italia es otro mundo y le doy mi alabra de le hacer dar una bandera. Que, aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado.

Agradecíselo mucho; despedímonos. Él quisiera irse solo; yo porfiaba en acompañarlo a su posada. No me lo consintió. Luego otro día comenzó a marchar la compañía sin parar hasta que nos acercamos a la costa –y el señor capitán a la mía, gastando largo. Estuvimos esperando que viniesen las galeras. Tardaron casi tres meses, en los cuales y en lo pasado la bolsa rendía y la renta faltaba. La continuación del juego también me dio prisa y así me descompose, no todo en un día, sino de todo en los pasados. Yo quedé cual digan dueñas, pues vine a volverme al puesto on la caña.

¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí a mí mismo! ¡Qué de emiendas propuse, cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuántas trazas daba de conservarme, cuando no sabía en cuál árbol arrimarme! ¿Quién me enamoró sin discreción? ¿Quién me puso galán sin moderación? ¿Quién me enseñó a gastar sin prudencia? ¿De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitán? ¡Cuánto se halla trasero quien ensilla muy delantero! ¡Cuánta torpeza es seguir los deleites!

De seso salía en ver mis disparates, que habiéndome puesto en buen predicamento, no supe conservarme. Ya por mis mocedades ni era tenido ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve, la mesa franca del capitán y alférez, la escuadra en que me deseaban alistar, parece que el solano entró por ello y lo abrasó, pasó como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar el ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron a descomponer poco a poco, pieza or pieza: quedé degradado. Fue el obispillo de San Nicolás, respetado el día del santo, y yo hasta no tener moneda.

Los que comigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenían, los que acudían a mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa, me dieron de mano, ninguno me trataba, nadie me conversaba. Yo no sólo esto, mas ni me permitían los acompañase. Hedió el oloroso, fue mohíno el alegre, deshonoró el honrador, sólo por quedar pobre. Y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar: mi trato, mi conversación era ya con mochileros. Y en eso vine parar. Y es justa justicia que quien tal hace, que así lo pague.

Capítulo X

Lo que a Guzmán de Alfarache le sucedió sirviendo al capitán, hasta llegar a Italia

Qué agro se me hizo de comenzar, qué pesado de pasar, qué triste de padecer nueva desventura. Mas ya sabía de aquel menester y en él había traído los atabales a cuestras. Presto me ice al trabajo, que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan y vacían como las azacayas: tan presto como suben bajan.

Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para en la adversidad. Y no lo tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mí conocieron. Mi capitán me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso y no pudo remediarme, porque aun a sí mismo no podía. Conservóme a lo menos en aquel buen punto que de mí conoció luego que me trató, teniendo respeto a quienes debían de ser mis padres.

Necesítame a desnudarme, poniendo altiveces a una parte. Volví a vestirme la humildad que con las galas olvidé y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaban bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué; mas que el necesitado se desvanezca, es camaleón, cuanto traga es aire sin sustancia. Y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y escandaloso el pobre soberbio.

Vi que no la podía sustentar. Di en servir al capitán mi señor, de quien poco antes había sido compañero. Hícelo con el cuidado que al cocinero. Mandábame con encogimiento, considerando quien era y que mis excesos, la niñez y mal gobierno de mocedad me habían desbaratado hasta ponerme a servirle, y estaba seguro de mí no haría cosa que desdijese de persona noble por ningún interés. Teníame por fiel y por callado, tanto como sufrido; hízome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradecí.

Manifestóme su necesidad y lo que pretendiendo había gastado, el prolijo tiempo y excesivo trabajo con que lo había alcanzado rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias prostrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme que, saliendo de Palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida y se lo dio entender dilatándole muchos días el despacho, haciéndole lastar y padecer.

Líbrelos Dios, cuando se juntan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un ídolo destos particular adoración, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio o con figura del y que se volverá presto a entrar en el vestuario del sepulcro a ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira, hermano, que se acaba la farsa y eres lo que yo y todos somos unos. Así se avientan algunos como si en su vientre pudiesen sorber la mar y se divierten como si fuesen eternos y se entronizan como si la muerte no los hubiese de humillar. Bendito sea Dios que hay Dios. Bendita sea su misericordia, que previno igual día de justicia.

Mi capitán me lastimó con su pobreza, porque no sabía con qué remediarla. Y tanto cuanto un noble tiene más necesidad, tanto se compadece della más el pobre que el rico. Algunas joyas tenía para poder vender; mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las había menester, hacíasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco.

En el tiempo que tardaron las galeras, anduvimos por alojamientos. Con la confesión que mi amo me hizo, lo entendí, y el fin para que me la hizo. Díjele:

—Ya, señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad. En mis pocos años he dado muchas vueltas. Lo que en mí fuere, tendré la lealtad que debo a mi señor y a quien soy. Vuesa Merced se descuide, que arriscaré mi vida en su servicio dando trazas para que, en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo.

Así me encargué de más que mis fuerzas ni el ingenio prometían. De allí adelante hacía de oficio cosas de admiración. En cada alojamiento cogía una docena de boletas, que ninguna valía de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyeron cincuenta. Mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en alguna segura de mis manos ni el agua del pozo. jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capón o palomino a comida y cena, y pernil de tocino entero, cocido en vino, cada domingo.

Nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice; siempre le acudí con todo el pío. Si en algún asalto me cautivaba el huésped, siendo poco, pasaba por niñería, y si de consideración, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba y, haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado; por ser hueco sonaba mucho y no me dolían. Algunas veces había padrinos y me la perdonaban; mas, cuando faltasen, el castigo no era riguroso ni levantaba roncha. Y como sabía que me daban más por cumplir que con gana, sin haberme tocado al sayo levantaba el grito que hundía la casa. Desta manera satisfacíamos él con su obligación y yo la necesidad, reparando la hambre y sustentando la honra.

Salíame por los caminos a tomar bagajes; vendíales el favor, encareciendo a los dueños lo que me costaba volvérselos; pagábanlo a dinero. Los que nos daban en los lugares, rescataba los que podía, hacíalos escurridizos y decía que se huyeron. En las muestras y socorros metía cuatro o seis mozos acomodados del pueblo: pasábanles las plazas. Tal vez hubo que metiendo uno en la iglesia por cima del osario cinco veces, cobró cinco socorros, y para el postrero le puse un parche sobre las narices por desconocerlo, y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasía no descubriera la trampa, entrevándome la flor. Con estas travesuras y otros embustes le valía mi persona tanto como cuatro condutas. Estimábame como a su vida; mas era gran gastador y hacíasele poco.

Llegados a Barcelona para embarcarnos, hallóse fatigado, sin moneda de rey ni traza de buscarla, ni allí podían ser las mías de provecho. Sentílo melancólico, triste, desganado; conocíle le enfermedad, como médico que otras veces lo había curado della. Ofrecióseme de improviso su remedio. Llevaba no sé cuáles joyuelas y un agnusdei de oro muy rico. Pesábale deshacerse dello y díjele:

—Señor, si de mí se puede hacer confianza, déme ese agnusdei, que le prometo volvérselo mejorado dentro de dos.

Alegróse oyéndome, y como haciendo burla me dijo:

—¿Cuál embeleco tienes ya trazado, Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerías que sueles?

Y porque sabía que se podía fiar de mi habilidad su provecho y de mi secreto su honra y que u joya estaba segura, sin rogárselo muchas veces me lo dio, diciendo:

—Quiera Dios que me lo vuelvas y como lo piensas te suceda. Veslo ahí.

Tomélo, métlo en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubón. Fuime derecho a casa de un platero confeso, gran logrero, que allí había. Hícele larga relación de mi persona, de la manera que vine a la compañía y lo mucho que en ella en poco tiempo había gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenía, que, si me la pagase algo menos de su valor, se la daría; pero que se informase primero de mí, quién era y mi calidad y, en sabiéndolo, sin decir para qué lo preguntaba, teniendo bastante satisfacción, se aliese a la marina, que allí lo esperaba solo.

El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitán, oficiales y soldados, hallando la relación que le parecía bastante. Contestaron todos una misma cosa: ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar a Italia vine con dos criados, muy bien tratada mi persona y con dineros, que todo lo desperdiçié como mozo, quedando perdido cual me vía. El confeso salió donde lo esperaba y me contó lo que le habían dicho. Estaba satisfecho, que seguramente podía comprar de mí cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaría por lo que valiese. Díjele que nos apartásemos a solas en parte secreta y allí se la enseñaría.

Fuímonos alargando un poco y, donde me pareció lugar conveniente, metí la mano en el seno y saqué el agnusdei de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo había pagado. Satisfízole al platero. Crecióle la codicia de comprarlo, porque demás que estaba bien obrado tenía piedras de precio. Pedíle por él docientos escudos, y era muy poco menos lo que había costado de lance. Comenzálo a deshacer, bajándolo de punto: púsole cien faltas y ofrecióme mil reales a la primera palabra. Resolvíme que habían de ser ciento y cincuenta escudos y los valía como un real: no quería bajar de allí; sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa, sino espere a que suba el comprador a lo en que la puede llevar.

Dimos y tomamos. Mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro en oro. Parecióme que de allí no subiría y que bastaban para lo que yo pretendía; rematéselo. Bien deseó no apartarse ni dejarme hasta tenerlo pagado y que me fuese con él. Yo le dije:

—Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté a solas fue con temor no me tomen este dinero que tengo reservado para en llegando a Italia vestirme y darme a conocer a deudos míos. Y si algún soldado me vee ir con Vuesa Merced bien ha de sospechar que no es a comprar, sino a vender algo, y, en sintiéndome algunas blancas, como soy muchacho, me las han de quitar y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aquí lo espero; vengán los escudos llevará su joya: que le haga buen provecho como deseo.

Mi razón le cuadró. Partió como un potro de carrera hasta su casa por ellos. Yo había dado aviso a un mi compañero de quien mi amo hacía confianza, que me estuviese esperando, y en dándole una seña, llegase a mí secretamente. Púsose en acecho y, venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano. Tenía la joya en la bolsa, hice por quererla desatar y, como estaba tan bien añudada, no pude. Tenía mi merchante colgada del cinto una caja de cuchillos. Pedíle uno. Él, sin saber para qué, me lo dio. Corté la cinta con él, dejando asido el nudo al jubón como se estaba, y díselo con el agnusdei. El hombre se admiró y dijo para qué había hecho tal. Respondíle que, como no tenía caja ni papel en que dársela envuelta, lo hice; que no importaba, que ya la bolsa era vieja y no tenía della necesidad, porque aquellos escudos habían de ir cosidos en una faja.

Él tomó su joya como se la di, metióla en el seno, despedímonos y fuese. Hice a mi compañero la seña y, en llegando, dile los escudos y aviséle que aguijase con ellos a casa y, dándoselos a mi señor, le dijese que yo iba luego.

Así me fui siguiendo a mi platero, y aunque por ir a paso largo me llevaba ventaja, corrí tras él, hasta tener buena ocasión como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo dél con ambas manos, dando voces:

—¡Al ladrón, al ladrón, señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no lo suelten, ténganlo, quítenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella, y me la hurtó, señores!

Conocíanme los soldados, y como me oyeron, creyeron decía verdad. Tuvieron el hombre para saber qué había sido. Y porque quien da más voces tiene más justicia y vence las más veces con ellas, yo daba tantas, que no le dejaba hablar, y si hablaba, que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas y juntas las rodillas en el suelo.

–¡Señores míos! ¡Que me matará el capitán, mi señor, compadézcanse de mí!

Dábales lástima mi tribulación. Preguntaron cómo había sido. No le dejé hacer baza; quise ganar por la mano, acreditando mi mentira porque no encajase su verdad. Que el oído del hombre, contrayendo matrimonio de presente con la palabra primera que le dan, tarde la repudia, con ella se queda. Son las demás concubinas, van de paso, no se asientan. Díjeles:

–Esta mañana se dejó mi señor el agnusdei a la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púselo en la bolsa, metílo en el seno y, estando con este buen hombre en la marina, lo saqué y se lo enseñé. Como era platero, preguntéle lo que valía. Díjome que era de cobre dorado y las piedras vidros, que si lo quería vender. Díjele que no, que era de mi amo. Preguntóme: «¿Y él venderálo?» Respondíle: «No sé, señor; dígaselo Vuesa Merced.» Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, dónde venía y dónde iba, hasta que nos vimos a solas y, sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo que callase o que me mataría. Sacóme del seno la joya y, como no la pudo desatar, cortóme la cinta y fuese. ¡Búsquenselo, por un solo Dios!

Viendo los soldados la bolsa cortada, miraron al platero, que estaba como muerto sin saber qué decir. Sacáronle el agnusdei del seno, que lo llevaba en la bolsa, como yo se lo había dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo había vendido y que por mi mano con aquel cuchillo corté la bolsa y en ella se lo di, dándome por él ciento y veinte escudos de oro. No lo creyeron, acreciéndoles que ni él comprara de mí aquella pieza, pues había de creer ser hurtada, y porque habiéndome mirado y rebuscado, no me hallaron dineros.

Con esta prueba lo maltrataron de obras y palabras, que no le valían las que decía. Quitáronsele por fuerza. Fuese a quejar a la justicia; parecí presente; referí el caso, según antes lo había dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habían visto; púsose el negocio en términos, que quisieron castigarlo. Diéronle una fraterna y echáronlo de allí, y a mí me mandaron que llevase a mi amo la joya. Fuime a la posada y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traición aplice, y no el traidor que la hace. Bien puede obrando mal el malo complacer a quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse dél en más de aquello que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó a mi amo del hecho, mas diole cuidado. Hallábase bien con mis travesuras, temíase dellas y de mí. Con este rescoldo pasó hasta Génova, donde, habiendo desembarcado y teniendo de mi ervicio poca necesidad, me dio cantonada.

Son los malos como las víboras o alacranes que, en sacando la sustancia dellos, los echan en un muladar; sólo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos después para quien son. A pocos días llegados, me dijo:

–Mancebico, ya estáis en Italia; vuestro servicio me puede ser de poco fruto y vuestras ocasiones traerme mucho daño. Veis aquí para ayuda del camino; partíos luego donde quisierdes.

Diome algunas monedas de poco valor y unos reales españoles, todo miseria, con que me fui de con él.

Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que a ninguno dejó sin premio ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir a mi amo lo en que por él me había puesto, las necesidades que le había socorrido, de los trabajos que le había sacado, y tan a mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacía cargo, apartándome por ello de sí como a miembro cancerado. Viendo mi desgracia y creyendo hallar allí mi parentela, me di por todo poco. Fuime por la ciudad tomando lengua, que ni entendía ni sabía, con deseo de conocer y ser conocido.

Libro tercero de Guzmán de Alfarache

*Trata en él de su mendiguez y lo que con ella le sucedió en
Italia*

Capítulo primero

No hallando Gumán de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, le hicieron una burla y se fue huyendo a Roma

Para los aduladores no hay rico necio ni pobre discreto, porque tienen antojos de larga vista, con que se representan las cosa mayores de lo que son. Verdaderamente se pueden llamar polillas de la riqueza y carcomas de la verdad. Reside la adulación con el pobre, siendo su mayor enemigo; y la pobreza que no es hija del espíritu, es madre del vituperio, infamia general, isposición a todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélago donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas y pierden las almas.

Es el pobre moneda que no corre, conseja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza y asno del rico. Come más tarde, lo peor y más caro. Su real no vale medio, su sentencia es necesidad, su discreción locura, su voto escarnio, su hacienda del común; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversación se halla, no es oído; si lo encuentran, huyen dél; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito, su justicia no se guarda, de sus agravios apelan para la otra vida. Todos lo tropellan y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden; nadie le da, todos le quitan; a nadie debe y a todos pecha. ¡Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden y compra el sol de agosto! Y de la manera que as carnes mortecinas y desaprovechadas vienen a ser comidas de perros, tal, como inútil, el discreto pobre viene a morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! ¡Qué viento en popa! ¡Con qué tranquilo mar navega! ¡Qué bonanza de cuidados! ¡Qué descuido de necesidades ajenas! Sus alholíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado el verano del calor! ¡Qué empapelado el invierno por el frío! De todos es bien recibido. Sus locuras son caballerías, sus necesidades sentencias. Si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlón; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro. Sus yertos cubre la tierra. Todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua, para satisfacer a su gusto; y palabra no pronuncia, que con solenidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale: es parte, juez y testigo. Acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad y, cual si lo fuese, pasan por ella. ¡Cómo lo acompañan! ¡Cómo se le llegan! ¡Cómo lo festejan! ¡Cómo lo engrandecen!

Últimamente, pobreza es la del pobre y riqueza la del rico. Y así, donde bulle buena sangre y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte. Porque el dinero calienta la sangre y la vivifica; y así, el que no lo tiene, es un cuerpo muerto que camina entre los vivos. No se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto ni tener cumplido deseo.

Este camino corre el mundo. No comienza de nuevo, que de atrás le viene al garbanzo el pico. No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejaremos. No se espere mejor tiempo ni se piense que lo fue el pasado. Todo ha sido, es y será una misma cosa. El primero padre fue alevoso; la primera madre, mentirosa; el primero hijo, ladrón y fraticida. ¿Qué hay ahora que no hubo, o qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado, consiste sólo que de lo presente se sienten los males y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y, si fueron trabajos pasados, alegra el hallarse fuera dellos, como si no hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos es apacible su frescura, y si llegáis a ellos no hay palmo de suelo

acomodado para sentaros: todos son hoyos, piedras y basura. Lo uno vemos, lo otro se nos olvida.

Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias. Porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo a mí mismo quebranto la lealtad y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo que si cuando a Génova llegué me considerara, no me arriscara, y si aquella ocasión guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como sabrás adelante.

Luego, pues, que dejé a mi amo el capitán, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado, que me aborrecieron de muerte. Y es de creer que si a su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mismo si tal huésped te entrara por la puerta; mas hartos me la procuraron por las obras que me hicieron.

A persona no pregunté que no me socorriese con una puñada o bofetón. El que menos mal me hizo fue, escupiéndome a la cara, decirme: «¡Bellaco, marrano! ¿Sois vos ginovés? ¡Hijo seréis de alguna gran mala mujer, que bien se os echa de ver!» Y como si mi padre fuera hijo de la tierra o si hubiera de docientos años atrás fallecido, no hallé rastro de amigo ni pariente suyo. Ni descubrirlo pude, hasta que uno se llegó a mí con halagos de cola de serpiente. ¡Oh, hideputa, viejo maldito!, y cómo me engañó, diciendo:

—Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre, aquí os daré quien haga larga relación de sus parientes, y han de ser de los más nobles desta ciudad, a lo que creo. Y pues habréis ya cenado, veníos a dormir a mi casa, que no es hora de otra cosa; de mañana daremos una vuelta y os pondré, como digo, con quien los conoció y trató gran tiempo.

Con la buena presencia y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un San Pablo.

Fiéme dél, seguílo a su posada, con más gana de cenar que de dormir; que aquel día comí mal, por estar enojado y ser a mi costa, que temblaba de gastar. Mas como lo que nos dan es poco, y si nos cuesta dineros, comemos poco pan y duro, y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacía guardoso. Íbame cayendo de hambre, y ¡mirá cuál era mi huésped!, pues, como el cordobés, me dijo que ya habría cenado. Y si no temiera perder aquella coyuntura, no fuera con él sin visitar primero una hostería; mas la esperanza del bien que me aguardaba, me hizo soltar el pájaro de la mano por el buey que iba volando.

Luego como entramos, un criado salió a tomar la capa. No se la dio, antes en su lengua estuvieron razonando. Enviólo fuera y quedámonos a solas paseando. Preguntóme por cosas de España, por mi madre, si le quedó hacienda, cuántos hermanos tuve y en qué barrio vivía. Fuile dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuvo más de un hora, hasta que volvió el criado. No sé qué recaudo le trajo, que me dijo el viejo:

—Ahora bien, idos a dormir y, mañana nos veremos. ¡Hola! ¡Antonio María! Llevá este hidalgo a su aposento.

Fuime con él de una en otra pieza. La casa era grande, obrada de muchos pilares y losas de alabastro. Atravesamos a un corredor y entramos en un aposento, que estaba al cabo dél. Teníanlo bien aderezado con unas colgaduras de paños pintados de matices a manera de arameles, salvo que parecían mejor. A una parte había una cama y junto a la cabecera un taburete. Y como si tuviera que desnudarme, acometió el criado a quererlo hacer.

Llevaba un vestido, que aun yo no me lo acertaba a vestir sin ir tomando guía de pieza en pieza y ninguna estaba cabal ni en su lugar. De tal manera, que fuera imposible discernir o conocer cuál era la ropilla o los calzones quien los viera tendidos en el suelo. Así desaté algunos nudos con que lo ataba por falta de cintas y lo dejé caer a los pies de la cama; y sucio como estaba, lleno de piojos, metíme entre la ropa.

Era buena, limpia y olorosa. Consideraba entre mí: «Si este buen viejo es deudo mío y me hace cortesía y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio muestra: haráme vestir, trataráme bien; pues estando tal me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo; desta vez yo soy de la buena ventura». Era muchacho, no ahondaba ni vía más de la superficie; que si algo supiera y experiencia tuviera, debiera considerar que a grande oferta, grande pensamiento, y a mucha cortesía, mayor cuidado. ¡Que no es de balde, misterio tiene! Si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, o engañarte quiere o te ha menester.

Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida. Dije que la apagase. Respondió que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciélagos grandes muy dañosos y sólo el remedio contra ellos era la luz, porque huían a lo oscuro. Más me dijo: que era tierra de muchos duendes y que eran enemigos de la luz y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creílo con toda la simplicidad del mundo.

Con esto se salió. Yo luego me levanté a cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar, mas con sospecha de lo que, como muchacho, me pudiera suceder. Volvíme a la cama, dormíme presto y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban y a mí no me faltaba gana.

Pasado ya lo más de la noche, declinaba la media caminando al claro día y, estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras dello. Llegáronse a mi cama y diome tanto miedo, que perdí el sentido, y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima. Dábame prisa haciendo cruces, rezaba raciones, invoqué a Jesús mil veces, mas eran demonios batizados; más prisa me daban.

Habían puesto sobre el colchón, debajo de la sábana, una frazada. Cada uno asió por una esquina della y me sacaron en medio de la pieza. Turbéme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podía desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada. Comenzaron a levantarme en el aire, manteándome como a perro por carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandearme, habiéndome molido, me volvieron a poner adonde me levantaron y, dejándome por muerto, me cubrieron con la ropa y se fueron por donde habían entrado, dejando la luz muerta.

Yo quedé tan descoyuntado, tan si saber de mí que, siendo de día, ni sabía si estaba en cielo, si en tierra. Dios, que fue servido de guardarme, supo para qué. Serían como las ocho del día; quise me levantar, porque me pareció que bien pudiera. Halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la mujer de mi amo el cocinero y, como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me afligí. Mas ya no podía ser el cuervo más negro que las alas: estreguéme todo el cuerpo con lo que limpio quedó de las sábanas y añudéme mi hatillo.

En cuanto me tardé en esto, estuve considerando qué pudiera ser lo pasado, y a no levantarme descoyuntado, creyera haber sido sueño. Miré a todas partes; no hallaba por dónde hubiesen entrado. Por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos y cerrada la hallé. Imaginaba si fueron trasgos, como la noche antes me dijo el mozo; no me pareció que lo serían, porque hubiera hecho mal de no avisarme que había trasgos de luz.

Andando en esto, alcé las colgaduras, para ver si detrás dellas hubiera portillo alguno. Hallé abierta una ventana que salía al corredor. Luego dije: «¡Ciertos son los toros! Por aquí me vino el daño.» Y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo como la bolsa de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí.

Cubrí muy bien la cama, de manera que no se viera en entrando mi flaqueza y por ella me dieran otro nuevo castigo. El criado que allí me trajo, vino casi a las nueve a decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá. Y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, roguéle me llevara hasta la puerta, que no sabría salir. Llevóme a la calle y

volvióse. Cuando en ella me vi, como si en los pies me nacieran alas y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego. Afufélas que una posta no me alcanzara.

Más se huye que se corre. Mucho esfuerzo pone el miedo; yo me traspuse como el pensamiento. Compré vianda y, para ganar tiempo, iba comiendo y andando. Así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino, con que me reformé para poder caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viaje, yendo pensando en todo él con qué pesada burla quisieron desterrarme, porque no los deshonrara mi pobreza. Mas no me la quedaron a deber, como lo verás en la segunda parte.

Capítulo II

Saliendo de Génova Gumán de Alfarache, comenzó a mendigar y juntándose con otros pobres aprendió sus estatutos y leyes

Tal salí de Génova, que si la mujer de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra: nunca volví atrás la cabeza. Iba la cólera en su punto, que cuando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; después, cuanto más el hombre se reporta, tanto más reconoce su daño.

Yo escapé de la de Roncesvalles; como perro con vejiga, no había ligadura fiel en toda mi humana fábrica. Mas no lo sentí mucho hasta que reposé, llegando a una villeta diez millas de allí, que aporté sin saber dónde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca y aporreado. ¡Oh, necesidad! ¡Cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos! Y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias, menguando los sentidos de manera que vienen a perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida, viniendo sin ser llamada; otra que, siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida, líbrenos Dios della: esa es de quien trato. Huésped forzoso en casa pobre, que con aquella efe trae mil efes en su compañía. Es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser corregida, farol a quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, farsa ridícula, fúnebre tragedia de honras y virtudes. Es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que sólo le falta ser Francisca. Por maravilla da fruto que infamia no sea.

La otra, que convidamos, es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, conversable, graciosa y agradable. Déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos inmortalizando los nombres.

Cante sus alabanzas el valeroso Cortés, verdadero esposo suyo. Tiene las piernas y pies de diamante, el cuerpo de zafiro y el rostro de carbunclo. Resplandece, alegra y vivifica. La otra su vecina parece a la tendera sucia: toda es montón de trapos de hospital, asquerosa, no hay a quien bien parezca, todos la aborrecen y tienen razón.

Miren, pues, qué tal soy yo, que de mí se enamoró. Amancebóse conmigo a pan y cuchillo, estando en pecado mortal, obligándome a sustentarla. Para ello me hizo estudiar el arte bribiática; llevóme por esos caminos, hoy en un lugar, mañana en otro, pidiendo limosna en todos. justo es dar a cada uno lo suyo, y te confieso que hay en Italia mucha caridad y tanta, que me puso golosina el oficio nuevo para no dejarlo.

En pocos días me hallé caudaloso, de manera que desde Génova, de donde salí, hasta Roma, donde paré, hice todo el viaje sin gastar cuatrín. La moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato y echaba muchas veces a los perros lo que después, vendido, me valía muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme y tornar sobre mí.

Parecióme mal consejo. Volví diciendo: «¿Hermano Guzmán, ha de ser ésta otra como la de Toledo? Y si estando vestido no hallas amo, ¿de qué has de comer? Estáte quedo, que si bien vestido pides limosna, no te la darán. Guarda lo que tienes, no seas vano.» Asentóseme. Dile otro ñudo a las monedas: «Aquí habéis de estaros quedas, que no sé cuándo os habré menester.»

Comencé con mis trapos viejos, inútiles para papel de estraza, los harapos colgando, que parecían pizuelos de frisas, a pedir limosna, acudiendo al mediodía donde hubiese sopa, y tal vez hubo que la cobré de cuatro partes. Visitaba las casas de los cardenales, embajadores, príncipes, obispos y otros potentados, no dejando alguna que no corriese.

Guiábame otro mozuelo de la tierra, diestro en ella, de quien comencé a tomar liciones. Este me enseñó a los principios cómo había de pedir a los unos y a los otros; que no a todos ha de ser con un tono ni con una arenga. Los hombres no quieren plagas, sino una demanda llana, por amor de Dios; las mujeres tienen devoción a la Virgen María, a Nuestra Señora del Rosario. Y así: «¡Dios encamine sus cosas en su santo servicio y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y de malas lenguas!» Esto les arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado y con vehemencia de palabras recitado. Enseñóme cómo había de compadecer a los ricos, lastimar los comunes y obligar a los devotos. Dime tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo.

Conocía desde el Papa hasta el que estaba sin capa. Todas las calles corría; y para no enfadarlos pidiendo a menudo, repartía la ciudad en cuarteles y las iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que más llegaba eran pedazos de pan. Éste lo vendía y sacaba del muy buen dinero. Comprábanme parte dello personas pobres que no mendigaban, pero tenían la bola en el emboque. Vendíalo también a trabajadores y hombres que criaban cebones y gallinas. Mas quien mejor lo pagaba eran turroneiros, para el alajur o alfajor, que llaman en Castilla. Recogía, demás desto, algunas viejas alhajas, que como era muchacho y desnudo, compadecidos de mí, me lo daban. Después di en acompañarme con otros ancianos en la facultad, que tenían primores en ella, para saber gobernarme. Íbame con ellos a limosnas conocidas, que algunos por su devoción repartían por las mañanas en casas particulares. Yendo una vez a recibirla en la del embajador de Francia, sentí otros pobres tras de mí, que decían:

—Este rapaz español que agora pide en Roma, nuevo es en ella, sabe poquito y nos destruye, por lo que he visto, que habiendo una vez comido, en las más partes que llega, si le dan vianda no la recibe. Destrúyenos el arte, dando muestras que los pobres andamos muy sobrados; a nosotros hace mal y a sí propio no sabe aprovecharse.

Otro que con ellos venía, les dijo:

—Pues dejádmelo y callad, que yo lo diciplinaré cómo se entienda y, no se deje tan fácil entender.

Llamóme pasico y apartóme a solas. Era diestrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera protopobre, examinó mi vida, sabiendo de dónde era, cómo me llamaba, cuándo y a qué había venido. Díjome las obligaciones que los pobres tienen a guardarse el decoro, darse avisos, ayudarse, aunarse como hermanos de mesta, advirtiéndome de secretos curiosos y primores que no sabía; porque en realidad de verdad, lo que primero aprendí de aquel muchacho y otros pobretes de menor cuantía todas eran raterías respeto de las grandiosas que allí supe.

Diome ciertos avisos, que en cuanto viva no me serán olvidados. Entre los cuales fue uno, con que soltaba tres o cuatro pliegues al estómago, sin que me parase perjuicio, por mucho que comiese. Enseñóme a trocar a trascantón, con que hacía dos efectos: lastimaba, creyendo que estaba enfermo, y, que, aunque envasase dos ollas de caldo, quedara lugar para más y, así se publicase la hambre y miseria de los pobres.

Supe cuántos bocados y, cómo los había de dar en el pan que me daban, cómo lo había de besar y guardar, qué gestos había de hacer, los puntos que había de subir la voz, las horas a que a cada parte había de acudir, en qué casas había de entrar hasta la cama y, en cuáles no pasar de la puerta, a quién había de importunar y a quién pedir sola una vez. Refirióme por escrito las Ordenanzas mendicativas, advirtiéndome dellas para evitar escandalo y, que estuviese instruto. Decían así:

Ordenanzas mendicativas

«Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir y por él son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con fieros haciéndose malquistos, respondones y malsufridos; a éstos mandamos que se reporten y no blasfemen y a los más que guarden la orden.

»Ítem mandamos que ningún mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera destas naciones, se junte con los de otra, ni alguno de todos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, saltaembanco, músico ni poeta ni con cautivos libertados, aunque Nuestra Señora los haya sacado de poder de turcos, ni con soldados viejos que escapan rotos del presidio, ni con marineros que se perdieron con tormenta; que, aunque todos convienen en la mendiguez, la bribia y labia son diferentes. Y les mandamos a cada uno dellos que guarde sus Ordenanzas.

»Ítem, que los pobres de cada nación, especialmente en sus tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres o cuatro de los más ancianos, con sus báculos en las manos. Los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren, den sus pareceres y jueguen al rentoy, puedan contar y cuenten hazañas ajenas y suyas y de sus antepasados y las guerras en que no sirvieron, con que puedan entretenerse.

»Que todo mendigo traiga en las manos garrote o palo, y los que pudieren, herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan; pena de su daño.

»Que ninguno pueda traer ni traiga pieza nueva ni demediada, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daría con ella; salvo si se la dieron de limosna, que para solo el día que la recibiere le damos licencia, con que se deshaga luego della.

»Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesión y no de personas y que el uno al otro no lo usurpe ni defraude.

»Que puedan dos enfermos o lisiados andar juntos y llamarse hermanos, con que pidan arremuda y entonando la voz alta: el uno comience de donde el otro dejare, yendo parejos y guardando cada uno su acera de calle; y no encontrándose con las arengas, cante cada uno su plaga diferente y partan la ganancia; pena de nuestra merced.

»Que ningún mendigo pueda traer armas ofensivas ni defensivas de cuchillo arriba, ni traiga guantes, pantuflos, antojos ni calzas atacadas; pena de las temporalidades.

»Que puedan traer un trapo sucio atado a la cabeza, tijeras, cuchillo, alesna, hilo, dedal, aguja, horterá, calabaza, esportillo, zurrón y talega; como no sean costal, espuerta grande, alforjas ni cosa semejante, salvo si no llevare dos muletas y la pierna mechada.

»Que traigan bolsa, bolsico y retretes y cojan la limosna en el sombrero. Y mandarnos que no puedan hacer ni hagan landre en capa, capote ni sayo; pena que, siéndoles atisbada, la pierdan por necios.

»Que ninguno descorne levas ni las divulgue ni brame al que no fuere del arte, profeso en ella; y el que nueva flor entrevare, la manifieste a la pobreza, para que se entienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Mas por vía de buena gobernación, damos al autor privilegio que lo imprima por un año y goce de su trabajo, sin que alguno sin su orden lo use ni trate; pena de nuestra indignación.

»Que los unos manifiesten a los otros las casas de limosna, en especial de juego y partes donde galanes hablen con sus damas, porque allí está cierta y pocas veces falta.

»Que ninguno críe perro de caza, galgo ni podenco, ni en su casa pueda tener más de un gozquejo, para el cual damos licencia, y que lo traiga consigo atado con un cordel o cadenilla del cinto.

»Que el que trajere perro, haciéndolo bailar y saltar por el aro, no se le consienta tener ni tenga puesto ni demanda en puerta de iglesia, estación o jubileo, salvo que pida de pasada por la calle; pena de contumaz y rebelde.

»Que ningún mendigo llegue al tajón a comprar pescado ni carne, salvo con extrema necesidad y licencia de médico, ni cante, taña, baile ni dance, por el escándalo que en lo uno y en lo otro daría lo contrario haciendo.

»Damos licencia y permitimos que traigan alquilados niños hasta cantidad de cuatro, examinando las edades, y puedan los dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pase de cinco años. Y que, si fuere mujer, traiga el uno criando a los pechos, y, si hombre, en los brazos, y los otros de la mano y no de otra manera.

»Mandamos que los que tuvieren hijos, los hagan ventores, perchando con ellos las iglesias y siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres, que están enfermos en una cama: esto se entienda hasta tener seis años y, si fueren de más, los dejen volar, que salgan ventureros, buscando la vida y acudan a casa con la pobreza a las horas ordinarias.

»Que ningún mendigo consienta ni deje servir a sus hijos ni que aprendan oficio ni les den amos, que ganando poco trabajan mucho y vuelven pasos atrás de lo que deben a buenos y a sus antepasados.

»Que el invierno a las siete ni el verano a las cinco de la mañana ninguno esté en la cama ni en su posada; sino que al sol salir o antes media hora vayan al trabajo y otra media en antes que anochezca se recoja y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados que de Nós tienen licencia.

»Permitímosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, habiendo aquel día ganado para ello y no antes, porque se pierde tiempo y gasta dinero, disminuyendo el caudal principal; con tal que el olor de boca se repare y no se vaya por las calles y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro; pena de ser tenidos por inhábiles e incapaces.

»Que ninguno se atreva a hacer embelecocos, levante alhaja ni ayude a mudar ni trastejar ni desnude niño, acometa ni haga semejante vileza; pena que será excluido de nuestra Hermandad y Cofradía y relajado al brazo seglar.

»Que pasados tres años, después de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y entienda haber cumplido la tal persona con el Estatuto; no obstante que hasta aquí eran necesarios otros dos de jábega, y sea tenida por profesa, haya y goce las libertades y exemptions por Nós concedidas, con que de allí adelante no pueda dejar ni deje nuestro servicio y obediencia, guardando nuestras ordenanzas y so las penas dellas.»

Capítulo III

Cómo Gumán de Alfarache fue reprehendido de un pobre jurisperito y lo que más le pasó mendicando

Demás destas Ordenanzas, tenían y guardaban otras muchas, no dignas deste lugar, las cuales legislaron los más famosos poltrones de la Italia, cada uno en su tiempo las que le parecieron convenientes: que pudiera decir ser otra Nueva Recopilación de las de Castilla. Ilustrábalas entonces un Alberto, por nombre proprio, y por el malo, Micer Morcón.

Teníamoslo en Roma por generalísimo nuestro. Merecía por su talle, trato y loables costumbres la corona del Imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de Poltronia y archibribón del cristanismo. Comíase dos mondongos enteros de carnero con sus morcillas, pies y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ello dos azumbres de vino. Y con juntar él solo más limosna que seis pobres ordinarios de los que más llegaban, jamás le sobró ni vendió comida que le diesen, ni moneda recibió que no la bebiese. Y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso, como a vasallos de bien y mal pasar, socorrerlo con lo que podíamos. Nunca lo vimos abrochado ni cubierto de la cinta para arriba, ni puesto ceñidor ni mediacalza. Traía descubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo, como si se lo lardaran con tocino.

Éste ordenó que todo pobre trajese consigo escudilla de palo y calabaza de vino, donde no se le viese. Que ninguno tuviese cántaro con agua ni jarro en que beberla, y el que la bebiese fuera en un caldero, barreño, tinajón o cosa semejante, donde metiese la cabeza como bestia y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindase, no lo pudiese hacer en toda aquella comida o cena y quedase con sed. Que ninguno comprase ni comiese confites, conservas ni cosas dulces. Que las comidas todas tuviesen sal o pimienta o se la echasen antes de comerlas. Que durmiesen estidos en el suelo, sin almohada y de espaldas. Que hecha la costa del día, ninguno trabajase ni pidiese.

Comía echado, y el invierno y verano dormía sin cobija. Los diez meses del año no salía de tabernas y bodegones.

Teníamos, como digo, nuestras leyes. Sabíalas yo de memoria, pero no guardaba más de las pertenecientes a buen gobierno, y las tales como si de su observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era que mi actos acreditaran mi profesión y verme consumado en ella. Porque las cosas, una vez principiadas, ni se han de olvidar ni dejar hasta ser acabadas, que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados y acabado ninguno. Nada puse por obra que soltase de las manos antes de verle el fin. Mas, como estaba verde y la edad no madura ni sazónada, faltábame la práctica, hallábame más atajado cada día en casos que se ofrecían y en muchos erraba.

Una fiesta de los primeros días de septiembre, como a la una de la tarde, salí por la ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que quien me oyera pedir a tal hora, pensara obligarme gran hambre y me favorecieran con algo. Quise ver lo que a tales horas podía sacar, sólo por curiosidad.

Anduve algunas calles y casas. De ninguna saqué más de malas palabras, enviándome con mal. Así llegué a una donde toqué con el palo a la puerta. No me respondieron. Batí segunda y tercera vez: tampoco. Vuelvo a llamar algo recio, por ser la casa grande.

Un bellacón mozo de cocina, que debía de estar fregando, púsose a una ventana y echóme por cima un gran pailón de agua hirviendo y, cuando la tuve a cuestras, dice muy de espacio:

—¡Agua va! ¡Guardaos debajo!

Comencé a gritar, dando voces que me habían muerto. Verdad es que me escaldaron, mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente. Cada uno decía lo que le parecía; unos que fue mal hecho, otros que yo tenía la culpa, que si no tenía gana de dormir, que dejara los otros dormidos. Algunos me consolaron, y entre los más piadosos junté alguna moneda, con que me fui a enjugar y reposar.

Iba entre mí diciendo: «¿Quién me hizo tan curioso, sacando el río de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré? ¿Cuándo me contentaré con lo necesario, sin querer saber más de lo que me conviene? ¿Cuál demonio me engañó y sacó del ordinario curso, haciendo más que los otros?»

Llegaba cerca de mi casa, y junto a ella vivía un vicio de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio y se lo dejaron por herencia, con que pasó su vida. Era natural cordobés: dígoles para que sepáis que era tinto en lana. Trájolo su madre al pecho a Roma el año del Jubileo. Cuando me vio pasar de aquella manera, hecho un estropajo, mojado, sucio, lleno de grasa, berzas y garbanzos, me preguntó el suceso. Yo se lo conté y él no podía tener la risa, y dijo:

—Tú, Guzmanejo, bien me temo no seas otro Benitillo: como te hierva la sangre, antes quieres ser maestro que discípulo. ¿No ves que haces mal en exceder de la costumbre? Pues por ser de mi país y muchacho, te quiero dotrinar en lo que debes hacer. Siéntate y considera que no se ha de pedir por la siesta el verano, y menos en las casas de hombres nobles que en las de los oficiales: es hora desacomodada, reposan todos o quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte y se enfadan mucho con importunidades. En llamando a una puerta dos veces, o no están en casa o no lo quieren estar, pues no responden. Pasa de largo y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero. No abras puerta cerrada: pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo, descuidados de lo que sucede, salir un perro que se lleva media nalga en un bocado; y no sé cómo nos conocen, que aun dellos estamos odiados. Y si perro faltare, no faltará un mozo desesperado, diciendo lo que no quieras oír, si acaso con eso poco se contenta. Cuando pidas, no te rías ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja. Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes liento que mojado, porque no salgas limpio ni sucio; y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano, y de color diferente, que importa mucho ver a un pobre más remendado que limpio, pero no asqueroso. Aconteceráte algunas veces llegar a pedir limosna y el hombre quitarse un guante y echar mano a la faltriquera, que te alegrarás pensando que es para darte limosna, y verásle sacar un lienzo de narices con que se las limpia. No por eso te ensañes ni lo gruñas, que por ventura estará otro a su lado que te la quiera dar y, viéndote soberbio, te la quite. Donde fueres bien recibido, acude cada día, que aumentando la devoción, crece tu caudal. Y no te apartes de su puerta sin rezar por sus difuntos y rogar a Dios que le encamine sus cosas en bien. Responde con humildad a las malas palabras y con blandas a las ásperas, que eres español y por nuestra soberbia siendo malquistos, en toda parte somos aborrecidos, y quien ha de sacar dinero de ajena bolsa, más conviene rogar que reñir, orar que renegar, y la becerra mansa mama de madre ajena y de la suya. Donde no te dieran limosna, responde con devoción: «¡Loado sea Dios! Él se lo dé a vuestras mercedes con mucha salud, paz y contento desta casa, para que lo den los pobres.» Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiéndoles con tal blandura y las manos puestas, levantándolas con los ojos al cielo, me volvían a llamar y daban lo que tenían.

Demás desto, enseñóme a fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores curiosos del arte, a fin que no se nos dijese que, pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos. Hízome muchas amistades. Tenía secretos curiosos de naturaleza con que se valía. Nada escondió de mí, porque le parecía capaz y entonces comenzaba; y como ya él estaba el pie puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellán que rogase a Dios por él. Así fue, que luego se murió.

Juntábamonos algunos a referir con cuáles exclamaciones nos hallábamos mejor. Estudiábamolas de noche, inventábamos modos de bendiciones. Pobre había que sólo vivía de hacerlas y nos las vendía, como farsas. Todo era menester para mover los ánimos y volverlos compasivos.

Los días de fiesta madrugábamos a los perdones, previniendo buen lugar en las iglesias: que no alcanzaba poco quien cogía la pila del agua bendita o la capilla de la estación. Salíamos a temporadas a correr la tierra, sin dejar aldea ni alcaría de la comarca que no anduviésemos, de donde veníamos bien proveídos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliéndose mucho de nosotros.

Pedíamos un traguito de vino por amor de Dios, que teníamos gran dolor de estómago. Dondequiera nos decían si teníamos en qué nos lo diesen. Llevábamos un jarrillo, como para beber, de algo menos de medio azumbre: siempre nos lo henchían. Luego en apartándonos de la puerta, lo vaciábamos en una bota, que no se nos caía colgando atrás del cinto, en que cabían cuatro azumbres. Y acontecía henchirla en una calle, que nos era forzoso ir a casa y, echarlo en una tinajuela para volver por más.

De ordinario andábamos calzados, descalzos, y, cubiertas las cabezas, yendo descubiertos. Porque los zapatos eran unas chancletas muy viejas y muy rotas y el sombrero de lo mismo. Pocas veces llevábamos camisa, porque, pidiendo a una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decían: «¡Perdonad, hermano! ¡Dios os ayude! ¡Otro día daremos!», volvíamos a pedir «¡Unos zapatillos viejos o sombrero viejo para este pobre que anda descalzo y descubierto al sol y al agua! ¡Bendito sea el Señor, que libró a vuestras mercedes de tanto afán y trabajo como padecemos! ¡Que Él se lo multiplique y libre sus cosas de poder de traidores, dándoles la salud para el alma y al cuerpo, que es la verdadera riqueza!»

Si también decían: «En verdad, hermano, que no hay qué daros, no lo hay ahora», aún quedaba otro replicato, pidiendo «¡Una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes y curar las llagas deste sin ventura pobre, que en el cielo la hallen y los cubra Dios de su misericordia! ¡Por el buen Jesús se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo! ¡Bendita sea la limpieza de Nuestra Señora la Virgen María!» Con esto o con esotro, de acero eran las entrañas y el corazón de jaspe que no se ablandaban.

Escapábanse pocas casas de donde no saliese prenda. Y cualquier par de zapatos no podían ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja, que no valiera más de medio real. Para nosotros era mucho, y a quien lo daba no era de provecho ni lo estimaba. Era una mina en el cerro de Potosí.

Teníamos merchantes para cada cosa, que nos ponían la moneda sobre tabla, sahumada y lavada con agua de ángeles. Llevábamos de camino unos asnillos en que caminábamos a ratos en tiempo llovioso, para poder pasar los arroyos. Y si atisbábamos persona que representase autoridad, comenzábamos a plaguearle de muchos pasos atrás, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna; porque, si aguardábamos a pedir al emparejar, muchos dejaban de darla por no detenerse, y nos quedábamos sin ella. Desotro modo se erraban pocos lances.

Otras veces que había ocasión y tiempo, en divisando tropa de gente nos apercebíamos a cojear, variando visajes, cargándonos a cuestras los unos a los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos, valiéndonos de muletas, siendo sueltos más que gamos, metíamos las piernas en vendos que colgaban del cuello, o los brazos en orillos. De manera que con esto y buena labia, ¡que Dios les diese buen viaje y llevase con bien a ojos de quien bien querían!, siempre valía dinero. Y éste llamábamos venturilla, por ser en despoblado y por suceder veces muy bien y en otras no llegar más de lo que tasadamente nos era necesario para el camino.

Teníamos por excelencia bueno sobre todo que no se hacía fiesta de que no gozásemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte. Olíamoslo a diez barrios. No teníamos casa y todas eran nuestras: que o portal de cardenal, embajador o señor no podía faltar. Y corriendo todo turbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podía echar. Y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. También había quien tenía torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos recogíamos. Que ni todos andábamos ventureros ni todos teníamos pucheros. Mas yo, que era muchacho, donde me hallaba la noche me entregaba al siguiente día. Y así, aunque los llevaba malos, la juventud resistía, teniéndolos por muy buenos.

Capítulo IV

Guzmán de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero y las libertades de los pobres

Una verdadera señal de nuestra predestinación es la compasión del prójimo. Porque tener dolor del mal ajeno como si fuese propio, es acto de caridad que cubre los pecados, y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven y sin ella mueren. Que ni el don de profecía ni conocimiento de misterios ni ciencia de Dios ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amar a mi prójimo como me amo a mí, es entre todos el mayor sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo. Y sin duda es de gran merecimiento recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que el mismo se salve.

Es la caridad fin de los preceptos. El que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el día de su justicia. Y como, sin Dios, nada merezcamos por nosotros y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma y durezas del corazón. Que no será desechado el humilde y contrito; antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes. Y aunque la riqueza, por ser vecina de la soberbia, es ocasión a los vicios, desflaqueciendo las virtudes, a su dueño peligrosa, señor tirano y esclavo traidor, es de la condición del azúcar, que, siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta y refresca con las frías. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza por medios de la caridad. Y aquél será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre se hiciere pobre a sí, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo.

Yo estaba un día en el zaguán de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenía por donde menos tres telas, sin que se pudiera conocer de qué color había sido la primera; tenía un canto como una tabla, para el tiempo harto mejor que la mejor frazada, porque abrigaba mucho y no la pasaran el aire, agua ni frío ni, estoy por decir, un dardo.

Entrólo a visitar un caballero. Parecía principal en su persona y acompañamiento. El cual, como me vio de aquella manera, creyó debiera estar malo de ciciones, y fue que, habiéndome quedado allí la noche antes, como era invierno y aventaba fresco, estábame quedado hasta que entrara bien el día. Paróse a mirarme y llamóme. Saqué la cabeza y con el susto de ver aquel personaje junto a mí, no sabiendo qué pudiera ser, mudé la color. Parecióle que temblaba y díjome:

–Cúbrete, hijo, estáte quedo.

Y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que sería cantidad hasta trece reales y medio, y diómelos; tomélos y quedé fuera de mí, tanto de la limosna, como ver cuál iba levantando los ojos.

Creo por sin duda debía decir: «¡Bendígante, Señor, los ángeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben y son rudos! Que no siendo yo de mejor metal y no sé si de mejor sangre que aquél, yo dormí en cama y él en el suelo, yo voy vestido y él queda desnudo, yo rico y él necesitado: yo sano y él enfermo, yo admitido y él despreciado. Pudiendo haberle dado lo que a mí me diste, mudando las plazas, fuiste, Señor, servido de lo contrario. Tú sabes por qué y para qué. ¡Sálvame, Señor, por tu sangre!, que esa será mi verdadera riqueza, tenerte a Ti, y sin Ti no tengo nada.»

Digo yo que aquel sabía verdaderamente granjear los talentos, que no considerando a quién lo daba, sino por quién lo daba, viéndome y viéndose, me dio lo que llevaba con mano franca y ánimo de compasión. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano y

nosotros lo perdíamos por la dellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenía, usurpando nuestro vicio el oficio ajeno.

Andábamos comidos, bebidos, lomienhiestos. Teníamos una vida, que los verdaderamente senadores –y aun comedores–, nosotros éramos: que aunque no tan respetados, la pasábamos más reposada, mejor y de menos pesadumbre y dos libertades aventajadas más que todos ellos ni que algún otro romano, por calificado que fuese. La una era la libertad en pedir sin perder, que a ningún honrado le está bien. Porque la miseria no tiene otra mayor que hallarse un hombre tal obligado alguna vez a ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su propio hermano; porque compra muy caro el que recibe y más caro vende quien lo da al que lo agradece. Y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso, porque, aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo.

Mas te diré cuál sea la causa que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para eternidad, semejante a Dios, como Él dice, que cuando lo quiso hacer, asistiendo a ello la Santísima Trinidad, dijo: «Hagámosle a nuestra imagen y semejanza». También te pudiera decir cómo se ha de entender esto; mas no es éste su lugar. Quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural todos inclinados a querernos endiosar, avecindándonos cuanto más podemos, y siempre andamos con esta sed secos y con esta hambre flacos.

Vemos que Dios crió todas las cosas. Nosotros queremos lo mismo. Y ya que no podemos, como su Divina Majestad, de nada, hacémoslo de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies: en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra y así en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos, parecióronle muy bien, como manos benditas y poderosas. Alegróse de verlas, que estaban a su gusto.

Eso pasa hoy al pie de la letra. Queremos hacer o contrahacer. ¡Cuán bien me parece el ave que en mi casa crío, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardín sale! Cómo me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no crié, hice o planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré y desharé, sin que me dé pesadumbre, y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mía, me parece y la quiero bien.

Del árbol de mi vecino y del conocido, no sólo quitaré la flor y fruto, mas no le dejaré hoja ni rama y, si se me antojare, cortaréle el tronco. Del mío me llega al alma si hallo una hormiga que le dañe o pájaro que le pique, porque es mío. Y en resolución todos aman sus obras. Así, en quererlas bien me parezco al que me crió y dél lo heredé yo.

En todos los más actos es lo mismo. Es muy propio en Dios el dar y muy impropio el pedir, cuando no es para nosotros mismos; que lo que nos pide, no lo quiere para sí ni le hace necesidad al que es el remedio de toda necesidad y hartura de toda hambre. Mucho tiene y puede dar, y nada le puede faltar. Todo lo comunica y reparte, cual tú pudieras dejar sacar agua de la mar y con mayor largueza, lo que –va de tu miseria a su misericordia.

Queremos también parecerle en esto. A su semejanza me hizo, a él he de semejar, como a la estampa lo estampado. ¡Qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar! El avariento, el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar; sino que los más entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dan después de muertos.

Si preguntases a éstos que llegan el dinero y lo entierran en vida para qué lo guardan, responderían los unos que para sus herederos, otros que para sus almas, otros que para tener qué dejar y, todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues vees cómo lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto que no tiene perfección. Mas al fin éste es nuestro fin y deseo.

¡Cuán endiosado se halla un hombre, cuando con ánimo generoso tiene qué dar y lo da! ¡Qué dulce le queda la mano, el rostro alegre, descansado el corazón, contenta el alma! Quítansele las canas, refréscasele la sangre, la vida se le alarga y tanto –mucho sin comparación– más cuanto sabe que tiene para ello, sin temor que le hará falta.

De donde, queriendo hacer lo que hizo el que como a sí nos hizo, gustamos tanto en dar y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fue tan franca, que habiéndolos hecho –y de ánimo noble, que es otro don particular–, se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrían padecer antes cualquier miseria, que pedir a otro que se la socorra.

Destos es de quien se debe tener lástima y estos son a los que a manos llenas habría todo el mundo de favorecer y en esto se conoce quién les hace amistad y se la muestra. Que viendo al necesitado, lo socorren sin que lo pida; que si aguardan a ese punto, ni le da ni le presta: deuda es que le paga, con logro le vende y con ventajas. Ese es el amigo que socorre a su amigo, y ese llamo socorro con el que corro. Yo he de darlo, que no han de pedirlo; con él he de correr, que no esperar ni andar.

Si me detuve y no te satisfice, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Así que la libertad en pedir sólo al pobre le es dada. Y en esto nos igualamos con los reyes y es particular privilegio poderlo hacer y no ser bajeza, como lo fuera en los más. Pero hay una diferencia: que los reyes piden al común para el bien común, por la necesidad que padecen, y los pobres para sí solos, por la mala costumbre que tienen.

La otra libertad es de los cinco sentidos. ¿Quién hay hoy en el mundo, que más licenciosa ni francamente goce dellos que un pobre, con mayor seguridad ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él, pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos ni banquete de donde no nos quepa parte. ¿Dónde llegó el pobre, que si hoy en una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta y podrá decir muy bien en cuál se sazona mejor.

El oír, ¿quién oye más que el pobre? Que como desinteresados en todo género de cosa, nadie se recela que los oiga. En las calles, en las casas, en las iglesias, en todo lugar se trata cualquier negocio sin recelarse dellos, aunque sea caso importante. Pues de noche, durmiendo en plazas y calles, ¿qué música se dio que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo que no lo supiésemos? Nada nos fue secreto y de lo público mil veces lo sabíamos mejor que todos, porque oíamos tratar dello en más partes que todos.

Pues el ver, ¡cuán francamente lo podíamos ejercitar sin ser notados ni haber quien lo pidiese ni impidiese! Cuántas veces me acusé que, pidiendo en las iglesias, estaba mirando y alegrándome. Quiero decir, para mejor aclararme, codiciando mujeres de rostros angelicos, cuyos amantes no se atrevieran ni osaran mirar, por no ser notados, y a nosotros nos era permitido.

El oler, ¿quién pudo más que nosotros, pues nos llaman olores de casas ajenas? Demás que si el olor es mejor cuanto nos es más provechoso, nuestro ámbar y almizque mejor que todos y más verdadero, era un ajo –que no faltaba de ordinario–, preservativo de contagiosa corrupción. Y si otro oler queríamos, nos íbamos a una esquina de las calles donde se venden estas cosas y allí estábamos al olor de los coletos y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices.

El tacto querrás decir que nos faltaba, que jamás pudo llegar a nuestras manos cosa buena. Pues desengañaos, ignorantes: que es diferente la pobreza de la hermosura. Los pobres tocan y gozan cosas tan buenas como los ricos, y no todos alcanzan este misterio. Pobre hay, que con su mendiguez y pobreza sustenta mujer que el muy rico deseara mucho gozar, y quiere más a un pobre que le dé y no le falte, que a un rico que la infame. Y ¡cuántas veces algunas damas me daban de su mano la limosna! No sé lo que los otros hacían; mas yo con mi mocedad trataba della con las mías y en modo de reconocimiento devoto no la soltaba sin habérsela besado.

Mas esto es gran miseria y bobería: que sobre todas las cosas, gusto, vista, olfato, oído y tacto, el principal y verdadero de todos los cinco sentidos juntos era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermosura de patacones, realeza de Castilla, que ocultamente teníamos y con secreto gozábamos en abundancia. Que tenerlos para pagarlos o emplearlos no es gozarlos. Gozarlos es tenerlos de sobra, sin haberlos menester más de para confortación de los sentidos. Aunque otros dicen que el dinero nunca se goza hasta que se gasta.

Traíamoslos cosidos en unas almillas de remiendos, en lugar de jubones, pegados a las carnes. No había remiendo, por sucio y vil que fuera, que no valiera para un vestido nuevo razonable. Todos manábamos oro, porque, comiendo de gracia, la moneda que se ganaba no se gastaba. Y ese te hizo rico, que te hizo el pico: grano a grano hinche la gallina el papo. Llegábamos a tener caudal con que algún honrado levantara los pies del suelo y no pisara lodos.

Descansa un poco en esta venta, que en la jornada del capítulo siguiente oirás lo que aconteció en Florencia con un pobre que allí falleció, contemporáneo mío, en quien conocerás el tacto nuestro si es como quiera bueno.

Capítulo V

Guzmán de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia

Cosa muy ordinaria es a todo pobre ser tracista, desvelándose noches y días, buscando medio para su remedio y salir de laceria. En todas partes acontece. Y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala y en ella más los de la comarca de Génova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicia. Diciéndose destos que lo tienen todo, sus mismos naturales ciudadanos vinieron a llamarlos moros blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen que quien descubre la alcabala, ése la paga; que no se dijo por ellos ni se ha de entender sino por los tratantes de Génova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde y ninguno la tiene.

Uno dijo que no, que de más atrás corría. Y era que, cuando los ginoveses ponen sus hijos a la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras: unos las olvidan, otros perdidas allí se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, danlas al maestro. El cual con mucho cuidado las guarda en un arca, porque otra vez no se les pierdan. Quien la tiene después menester, si se acuerda dónde la puso, acude a buscarla. Como el maestro guardó tantas y las puso juntas, no sabe cuál es de cada uno. Dale primera que halla y vase con ella, creyendo llevar la suya y lleva la del amigo, la del conocido o deudo. Dello resulta que, no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas. Y de aquí quedó el mal nombre.

¡Ah, ah, España, amada patria, custodia verdadera de la fe! ¡Téngate Dios de su mano, y como hay en ti mucho desto, también tienes maestros que truecan las conciencias y hombres que las traen trocadas! Cuántos, olvidados de sí, se desvelan en lo que no les toca; la conciencia del otro reprehenden, solicitan y censuran.

Hermano, vuelve sobre ti, deshaz el trueco. No espulgues la mota en el ojo ajeno: quita la viga del tuyo. Mira que vas engañado. Eso que piensas que descarga tu conciencia, es burla, y tú te burlas de ti. No disimules tu logro, diciendo: «Fulano es mayor logrero.» No hurtes y te consueles o disculpes con que el otro es mayor ladrón. Deja la conciencia ajena, mira la tuya. Esto te importa a ti. Aparte cada uno de sí lo que no es suyo y los ojos del pecado ajeno, pues ni la idolatría de Salomón ni el sacrilegio de judas desculpan el tuyo: a cada uno darán su castigo merecido.

Como te inclinas a lo dañoso y malo, ¿por qué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es, por ventura, más hombre que tú? Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar. Pues yo te prometo que importará para tu salvación acordarte de ti y olvidarte de mí.

Donde hay muchas escuelas de niños y maestros que guardan conciencias –aunque, como digo, ninguna ciudad, villa ni lugar se escapa en todo el mundo– es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar, que los más dellos, como si fuera de tanto peso y balume que se hubiera de hundir el navío con ellas, así las dejan en sus casas o a sus huéspedes, que las guarden hasta la vuelta. Y si después las cobran, que para mí es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas, bien; y si no, tampoco se les da por ellas mucho; y si allá se quedan, menos.

Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejaron y no volvieron por ella. No quiero pasearme por las Gradass o Lonja ni entrar en la plaza de San Francisco ni anegarme en el río. Déjese a una banda todo género de trato y contrato, que sería, si comenzase, no salir dello. Apuntado se quede, y como si lo dijera, piensen que lo digo, que quizá lo diré algún día.

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones y de sutil ingenio. Llamábase Pantalón Castelletto, pobre mendigo, que como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre lo parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer, sin obligarle a servir ni a tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: «¡Dichoso el hijo que tiene a su padre en el infierno!». Aunque yo lo llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que dejó ni llegar a tercero poseedor.

Este me parece que por dejar el suyo bien parado y reparado, se puso a peligro. Y aunque por ser casado –que es particular granjería y largo de contar casar pobres con pobres y ser todos de un oficio–, tenían razonablemente lo que les era menester y qué poder dejar a su heredero para un moderado trato: no se quiso fiar de la fortuna.

Púsosele en la imaginación la crueldad más atroz que se puede pensar. Estropeólo, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndolos a entallar de nuevo, según su antojo, formando varias monstruosidades dellos, para dar más lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez y después con aquella lesión les dejan buen patrimonio.

Mas éste quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante. No se los dio todos de una vez; que, como crecía, se los daba, como camisas o baños, uno seco y otro puesto, hasta venirlo a dejar entallado, según te lo pinto.

Cuanto a lo primero, no le tocó ni pudo en lo que recibió de sola naturaleza. Tenía, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decidor y gracioso. En lo que le dio, que fue la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traía la casi atrás, caído el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas.

Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas. Tenía sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico y con sus manos lo regía; salvo que para subir o bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba.

Era, como digo, gracioso, decía muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolía dél y así por su pobreza como por sus gracias le daban mucha limosna.

Desta manera vivió setenta y dos años, poco más, al cabo de los cuales le dio una grave dolencia, de que claramente conoció que se moría. Viéndose en este punto y en el de salvarse o condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí, pareciéndole no ser tiempo de burlas ni de confesiones para cumplir con la parroquia. Era la postrera y quiso que fuese la valedera. Pidió por un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinión en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus cosas de manera que ordenó hacer su testamento con las más breves y compendiosas palabras que se puede imaginar. Porque hecha la cabeza, por ser oficio del notario, él en lo que le tocaba dijo así:

«Mando a Dios mi alma, que la crió, y mi cuerpo a la tierra, el cual entierren en mi parroquia.

»Ítem mando que mi asno se venda y con el precio dél se cumpla mi entierro, y el albarda se le dé al Gran Duque, mi señor, a quien le pertenece y es por derecho suya, al cual nombro por mi albacea y della le hago universal heredero.»

Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposición falleció. Como todos lo tenían por decidor, creyeron que se habían emparejado muerte y vida, todo gracias, como suele acontecer a los necios. Mas cuando el Gran Duque supo lo testado, que luego se lo dijeron, como conoció al testador y lo tenía por discreto, coligió no vacar la cláusula de misterio. Mandó que le llevaran a palacio su herencia, y teniéndola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza y sacaron della de diferentes monedas y apartados en que estaban, todas en

oro, cantidad que montaba de los nuestros castellanos tres mil y seiscientos escudos de a cuatrocientos maravedís cada uno.

Al pobre le aconsejaron y le pareció que aquello no era suyo ni se podía restituir de otra manera que dejándolo al señor natural, a cuyo cargo estaban todos los pobres, con que descargaba su conciencia. El Gran Duque, como príncipe tan poderoso y señor generoso, mandó que de todo ello se le hiciesen algunas memorias perpetuas, que le ordenó por su alma, como buen cabezalero y mejor caballero.

¿Qué dirás agora del tacto deste pobre? No es el tuyo tal ni con gran parte, aunque goces de otra Venus.

Destas dos ventajas éramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, sin otras muchas que pudiera referir. Cuando me pongo a considerar los tiempos que gocé y por mí pasaron, no porque se me antoje ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores o no tales; mas no hay duda que sus memorias estimo en mucho. ¡Aquel tener siempre la mesa puesta, la cama hecha, la posada sin embarazo, el zurrón bastecido, la hacienda presente, el caudal en pie sin miedo de ladrones ni temor de lluvias, sin cuidado de abril ni recelo de mayo, que son la polilla de los labradores, no desvelado en trajes ni costumbres, sin prevención de lisonjas, sin composición de mentiras para valer y medrar! ¿Qué sustentaré, para que me estimen? ¿Cómo visitaré, para que no me olviden? ¿Cómo acompañaré para dejar obligados? ¿Qué achaque buscaré, para hablarles, porque me vean? ¿Cómo madrugaré, para que me tengan por solícito y más cuanto es el tiempo más riguroso? ¿Cómo trataré de linajes, para encajar la limpieza del mío? ¿Cómo descubriré al otro su falta, para que quien oyere que la murmuro piense que yo no la tengo? ¿Cómo tendré conversación, para hacer ostentación? ¿Por donde rodearé, para encajar mi dicho? ¿A qué corrillos iré, que yo sea el gallo y en saliendo dellos no me murmuren, como hice de los otros?

¡Oh, esto de los corrillos y murmuraciones, y cómo es larga historia! ¡Quién tuviera lugar de significar lo mal que parece en un hidalgo ser sastre de tan mala ropa! Que no hay religioso a quien no corten loba con falda ni mujer honrada queda sin saya entera. Visten al santo y al pecador al talle largo.

Quédese aquí, porque si vivimos allá llegaremos. A cuán derecha regla, recorrido nivel y medido compás ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano ajena. Si ha de ser buena, ¡qué tarde llega! Si mala, ¡qué presto ejecuta! Por más que se ajuste, ha de pecar de falso y falto. Si no es bienquisto, todo se le nota; si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se ríe, inconstante; si se mesura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso.

De toda esta desventura tienen los pobres carta de guía, siendo señores de sí mismos, francos de pecho ni derrama, lejos de emuladores. Gozan su vida sin almotacén que se la denuncie, sastre que se la corte ni perro que se la muerda.

Tal era la mía, si el tiempo y la fortuna –consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna– no me derribaran del mío, declarando por el color de mi rostro y libres miembros estar de salud rico, no llagado ni pobre, según lo publicaban mis lamentaciones.

Porque, como una vez me sentase a pedir limosna en la ciudad de Gaeta en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir a ver si su caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubrí mi cabeza, como recién llegado y no prevenido de lo necesario. Para luego y presto valíme de tiña, que sabía contrahacer por excelencia. Entrando el gobernador, pasó por

mí los ojos, diome limosna, fueme razonable algunos días. Y como la codicia rompe el saco, parecióme un día de fiesta sacar nueva invención. Hice mis preparamentos, aderecé una pierna que valía una viña. Fuime a la iglesia con ella, comencé a entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabía. Quísolo mi desgracia o mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necesidad proceden los acaecimientos.

No tenía yo para qué buscar pan de trastrigo ni andar hecho truecaborricas en pueblo corto. Pasara con mi tiña, que me daba de comer y estaba recebida, sin andarme buscando más retartalillas ni ensayando invenciones.

Vino el gobernador aquel día en aquella iglesia para oír misa y, como me reconoció, hízome levantar, diciendo:

–Vente conmigo, daréte una camisa que te pongas.

Creílo, fuime con él a su posada. Si supiera lo que me quería, no sé si me alcanzara con una culebrina ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera.

Cuando allá estuve, miróme al rostro, y dijo:

–Con esos colores y frescura de cuerpo, que estás gordo, recio y tieso, ¿cómo tienes así esa pierna? No acuden bien lo uno a lo otro.

Respondíle turbado:

–No sé, señor, Dios ha sido servido dello.

Luego conocí mi mal y atisbaba la salida, para si pudiera tomar la puerta. No pude, que estaba cerrada. Mandó llamar un cirujano que me examinase. Vino y miróme de espacio. A los principios turbélo, que no sabía qué fuese; mas luego se desengañó y le dijo:

–Señor, este mozo no tiene más en su pierna que yo en los ojos. Y para que se vea claramente, lo mostraré.

Comenzó a desenfardelarme y, desenvolviendo adobos y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba.

Quedó el gobernador admirado en verme de aquella manera y más de mi habilidad. Yo pasmé, sin saber qué decir ni hacer. Y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo. Mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de camisa que me prometió, mandó que el verdugo en su presencia me diese un jubón para debajo de la rota que yo llevaba y que saliese de la ciudad luego al momento. Mas, aunque no me lo mandaran, en cuidado lo tenía, que allí no quedara si señor della me hicieran.

Fuime temeroso, temblando y encogido, volviendo de cuando en cuando atrás la cabeza, sospechoso si pareciéndoles no llevar bastante recaudo, quisieran darme otra vuelta. Con esto me fui a la tierra del Papa, acordándome de mi Roma y echándole a millares las bendiciones, que nunca reparaban en menudencias ni se ponían a espulgar colores: cada uno busque su vida como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay qué mariscar y por dónde navegar; y no por estrechos, siempre por la canal, donde a pocos bordos, con poca tormenta darás en bajíos, quedando roto y desbaratado.

Capítulo VI

Vuelto a roma Gumán de Alfarache, un cardenal, compadecido dél, mandó que fuese curado en su casa y cama

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas que requieren gravedad y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia y la experiencia tiempo. Como la fruta verde mal sazónada no tiene sabor perfecto, antes acedo y desabrido, así no le ha llegado al mozo su maduro. Fáltale el sabor, la especulación de las cosas y conocimiento verdadero dellas. Y no es maravilla que yerre: antes lo sería si acertase. Con todo esto el buen natural de ordinario siempre tiene más capacidad para las consideraciones.

Conocí del mío, que muchas veces me levantó el espíritu más de lo que pedían mis años, poniéndome, como el águila sus pollos, los ojos clavados en el sol de la verdad; considerando que todas mis trazas y modos de engañar era engañarme a mí mismo, robando al verdaderamente necesitado y pobre, lisiado, impedido del trabajo, a quien aquella limosna pertenecía, y que el pobre nunca engaña ni puede, aunque su fin es ése; porque quien da no mira al que lo da y el que pide es el reclamo que llama las aves y él se está en su percha seguro.

El mendigo con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en útil suyo, metiendo a Dios en su voz, con que lo hace deudor, obligándole a la paga. Por una parte me alegraba cuando me lo daban, por otra temblaba entre mí cuando me tomaba la cuenta de mi vida. Porque, sabiendo cierto ser aquél camino de mi condenación, estaba obligado a la restitución, como hizo el florentín. Mas cuando algunas veces vía que algunos hombres poderosos y ricos con curiosidad se ponían a hacer especulación para dar una desventurada moneda que es una blanca, no lo podía sufrir: gastábaseme la paciencia, y aún hoy se me refresca con ira, embistiéndoseme un furor de rabia en contra dellos, que no sé cómo lo diga.

Rico amigo, ¿no estás harto, cansado y ensordecido de oír las veces que te han dicho que lo que hicieres por cualquier pobre, que lo pide por Dios, lo haces por el mismo Dios y Él mismo te queda obligado a la paga, haciendo deuda ajena suya propia?

Somos los pobres como el cero de guarismo, que por sí no vale nada y hace valer a la letra que se le allega, y tanto más cuantos más ceros tuviere delante. Si quieres valer diez, pon un pobre par de ti, y cuantos más pobres remediare y más limosna hicieres, son ceros que te darán para con Dios mayor merecimiento. ¿Qué te pones a considerar si gano, si no gano, si me dan, si no me dan? Dame tú lo que te pido, si lo tienes y puedes, que, cuando no por Dios que te lo manda, por naturaleza me lo debes. Y no entiendas que lo que tienes y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada, y el que a ti te lo dio y a mí me lo quitó, pudiera descruzar las manos y dar su bendición al que fuera su voluntad y la mereciera.

No seas especulador ni hagas elecciones. Que si bien lo miras no son sino avaricia y excusas para no darla; yo lo sé, alarga el ánimo. Para ello y que veas el efecto de la limosna, oye lo que cuenta Sofronio, a quien cita Canisio, varón docto. Teniendo una mujer viuda una sola hija muy hermosa doncella, el emperador Zenón se enamoró della y por fuerza, contra toda su voluntad, la estupro, gozándola con tiranía. La madre, viéndose afligida por ello y ultrajada, teniendo gran devoción a una imagen de Nuestra Señora, cada vez que a ella se encomendaba decía: «Virgen María, venganza y castigo te pido desta fuerza y afrenta que Zenón, tirano emperador, nos hace.» Dice que oyó una voz que le dijo: «Ya estuvieras vengada, si las limosnas del emperador no nos hubieran atado las manos.»

Desata las tuyas en favorecer los mendigos, que es tu interese y te va más a ti en darlo que a ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre como al pobre para el rico. No te atengas con decir quién lo merece mejor. No hay más de un Dios, por Ése te lo piden, a Él se lo das, todo es uno, y tú no puedes entender la necesidad ajena cómo aprieta ni es posible conocerla por lo exterior que juzgas, pareciéndote uno estar sano y no ser justo darle limosna. No busques escapatorias para descabullirte; déjalo a su dueño. No es a tu cargo el examen; jueces hay a quien toca. Si no, míralo por mí, si hubo descuido en castigarme: lo mismo harán los demás.

No te pongas, ¡oh, tú, de malas entrañas!, en acecho, que ya te veo. Digo que la caridad y limosna su orden tiene. No digo que no la ordenes, sino que la hagas, que la des y no la espulgues si tiene, si no tiene, si dijo, si hizo, si puede, si no puede. Si te la pide, ya se la debes. Caro le cuesta, como he dicho; y tu oficio sólo es dar. El corregidor y el regidor, el prelado y su vicario abran los ojos y sepan cuál no es pobre, para que sea castigado. Ése es oficio, ésa es dignidad, cruz y trabajo. No los hicieron cabezas para comer el mejor bocado, sino para que tengan mayor cuidado; no para reír con truhanes, sino para gemir las desventuras del pueblo; no para dormir y roncar, sino para velar y suspirar, teniendo como el dragón continuamente clara la vista del espíritus.

Así que a ti te toca solamente el dar de la limosna. Y no pienses que cumples dando lo que no te hace provecho y lo tienes a un rincón para echarlo al muladar. Que, como si el pobre lo fuese, das en él con ello, no tanto por dárselo como por sacarlo de tu casa: que así fue el sacrificio de Caín. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abel, con deseo y voluntad que fuera mucho mejor y que haga mucho provecho. No como de por fuerza, ni con trompetas; antes con pura caridad, para que saques della el fruto que se promete, aceptándote el sacrificio.

Alejado voy de Roma, para donde caminaba. Cuando allá llegué, me reventaron las lágrimas de gozo. Quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer paso que dentro puse fue con la boca, besando aquel santo suelo. Y como la tierra que el hombre sabe, esa es su madre, yo sabía bien la ciudad, era conocido en ella; comencé como antes a buscar mi vida. Vida la llamaba, siendo mi muerte. Y aquél me parecía mi centro.

¡Cuán casados estamos con las pasiones nuestras y cómo lo que aquello no es nos parece extraño, siendo lo verdadero y cierto! Así me pareció la suma felicidad, juzgando a desventura lo demás. Y aunque todo lo miraba, inclinábame a lo peor y eso tenía por mejor.

Levantéme una mañana, según tenía costumbre, y mi pierna que se pudiera enseñar a vista de oficiales; púseme con ella pidiendo a la puerta de un cardenal, y, como él saliese para el palacio sacro, reparóse a oírme: que pedía la voz levantada, el tono extravagante y no de los ocho del canto llano, diciendo:

—¡Dame, noble cristiano, amigo de Jesucristo! ¡Ten misericordia deste pecador afligido y llagado, impedido de sus miembros! ¡Mira mis tristes años! ¡Amancillate deste pecador! ¡Oh, Reverendísimo Padre, Monseñor Ilustrísimo! ¡Duélase Vuestra Señoría Ilustrísima deste mísero mozo, que me veo y me deseo! ¡Loada sea la pasión de nuestro maestro y redemptor Jesucristo!

Monseñor, después de haberme oído atentamente, apiadóse en extremo de mí. No le parecí hombre: representósele el mismo Dios. Luego mandó a sus criados que en brazos me metiesen en casa y que, desnudándome aquellas viejas y rotas vestiduras, me echasen en su propia cama y en otro aposento junto a éste le pusiesen la suya. Hízose así en un momento.

¡Oh bondad grande de Dios! ¡Largueza de su condición hidalga! Desnudáronme para vestirme, quitáronme de pedir para darme y que pudiera dar. Nunca Dios quita, que no sea para hacer mayores mercedes. Dios te pide: darte quiere. Pónese cansado a medio día en la fuente, pídete un jarro de agua de que beben las bestias: agua viva te quiere dar por ella, con que lo goces entre los ángeles. Este santo varón lo hizo a su imitación. Y luego mandó venir

dos expertos cirujanos y, ofreciéndoles buen premio, les encargó mi cura, procurando mi sanidad. Y con esto, dejándome en las manos de los dos verdugos y en poder de mis enemigos, fuese su viaje.

Aunque el fingir de llagas hacíamos de muchas maneras, las que tenía entonces era con cierta yerba que las hacía de tan mal parecer, que a quien las viera parecieran incurables y necesitadas de grande remedio, teniéndolas por cosa cancerada. Pero si solos tres días dejara la continuación de aqueste embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfección y sanidad que antes tenían.

A los dos cirujanos les pareció de la primera vista cosa de mucho momento. Quitáronse las capas; pidieron un brasero de lumbre, manteca de vacas, huevos y otras cosas, que, cuando todo estuvo a punto, me desfajaron muy de propósito. Preguntáronme cuánto tiempo había que padecía de aquel mal, si me acordaba de qué hubiese procedido, si bebía vino, qué cosas comía y otras preguntas como ésta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos.

A todo enmudecí quedando como un muerto, que no estaba en mí ni lo estuve en mucho rato, viendo tanto preparamento para cortar y cauterizar; y, cuando desto escapase, mi maldad había de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores: aquí fue el temer a monseñor, cuán bravo castigo me había de mandar hacer por la burla recebida.

No sabía cómo remediarme, qué hacerme ni de quién valerme, porque en toda la letanía ni en Flos Sanctorum no hallaba santo defensor de bellacos, que quisiera disculparme. Habíanme mirado y dado cien vueltas. Dije: «Perdido voy; aún vida tengo, si pellejo me dejan esta vez. Dos horas son de trabajo, si ya no me sepultan en el Tíber. Pasarélas como pudiere, y si me cortan la pierna quedaré con mejor achaque y cierta la ganancia, si no es que me muero. Mas cuando tan mal suceda, tendrélo hecho para adelante y no será menester otra vez. ¿Que puedo más, desdichado de mí? Nacido soy; paciencia y barajar, que ya está hecho.»

En esto vacilaba, cuando de la codicia y avaricia de los cirujanos hallé abierta la puerta de mi remedio. El uno dellos –más experimentado– vino a conocer aquello ser fingido y que por las señales procedía de los efectos de la misma yerba que yo usaba. Callólo para sí, diciendo al compañero:

–Cancerada está esta carne. Será necesario, para que el daño se ataje y nazca otra nueva, quitar hasta la viva y quedará como conviene.

El otro dijo:

–Tiempo largo es menester para esta cura: ocasión hay para sacar el vientre de mal año.

El que sabía más tomó al otro por la mano y sacólo allá fuera en la antesaleta. Yo, que los vi salir, salté de la cama tras ellos a escuchar, y oí que le dijo así:

–Señor doctor, no creo que Vuestra Merced tiene advertida esta enfermedad, y no me maravillo, por curarse pocas a ella semejantes y así pocos las conocen. Pues quiero que sepa que tengo descubierto un gran secreto.

–¿Qué, por mi vida? –le dijo el otro.

–Yo diré a Vuestra Merced –le respondió–. Este es un grandísimo poltrón, las llagas que tiene son fingidas. ¿Qué haremos? Si lo dejamos, el bien se nos va de las manos, con la honra y el provecho; si lo queremos curar no tenemos de qué y reiráse de nuestra ignorancia. Y si de una ni otra manera se puede salir bien dello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa.

El otro dijo:

–No señor, por agora no conviene. Menos mal es que para con éste, que es un pícaro, quedemos con poca opinión, que dejar de gozar tan fina ocasión. No nos demos por entendidos; antes lo iremos curando con medicamentos que entretengan; y si fuere necesario, aplicándole corrosivos que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos días.

El otro dijo:

—No señor, que para eso mejor sería desde luego comenzar con el fuego, cauterizando lo inficionado.

En cuál de los dos remedios habían de comenzar y cómo se había de partir la ganancia estuvieron discordes, a punto de manifestarme a monseñor, porque el que conoció el mal quería más parte. Viendo, pues, en lo que reparaban y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido, así como estaba desnudo salí a ellos y, prostrado ante sus pies, les dije:

—Señores, en vuestras manos y lengua está mi vida o muerte, mi remedio y mi perdición. De mi mal no se os puede seguir bien y de mi bien está cierto el provecho y la reputación. Ya os es notorio la necesidad de los pobres y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mover a que nos den una flaca limosna es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores. Y aun éstas ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos, para un miserable sustento que dello sacamos. Doleos de mí por un solo Dios, que sois hombres, que corréis por la plaza del mundo y sois de carne como yo, y el que me necesitó pudiera necesitaros. No permitáis que sea descubierto. Haced vuestra voluntad, que en lo que tocare a serviros y ayudaros no faltaré punto, de manera que salgáis desta cura muy aventajados. Fiaos de mí, que, cuando no estuviera de por medio algún otro seguro, que el temor de mi pena me hiciera tener secreto. En lo de la ganancia no se repare: mejor es aceptarla que perderla. Jugemos tres al mohíno, que más vale algo que nada.

Estas plegarias y prerrogativas fueron bastantes a que tuviesen por acertado mi consejo, y más cuando vieron que salí al camino. Gustaron tanto dello, que a hombros quisieran volverme a la cama de contento. Ellos y yo lo recibimos, por lo que a cada uno le importaba.

Tanto se tardaron en estos conciertos y debates, que apenas estaba vuelto a cubrir con la ropa y monseñor entraba por la puerta. Uno de los dos cirujanos le dijo:

—Crea Vuestra Señoría Ilustrísima que la enfermedad deste mozuelo es grave y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes y el daño tan arraigado que los medicamentos es imposible obrar sin largo transcurso de tiempo; mas estoy confiado y sin alguna duda certifico que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios.

El otro dijo:

—Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de Vuestra Señoría Ilustrísima, dentro de pocos días acabara de corromperse y muriera; mas atajarásele su daño de modo que dentro en seis meses y aun antes le quedarán sus carnes tan limpias como las mías.

El buen cardenal, a quien sólo caridad movía, les dijo:

—En seis o en diez, cúrese como se ha de curar, que yo mandaré proveer lo necesario.

Con esto los dejó y se entró en el otro aposento. Esto me alentó y, como si de otra parte me trajeran el corazón y me lo pusieran en el cuerpo, así entonces lo sentí, que aún hasta en este punto no estaba fiado de aquellos traidores. Temía no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya con lo que allí trataron en mi presencia quedé alegre y consolado.

Pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar. No pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno que tenía pidiendo; mas pasábase menos mal, por el curioso tratamiento, comida y cama que tenía, que era según podía desearse: como un príncipe servido, como la persona de monseñor curado, y así lo mandó a los de su casa. Demás que por su propia persona venía todos los días a visitarme, y algunos tardaba conmigo, hablando de cosas que gustaba oírme.

Con esto sané de la enfermedad y, cuando pareció a los cirujanos tiempo, se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y a mí me mandaron hacer de

vestir y pasar al cuartel de los pajes, para que, como uno dellos, de allí adelante sirviese a su señoría ilustrísima.

Capítulo VII

Cómo Gumán de Alfarache sirvió de paje a monseñor ilustrísimo cardenal y lo que le sucedió

De todas las cosas criadas ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio. A todos les llegó su día y tuvieron vez. Mas como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y otras han corrido. De la poesía ya es notorio cuánto fue celebrada. Diga de la oración la antigua Roma, la veneración que dio a sus oradores, y hoy nuestra España a las sagradas letras, de tantos tiempos atrás bien recibidas, y en el punto en que están ambos derechos. Los vestidos y trajes de España no se escapan, que, inventando cada día novedades, todos ahílan tras ellas como cabras. Ninguno queda que no los estrene; y aquello no parece bien, que hoy el uso no admite, no obstante que se usó y tuvo por bueno; llegando la ignorancia del vulgacho a querer todos emparejarse, vistiendo a una medida, el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por seguir igualmente al uso y querer con un jarabe o purga curar todas las enfermedades.

También los vocablos y frasis de hablar corrompió el uso, y los que algún tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas también tienen su cuándo, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetecemos, ni en otoño lo que en el estío, y al contrario.

Los edificios y máquinas de guerra se inovan cada día. Las cosas manuales van rodando: las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas. Que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconaron a la zarabanda y otros vendrán que las destruyan y caigan.

¿Quién vio los machuelos un tiempo, que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas y ser incapaces hoy de toda cortesía, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner? Testigos somos todos cuando el hermano sardesco era el regalo de las damas, en que iban a sus estaciones y visitas; agora es todo sillas, las que antes eran albardas. Digan las mismas damas cuán esencial cosa sea y lo que importa tener perritos falderillos, monas y papagayos, para entretener el tiempo que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas. Mas fueron desgraciados y pasaron. Corrieron, como todo.

A la Verdad aconteció lo mismo. También tuvo su cuando, de tal manera, que antiguamente se usaba más que agora y tanto, que vinieron a decir haber sido sobre todas las virtudes respetada, y aquel que decía mentira más o menos de importancia, era conforme a ella castigado hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que, viniendo una gran pestilencia, todos aquellos a quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fuese pasando, alcanzándose unos a otros, los que sanos nacían vituperaban a los lisiados diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados. De donde poco a poco vino la Verdad a no querer ser oída, y de no quererla oír llegaron a no quererla decir, que de un escalón se sube a dos y de dos hasta el más alto; de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo, hasta venir a romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro y a que en su silla fuese recibida la Mentira.

Salió la Verdad a cumplir el tenor de la sentencia. Iba sola, pobre, y –cual suele acontecer a los caídos, que tanto uno vale cuanto lo que tiene y puede valen, y en las adversidades los que se llaman amigos declaradamente se descubren por enemigos– a pocas jornadas, estando en un repecho, vio parecer por cima de un collado mucha gente y, cuanto más se acercaba, mayor grandeza descubría. En medio de un escuadrón, cercado de un

ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme a su calidad más o menos llegado cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad.

En él venía un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas. En ella iba una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto más de cerca perdía de su hermosura, hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecía muy gallardo; mas puesta en pie o andando, descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos a la vista y de colores varios; mas tan sutiles y de poca sustancia, que el aire los maltrataba y con poco se rompían.

Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadrón, admirada de ver su grandeza, y cuando el carro llegó, que la Mentira reconoció a la Verdad, mandó que parasen. Hízola llegar cerca de sí. Preguntóle de dónde venía, dónde y a qué iba. Y la Verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir a su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno más poderoso cuanto a mayores contrarios vence y tanto en más tenido cuantas más fuerzas resistiere.

Mandóla volver. No pudo librarse; hubo de caminar con ella; pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquél su propio lugar conocido. Quien buscare a la Verdad, no la hallará con la Mentira ni sus ministros; a la postre de todo está y allí se manifiesta.

La primera jornada que hicieron, fue a una ciudad en donde salió a recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso. Convidóla con el hospedaje de su casa. Aceptó la Mentira la voluntad, mas fuese al mesón del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y sestearon.

Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo, Ostentación, con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada. Preguntóle al huésped lo que debía. Hicieron la cuenta y el mayordomo, sin reparar en alguna cosa, dijo que bien estaba. Luego la Mentira llamó a la Ostentación, diciendo: «Pagadle a ese buen hombre de la moneda que le distes a guardar cuando aquí entrastes.»

El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquélla que decían. Túvolo a los principios por donaire; mas, como instasen en ello y viese que lo afirmaban tanta gente de buen talle, lamentábase diciendo nunca tal habérsele dado. Presentó la Mentira por testigos al Ocio su tesorero, a la Adulación su maestresala, al Vicio su camarero, a la Asechanza su dueña de honor y a otros sirvientes suyos. Y para más convencerlo, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y a la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires, pidiendo a los cielos manifestase la Verdad; pues no sólo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía.

Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga que siempre deseó ser suya, le dijo: «Ingenio, amigo, razón tenéis; pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda y no hay aquí más de a mí de vuestra parte y en lo que puedo valeros es en sólo declararme, como lo hago.» Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó a los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad.

Y así se hizo y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen. Que un malo suele ser verdugo de otro, y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual: son peces que se comen grandes a chicos.

Llegaron más adelante a un lugar donde la Murmuración era señora y gran amiga de la Mentira. Salióla a recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traición, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Invidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares.

Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira, con una condición, que sólo se le diese el casco de la casa, porque ella quería hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla; mas como debía dar gusto a la Mentira, recibió la merced que le hacía, sin replicarle más en ello y así se fueron juntos a palacio. El veedor Solicitud y el dispensero Inconstancia proveyeron la comida. Y a la fama vinieron de la comarca con suma de bastimentos. Todo se recebía, sin reparar en precios. Y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habían vendido. El tesorero dijo que nada les debía y el dispensero que lo había pagado.

Levantóse gran alboroto. Salió la Mentira, diciendo: «Amigos, ¿que pedís? Locos estáis o no os entiendo: ya os han pagado cuanto aquí trajistes, que yo lo vi, y os dieron el dinero en presencia de la Verdad. Ella lo diga, si basta por testigo.» Fueron a la Verdad que lo dijese. Hízose dormida; recordáronla con voces, mas ella, considerando lo pasado, dudaba en lo que había de hacer. Acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado.

Ya la Verdad es muda, por lo que le costó el no serlo: ese que la trata, paga. Mas a mi parecer, pinto en la imaginación que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce; la clavija gruñe, rechina y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose, hasta que la ponen en su punto; la clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda. Pues así pasa: la Verdad es la clavija y la Mentira la cuerda. Bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar a la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo y, quedando sana, la Mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaquería: luego faltó y quebró. No pudo resistir la torcedura: siempre rodando de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama otro.

Ya soy paje. ¡Quiera Dios que no vengamos a peor! No es posible lo que está violentado dejar de bajar o subir a su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias, bajándome a servir. Presto verás lo poco que asisto en ello. Que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto. Venir tan de vuelo de uno en otro extremo no puede ser con firmeza: es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raíces, no lleva fruto, presto se seca. No las pude echar en el oficio nuevo, aunque perseveraré algunos años, ni vine a frutificar. Fue mucho salto a paje, de pícaro –aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que sólo el hábito los diferencia: por fuerza me había de lastimar.

Bien al revés me aconteció que a los otros, pues dicen que las honras, cuanto más crecen, más hambre ponen. A mí me daban hastío las que había profesado. Esas lo eran para mí: cada uno en lo que se cría... Bueno sería sacar el pece del agua y criar los pavos en ella, hacer volar al buey y el águila que are, sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcón y quitar al hombre el risible. Yo estaba enseñado a las ollas de Egipto; mi centro era el bodegón, la taberna el punto de mi círculo, el vicio mi fin, a quien caminaba. En aquello tenía gusto, aquello era mi salud y todo lo a esto contrario lo era mío.

El que como yo estaba hecho a qué quieres boca, cuerpo qué te falta, los ojos hinchados de dormir, las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre a dos carrillos como la mona, de qué manera pudiera sufrir una limitada ración y estar un día de guarda y a la noche la hacha en la mano, en un pie como grulla, arrimado a la pared hasta casi amanecer, a veces sin cenar y aun las más era más a lo cierto, helado de frío, esperando que salga o entre la visita, hecho resaca de las escaleras o fuelles de herrero, bajando y subiendo, acompañar, seguir la carroza a horas y deshoras, poniéndonos el invierno de lodo y el verano de polvo, sirviendo a la mesa, el vientre ahilado con deseos, comiendo con los ojos

y deseando en el alma lo que allí se ponía, llevar el recaudo, volver con otro, gastando zapatos, y de mes a mes que nos los daban, los quince días andábamos descalzos.

En esto se pasa desde primero de enero hasta fin de diciembre de cada un año. Preguntando al cabo dello «¿Qué tenéis horro, qué se ha ganado?», la respuesta está en la mano: «Señor, sirvo a mercedes, he comido y bebido, en invierno frío, en verano caliente, poco, malo y tarde. Traigo este vestido que me dieron y no tanto con que me cubriese, cuanto para con que sirviese; no para que me abrigase, sino con que los honrase. Hiciéronlo a su gusto y a mi costa; diéronme por mis dineros las colores de su antojo. Lo que habemos medrado en abundancia ha sido resfriados, que no hay hombre que pueda alzar un plato; granos y comezón con que nos entretenemos, y otras cosas de frutillas tales o peores. Cuando el viento corre fresco y alcanzamos valor de diez o doce cuartos, todo en grueso, ha sido de otros tantos pellizcos o bocados de cera que quitamos a la hacha y los vendemos a un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ése tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías; mas acaso si en ello lo hallan, en azotes lo paga, que es un juicio». Sólo esto se permitía hurtar, digo se hurtaba, menos mal, que si se nos permitiera, cabo a cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de cerería; mas, cuando esquilmba de la mía o traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo.

Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa, dejado a parte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden. Y aun en esto hacían mil burradas; que como uno levantase un panal de la mesa, envolviólo de presto en un lienzo y metiólo en la faltriquera. Como servía los manjares y no pudiese tan presto darle puerto de salvación o el cobro que deseaba y con el calor se fuese la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo a mucha priesa. Monseñor lo miraba desde la mesa, y con gana de reír que tuvo, mandóle que se estirase arriba las calzas. El paje lo hizo. Como pasó las manos por cima de la miel, pegósele y quedó corrido, de lo que allí se rieron; mas a fe que le amargó, porque, sin gustar de la miel, con una correa le hicieron que diese la cera. No fuera yo, que a fe que nunca tal me sucediera. Sabía muy bien cualquier bellaquería y no estaba olvidado de mis mañas. Porque no se me secase la vaina, me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos a mis compañeros. El diablo trajo a palacio necios y lerdos, que se dejan caído cada pedazo por su parte; gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo o galgo: en la ocasión ha de señalar su carrera y fuera della se ha de mostrar compuesto y quieto.

Paje había, y digo que los más y me alargo más, que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante como detrás de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama. Flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos y lo más que podía, de que poblaba el jergón de la cama de mi compañero, porque no lo hallasen en la mía. En los aires lo trocaba por otro y, aunque fuera por hierro viejo, no había de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo, que si un punto se descuidaba, ojos que lo vieron ir, nunca lo vieran volver.

De aquestas travesuras hacía muchas y todas eran obras de mozo liviano. Di en una cosa después, que jamás me había pasado por el pensamiento, y fue en goloso. No sé si lo hizo el comer por tasa y que levantó el deseo el apetito; o que debía estar en muda, porque dicen que en ciertas edades truecan los hombres de costumbres.

Íbame tras la golosina, como ciego en el rezado. Las que mis ojos columbraban, en el erario no estaban seguras. Mis manos eran águilas; y como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, así yo, poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendían viniéndoseme a la boca.

Tenía monseñor un arcón grande, que usan en Italia, de pino blanco. Aun en España he visto muchos dellos, que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidros o barros. Este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas

azucaradas, digo secas. Allí estaba la pera bergamota de Aranjuez, la ciruela ginovisca, melón de Granada, cidra sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limón de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berenjena de Toledo, orejones de Aragón, patata de Málaga. Tenía camuesa, zanahoria, calabaza, confituras de mil maneras y otro infinito número de diferencias, que me traían el espíritu inquieto y el alma desasosegada.

Siempre que había de hacer colación o comer alguna destas cosas, dábame la llave, que la sacase en su presencia, sin fiarla nunca de mí a solas. Desta desconfianza nació ira; de la ira, deseo de venganza. Con él me puse a soñar, estando despierto: «¡Válgame Dios! ¿Cómo le daríamos a este arcón garrote?» Ya dije que era grande, a mi parecer de dos varas y media, una de alto y otra en ancho, blanco más que un papel, la veta menuda como hilos de cambray, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras y su chapa en medio.

Si sabes qué es hurtar o lo has oído decir, cómo será bueno vaciarlo sin falsar llave, abrir ceradura, quitar gozne ni quebrar tabla, espera, diréte qué hacía... Cuando me cabía la guarda y había en casa visita o cualquier otra ocupación que parecía forzosa o prometía seguridad, tenía mi herramienta prevenida. Alzaba un poquito el un canto de la tapa, cuanto podía meter una cuña de madera y, alzaprimando un poco más, metía un palo rollizo torneado, como cabo de martillo. Este iba poco a poco cazando con él, dando vueltas hacia la chapa y, cuanto más a ella lo llegaba, tanto la dejaba del canto más levantada. De manera que, como era mozuelo y tenía delgado el brazo, sacaba lo que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras.

Más hacía, cuando alguna vez no alcanzaba lo que estaba un poco lejos, contra la contumacia y rebeldía de las tales cosas: ponía en un palillo o cabo de caña dos alfileres, uno de punta y otro hecho garabato, con que lo hacía venir a obediencia. Así era señor de cuanto dentro estaba, sin tener llave para ello. Dime tan buena maña que, aunque había mucho, ya se vía la falta, y conocióse claro por una zamboa castellana que, como fuese muy grande y estuviese toda dorada, me incliné a ella. Era un ascua de oro a la vista y después me supo, que hasta hoy la traigo en la boca: nunca mejor cosa ni su semejante vi en mi vida.

Como era pieza conocida y faltase de allí, comenzó la sospecha general. Mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha. Y desto pesara mucho a monseñor, tener en su casa quien se atreviera a falsarle cerraduras y más las de dentro de su retrete. Llamó a sus criados principales, para que la verdad se supiera. Quiso mi buena suerte que ya estaba toda digerida, sin memoria della en mi poder. Era el mayordomo un capellán melancólico, de mala digestión; dijo que llamasen a todos los criados para que, encerrados en una pieza, se hiciera en ellos cala y cata y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razón, sino atrevimiento de criado mozo.

A todos nos enjaularon; mas no fue de sustancia, que nos hallaron cabales de la marca y a ninguno falso. Esta se pasó, mas el cuidado no, que a buena fe que andaba el amo deseoso de saber la verdad. Yo con el alboroto dejé pasar algunos días, hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcón. Mas la corcova que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor, se le hará peor: las malas mañas que aprendí, me quedaron indelebles. Así pudiera sustentarme sin ello, como sin resollar; y más aquellas niñerías, que ya les había tomado el tiento y me sabían bien. No pude tenerme en la silla, sin volver a caer y a visitarle de nuevo. Volvíme a la querencia.

Un día que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesara. Estaba el arcón en un retretillo como alcoba, mas adentro de la cámara en que dormía y, teniendo mi brazo arremangado dentro dél, acertó a darle a monseñor gana de orinar. Levantóse a su aposento y, no viendo algún paje, tomó el orinal, que estaba a la cabecera y, estando orinando, sentílo y alborotéme. Quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canto de las maderas: quedé como gorrión en la loseta, bien apretado.

Al ruido del golpe, monseñor preguntó:

—¿Quién está ahí?

No pude no responderle ni apartarme de como estaba. Entró dentro y hallóme de rodillas, castrando la colmena. Preguntóme qué hacía. Hube de confesar.

Diole tanta gana de reír en verme de aquella manera, que llamó a los que con él jugaban, para que me vieran. Riéronse todos y rogaron por mí, que aquella se me perdonase, por ser la primera y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no y que había de ser azotado. Sobre cuántos azotes me habían de dar, hubo nueva chacota, que así los iban recateando, como si fuera hechura de algún pontifical. Quedaron de concierto fuesen una docena. Remitieron la paga al dómine Nicolao, que servía de secretario. Era mi mortal enemigo. Diómelos con tales ganas, en su aposento, que en quince días no pude estar sentado.

Pero no le sucedió dello como pensaba, que me lo pagó muy presto y aun con setenas. Y fue que, como los mosquitos lo persiguiesen, y hubiese muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dije:

—Yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla.

El me lo agradeció, y con ruegos me importunó se lo diese. Díjele que mandase traer un manojo de perejil y, mojado en buen vinagre, lo pusiese a la cabecera de la cama, que todos acudirían al olor y, en sentándose en él, irían cayendo muertos. Creyóme y hízolo luego. Cuando se fue a la cama, cargó tanto número dellos y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos a tenazadas y le comían las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos y, creyendo que morirían, pasó hasta por la mañana.

La noche siguiente, como el remedio hubiese atraído, no sólo los de casa, mas aun de todo el barrio, labraron de manera que le disfiguraron el rostro y todo lo más que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal exceso, que fue necesario dejar el aposento y salirse dél huyendo.

El secretario me quiso matar, y viéndolo monseñor de aquella manera, que parecía leproso, y que yo de miedo no parecía, se descompuso riendo de la burla que le hice y, mandándome llamar, me preguntó que por qué había hecho aquella travesura. Respondíle:

—Vuestra Señoría Ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien cuánto se recatearon uno a uno; demás desto, no habían de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años. El dómine Nicolao me dio más de veinte por su cuenta, siendo los postreros los más crueles. Y así vengué mis ronchas con las suyas.

Pasóse en gracia y, porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, serví este tiempo al camarero.

Capítulo VIII

Cómo Gumán de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al Camarero a quien servía, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva

Era hombre donoso, sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho a la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno y más de un poco imaginativo. Tenía unas parientas pobres y cada día les enviaba su ración y algunas veces comía o cenaba con ellas, como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oiréis adelante, y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas (que es un manjar de masa cortada y cocida en graso de ave, con queso y pimienta), no vino bien dispuesto, fuese a la cama derecho y metióse dentro desnudo. Pues como faltase a la cena de monseñor y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba. Enviólo a visitar y respondió no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estaría por la mañana, con la merced que su señoría ilustrísima le hacía enviando a saber de su salud.

Esto se quedó así por entonces, y a la mañana yo era ido a casa de las parientas con la comida, y un compañero mío quedó limpiando los vestidos, para que su señor se levantara. Él y el secretario se burlaban mucho y de las burlas, por ser sin perjuicio, gustaba monseñor. Levantóse el secretario y fuese adonde mi compañero estaba y preguntóle:

—¿Cómo está vuestro amo?

Él respondió que reposaba, porque la noche antes no lo había hecho ni podido dormir. Volvióle a decir:

—Pues, en tanto que no se viste, idos con este mi criado, ayudaréisle a traer cierto recaudo. Y ha de ser presto, que yo quedaré aquí entretanto.

El mozo fue donde le mandaron, y el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa y haber faltado a la mesa, tenía trazada una donosa burla y prevenido un mozuelo, que vestido en hábito de dama cortesana, se metiese tras de su cama. Pues como estuviese durmiendo y la entrada franca, para mayor seguridad entró el secretario primero sin ser sentido. El mozuelo se escondió, como estaba industriado, y estúvose quedo. Volvió el secretario a salir y fuese donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el camarero. Respondióle:

—Señor, agora supe dél y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno. Y no me maravillo, que antes de recogerme anoche lo visité y no me habló de buena gracia; no sé lo que se tiene.

Monseñor, que era la misma caridad, al momento lo fue a visitar. Y estando sentado a su cabecera, salió el mozuelo por la cortina trasera de la cama y dijo:

—¡Ay, amarga de mí! Voyme, señor, que es tarde, por amor de mi marido.

Y así salió por medio de todos los criados del cardenal, que con él habían allí venido. Monseñor se admiró, que lo tenía por un santo, y el camarero, asombrado, creyó ser visión. Comenzó a dar gritos:

—¡Jesús, Jesús! ¡El demonio, el demonio!

Y así saltó en camisa de la cama, huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos que lo sabían, se estuvieron riendo, y en ello conoció monseñor que había sido burla. Dijéronle la verdad.

El camarero no sosegaba ni sabía por dónde huir. Y aunque todos procuraban reportarlo, no volvió tan presto en sí; antes quedó asombrado y corrido de la burla, por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo, como cortesano, y el cardenal se fue santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine, todo era pasado; mas

tanto lo sentí, como si dado me hubieran otros tantos azotes. Diera el camarero por vengarse un ojo de la cara. Como me vio triste y él también lo estaba, me dijo:

—¿Qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho

comigo estos bellacos? Respondíle:

—Bueno ha sido; mas creo que si a mí me la hicieran, que no le diera Su Santidad la penitencia ni en mi testamento aguardara a dejarle la manda; que antes dello cobrara la deuda y no mal.

Todos me tenían por travieso y tracista. No fue necesario muchas palabras, qua ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo, por no ser lícito a un paje vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual. Ande cada oveja con su pareja, que no son buenas burlas con los mayores. Una bastó para mi satisfacción y en causa propia, que fue con disculpa. ¿Quién o para qué me embarcaba en cosas de que no podía escapar menos que con buenos azotes o las orejas cuatro dedos más largas y sin pelo ni cañón en la cabeza? Por eso callaba y estábame quedo.

Mas yo, que de mío era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas y entender que monseñor había de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño dello; y así dejé pasar algunos días, esperando que hiciese más calor. Cuando me pareció tiempo y que el ordinario de España quería partir, el secretario trabajaba con gran priesa. Compré un poco de resina, encienso y almácigas; molílo y cernílo todo junto, dejándolo hecho sutil harina.

Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos depriesa. Fuime derecho a él, diciendo:

—Hola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno. Pan hay: si tienes vino, serás mi compañero; y si no, perdona, que quiero buscar camarada.

Él dijo:

—No, pesia tal, que yo lo daré: quédate aquí, que luego soy con él y contigo.

Entretanto que fue por él a la despensa, saqué mi papel de polvos y, volviendo las calzas, rociélas con un poco de vino que llevaba en un pomillo de vidro y polvoreélas muy bien, tornándolas a poner como el mozo las dejó. Él volvió bien presto con el jarro proveído y, antes que hablase palabra, su amo lo estaba llamando, que se quería vestir. Dejóme el vino en poder y entróse allá dentro. Metiéronse en papeles, que hasta mediodía no pudo volver a salir.

Era el secretario muy velloso. Comenzaron los polvos a disponerse y hacer su efecto. Era por los caniculares y con la fuerza del calor obraron de manera que desde la cintura hasta la planta del pie se hizo un pegote tan recio y fortalecido, que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo.

Como así se vio, comenzó a llamar su gente, para saber aquello qué fuese. Ninguno lo supo decir ni darle razón hasta que el camarero entró y le dijo:

—Señor, esto ha sido burlar al burlador y dar al maestro cuchillada: si buena me la hizo, buena me la paga.

Ella fue tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo a pelo entre dos criados y fue necesario descoser las calzas para poderlas quitar. La burla se solenizó más que la primera, porque escoció más. Desta vez quedé confirmado por quien era: todos huían de mis burlas como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasaron. Después volví a mi oficio, con la misma poca vergüenza que primero. Ya tendrás noticia de la fábula, cuando apartaron compañía la Vergüenza, el Aire y el Agua, que, preguntándose dónde volverían a verse, dijo el Aire que en la altura de los montes, y el Agua en las entrañas de la tierra, y la Vergüenza que, una vez

perdida, imposible sería hallarla. Yo la perdí, sin ella me quedé y sin esperanza de volver a ella. Ni me estaba a cuento, porque a quien le falta la villa es suya.

¿A quién lo pasado no pusiera escarmiento, para no volver más a caso semejante? Contaréte de la emienda lo que me aconteció. Ya tenía las tripas dulces y tan hechas a ello, que aquellos días que faltó fue quitar al enfermo el agua o al borracho el vino. Dejárame caer de lo alto de San Ángel, para hurtarlas del suelo. Y es así que quien teme la muerte no goza la vida. Si el miedo me acobardara, sin gozar de más dulce me quedara.

Hice mi cuenta: «Cuando en otra me hallen ¿qué me pueden hacer? ¿Qué mal me puede venir?» Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluznado, amarillo, triste, desnudo y encogido. Es el miedo acto servil, muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien; como el perro medroso, que es más cierto en ladrar que a morder. Es el miedo verdugo del alma y es necedad temer lo que evitar no se puede. Érame imposible por mi condición abstenerme. «Venga lo que viniere, que a los osados favorece la fortuna. Con Mi persona lo he de pagar y no con bienes muebles ni raíces, pues Dios no ha sido servido de darme tierra propia de que haga un bodoque, ni semovientes que conmigo no anden».

Era monseñor aficionado a unos pipotillos de conservas almibaradas, que suelen traerse de Canaria o de las islas de la Tercera y, en estando vacíos, echábanlos a mal. Yo acaudalé uno de media arroba, que me servía de baúl y en él tenía guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzo de narices y otras cosas de paje pobre.

Mandó un día, estando comiendo, a su mayordomo que comprase a un mercader tres o cuatro quintales dellos, que habían llegado frescos. Yo lo estaba oyendo y pensando en el mismo tiempo cómo valerme de un barril. Alzóse la mesa, recogieronse todos a comer. Entretanto me fui a mi aposento y en abrir y cerrar el ojo recogí dentro del que tenía cuantos trapos viejos y tierra hallé a la mano hasta henchirlo. Púsele su fondo, apretéle los arcos, como si naturalmente lo hubieran traído con raíces de escorzonera; dejélo estar, poniéndome a la mira de lo que sucediera.

Ves aquí sobretarde veo traer dos acémilas cargadas de conservas, que descargaron en el recibimiento. Mandónos el mayordomo a los pajes las llevásemos al aposento de monseñor. Vile a la dama el copete. «No os pasaréis –le dije– sin que os asga del cabello.» Carguéme de uno, como todos los demás, y, quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento, métolo dentro y saco el otro, el cual me llevé a la recámara y así hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta.

Cuando subí el postrero, púseme muy mesurado en la sala; Monseñor me dijo:

–¿Qué te parece desta fruta, Guzmanillo? ¡Aquí no se puede meter el brazo! ¡Poco valen las cuñas!

Respondíle al punto:

–Monseñor ilustrísimo, donde no valen cuñas, aprovechan uñas y, si no cupiere el brazo, valdríame la mano

y eso me bastara. Replicóme:

–¿Cómo entrarán las uñas ni la mano, de la manera que están?

–Esa es la ciencia –le respondí–, que estando de otra fácil de ser abiertos, ni grado ni gracias. En las dificultades han de conocerse los ingenios y en las cosas grandiosas de importancia se muestran; que no hincando en la pared un clavo ni en calzarse los zapatos, cosas agibles, de suyo ya hechas.

–Ahora, pues –dije–, si en estos ocho días fuere tu habilidad tanta que me hurtes algo dellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero, si no lo haces, te has de obligar a una pena.

–Monseñor ilustrísimo –le dije–, ocho días de plazo es vida de un hombre, negocio largo y que podría ser, cuando allá llegásemos, o el concierto se hubiese resfriado o la memoria perdido. Yo acepto la merced que se me ofrece, y, si mañana a estas horas no

estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe a la pez y no se la cubre pelo.

Rióse monseñor y los que con él estaban, y así quedamos de concierto para el siguiente día. Mas, como ya estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligación, y dejélo hasta su tiempo.

Estaba otro día la mesa puesta y monseñor sentado a ella, comiendo los principios que yo serví primero, y mirándome a la cara con alguna risa, me dijo:

–Guzmanillo, poco te queda de aquí a la tarde, llegándosete va el plazo. ¿Qué dieras ahora por verte libre? Ya el dómine Nicolao tiene puesto a punto el recaudo y me parece que traza cómo vengarse de ti, y tú de satisfacerte dél. De mi consejo sería se hubiese bien contigo, no tanto por ti, como por sí.

Yo le respondí:

–Monseñor ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos y no lo están las conservas de las mías, y, si se pudiera jugar a siete y llevar, y tuviera que perder más de la pobreza de mi persona, desta vez determinara jugarlo, por tener mi suerte cierta.

Así pasó la comida hasta el servir los postres, que tomando del aparador una media fuente, la llené del barril, y con ella me fui a la mesa y la puse en ella. Cuando monseñor la vio, admiróse, porque él mismo, en su aposento, guardó los barriles y allí los tenía, que a nadie los fió, por el apuesta, y se guardó la llave. Llamó al camarero y mandóle entrar dentro, que los contase y viese si estaba alguno abierto o mal acondicionado.

Entró y hallólos como se pusieron. Salió diciendo que estaban enteros y cabales, sanos y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello.

–¡Ah, ah, ah! –dijo monseñor–. ¡No te han de valer bellaquerías! ¡Desta vez pagar tienes! Querías decir que lo sacaste de los barriles y lo tendrás pagado con tus dineros. Dómine Nicolao –dijo al secretario–, yo os entrego a Guzmanillo, que hagáis dél a vuestra posta, pues ha perdido en la apuesta.

El secretario respondió:

–Monseñor ilustrísimo, Vuestra Ilustrísima Señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo par dél ni de su sombra quiero llegarme ni me atrevo, que lo tengo por tal, que buscará sabandijas que me coman. Si a mi castigo dejan su pena, yo lo absuelvo y lo quiero por amigo.

–No he tenido culpa hasta ahora –respondí–, para que me den absolución. Donde no hay materia, no tienen que buscar forma. Yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad y se viere palpablemente, castíguenme como quisieren. ¿De qué sirven las palabras, donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trajo, y no sólo ésta, pero un barril entero está en mi aposento.

Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser. En cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacía otra cosa que santiguarse con toda la mano. Deseoso de certificarse dello, se levantó y fue a mirarlo por sus ojos. Había puesto ciertas señales. Hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave: no sabía cómo fuese.

Creyó con más veras que compré el barril y díjome:

–Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos.

Yo los conté y le dije:

–Monseñor ilustrísimo, cabales están; pero de lo contado come el lobo. Ya veo que están buenos; mas no todos, y para que así se vea, tráigase uno que tengo en mi aposento, y abran aquel que allí está y hallaránlo trocado.

Abriéronlo, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron. Quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido. Todos me lo preguntaron, mas a ninguno lo dije.

Luego supliqué se cumpliera conmigo lo prometido. Así se hizo. Mandáronme dar otro y tuve dos. Pero, para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como me lo entregaron, lo di a los pajes, mis compañeros, que lo partiesen entre sí.

Y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse más de mi liberalidad y túvolo en mucho. Temíase de mis mañas y, sin duda, entonces me echara de su casa, si no fuera tan santo varón.

Hizo una consideración: «Si a éste desamparo, algún gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres. Las cosas que en mi casa hace, son travesuras de niñez y de lo que no me pone en falta. Menor daño es que a mí se atreva en poco, que con la necesidad a otros en mucho.» Con esto hizo, para mejor disimularlo, del vicio gracia. Y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse, que se remedie, y cuando no, que se disimule. Hízose risa dello, contándolo a cuantos príncipes y señores lo visitaban, en las conversaciones que se ofrecían.

Capítulo IX

De otro hurto de conservas que hizo Gumán de Alfarache a monseñor y cómo por el juego él mismo se fue de su casa

La ordenación de la caridad, aunque antes quedó apuntado, digo que comienza de Dios, a quien se siguen los padres y a ellos los hijos, después a los criados –y, si son buenos, deben ser más amados que los malos hijos. Mas como no los tenía monseñor, amaba tiernamente a los que le servían, poniendo, después de Dios y su figura, que es el pobre, todo su amor en ellos. Era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espíritu Santo y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso. Tiene inclusas en sí la Fe y Esperanza. Es camino del cielo, ligaduras que atan a Dios con el hombre, obradora de milagros, azote de la soberbia y fuente de sabiduría.

Deseaba tanto mi remedio como si dél resultara el suyo. Obligábame con amor, por no asombrarme con temor. Y para probar si pudiera reducirme a cosas de virtud me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo, de su plato; de sus niñerías, cuando las comía, partía comigo, diciendo:

–Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz; mira que, como el dómine Nicolao, contigo no quiero pendencia, conténtate con este bocado y con que te reconozca vasallaje dándote parias.

Decíalo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores. Era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados, favorecía los, amábalos, haciendo por ellos lo posible, con que todos lo amaban con el alma y servían con fidelidad; que sin duda al amo que honra el criado le sirve, y si bien paga, bien le pagan; pero, si es humano, lo adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad ni le hacen amistad, no le sirven con temor ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonado en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuánto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarían para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza. Y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no lo amare.

Trajéronle a monseñor de Génova unas cajas de conservas, muy, grandes, muy doradas, labradas por encima: lo que se podía desear. Eran frescas, acabadas de hacer y en el camino habían tomado alguna humedad. Cuando se las pusieron delante, holgóse de verlas y más por haberlas hecho y enviado una señora deuda suya, de quien solía ser ordinariamente regalado. Yo no estaba en casa y, en tanto que volvía, entraron en acuerdo qué se haría dellas o dónde se podrían enjugar, que tuviesen salvoconduto de mi persona. Porque, como se hubiesen de poner al sol, corrieran peligro aun dentro de la urna con las cenizas de Julio César. Cada uno dio su parecer, y ninguno bueno. Monseñor acordó en una cosa y dijo:

–No hay para qué buscar dónde guardarlas. Dándoselas que las guarde, tendrán seguridad, y no de otra manera.

Cuadró a todos la razón y luego como vine me dijo:

–Guzmanillo, ¿qué habemos de hacer destas conservas que vienen húmedas, para que no se acaben de perder?

Yo dije:

–Lo más cierto me parece, monseñor ilustrísimo, comerlas luego.

–¿Y atreviéraste a comerlas todas? –me preguntó. Respondíle:

–No son muchas, a mi parecer, si el tiempo fuese mucho, mas no soy tan comedor, que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente.

—Pues yo quiero que las guardes y tengas cuenta con sacarlas al sol cada día, que aquí no hay lance. Por cuenta se te han de entregar y las tienes de volver. Descubiertas van y llenas. Asegurado estoy del daño que les puede venir.

—Yo no lo estoy —le respondí— de mí mismo ni del que les podría hacer, que soy hijo de Eva y, metido en un paraíso de conservas, podríame tentar la serpiente de la carne.

Volvió a decir:

—Pues mira cómo ha de ser, que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales, o mira por ti lo que te va en ello.

Volvíle a decir:

—No viene el pleito sobre ese artículo, que hasta volverlas como están, sin que se les conozca falta ni daño, cosa es fácil; otra es en la que reparo.

—¿En qué reparas? —me volvió a preguntar. Díjele:

—Que me pongo a gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza que, cumpliendo con lo que se me manda, forzoso he de gustar mucha parte dello.

Monseñor, admirándose, dijo:

—Ahora, pues, en esto quiero ver lo que sabes. Doyte licencia que comas, hasta que te hartes una vez, con tal condición, que me las vuelvas a entregar sin que se les conozca falta, y si se le conociere me lo has de pagar.

Aceptélo. Fuéronme todas entregadas. Otro día saquélas al sol en unos corredores y, entre todas había una de azahar y limón, que a la vista se venía. Lleguéme bonico con un cuchillo pequeño, quitéle las tachuelas del suelo y, dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo le saqué casi la mitad por abajo, volviéndola a clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado a la medida y, tan justo, que no había más que ver.

Estando monseñor aquella noche haciendo colación, trájele a la mesa cuatro cajas de aquellas y preguntéle si había hecho buena guarda. Respondióme:

—Si así están las demás, yo me contento.

Fuíselas trayendo todas y holgóse de verlas, porque estaban algo más enjutas y cabales. Luego volví con un plato, y en él todo mi hurto, que, en realidad de verdad, aun dello no probé cantidad de una nuez: aquello hice solamente para la ostentación del ingenio.

Cuando lo vio, me preguntó:

—¿Qué es esto?

Yo le respondí:

—Parto con Vuestra Señoría Ilustrísima de mi hurto.

Él me dijo:

—Yo mandé que te hartases, mas no que hurtases. Perdido has esta vez. Repliquéle:

—Yo no me he hartado ni lo he probado. No pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar y, todo el hurto entero, como se podrá bien ver. Y si del haber usado virtud ha de resultarme daño, no sé por dónde camine que acierte, pues me tienen tomadas las veredas. No se me da nada del castigo ni de haber perdido, porque creí haber ganado; mas otra vez no perderé.

—Ahora no quiero dejarte quejoso —me respondió—. Sin razón te culpo. Mas ¿de cuál de todas estas, deseo saber, lo sacaste?

Alargué la mano diciendo:

—Desta es la falta —y enseñéle cómo y, por dónde.

Holgóse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temían mucho no la emplease en mal algún tiempo. Mandóme alzar la caja y que me la llevase.

Destas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba dellas y de mí, como de un juglar. Porque, si algún paje se dormía, bien pudieran otro día comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada día dos horas a la mañana y dos a la tarde oír a un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo. Lo más, después de servir a nuestro amo, que era hartó poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos. Si salíamos de casa, era sólo a engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado.

De noche dábamos lejías a las damas cortesanass, y, a las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba. Y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto a la vergüenza. Todo me hedía, nada me asentaba. Día y noche sospiraba por mis pasados deleites.

Cuando me vi mancebo, que pudiera bien ceñir espada, holgara de algún acrecentamiento de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante. Y estoy cierto que, si mis obras lo merecieran, no me faltara; mas, en lugar de cobrar juicio y hacer cosas virtuosas para ganar la voluntad, obligando con ellas, di en jugar aun hasta mis vestidos. Y como era un poco libre, también lo andaba en el juego.

Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando a la primera. ¡Cuántas veces, yendo en dos, tomé tres cartas y, teniendo cinco, envidé con las tres mejores! ¡Cuántas veces tomé la carta postrera y, poniéndola debajo, veía si era buena o no, y muy de espacio brujuleaba la otra va vista y hacía partidos, que era robar en poblado! ¡Cuántas veces tenía un diácono a mi lado, que se hacía dormido y, me daba las cartas por debajo! ¡Cuántas veces andaba un adalid por cima, que me daba el punto de los otros, para saber el que tenían y a qué iban y por señas tan sutiles me lo decía, que era imposible poder entenderse! ¡Cuántas pandillas hice, dando al contrario cincuenta y dos y, quedándome con un as, hice cincuenta y cinco, o con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y, mejore mi punto o gané por la mano! Pues ya cuando jugábamos dos a uno y nos dábamos las cartas, tomar naipe desechado, poniéndolo encima, jugar con guión, hacer trascartones, poner el naipe de mayor o señalarlo, habiéndome hecho de concierto con el coimero o con el que los vende.

¡Oh, qué hice de ruindades y fullerías! Ninguna hubo que no entendiera y supiera: todas las obraba. Porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo. Y si lícito fuese –digo lícito, que como en la república se permiten casas de pecados, por escusar otros mayores–, había de haber en cada pueblo principal maestros destas bellaquerías, donde los inclinados al juego las entendiesen y no los engañasen. Porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio y hace vil costumbre lo que se inventó por lícito ejercicio. Con razón se dirá vil costumbre, cuando descompuestamente siguieren, sacándolo de su curso. El juego fue inventado para recreación del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida, y lo que desta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace que no se le junten estos atributos...

Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre; no obstante que deseo más que se aparten dél aquellos que son más nobles, considerando los daños que dello se les sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno y, que, si él gana y el otro pierde, se obliga a sufrir muchos atrevimientos y, descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo y no un hombre de honor. Y otras cosas que no me atrevo a decir, tales de calidad, que no sólo por ellas y las dichas habían de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega.

Mas, va que nuestro apetito es tan desenfrenado, no sería malo, sino importante, que sepa el mancebo las leves, los partidos, las tretas, los engaños que en él hay. Y si rehundieren,

rehúnda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinto, en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero como bestia, que demás de ganárselo, burlan dél.

Una cosa procuré: nunca sentarme a jugar con poco ni de poco, ni con persona que no aventurase a ganar mucho, jugando mi real a tres y sin dar mohína ni tomarla. Yo me entretenía ya de manera que hacía muchas faltas, y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé cuál señor quiere dar pan a criado jugador. Porque si tiene a su cargo hacienda de que puede aprovecharse y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, en ventura si podrá esquitarse; pero si vuelve a perder y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor daño, cuando aquél quisiere remediar, si no tiene a cargo hacienda. No es posible asistir a las horas que debe servir ni lo han de hallar cuando fuere menester, como a mí me aconteció.

Sentíalo monseñor en el alma. Nada pudo aprovechar conmigo –amonestaciones, persuaciones, palabras ni promesas–, para quitarme de malas costumbres. Y estando una vez con los más criados de casa, en mi ausencia les dijo lo bien que me quería y deseo que de mi bien tenía, y, pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratagema: que, echándome unos días de casa, podría ser que viendo, mis faltas amansaría, conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la ración, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. ¡Oh virtud singular de príncipe, digna de alabanza eterna y a quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! Que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por sólo un pequeño gusto de los tales amos.

Prevínome la necesidad forzosa de la comida. ¡Líbreos Dios todopoderoso de tal necesidad! Todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y, no tener de qué llegar la hora y estar en ayunas, pasar hasta la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale.

Hízose así y en tiempo harto trabajoso, porque como un día una noche hubiese estado jugando y perdido cuanto dinero tenía, y del vestido me quedase sólo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco, viéndome así, metíme en mi aposento, sin osar salir dél. Y aunque me quise fingir enfermo, no pude, porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos, y también porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño.

Como le falté a la mesa tantos días, preguntaba siempre por mí. Pesábale que se dijese chismes y de que unos fiscaleasen a otros; y así le decían: «Por ahí anda.» Creció su sospecha no me hubiera sucedido alguna desgracia y, apretando mucho por saber de mí, fue necesario satisfacerlo, diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinación, viendo cuán disolutamente sin temor ni vergüenza procedía, que mandó me hiciesen un vestido y con él me echasen de casa en la forma que lo había mandado antes.

Vistióme el mayordomo y, despidióme. Corríme tanto dello, que como si fuera deuda que se me debiera tenerme monseñor consigo, haciendo fieros me salí sin querer nunca más volver a su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recaudos y promesas, diciéndome el fin con que se había hecho y sólo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me quería y en mi ausencia decía de mí. Nada pudo ser parte que volviese; siempre tuve mis trece, que parecía vengarme con aquello. Estendíme como ruin, quedéme para ruin, pues fui ingrato a las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varón de mi amo me hacía. Justa sentencia suya es que a quien las buenas obras no aprovechan y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mío que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¡Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, por qué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabía ni a mi servicio se debía ni por gratitud lo merecía! ¡Qué mal supe conservar aquel bien presente ni merecer el que con aumento esperaba y sin duda recibiera! ¡Qué desconocido anduve al regalo con que fui curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fui administrado! ¡Qué ingrato a la caridad con que fui servido! ¡Qué

descuidado del cuidado con que fui doctrinado! ¡Qué soberbio a la mansedumbre con que fui amonestado! ¡Qué pertinaz a las dulces palabras con que fui persuadido! ¡Qué sordo a las graves razones amorosas con que fui reprehendido! ¡Qué áspero a la paciencia con que fui sufrido! ¡Qué incorregible al favor con que fui defendido! ¡Qué rebelde a los medios que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fui tratado y que sin enmienda de los descuidos que me disimularon!

Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieran a su prosperidad, hicieran tanto ni con tanto amor, sufriendome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mía. Con menos respeto trataba en su presencia que si fuera igual mío, y él con entrañas de Dios me lo sufría. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas. Monseñor no se canso, no se indignó ni airó contra mí.

¡Oh, condición real, heredada del Padre verdadero, hacer bien y más bien a los tales como yo! Esperándome un día, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa y que, atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren.

En todo seguí mi gusto, a todo hice oídos de mercader. Apelé para mi carne, que – pronta para mis vicios– en seguirla me desvanecí. Tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar a la naturaleza, no tendré razón, pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinación para lo malo. Mía fue la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razón; siempre fue maestra de verdad y de vergüenza, nunca faltó en lo necesario. Mas, como se corrompe por el pecado y los míos fueron tantos, yo produje la causa de su efeto, siendo verdugo de mi mismo.

Capítulo X

Despedido Gumán de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó a un gentilhomme napolitano, con que da fin a la primera parte de su vida

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si, como dije y fue verdad, tanta instancia hizo por volverme a ella; mas, como hervía la sangre, considerélo bien mal –quiero decir hice bien mal de no considerar mi mal, bien.

Andábame vagando a la flor del berro por las calles de Roma, y como tenía de la prosperidad algunos amigos de mi profesión, viéndome desacomodado me convidaban, aunque me costaba muy caro: que la comida en compañía del malo, dando el alimento al cuerpo, destruye con malos humores el alma. Y no tanto me hartaban aquellos bocados, como me destruían sus malos consejos y costumbres, de que sólo me ha quedado el arrepentimiento, porque lo vine a conocer cuando ya me hallé con el agua a la boca.

Éntranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido. Son tan fáciles de recibir cuanto dificultosos de dejar. Y los amigos tales son fuelles: encienden la llama que comienza a arder y con una centella levantan gran hoguera.

Bien pudiera yo cobrar mi ración, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo que fuese o enviase por ella cada día: mas dejélo de obstinado y quería más la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Bien presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese y por cuya confianza yo lo hice. Cansáronse de dármele muy presto. No sólo no me lo dieron; mas, por no dármele, me aborrecieron. Esto de huéspedes tiene misterio: siempre hallé en el que convida boca de miel y manos de hiel. Con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan y con

tristeza comen. Los huéspedes han de ser a deseo, ricos y de pasaje; han de pisar poco la casa, calentar poco la silla y asistir poco a la mesa, para no dar hastío. No te fíes, creyendo ser hospedado liberal y, francamente, como suenan las palabras; que para mí es regla cierta de hospederías haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año y de un mal padre toda la vida.

Sólo el padre no se cansa, que todos los más de poco se empalagan y, enfadan. Lo que más tardares, has de ser odiado y enojoso y te querrían echar en el pan zarazas. Dame, pues, por ventura, si te convida un casado y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya, y un poco brava, o si es madre o hermana, finalmente mujer, que las más de suyo son avarientas, ¡cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen y aun a sí mismas con ello! El día que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la ajena pavos blandos.

Mis amigos, hartos de mí, no fue necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon yéndose acortando en el dar, hasta sin rebozo venirlo a negar. Fueme forzoso buscar un árbol donde arrimarme, que me hiciese sombra con la comida. Vime tan apretado que, cual el hijo pródigo, quisiera volver a ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fue mi desgracia tanta, que ya era fallecido. Ya yo estaba rendido y me quería sujetar con muy determinada voluntad en la emienda; mas acudí tarde. Que quien cuando puede no quiere, bien es que cuando quiera no pueda y pierda por el mal querer el bien poder.

No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses. Y, si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara como a el que menos de sus criados, con una honrada ración para toda mi vida y en ventura de alguna mejoría; mas, pues así fue, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga

desvergüenza lo perdió. Las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: «¡Ah señor!, al fin había de ser y lo que ha de ser conviene que sea.» Hermano mío, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser ni conviene ser: tú lo haces que sea y que convenga. Libre albedrío te dieron con que te gobernases. La estrella no te fuerza ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas a dejar lo bueno y te esfuerzas en lo malo, siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades.

Entré a servir al embajador de Francia, con quien monseñor, que está en gloria, tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis niñerías. Mucho deseaba servirse de mí, mas no se atrevió a recebirme por el amistad que estaba de por medio. En resolución allá me fui. Hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin; que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona y, el embajador al gusto de la suya, porque lo recibía de donaires que le decía, cuentos que le contaba y, a veces de recaudos que le llevaba de algunas damas a quien servía.

No me señaló plaza ni oficio: generalmente le servía y generalmente me pagaba. Porque o él me lo daba o en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire. Y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhán chocarrero. Cuando teníamos convidados, que nunca faltaban, a los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos; mas a otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venían, a los tales hacíamos mil burlas. A unos dejándolos sin beber, que parecía que los criábamos como melones de secano; a otros dándoles a beber poco y con tazas penadas, a otros muy aguado, a otros caliente. Los manjares que gustaban, alzábamos el plato, servíamosles con salado, acedo y mal sazonado. Buscábamos invención para que les hiciese mal provecho, por aventarlos de casa.

Una vez aconteció que, como un inglés hubiese dicho ser pariente del embajador y tuviese costumbre de venírseles a casa cada día, mi amo se enfadaba, porque, demás de no ser su deudo, no tenía calidades ni sangre noble y, sobre todo, era en su conversación impertinente y cansado. Hay hombres que aporrean un alma con sólo mirarlos, y otros que se meten en ella, dejándose querer, sin ser en las manos del uno ni en el poder del otro el odio ni el amor. Pero éste parecía todo de plomo, mazo sordo.

Una noche al principio de cena comenzó a desvanecerse con mil mentiras, de que el embajador se enfadó mucho y, no pudiéndolo sufrir, me dijo en español, que el otro no entendía:

—Mucho me cansa este loco.

No lo dijo a tonto ni sordo; luego lo tomé a destajo. Fuile sirviendo con picantes, que llamaban a gran priesa. Era el vino suavísimo, la copa grande; iba menudeando. De polvillo en polvillo se levantó una polvoreda de la maldición. Cuando lo vi rendido y a treinta con rey, quitéme una liga y púsele una lazada floja en la garganta del pie, atando el cabo con el de la silla; y, levantados los manteles, cuando se quiso ir a su posada, no tan presto se alzó del asiento como estaba en el suelo, hechas las muelas y los dientes y aun deshechas las narices: de manera, que vuelto en sí otro día y, viendo su mal recaudo, de corrido no volvió más a casa.

Bien me fue con éste, porque sucedió como deseaba; mas no todos los lances salen ciertos. Algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado el pescador y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español, de más de la marca. ¡Oh hideputa traidor y qué madrigado y redomado era! Oye lo que con él nos pasó. Entrósenos en casa a mediodía, cuando el embajador quería comer, llegándose a él, dijo ser un soldado natural de Córdoba, caballero principal della y que tenía necesidad, y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenía unos escudos y sin abrirlo se lo dio, por parecerle que sería lo que significaba. No contento con esto, deteníase contándole quién era y las ocasiones en que se había hallado, de lance en lance. Como el embajador se fue a sentar a la mesa, él hizo lo mismo. Llegando una silla, se puso a un lado. Yo iba por la vianda y veo

que otros dos gerifaltes como él entraban por el corredor y, como lo vieron comiendo, dijo el uno al otro:

—¡Voto a tal! que parece que el pecado nos ata los pies, que siempre este chocarrero nos gana por la mano.

Como los oí, lleguéme a ellos y díjeles:

—¿Vuestras mercedes conocen aquel caballero?

El uno me respondió:

—Conocemos a aquel bodegonero. Su padre no se hartó de calzarme borceguíes en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la Iglesia Mayor. Esta es la desventura nuestra, que si pasamos veinte caballeros a Italia, vienen cien infames cual éste a quererse igualar, haciéndose de los godos. Como entienden que no los conocen, piensan que en engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas han alcanzado la nobleza y valentía, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas ni higotes, sino corazones y hombres. ¡Vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles y busque rancho!

Fuéronse y, quedé considerando cuáles eran todos tres cómo se honraban. Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones y por su mal término en hablar infamando a el que se deseaba honrar sin ajena costa ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira, por su demasiado atrevimiento. Debíérase contentar con lo que le habían dado, sin ser desvergonzado, poniéndose a la tabla con semejante desenvoltura.

Diome deseo de burlarlo y aprovechóme poco, pues pensando ir por lana volví tresquilado, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber; hice que no lo entendía. Señalóme con la mano; acerquéme junto a él. Volvió tercera vez con una seña; volví los ojos a otra parte, mesurando el rostro. Y viendo que o lo hacía de tonto o de bellaco, no me lo volvió a pedir; antes dijo al embajador:

—No le parezca a Vuestra Señoría ser atrevimiento el haberme sentado a su tabla sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello. Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y, cortesía. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesión. Lo último, que se junta con lo dicho mi mucha necesidad a quien todo es común. La mesa de Vuestra Señoría se pone para remediar a semejantes, con que no es necesario esperar a ser convidados los que fueren soldados de mis prendas. Suplico a Vuestra Señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy español, no me han entendido, aunque la he pedido.

Mi amo nos mandó darle de beber y así no pudo excusarse; pero jurésela que me lo había de pagar. Trájele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino muy aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas, como a los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida, habiéndonos todos los pajes conjurado de no mirarle a la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas a pedirlo y nos obligase a darlo. Mas él supo mucho, que, cuando satisfizo el estómago de viandas y servían los postres, volvió a decir:

—Con licencia de Vuestra Señoría voy a beber.

Y levantándose de la silla fuese al aparador y en el vaso mayor que halló, echó vino y agua, lo que le pareció. Y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala y se fue sin hablar otra palabra.

Quedó el embajador tan risueño de mis trazas y admirado de la resolución del hombre, que me dijo:

—Guzmanillo, este soldado se parece a ti y a tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poca vergüenza.

En libertades de españoles estábamos tratando sobre mesa, cuando entró por la puerta un gentilhomme napolitano, diciendo:

—Vengo a contar a Vuestra Señoría el caso más atroz y de admiración que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma.

El embajador pidió se lo contase. Yo por oírlo entretuve la comida, lleguéle una silla, y en sentándose dijo así:

«En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre y no mucha hacienda. Tenía buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro y de gran valor por su persona. Enamoróse de una doncella dentro de Roma y de edad tendría diez y siete años, en extremo hermosa y honesta; ambos iguales en estado y más en voluntad, pues si uno amaba, el otro ardía. Él se llamaba Dorido y, ella Clorinia.

»Sus padres la criaban tan recogida, que no le permitían trato ni conversación de que pudiera resultarle daño, ni asomar a ventana, sino acaso y muy pocas veces. Porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos cudiciada. Sus padres y un hermano que tenía estaban muy celosos, por lo cual no podían los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que a Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponía por delante para mostrarse a Dorido todas las veces que por la calle pasaba. Porque tenía pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con mas libertad, por ser casada, siempre podía residir a ella. Y como le hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido le daba cierta seña, con que luego salía por verlo y, así recibía de su amante lo que con esta avaricia podía.

»Esto estuvo así por algún tiempo, que otra cosa no había mas que mirarse de pasada. Pero Dorido, impaciente, cudicioso de mejorarse en los favores, buscó modo cómo con más comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido; y fue hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Diose tal maña, que no podía Valerio vivir sin Dorido, lo cual fue causa que muchas veces lo llevase a su casa, haciéndole señor della, donde a su placer contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarándose más las voluntades con los ojos.

»Clorinia, como menos fuerte y, por ventura más encendida, se descubrió a una criada suya, llamada Scintila, la cual, deseosa de servir a su ama, fue a buscar a Dorido y le dijo:

«—Ya, Dorido, no es tiempo que os escuséis de mí, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y, mi señora; y, para que veáis que no os engaño, sabed que ella mesma me los ha revelado, pidiéndome ayuda en que os declare su pecho y lo que os ama: y así me dio esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto la pongáis en el brazo. Bien creo estaréis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la conocistes revuelta en sus cabellos; de manera que de hoy en adelante podréis fiaros de mí, que tanta gana tengo de serviros.

»Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y mal contento, como aquel que siempre se había recelado della, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza, temiendo no fuesen descubiertos sus amores. Mas, visto que no había otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfacción y lo mejor que pudo le agradeció la buena voluntad y obras.

»Pasados algunos días y creciendo el deseo en Dorido de hablar a boca a su señora y, no hallando medios para ello, amor, que todo lo puede y vence acometiendo imposibles le abrió camino, mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegado a la pared de la casa de Clorinia, que respondía por la calle pública, un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba a una ventana de la casa, y un poco más bajo della estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponía.

»Este solía servir algunas veces a Clorinia de celogía, mirando por él —sin ser vista— los que pasaban por la calle. Era bien conocido de Dorido, por las veces que en él había visto a su señora. Parecióle oportunidad favorable —a su deseo. Comunicólo a Scintila y, rogándole que le favoreciese, le dijo:

»—Ya, Scintila, que quiso mi dicha que a nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos, con seguridad que pondréis en todo el cuidado que la voluntad de servir a vuestra señora y hacerme merced os obligan. Sabed que, desde que a Clorinia di el alma, haciéndola dueño verdadero della y de mi vida, no tengo alcanzada otra cosa más de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto más me ha sido defendido, más ha crecido el deseo: que siempre la privación engendra el apetito. Hame venido ahora un pensamiento cómo con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabéis el agujero que está debajo de la ventana. Ése será el lugar y vos el instrumento de mi buena dicha. Diréis a Clorinia, suplicándole por mi, corresponda en mi ruego y, cuando lo rehusase, podréis guiarle la voluntad, si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la obscuridad nos ayuda, que ya, después de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no le pido ni pretendo

»A Scintila pareció cosa fácil y sin riesgo. Diole buena esperanza, prometiéndole su solicitud hasta ponerlo en efecto. Así lo cumplió y señaló la hora en que pudiera ir, advirtiéndole de cierta señal que haría de la ventana.

»Dorado, venida la noche, disfrazado el vestido, fuese al determinado lugar, donde estuvo esperando. Llegada la ocasión, cuando todos los de casa estaban sosegados, Scintila se fue a la ventana, la abrió con achaque de verter un poco de agua. Lo cual, visto por Dorido, que va estaba encima de la pared, y, habiendo conocido a Scintila, dijo:

»—Aquí estoy.

»Ella le dijo que esperase, y cerrando la ventana se entró dentro. Dorido quedó saltándole el corazón en el pecho, que parecía querer salir de allí, reventando con el deseo encendido en fuego de amor, temeroso de vario suceso que le impidiese aquella gloria, cuidadoso de pensar qué palabras le poder decir. A todo acudía con el pensamiento, y con los ojos a mirar por el agujero lo que la mal encajada piedra permitía. Ya veía cómo Clorinia hablaba con Scintila, ya con sus padres, ya cómo se levantaba de adonde estaba y pasaba en otra parte, hasta que, sus padres acostados, la vio venir al puesto y llegar tan turbada de vergüenza, que intentaba volverse; mas, como la esforzase Scintila, llegóse.

»Luego que se vieron juntos, tanto se turbó Dorido [que], aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirle, quedó mudo, y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno ni al otro diese aliento para pronunciar palabra. Mal o bien, poco a poco, cuando hubieron cobrado calor las lenguas heladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron.

»Dorado le pidió la mano y ella se la dio de buena gana. No pudo más que besársela, trayéndola por todo su rostro, sin alejarla punto de su boca. Después él alargó la suya, alcanzando a tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa, ni el lugar era más dispuesto. En esto se entretuvieron un gran rato. En cuanto las manos hablaban, ellos callaban, que lo uno impedía lo otro.

»Y como Scintila les daba priesa, por el temor de no ser descubiertos, Dorido, con muchos encarecimientos, pidió a Clorinia que la noche siguiente, a la misma hora y él en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo. Ella se lo prometió y así se despidieron, cada uno lleno de contento y él mucho más, que no le cabía en todo el cuerpo; y, con el deseo que pasasen presto aquella noche y el siguiente día, se fue a su casa, donde si sentado no podía reposar, en levantándose buscaba en qué acostarse, y como allí no sosegaba, con inquietud y deseo paseábase. No hallaba descanso en cosa alguna.

»Desta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampolletas estaba midiendo, haciéndosele todo perezoso. Fuese a su puesto, esperando que le diesen la señal. Metióse en el hueco de una puerta antigua, que estaba en el paredón muy cerca de la ventana, y, estando para subir al agujero, vio que pasaron dos galanes de dos damas de la

misma calle, los cuales anduvieron por ella dando vueltas, esperando que se desocupase, por gozar de otra semejante ocasión.

»Eran grandes amigos de Dorido y sabían que andaba enamorado de Clorinia. Conociéronse bien los unos a los otros; mas, como en sus amores andaba tan recatado, no quería descubrirse, por la sospecha que pudiera dar de lo que no había. Y así, en cuanto aquellos por allí estuvieron paseando, no se atrevió a subir en el paredón, por no ser visto. Que, aunque la noche fuera más oscura, se dejara muy bien reconocer el bulto por los que allí andaban, aunque por los que pasaran de largo no se advirtiera tanto. Y así, porque no lo conociesen, yéndose de allí se puso más lejos, esperando que se fueran o entretuviesen en sus paradas para volver a la suya. Mas, como vio que tardaban y llegarse la hora, parecióle, si su dama venía y allí no lo hallaba, que, ignorando la causa, se lo tuviera por descuido y poco amor. Esto llegó con la cólera en tal desesperación, que estuvo determinado de acometerles, dándoles caza si no le aguardaran, y si se defendieran matarlos.

»Pudíeralo bien hacer, así por su mucho esfuerzo como que iba bien apercibido. Demás que la ira en que ardía le ayudara, que semejante coraje acrecienta las fuerzas; y más, que los cogiera descuidados. Pero considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos estuvo sosegado, mordiéndose los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas en la tierra como un loco.

»Viendo, pues, que el tiempo era pasado, se fue tan disgustado, cuanto alegre la noche pasada. Luego el siguiente día estos dos hombres fueron en busca de Dorido y le dijeron:

»—Ya, señor, sabéis que somos vuestros amigos y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta. Lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad que se os preguntare y fuere lícito. Ayer, a cuatro horas andadas después de anohecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar, pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma, buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiéndonos los pasos, sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quién fuera y lo dejamos de hacer por no causar algún escándalo. No pudimos aún sospechar quién fuese, hasta después estar certificados, por lo que sucedió, ser vos. Y fue que, habiéndonos parado cerca de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir y ponerse a ella Scintila, que viendo los bultos y no conociendo, dijo: 'Dorido, ¿por qué no subís?' Cuando aquello le oímos, con una impertinente curiosidad, fiados de vuestra amistad, le respondí: '¿Por dónde?' A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana se entró dentro. De donde sospechamos debíades haber hecho algún concierto, y, por no impedirlo nos fuimos de allí luego y en vuestra busca, mas no parecistes. Y así no podimos deciros hasta ahora lo pasado; mas porque deseamos serviros y que, conservando nuestra amistad, nuestras pretensas vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche. Nosotros tomaremos de la media hasta el día, dejando la prima; y, si lo queréis al trocado sea como gustáredes, que a nosotros todos nos viene a ser una cuenta.

»Dorido quisiera disimular con ellos, mas hallándose atajado con razones, no pudo y así escogió la prima que le ofrecieron y con esta llaneza prosiguió la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla y que ella allí volviese, por el suceso pasado.

»Mas, como Clorinia amaba, nada se le ponía por delante, que con mucho cuidado solicitaba si volvería su galán, por alegrarse con su vista y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa, fue al agujero. Podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto a la cual cenaban, estaba a la una parte de la sala, que era grande; y la ventana del agujero a la otra, cerca del rincón della, y en medio había ciertos embarazos que impedían la vista de la una parte a la otra.

»Sus padres estaban de manera que fácilmente pudiera llegar hablar bajo, sin ser sentida de alguno. Verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder, para quitarse presto. Ella llegó a tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando, porque desde la calle

le pareció sentir pasos en la sala. Fue cierta señal para él que serían de su dama; subió presto a verlo, y, como era la segunda vez que se vían, ya no tuvieron el empacho que primero.

»Habláronse con más osadía lo que les dio lugar el tiempo, que fue aquella noche breve y como hurtado. Despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado que, en cuanto la luna les diese lugar con la menguante, gozasen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallase.

»En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Oracio, se enamoró de Clorinia. Servíala, no embargante que entendía ser prenda de su amigo; pero juntamente sabía que no trataba de casarse con ella y él sí. Confiándose de su grande amistad, en la justa petición y causa honesta, le pidió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia y le diese lugar, pues el fin de ambos era tan diferente.

»Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Oracio, y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora dello gustase, desembarazaría el puesto, dejándole desocupada la plaza, sin contradicción alguna, y viviese seguro que no le sería competidor, para lo cual haría dos cosas. La una desengañar a Clorinia, diciéndole cómo por cierto voto él no podía ser casado con ella, y la otra, que para poderla olvidar procuraría amar en otra parte; pero que por la grande amistad que con Valerio tenía, no podía dejar de visitarla, y, dello podría resultarle algún provecho y de ninguna manera daño, pues entendía favorecerlo en las ocasiones que se ofreciesen.

»Quedó con esto Oracio contento, satisfecho y muy agradecido a Dorido, no considerando que, habiéndolo dejado a la elección de Clorinia, hasta saber su voluntad había poco negociado. Y el haber hecho Dorido la oferta, fue confiado que hablar a Clorinia en ello fuera sacarle el corazón.

»Con estas varias confianzas Oracio pidió a Dorido hablase por él, y así se lo prometió, por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores. Como lo ofreció, lo hizo, que viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciéndole que, si su voluntad era amar a Oracio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; mas a lo menos, cuando no lo quisiese, tenía obligación de agradecerle la voluntad, no mostrándosele áspera y, si pasase por la calle, no huirle, que le hiciese rostro alegre, aunque fuese fingido.

»A esto respondió Clorinia con enojo, diciendo que no le mandase tal ni hablase más en ello, porque cuando por este fin él la dejase, antes gustaría de ser aborrecida que ofenderle y ofenderse, poniendo su amor en otra parte. Que él había sido el primero y sería el último en su vida, la cual desde luego le sacrificaba, para que, no siendo caso de mandarle que lo olvidase, dispusiese de todo lo restante a su voluntad.

»No dejaba Dorido de recibir contento por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores y, la seguridad con que lo amaban, y así no se lo volvió a tratar; antes prosiguió sus visitas de día y noche, habiendo primero desengañado a Oracio de lo pasado.

»Él no lo quiso creer. Entristeciéndose grandemente de oírlo y, con todo esto, no dejaba de servirla; mas nunca la halló dispuesta en hacerle algún favor, antes áspera y. rigurosa. De donde resultó que, viéndose desdeñado y a Dorido preferido, el furor irritó la paciencia, encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenía trocó en aborrecimiento. Y así como por lo pasado siempre deseo servirla, de allí adelante se desvelaba buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio y diligencia, de tal manera que, como hubiese algunas veces acechado a Dorido y supiera la hora, lugar y modo como subía por el paredón y se hablaban, una noche se anticipó a la venida del verdadero amante y, fingiendo ser él, subió al puesto y hizo un pequeño ruido con la piedra que estaba en el agujero, según lo había visto hacer algunas veces.

»Pues como Clorinia sintió la seña y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudió al reclamo; luego quitando la piedra, recibió con dulces palabras al fingido amador,

que callado estaba, lo cual incitó más a Oracio en su traición y, metiendo la mano por el agujero, asió de la de Clorinia y se la sacó afuera fingiendo querérsela besar. Así se la tuvo apretada con la suya izquierda y, con la derecha, sacando un afilado cuchillo que llevaba, sin mucha dificultad y con suma impiedad, se la cortó y llevó consigo, dejando la triste doncella en el suelo amortecida; porque el dolor, que se había de desfogar con voces y quejas, refrenólo, haciendo fuerzas a la flaqueza femenil, encerróse en el corazón y, ofendiendo los espíritus vitales, quedó casi muerta.

»Allí acabara sin duda, si brevemente no acudieran. Que como la hallasen menos y llamándola no respondiese a sus padres, alborotados dello salieron a buscarla y, la hallaron desangrándose en el suelo junto del agujero, que quedó abierto. Y en verlo ensangrentado, dio indicios de la causa de su muerte, que tal se juzgaba, pues en ella no había señal de vida.

»Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos, juntos a la sin ventura hija, no menos desalentados que ella estaba; mas, volviendo luego en sí, con las mayores lástimas que nunca se oyeron, comenzaron a lamentar su mucha desventura y, lastimoso caso. Pero en medio del excesivo dolor, consideraron, ya que la vida de la hija se perdía, que también perdían la honra y no ser lícito aventurarlo todo junto.

»Parecióles ocultar el suceso, refrenando los suspiros y gemidos. Así sosegaron la casa y, llevando a Clorinia a la cama, con los muchos beneficios que le hicieron la volvieron algo en sí. La cual, viéndose en medio de sus padres llorosos y, de aquella manera, le fue otro tanto dolor y, acrecentado de la vergüenza, de nuevo se amorteció.

»Visto por ellos, creció su dolor de manera que se les arrancaban las almas y, con las palabras más tiernas que podían, regaladamente procuraban consolarla, diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querían, para curarle con ellas la herida del ánimo, que era la que más ella sentía.

»Con esto la afligida Clorinia se alentó algún tanto y llorando su mal, que hasta entonces no había podido, movía las piedras a sentimiento. Luego con gran secreto trataron de curarla. Valerio, su hermano, fue a llamar un cirujano amigo suyo, de quien podía secretamente fiarse.

»La noche hacía muy oscura. Llevaba una lanterna, con la cual al atravesar una calle reconoció a Dorido, que muy descuidado venía para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado. Comenzólo a llamar con voz dolorosa y triste y, como volviese, le dijo:

»—¡Ay amigo verdadero! ¿Dónde vais? ¿Vais por ventura a llorar con nosotros nuestras desgracias y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habéis visto o sentido desventura como la nuestra y de la desdichada Clorinia? ¡Ay! que a vos, que sois amigo verdadero, no se podrá encubrir lo que a todo el mundo habemos de negar, porque sé que habemos de tener en vos compañero a nuestro duelo y que, como nosotros mismos, haréis diligencia en la venganza, procurando saber quién sea el cruel homicida de mi hermana.

»Dorido quedó sin sentido de oír esas palabras y fue maravilla poderse tener en pie, según le hirieron en el corazón; pero, cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que había sido. Valerio le dijo por orden lo pasado y cómo iba a llamar un cirujano. Rogóle se fuese con él, pues corría peligro con la tardanza la vida de Clorinia.

»Dorido lo acompañó; y aunque le hacía más menester ser consolado que dar consuelo, todavía lo menos mal que pudo, dijo así:

»—Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia, que no menos que a vos me pueden dar el pésame de su desdicha. De tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me hacéis ventaja; empero, viendo cuan poco el dolor aprovecha ni el llanto importa, no acudo a más que aconsejaros en lo que se debe hacer. Y os digo que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor

venganza que nunca se hizo. Yo me encargo dello, que para esta diligencia bien creo seré bastante a salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien, donde a tanto se ha de acudir, que todos asistamos a una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa. Cada uno haga la suya. Idos con Dios, que no me basta la paciencia en detenerme punto.

»Con esto se apartaron. A Dorido se le asentó en el ánimo que otro que Oracio no pudo haber sido autor de tal maldad, por muchas razones que concurrieron, que cada cual era manifiesto indicio dello. Y así determinó hacer en él un castigo igual a lo que su justo enojo le pedía. Con esta determinación se fue a su casa y, entrando en su aposento, soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre.

»—¡Clorinia —le decía— de mis ojos!, bien veo el mal que por mí te ha venido. Yo fui la causa dello. Engañóte el traidor Oracio. Pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay desdichada señora de mi vida! Yo te traje a este paso tan amargo, yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo, yo te saqué de tu recogimiento. ¡Ay maldito agujero! ¡Ay malditos ojos que te vieron! ¡Ay maldita lengua con que pedí me hablastes, amada Clorinia! ¡Clorinia, vida mía, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía! No te hice este mal! Mas ¡viva yo hasta que te vengue y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros! Yo prometo sacrificar a tus cenizas la impía sangre del traidor Oracio. Por una mano que te quitó, dará dos tuyas. Una cortó inocente; dos le cortaré sacrílegas. Déte tanta vida el cielo que lo alcance y deje gozar el galardón que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado.

»Con estas y otras lastimosas palabras lloraba el caso, digno de eternas lágrimas. Y bien el dolor le acabara, según le apretaba; mas íbase sustentando con el deseo de venganza y así entre muerte y vida pasó aquella noche. Luego el siguiente día los fue a visitar.

»Los padres y hermano de nuevo renovaron las lágrimas, abrazando los unos a los otros. Y el padre dijo:

»—¿Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra? ¿Qué rigor de cielos contra mí se conjuraron? ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentís nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá mancha tan fea, y qué venganza podrá mitigar dolor semejante? Decidnos, ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podremos vivir sin la que nos daba vida?

»Dorido, no pudiendo resistir las lágrimas, consolando los afligidos padres y hermano, dijo:

»—No es tiempo, señores, de gastarlo lamentando; antes debemos ocuparlo en lo que más a todos nos es importante. Y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasión y secreto me obligan que lo haga. Bien conocéis y habéis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mía y más mía que vuestra, por sentir vuestro dolor juntamente con el mío. Y veo cortado el hilo de mi vida, que sólo espero la muerte, tan amarga cuanto creí me fuera dichosa si la acabara primero que Clorinia. Ya sabéis quien soy y sé yo vuestro mucho valor y calidad. Que, cuando al mío no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habéis tenido, poniéndome en obligación eterna. Este caso es propio mío y para que así lo entienda el mundo, lo que después por otro tercero había de suplicaros, quiero pedirlos de merced me deis a mi Clorinia por esposa; y con esto haréis dos cosas: rescatáis vuestras honras y ejecutáis con mano propia la venganza. Si el cielo me fuere tan favorable que le conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe a mi deseo de servirla; y, si otra cosa sucediere, bien es se sepa que hizo su esposo lo que estuvo obligado, y no Dorido, amigo de sus padres. Concededme este bien, por lo bien que a todos podría resultar dello.

»A los padres y hermano pareció justa y honrada petición. Agradeciéronselo mucho; mas, porque quien más en ello había de ser parte era Clorinia, quisieron tomar su parecer. La cual, cuando se lo dijeron, le salieron las lágrimas de gozo y dijo:

»—Con sola ésta espero tener vida y, si más caro me costara, la compraba barato. Confío en Dios de vivir alegre y morir consolada, y así suplico se haga como mi esposo Dorido lo pide.

»Luego lo llamaron y, viéndose juntos, en mucho rato no pudieron hablarse, con lo que las almas de los dos sentían. Y así se juraron, quedando concertado el matrimonio y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entretanto que pudieran ser desposados.

»En esto pasaron tres días y del contento parecía tener Clorinia alguna mejoría; mas era fingida, porque con la mucha sangre que le había salido, poco a poco se acababa. Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha, si tal puede haber en la muerte, al cuarto día, pareciéndole tiempo conveniente a lo que tenía trazado, para el quinto convidó a Oracio, como hacía otras veces. El cual, confiado en el secreto con que cometió el delito y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba ni entendía palabra, paseábase muy seguro, como si tal no hubiera hecho, y así no se recelaba.

»Dorido, para más desvelarlo, fingió no saber alguna cosa. Mostróle el rostro alegre, la boca risueña, que, asegurado también con esto, aceptó el convite. Había hecho Dorido conficionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen a la mesa. Hízose así y, habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un muerto. Luego Dorido, atándole los pies y brazos fuertemente a los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa y ellos dos en ella solos, le dio a oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado y, viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa.

»Dorido le cortó ambas manos y en el canto de la silla le dio garrote, con que lo dejó ahogado. Y esta madrugada lo trajo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo y, poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, lo dejó ahorcado dél y con una cinta las dos manos atadas al cuello y por dogal un soneto.

»Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que, sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarlo. Hoy, que amaneció este espectáculo, ha fallecido Clorinia y en este punto acaba de espirar».

Al embajador causó gran lástima y admiración el caso. Era hora de ir a palacio y despidiéronse. Yo di mil gracias a Dios, que no me hizo enamorado; pero si no jugué los dados, hice otros peores baratos, como verás en la segunda parte de mi vida, para donde, si la primera te dio gusto, te convidó.

El soneto que pusieron a Oracio, traducido en el vulgar nuestro dice así:

SONETO

Yo fui el acelerado a quien el celo,
Viéndome de otro amante preferido,
Imitando su voz, seña y vestido,
Ciego con el enojo de un martelo;
A los hombres cruel, traidor al cielo,
A Clorinia inocente, aleve he sido:
Causóse de mi amor y de su olvido
Memoria eterna y lágrimas al suelo.
Una mano y la vida al ángel bello,
Por venganza, quité con inclemencia:
Desdeñóme y amaba otro mi amigo.

Ése me puso aquí las mías al cuello,
Fue parte, juez, testigo; y su sentencia,
Según mi culpa, aun es poco castigo.

Segunda parte de la vida de **Guzmán de Alfarache**

Prolegómenos

Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache,

Atalaya de la vida humana,

por Mateo Alemán,

su verdadero autor

Dirigida a don Juan de Mendoza, Marqués de San Germán, Comendador del Campo de Montiel, Gentilhombre de la Cámara de el Rey Nuestro Señor, Teniente General de las Guardas y Caballería de España, Capitán General de los Reinos de Portugal.

En Lisboa. Impreso con licencia de la Sancta Inquisición, por PEDRO CRASBEECK, año de 1604.

Por mandado do Supremo Conselho de Sancta Inquisição, vi e examinei este livro, intitulado Segunda parte de Guzmo de Alfarache, Atalaya de la vida humana, e com as emendas que lhe fiz no fica tendo cousa alguma contra nossa santa fe e bô costumes; antes me parece que, além do muito engenho e eloquência que nelle mostra o auctor, lhe cabe com muita razo o nome de Atalaya, porque assi como da atalaia se descobrem os perigos e se dá notícia delles aos navegantes e caminheiros, no para cair nelles, seno para os fugir, assi se pode avisar com este livro o curioso leitor, para com elle se prevenir contra muitos males que vo pelo mundo, os evitar e se defender delles. Dada em o collégio de Santo Augustino de Lisboa, a sete de septeembro de 1604.

FREI ANTÓNIO FREIRE

Vista a informação, pode-se imprimir este livro intitulado Segunda parte de Guzmo de Alfarache, e depois de impresso torne a este Conselho para se conferir com o original, e se dar licença para correr e sem ella no correrá. Em Lisboa, a nove de septeembro de 1604.

MARCO TEIXEIRA RUIPEREZ DA VEGA

Privilégio

Eu, el Rei, faço saber aos que este alvará virem que Mateo Alemo, ora estante nesta cidade, me enviou dizer por sua petição que elle compos a segunda parte do livro intitulado Guzmo de Alfarache, atalaia da vida humana, o qual imprimio nesta cidade con licença do Santo Oficio; e me pedia lhe fizesse mercê concederlhe privilégio para por tempo de dez anos nenha pessoa o possa imprimir nem mandar imprimir nem trazer de fora do reino. E vista sua petição, por lhe fazer mercê, ei por bem que por tempo de dez anos impressor nem livreiro algum nem outra pessoa de qualquer calidade que seja no possa imprimir nem mandar imprimir nesta cidade nem trazer do fora do reino o dito livro, salvo as pessoas que para isso tiverem seu poder. E qualquer impressor, livreiro ou outra pessoa que imprimir ou mandar

imprimir ou trazer de fora do reino o dito livro durante o dito tempo de dez anos, perderá para elle, Mateo Alemo, todos os volúmes que lhe forem achados; e além disso encorrerá em pena de cinquenta cruzados, ametade pera captivos e a outra ametade pera quem o acusar. E mando a todas as justiças, officiaes e pessoas à que o conhecimento deste pertencer, que cumpro e guardem como nella se contém. O qual ei por bem que valha como carta, posto que o efeito delle aja de durar mais de un ano, sem embargo da ordenação em contrário. Sebastiao Pereira a fez em Lisboa, a quatro de dezembro de mil seiscentos e quatro; Durante Correa o fez escrever.

REI.

A don Juan de Mendoza

***Marqués de San Germán, comendador del Campo de Montiel,
gentilhombre de la Cámara del Rey Nuestro Señor, teniente general de las
Guardas y Caballería de España y capitán general de los reinos de Portugal.***

Preguntándole a un filósofo por qué aconsejaba que ninguno se mirase a el espejo con luz de vela, respondió que porque, reverberando aquel resplandor en el rostro, lo hacía muy más hermoso y era engaño. Advirtió en esto a los príncipes que no se fiasen mucho de las alabanzas de los oradores, porque con su estilo suave y elegante hermozeaban más las cosas. Conocerá Vuestra Excelencia, siendo notorio a todos —demás de ser costumbre mía dejar siempre vacíos que otros llenen, temiendo más la reprehensión del exceso que culpa de corto—, cuán al contrario camino en este propósito, pues la mucha notoriedad me hará pasar en silencio sus grandezas, y las que tocare será como de paso y por la posta, siéndome tan importante hablar dellas.

Costumbre ha sido usada, y hoy se pratica en los actos militares, elegir los combatientes padrinos de quien ser honrados, amparados y defendidos de las demasías, para que igualmente se guarde la justicia en las estacadas o palenques donde se han de tratar sus causas o venirse a juntar con sus contrarios. Ya es conocida la razón que tengo en responder por mi causa en el desafío que me hizo sin ella el que sacó la segunda parte de mi Guzmán de Alfarache. Que, si decirse puede, fue abortar un embrión para en aquel propósito, dejándome obligado, no sólo a perder los trabajos padecidos en lo que tenía compuesto, mas a tomar otros mayores y de nuevo para satisfacer a mi promesa. Espérame ya en el campo el combatiente; está todo el mundo a la mira; son los jueces muchos y varios; inclínase cada uno a quien más lo lleva su pasión y antojo; tiene ganados de mano los oídos, informando su justicia, que no es pequeña ventaja. Él pelea desde su casa, en su nación y tierra, favorecido de sus deudos, amigos y conocidos, de todo lo cual yo carezco.

Para empresa tan grande, salir a combatir con un autor tan docto, aunque desconocido en el nombre, verdaderamente lo temí, hasta que los rayos del sol de Vuestra Excelencia vivificaron mi helada sangre, alentando mis espíritus, dándome confianza que, deslumbrando con ellos los ojos, no solamente de mi contrario, mas a la misma invidia y murmuración ganaré sin alguna duda la victoria.

¿Quién osará representarme la batalla ni esperarme a ella, cuando sobre mis timbres, principio deste libro, viere resplandecer el esclarecido nombre de Vuestra Excelencia, que lo sale patrocinando? ¿Cuál no se me rendirá con las ventajas que llevo, siendo de las mayores que se han conocido hasta hoy en príncipe?

Si sangre, díganlo las casas de Castro, cabeza de los Mendozas y Velascos, de los Condestables de Castilla, de quien Vuestra Excelencia es hijo y nieto. Y desto lo dicho basta. Si armas, notorio nos es y ninguno ignora que, asistiendo Vuestra Excelencia los años de su

infancia en los estudios de Alcalá de Henares, donde tantas premisas dio de su florido ingenio, viéndose ya mancebo se pasó a Nápoles, llevado de la inclinación y valor militar. Y siendo allí temido por su esfuerzo, respetado por su valor y seguido por la notoria privanza con el virrey su tío, pospuestas estas prendas, que fueran de otros muchos estimadas, tuvo en más el bullicio de las armas en la guerra, que los deleites, paseos y privanzas en la paz; pues dejándolo, se fue a Flandes en seguimiento de la milicia, que tanto allí ejercitaban. Y con una pica, sin sueldo, sin algún entretenimiento ni mando, gustó de ser un particular soldado, buscando las ocasiones en que señalar su ánimo valeroso. Hasta que, ofreciéndose las guerras con Francia, pasó a Milán a servir en las del Piamonte y Saboya, donde gobernando la caballería y después todas las fuerzas que su Majestad tenía en aquellas partes, alcanzó señaladas vitorias, mostrando tanto valor y prudencia, cuanto admirable gobierno. Que, conocido por Monsiur de Ladiguera, que con poderosísimo ejército y muchas cabezas principales obtenía la parte de Francia, temió siempre llegar a las manos. Y cuanto una vez lo intentó sobre la Carboneda, hallándose aventajado en el número de soldados, Vuestra Excelencia con muchos menos lo desbarató y rompió, ganándole la mayor vitoria que se vio hasta entonces. Y de allí adelante, atemorizados con el sangriento estrago, no se atrevieron más a socorrer plaza.

Y tanto cuanto en la guerra era temido siempre, lo era en la paz y juntamente obedecido y amado, como se conoció en las ocasiones, pues dentro en Ginebra se cumplían sus mandatos de la manera que se hiciera en su propio ejército, viniendo a su llamado los del gobierno de aquella ciudad, cosa ni vista ni oída de otro algún valeroso capitán o príncipe.

Siendo esto así, se decía de sus soldados que tanto cuanto sobrepujaban a los más en valor y esfuerzo eran religiosos, inclinados a toda virtud, por el buen ejemplo que tenían en Vuestra Excelencia, que los gobernaba.

¿En quién, como en Vuestra Excelencia, se podrá hallar tan junto tanto, sangre, armas, prudencia, gobierno y admirable industria? Pues retirándose a el Estado de Milán y no pudiéndolo hacer por el ordinario paso, que lo impedía la peste, pasó con todo su ejército armado, y marchando en orden por el valle de Valesanos, tierra de esguízaros, y estaban en aquella ocasión a devoción de Francia, cosa que jamás los hombres vieron, ni los mismos esguízaros, confederados con el Rey Nuestro Señor se lo han permitido, sino que, desarmados, en tropas de docientos en docientos, y no más, vayan pasando.

Déjense tantas vitorias y sucesos felices para las crónicas famosas que los esperan, que bien se podrá decir serán las más afortunadas que hasta ellos de otro príncipe alguno se hayan oído. Digan estos reinos la felicidad en que se hallan, que, si fuese posible, comprarían su asistencia con inestimable precio, por la rectitud, humanidad, justicia y amor con que son defendidos y gobernados.

Alargarme más en esto es engolfarme y dificultar la salida, pareciendo cosa increíble concurrir tanto en tan juveniles años. Pues acudiendo a lo dicho, no ha hecho falta en el servicio y corte de su rey, asistiendo en ella, siendo preferido y honrado como uno de los más señalados.

Pues ¿quién duda que quien abrió paso por tan indómita gente lo haga también por entre la tan política y bien morigerada, para que mi libro corra y le den el lugar que, yendo favorecido de tan poderoso príncipe, merece? A quien guarde Nuestro Señor aumentando sus vitorias y nombre, con que más y mejor le sirva.

MATEO ALEMÁN

Letor:

Aunque siempre temí sacar a luz aquesta segunda parte, después de algunos años acabada y vista, que aun muchos más fueran pocos para osar publicarla, y que sería mejor sustentar la buena opinión que proseguir a la primera, que tan a brazos abiertos fue

generalmente de buena voluntad recibida, dudé poner en condición el buen nombre, ya porque podría no parecer tan bien o no haber acertado a cumplir con mi deseo, que de ordinario donde mayor cuidado se pone suelen los desgraciados acertar menos.

Mas, viéndome ya como el mal mozo, que a palos y coces lo levantan del profundo sueño, siéndome lance forzoso, me aconteció lo que a los perezosos, hacer la cosa dos veces. Pues, por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron a el vuelo. De que, viéndome, si decirse puede, robado y defraudado, fue necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra.

Con esto me ha sido forzoso apartarme lo más que fue posible de lo que antes tenía escrito. Pecados tuvo Esaú, que, cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendición.

Verdaderamente habré de confesarle a mi concurrente –sea quien dice o diga quien sea– su mucha erudición, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad que le quedo envidioso y holgara fueran míos. Mas déme licencia que diga con los que dicen que, si en otra ocasión fuera ésta se quisiera servir dellos, le fueran trabajos tan honrados, que cualquier muy grave supuesto pudiera descubrir su nombre y rostro; mas en este propósito fue meter en Castilla monedas de Aragón. Sucedióle lo que muchas veces vemos en las mujeres, que miradas por faiciones cada una por sí es de tanta perfección, que, satisfaciendo a el deseo, ni tiene más que apetecer ni el pincel que pintar; empero, juntas todas, no hacen rostro hermoso. Y anduvo discreto haciendo lo que acostumbran los que salen embozados a dar lanzada, confiados en su diestreza; mas, como de suyo son suertes de ventura, si aciertan se descubren, y si la yerran, para siempre se niegan. En cualquier manera que haya sido, me puso en obligación, pues arguye que haber tomado tan excesivo y escusado trabajo de seguir mis obras nació de haberlas estimado por buenas. En lo mismo le pago siguiéndolo. Sólo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de mi primera y yo en imitar su segunda. Y lo haré a la tercera, si quisiere de mano hacer el envite, que se lo habré de querer por fuerza, confiado que allá me darán lugar entre los muchos. Que, como el campo es ancho, con la golosina del sujeto, a quien también ayudaría la codicia, saldrán mañana más partes que conejos de soto ni se hicieron glosas a la bella en tiempo de Castillejo.

Advierto en esto que no faciliten las manos a tomar la pluma sin que se cansen los ojos y hagan capaz a el entendimiento; no escriban sin que lean, si quieren ir llegados a el asunto, sin desencuadernar el propósito. Que haberse propuesto nuestro Guzmán, un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar el estado de la religión, y sacarlo de Alcalá tan distraído y mal sumulista, fue cortar el hilo a la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que sólo es descubrir –como atalaya– toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios un hombre perfeto, castigado de trabajos y miserias, después de haber bajado a la más ínfima de todas, puesto en galera por curullero della.

Dejemos agora que no se pudo llamar «ladrón famosísimo» por tres capas que hurtó, aun fuesen las dos de mucho valor y la otra de parches, y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas públicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres. Y vengamos a la obligación que tuvo de volverlo a Génova, para vengar la injuria, de que dejó amenazados a sus deudos, en el último capítulo de la primera parte, libro primero. Y otras muchas cosas que sin quedar satisfechas pasa en diferentes, alterando y reiterando, no sólo el caso, mas aun las propias palabras. De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos; porque los lleva su dueño desde los principios entablados a cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen a boca. Porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando, la ocasión presente, como a el rey don Fernando de Zamora para la infanta doña Urraca, su hija.

Esto no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos; mas dice temeridad, cuando se sale a correr con quien es necesario dejarlo muy atrás o no venir a el puesto.

Si aquí los frasis no fueren tan gallardos, tan levantado el estilo, el decir suave, gustosas las historias ni el modo fácil, doy disculpa, si necedades la tienen, ser necesario mucho, aun para escrebir poco, y tiempo largo para verlo y emendarlo. Mas teniendo hecha mi tercera parte y caminando en ella con el consejo de Horacio para poderla ofrecer, que será muy en breve, no se pudo escusar este paso, como el que lo es tan forzoso a los fines que pretendo. Recibe mi ánimo, que ha sido de servirte, que no siempre corre un tiempo, influyen favorables las estrellas ni acuden a Calíope los caprichos.

El alférez Luis de Valdés a Mateo Alemán

Elogio

Como si no fuesen hermanas las armas y las letras, así me querrá decir algún bachiller que siga la milicia y deje los elogios, pareciéndole negocio muy diferente. Pues ya le podría señalar no uno, pero Césares muchos y tan diestros en las letras, como bien disciplinados en las armas. Y para quitarles la ocasión, que no digan me adelanto en usurpar oficio de orador, teniéndome por demasiadamente atrevido, me iré apartando de su peligroso estilo, adular y ostentar, acogiéndome a lo seguro de mis trincheas en referir la verdad, tan propio en un soldado como la espada y el coselete. Seré un eco, ya que no cronista, de lo que vi, oí, traté y supe, dondequiera que me hallé, que ha sido en muchas y diferentes naciones. Cumpliré con mi deseo sin poder ser calumniado, hallándome para mí desinteresado y libre; que siempre amor, interés o miedo corrompieron la justicia. Mas como sea tan justo premiarse los trabajos, animando a los virtuosos con un grito siquiera, como en la guerra, dándole por paga un agradecimiento, que siendo verdadero es un verdadero tesoro, he querido, viendo tan dormidos a tantos, tomar la pluma por ellos, aunque menos obligado al común parecer, en razón de mi profesión; mas al mío, ninguno me la gana.

Todos le somos deudores y justamente merece de todos dignas alabanzas, pues lo conocemos por el primero que hasta hoy con estilo semejante ha sabido descomulgar los vicios con tal suavidad y blandura, que siendo para ellos un áspid ponzoñoso, en dulce sueño les quita la vida. Ofrecer píldoras de acíbar para descargar la cabeza, muchos médicos lo hacen, y pocos o ningún enfermo han gustado de mascarla ni tocarla con la lengua y adulzarla de modo que, poniendo deseos de comerla, causando general golosina, sólo Mateo Alemán le halló el punto, enseñando sus obras cómo sepamos gobernar las nuestras, no con pequeño daño de su salud y hacienda, consumiéndolo en estudios. Y podremos decir dél no haber soldado más pobre, ánimo más rico ni vida más inquieta con trabajos que la suya, por haber estimado en más filosofar pobremente, que interesar adulando. Y como sabemos dejó de su voluntad la Casa Real, donde sirvió casi veinte años, los mejores de su edad, oficio de Contador de resultas de su Majestad el rey Felipe II, que está en gloria, y en otros muchos muy graves negocios y visitas que se le cometieron, de que siempre dio toda buena satisfacción, procediendo con tanta rectitud, que llegó a quedar de manera pobre que, no pudiendo continuar sus servicios con tanta necesidad, se retrujo a menos ostentación y obligaciones.

Empero, si por aquí careció de bienes de fortuna, no le faltan dotes en el alma, que son de mucho mayor estimación y precio, y ninguno podrá preciarse de más glorias. Oigan las lenguas de los hombres y las verán pregonar sus alabanzas, no menos en España, donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nación, mas en toda Italia, Francia, Flandes y Alemania, de que puedo deponer de oídas y vista juntamente, y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle muchos «el español divino». ¿Quién como él en

menos de tres años y en sus días vio sus obras traducidas en tan varias lenguas, que, como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos a luz, apenas habían salido del vientre de la emprenta, cuando –como dicen– entre las manos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? Y las que salieron vivas, que alcanzaron a gozar de alguna vida, ¿cuáles, como las de nuestro autor, salieron con tan ligeras alas, que hiriendo las de la fama la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo, sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado y se les haya hecho famoso recibimiento? ¿De cuáles obras en tan breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasan de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados y de veinte y seis impresiones las que han llegado a mi noticia que se le han hurtado, con que muchos han enriquecido, dejando a su dueño pobre? ¿A quién, sino para él, halló cerradas las puertas la murmuración, o quién supo tan bien hacer huir la malicia?

Si esto es así o si para las evidentes matemáticas es necesaria prueba de testigos, dígalo el mejor del mundo, la universidad insigne de Salamanca, donde celebrándolo allí los mejores ingenios della, les oí a muchos que, como a su Demóstenes los griegos y a Cicerón los latinos, puede la lengua castellana tener a Mateo Alemán por príncipe de su elocuencia, por haberla escrito tan casta y diestramente con tantas elegancias y frasis. Bien lo sintió ser así un religioso agustino, tan discreto como docto, que sustentó en aquella universidad, en un acto público, no haber salido a luz libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces, que la primera parte deste libro.

Testifica esta verdad el valenciano que, negando su nombre, se fingió Mateo Luján, por asimilarse a Mateo Alemán. Y aunque lo pudo hacer en el nombre y patria, en las obras no le fue posible, sin que se descubriese su malicia y haberlo hecho movido de codicia del interés que se le pudo seguir: no sería poco, pues en el mismo año que salió lo compré yo en Flandes impreso en Castilla, creyendo ser legítimo, hasta que, a poco leído, mostró las orejas fuera del pellejo y fue conocido.

Dejemos esto y dígame de los que, admirados de tanta profundidad, lo quisieron ahijar a diferentes padres tan doctos y supuestos tan graves, que anduvieron buscándole cada uno el de más vivo ingenio, más docto y de singular elocuencia, de quien tuvo concepto que pudiera hacer obra tan peregrina y admirable. Que todo arguye y cambia en mayor gloria de su verdadero autor.

Ya saldrán de su duda cuando hayan visto su San Antonio de Padua, que por voto que le hizo de componer su vida y milagros tardó tanto en sacar esta segunda parte. Verán cuán milagrosamente trató dellos, y aun se podía decir de milagro, pues yéndolo imprimiendo y faltando la materia, supe por cosa cierta que de anteanoche componía lo que se había de tirar en la jornada siguiente, por tener ocupación forzosa en que asistir el día necesariamente. Y en aquellas breves horas de la noche le vieron acudir a lo forzoso de sus negocios, a contar y escoger papel para dar a los impresores, a componer la materia para ellos y a otras cosas importantes a su persona y casa, que cualquiera destas ocupaciones pedían un hombre muy entero. Y lo que desta manera escribió, que fue todo el tercero libro –no obstante que todo él enteramente es en lo que más mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias, moralizadas y escritas con su elegancia, que es con lo que más puedo encarecerlo–, es el esmalte que se descubre más en aquella joya, como lo dicen cuantos della pudieron alcanzar parte.

¿Qué diré, pues, agora desta segunda de su Guzmán de Alfarache y tiempo en que la compuso, que parece imposible, por apartarse de la que antes había hecho, por habérsela querido contrahacer con la relación que della tuvieron? Ésta dará testimonio de sí, enfrenando a los atrevidos que con tanta temeridad se quieren despeñar vanamente. Si todo lo dicho es verdad; si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino, que puede servir a los malos de freno, a los buenos de

espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento y, en general, es una escuela de fina política, ética y euconómica, gustosa y clara, para que como tal apetecida la busquen y lean, ¿qué le doy? ¿Qué hago en esto más de pagarle lo que tan justamente se le debe?

¡Oh Sevilla dichosa, que puedes entre tus muchas grandezas y como una de las mayores engrandecerte con tal hijo, cuyos trabajos y estudios indefesos, igualándose a los más aventajados de los latinos y griegos, han merecido que las naciones del universo, celebrando su nombre, con digno lauro le canten debidas alabanzas!

Al libro et al auctore, fatto da un suo amico

Sotto una bella et poetica fintione
con troppo ingegno e arte fabricata,
non manco degna d'esser celebrata,
che la Metamorphosis di Nasone,
la vita scelerata d'un poltrone
vedrai con alto stil fabuleggiata,
acció che la virtù sia cercata,
lasciato il vitio, d'ogni mal cagione.
Proccaccia, come accorto uccelatore,
col battuto e pentito prigioniero
pigliar ogni cattivo il saggio auctore,
le cui lodi cantara volontiero:
ma per lor moltitudine e splendore,
bisogna che le canti un altro Homero.

Fratris custodii lupi, lusitani, ordinis sanctissimae trinitatis, de libri utilitate

Epigramma

Sunt duo quae pariter virtus perfecta requirit:
Quod prave nunquam, quod bene semper agas.
Haec tibi si cupias ullo ne tempore desint,
Auctoris geminum perlege, lector, opus.
Antoni nunquam ponat tua dextera librum
Nec tibi Guzmani pagina displiceat.
Si referas divi mores, infanda prophani
Si scelera abiicias, omnia puncta feres.
Reddite Matthaeo grato pro munere grates,
Quo duce conspicuum fit pietatis iter.
Planius hoc fiet, postquam ex incudibus auctor
Sustulerit plenos utilitate libros(1).

Del mismo***Soneto***

La Vida de Guzmán, mozo perdido,
 por Mateo Alemán historiada,
 es una voz del cielo al mundo dada
 que dice: «Huid de ser lo que éste ha sido.»
 Señal es del peligro conocido
 adonde fue la nave zozobrada,
 con que la sirte queda señalada
 por donde a tantos males ha venido.
 El delicado estilo de su pluma
 advierte en una vida picaresca
 cuál deba ser la honesta, justa y buena.
 Esta ficción es una breve suma,
 que, aunque entretenimiento nos parezca,
 de morales consejos está llena.

Ad Matthaeum Alemanum de suo Guzmano***(2) [tetradístichon]******RUY FERNANDEZ DE ALMADA***

Vilibus exemplis Pharii quid grandia caelant?
 Planaque cur simulant abditiore typo?
 Nempe vetant Sophiae mysteria prodere vulgo
 Intimiusque animo pressa figura manet.
 His ducibus, Guzmane, geris, ceu Proteus alter,
 Plana sub obscuro, magna minore typo.
 Ergo cum scite, [matthaîe], [mathémata](3) dones,
 Te sibi [mátaion](4) Hispalis alma canat(5).

Ioannis Riberii Lusitani ad Auctorem***Encomiastichon***

Laus, Matthae, tibi superest post fata perennis,
 Quam nullo minuet tempore tempus edax.
 Orbe pererrato virtutem extenderce factis,
 Pactum ingens, opus est Martis et artis opus.
 Fortunam maior variam superare labore,
 Herculeis maior viribus iste labor.

Maius opus, maior labor est coluisse Minervam:
Maior et ex proprio condere Marte libros.
Heroas decorare solent duo nomina, Mars, Ars:
Munera tu pariter Martis et Artis habes.
Mars dedit invictum, quo tendis ad ardua, pectus;
Excoluit mentem docta Minerva tuam.
Ingenii monumenta tui super aethera nota
Testantur larga praestita dona manu.
Multa Hispana canit Musa; atqui nullus Ibera
Dogmata pinxit adhuc [phérteros en método](6).
Testis hic est codex modico qui venditur aere:
Attalicas superant, quas dabit emptus, opes.
Cuius ab aspectu morsus compressit inanes.
Invidia, heu multis iniuriosa nimis.
Zoile, transverso calamo qui vulnera figis,
I procul; en contra numina bella paras?
Contra Mercurium, Phoebum contraque Minervam,
Mortalis poterit tela movere manus?
Quisquis avarus ades, redimis qui sanguine gemmas,
Gemma tibi parvo venditur aere, veni.
Hauris ab effossa pretiosa pericula terra:
Hic liber arcanas fundet et addet opes.
Decolor est dives, fulvo quod pallet in auro:
Non sunt divitiae delitiaeque simul.
At liber hic auri venis qui pulcher abundat,
Nunc tibi delitias divitiasque dabit.
Aureus hic certe gemma est pretiosa libellus;
Quis tenui gemmam respuas aere datam?(7)

El licenciado Miguel de Cárdenas Calmaestra a Mateo Alemán

Soneto

Que entre las armas del heroico Aquiles
templen su lira el griego y mantüano,
y entone el verso el cordobés Lucano
para las disensiones más civiles;
que con sentencias graves y sutiles
alumbre al mundo el orador romano,
y entre la fértil pluma del toscano,
sabia Helicon, tu licor destiles,
hazaña es alta y mucha gallardía,
aunque los hizo fáciles y prestos

la ocasión, los sujetos y la historia.

Pero que de la humilde picardía

Mateo Alemán levante a todos éstos,
ejemplo es digno de immortal memoria.

Libro primero

*Donde cuenta lo que le sucedió desde que sirvió a el embajador,
su señor, hasta que salió de Roma*

Capítulo primero

Guzmán de Alfarache disculpa el proceso de su discurso, pide atención y da noticia de su intento

Comido y reposado has en la venta. Levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva yendo en tu compañía; que, aunque nos queda otra para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que se te hará fácil el viaje con la cierta promesa de llevarte a tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues a descomedimiento tratarte desta manera, falto de aquel respeto debido a quien eres. Considera que lo que digo no es para ti, antes para que lo reprehendas a otros que como yo lo habrán menester.

Hablando voy a ciegas y dirásme muy bien que estoy muy cerca de hablar a tontas, pues arronjo la piedra sin saber adónde podrá dar, y diréte a esto lo que decía un loco que arronjaba cantos. Cuando alguno tiraba, daba voces diciendo: «¡Guarda, hao!, ¡guarda, hao!, todos me la deben, dé donde diere.» Aunque también te digo que como tengo las hechas tengo sospechas. A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales y aun estrañas. Que con mal sería, si todos los costales fuesen tales. Mas como soy malo, nada juzgo por bueno: tal es mi desventura y de semejantes.

Convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante, pues demás que tuviera escusado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdón, para ganarte la boca y conseguir lo que más aquí pretendo; que aún muchos y quizá todos los que comieron la manzana lo juzgarán por impertinente y superfluo; empero no es posible. Porque, aunque tan malo cual tienes de mí formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta, pues ninguno se juzga como lo juzgan. Yo pienso de mí lo que tú de ti. Cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la más corregida, su causa por justa, su honra por la mayor y sus elecciones por más bien acertadas.

Hice mi cuenta con el almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideración engendra dichosos acaecimientos; y de acelerarse las cosas nacieron sucesos infelices y varios, de que vino a resultar el triste arrepentimiento. Porque dado un inconveniente, se siguen dél infinitos. Así, para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel examen de los principios, que hallados y elegidos, está hecha la mitad principal de la obra y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales lo por venir. Y aunque de suyo son en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes y están dispuestos a mucho, por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo. Mas ya resueltos una vez, por acto de prudencia se juzga el seguirlos con osadía, y tanto mayor, cuanto fuere más noble lo que se pretende con ellos.

Y es imperfección y aun liviandad notable comenzar las cosas para no fenecerlas, en especial si no las impiden súbitos y más graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria. La mía ya te dije que sólo era de tu aprovechamiento, de tal manera que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aquí recibo los palos y tú los consejos en ellos. Mía es la hambre y para ti la industria como no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras.

Y pues has oído decir que aquese te hizo rico, que te hizo el pico, haz por imitar a el discreto yerno que sabe con blandura granjear del duro suegro que le pague la casa, le dé mesa y cama, dineros y esposa con quien se regale, abuelos que como esclavos y truhanes críen, sirvan y entretengan a sus hijos. Ya tengo los pies en la barca, no puedo volver atrás. Echada está la suerte, prometido tengo y –como deuda– debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado.

El sujeto es humilde y bajo. El principio fue pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias, volviéndolo a pasar del estómago a la boca, podría ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere, satisfaciendo al deseo. Que hubiera servido de poco alborotar tu sosiego habiéndote dicho parte de mi vida, dejando lo restante della.

Muchos creo que dirán o ya lo han dicho: «Más valiera que ni Dios te la diera ni así nos la contaras, porque siendo notablemente mala y distraída, fuera para ti mejor callarla y para los otros no saberla.» Lejos vas de la verdad, no aciertas con la razón en lo que dices ni creo ser sano el fin que te mueve; antes me causa sospecha que, como te tocan en el aj y aun con sólo el amagarte, sin que te lleguen te lastiman. Que no hay cuando a el disciplinante le duela y sienta más la llaga que se hizo él propio, que cuando se la curan otros.

O te digo verdades o mentiras. Mentiras no (y a Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinación que holgaras de oírlas y aun hicieras espuma con el freno); digo verdades y hácensete amargas. Pícaste dellas, porque te pican. Si te sintieras con salud y a tu vecino enfermo, si diera el rayo en cas de Ana Díaz, mejor lo llevaras, todo fuera sabroso y yo de ti muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguilla, yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerías. No te me saldrás por esta vez de entre las manos.

Digo –si quieres oírlo– que aquesta confesión general que hago, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites a mí; antes para que, sabidas, corrijas las tuyas en ti. Si me ves caído por mal reglado, haz de manera que aborrezcas lo que me derribó, no pongas el pie donde me viste resbalar y sírvate de aviso el trompezón que di. Que hombre mortal eres como yo y por ventura no más fuerte ni de mayor maña. Da vuelta por ti, recorre a espacio y con cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos muladares asquerosos en lo mejor della y no espulgues ni murmures que en casa de tu vecino estaba una pluma de pájaro a la subida de la escalera.

Ya dirás que te predico y que cuál es el necio que se cura con médico enfermo. Pues quien para sí no alcanza la salud, menos la podrá dar a los otros. ¿Qué condito cordial puede haber en el colmillo de la víbora o en la puntura del alacrán? ¿Qué nos podrá decir un malo, que no sea malo?

No te niego que lo soy; mas aconteceráme contigo lo que al diestro trinchante a la mesa de su amo, que corta curiosa y diligentemente la pechuga, el alón, la cadera o la pierna del ave y, guardando respeto a las calidades de los convidados a quien sirve, a todos hace plato, a todos procura contentar: todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento.

A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes para que no embistas y te despedaces ni encalles adonde te falte remedio a la salida. No es el rejalgar tan sin provecho, que deje de hacerlo en algo. Dineros vale y en la tienda se vende. Si es malo para comido, aplicado será bueno. Y pues con él empozoñan sabandijas dañosas, porque son perjudiciales, atriaca sería mi ejemplo para la república, sí se atoxigasen estos animalazos fieros, aunque caseros y al parecer domésticos, que aqueso es lo peor que tienen, pues figurándonosenos humanos y compasivos, nos fiamos dellos. Fingen que lloran de nuestras miserias y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas.

¡Oh si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Éstos que lomienhiestos y descansados andan ventoleros, desempedrando calles, trajinando el mundo, vagabundos, de tierra en tierras, de barrio en barrios, de casa en casas, hechos espumaollas, no siendo en parte alguna de algún provecho ni sirviendo de más que –como los arrieros en la alhóndiga de Sevilla– de meter carga para sacar carga, llevando y trayendo mentiras, aportando nuevas, parlando chismes, levantando testimonios, poniendo disensiones, quitando las honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando y martirizando inocentes. ¡Hermosamente parecieran, si todos perecieran! Que no tiene Bruselas tapicería tan fina, que tanto adorne ni tan bien parezca en la casa del príncipe, como la que cuelgan los verdugos por los caminos.

Premios y penas conviene que haya. Si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedaran por locos los escritores. Para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos y la horca para los malos. Y aunque conozco ser el vicio tan poderoso, por nacer de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano ni divino, ¿qué temo, si mis trabajos escritos y desventuras padecidas tendrán alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo? Pues viene a ser vano y sin provecho el trabajo que se toma por algún respeto, si no se consigue lo que con él se pretende.

Mas como ni el retórico siempre persuade ni el médico sana ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dándote buenos consejos y sirviéndote de luz, como el pedreñal herido, que la sacan dél para encenderla en otra parte, quedándose sin ella. De la misma forma el malo pierde la vida, recibe castigos, padece afrentas, dejando a los que lo ven ejemplo en ellas.

Quiero volverme a el camino, que se me representa en este lugar lo que a los labradores y aun a los muy labrados cortesanos, cuando pasan por la Ropería, si acaso alzan los ojos a mirar, que luego se arriman a ellos. Unos les tiran y otros estiran, allí los llevan y acullá los llaman y no saben con cuáles ir seguramente. Porque, pareciéndoles que todos engañan y mienten, de ninguno se fían y andan muy cuerdos en ello. Yo sé muy bien el porqué y lo que venden lo dice a voces. Ahora bien, démosles lado, dejémoslos pasar, siquiera por las amistades que un tiempo me hicieron en comprarme prendas que nunca compré, dándome dineros a buena cuenta de lo que les había de vender y enseñándome a hacer de la noche a la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para echar soletas.

O lo que suele suceder a el descuidado caminante que, sin saber el camino, salió sin preguntarlo en la posada y, cuando tiene andada media legua, suele hallarse a el pie de una cruz, que divide tres o cuatro sendas a diferentes partes; y, empinándose sobre los estribos, torciendo el cuerpo, vuelve la cabeza, mirando quién le podrá decir por dónde ha de caminar; mas, no viendo a quien lo adiestre, hace consideración cosmógrafa, eligiendo a poco más o menos la que le parece ir más derecha hacia la parte donde camina.

Veo presentes tantos y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar a su tienda cada uno y sabe Dios por qué y para qué lo hace. Pide aquéste dulce, aquél acedo, uno hace freír las aceitunas, otro no quiere sal ni aun en el huevo. Y habiendo quien guste de comer los pies de la perdiz tostados a el humo de la vela, no falta quien dice que no crió Dios legumbre como el rábano.

Así lo vimos en cierto ministro papelista, largo en palabras y corto de verdades, avariento por excelencia. El cual, como se mudase de una posada en otra, después de llevada la ropa y trastos de casa, se quedó solo en ella, rebuscándola y quitando los clavos de las paredes. Acertó a entrar en la cocina, donde halló en el ala de la chimenea cuatro rábanos añejos, que como tales los dejaron perdidos y sin provecho. Juntólos y atólos y con mucho cuidado los llevó a su mujer, y con cara de herrero le dijo: «Así se debe de ganar la hacienda, pues así se deja perder. Como no lo trujistes en dote, de todo se os da nada. ¿Veis esta perdición? Guardá esos rábanos, que dinero costaron, y volvedlos a echar a mal, perdida, que yo lo soy harto más en consentir que por junto se traiga un manojo a casa.» La mujer los guardó y aquella noche, por no tenerla negra con pendencia, los hizo servir a la mesa. Y comiéndolos el marido, dijo: «Ahora, por Dios, hermana, que sobre todos los gustos tiene lugar principal el de los rábanos añejos, que cuanto más lacios, mejor saben. Si no, probad uno déstos.» Y haciéndole fuerza, la obligó a comerlo, contra toda su voluntad y con asco.

Gentes hay que no se contentan con loar aquello que dicen aplacerles, ya sea por lo que fuere, sino que quieren que los otros lo hagan y que a su pesar sepa bien y se lo alaben y juntamente con esto que vituperen el gusto ajeno, sin considerar que son los gustos varios, como las condiciones y rostros, que si por maravilla se hallaren dos que se parezcan, es imposible hallarlos en todo iguales.

Así habré de hacer aquí lo que me aconteció en una comedia, donde por ser de los primeros, vine a ser de los delanteros y, como tras de mí hubiese otros no tan bien dispuestos, me decían que me hiciese a un lado y, en meneándome un poco, se quejaban otros a quien hacía también estorbo. Los unos y los otros me ponían a su modo, porque todos querían ver, de manera que, no sabiendo cómo acomodarme acomodándolos, hice orejas de mercader; púseme de pie derecho y cada uno alcanzase como mejor pudiese.

Querrían el melancólico, el sanguino, el colérico, el flemático, el compuesto, el desgarrado, el retórico, el filósofo, el religioso, el perdido, el cortesano, el rústico, el bárbaro, el discreto y aun la señora Doña Calabaza que para sola ella escribiese a lo fruncido y que con sólo su pensamiento y a su estilo me acomodase. No es posible; y seráme necesario, demás de hacer para cada uno su diferente libro, haber vivido tantas vidas cuantos hay diferentes pareceres. Una sola he vivido y la que me achacan es testimonio que me levantan.

La verdadera mía iré prosiguiendo, aunque más me vayan persiguiendo. Y no faltará otro Gil para la tercera parte, que me arguya como en la segunda de lo que nunca hice, dije ni pensé. Lo que le suplico es que no tome tema ni tanta cólera conmigo que me ahorque por su gusto, que ni estoy en tiempo dello ni me conviene. Déjeme vivir, pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija y tiempo para la emmienda. Servirán aquí mis penas para escusarte dellas, informándote para que sepas encadenar lo pasado y presente con lo venidero de la tercera parte y que, hecho de todo un trabado contexto, quedes cual debes, instruido en las veras.

Que sólo éste ha sido el blanco de mi puntería y descubro el de mi pensamiento a los que se sirvieren de excusarme del trabajo. Empero sea de manera que se puedan gloriarse del suyo, que tengo por indecente negar un autor su nombre, apadrinando sus obras con el ajeno. Que será obligarme escribir otro tanto, para no ser tenido por tonto cargándome descuidos ajenos. Esto se quede, porque no parezca dicho con cuidado ni más de por haber venido a propósito.

Mas volviendo a el nuestro, digo que cada uno haga su plato y pasto de lo que le sirviéremos en esta mesa, dejando para otros lo que no le supiere bien o no abrazare su estómago. Y no quieran todos que sea este libro como los banquetes de Heliogábalo, que se hacía servir de muchos y varios manjares; empero todos de un solo pasto, ya fuesen pavos, pollos, faisanes, jabalí, peces, leche, yerbas o conservas. Una sola vianda era; empero, como el manna, diferenciada en gustos. Aunque los del manna eran los que cada uno quería y esotros los que les daba el cocinero, conforme a la torpe gula de su amo.

Con la variedad se adorna la naturaleza. Eso hermosea los campos, estar aquí los montes, allí los valles, acullá los arroyos y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos, que lo quieran todo para sí. Que yo he visto en casa de mis amos dar libreas y a el paje pequeño tan contento con la suya, en que no entró tanta seda, como el grande que la hubo menester doblada por ser de más cuerpo.

Determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor a el puerto de mi deseo y lugar adonde voy caminando. Y tú, discreto huésped que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando, no te desdeñes cuando en tu patria me vieres y a tu puerta llegare desfavorecido, en hacerme aquel tratamiento que a tu propio valor debes. Pues a ti sólo busco y por ti hago este viaje; no para hacerte cargo dél ni con ánimo de obligarte a más de una buena voluntad, que naturalmente debes a quien te la ofrece. Y si de ti la recibiere, quedaré con satisfacción pagado y deudor, para rendirte por ella infinitas gracias.

Mas el que por oírmelas está deseoso de verme, mire no le acontezca lo que a los más que curiosos que se ponen a escuchar lo que se habla dellos, que siempre oyen mal. Porque con oro fino se cubre la píldora y a veces le causará risa lo que le debiera hacer verter lágrimas. Demás que, si quisiere advertir la vida que paso y lugar adonde quedo, conocerá su demasía y daráme a conocer su poco talento. Póngase primero a considerar mi plaza, la suma

miseria donde mi desconcierto me ha traído; represéntese otro yo y luego discurra qué pasatiempo se podrá tomar con el que siempre lo pasa –preso y aherrojado– con un renegador o renegado cómitre. Salvo si soy para él como el toro en el coso, que sus garrochadas, heridas y palos alegran a los que lo miran, y en mí lo tengo por acto inhumano.

Y si dijeres que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro haciéndome de rogar o que hago melindre, pesaráme que lo juzgues a tal. Que, aunque es notoria verdad haber servido siempre a el embajador, mi señor, de su gracioso, entonces pude, aunque no supe, y, aunque ahora supiese, no puedo, porque tienen mucha costa y no todo tiempo es uno. Mas, para que no ignores lo que digo y sepas cuáles eran mis gracias entonces y lo que ahora sería necesario para ellas, oye con atención el capítulo siguiente.

Capítulo II

Guzmán de Alfarache cuenta el oficio de que servía en casa del embajador, su señor

Del mucho poder y poca virtud en los hombres nace no premiar tanto servicios buenos y trabajos personales de sus fieles criados, cuanto palabras dulces de lenguas vanas, por parecerles que lo primero se les debe por lo que pueden, y así no lo agradecen, y de lo segundo se les hace gracia, porque no lo tienen y compran sus faltas a peso de dineros. Es mucho de sentir que les parezca que contradice la virtud a su nobleza y, sintiendo mal della, no la tratan. Y también porque como se haya de conseguir por medios ásperos, contrarios a su sensualidad, y con su mucho poder, nunca se les apartan del oído y lados lisonjeros, viciosos y aduladores.

Aquella es la leche que mamaron, paños en que los envolvieron. Hiciéronlo su centro natural con el uso, y con el mal abuso se quedaron. De aquí nacen los gastos demasiados, las prodigalidades, las vanas magnificencias, que sobre tabla se pagan muy presto de contado, con suspiros y lágrimas: el dar antes a un truhán el mejor de sus vestidos, que a un virtuoso el sombrero desechado. Y porque también es dádiva recíproca, trueco y cambio que corre, visten ellos el cuerpo a los que revisten el suyo de vanidad. Favorecen con regalos a los que los halagan con halagos de palabras tiernas y suaves, de buen sonido y consonancia. Compran con precio su gusto, por lo cual corre su alabanza justamente de la boca de semejantes, dejando abierta la puerta por su descuido, para que los buenos publiquen sus demasías, que real y verdaderamente se debiera tener por vituperio.

No quiero con esto decir que carezcan los príncipes de pasatiempos. Conveniente cosa es que tengan entretenimientos; empero que den a cada cosa su lugar. Todo tiene su tiempo y premio. Necesario es y tanto suele a veces importar un buen chocarrero, como el mejor consejero. No me pasa por el pensamiento atarles las manos a hacer mercedes, pues, como tengo dicho, nunca el dinero se goza sino cuando se gasta, y nunca se gasta cuando bien se dispensa y con prudencia.

¡Ya, ya, por mis pecados, de uno y otro tengo experiencia! Bien puedo deponer, como aquel que ha traído los atabales a cuestras, pues el tiempo que serví al embajador, mi señor, como has oído, yo era su gracioso. Y te prometo que fuera muy de menor trabajo y menos pesadumbre para mí cualquiera otro corporal.

Porque para decir gracias, donaires y chistes, conviene que muchas cosas concurren juntas. Un don de naturaleza, que se acredite juntamente con el rostro, talle y movimiento de cuerpo y ojos, de tal manera, que unas prendas favorezcan a otras y cada una por sí tengan un donaire particular, para que juntas muevan el gusto ajeno. Porque una misma cosa la dirán dos personas diferentes: una de tal manera, que te quitarán el calzado y desnudarán la camisa, sin que con la risa lo sientas; y otra con tal desagrado, que se te hará la puerta lejos y angosta para salir huyendo y, por más que procuren éstos esforzarse a darles aquel vivo necesario, no es posible.

Requírese también lección continua, para saber cómo y cuándo, qué y de qué se han de formar. También importa memoria de casos y conocimiento de personas, para saber casar y acomodar lo que se dijere con aquello de quien se dijere. Conviene solicitud en inquirir, lo más digno de vituperar, y más en los más nobles, vidas ajenas.

Porque ni los visajes del rostro, libre lengua, disposición del cuerpo, alegres ojos, varias medallas de matachines ni toda la ciencia del mundo será poderosa para mover el ánimo de un vano, si faltare la salsa de murmuración. Aquel puntillo de agrio, aquel granito de sal, es

quien da gusto, sazón y pone gracia en lo más desabrido y simple. Porque a lo restante llama el vulgo retablo, artificio con poco ingenio.

También es de importancia, oportunidad y tiempo en quien las quiere decir; que, fuera dél y sin propósito, no hay gracia que lo sea ni siempre se quieren oír ni se podrán decir. Pídanle al más diestro en ellas que las diga y, si le cogen al descuido, le dejarán helado.

Aquesto le aconteció a Cisneros, un famosísimo representante, hablando con Manzanos —que también lo era y ambos de Toledo, los dos más graciosos que se conocieron en su tiempo—, que le dijo: «Veis aquí, Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres más graciosos que hoy se conocen. Considerad que con esta fama nos manda llamar el Rey, Nuestro Señor. Entramos vos y yo y, hecho el acatamiento debido, si de turbados acertáremos con ello, nos pregunta: '¿Sois Manzanos y Cisneros?' Responderéisle vos que sí, porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos vuelve a decir: 'Pues decidme gracias.' Agora quiero yo saber qué le diremos.» Manzanos le respondió: «Pues, hermano Cisneros, cuando en eso nos veamos, lo que Dios no quiera, no habrá más que responder sino que no están fritas.»

Así que no a todos ni de todo ni siempre podrán decirse ni valdrán un cabello sin murmuración. Esto sentía yo por excesiva desventura, hallarme obligado a ser como perro de muestra, venteando flaquezas ajenas. Mas como era el quinto elemento, sin quien los cuatro no pueden sustentarse y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solícito, buscando lo necesario a el oficio que ya profesaba, para ir con ello ganando tierra y rindiendo los gustos a el mío. Que no es la menor ni menos esencial parte captar la benevolencia, para que celebren con buena gana lo que se dice y hace.

De modo que aquellas prendas que me negó naturaleza, las había de buscar y conseguir por maña, tomando ilícitas licencias y usando perjudiciales atrevimientos, favorecido todo de particular viveza mía, por faltarme letras. Pues entonces no tenía otras que las de algunas lenguas que aprendí en casa del cardenal, mi señor, y aun éstas estaban en agraz, por mis verdes años.

Considerad, pues, agora de todo lo dicho ¿qué puedo aquí tener y qué me falta, sin libertad y necesitado? En aquellos tiempos, en la primavera de mis floridos años, todo iba corriente, todo parecía bien y a todo me acomodaba. Por ello y otras cosas anejas a ello me traían vestido, era el regalado, el de la privanza, el familiar, el dueño de mi amo y aun de todos los interesados en ser sus amigos y llegados.

Yo era la puerta principal para entrar en su gracia, el señor de su voluntad. Yo tenía la llave dorada de su secreto: habíame vendido su libertad, obligábame a guardárselo, tanto por esto como por caridad, por ley natural y amor que le tenía; que siempre conoció de mí gran sufrimiento en callar. Figúraseme agora que debía de ser entonces como la malilla en el juego de los naipes, que cada uno la usa cuando y como quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mí: unos de mis hechos, por su propio interese, y otros de mis dichos, por su solo gusto; y sólo mi amo se tiraba conmigo en dichos y hechos.

Esto he venido a decir, porque de mí no se sienta que quiero contravenir a que los príncipes tengan en sus casas hombres de placer o juglares. Y no sería malo cuando los tuviesen tanto para su entretenimiento, cuanto para recoger por aquel arcaduz algunas cosas, que no les entraría bien por otro. Y éstos, acontecen ocasiones en que suelen valer mucho, advirtiendo, aconsejando, revelando cosas graves en son de chocarrerías, que no se atrevieran cuerdos a decirlas con veras.

Graciosos hay discretos, que dicen sentencias y dan pareceres que no se humillaran sus amos a pedirlos a otros de sus criados, aunque les importaran mucho y fueran ellos grandísimos estadistas para poderles aconsejar; ni lo consintieran dellos, por no confesarse ignorantes a sus inferiores o que saben menos que ellos; que aun hasta en esto quieren ser

dioses. Y estos criados tales eran los papagayos que deseaba tener Júpiter enjaulados. Que no es de agora el daño ni nació ayer despreciar los consejos de los tales los poderosos.

Tanta es en ellos la ambición, que quieren agregar a sí todas las cosas, haciéndose dueños y señores absolutos de lo espiritual y temporal, de malo y bueno, sin que alguno en algo se les aventaje. De tal manera, que les parece que con solo su aliento dan a los otros gracia, y, no haciendo algo, quieren ser alabados de que por ellos tienen vida, honra, hacienda y aun entendimiento, que es la última blasfemia donde puede llegar su locura en este caso.

Y hay otro grave daño y es que quieren que, como en capilla de milagros, colguemos en su vanidad los despojos de nuestros males. Que si andamos, les ofrezcamos las muletas de cuando estuvimos agravados y tullidos con pobreza; si escapamos de trabajos, les vamos a sacrificar la mortaja que la fortuna nos tenía cortada, cirios y figuras de cera, declarando ser el milagro suyo, y colguemos en su templo las cadenas con que salimos a puerto del cativerio de nuestras miserias.

No fuera esto tan culpable si sólo aconteciera lo dicho en casos virtuosos, pues el agradecimiento es debido a todo beneficio, y manifiéstase tenerlo cuando, dando a Dios las gracias dello, se publica también la virtud en el que la obra, pues pusieron su industria, ocuparon su persona, gastaron el favor, aprovecharon la ocasión, ganaron el tiempo y gastaron su dinero.

Mas aun en torpezas y vicios quieren también exceder y ser solos ellos, como se vio en cierto titulado, tan amigo de mentir a todo ruego, sin que alguno se le aventajase, que, diciendo en una conversación haber muerto un ciervo con tantas puntas, que realmente se le conoció ser mentira, le salió a el paso con mucho donaire otro caballero anciano, deudo suyo, y dijo: «No se maraville Vuestra Señoría deso, que pocos días ha que yo maté otro en ese monte mismo, que tenía dos puntas más.» El señor se santiguaba, diciéndole: «No es posible.» Y como enojado contra el caballero, le dijo: «No me diga Vuestra Merced eso, que no es cosa jamás vista ni lo quiero creer, si el creer es cortesía.» El caballero, con un conocido atrevimiento, fiado en su ancianidad y parentesco, descompuesta la voz, dijo: «Pese a tal, señor N., conténtese Vuestra Señoría con tener sesenta cuentos de renta más que yo, sin también querer mentir más que yo. Déjeme con mi pobreza mentir como quisiere, pues no lo pido a nadie ni le defraudo su honra ni hacienda.»

Otros graciosos hay, naturalmente ignorantes o simples, por cuya boca muchas veces acontece hablarse cosas misteriosas y dignas de consideración, que parece permitir Dios que las digan y que con ello también a lo que conviene callen, las cuales, aun siendo desta calidad, tienen mucho donaire diciéndolas.

Esto aconteció en un simple de su nacimiento, de quien gustaba mucho un príncipe poderosísimo, que, como con secretas causas hubiese depuesto a un grave ministro suyo y, viendo entrar a este simple, le preguntase lo que había de nuevo por la Corte, respondió: «Que habéis hecho muy mal en despedir a N. y que ha sido contra toda razón y justicia.» Parecióle a el príncipe –por tener su causa justificada– que aquélla hubiera sido simpleza de su boca y díjole: «Aqueso tú lo dices, que debía de ser tu amigo; que no porque lo hayas oído decir a ninguno.» El simple le respondió: «¡Mi amigo! Par Dios que mentís; que más mi amigo sois vos. Yo no digo nada, que por ahí lo dicen todos.» Pesóle a el príncipe que hubiese quien fiskease sus obras ni examinase su pecho, y por saber si trataba dello alguna gente de sustancia le replicó: «Pues dices que lo dicen tantos y que eres mi amigo, dime de uno a quien lo has oído.» El simple se reparó un poco y, cuando pensaba el príncipe que recorría la memoria para señalarle persona, le respondió con descompuesta ira: «La Santísima Trinidad me lo dijo: ved a cuál de las tres personas queréis prender y castigar.» Al príncipe le pareció negocio del cielo y no volvió a tratar más dello.

Hay otro género de graciosos, que sólo sirven de danzar, tañer, cantar, murmurar, blasfemar, acuchillar, mentir y ser glotones; buenos bebedores y malos vividores, cada uno por su camino y alguno por todos. Y de tal manera gustan dellos, que les darán favor para

todo, siendo gravísimo pecado. A éstos y por esto les dan joyas de precio, ricos vestidos y puños de doblones, lo que no hicieran a un sabio virtuoso y honrado, que tratara del gobierno de sus estados y personas, ilustrando sus nombres y magnificando su casa con glorioso nombre.

Antes, cuando acontece que los tales acuden a ellos con casos de importancia, los menosprecian, deshaciendo sus avisos. Pues ya sus gobernadores, letrados de su casa, deseosos de ambición, que ciegos de pasión, si han de dar su parecer, aunque saben que aquello conviene, lo contradicen porque parezca que algo hacen y porque les pesa que otro se adelante con lo que pudieran ellos ganar gracias. Así no son admitidos, por no haber salido el trunfo de su mano y porque no diga el otro: «Yo se lo dije.» Con esto se quedan muchas cosas faltas de remedio. Y si son casos tales, que puede seguirseles dello interese notorio, dicen al dueño, con sequedad notable, por no dar paga ni gracias del beneficio: «Ya sabíamos acá eso y tiene mil inconvenientes.» Pues ¡maldito sea otro que tiene más de no haber dado ellos primero en ello! Y con el viento de su vanidad y violencia de su codicia lo despiden.

Hacen primero como los boticarios, que destilan o majan la yerba y, en sacando la sustancia, dan con ella en el muladar. Entéranse primero del negocio como pueden y, dando de mano a el verdadero autor, después lo disponen de modo que lo ponen de lodo y, vendiéndolo por suyo, sacan privilegio dello. Son como las vasijas de vientre grande y boca estrecha. Entienden las cosas mal, hinchén el estómago de cuanto les dicen; pero, aunque más les digan y más les den y estén llenos, como no lo supieron entender, tampoco se dan a entender.

Desta manera se pierden los negocios, porque no pudo éste quedar tan enterado en lo que le trataron, como el propio que se desveló muchas noches, acudiendo a las objeciones de contra y favoreciendo las de pro. ¡Buen provecho les haga! En eso me la ganen, que no les arriendo la ganancia.

Mi amo holgaba de oírme, más que por oírme. Y como buen jardinero, recogía las flores que le parecían convenientes para el ramillete que deseaba componer y dejaba lo restante para su entretenimiento. Conversaba conmigo de secreto lo que decían otros en público. Y no sólo conmigo; antes, como deseaba saber y acertar, solicitaba las habilidades de hombres de ingenio, favorecíalos y honrábalos, y si eran menesterosos, dábales lo que buenamente podía y vía que les faltaba por un modo discreto, sin que pareciese limosna, dejándolos contentos, pagados y agradecidos.

Acostumbraba de ordinario sentar dos o tres dístos a su mesa, donde se proponían cuestiones graves, políticas y del Estado, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. Desta manera, sin descubrirse, recibía pareceres y disfrutaba lo más esencial dellos. Lo mismo hacía con oficiales y gente ciudadana honrada, que, sustentándoles amistad, sabía dellos los agravios que recibían, el reparo que podían tener, de qué ánimo estaban; y después, con su buen juicio disponía según le convenía y en pocos casos erraba.

Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil estudiante y amigo de tales. Tenía las calidades que pide semejante plaza. Mas en medio della, en lo mejor de todo estaba sembrado y nacido un «pero». Manzana fue nuestra general ruina y pero la perdición de cada particular.

Era enamorado. Que no hay carne tan sana, donde no haya corrupción y se hallen miserias y enfermedades. La suya era querer bien y aun con exceso. Y en materia semejante cada uno juzga como le parece. Aunque muchos políticos dijeron que no se podía dar hombre cumplidamente perfeto sin haber sido enamorado, según lo sintió un gracioso labrador, pregonero en su pueblo. El cual, habiéndose pregonado muchas veces un jumento que a otro labrador se le había perdido, como no pareciese –porque lo debieron de hurtar gitanos, que si es necesario para desaparecerlos y que no los conozcan, los tiñen verdes– y el dueño le pidiese con mucho encarecimiento que lo volviese a pregonar el domingo después de misa mayor, y que, si pareciese, le daría un ceboncillo que tenía, el traidor pregonero, movido de la codicia, lo hizo según se lo pidió; y estando todo el pueblo junto en la plaza, se puso en medio della y

en voz alta dijo: «El que de todos los vecinos deste lugar y zagales dél nunca hubiere sido enamorado, véngalo diciendo y le darán un gentil recental.» Estaba puesto al sol, arrimado a las paredes de la casa de Concejo, un mocetón de veinte y dos años al parecer, melenudo, un sayo largo pardo, con jirones, abierto por el hombro y cerrado por delante, calzón de frisa blanca, plegado por abajo; camisa de cuello colchado, que no se lo pasara un arco turquesco con una muy aguda flecha; caperuza de cuartos, las abarcas de cuero de vaca y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dijo: «Hernán Sanz, dádmelo a mí, que, par diez, nunca hu ñamorado ni m'ha quillotrado tal refunfuñadura.» Entonces el pregonero, llamando al dueño del jumento muy apriesa y señalando al mocetón con el dedo, le dijo: «Antón Berrocal, dadme el ceboncillo y veis aquí vuestro asno.»

Y porque lo levantemos más de puntas con verdades, y de nuestro tiempo, en Salamanca un catedrático de prima, de los más famosos y graves letrados de aquella universidad, visitaba por su entretenimiento a una señora monja, hermosa, de mucha calidad y discreta; y, siéndole forzoso a él hacer ausencia de allí por algunos días, aunque breves, fuese sin despedirse della, pareciéndole haber hecho una fineza en amor.

Después, cuando volvió del viaje y la quisiese visitar, como ella no admitiese su visita, quedó tan suspenso como triste, porque ignoraba cuál fuese la causa de novedad semejante, habiéndole hecho siempre tanta merced. Mas, cuando por buena diligencia supo la causa, estimóselo en mucho, pareciéndole que antes aquello era en cierta manera un género de favor. Envióle a dar sus disculpas, haciendo instancia en suplicarle lo viese, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes.

Ya por la mucha importunación, aunque de mala gana, salió a recebir la visita; empero con tanto enojo y cólera, que lo dio bien a conocer, pues las primeras palabras fueron decirle: «Debéis de ser mal nacido, y tan bajos pensamientos no arguyen menos que humilde linaje. Lo cual confirma vuestro mal proceder, y así habéis dado dello infame muestra; pues teniendo el ser que tenéis por mi respeto y habiendo llegado por él a el punto en que os veis, olvidado de todo y de lo que me cuesta el haberos calificado, me habéis perdido el debido reconocimiento. Mas, pues fue mía la culpa con engrandeceros, no es mucho que padezca la pena de sufriros.»

A estas palabras añadió muchas otras de aspereza, tanto, que ya el pobre señor, hallándose corrido –por los que a semejante sequedad se hallaron presentes– y atajado de un exceso de rigor, dijo: «Señora, en cuanto tener Vuestra Merced queja de mí, ya sea con razón o sin ella, y acusar mi mal proceder, pase, porque cada uno siente como ama y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace; mas en lo forzoso, justo y necesario, habré de satisfacer a los presentes por mi honra, que si Dios fue servido de traerme a el puesto que tengo, no ha sido por sobornos ni por favores, antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras.» Ella entonces, no dejándole pasar adelante, antes con ira, le replicó luego: «¿Pues cómo, traidor, y teníades vos entendimiento para conseguirlas en tal extremo ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal, con daros licencia que me amárades?»

Conforme a esto, averiguado queda lo que importe amar y no ser tan gran delito cuanto lo crimanan, digo cuando los fines no son deshonestos. Mas en mi amo juzgábase a mala parte: habían excedido y traspasado la raya, de que me cargaban a mí lo malo dellos, achacándome que después que yo le servía, tenía legrado el caxco y le sonaban dentro caxcabeles, lo cual no se le había sentido basta entonces.

Bien pudo ello ser así, que con mi calor brotase pimpollos; mas para decir verdad –pues aquí no se conocen partes y la peor es para mí–, cierto que me lo levantaron. Porque ya, cuando le comencé a servir y puso su cura en mis manos, desafuciado estaba de los médicos. No quiero negar mi mucha ocasión, porque con el favor que tenía tenía también libertades y gracias perjudiciales.

Yo era familiar en toda Roma. Entraba en cada casa como en la propia, tomando por achaque para mis pretensiones dar liciones, a unas de tañer y a otras de danzar. Entretenía en buena conversación a las doncellas con chistes y a las viudas con murmuraciones y, ganando amistades con los casados, ganaba las bocas a sus mujeres, a quien ellos me llevaban para darles gusto y que deste principio lo tuviese mi amo para declararse más. Porque, haciéndole yo relación de lo que pasaba en todas partes, era cosa natural soplar con el aire de mis palabras el fuego de su corazón, quitando la ceniza de sobre las ascuas que dentro estaban encendidas y vivas.

Había buena disposición y era menester poca ocasión; era la casa pajiza; bastaba poca lumbre para levantarse mucho incendio, aficionándose de quien mejor le pareciese, sin guardar el recato que antes. Yo me confieso por el instrumento de sus excesos y que por mi respeto, de verme pasear, entrar y salir, estaban ya muchas casas y calidades manchadas con infamia.

Mas dejemos aquí a mi amo, como a hombre a quien, aunque aquesto le causaba nota, no era tan de culpar como a los que a mí me conocían. Quisiérais yo preguntar qué honra o qué provecho era el que conmigo interesaban. ¿La señora viuda para qué quiere donaires? ¿O para qué los padres llevan a sus hijas tales pasantes ni los maridos a sus mujeres entretenimientos tan peligrosos?

¿Qué otra cosa se puede sacar de los pajecitos pulidetes, cual yo era, que no pisaba el suelo, ni de los graciosos de los príncipes o enanos de los poderosos? ¿De qué valen, sino de que les digan y oigan ellas de buena gana la de sus amos, lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ámbares que compran, las galas con que regalan y las músicas que dieron? ¿Para qué dan oídos a cosas con que otros después abran sus bocas y sacudan sus lenguas? ¿No ven que labran la cárcel y. tejen la tela con que las amortajan? ¿De qué aprovecha gustar de cuentos, que no es otra cosa sino dar lugar para que los lleven a sus amos y los den que contar a sus vecinos?

Pues ténganse su pago. Si son amigas de gracias, no se maravillen de las desgracias. ¿Quieren llevar a sus casas músicas? Pues a fe que les han de cantar coplas. La viuda honrada, su puerta cerrada, su hija recogida y nunca consentida, poco visitada y siempre ocupada. Que del ocio nació el negocio. Y es muy conforme a razón que la madre holgazana saque hija cortesana y, si se picare, que la hija se repique y sea cuando casada mala casera, por lo mal que fue dotrinada.

Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sí lo que murmuran de los otros y vean cuánto mejor sería que sus mujeres, hermanas y hijas aprendiesen muchos puntos de aguja y no muchos tonos de guitarra, bien gobernar y no mucho bailar. Que de no saber las mujeres andar por los rincones de sus casas, nace ir a hacer mudanzas a las ajenas.

¿Por ventura digo verdad? Ya sé que diréis que sí, empero que tales verdades no se han de tratar donde no hay necesidad. Así lo confieso; mas ya que a ninguno de los que me oyen le toca lo dicho, bien está dicho, para que lo aconsejen a otros cuando sea necesario.

Malo es lo malo; que nunca pudo ser bueno ser yo alcahuete de mi amo. Mas tuve disculpa con que me descubrió la necesidad aquel camino por donde saliese a buscar mi vida. ¿Pero qué descargo darán los que así enajenan las prendas de mayor estimación que tienen? Si yo lo hacía, era por asentar con mi amo la privanza y no con fin de alborotar su flaqueza; y lo condeno. Mas quien de mí se fiaba y tanto me confiaba, ¿qué aguardaba?

Paréceles a muchos que acreditan su estimación, que se adquiere nobleza y se granjea reputación con semejantes visitas, entradas y salidas. Y a las mujeres, que tratando con pajes, con poetas, estudianticos de alcorza, de bonete abollado, y mocitos de barrio, que serán tenidas por discretas; y pierden el nombre de castas, quedándose después para necias.

Desto y esotro lo que vine a sacar medrado, en resolución, fue graduarme de alcahuete; y sin mentir pudieran ponerme borla, por lo que a muchos otros y con mucho menos les vía yo poner borra.

¿Veis cómo aun las desdichas vienen por herencia? Ya se decía, sin rebozo ni máxcara, que yo traía sin sosiego a mi amo y él a mí hecho un Adonis pulido, galán y oloroso, por mi buena solicitud. ¡Qué cierta es la murmuración en caso semejante! Y si en lo bueno muere, ¿qué maravilla es que en lo malo despedace y que haya sospechas donde no faltan hechas?

Grandísima simplicidad fuera la mía y de tales como yo, cuando pidiéremos otro mejor nombre. Ni queramos tapiar a piedra lodo –como dicen– las imaginaciones, dando las evidentes ocasiones. No se puede poner coto a los que juzgan: es querer poner puertas a el campo limitar los pensamientos. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen o negar lo que todos afirman. Todo es trabajo sin provecho, como querer atar el humo.

¿Más qué diré agora de nuestros amos tontos, pues les debe de parecer que por nuestra mano corre bien y con secreto su negocio? Real y verdaderamente conozco que no hay ciencia que corrija un enamorado. No hay en amores Bártulos, no Aristóteles ni Galenos. Faltan consejos, falta el saber y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nuestra solicitud. Porque a dos visitas nuestras y un paseo suyo lo cantan luego los muchachos por las calles.

La pena que yo tenía era verme apuntar el bozo y barbas y que sin rebozo me daban con ello en ellas. Y como a los pajes graciosos y de privanza toca el ser ministros de Venus y Cupido, cuanto cuidado ponía en componerme, pulirme y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme y, viéndome así, murmurarme.

Yo procuraba ser limpio en los vestidos y se me daba poco por tener manchadas las costumbres, y así me ponían de lodo con sus lenguas. Últimamente, por ativa o por pasiva, ya me decían el nombre de las Pascuas. Y aunque les decía que como bellacos mentían, reíanse y callaban, dando a la verdad su lugar; ultrajábanme con veras y recibían mis agravios a burlas; mis palabras eran pajas y las dellos garrochas.

Hombres hay considerados, que toman los dichos, no como son, sino como de quien los dice: y es gran cordura de muy cuerdos. Al contrario de algunos, no sé si diga necios, que de un disfavor de su dama forman injuria y, como si lo fuese o lo pudiera ser, toman venganza representando agravio. Y haciéndosele a ella en su honra, sin razón la disfaman.

Yo no podía resistir a tantos ni acuchillarme con todos. Vía que tenían razón: pasaba por ello. Y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobios, en mí era de cobardía y abatimiento de ánimo, que, si a todo callaba, era porque más no podía. Como en casa no había centella de vergüenza, no reparaba en lo menos, perdido ya lo más: con risitas y sonsonetes me importaba llevarlo.

En resolución, aunque debiera tener por más compatible cualquier excesivo daño que torpe provecho, tenía como melón la cama hecha, estaba dañado. Y, sin tratar de la emienda, lo tomaba como por honra, dando ripio a la mano cuando algo me decían, por no mostrarme corrido ni obligado. Que fuera dar lugar a que más me apretasen y menos me proveyese.

Ya con esto en alguna manera no me perseguían tanto. Mas ¿para qué había de hacer otra cosa, cuando me importara, si, aunque quisiera intentarlo, no saliera con ello y fuera encender el fuego, pensando apagarlo con estopas y resina?

Haga conchas de galápago y lomos de paciencia, cierre los oídos y la boca quien abriere la tienda de los vicios. Y ninguno crea que teniendo costumbres feas tendrá fama hermosa. Pues el nombre sigue a el hombre y tal será estimado cual su trato diere lugar para ello.

Capítulo III

Cuenta Guzmán de Alfarache lo que le aconteció con un capitán y un letrado en un banquete que hizo el embajador

Son tan parecidos el engaño y la mentira, que no sé quién sepa o pueda diferenciarlos. Porque, aunque diferentes en el nombre, son de una identidad, conformes en el hecho, supuesto que no hay mentira sin engaño ni engaño sin mentira. Quien quiere mentir engaña y el que quiere engañar miente. Mas, como ya están recibidos en diferentes propósitos, iré con el uso y digo, conforme a él, que tal es el engaño respecto de la verdad, como lo cierto en orden a la mentira, o como la sombra del espejo y lo natural que la representa. Está tan dispuesto y es tan fácil para efetuar cualquier grave daño, cuanto es difícil de ser a los principios conocido, por ser tan semejante a el bien, que, representando su misma figura, movimientos y talle, destruye con grande facilidad.

Es una red sutilísima, en cuya comparación fue hecha de maromas la que fingen los poetas que fabricó Vulcano contra el adúltero. Es tan imperceptible y delgada, que no hay tan clara vista, juicio tan sutil ni discreción tan limada, que pueda descubrirla; y tan artificiosa que, tendida en lo más llano, menos podemos escaparnos della, por la seguridad con que vamos. Y con aquesto es tan fuerte, que pocos o ninguno la rompe sin dejarse dentro alguna prenda.

Por lo cual se llama, con justa razón, el mayor daño de la vida, pues debajo de lengua de cera trae corazón de diamante, viste cilicio sin que le toque, chúpase los carrillos y revienta de gordo y, teniendo salud para vender, habla doliente por parecer enfermo. Hace rostro compasivo, da lágrimas, ofrécenos el pecho, los brazos abiertos, para despedazarnos en ellos. Y como las aves dan el imperio a el águila, los animales a el león, los peces a la ballena y las serpientes a el basilisco, así entre los daños, es el mayor dellos el engaño y más poderoso.

Como áspide, mata con un sabroso sueño. Es voz de sirena, que prende agradando a el oído. Con seguridad ofrece paces, con halago amistades y, faltando a sus divinas leyes, las quebranta, dejándolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos y ciertas esperanzas, que nunca cumple ni llegan, porque las va cambiando de feria en feria. Y como se fabrica la casa de muchas piedras, así un engaño de otros muchos: todos a sólo aquel fin.

Es verdugo del bien, porque con aparente santidad asegura y ninguno se guarda dél ni le teme. Viene cubierto en figura de romero, para ejecutar su mal deseo. Es tan general esta contagiosa enfermedad, que no solamente los hombres la padecen, mas las aves y animales. También los peces tratan allá de sus engaños, para conservarse mejor cada uno. Engañan los árboles y plantas, prometiéndonos alegre flor y fruto, que al tiempo falta y lo pasan con lozanía. Las piedras, aun siendo piedras y sin sentido, turban el nuestro con su fingido resplandor y mienten, que no son lo que parecen. El tiempo, las ocasiones, los sentidos nos engañan. Y sobre todo, aun los más bien trazados pensamientos. Toda cosa engaña y todos engañamos en una de cuatro maneras.

La una dellas es cuando quien trata el engaño sale con él, dejando engañado a el otro. Como le aconteció a cierto estudiante de Alcalá de Henares, el cual, como se llegasen las pascuas y no tuviese con qué poderlas pasar alegremente, acordóse de un vecino suyo que tenía un muy gentil corral de gallinas, y no para hacerle algún bien. Era pobre mendicante y juntamente con esto grande avariento. Criábalas con el pan que le daban de limosna y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormía. Pues, como anduviese dando trazas para hurtárselas y ninguna fuese buena, porque de día era imposible y de noche asistía y las guardaba, vínole a la memoria fingir un pliego de cartas y púsole de porte dos ducados, dirigiéndolo a Madrid a cierto caballero principal muy nombrado. Y antes que amaneciese,

con mucho secreto se lo puso a el umbral de la puerta, para que luego en abriéndola lo hallase. Levantóse por la mañana y, como lo vio, sin saber qué fuese, lo alzó del suelo. Pasó el estudiante por allí como acaso, y viéndolo el pobre le rogó que leyese qué papeles eran aquellos. El estudiante le dijo: «¡Cuales me hallara yo agora otros! Estas cartas van a Madrid, con dos ducados de porte, a un caballero rico que allí reside, y no será llegado cuando estén pagados.» A el pobre le creció el ojo. Parecióle que un día de camino era poco trabajo, en especial que a mediodía lo habría andado y a la noche se volvería en un carro. Dio de comer a sus aves, dejolas encerradas y proveídas y fuese a llevar su pliego. El estudiante a la noche saltó por unos trascorrales y, desquiciando el aposentillo, no le tocó en alguna otra cosa que las gallinas, no dejándole más de solo el gallo, con un capuz y caperuza de bayeta muy bien cosido, de manera que no se le cayese, y así se fue a su casa. Cuando el pobre vino a la suya de madrugada y vio su mal recaudo y que había trabajado en balde, porque tal caballero no había en Madrid, lloraban él y el gallo su soledad y viudez amargamente.

Otros engaños hay, en que junto con el engañado lo queda también el engañador. Así le aconteció a este mismo estudiante y en este mismo caso. Porque, como para efetuarlo no pudiese solo él, siéndole necesario compañía, juntóse con otra camarada suya, dándole cuenta y parte del hurto. Éste lo descubrió a un su amigo, de manera que pasó la palabra hasta venirlo a saber unos bellaconazos andaluces. Y como esotros fuesen castellanos viejos y por el mismo caso sus contrarios, acordaron de desvalijarlos con otra graciosa burla. Sabían la casa donde fueron y calles por donde habían de venir. Fingieronse justicia y aguardaron hasta que volviesen a la traspuesta de una calle, de donde, luego que los devisaron, salieron en forma de ronda con sus lanternas, espadas y rodela. Adelantóse uno a preguntar: «¿Qué gente?» Pensaron ellos que aquél era corchete y, por no ser conocidos y presos con aquel mal indicio, soltaron las gallinas y dieron a huir como unos potros. De manera que no faltó quien también a ellos los engañase.

La tercera manera de engaños es cuando son sin perjuicio, que ni engañan a otro con ellos ni lo quedan los que quieren o tratan de engañar. Lo cual es en dos maneras, o con obras o palabras: palabras, contando cuentos, refiriendo novelas, fábulas y otras cosas de entretenimiento; y obras, como son las del juego de manos y otros primores o tropelías que se hacen y son sin algún daño ni perjuicio de tercero.

La cuarta manera es cuando el que piensa engañar queda engañado, trocándose la suerte. Acontecióle aquesto a un gran príncipe de Italia –aunque también se dice de César–, el cual, por favorecer a un famosísimo poeta de su tiempo, lo llevó a su casa, donde le hizo a los principios muchas lisonjas y caricias, acompañadas de mercedes, cuanto dio lugar aquel gusto. Mas fuésele pasando poco a poco, hasta quedar el pobre poeta con solo su aposento y limitada ración, de manera que padecía mucha desnudez y trabajo, tanto que ya no salía de casa por no tener con qué cubrirse. Y considerándose allí enjaulado, que aun como a papagayo no trataban de oírle, acordó de recordar a el príncipe dormido en su favor, tomando traza para ello. Y en sabiendo que salía de casa, esperábalo a la vuelta y, saliéndole a el encuentro con alguna obra que le tenía compuesta, se la ponía en las manos, creyendo con aquello refrescarle la memoria. Tanto continuó en hacer esta diligencia, que como ya cansado el príncipe de tanta importunación lo quiso burlar, y habiendo él mismo compuesto un soneto y viniendo de pasearse una tarde, cuando vio que le salía el poeta a el encuentro, sin darle lugar a que le pudiese dar la obra que le había compuesto, sacó del pecho el soneto y púsoselo en las manos a el poeta. El cual entendiendo la treta, como discreto, fingiendo haberlo ya leído, celebrándolo mucho, echó mano a su faltriquera y sacó della un solo real de a ocho que tenía y dióselo a el príncipe, diciendo: «Digno es de premio un buen ingenio. Cuanto tengo doy; que si más tuviera, mejor lo pagara.» Con esto quedó atajado el príncipe, hallándose preso en su mismo lazo, con la misma burla que pensó hacer, y trató de allí adelante de favorecer a el hombre como solía primero.

Hay otros muchos géneros destos engaños, y en especial es uno y dañosísimo el de aquellos que quieren que como por fe creamos lo que contra los ojos vemos. El mal nacido y por tal conocido quiere con hinchazón y soberbia ganar nombre de poderoso, porque bien mal tiene cuatro maravedís, dando con su mal proceder causa que hagan burla dellos, diciendo quién son, qué principio tuvo su linaje, de dónde comenzó su caballería, cuánto le costó la nobleza y el oficio en que trataron sus padres y quiénes fueron sus madres. Piensan éstos engañar y engañarse, porque con humildad, afabilidad y buen trato fueran echando tierra hasta henchir con el tiempo los hoyos y quedar parejos con los buenos.

Otros engañan con fieros, para hacerse valientes, como si no supiésemos que sólo aquéllos lo son que callan. Otros con el mucho hablar y mucha librería quieren ser estimados por sabios y no consideran cuánta mayor la tienen los libreros y no por eso lo son. Que ni la loba larga ni el sombrero de falda ni la mula con tocas y engualdrapadas será poderosa para que a cuatro lances no descubran la hilaza. Otros hay necios de solar conocido, que como tales o que caducan de viejos, inhábiles ya para todo género de uso y ejercicio, notorios en edad y flaqueza, quieren desmentir las espías, contra toda verdad y razón, tiñéndose las barbas, cual si alguno ignorase que no las hay tornasoladas, que a cada viso hacen su color diferente y ninguna perfeta, como los cuellos de las palomas; y en cada pelo se hallan tres diferencias: blanco a el nacimiento, flavo en el medio y negro a la punta, como pluma de papagayo. Y en mujeres, cuando lo tal acontece, ningún cabello hay que no tenga su color diferente.

Puedo afirmar de una señora que se teñía las canas, a la cual estuve con atención mirando y se las vi verdes, azules, amarillas, coloradas y de otras varias colores, y en algunas todas, de manera que por engañar el tiempo descubría su locura, siendo risa de cuantos la vían. Que usen esto algunos mozos, a quien por herencia, como fruta temprana de la Vera de Plasencia, le nacieron cuatro pelos blancos, no es maravilla(8). Y aun éstos dan ocasión que se diga libremente dellos aquello de que van huyendo, perdiendo el crédito en edad y seso.

¡Desventurada vejez, templo sagrado, paradero de los carros de la vida! ¿Cómo eres tan aborrecida en ella, siendo el puerto de todos más deseado? ¿Cómo los que de lejos te respetan, en llegando a ti te profanan? ¿Cómo, si eres vaso de prudencia, eres vituperada como loca? ¿Y si la misma honra, respeto y reverencia, por qué de tus mayores amigos estás tenida por infame? ¿Y si archivo de la sciencia, cómo te desprecian? O en ti debe de haber mucho mal o la maldad está en ellos. Y esto es lo cierto. Llegan a ti sin lastre de consejo y da vaivenes la gavia, porque a el seso le falta el peso.

Al propósito te quiero contar un cuento, largo de consideración, aunque de discurso breve, fingido para este propósito. Cuando Júpiter crió la fábrica deste universo, pareciéndole toda en todo tan admirable y hermosa, primero que criase a el hombre, crió los más animales. Entre los cuales quiso el asno señalarse; que si así no lo hiciera, no lo fuera. Luego que abrió los ojos y vio esta belleza del orbe, se alegró. Comenzó a dar saltos de una en otra parte, con la rociada que suelen, que fue la primera salva que se le hizo a el mundo, dejándolo immundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo más manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginación cómo, de dónde o cuándo era él asno, pues ni tuvo principio dél ni padres que lo fuesen. ¿Por qué o para qué fue criado? ¿Cuál había de ser su paradero?

Cosa muy propia de asnos, venirles la consideración a más no poder, a lo último de todo, cuando es pasada la fiesta, los gustos y contentos. Y aun quiera Dios que llegue como ha de venir, con emmienda y perseverancia, que temprano se recoge quien tarde se convierte.

Con este cuidado se fue a Júpiter y le suplicó se sirviese de revelarle quién o para qué lo había criado. Júpiter le dijo que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo. Y fue tan pesado para él, que de solamente oírlo le hizo mataduras y arrodillar en el suelo de ojos; y con el temor del trabajo venidero –aunque siempre los males no padecidos asombran más con el ruido que hacen oídos, que después ejecutados– quedó en aquel punto tan melancólico cual de ordinario lo vemos, pareciéndole

vida tristísima la que se le aparejaba. Y preguntando cuánto tiempo había de durar en ella, le fue respondido que treinta años. El asno se volvió de nuevo a congojar, pareciéndole que sería eterna, si tanto tiempo la esperase. Que aun a los asnos cansan los trabajos. Y con humilde ruego le suplicó que se doliese dél, no permitiendo darle tanta vida, y, pues no había desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar de tanta pena. Que bastaría vivir diez años, los cuales prometía servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre, y que los veinte restantes los diese a quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter, movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el asno menos malcontento.

El perro, que todo lo huele, había estado atento a lo que pasó con Júpiter el asno y quiso también saber de su buena o mala suerte. Y aunque anduvo en esto muy perro, queriendo saber –lo que no era lícito– secretos de los dioses y para solos ellos reservados, cuales eran las cosas por venir, en cierta manera pudo tener excusa su yerro, pues lo preguntó a Júpiter, y no hizo lo que algunas de las que me oyen, que sin Dios y con el diablo, buscan hechiceras y gitanas que les echen suertes y digan su buenaventura. ¡Ved cuál se la dirá quien para sí la tiene mala! Dícenles mil mentiras y embelecos. Húrtanles por bien o por mal aquello que pueden y déjanlas para necias, burladas y engañadas.

En resolución, fuese a Júpiter y suplicóle que, pues con su compañero el asno había procedido tan misericordioso, dándole satisfacción a sus preguntas, le hiciese a él otra semejante merced. Fuele respondido que su ocupación sería en ir y venir a caza, matar la liebre y el conejo y no tocar en él; antes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo. Y después de cansado y despeado de correr y trabajar, habían de tenerlo atado a estaca, guardando la casa, donde comería tarde, frío y poco, a fuerza de dientes royendo un hueso roído y desechado. Y juntamente con esto le darían muchas veces muchos puntillones y palos.

Volvió a replicar preguntando el tiempo que había de padecer tanto trabajo. Fuele respondido que treinta años. Malcontento el perro, le pareció negocio intolerable; mas confiado de la merced que a el asno se le había hecho, representando la consecuencia suplicó a Júpiter que tuviese dél misericordia y no permitiese hacerte agravio, pues no menos que el asno era hechura suya y el más leal de los animales; que lo emparejase con él, dándole solos diez años de vida. Júpiter se lo concedió. Y el perro, reconocido desta merced, bajó el hocico por tierra en agradecimiento della, resinando en sus manos los otros veinte años de que le hacía dejación.

Cuando pasaban estas cosas, no dormía la mona, que con atención estaba en asecho, deseando ver el paradero dellas. Y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar a sus compañeros. Demás que la llevaba el deseo de saber de sí, pareciéndole que quien tan clemente se había mostrado con el asno y el perro, no sería para con ella riguroso.

Fuese a Júpiter y suplicóle se sirviese de darle alguna luz de lo que había de pasar en el discurso de su vida y para qué había sido criada, pues era cosa sin duda no haberla hecho en balde. Júpiter le respondió que solamente se contentase saber por entonces que andaría en cadenas arrastrando una maza, de quien se acompañaría, como de un fiador; si ya no la ponían asida de alguna baranda o reja, donde padecería el verano calor y el invierno frío, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos, porque a cada bocado daría cien tenazadas con los dientes y le darían otros tantos azotes, para que con ellos provocase a risa y gusto.

Éste se le hizo a ella muy amargo y, si pudiera, lo mostrara entonces con muchas lágrimas; pero llevándolo en paciencia, quiso también saber cuánto tiempo había de padecerlo. Respondiéronle lo que a los otros, que viviría treinta años. Congojada con esta respuesta y consolada con la esperanza en el clemente Júpiter, le suplicó lo que los más animales y aun se le hicieron muchos. Otorgósele la merced según que lo había pedido y, dándole gracias, le besó la mano por ello y fuese con sus compañeros.

Últimamente, crió después a el hombre, criatura perfeta, más que todas las de la tierra, con ánima immortal y discursivo. Diole poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndolo señor usufrutuuario dello. Él quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, tan

misteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de immortalidad. Y así suplicó a Júpiter le dijese, no lo que había de ser dél, sino cuánto había de vivir.

Júpiter le respondió que, cuando determinó la creación de todos los animales y suya, propuso darles a cada uno treinta años de vida. Maravillóse desto el hombre, que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos pasaría como una flor su vida, y apenas habría sacado los pies del vientre de su madre, cuando entraría de cabeza en el de la tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar su edad ni del agradable sitio donde fue criado. Y considerando lo que con Júpiter pasaron los tres animales, fuese a él y con rostro humilde le hizo este razonamiento: «Supremo Júpiter, si ya no es que mi demanda te sea molesta y contra las ordenaciones tuyas –que tal no es intento mío, mas cuando tu divina voluntad sea servida, confirmando la mía con ella en todo–, te suplico que, pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia con el conocimiento de razón que no tuvieron, pues largaron cada uno dellos veinte años de los que les habías concedido, te suplico me los des para que yo los viva por ellos y tú seas en este tiempo mejor servido de mí.»

Júpiter oyó la petición del hombre, concediéndole que como tal viviese sus treinta años, los cuales pasados, comenzase a vivir por su orden los heredados. Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo a casa y llegando para sustentarla lo necesario a ella. De cincuenta hasta setenta viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condición y peor gusto. Y últimamente, de setenta a noventa usase de los de la mona, contrahaciendo los defetos de su naturaleza.

Y así vemos en los que llegan a esta edad que suelen, aunque tan viejos, querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar y hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la mona, que todo es querer imitar las obras del hombre y nunca lo puede ser.

Terrible cosa es y mal se sufre que los hombres quieran, a pesar del tiempo y de su desengaño, dar a entender a el contrario de la verdad, y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hagan trampantojos, desacreditándose a sí mismos. Como si con esto comiesen más, durmiesen más o mejor, viviesen más o con menos enfermedades. O como si por aquel camino les volviesen a nacer los dientes y muelas, que ya perdieron, o no se les cayesen las que les quedan. O como si reformasen sus flaquezas, cobrando calor natural, vivificándose de nuevo la vieja y helada sangre. O como si se sintiesen más poderosos en dar y tener mano. Finalmente, como si supiesen que no se supiese ni se murmurase que ya no se dice otra cosa, sino de cuál es mejor lejíja, la que hace fulano o la de zutano.

No sin propósito he traído lo dicho, pues viene a concluirse con dos caballeros cofrades desta bobada, por quien he referido lo pasado. El embajador mi señor, como has oído, daba plato de ordinario, era rico y holgaba hacerlo. Y como no siempre todos los convidados acontecían a ser de gusto, acertó un día, que hacía banquete a el embajador de España y a otros caballeros, llegársele dos de mesa.

Eran personas principales: uno capitán, el otro letrado; pero para él enfadosísimos y cansados ambos y de quien antes había murmurado conmigo a solas. Porque tanto cuanto gustaba de hombres de ingenio, verdaderos y de buen proceder, aborrecía por el contrario todo género de mentiras, aun en burlas. No podía ver hipócritas ni aduladores; quería que todo trato fuera liso, sencillo y sin doblez, pareciéndole que allí estaba la verdadera sciencia.

Y aunque había causas en éstos para ser aborrecidos, tengo también por sin duda que hay en amarse o desamarse unos más que otros algún influjo celeste. Y en éstos obraba con eficacia, porque todos los aborrecían.

Bien quisiera mi amo escaparse dellos; mas no pudo, a causa que se le llegaron en la calle y lo vinieron acompañando. Hubo de tenerles el envite por fuerza, trayéndolos, a su pesar, consigo. Que no hay peso que así pese, como lo que pesa una semejante pesadilla.

Luego como entró por la puerta de casa, le conocí en el rostro que venía mohíno. Mirélo con atención y entendióme. Hízome señas, hablándome con los ojos, mirando aquellos dos caballeros, y no fue más menester para dejarme bien satisfecho y enterado de todo el caso.

Callé por entonces y disimulé mi pesadumbre. Púseme a imaginar qué traza podría tener para que aquestos hombres que tan disgustado tenían a mi amo, le pudieran ser en alguna manera entretenimiento y risa, pagando el escote. Tocóme luego en la imaginación una graciosa burla. Y no hice mucho en fabricarla, porque ya ellos venían perdigados y la traían guisada. Esperé la ocasión, que ya estaba muy cerca, y guardéme para los postres, por ser mejor admitido. Que para que la boca se hincha de risa no ha de estar el vientre vacío de vianda, y nunca se quisieron bien gracias y hambre: tanto se ríe cuanto se come.

Las mesas estaban puestas. Vinieron sirviendo manjares. Brindáronse los huéspedes. Y cuando ya vi que se les calentaba la sangre a todos y andaba la conversación en folla tratando de varias cosas, antes de dar aguamanos ni levantar los manteles, lleguéme por un lado a el capitán y díjele a el oído un famoso disparate. Él se rió de lo que le dije y, viéndose obligado a responderme con otro, me hizo bajar la cabeza para decírmelo a el oído. Y así en secreto nos pasaron ciertas idas y venidas.

Y cuando me pareció tiempo a propósito, levanté la voz muy sin él, diciendo con rostro sereno, cual si fuera verdad que de lo que quería decir hubiéramos tratado y dije:

—¡No, no, esto no, señor capitán! Si Vuestra Merced se lo quiere decir, muy enhorabuena, pues tiene lengua para ello y manos para defenderlo; que no son buenas burlas ésas para un pobre mozo como yo y tan servidor del señor dotor como el que más en el mundo.

Mi amo y los más huéspedes dijeron a una:

—¿Qué es eso, Guzmanillo?

Yo respondí:

—¡No sé, por Dios! Aquí el señor capitán, que tiene deseo de verme de corona, me ordena los grados y anda procurando cómo el señor dotor y yo nos cortemos las uñas metiéndonos en pendencia.

El capitán se quedó helado del embeleco y, no sabiendo en lo que había de parar, se reía sin hablar palabra. Mas el embajador de España me dijo:

—Guzmán amigo, por mi vida, ¿qué ha sido eso? Sepamos de qué te ríes y enojas en un tiempo, que algo debe tener de gusto.

—Pues Vuestra Señoría metió su vida por prenda, dirélo, aunque muy contra toda mi voluntad. Y protesto que no digo nada ni lo dijera con menos fuerza, si me sacaran la lengua por el colodrillo. Sabrá Vuestra Señoría que me mandaba el señor capitán que hiciese a el señor dotor una burla, picándole algo en el corte de la barba. Porque dice que la trae a modo de barba de pichel de Flandes y que la mete las noches en prensa de dos tabletas, liada como guitarra, para que a la mañana salga con esquinas, como limpiadera pareja y tableada, los pelos iguales, cortados en cuadro, muy estirada porque alargue, para que con ella y su bonete romano acrediten sus letras pocas y gordas, como de libro de coro. ¡Cual si fuera esto parte para darlas y no se hubiesen visto caballos argeles, hijos de otros muy castizos; y muy grandes necios de falda, mayores que la de sus lobs! Y son como melones, que nos engañan por la pinta: parecen finos y son calabazas. Esto quería que yo le dijese como de mío. Por eso digo que se lo diga él o haga lo que mandare.

Santiguábase riendo el capitán, viendo mi embuste, y todos también se reían, sin saber si fuese verdad o mentira que tal nos hubiese pasado. Mas el señor dotor, con su entendimiento atestado de sopas, no sabía si enojarse o llevarlo en burlas. Empero, como lo estaban los más mirando, asomóse un poco y, haciendo la boca de corrido, dijo:

—Monsiur, si mi profesión diera lugar a la satisfacción que pide semejante atrevimiento, crea Vuestra Señoría que cumpliera con la obligación en que mis padres me dejaron. Mas, como Vuestra Señoría está presente y no tengo más armas que la lengua, darásme licencia que pregunte a el señor capitán y me diga la edad que tiene. Porque, si es verdad lo que dice, que se halló en servicio del emperador Carlos quinto en la jornada de Túnez, ¿cómo no tiene pelo blanco en toda la barba ni alguno negro en la cabeza? Y si es tan mozo como parece, ¿para qué depone de cosas tan antiguas? Díganos en qué Jordán se baña o a qué santo se encomienda, para que le pongamos candelitas cuando lo hayamos menester. Aclárese con todos. Tenga y tengamos. Pues ha salido de un triunfo, hagamos ambos bazas; que no será justo, habiendo metido prenda, que la saque franca.

Todos los convidados volvieron a refrescar la risa, en especial mi amo, por haberse tratado de dos cosas que le causaban enfado y deseaba en ellas reformación. Y viendo lo que había pasado, me dijo:

—Di agora tú, Guzmanillo, ¿qué sientes desto? Absuelve la cuestión, pues propusiste el argumento.

Yo entonces dije:

—Lo que puedo responder a Vuestra Señoría sólo es que ambos han dicho verdad y ambos mienten por la barba.

Capítulo IV

Agraviado sólo el dotor, que Guzmanillo le hubiese injuriado en presencia de tantos caballeros, quisiera vengarse dél; sosiégalo el embajador de España haciendo que otro de los convidados refiera un caso que sucedió al condestable de Castilla, don Álvaro de Luna

Solenizaron el agudo dicho, y el encarecerlo algunos tanto encendió a el dotor de manera que ya les pesaba de haberlo comenzado. Mas el embajador de España, con su mucha prudencia, tomó la mano en meter el bastón, haciéndolo, con su discreción, chacota. El capitán era de buen proceder, soldado corriente. Reíase de todo y santiguábase, jurando que ni tal palabra habló conmigo ni le pasó por pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado y estaba sordo de oír en su negocio mucho más y peor de lo que allí el dotor dijo, y porque le pareció que tenía razón en cuanto hablaba como injuriado, pasó por ello.

Mas cuando el dotor supo cierto haber sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se volvió contra mí, que partía con los dientes las palabras, no acertando a pronunciarlas de coraje. Quisiera levantarse a darme mil mojicones y cabezadas, empero no lo dejaron. Y faltándole todo género de venganza, no pudiendo con otra que la sola lengua, la soltó en decirme cuantas palabras feas a ella le vinieron, de que hice poco caso, antes le ayudaba diciéndole que me dijese. Desto se enojaba más, ver que de todo me burlaba, y fue causa que la soltase demasiadamente. Porque, como excomunió, iba tocando a participantes y casi, y aun sin casi, si mi amo no lo atajara –viendo la polvareda que suele un colérico necio levantar a veces, con que deja obligados a muchos en mucho–, pasara el negocio a malos términos.

Apaciguólo con razones lo mejor que pudo divertirlo. Y para bien hacer, barajando la conversación pasada, volvió el rostro a César, aquel caballero napolitano que había contado el caso de Dorido y Clorinia, el cual era uno de sus convidados, y, díjole:

–Señor César, pues ya es notorio en Roma y a estos caballeros el caso y muerte de la hermosa Clorinia, recibamos merced en que nos diga qué se sabe del constante Dorido, que me tiene con mucho cuidado.

–A su tiempo lo sabrá Vuestra Señoría –dijo César–, que aqueste no lo es para que dél se trate, ni semejantes desgracias y lástimas caerán bien hoy sobre lo que aquí ha pasado. Mas, pues habemos comido y la fiesta viene, diré otro caso que la ocasión me ofrece, que por haber sido verdadero creo dará mucho gusto.

Agradeciéronle todos la promesa y, estándole atentos, dijo:

«–Residiendo en Valladolid el condestable de Castilla don Álvaro de Luna en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del verano y salirse a pasear un poco, gozando del fresco por el campo; y, después de haber hecho algún ejercicio, antes que le pudiese ofender el sol, se recogía. Una vez destas, habiéndose alargado y detenido algo más de su ordinario por un alegre jardín que a la orilla del río Pisuerga estaba, recreándose de ver su varia composición, hermosas flores, alegres arboledas y sabrosas frutas, entró el calor de manera que, temiendo la vuelta y con el gusto de tanta recreación, determinó quedarse gozándola hasta la noche.

»Y en cuanto los criados prevenían de lo necesario a la comida, para entretener el tiempo, pidió a dos caballeros que le acompañaban, el uno don Luis de Castro y el otro don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contase un caso de amores, el de mayor peligro y cuidado que le hubiese sucedido. Porque sabía bien que los dos eran entonces los galanes de más nombre, de ilustre sangre, discretos, gallardos de talle y trato, curiosos en sus vestidos,

generales y briosos en todas gracias, que pudieran con satisfacción colmar su deseo en aquella materia. Y para más animarlos prometió por premio una rica sortija de un diamante que traía en el dedo, a quien por el suceso mejor la mereciese.

»Don Luis de Castro tomó luego la mano y dijo:

»—Bien podrá ser, condestable mi señor, que otros amantes para contar sus desdichas las vayan matizando con sentimientos, exageraciones y terneza de palabras, en tal manera, que por su gallardo estilo provoquen a compasión los ánimos. Y de los deste género se halla mucho escrito. Mas que real y verdaderamente, desnudo de toda composición, haya sucedido en los presentes tiempos negocio semejante a el mío, no es posible, por ser el más extraño y peregrino de los que se saben. Y pues Vuestra Señoría es el juez, bien creo conocerá lo que tengo por él padecido. Yo amé a cierta señora deste reino, doncella y una de las más calificadas dél, tan hermosa como discreta y honesta. De lo cual y de lo que más dijere acerca desto doy por testigo presente a don Rodrigo de Montalvo, como el amigo que solo se halló presente a todo. Servíla muchos años y lo mejor de los míos con tanto secreto y puntualidad, que jamás de mí se conoció tal cosa ni en alguna de su gusto hice falta. Por ella corrí sortijas y toros, jugué cañas, mantuve torneos y justas, ordené saraos y máxcaras. Y para desvelar sospechas, desmintiendo las espías, que no se supiese ni hubiese rastro por donde se pudiera presumir ser por ella, siempre para lo exterior ponía los ojos en otras damas; empero real y verdaderamente, bien conocía la de mi alma ser sola ella su dueño y por quien lo hacía. En estas fiestas y otras ocasiones encaminadas a este solo fin me gasté de manera, sacando facultades para vencer dificultades y vendiendo posesiones, que, siendo conocidamente mucho lo que mis padres me dejaron, todo lo consumí, hasta quedar tan pobre, que la merced sola de Vuestra Señoría es la que me sustenta. Y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un caballero como yo, de mi calidad y prendas, mi hacienda deshecha, tan arrinconado y pobre que la necesidad me obligue a servir, habiendo sido servido siempre —que aunque confieso por mucha felicidad el ser criado de Vuestra Señoría, no se duda cuánta sea la buena fortuna de aquellos que pasan su vida con seguridad y descuido, sin sobresaltos ni desvelos en buscar medios con que granjear voluntades—, tengo por la mayor de mis desgracias y siento en el alma que, habiéndome mi dama entretenido con falsas esperanzas y promesas vanas, que nunca daría sus favores a otro, antes por premio de mi constante amor se casaría conmigo, de que me dio su palabra, o fueron palabras de mujer o fueron obras de mi corta fortuna, pues, cuando me vio gastado y pobre, olvidada de todo lo pasado, dándome de mano la dio a otro, desposándose con él. Faltó a su obligación y a su calidad. Pues, despreciada la mía y los bienes naturales, hizo elección de los de fortuna, con marido no igual suyo. Porque se le aventajaba en la hacienda y aun en años, que hasta en estas desdichas hace suplir el dinero. Ya tengo brevemente dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios y desgraciados fines que tuvieron. Y aunque por no cansar a Vuestra Señoría me acorto en referir por menor lo que padecí estos tiempos, Vuestra Señoría supla con su discreción cuánto sería, cuántos trabajos importaría padecer y a cuántos peligros habría de ponerse quien seguía tan altos pensamientos y tan recatado andaba en el secreto, para que nada faltara de su punto. No creo tendrá don Rodrigo ni otro algún caballero suceso de infortunio mayor que poder contar a Vuestra Señoría. Pues amando con tanta firmeza y sirviendo con tantas veras, fiado de palabras dulces y suaves, perdí mi tiempo, perdí mi hacienda y sobre todo a mi dama, para venirme a dar en trueco de todo la Fortuna sólo el premio de aquea sortija.

»Don Luis acabó con esto su razonamiento y don Rodrigo de Montalvo comenzó el suyo, diciendo:

»—También habéis perdido la sortija, pues de razón será mía.

»Y volviendo el rostro con las palabras a el condestable, prosiguió desta manera:

»—Por cierto, señor ilustrísimo, aunque confieso ser verdad cuanto don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista, por la grande amistad que habemos tenido siempre, agora

no tiene razón de pretender el diamante. Porque, si desapasionadamente lo considera y trocásemos los asientos, juzgaría en mi favor y contra sí. Mas, pues él vive ciego, juzgarálo Vuestra Señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores que ha contado, que pasa en esta manera: Pocos días ha que nos andábamos él y yo paseando una tarde por la orilla deste mismo río, tratando de algunas cosas bien ajenas de lo que nos esperaba, cuando se llegó a don Luis un criado antiguo desta misma señora dama suya, de cuya parte secretamente le dio una carta, que abierta y leída de don Luis, me la dio que la leyese. Yo lo hice más de una y de dos veces, maravillado de lo que vía en ella escrito. Por lo cual y por no ser pobre de memoria, me quedó toda en ella, y decía desta manera:

'Señor mío, no es justo que me acuséis de ingrata, por pareceros tener alguna justa causa, que no es posible olvidarse, como lo habréis creído de mí, lo que se ama de veras. Y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida. Y el no corresponder a vuestro merecimiento con mis obras fue por ser tan contrarias a lo que se debía en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorbaron el matrimonio –que con vos deseaba más que a mi propia vida– la obediencia de hija, el mandato de padres y la instancia de mis deudos, movidos todos de vano interese, y título de condesa, que contra mi gusto tengo, pues me obligaron a entregar el cuerpo a quien jamás di el alma, por ser en calidades y edad tan contrario a la mía. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo cual podréis conocer en el deseo que tengo de acudir a los vuestros. El conde mi marido hace una larga jornada. Veníos aquí luego y no traigáis en vuestra compañía otra persona que a don Rodrigo, nuestro amigo. Y cuando lleguéis a esta villa, hallaréis a la entrada della en una ermita orden para lo que habéis de hacer.'

»Esto contenía la carta. La cual, visto por don Luis que lo que venía en ella era lo más contrario de su esperanza y natural a su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió, leyéndola por momentos. Ponía con atención los ojos en ella. Volvía los a el criado, esperando que a voces le dijéramos todos la certinidad en su gusto por el bien prometido, que aún dudaba dello. Y tan turbado como alegre, me decía: '¿Qué vemos, don Rodrigo? ¿Estoy recordado? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura esta letra de la condesa y aquél su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio y, como afligido enamorado, cercano a la desesperación, finjo imaginaciones para engañar a la fantasía?' Con todas estas cosas y certificarse dellas, diciéndole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, lo animé a que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hízose luego y, cuando llegamos a la ermita, hallamos en ella una reverenda y honrada dueña, que, por saberse ya el día y hora que habíamos de llegar, nos esperaba. La cual nos dio un recabdo, diciéndonos que el conde su señor había salido fuera y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese a p[er]lacio a decir a su señora la condesa su llegada. Fuese y quedamos, yo algo confuso y don Luis desesperado. Yo por las dificultades que se pudieran ofrecer y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle. Así en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena dueña nos pasaron muchos cuentos, que no son para referir en éste, y a las once de la noche volvió a nosotros, diciendo que la siguiésemos. Ayudábanos la oscuridad y metiónos con mucho secreto en un aposento de palacio, donde salió la condesa, que nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya después de habernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fue breve, me dijo la condesa: 'Don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasión que se ofrece, ya con vuestra discreción podréis juzgar cuánto sea corto. También sabéis la obligación de amistad que tenéis a don Luis; y cuando ésta faltara, por mí que lo pido, debéis concederme un ruego. Sabed que, como el conde mi marido, por indisposición que tuvo, se volviese del camino y llegase cansado, se fue luego a echar a la cama, donde lo dejo dormido. Mas porque podría suceder que despertando alargase alguna pierna o brazo hacia mi lugar y, me hallase menos, de lo cual me resultaría notorio peligro y grandísimo escándalo en la casa, deseo que, en tanto que aquí nos entretenemos hablando vuestro amigo don Luis y yo, que a lo más largo podrá ser como un

cuarto de hora, os acostéis en mi lugar y estéis en él, para que con esto pueda estar aquí segura. Y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, que no tendréis alguno. Porque demás de ser el conde viejo, nunca recuerda en toda la noche, hasta ya muy de día, si no es a gran maravilla, que suele dar un vuelco y luego se duerme.' Sabe Dios y considere Vuestra Señoría cuánto me podría pesar que la condesa me pusiera en tan evidente peligro. Mas, como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehusara no cumplía con mi honra ni obligaciones, tanto de amistad como ruego de la condesa, dije que lo haría. Pedíles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues conocían el riesgo en que por sus gustos me ponía. Ellos me lo prometieron y juraron que a lo más largo no pasaría de media hora. Púsome la condesa un tocado suyo, y desnudo y descalzo me llevó a su retrete y metió en su cama. No había luz alguna. Estaba todo a oscuras y en extraño silencio. Estúveme así a un lado de la cama, lo más apartado que pude, no un cuarto de hora, ni media, sino más de cinco, que ya era casi de día. Considere cada uno y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante y tanto tiempo. ¡Qué congojas por no ser conocido! ¡Con cuánto temor de no ser sentido! Y era lo menos que sentía lo más que me pudiera suceder, que era la muerte, si recordara el conde. Porque, como entré desnudo y sin armas, había de ser a brazos la pendencia. Y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabía cómo ni por dónde había de huir. Y no fueron solas estas mis congojas, que adelante pasaron, porque don Luis y la condesa se reían y hablaban tan descompuestos y recio, que les oía desde la cama casi todo lo que decían, con que me aumentaban el temor no despertasen a el conde. Y entre mí me deshacía, viendo que no les podía decir que hablasen quedo, ya que se tardaban. Reventaba con esto y por no poderme apartar de allí un punto, por esta negra honrilla. Después de todo esto, ya cuando vieron el día tan cerca, que casi era claro, se vinieron risueños y juntos hacia la cama, con una vela encendida y llegándose adonde yo estaba, con mucha grita y trisca, hacían grande ruido. Entonces vine a pensar si con el mucho contento se hubieran vuelto locos. Ya me pesaba tanto de su desgracia como de mi desventura, pues había de ser la infamia y castigo general en todos y, sin que alguno escapase dél, ellos por faltos y yo por sobrado. Vine de modo que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones y ninguna que me pudiera ser de provecho. Y estando en ellas, en medio de mi mayor conflicto, se vinieron acercando a la cama y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algún sentido, tanto, que quisiera huir y no pude. Mas muy presto volví en mí. Porque yo, que siempre creí tener a mi lado a el conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño y conocí no ser él, sino una señora doncella, hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual y de la burla que creí haberseme hecho, quedé tan atajado y corrido, que no supe hablar ni otra cosa que hacer, más de levantarme como estaba en camisa y salir a buscar mis vestidos, de que después me avergoncé mucho más de lo que temí antes. Vea, pues, Vuestra Señoría, el peligro a que me puse y juzgue por él debérseme dar la sortija.

»Riéndose mucho desto el condestable, dijo que don Luis no debía tener queja del amor, pues aunque tarde y con trabajos, llegó a conseguir su deseo y así no era merecedor del premio puesto. Ni tampoco don Rodrigo, pues no había corrido algún peligro durmiendo con el conde, aunque había sido muy donosa la burla que le habían hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno dellos dueño del diamante. Y sacándolo del dedo lo entregó a don Rodrigo, para que lo enviase a la doncella con quien había dormido, pues ella sola padeció el peligro y lo corriera su honra si fuera sentida.»

Con esto dio fin a su cuento y todos muy contentos quedaron determinando si la sentencia del condestable había sido discreta o justa. Loáronlo todos de cortesano y con esto, haciéndoseles a cada uno la hora para sus negocios, poco a poco se deshizo la conversación y se despidieron por acudir a ellos.

Capítulo V

No sabiendo una matrona romana cómo librarse sin detrimento de su honra de las persuaciones de Guzmán de Alfarache, que la solicitaba para el embajador su señor, le hizo cierta burla, que fue principio de otra desgracia que después le sucedió

Los que del rayo escriben dicen, y la experiencia nos enseña, ser su soberbia tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efetos en lo más fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina. Desgaja y despedaza una robusta encina, sin tocar a la débil caña. Prostra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta un hombre, como si fuese barro le deshace los huesos y deja el vestido sano. Derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando la bolsa en que va metida. Y siendo así, se quebranta su fuerza en llegando a la tierra: ella sola es quien le resiste. Por lo cual en tiempos tempestivos, los que sus efetos temen se acostumbran meter en las cuevas o soterraños hondos, porque dentro dellos conocen estar seguros.

El ímpetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararlo con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domesticadas; antes de ordinario aspira siempre y acomete a las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley ni perdona vicio. Es caballo que parte de carrera, sin temer el camino ni advertir en el paradero. Siempre sigue a el furor y, como bestia mal domada, no se deja ensillar de razón y alborótase sin ella, no sufriendo ni aun la muy ligera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega. Y siendo cual decimos esta furiosa fiera, sólo con la humildad se corrige y en ella se quebranta. Esta es la tierra, contra quien su fuerza no vale, su contrayerba y el fuerte donde se halla fiel reparo.

De tal manera, que no hay esperar cosa buena en el mozo que humilde no fuere, por ser la juventud puerta y principio del pecado. Criéme consentido: no quise ser corregido. Y como la prudencia es hija de la experiencia, que se adquiere por transcurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo. Mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oído en los amores de Malagón y Toledo, y debiendo temer, como gato escaldado, el agua fría, diese más crédito a mujeres y me quisiese dejar llevar de sus enredos; que no conociese con tantas experiencias y tales que siempre nos tratan con cautela, o nace de mucha simplicidad nuestra o demasiada pasión del apetito. Y aquesto es lo más verdadero y cierto.

Y a Dios pluguiera que aquí parara y en este puerto diera mi plus ultra, plantando las columnas de mi escarmiento, sin que, como verás adelante, no reincidiera mil veces en esta flaqueza, sin poderme preciar de que alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donación a quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ajeno dellos haga locuras, multiplicando los disparates.

El embajador mi señor amaba una señora principal, noble, llamada Fabia; era casada con un caballero romano; a la cual yo paseaba muy a menudo y no con pequeña nota; pues ya por ello estaba indiciada sin razón, porque de su parte jamás hubo para ello algún consentimiento ni causa. Mas, como todos y cada uno puede amar, protestar y darse de cabezadas contra la pared, sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacía lo que su pasión le ditaba y ella lo que a su honra y de su marido convenía.

Verdad es que no estábamos tan ciegos, que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz. Alguna llevábamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado: mirad qué tres enemigos contra una mujer moza, hermosa y bien traída. Con esto y con que una familiar criada suya, doncella que había sido, era prenda

mía, creí que por sus medios y mis modos, con las ocasiones dichas pudiéramos fácilmente ganar el juego. ¿Mas quién sino mi desdicha lo pudiera perder, llevando tales trunfos en la mano?

Salióme todo al revés. No es todo fácil cuanto lo parece. Virtudes vencen señales y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo. Cuando ésta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos a su salvo y mucho daño de nuestro amor y de mi persona en especial. Porque, como me viese solicitar esta causa tanto, y su doncella, dama mía, por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ello, haciendo a tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin envite y aun haciendo de falso muchos, con rodeos, que nunca le faltaban, de tal manera, que como la honrada matrona se viese acosada en casa y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres ni embelecos de los que algunas acostumbran para calificar su honestidad y con aquel seguro gozar después de su libertad. Que la mujer honrada, con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos las oigan y censuren y que cada cual sienta dellas como quisieren. Porque, como son los buenos menos, los más que juzgan mal, por ser malos ellos, y aquella voz ahoga como la cizaña el trigo.

Como esta señora era romana, hizo un hecho romano. Conociendo su perdición, acudió a el remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada y aun casi rendida. Un día que la criada le metió cierta coleta en el negocio, se le mostró risueña y con alegre rostro le dijo:

—Nicoleta —que así se llamaba la moza—, yo te prometo que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad, que tan salteada me tienes; porque yo se la tengo a Guzmán y a su buen término. Demás que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y no tan ocasionada huelgue de su amistad y servicios. Mas, como sabes y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues, aun faltando causa verdadera y no habiéndose dado de mi parte algún consentimiento a lo que por ventura deseo, ya se murmura por el barrio y en toda Roma lo que aun en mi casa y contigo, que sola pudieras venir a ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad y yo no la tengo para resistirme más del amor de aqueese caballero, lo que te ruego es que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile a Guzmán que acuda por acá estas noches, para que una dellas le des entrada y se vea conmigo, si se ofreciere oportunidad para tratar algo de lo que deseamos.

Nicoleta se arronjó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero, si los pies o las manos. Y con la cara encendida en fuego de alegría, no cesaba de rendirle gracias, calificando el caso y afeando las faltas de su viejo dueño. Traíale a la memoria pasadas pesadumbres, mala codición y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolución que, simplemente, creyó haber tomado.

Con esto se vino a mí desalada, los brazos abiertos, y, enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba pidiéndome las albricias, que después de ofrecidas, me refirió lo pasado. Yo con ella por la mano, como quien lleva despojos de alguna famosa vitoria, nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, cómo y por dónde había yo de poder entrar a hablar con Fabia. Y dando mi amo a Nicoleta un bolsillo que tenía en la faltriquera, con unos escudos españoles, hacía como que no quería recibirlo. Mas nunca cerró el puño ni encogió la mano; antes por la vergüenza la volvió atrás como el médico y con una risita le daba gracias por ello. Con esto se despidió dél y de mí.

Quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores y yo a él parabienes dellos, con que pasamos aquella tarde toda. Ya después de anochecido, a las horas que tenía de orden, fue a mi puesto, hice la seña; mas ni aquella noche ni en otras tres o cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un día que había muy bien llovido, menudico y cernido, y a mis horas vine a correr la tierra, con lodos, como dicen, hasta la cinta.

Llegué algo remojado. Anocheció muy oscuro y así fue todo para mí. Mi suerte, que no debiera, llegó a tener efeto. Como para las cosas de interese y gusto importe tanto despedir el miedo y acometer a las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez más de lo que importaba, pues con agua del cielo y barro en el suelo, la noche tenebrosa y dándome con la frente por las esquinas, vine a el reclamo.

Luego fui conocido; empero hicieron por un rato estarme mojando, y tanto, que ya el agua que había, entrando por la cabeza, me salía por los zapatos. Mandaron esperase un poco, y cuando ya no lo había en todos mis vestidos ni persona que no estuviese remojado mucho, sentí que muy pasico abrían la puerta y a Nicoleta llamarme.

Parecióme aquel aliento que salió de su voz de tanto calor, que me dejó todo enjuto. Ya no sentía el trabajo pasado, con la regalada vista de la fregoncilla de mi alma y esperanzas de gozar de la de Fabia. Poco habíamos hablado, porque sólo me había dado el bienvenido, cuando bajó la señora y dijo a su criada:

—Oyes, Nicoleta, sube arriba y mira lo que tu señor hace y, si llamare, avísame dello, en tanto que aquí estoy con el señor Guzmán hablando.

A todo esto estábamos a oscuras, que ni los bultos nos víamos, o con dificultad muy grande, cuando me comenzó a preguntar por mi salud, como si me la deseara o le fuera de importancia o gusto. Yo le repliqué con la misma pregunta, dile un largo recabdo de mi amo, en agradecimiento de aquella merced, y ofrecílo a su servicio con una elegante oración que tenía estudiada para el propio efeto. Mas antes de concluirla, en la mayor fuerza della, ganada la benevolencia, no la pude hacer estar atenta ni volverla dócil, porque alborotada con un imprevisto me dijo:

—Señor Guzmán, perdone, por mi vida, que con el miedo que tengo todos pienso que me acechan. Éntrese aquí dentro y allí frontero hay un aposento. Váyase a él y aguarde, tan en tanto que doy una vuelta por mi casa y aseguro mi gente. Presto seré de vuelta. No haga ruido.

Yo la creí, entréme de hilo y, pareciéndome que atravesaba por algún patio, quedé metido en jaula en un sucio corral, donde a dos o tres pasos andados trompecé con la prisa en un montón de basura y di con la cabeza en la pared frontera tal golpe, que me dejó sin sentido. Empero con el fallo que me quedaba, poco a poco anduve las paredes a la redonda, tentando con las manos, como los niños que juegan a la gallina ciega, en busca del aposento. Mas no hallé otra puerta, que la por donde había entrado. Volví otra vez, pareciéndome que quizá con el recio golpe no la hallaba y vine a dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto y no todo, donde sólo cabía la boca de una media tinaja, lodoso y pegajoso el suelo y no de muy buen olor, donde vi mis daños y consideré mis desventuras.

Quise volverme a salir y hallé la puerta cerrada por defuera. El agua era mucha, fueme forzoso recogerme debajo de aquel avariento techo y desacomodado suelo. Allí pasé lo que restó de la noche, hartó peor para mí que la toledana y no de menor peligro que la que tuve con el señor ginovés mi pariente. No sólo me afligía el agua que llovía, que, aunque no venía cernida caíame a canal y cuando menos goteando. Mas consideraba qué había de ser de mí, que, pues me habían armado aquella ratonera, sin duda por la mañana sería entregado a el gato. Tras esto me venían luego a la imaginación otros discursos con que me consolaba, diciendo: «Líbreme Dios de la tramontana desta noche y déjeme amanecer con vida, que, cuando el patrón de la nave aquí me halle, todo será decirle que su criada me trujo y que soy su marido. Porque será menor daño casarme con ella, que verme descansar los huesos a tormentos para que diga lo que buscaba, si acaso con eso se contentan y no me dan de puñaladas y me sepultan en este mal cimiterio, acabando de una vez conmigo.»

En esto iba y venía, hasta que ya después de las dos de la madrugada me pareció que abrían la puerta, con que todo lo pasado se me hizo flores, creyendo sería Fabia que volvía. Mas cuando a la puerta llegué y la hallé sin cerrojo ni persona viviente por todo aquello, volví

a cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones, creyendo que detrás de alguna pared o puerta de la casa esperaban que saliese, para con mayor seguro y facilidad quitarme la vida.

Desenvainé la espada y en otra mano la daga fui poco a poco reconociendo, con la escasa luz de la madrugada, los pasos por donde me habían entrado, que no eran muchos ni dificultosos. Empero con más miedo que vergüenza, llegué a la puerta de la calle, que hallé también abierta. Cuando puse los pies en el umbral, abrí los ojos y vi que lo pasado había sido castigo de mis atrevimientos y que, aunque la burla fue pesada, pudiera serlo más y peor.

Consolóme y reconocíme, sentí mi culpa y en este pensamiento llegué hasta mi casa, donde, abriendo mi aposento, me desnudé y metíme revuelto entre las frazadas, para cobrar algún calor del que con el agua y sustos había perdido. Desta manera pasé hasta casi las diez del día, sin poder tomar sueño de corrido, pensando y vacilando en lo que podría responder a mi amo. Porque si decía la verdad, fuera con afrenta notable mía y me habían de garrochar por momentos, dándome con aquella burla por las barbas, riéndose de mí los niños. Negárselo y entretenerlo tampoco me convenía, pues ya Nicoleta le había cogido las albricias y pareceríale invención para llevarle su dinero.

Todas eran matas y por rozar. De una parte malo y de la otra peor. Si saltaba de la sartén, había de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí donde un criado tocó en mi aposento, que monsiur me llamaba. «¡Oh desgraciado de mí! –dije luego–. ¿Qué haré, que me cogen las manos en la masa y a el pie de la obra, el hurto patente y por prevenir el despidiente?» «Ánimo, ánimo –me respondí–. ¿Cuándo te suelen a ti arrinconar casos como éste, Guzmán amigo? Aún el sol está en las bardas. El tiempo descubrirá veredas. Quien te sacó anoche del corral, te sacará hoy del retrete.» Tomé otro de mis vestidos, y tan galán como si tal por mí no hubiera sucedido, subí adonde me llamaba el embajador mi señor.

Preguntóme cómo me había ido y cómo no le había dado cuenta de lo pasado con Fabia. Respondíle que me tuvieron en la calle hasta más de media noche, aguardando la vez, y últimamente la tuve mala y nació hija, pues no fue posible hablarme ni darme puerta. También le dije que me quería volver a echar, porque no me sentía con salud por entonces. Diome licencia; subíme a la cama, desnudéme y comí en ella. Y así me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni sustancia. Como con el enojo y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenía sosiego ni del otro, de espaldas me cansaba y sentado no podía estar, determiné levantarme.

Ya tenía los vestidos en las manos y los pies fuera de la cama, cuando entró en mi aposento un mozo de caballos y dijo:

–Señor Guzmán, abajo en el zaguán están unas hermosas que lo llaman.

–¡Oh! ¡Que les venga el cáncer! –dije–. Diles que se vayan al burdel o que no estoy en casa.

Parecióme que ya toda Roma sabía de mi desdicha y que serían algunas maleantes que me venían a requerir con algún ladrillejo. Receléme dellas, hice que las despidiesen y así se fueron. Aquella noche me mandó mi amo continuar la estación. Respondíle hallarme mal dispuesto, por lo cual quiso que me retirase temprano y avisase de lo que había menester, y si fuese necesario, llamar a el médico.

Beséle las manos por la merced muy a lo regalón y volvíme a mi aposento, donde me recogí solo, como aquel día lo había hecho. Por la mañana del siguiente amaneció conmigo un papel de mi Nicoleta, quejándose de mí, porque habiéndome venido a visitar el día pasado, no le había querido hablar ni darle aviso de lo que la noche antes había tratado con su ama; que ocasión tuve, pues había pasádose aquella noche sin dar vuelta por aquella calle, y que me había esperado hasta más de las doce. Añadió a éstas otras palabras que me dejaron tan sobresaltado como confuso. Y para salir de dudas le respondí por otro billete que aquel día por la tarde la visitaría por la calleja detrás de la casa.

Estaba la de Fabia entre dos calles y a las espaldas de la puerta principal había un postigo y encima dél un aposento con una ventanilla, por donde cómodamente podía Nicoleta hablarme de día, por ser calleja de mal paso, angosta y llena de lodo; y entonces lo estaba tanto, que mal y con trabajo pude llegar a el sitio.

Cuando en él estuve, me preguntó qué había sido de mí, qué grande ocasión pudo impedirme que la noche antes no la hubiera visitado: cuando no por ella, debiera hacerlo por su ama. Formaba muchas quejas, culpando la inconstancia de los hombres, cómo no por amar, sino por vencer, seguían a las mujeres, y en teniéndoles alguna prenda, las olvidaban y tenían en poco. Desto y de lo que profesaba quererme conocí su inocencia y malicia de Fabia, pues nos quería engañar a entrambos, y díjele:

—Nicoleta mía, engañada estás en todo. Sabe que tu señora nos ha burlado.

Referíle lo que me había sucedido, de que se santiguaba, no cesando de hacerse cruces, pareciéndole no ser posible. Yo estaba muy galán, pierniabierto, estirado de cuello y tratando de mis desgracias, muy descuidado de las presentes, que mi mala fortuna me tenía cercanas. Porque aconteció que, como por aquel postigo se servían las caballerizas y se hubiese por él entrado un gran cebón, hallólo el mozo de caballos hozando en el estiércol enjuto de las camas y todo esparcido por el suelo. Tomó bonico una estaca y dióle con ella los palos que pudo alcanzar. Él era grande y gordo; salió como un toro huyendo. Y como estos animales tienen de costumbre o por naturaleza caminar siempre por delante y revolver pocas veces, embistió comigo. Cogióme de bola. Quiso pasar por entre piernas, llevóme a horcajadillas y, sin poderme cobrar ni favorecer, cuando acordé a valerme, ya me tenía en medio de un lodazal y tal, que por salvarlo, para que me sacase dél, convino abrazarlo por la barriga con toda mi fuerza. Y como si jugáramos a quebrantabarriles o a punta con cabeza, dándole aldabadas a la puerta falsa con hocicos y narices, me traspuso —sin poderlo excusar, temiendo no caer en el cieno— tres o cuatro calles de allí, a todo correr y gruñir, llamando gente. Hasta que, conocido mi daño, me dejé caer, sin reparar adonde; y me hubiera sido menor mal en mi callejuela, porque, supuesto que no fuera tanto ni tan público, tenía cerca el remedio.

Levantéme muy bien puesto de lodo, silbado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro y vestidos de pies a cabeza, que parecía salir del vientre de la ballena. Dábanme tanta grito de puertas y ventanas, y los muchachos tanta priesa, que como sin juicio buscaba dónde asconderme.

Vi cerca una casa, donde creí hallar un poco de buen acogimiento. Entréme dentro, cerré la puerta. Híceme fuerte contra todo el pueblo que deseaban verme. Mas no me aconteció según lo deseaba, que a el malo no es justo sucederle cosa bien. Pena es de su culpa y así lo fue de la mía el mal recibimiento que allí me hicieron, como lo sabrás en el siguiente capítulo.

Capítulo VI

En la casa que se retiró Guzmán de Alfarache se quiso limpiar. Cuenta lo que le pasó en ella y después con el embajador su señor

Ya era noche oscura y más en mi corazón. En todas las casas había encendidas luces; empero mi alma triste siempre padeció tinieblas. No sentía ni consideraba ser tarde ni que el señor de la posada donde me había recogido huyendo de la turba, me quería ver fuera della y rempujándome con palabras no vía la hora que me fuese; porque tenía recelo y sospechaba si aquello hubiera sido estratagema mía, tomando aquel achaque para tener en su casa entrada y a buen seguro hacer mi herida. El bueno del señor no andaba descaminado, porque la señora su dueña era en su casa el dueño, amiga de su gusto, cerrada de sienes y no muy firme de los talones. No era maravilla ver su marido visiones, antojándosele con cualquiera sombra el malo. Por lo cual, cuando de sus puertas adentro me vio, recogió su gente y, dejándome solo en el portal de afuera, no había consentido que aun sólo a darme un caldero con agua saliesen fuera. Ni tuve con qué lavarme.

Así yo pobre, lleno el vestido de cieno, las manos asquerosas, el rostro sucio y todo tal cual podréis imaginar, iba entreteniéndome la salida con temor, y no poco, si aun todavía hubiese a la puerta gente aguardando para ver mi nueva librea, que mejor se dijera lebrada. Como los que vieron mi desgracia no fueron pocos y esos estuvieron detenidos refiriéndola en corrillos a los que venían de nuevo, y yo que generalmente no estaba bien recibido, deteníanse todos a oírla, dando unos y otros gritos de risa, sinificando grande alegría.

Y quizá los más dellos tenían razón y en aquello vengaban las buenas obras de mí recibidas. Allí se pudo decir por mí lo del romance:

Más enemigos que amigos
tienen su cuerpo cercado;
dicen unos que lo entierren
y otros que no sea enterrado.

Estaba llena la calle de gente y muchachos, que me perseguían con grita, diciendo a voces: «¡Echálo fuera! ¡Echálo fuera! ¡Salga ese sucio en adobo!» Hacíanme perder la paciencia y el juicio. Había entre la gente honrada otros de mi banda y todos tales como yo, apasionados míos. Aquestos me defendían, procurando sosegar la canalla con amenazas, porque ya se desvergonzaban a tirar pedradas a la puerta, deseando que saliera. Y no culpo a ninguno ni me disculpo a mí, que yo hiciera en tal caso lo mismo contra mi padre. Que las cosas de curiosidad, que no caen, como las carnestolendas, cada un año, no tengo por exceso procurarlas ver.

No es encarecimiento, y doy mi palabra que, si por dineros dejara que me vieran, pudiera en aquella ocasión quedar muy bien parado. Que todo yo era un bulto de lodo, sin descubrirse más de los ojos y dientes, como a los negros, porque me sucedió el caso en lo muy líquido de una embalsada que se hacía en medio de la calle. Verdad sea que con el cuchillo de la espada raí lo que pude; mas no pude tanto que fuese de alguna consideración. Que así como así se quedó el vestido mojado y entrapado en cieno; mas aprovechéme de que no fuera por las calles goteando como carga de paños cuando la traen de lavadero.

Desta manera, ya tarde, habiéndose ido toda la gente, salí cual digan dueñas y «en tal se vea quien más dello se huelga». Si en desdichas hay dichas, por el consuelo que se suele ofrecer en ellas, este día parece que la fortuna retozaba conmigo y andaba de juego de cañas. Porque, ya que me desfavoreció con semejante trabajo, ayudóme con la noche, y noche

oscura, que se retiró la gente, dando lugar a que saliese sano, salvo y sin peligro del muchachismo que me aguardaba.

Salí encubierto, sin ser conocido y a paso largo, huyendo de mí mismo, por la mucha suciedad y mal olor que llevaba. Mas éste no pudo disimularse; porque por donde pasaba iba dando señal, siendo sentido de muy lejos, y ninguno volvió a mirarme que no sospechase cosa mala. Unos decían: «¡Dejadlo pase, que desgracia de tripas ha sido!» Decíanme otros: «Acábese ya de requerir y no corra tanto, pues no puede ser el cuervo más negro que las alas.» Tapándose otros las narices, decían: «¡Po!, jaguas mayores han sido! ¡Gran llaga lleva este disciplinante! ¡Aguije presto, hermano, y lávese, antes que se desmaye!» Para todos llevaba y a ninguno faltaba que decirme, hasta preguntarme algunos: «Amigo, ¿a cómo vale la cera?»

Yo callando respondía, que no siempre me dejaban ir en hora buena y a los que me la pagaban mala, entre mí se la volvía, como buen monacillo. Y con esto, bajando la cabeza, pasaba de largo. Lo que me atribulaba mucho era verme ladrado de perros; que, como aguijaba tanto, me perseguían cruelmente, y en especial gozquejos, hasta llegarme a morder en las pantorrillas. Queríalos asombrar y no me atrevía, porque con la defensa no se juntasen más y mayores y me dejasen, cual a otro Anteón, hecho pedazos con sus dientes. Últimamente,

con todas estas desdichas

a Sevilla hobe llegado.

Llegué a mi posada y sin que alguno me sintiese subí hasta mi aposento, que no fuera pequeña dicha si la tuviera de poder entrar luego dentro. Metí la mano en una faltriquera para sacar la llave y no la hallé. Busquéla en la otra y tampoco. Daba saltos en el aire, si se me hubiese metido por los follados de las calzas, y no la descubrí. Porque sin duda se me cayó en la casa que me recogí, queriendo sacar un lienzo para limpiarme las manos y el rostro.

Esta fue para mí una muy grande pesadumbre. Levantando los ojos, casi con desesperación dije: «¡Pobre miserable hombre! ¿Qué haré? ¿Dónde iré? ¿Qué será de mí? ¿Qué consejo tomaré, para que los criados de mi amo y compañeros míos no sientan mis desgracias? ¿Cómo disimularé, para que no me martiricen? A todo el mundo podré decir que mienten; mas no a los de casa, si así me vieren. A todos podré confesar o negar parte o todo, según me pareciere; pero aquí ya me cogen con el hurto en público, abierta la causa y cerrada la boca, sin razón que darles ni mentira que ofrecerles en mi defensa. Los envidiosos de mi privanza se bañarán en agua rosada y convocarán a sus amigos, para que, como enjambre tras la maestra, todos corran a verme y correrme. ¡Perdido soy! Deste bordo se aniega mi barquilla, que no hay piloto que la salve ni maestro que la gobierne.»

Con estas exclamaciones pasaba perdido, y con mi poca prudencia no me acordaba del mal nombre que tenía en toda Roma y lamentaba con alharacas de un caso de fortuna. ¡Oh si a Dios pluguiese que a el respeto que sentimos las adversidades corporales, hiciésemos el sentimiento en las del alma! Empero acontécenos como a los que hacen barrer la delantera de su puerta de calle y meten la basura en casa. Diciendo estaba endechas a mis desdichas, cuando me vino a la memoria un caso que pocos días antes había sucedido, que me fue grandísimo consuelo, dándome ánimo y nuevo esfuerzo para lo que adelante pudiera suceder; y fue: A una dama cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, le hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que atravesándole las narices, le ciñó igualmente los lados. Y estándola curando, después de haberle dado diez y seis o diez y siete puntos, decía llorando: «¡Ay desdichada de mí! Señores míos, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido.» Respondióle un maleante que allí se había hallado: «Si como a Vuestra Merced le atraviesa por toda la cara, la tuviera en las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga?»

Parecióme dislate y bobería hacer aquellos melindres y, pues el daño era público y de alguna manera no podía estar callado, que sería mucho mejor hacer el juego maña, ganar por la mano, salirles a todos a el camino, echándolo en donaire y contándolo yo mismo antes que me tomasen prenda entendiendo de mí que me corría, que por el mismo caso fuera necesario no parar en el mundo.

Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto mas arraiga y se fortalece, de tal manera, que se queda hasta la quinta generación, y entonces los que suceden hacen blasón de aquello mismo que sus pasados tuvieron por afrenta. Esto propio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado Atalaya de la vida humana, dieron en llamarle Pícaro y no se conoce ya por otro nombre.

Quedé perplejo, sin determinar lo que había de hacer. Y pareciéndome que, pues en los infortunios no hay otro sagrado en la tierra donde acudir, sino a los amigos, aunque yo tenía pocos y ninguno verdadero, que sería bien valerme de un compañero mío, que se me vendía por tal y más mostraba serlo. Fuime a su aposento, llamé a la puerta y abríome. Allí estuve aguardando hasta que a el mío le quitaron la cerradura. Ved cuál estaba yo, pues aun para sentarme sobre una caja no tuve ánimo, por no darle pesadumbre, dejándosela estampada de mi yerro.

No pudo ser este caso tan secreto, que se dejase de saber luego. Gran lástima es de una casa, que no hay criado en ella que no procure cómo lisonjear a el señor, aunque sea con chismes, cuando él no es tal, que juegan con él como tres contra el mohíno. Y en esto se conocerá cada señor, en lo que los criados lo aman y en la gracia con que le sirven. Y desdichado dél, si piensa llevarlos con rigor y granjear por temor el amor, que pocos o ninguno saldrá con ello. Son los corazones nobles y quieren moverse con halagos.

Apenas había mudado de vestido y lavádome, que ya mi amo sabía de mi lodo. Habíanle dicho el qué, pero no el cómo. Con esto me dejaron y tuve hartó blanco donde poder henchir lo que quisiese. Preguntóles cómo me había sucedido. Ninguno supo satisfacerle con más de lo que había visto. Después me dijo y supe de su boca que le pasó por la imaginación si me habían cogido dentro de casa de Fabia y que, conociendo mis mañas, me habrían querido dar carena, de donde había resultado escaparme huyendo y caído en algún lodazal; o que, luchando a brazos con los criados que saldrían en mi seguimiento, me habrían derribado por el suelo, poniéndome de aquella manera por afrentarme sin matarme.

Y en el mismo tiempo estaba yo haciendo la cuña del mismo palo, con el mismo pensamiento, para sacar dél allí la satisfacción. Y aunque no era lo propio, a lo menos era de aquel trunfo y por caminos diferentes íbamos ambos a un parador. Sólo nos diferenciábamos en que con su prudencia sospechaba lo más contingente y yo, con mi vanidad, lo menos dañoso a mi reputación.

Había estado aquella noche ocupado con papeles; mas dejándolos por un rato, me mandó llamar y, teniéndome presente, no me habló palabra, hasta que, retirándose a su retrete, se fueron los más criados y quedé con él a solas. Preguntóme cómo había caído y dónde. Yo le dije que, como estuviese con cuidado a la puerta frontera de un vecino de Fabia, si acaso hubiera lugar para poder hablarla, y saliese Nicoleta, su criada, haciéndome señas que llegase presto, con el alboroto del no pensado regocijo, quise atravesar la calle por un mal paso, por no tardarme rodeando por el bueno. Queriendo dar un salto en una piedra mal asentada, torcióse y torcíme. Quíseme cobrar, y no pude sin caer en el suelo y enlodarme. Por lo cual Nicoleta, con el alboroto de la gente, se retiró a dentro y a mí me fue forzoso volverme a casa.

Él me dijo entonces:

—Del daño, el menos. Desgraciadamente andas en esto, Guzmanillo: tarde, con mal y en martes lo comenzaste. Sólo en mi suerte y servicio te pudiera suceder esa desgracia.

—No la tenga por tal Vuestra Señoría —le dije— ni la ponga en ese número, que antes creo lo fuera muy mayor, si así no me aconteciera. Porque dicen allá en Castilla: quebréme un pie, quizás por mejor. Su marido estaba en casa y, supuesto que yo no sé para qué me llamaban, si era trampa, pudiera ser, cuando todo me corriera viento en popa, si me sintieran dentro hablando con la señora, me zamarrearan de manera que, a buen librar, no me dejaran hueso en su lugar ni narices en la cara. Porque de mi continuación en rondar aquella casa se ha causado alguna nota. Y aunque algunos entienden que lo hago por Nicoleta, la criada, muchos, que lo ignoran, lo atribuyen a lo peor. Y he visto que de pocos días a esta parte anda el buen viejo don Beltrán conmigo torcido, como alcozcuz. Hablábame otras veces, preguntando por damas desta Corte, si había buena ropa castellana; y agora se pasa de largo, aun sin hablarme, y, si descubro la cabeza y quito el sombrero, hace que no me mira y se pasa entero, como hecho de una tabla.

Esto le decía y estábame mi amo muy atento, de cuando en cuando arqueando las cejas, de donde colegí que se escaldaba. Vile las cartas. Conocíle todo el juego y que lo hacía con temor de su reputación o de su persona, que no le sería bien contado si le sucediera desgracia en aquella casa, por ser de lo más y mejor emparentado de la ciudad. Acudíle apretando más la llave, prosiguiendo:

—Ninguna cosa hoy hay en el mundo que me ponga espanto ni desquilate un pelo de mi ánimo, que ya tengo conocido hasta dónde puede la desgracia tirar conmigo la barra, que quien anda en mis pasos y mi trato trae, trae jugada la vida y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga; enseñado estoy a sufrir con esfuerzo y esperar las mudanzas de fortuna, porque siempre della sospeché lo peor y previne lo mejor, esperando lo que viniese. Nunca son sus efetos tan grandes como las amenazas; y si me acobardase a ellas, me irían siguiendo hasta la mata sin dejarme. No importa lo sucedido ni que haya sido el principio en martes, que ni guardo abusiones ni Vuestra Señoría es mendocino, para ir con los vanos abusos de los españoles, como si los más días tuviesen algún privilegio y el martes alguna maldición del cielo. Y cuando sobre mí se caiga en todo rigor, a todo mal suceder, no por cosa hoy del mundo me sacarán palabra por la boca con que a ninguno pare perjuicio. Vuestra Señoría siempre se haga desentendido y no se le dé un cuatrín por nada. Servirle tengo hasta la muerte, sea como fuere y tope donde topare. Verdad es que, si el caso fuera propio mío, no sólo me desistiera dél, por lo mal que se va entablando, pues en mil días no dan uno de audiencia y a este paso es negocio inmortal, salvo si no ha de ser como los mayorazgos, que los fundan los padres para que los gocen los hijos, y aqueste requiebro ha de quedar para los herederos; mas en todo aquel barrio no pusiera pie, por lo que ya en él se nota. No falta en Roma bueno y más bueno, a menos peligro y costa, con más gustos y menos embarazos. No sé si lo hace que nunca quiero por querer, sino por salpicar, como los de mi tierra. Soy cuchillo de melonero: ando picando cantillos, muda[n]do hitos. Hoy aquí, mañana en Francia. De cosa no me congojo ni en alguna permanezco. A mis horas como y duermo. No suspiro en ausencia, en presencia bostezo y con esto las muelo. Vuestra Señoría es muy diferente. Va todo a lo grave y con señorío. Sigue como poderoso lo más dificultoso y como sacre sube tras de la garza, hasta perderse de vista, cueste lo que costare y venga lo que viniere. Que, como hay fuerzas para resistir, todo asienta de cuadrado y le hace buena pantorrilla.

—Mal entiendes lo que dices, Guzmanillo —me respondió mi amo—, que antes corre al revés de lo que has dicho. Porque ninguna cosa hoy hay en el mundo más perjudicial ni más notada que cualquier pequeña flaqueza en una persona pública. Porque, como tengamos obligación los de mi calidad a vestirnos como queremos parecer, a pena de parecer como nos quisiésemos vestir, hace muy grande mancha cualquiera muy pequeña salpicadura. Muy poquito aire hace sonar mucho los órganos. Y te doy palabra que, si empeñada no la tuviera en algunas cosas, en especial que la di a Nicoleta de que visitarías de mi parte a Fabia —y me pesaría que me tuviese por fácil o pusilánime, culpándome de inconstante, que había sido mi

amor como de niño, agua en cesto, no más de para tentar los aceros y burlarla, pues habiéndome dado buenas esperanzas las estimo en poco, no siguiendo el alcance—, que no se me diera un clavo por dejarlo. Pues demás que, como dices, habemos comenzado tan perezosamente, no me siento tan perdido ni apasionado, que deje de conocer que tiene marido de lo mejor de Roma, principal, rico y noble, a cuyo respeto debemos, los que profesamos tener algún honrado principio, guardar todo buen decoro, sin hacerle injuria. Que no por ser ella moza, y como tal obligada con ocasiones a gozar de otras que se le ofrezcan, tengo yo de seguir el arreo y sustentárselas tan a costa de lo que debo a mi nobleza y a honor de su casa y deudos. Muchas veces los hombres al descuido miramos y con pequeña causa nos empeñamos mucho adonde sin reparo nos es necesario tener el envite, a pena de necios, cobardes o impotentes. Mas, pues de nuestra parte se han hecho diligencias y tan poco valen y tanto cuestan, como es la honra de aquea señora, si mi apetito fue pólvora, que súbito abrasó la razón con el incendio, ya se pasó aquel furor, ya reconozco lo mal que hago y me allano prostrado por tierra. No quiero más ir, como dices, en alcance de lo que más me huye; antes con esa señora, que me vino a la mano, quiero hacer como generoso gavilán, soltar el pájaro, de manera que de todo punto quede sepultada la mala voz que por mi respeto se ha levantado, tomando para ello la traza que mejor esté a su reputación y a la mía.

Esto dijo y parecióme su resolución mi salvación; en ella hallé abierto el paraíso de mis deseos. Y loando su buen propósito, le facilité la salida, no tanto por su intención, cuanto por mi reputación, y así le dije:

—Vuestra Señoría corresponde a quien es en lo que dice y hace. Porque, aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ajeno y de tal calidad. Esa es consideración cristiana, hija del valeroso entendimiento de Vuestra Señoría. No es justo desampararla, y quede a mi cargo el modo. Pues el fiel criado, aunque por interesar la privanza le acontezca dar calor al apetito de su amo, no está fuera de obligación de volver la rienda cuando lo viere corregido, animando su buen propósito.

Con esto me despidió, diciendo:

—Vete con Dios a dormir en mi negocio, pues en tus manos anda mi honra.

Capítulo VII

Siendo público en Roma la burla que se hizo a Guzmán de Alfarache y el suceso del puerco, de corrido se quiere ir a Florencia. Hácesele amigo un ladrón para robarlo

Póngome muchas veces a considerar cuánto ciega la pasión a un enamorado. Considero a mi amo, que me deja su honra encomendada, como si yo supiera tratarla sin sobajarla. Viéneme también al pensamiento y no me deja mucho holgar, cuando discurro cómo, habiendo sido tan lisiado en mentir, pude subir a tanta privanza, cómo conmigo se trataban casos de importancia, cómo me fiaban secretos y hacienda, cómo se admitían mis pareceres, cómo se daba crédito a mi trato y cómo, siendo esto así, que jamás oyeron de mi boca verdad que no saliese adulterada, me daba tanto enfado que me la dijiesen otros.

Y por el mismo caso aborrecía para siempre a quien una sola vez me la trataba. Y no era maravilla en mí, si es natural a todos los que algo negocian pesarles que no sean con ellos en todo puntuales y nunca lo saben ser ellos ni se cansan de mentir. Comiencen de lo más alto y decíendan a lo más bajo, si algo dellos habéis de recibir, si algún favor os han de dar, que nada les cuesta.

¡Cuántas trampas, cuántas dilaciones, cuánto diferirlo de hoy a mañana, sin que mañana llegue, por ser la del cuervo, que siempre la promete y nunca viene! Y si lo habéis de dar y con ellos no andáis tan relojeros, que un solo momento faltáis a lo puesto, si no les pagáis al justo lo prometido, si se lo dilatáis un hora, ni sois hombre de palabra ni de buen trato.

Yo en el mío hacía lo mismo; consideraba entre mí, diciendo: «¿A mí qué me se da de no decir verdad? ¿Qué me importa que sea vicio de viles y pasto de bestias? ¿Qué daño me vendrá, cuando no me den crédito, si lo tengo ya ganado, aunque a los ojos vean que miento y es tanta su pasión, que no se quieren desengañar de mi engaño? ¿Qué honra tengo que perder? ¿De cuál crédito vendré a faltar? Ya soy conocido y el mundo está de manera que por el mismo caso que miento me sustentan, me favorecen y estiman. Mentir y adular apriesa, que es manjar de príncipes.»

No, en buena fe; sino llegaos y decidles que no jueguen, que tienen el estado consumido y a los vasallos pobres; que no sean disolutos por las calles ni en las iglesias, que dan ocasión a muchos escándalos y daños; que no sean disipadores pródigos, que se pierden y empeñan por la posta; que, pues tienen para malbaratar, que sepan pagar a sus criados, que andan rotos y hambrientos; que, si pueden o tienen favor, que lo dispensen con los pobres; que, si privan, que aprovechen la privanza en ganar amigos, pues ninguna es fija ni hay fortuna firme; que siquiera las fiestas para oír misa se levanten a tiempo; que confiesen de veras y no para cumplir con la parroquia, como cristianos de solo nombre, que hay hombres que tasadamente tienen fe para que no los castiguen; que miren por sí que son hombres y, si viejos, ya están luchando a brazos con la muerte, la sepultura en medio.

Ya se les ha notificado la sentencia, y, como los que han de justiciar se despiden de sus amigos y les van poniendo las insignias que han de llevar, así se van despidiendo de todas las cosas a que más afición tuvieron: del gusto, del sueño, de la vista, del oído, y le hacen por horas notificación de la sentencia el riñón, la ijada, la orina; el estómago se debilita, enflaquece la virtud, el calor natural falta, la muela se cae, duelen las encías, que todo esto es caer terrones y podrirse las maderas de los techos, y no hay puntales que tengan la pared, que falta toda desde el cimiento y se viene a el suelo la casa.

Atreveos, pues, a un mozo mocito, atrevido y descomedido. Representadle que no sabe quién lo quiere mal, que porque habló, porque miró, porque se alabó, porque por ventura pasó, si no entró adonde no debiera, lo coserán a puñaladas y no tendrá lugar de recibir

sacramentos ni de llamar a Dios que le valga. O que considere que la sangre se corrompe, los humores abundan, que anda desordenado, come demasiado, hace poco ejercicio, que le dará una apoplejía o cualquiera otra enfermedad que lo acabe; pues tan presto se va el cordero como el carnero. Que no piense por verse fuerte de brazos, tieso de pie y pierna, robusto de cuerpo y sano de cabeza, que aquello es fijo y tiene cierta la estabilidad.

Ya me parece que le oigo decir: «Vos como pobre sois el que os habéis de morir y padecer aquesas desventuras; que yo soy rico, valido, valiente, discreto y generoso. Tengo buena casa, duermo en buena cama, como lo que quiero, huelgo según se me antoja; y donde no hay trabajos, no hay enfermedad ni llega la vejez.»

«¡Ah loco, loco! Pues a fe que Sansón, David, Salomón y Lázaro eran mejores, más discretos, valientes, galanes y ricos que tú y se murieron, que llegó su día. Y de Adán a ti han pasado muchos y ninguno dellos ha quedado en el siglo vivo.»

¡Quién les dijese aquesta verdad y que, si otra cosa piensan, que son tontos! Dígaselo Vargas. Atrévase a ellos un desesperado. Por menos que eso darán queja criminal de vos. No hay burlarse con poderosos ni mentar verdades. No me corre obligación de decirlas donde no han de ser bien admitidas y ha de resultarme notorio daño dellas. Baste para mi entender, y acá, para los de mi tamaño, saber que todo miente y que todos nos mentimos. Mil veces quisiera decir esto y no tratar de otra cosa, porque sólo entender esta verdad es lo que nos importa, que nos prometemos lo que no tenemos ni podemos cumplir.

El que se tiene por más valiente, sano de humores, más concertados y bien mezclados, ése no tiene punto de seguridad y está más presto para caer. No hay fuerzas tan robustas que resistan a un soplo de enfermedad. Somos unos montones de polvo: poco viento basta para dejarnos llanos con la tierra. Nadie se adule, ninguno forme de sí lo que no es ni lo que su sensualidad mentirosa le dice.

Diráte lo que a todos: «Poderoso eres, haz lo que quisieres; galán eres, pasea y huélgate; hermoso y rico eres, haz disoluciones; nobleza tienes, desprecia a los otros y ninguno se te atreva; injuriado estás, no se la perdones; regidor eres, rige tu negocio, pese a quien pesare y venga lo que viniere; juez eres, juzga por tu amigo y tropéllese todo; favor tienes, gástalo en tu gusto, dándole al pobre humo a narices, que no conviene a tu reputación, a tu oficio, a tu dignidad ni aun a tu honra que te pida lo que le debes ni la capa que le quitaste.»

Pues a fe, señores míos, ya sean quien quisieren ser o piensan que son, que no son lo que piensan. Y el mejor, cuando muy bueno, es un poco de polvo. Escojan de cuál polvo quieren ser, si de tierra o de ceniza, porque no hay otro. Y si de tierra, traigan a la memoria que cuando su principio fue lodo, porque se amasó con agua, y fue lo mismo que decirles que se fertilizasen para el cielo, conociéndose a sí mismos; ya saben que la tierra sin agua no da fruto. Y si la suya está seca con vicios y, con el rocío del cielo, santas inspiraciones no la regaren de buenas obras para que frutifique, perdonando injurias, pidiendo perdón de las cometidas, pagando lo que deben y haciendo verdadera penitencia, serán montones de ceniza, para nada buenos.

Aconteceráles lo que a la ceniza: que hacen della el jabón con que se limpian en otra parte las manchas y luego la echan a el muladar. Con su ejemplo escarmentarán otros que se salven y ellos irán a las carboneras del infierno. Ya son éstas verdades, ya se ha llegado el tiempo para decirlas. Y si mentí en mi juventud con la lozanía della, las experiencias me dicen y con la senetud conozco la falta que me hice.

Y nadie se atreva ni piense que le sucederá lo que a mí, vida larga, y, confiados en ella, se descuiden con la emmienda, dejándolo para después de muy maduros, que vendrá un solano que los lleve verdes. Nunca yo la tuve cierta ni a los más está segura. Que somos como las aves del cortijo: llega el águila y lleva la que le parece, o el dueño las va entresacando como se le antoja; ninguna tiene hora suya, unas van tras otras.

Yo también he ido tras de mi pensamiento, sin pensar parar en el mundo. Mas, como el fin que llevo es fabricar un hombre perfeto, siempre que hallo piedras para el edificio las voy amontonando. Son mi centro aquestas ocasiones y camino con ellas a él. Quédese aquí esta carga, que, si alcanzare a el tiempo, yo volveré por ella y no será tarde.

Vuelvo, pues, y digo que todo yo era mentira, como siempre. Quise ser para con algunos mártir y con otros confesor. Que no todo se puede ni debe comunicar con todos. Así nunca quise hacer plaza de mis trabajos ni publicarlos con puntualidad. A unos decía uno y a otros otro, y a ninguno sin su comento.

Y como a el mentiroso le sea tan importante la memoria, hoy lo contaba de una manera y mañana de otra diferente, todo trocado de como antes lo había dicho. Di lugar a que, conociéndome por mentiroso, no me diesen crédito, dándolo a la voz general. Porque realmente todos convenían en el hecho; aunque quitaban y ponían, como a cada uno se le antojaba y tú sueles hacerlo.

Ya, como novedad, por aquellos días no se trataba otra cosa en toda Roma. Mi yerro era su cuento y mi suciedad la salsa de sus conversaciones. Ya mi amo lo sabía; mas como prudente sentía y callaba, que no siempre se ha de dar el señor por entendido de todo, que sería obligarse, a ley de bueno, a el remedio dello. Disimulaba; mas no tanto que por algunas entrerrisitas y mirar de ojos no se lo conociese. Araba conmigo que no le perdía sulco. Y como estaba bien a él disimular, también a mí el negar. Callábamos todos; empero no pudo ser sin que dejase de romper el diablo sus zapatos.

No faltó un amigo suyo y por el consiguiente mi enemigo, que, cogiéndolo a solas, le dijo cuánto le importaba para su calidad y crédito despedirme, por la publicidad con que se hablaba de sus cosas y que cada cual sentía dellas como quería. Que los caballeros de su profesión y oficio debían proceder según lo que representaban, porque de lo contrario, resultaría en perjuicio de la reputación de su dueño.

Este discurso es mío; que si no pasaron estas palabras formales, a lo menos creo serían otras equivalentes a ellas. Mas cualesquiera que fuesen, yo sé que ningunas le pudieron decir que no le fuesen a él muy sabidas, y sin duda le pesaría de que se las dijese. Mas palabra no me dijo por entonces ni conmigo hizo demostración alguna que diferenciase de lo que siempre. Sólo que, como ya era entrada la cuaresma, tomola por achaque para recogerse y no tratar de cosas de mujeres.

Desta manera corríamos. Mas con las demasías de lo que me pasaba por las calles, tomaron en casa los criados más licencia de la que convenía, por chacota y entretenimiento, empero entre burlas y veras me daban cordelejos, que no aprietan los cordeles en el tormento tanto. De manera, que ya no tenía parte segura ni pared adonde arrimarme, de donde no saliese un eco que me confesase los pecados.

Un día, yendo por una calle, me vi tan apurado de paciencia por todas partes, tan agostado el entendimiento, que casi me obligaron a hacer muchos disparates. Dijo bien el que preguntándole que en cuánto tiempo se podría volver un cuerdo loco, respondió: «Según le dieren priesa los muchachos.» Aquí me llegó el agua sobre la boca, vime anegado y renegado de mi sufrimiento. Quisiera tirar piedras; mas fuéronme a la mano un mocito de mi talle, traza y edad, bien compuesto, pero mal sufrido; porque tomando contra todo el común mi defensa, favorecido de otros dos o tres amigos que con él venían, resistieron con obras y palabras ásperas a los que me perseguían. Y sosegándolos a ellos y reportándome a mí, me llevó solo mano a mano a mi posada, dejándose allí a los compañeros deteniendo la gente.

Luego que allá llegamos, lo quisiera detener para hacerle algún regalo; empero no lo admitió. Supliquéle me dijese su posada y nombre. Negómelo todo, prometiendo volverme a visitar. Sólo me dijo que me tenía particular afición, así por mi persona, como por ser español de su nación. Que como tal sentía mis desgracias. Y con esto nos despedimos.

Yo llegué tan robada la color, tan encendidos los ojos, tan alborotado el entendimiento, que sin consideración, viendo servir la comida, me subí tras los pajes hasta la mesa del embajador, mi señor. Cuando allí me hallé igual a los gentileshombres, con capa y espada, conocí mi necesidad. Quíselo remediar con salir de la pieza; mas fue tarde. Porque ya mi amo en el semblante me había conocido lo que llevaba. Preguntómelo y hallándome sin menudos, que no había trocado, mal prevenido de mentiras, díjele toda la verdad, sin pensar ni quererla decir. Y fue la primera que salió sin agua de mi taberna.

Mi amo calló; mas los criados, no pudiendo sufrir la risa, unos cubrían el rostro con las medias fuentes, trincheos y salvillas que tenían en las manos; otros, que las tenían vacías, cubriéndose la boca con ellas y reventándoles en el cuerpo, se salieron de la sala. Tanto se descompusieron, que monsiur se amohinó y, riñéndoles con palabras nunca dél usadas, reprehendió el atrevimiento en su presencia. Quedé tan avergonzado, tan otro yo por entonces, tan diferente de lo que antes era, cual si supiera de casos de honra o si tuviera rastro della.

¡Oh cuántas cosas castiga un rigor, adonde no pudo labrar el amor! ¡Cuánto importa muchas veces dar una notable caída, para mirar otras donde se ponen los pies y cómo se pasa! Entonces vi mi fealdad. En aquel espejo me conocí. Halléme de modo que por cuantos amos ni mujeres tenía el mundo no volviera más a tratar de sus corretajes ni a solicitarlas. ¡Qué buena resolución, si durara!

Pasóse aquesto y quedóse mi amo pensativo, la mano en la mejilla y el cobdo sobre la mesa, con el palillo de dientes en la boca, malcontento de que mis cosas corriesen de manera que le obligasen a lo que no pensaba hacer; aunque le convenía para evitar mayores daños, empeñándose tanto, que diese notable nota contra su reputación, por mi defensa. Que real y verdaderamente la muestra del paño del amo son sus criados. Mandóme bajar a comer y nunca de allí en adelante yo ni otro alguno de mis compañeros por muchos días le vimos el rostro alegre ni tan afable como tenía de costumbre.

Ya no me atrevía, como antes, a salir de casa, si no era de noche. Siempre asistía en mi aposento leyendo libros, tañendo, parlando con otros amigos. Y deste retirarme se causó en los de casa nuevo respeto, en los de fuera silencio y en mí otra diferente vida. Ya se caían las murmuraciones. Ya se olvidaban con el ausencia mis cosas, como si no hubieran sido.

Visitábame a menudo aquel mancebito que tomó mi defensa. Hízome muchos ofrecimientos de su hacienda y persona. Díjome su tierra y nombre, que había venido a Roma sobre cierto caso en que había de dispensar Su Santidad y que había gastado mucha hacienda y tiempo sin haber negociado.

Halléme obligado a su buen proceder. Creíle y, como deseaba se [m]e ofreciese ocasión en que pagarle algo de la mucha obligación en que me había puesto, le rogué me diese parte de su negocio, para que yo lo pidiese de merced a el embajador, mi señor, y se lo negociase brevemente. Agradeciómelo mucho y respondiíme que ya se había tomado cierta vereda por donde caminaba y le daban buenas y ciertas esperanzas; mas que, si de allí escapase, recibiría la merced que le ofrecía.

Con esto fuimos dando y tomando razones, hasta que pidiéndome que saliésemos a pasear un poco a palacio, escusándome le dije la causa por que me había retirado y cuán bien me iba con ello, pues no saliendo de casa, estaba sosegado mi ánimo y el alboroto de la ciudad.

Era el mozo velloso y no menos que yo. Cogióme la palabra, por ser la que más él deseaba oírme, y díjome:

—Señor Guzmán, Vuestra Merced procede con tanta discreción, que se conoce bien ser suya, y tengo por tan acertado el remedio cuanto se me hace dificultoso entender que se pueda proseguir adelante. Pues los casos que se ofrecen obligan a los hombres a quebrantar los más firmes propósitos. Yo, si fuese Vuestra Merced, habiendo de restarme tanto tiempo encerrado, tendría por mejor ganarlo en otra parte, dando una vuelta por toda Italia. De donde no sólo se

sacaría notable gusto; pero juntamente se conseguiría el fin que con estarse aquí encerrado se pretende. Y aun con más ventajas, pues el tiempo y ausencia lo gastan todo y son los mejores médicos que se hallan para sanar semejantes enfermedades.

Fueme juntamente con esto engolosinando con referirme curiosidades, las grandes excelencias de Florencia, la belleza de Génova, el incomparable único gobierno y regimiento de Venecia y otras de gusto, que de tal manera me dispusieron, cavando en mí aquella noche toda, que no la reposé ni pude imaginar en otra cosa. Ya me hallaba calzadas las espuelas caminando, porque luego en amaneciendo fui a dar de vestir al embajador, mi señor. Y dándole cuenta de aquella resolución, la estimó en mucho, teniéndola por honrada y acertada para todos.

Díjome luego lo que dije que le habían dicho y lo que le había pasado sobre mesa, cuando se quedó suspenso, cómo deseaba verme acomodado, por la grande afición que me tenía, y buscaba trazas para ello. Mas, pues era tan buena la mía, si me quisiera ir a Francia, daría sus cartas para que sus amigos me favoreciesen; o que hiciese la elección que más me viniese a cuento, que de su parte haría conmigo como tenía obligación a criado que tan bien le había servido.

Realmente yo quisiera pasar a Francia, por las grandezas y majestad que siempre oí de aquel reino y mucho mayores de su rey; mas no estaban entonces las cosas de manera que pudiera ejecutar mis deseos. Beséle las manos por la merced ofrecida y díjele que gustaría – dándome su bendición y licencia– de dar primero una vuelta por toda Italia, en especial a Florencia, que tanto me la tenían loada, y de camino a Siena, donde residía Pompeyo, un mi muy grande amigo, de quien su señoría tenía noticia por lo que de ordinario nos comunicábamos con cartas, aunque nunca nos habíamos visto. Mi amo se alegró mucho dello, y desde aquel mismo día comencé de aliñar mi viaje, llevando propuesto de allí adelante hacer libro nuevo, lavando con virtudes las manchas que me causó el vicio.

Capítulo VIII

Guzmán de Alfarache se quiere ir a Siena, donde unos ladrones le roban lo que había enviado por delante

Aquel famosísimo Séneca, tratando del engaño, de quien ya dijimos algo en el capítulo tercero deste libro, aunque todo será poco, en una de sus epístolas dice ser un engañoso prometimiento, que se hace a las aves del aire, a las bestias del campo, a los peces del agua y a los mismos hombres. Viene con tal sumisión, tan rendido y humilde, que a los que no lo conocen podría culpárseles por ingratitud no abrirle de par en par las puertas del alma, saliéndolo a recibir los brazos abiertos. Y como toda la sciencia que hoy se profesa, los estudios, los desvelos y cuidado que se pone para ello, va con ánimo doblado y falso, tanto cuanto la cosa de que se trata es de suyo más calificada en perjuicio, tanto con mayor secreto la contraminan, más artillería y pertrechos de guerra se previenen para ella.

No tenemos de qué nos admirar, cuando fuéremos engañados desta manera; sino de que siempre no lo seamos. Y siendo así, tengo por menor mal ser de otros engañados, que autores de tan sacrílega maldad. Entre algunas cosas que indiscretamente quiso reformar el rey don Alonso –que llamaron el Sabio– a la naturaleza, fue una, culpándola de que no había hecho a los hombres con una ventana en el pecho, por donde pudieran otros ver lo que se fabricaba en el corazón, si su trato era sencillo y sus palabras januales con dos caras.

Todo esto causa necesidad. Hallarse uno cargado de obligaciones y sin remedio para socorrerlas hace buscar medios y remedios como salir dellas. La necesidad enseña claros los más oscuros y desiertos caminos. Es de suyo atrevida y mentirosa, como antes dijimos en la Primera parte. Por ella tienen también sus trazas las aun más simples aves. Corre con fortísimo vuelo la paloma, buscando el sustento para sus tiernos pollos, y otra de su especie desde lo más alto de una encina la convida y llama, que se detenga y tome algún refresco, dando lugar que con secreto el diestro tirador la derribe y mate. Gallardéase por la selva, cantando dulcemente sus enamoradas quejas el pobre pajarillo, cuando causándole celos el otro de la jaula o la añagaza, le hacen quedar en la red o preso en las varetas.

Allá nos dice Aviano, filósofo, en sus fábulas, que aun los asnos quieren engañar, y nos cuenta de uno que se vistió el pellejo de un león para espantar a los más animales y, buscándolo su amo, cuando lo vio de aquella manera, que no pudo cubrirse las orejas, conociéndole, dióle muchos palos: y, quitándole la piel fingida, se quedó tan asno como antes.

Todos y cada uno por sus fines quieren usar del engaño, contra el seguro dél, como lo declara una empresa, significada por una culebra dormida y una araña, que baja secretamente para morderla en la cerviz y matarla, cuya letra dice: «No hay prudencia que resista al engaño.» Es disparate pensar que pueda el prudente prevenir a quien le acecha.

Estaba yo descuidado, había recibido buenas obras, oído buenas palabras, vía en buen hábito a un hombre que trataba de aconsejarme y favorecerme. Puso su persona en peligro, por guardar la mía. Visitóme, al parecer, desinteresadamente, sin querer admitir ni un jarro de agua. Díjome ser andaluz, de Sevilla, mi natural, caballero principal, Sayavedra, una de las casas más ilustres, antigua y calificada della. ¡Quién sospechara de tales prendas tales embelecós! Todo fue mentira. Era valenciano y no digo su nombre, por justas causas. Mas no fuera posible juzgar alguno de su retórico hablar en castellano, de un mozo de su gracia y bien tratado, que fuera ladroncillo, cicatero y bajamanero. Que todo era como la compostura prestada del pavón, para sólo engañar, teniendo entrada en mi casa y aposento, a fin de hurtar lo que pudiese. Fiéme dél y otro día, viniéndome a visitar, como me halló de mudada, quedó admirado y confuso, sin saber qué pudiera ser aquello. Preguntómelo y díjele que había

tomado su consejo y estaba determinado de irme a Siena, donde residía Pompeyo, un grande amigo mío, para de allí pasar a Florencia, dando vuelta por toda Italia.

Con esto parece que se alentó y alegró, loando mi parecer y mudando su determinación. Porque, si hasta entonces trazaba hurtarme alguno de mis vestidos o joyas de oro, ya con aquella nueva no se contentó con menos que con todo el apanaje. Estuvo con atención viendo cómo enderezaba los baúles, ayudándome a ello. Vio dónde guardé unos botoncillos de oro y una cadencia, con otras joyuelas que tenía y más de trecientos escudos castellanos que llevaba. Porque la casa del embajador mi señor, como ya no jugaba, sino guardaba, me valió en casi cuatro años que le serví muchos dineros en dádivas que me dio, baratos y naipes que saqué y presentes que me hicieron.

Cuando tuve mis baúles bien cerrados y liados, puse las llaves encima de la cama, donde Sayavedra clavó su corazón, porque no deseaba entonces otra ocasión que poderlas haber a las manos para falsarlas. Vínole como así me quiero, a ¿qué quieres boca? Porque, como estuviésemos hablando en mi viaje y le dijese que pensaba enviar aquello por delante y detenerme seis o siete días en Roma, despidiéndome de mis amigos, en cuanto aquello llegase a Siena, subieron a decirme que me buscaban unos hombres. Pues, como el aposento estaba descompuesto, sucio y mal acomodado para recibir visita, bajé a saber quiénes eran. En el ínterin tuvo Sayavedra lugar de imprimir las llaves todas en unos cabos de velas de cera, que andaban rodando por mi aposento, si acaso no es que la trujo en la faltriquera. Los que me buscaban eran los muleteros o arrieros, que venían por la ropa. Subieron, entreguéla y lleváronla.

Quedámonos hablando el amigo y yo, que, como no salía de casa, creí que me hacía cortesía, nacida de amistad, para entretenerme aquellos días, y fue sólo a esperar en cuanto se contrahacían las llaves y desvelarme para lo que luego diré. Visitóme tres o cuatro días y, cuando le pareció tiempo que tenía su negocio hecho, vino a mi aposento una tarde, muy parejo el rostro, cabizbajo, significando traer grande cargazón de cabeza, dolor en las espaldas, amarga la boca y profundo sueño. Fingióse amodorrado y dijo no poderse tener en pie, que le diese licencia para volverse a su posada. Halléme corto de ventura, en que la mía no estuviese acomodada para poder hospedarlo en ella y agasajarlo por entonces. Pedíle que me dijese la suya, para irlo a visitar y enviarle algunas niñerías de enfermos o ver si pudiera serle de provecho en algo. Respondióme que la tenía en casa de cierta dama secreta; mas que si su enfermedad pasase adelante, me avisaría dello, para que lo visitase.

Despidióse y fuese aquel mismo día por la posta a Siena, donde halló que ya sus amos y compañeros habían llegado al paso de los muleteros, porque los fueron acechando para ver dónde y a quién se entregaban los baúles. Cuando a Siena llegó y vieron entrar un gentilhomme de tan buen talle por la posta, creyeron ser algún español principal. Fuese a hospedar a una hostería, donde al momento acudieron sus compañeros que lo esperaban, que, dando a entender ser sus criados, le servían a el vuelo. Luego aquel día envió con uno dellos a llamar a Pompeyo, haciéndole saber cómo yo había llegado a la ciudad.

Y cuando mi amigo recibió el recado y supo estar yo en ella, fue tanta su alegría, que sin acertar ni aguardar a cubrirse bien la capa, se tardó gran rato en ello, porque me dijo que ya se la puso del revés, ya por el ruedo; mas a medio lado y mal aliñado, salió a toda priesa de casa, cayendo y trompezando, con la priesa de llegar y deseo de verme. Fue donde yo fingido estaba, formó muchas quejas de no haberme apeado en su casa, de que Sayavedra le dio excusas. Entretuviéronse tratando del viaje y cosas de Roma hasta ya de noche, que, despidiéndose Pompeyo, dio Sayavedra en su presencia la llave de uno de los baúles a uno de aquellos criados, diciéndole:

—Oyes, vete con el señor Pompeyo y sácame tal vestido, que hallarás en tal parte, para vestirme mañana.

Fuéronse juntos y el criado hizo puntualmente lo que le mandaron, desliando en presencia de Pompeyo el baúl y señalando y sacando el vestido dél, volviólo a cerrar y fuese con la llave.

Aquella noche le hizo llevar Pompeyo una muy buena cena, colación y vino admirable, con que, puestos a orza, se dejaron dormir hasta el día siguiente, que por la mañana lo volvió a visitar Pompeyo, y dijéronle los criados que reposaba, porque no había podido dormir en toda la noche. Quisiérase volver a ir; mas no se lo consintieron, diciendo que reñiría mucho su señor con ellos cuando supiese que su merced hubiese llegado y no le hubiesen avisado.

Entráronle a decir que allí estaba el señor Pompeyo. Alegróse mucho y mandóles que metiesen asiento y entrase. Preguntóle por su salud Pompeyo y qué había sido la indisposición pasada. Respondió que del poco uso y mucho cansancio de la posta no se hallaba bien dispuesto y que pensaba sangrarse. Bien quisiera Pompeyo que mudara de posada y llevarlo a la suya. Sayavedra dio por excusa tener criados inquietos y que pensaba rehacerse dellos dentro de ocho días o diez, que para entonces le prometía ir a recibir aquella merced.

Suplicóle también fuera servido en el ínterin enviarle allí con uno de sus criados los baúles, porque de aquéllos no tenía mucha satisfacción y, dándoles las llaves, podrían hacerle alguna falta. Parecióle bien a Pompeyo cuanto en aquello y pesóle mucho que tratase de hacerse curar en hostería; mas, con la promesa hecha, hizo lo que le pidió y, en llegando a su posada, cargaron los baúles a unos pícaros y con uno de los criados de su casa los llevaron donde Sayavedra estaba. Envióle aquel día de comer muy regaladamente y, habiéndose a la noche despedido los dos amigos para irse a dormir, Sayavedra y sus compañeros mudaron en otra casa secreta lo que habían allí traído y partiéronse luego a Florencia por la posta, donde, cuando llegaron, se puso todo de manifiesto para hacer la partición.

Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos y belicosos y el principal autor dellos, natural de Bolonia, llamábase Alejandro Bentivoglio, hijo del mismo, letrado y doctor en aquella universidad, rico, gran machinador, no de mucho discurso, y fabricaba por la imaginación cosas de gran entretenimiento. Éste tuvo dos hijos, en condición opuestos y grandísimos contrarios. El mayor se llamó Vicencio, mancebo ignorante, risa del pueblo, con quien los nobles dél pasaban su entretenimiento. Decía famosísimos disparates, ya jactándose de noble, ya de valiente. Hacíase gran músico, gentil poeta y sobre todo enamorado, y tanto, que se pudiera dél decir: «Dejálas penen.» El otro era este Alejandro, grandísimo ladrón, sutil de manos y robusto de fuerzas, que de bien consentido y mal dotrinado resultó salir travieso, juntándose con malas compañías. Eran los compañeros deste otros tales rufianes como él, que siempre cada uno apetece su semejante y cada especie corre a su centro.

Pues, como fuese la cabeza y mayor de sus allegados, el principal de todos en todo, hizo que Sayavedra se contentase con muy poco, dándole algunos y los peores de los vestidos. Y pareciéndole no tener allí buena seguridad, fuese a la tierra del Papa, donde tenía el padre alcalde. Partióse luego a Bolonia por la posta, llevándose la nata, joyas y dineros. Recogióse a la casa de sus padres, y los más compañeros, con lo que les cupo de parte, huyeron a Trento, según después en Bolonia me dijeron, y por allá se desaparecieron.

Cuando Pompeyo volvió a visitarme, como no halló mi estatua ni a sus familiares, preguntó a los huéspedes por ellos. Dijéronle cómo la noche antes habían salido de allí con los baúles, no sabían adónde. Luego vio mala señal y, sospechando lo que pudiera ser, hizo extraordinarias y muchas diligencias en buscarlos. Y teniendo noticia que iban por la posta camino de Florencia, envió un barrachel en su seguimiento, con requisitoria para prenderlos.

Ellos andan allá en su negocio; volvamos agora un poco a el mío y quiera Dios que en el entretanto el hurto parezca.

Quedéme aquellos días contento y descuidado de tal bellaquería y muy sobresaltado, con deseo de saber de mi amigo enfermo, si tendría salud o necesidad. Esperélo cuatro días y,

viendo que no volvía, me detuve otros tantos en buscarlo entre los de la patria, dando las señas; mas era preguntar por Entunes en Portugal. No me valieron diligencias. Creí que sin duda estaría muy malo, si acaso ya no fuese muerto. También me pareció que, pues me había encubierto su posada, que sería verdadera la causa, por no haber lugar para poderlo visitar en ella.

Hice todo el deber y, cuando no fue mi posible de provecho, dejéle un largo recabdo en casa y, pidiendo a el embajador mi señor licencia, determiné la ejecución del viaje para el siguiente día. Él sintió mucho mi ausencia, echóme sus brazos encima y al cuello una cadenilla de oro que acostumbraba traer de ordinario, diciéndome:

–Dóytela para que siempre que la veas tengas memoria de mí, que te deseo todo bien.

Más me dio para el viaje, sin lo que yo llevaba mío, lo que bastaba para poder pasar algunos días bien cumplidamente, sin sentir falta. Mandóme que de dondequiera que allegase le diese aviso de mi salud y sucesos, por lo que holgaría que fuesen buenos, hasta volverme a ver en su casa.

Sus palabras fueron tan amorosas, el razonamiento y consejos con que me despidió tan elegante y tierno, exhortándome a la virtud, que no pude resistir sin rasarme con lágrimas los ojos. Beséle la mano, la rodilla sentada en el suelo. Diome su bendición y con ella un rocín, en que salí de su casa y llevé todo el camino. Él y sus criados quedaron enternecidos con el sentimiento de mi partida. Él porque me amaba y me perdía, que sin duda le hice falta para el regalo de su servicio; y ellos porque, aunque mis cosas eran malas para mí, jamás lo fueron para los compañeros: llegados a las veras, pusieran sus personas todos en defensa de la mía.

Siempre les fui buen amigo, nunca los inquieté con chismes ni truje revueltos. No tercié mal con mi amo en sus pretensiones o mercedes en que interesasen; antes les ayudaba en todo. Y con esto hacía mi negocio, porque haciéndoselas a ellos en abundancia, de necesidad habían de ser las mías muy mayores, pues ellos eran tenidos por criados y yo en lugar de hijo. Así se alababan que siempre les era buen hermano, y mi señor de que tenía en mí un fiel criado. De manera que ni mi servicio desmereció ni mi amistad les faltó. Y si la publicidad que se levantó de lo suscedido en casa de Fabia no se divulgara por boca de Nicoleta, que contó a cuantas amigas y amigos tenía la burla que recibí de su señora en el corral de su casa, nunca yo dejara la comodidad que tenía ni mi señor el criado que tan bien le servía.

¡Ved lo que destruye una mala lengua de mala mujer que, sin salvarse a sí, difamó la casa de sus amos y descompuso la nuestra! Nadie les fíe su secreto, ni a su consorte misma, si fuere posible, porque con poco enojo, por vengarse, os quiebran el ojo y con pequeña causa os hacen causa.

Salí de Roma como un príncipe, bien tratado y mejor proveído, para poderme dar un gentil verde tan en tanto que se secaba el barro; que, cuando acontecen a suceder tales casos, no hay tal remedio como tiempo y tierra en medio. Iba yo más contento que Mingo, galán, rico, libre de mala voz y con buen propósito, donde ya no pensaba volver a ser el que fui, sino un fénix nuevo, renacido de aquellas cenizas viejas. Iba donde mi amigo Pompeyo me aguardaba con muy gentil aposento, cama y mesa.

Llegué a Siena y derechamente preguntando por él me dijeron su posada. Hallélo en ella. Recibíome alegre y confusamente, sin saber qué hacer o decir del suceso pasado. Estaba tristísimo interiormente, tanto por el valor del hurto, cuanto por la burla recibida y mala cuenta que daría de mi hacienda. No me habló palabra de los baúles y quisiera encubrírmelo. Mas no fue posible, porque luego el día siguiente, que quisiera dar por Siena una gran pavonada, pidiéndolos para vestirme, fue forzoso decírmelo, dándome buenas esperanzas que nada se perdería con la buena diligencia hecha.

Sentí aquel golpe de mar con harto dolor, como lo sintieras tú cuando te hallaras como yo, desvalijado, en tierra estraña, lejos del favor y obligado a buscarlo de nuevo, y no con mucho dinero ni más vestido del que tenía puesto encima y dos camisas en el portamanteo.

Empero líbreos Dios de «hecho es», cuando ya el daño no tenga remedio, que forzoso lo habéis de beber y no se puede verter. Hice buen ánimo. Saqué fuerzas de flaquezas. Porque, si en público lo sintiera mucho, fuera ocasión para ser de secreto tenido en poco, aventurando la amistad, supuesto que de lo contrario no se me pudiera seguir útil alguno.

Consejo cuerdo es acometer a las adversidades con alegre rostro, porque con ello se vencen los enemigos y cobran los amigos aliento. Tres días tuve, como dicen, calzadas las espuelas, esperando de camino lo que hubiese sucedido a el barrachel en el suyo, si acaso hubiese tenido algún buen rastro. Y estando sentados a la mesa, poco después de haber comido, tratando de mis desgracias y astucia que tuvieron los ladrones en robarme, sentí grande tropel de los criados y gente de casa, que subían por la escalera, diciendo:

—¡Ya viene, ya viene, ya pareció el principal de los ladrones, el hurto ha parecido!

Con esto cobré ánimo, alegróseme la sangre, las muestras del contento interior me salieron a el rostro. Que no es posible disimular el corazón lo que siente con súbitas alegrías, pues a veces acontece, siendo grandes, ahogar su calor a el natural y privar de la vida. Luz encendieran entonces en mis ojos, pues pareció que con ellos daba las albricias a cuantos me las pedían y, los brazos abiertos, iba recibiendo en ellos los parabienes.

Levantámonos de la mesa, para salir a el encuentro a el barrachel, que cual otro yo, traía la boca llena de alegría y, habiéndonos abrazado estrechamente, cuando le pregunté por el hurto, me respondió que todo se haría muy bien. Volvíle a preguntar en qué modo y díjome que uno de los ladrones venía preso, porque los otros no habían parecido ni el hurto; mas que aqueste diría dello.

¿Considerastes, por ventura, cuando alguna vez en las encendidas brasas aconteció caer mucho golpe de agua, que(9) súbitamente se levanta un espeso humo, tan caliente que casi quema tanto como ellas mismas? Tal me dejaron sus palabras. Todas las muestras de alegría, que poco antes derramaba por toda mi persona, se apagaron con el agua de su triste nueva y en aquel instante se levantó en mí una humareda de cólera infernal, con que quisiera mostrar lo que sentía; mas como tampoco vale a eso, reportéme.

Pompeyo pidió su capa, salió luego a tratar con el juez que se hiciesen algunas diligencias importantes, que a el parecer convenía hacerse. Mas todo fue sin provecho, porque ni negó el hurto ni confesó su delito. Dijo que los otros lo habían hecho; que sólo él era criado de uno dellos y que le habían dado un solo vestidillo, que vendió y gastó en Florencia y en el viaje, agora cuando lo volvieron a Siena.

Esto hacen los malos: ayudan, favorecen de obras y consejos a el mal[o] y, conseguido su intento, se desamparan los unos a los otros, tomando cada cual su vereda. Con esta confesión, por ser este hurto el primero en que se había hallado, con lo que más alegó en su defensa y por las consideraciones que se le ofrecieron a el juez, fue condenado en vergüenza pública y en destierro de aquella ciudad por cierto tiempo. Estaba un criado de casa con mucho cuidado, esperando el suceso deste negocio, para venirme a dar aviso dello. Y cuando le dijeron la sentencia, como si me trujera los baúles, entró en el aposento con mucha priesa, risueño y alegre y díjome:

—Señor Guzmán, alégrese Vuestra Merced, que su ladrón está condenado a la vergüenza y hoy lo sacan: vaya si lo quiere ver, que no tardará mucho.

Mucho quisiera yo entonces que aqueste necio fuera mi criado y estar en mi casa o en otra parte alguna, donde a mi satisfacción le pudiera romper los hocicos y dientes a mojicones. Grandísimo enojo sentí con el disparate de sus palabras. «¡Oh traidor! —decía entre mí—. ¿Vesme perdido y pobre y quíeresme consolar con tus locuras?» Ahogábame la cólera; mas en medio de su fuerza mayor se me ofreció a la memoria otro consuelo semejante a éste, que me contaron verdaderamente haber pasado en Sevilla, con que me retozó la risa en el cuerpo y con las cosquillas olvidé la ira. Y fue: Un juez de aquella ciudad tenía preso, por especial comisión del Supremo Consejo, a un delincuente, famoso falsario, que con firmas

contrahechas a las de Su Majestad y recaudos falsos había cobrado muchos dineros en diversas partes y tiempos. Fue condenado a muerte de horca, no obstante que alegaba el reo ser de evangelio y declinaba jurisdicción. Nías el resuelto juez, creyendo que también los títulos eran falsos, apretaba con él y de hecho mandó que ejecutasen su sentencia. El Ordinario eclesiástico hacía lo que podía de su parte, agravando censuras, hasta poner cessatio divinis; mas, como no fuese alguna parte toda su diligencia para impedir las del juez a que no lo ahorcasen, ya, cuando lo tenían subido en lo alto de la escalera, la sogá bien atada para quererlo arronjar, se puso a el pie della un cierto notario que solicitaba su negocio y, poniéndose la mano en el pecho, le dijo:

—Señor N., ya Vuestra Merced ha visto que las diligencias hechas han sido todas las posibles y que ninguna de las esenciales ha dejádose de hacer para su remedio. Ya esto no lo lleva, porque de hecho quiere proceder el juez, y como quien soy le juro que le hace notorio agravio y injusticia; mas, pues no puede ser menos, preste Vuestra Merced paciencia, déjese ahorcar y fíese de mí, que acá quedo yo.

Ved qué consuelo puede ser para los que padecen, cuando les dicen palabras tales y tan disparatadas. ¿Qué gusto podrá recibir un desdichado que ahorcan, con que acá le queda un buen solicitador? Y pudiérale muy bien decir el paciente: «Harto mejor sería que subiédeses vos en mi lugar y que fuese yo a solicitar mi negocio.» Un hombre robado y pobre como yo, ¿qué abrigo ni honra podía sacar de ver llevar a un ladrón a la vergüenza? ¿Por ventura honrábame su afrenta o donde contara el caso y su castigo me habían de dar por ello lo necesario? Fueme de allí a otro aposento, considerando en las ignorancias destos. Y revolviendo sobre mi hurto, como aquello que tanto me dolía, iba discurriendo en diferentes cosas, entre las cuales fue una lo poco que importan semejantes castigos.

¿Qué vergüenza le pueden quitar o dar a quien para hurtar no la tiene y se dispone a recibir por ello la pena en que fuere condenado? Roba un ladrón una casa y páséanlo por la ciudad. Cuanto a mi mal entender y poco saber, no sé qué decir contra las leyes, que siempre fueron bien pensadas y con maduro consejo establecidas; empero no siento que sea castigo para un ladrón sacarlo a la vergüenza ni desterrarlo del pueblo. Antes me parece premio que pena, pues con aquello es decirle tácitamente: «Amigo, ya de aquí te aprovechaste como pudiste y te holgaste a nuestra costa; otro poquito a otro cabo, déjanos a nosotros y pásate a robar a nuestros vecinos.»

No quiero persuadirme que el daño está en las leyes, antes en los ejecutores dellas, por ser mal entendidas y sin prudencia ejecutadas. El juez debiera entender y saber a quién y por qué condena. Que los destierros fueron hechos, no para ladrones forasteros, antes para ciudadanos, gente natural y noble, cuyas personas no habían de padecer pena pública ni afrentas. Y porque no quedasen los delitos de los tales faltos de pugnición, acordaron las divinas leyes de ordenar el destierro, que sin duda es el castigo mayor que pudo dársele a los tales, porque dejan los amigos, los parientes, las casas, las heredades, el regalo, el trato y negociación, y caminar sin saber adónde y tratar después no sabiendo con quién.

Fue sin duda grandísima y aun gravísima pena, no menor que morir, y fue permisión del cielo que quien estableció la ley, siendo della inventor, la padeciese, pues lo desterraron sus mismos atenienses. Mucho lo sintieron muchos y algunos igual que la muerte. Dícese de Demóstenes, príncipe de la elocuencia griega, que, saliendo desterrado y aun casi desesperado, vertiendo muchas lágrimas de sentimiento, por la crueldad que con él habían usado sus naturales mismos, a quien él había siempre amparado y favorecido, defendiéndolos con todo su posible, y, como en el camino llegase a un lugar donde halló acaso unos muy grandes enemigos, creyó que allí lo mataran; mas no sólo le perdonaron, que compadecidos dél, viéndolo afligido, lo consolaron haciéndole todo buen tratamiento y proveyéndole de las cosas necesarias en su destierro. Lo cual fue causa de más acrecentar su dolor, pues animándolo sus amigos, les dijo: «¿Cómo queréis que me reporte y deje de hacer grandes estrenos viendo la mucha razón que tengo, pues voy desterrado de una tierra donde son los

enemigos tales, que dudo hallar, y me sería felicidad si alcanzase a granjear donde voy desterrado, tales amigos cuales ellos?» También desterraron a Temístocles, el cual siendo favorecido en Persia más que lo era en Grecia, dijo a sus compañeros: «Por cierto, si no nos perdiéramos, perdidos fuéramos.» Los romanos desterraron a Cicerón, inducidos de Clodio su enemigo y después de haber libertado a su patria. Desterraron también a Publio Rutilo, el cual fue tan valeroso, que después, cuando los de la parte de Sila, que fueron quien causaron su destierro, quisieron alzárselo, no quiso recibir su favor y dijo: «Más quiero avergonzarlos, estimando su favor en poco y dándoles a sentir su yerro con mi agravio, que gozar el beneficio que me hacen.» Desterraron también a Cipión Nasica en pago de haber libertado a su patria de la tiranía de los Gracos. Aníbal murió en destierro. Camilo fue desterrado, siendo tan valeroso, que se dijo dél ser el segundo fundador de Roma, por haberla libertado y a sus enemigos mismos. Los lacedemonios desterraron a su Licurgo, varón sabio y prudentísimo, que les dio leyes. Y no se contentaron con solo esto; que aun lo apedrearon y le quebraron un ojo. Los atenienses desterraron con ignominia, sin causa, su legislador Solón y lo echaron a la isla de Chipre y a su gran capitán Trasibulo. Estos y otro infinito número de semejantes fueron desterrados; y daban esta pena los antiguos a los hombres nobles y principales por castigo gravísimo.

Yo conocí un ladrón, que siendo de poca edad y no capaz de otro mayor, como lo hubiesen desterrado muchas veces y nunca hubiese querido salir a cumplir el destierro, y también porque sus hurtos no pasaban de cosas de comer, le mandó la justicia poner un argollón con un virote muy alto de hierro y colgando dél una campanilla, porque fuese avisando con el sonido della, se guardasen dél. Este se pudo llamar justo y donoso castigo. En esto acabarás de conocer qué grave cosa sea un destierro para los buenos y cuán cosa de risa para los malos, a quien todo el mundo es patria común, y donde hallan qué hurtar de allí son originarios. Dondequiera que llega entra de refresco, sin ser conocido: que no es pequeña comodidad para mejor usar su oficio sin ser sentido.

No sé cómo lo entiende quien así castiga. Menos mal fuera dejarlo andar por el pueblo con la señal dicha y guardarse dél, que no enviarlo donde no lo conocen, con carta de horro para robar el mundo. No, no: que no es útil a la república ni buena policía hacer a ladrones tanto regalo; antes por leves hurtos debieran dárseles graves penas. Échenlos, échenlos en las galeras, métanlos en presidios o denles otros castigos, por más o menos tiempo, conforme a los delitos. Y cuando no fuesen de calidad que mereciesen ser agravados tanto, a lo menos debíanlos perdigar, como en muchas partes acostumbran, que les hacen cierta señal de fuego en las espaldas, por donde a el segundo hurto son conocidos.

Llevan con esto hecha la causa, sábese quién son y su trato. Castigan la reincidencia más gravemente, y muchos con el temor dan la vuelta, quedando de la primera corregidos y escarmentados, con miedo de no ser después ahorcados. Esta sí es justicia; que todo lo más es fruta regalada y ocasión para que los escribanos hurten tanto como ellos, y no [sé] si me alargue a decir que los libran porque salgan a robar, para tener más que poderles después quitar.

Quiero callar, que soy hombre y estoy castigado de sus falsedades y no sé si volveré a sus manos y tomen venganza de mí muy a sus anchos, pues no hay quien les vaya a la mano. Mi ladrón se libró. Confesó quiénes eran los principales y el viaje que llevaron, con lo cual y con su paseo fue suelto de la cárcel, dejándome a mí en la de la suma pobreza y a buenas noches. Mañana en amaneciendo te diré mi suceso, si de lo pasado llevas deseo de saberlo.

Libro segundo

***Trata Guzmán de Alfarache de lo que le pasó en Italia, hasta
volver a España***

Capítulo primero

Sale Guzmán de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévalo en su servicio y, antes de llegar a la ciudad, le cuenta por el camino muchas cosas admirables della y, en llegando allá, se la enseña

Foción, famoso filósofo en su tiempo, fue tan pobre, que apenas y con mucho trabajo alcanzaba con que poder entretener la vida. Por lo cual, siempre que de sus cosas trataban algunos, en presencia de el tirano Dionisio, su gran enemigo, se burlaba dellas y dél, motejándolo de pobre, por parecerle que no le podía hacer otra mayor injuria. Cuando aquesto llegó a noticia del filósofo, no sólo no le pesó, que riéndose dél y su locura, respondió a quien se lo dijo: «Por cierto Dionisio dice mucha verdad llamándome pobre, porque verdaderamente lo soy; empero mucho más lo es él y con más veras pudiera tener vergüenza de sí mismo y afrentarse. Porque, si a mí me faltan dineros, los amigos me sobran. Tengo lo más y faltame lo menos; empero él, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se conoce alguno que lo sea suyo.»

No pudo este filósofo satisfacerse mejor ni quebrarle los ojos con mayor golpe o pedrada, que con llamarle hombre sin amigos. Y aunque acontece muchas veces comprarse con dineros, y suele ser este camino el principal de hallarlos, nunca supo este tirano granjearlos ni tenerlos. Y no es de maravillar que le faltasen, porque quien dice amigo dice bondad y virtud, y quien ha de conservar amistad ha de procurar que sus obras correspondan a sus palabras. Y como todo él era tiranía en todo, de mala digestión y peor trato, y los amigos no se alcanzan con sola buena fortuna, sino con mucha virtud, careciendo él della, siempre careció dellos.

Nunca otro fue mi deseo, desde que me acuerdo y tuve uso de razón, sino granjearlos, aun a toda costa, pareciéndome, como real y verdaderamente lo son, tan importantes a la próspera como en adversa fortuna. ¿Quién sino ellos gustan de los gustos, conservan la paz, la vida, la honra y la hacienda, celebrando las prosperidades de sus amigos? ¿Y dónde con adversidad se halla otro refugio, benignidad, consuelo, remedio y sentimiento de los males como propios?

El hombre prudente antes debe carecer de todos y cualesquier otros bienes, que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos ni propios hermanos. De sus calidades y condiciones muchos han dicho mucho y algún día diremos algo, Dios mediante. Mas, a mi parecer, donde amistad se profesa, el trato ha de ser llano, que ni altere ni escandalice ni dé cuidado ni ponga en condición a el amigo de perderse.

Hanse de avenir los dos como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder a el azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciéndose de ambos una misma pasta, sin poderlos dividir otra cosa que el puro fuego, donde queda el azogue consumido, tal el verdadero amigo, hecho ya otro él, nada pueda ser parte para que aquella unión se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola.

Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros. Que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos. Que muchas veces muchos impiden que sean verdaderas en todos las amistades. No que sólo entretengan, sino que juntamente aprovechen a el alma y cuerpo. Que aquel se debe buscar que sin respeto de interese humano aconseja el preceto divino; no que representen, sino que hablen, amonesten y enseñen.

Y si aquel se llama verdadero amigo que con amistad sola dice a su amigo la verdad clara y sin rebozo, no como a tercera persona, sino como a cosa muy propia suya, según la deseara saber para sí, de cuyas entrañas y sencillez hay pocos de quien se tenga entera satisfacción y confianza; con razón el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor,

pues dél podemos desfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad, que hoy se pratica, de no querer saber por no preguntar, sin temor que preguntado revelará mis ignorancias, y con satisfacción que sin adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros a los amigos, que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben, por temor de interese o de privanza –como diremos presto y breve–, y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio.

Conforme a lo cual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo y verdadero. Son contados, por escrito están, y los más en fábulas, los que se dice haberlo sido. Uno solo hallé de nuestra misma naturaleza, el mejor, el más liberal, verdadero y cierto de todos, que nunca falta y permanece siempre, sin cansarse de darnos: y es la tierra. Ésta nos da las piedras de precio, el oro, la plata y más metales, de que tanta necesidad y sed tenemos. Produce la yerba, con que no sólo se sustentan los ganados y animales de que nos valemos para cosas de nuestro servicio; mas juntamente aquellas medicinales, que nos conservan la salud y aligeran la enfermedad, preservándonos della. Cría nuestros frutos, dándonos telas con que cubrirnos y adornarnos. Rompe sus venas, brotando de sus pechos dulcísimas y misteriosas aguas que bebemos, arroyos y ríos que fertilizan los campos y facilitan los comercios, comunicándose por ellos las partes más estrañas y remotas. Todo nos lo consiente y sufre, bueno y mal tratamiento. A todo calla; es como la oveja, que nunca le oirán otra cosa que bien: si la llevan a comer, si a beber, si la encierran, si le quitan el hijo, la leche, la lana y la vida, siempre a todo dice bien. Y todo el bien que tenemos en la tierra, la tierra lo da. Ultimadamente, ya después de fallecidos y hediondos, cuando no hay mujer, padre, hijo, pariente ni amigo que quiera sufrirnos y todos nos despiden, huyendo de nosotros, entonces nos ampara, recogiéndonos dentro de su propio vientre, donde nos aguarda en fiel depósito, para volvernos a dar en vida nueva y eterna. Y la mayor excelencia, la más digna de gloria y alabanza es que, haciendo por nosotros tanto, tan a la continua, siendo tan generosa y franca, que ni cesa ni se cansa, nunca repite lo que da ni lo zahiere dando con ello en los ojos, como lo hacen los hombres.

En todos cuantos traté, fueron pocos los que hallé que no caminasen a el norte de su interese propio y al paso de su gusto, con deseo de engañar, sin amistad que lo fuese, sin caridad, sin verdad ni vergüenza. Mi condición era fácil, su lengua dulce. Siempre me dejaron el corazón amargo.

Empero, según el trato de hoy, de tal manera corre la malicia, que más nos debe admirar no ser engañados, que de serlo. Vía los tan libres en prometer, cuanto cativos en cumplir; fáciles en las palabras y dificultosos en las obras.

No hay Pílates, Asmundos ni Orestes. Ya fenecieron y casi sus memorias. Tanto lo digo por mi Pompeyo y más que por los más que tuve, porque los más ganélos hablando y a él obrando. Muchos amigos tuve cuando próspero; todos me deseaban, me regalaban y con sumisión se me ofrecían. Cuando faltaron dineros, faltaron ellos, fallecieron en un día su amistad y mi dinero. Y como no hay desdicha que tanto se sienta, como la memoria de haber sido dichoso, no hay dolor que iguale a el sentimiento de ver faltar los amigos a quien siempre tuvo deseo de conservarlos.

Ya me robaron y quedé perdido. Estuve algunos días, aunque pocos, en casa de mi amigo; empero sentí hacérsele muchos en que poco a poco se me despegaba y como anguilla paso a paso en la ocasión se me resbalaba, dejándome la mano vacía. Ofrecíase a lo cordobés: «Ya Vuestra Merced habrá comido, no habrá menester algo.» Nada prometió al cierto ni en algo dejó de quedar dudoso. Y lo que me acariciaba, no era tanto con ánimo de hacerlo cuanto para que por justicia no cobrara dél mi hacienda.

Leí los pensamientos, y como los míos fueron siempre nobles, las veces que de mi pérdida trataba, si algún cumplimiento hizo, fue fingido. Empero cualquiera que fuese me agraviaba dello, como de una grave injuria y con muchas veras rechazaba sus burlas, como si no lo fueran o tuvieran algún fundamento, haciendo caso de menos valer que se tratase de

interés mío, no consintiendo que me sintiese flaqueza de ánimo. Antes por no traer inquieto el suyo, viéndolo tan atribulado y corto, determiné dejarlo y pasar a Florencia.

Comuniquéle aqueste pensamiento, diciéndole que deseaba mucho ver aquella ciudad por las grandezas que della me contaban. Y como le salí a su deseo, asió de la ocasión refiriéndome muchas de sus cosas memorables, con que me levantó los pies y creció la codicia. No lo hacía por loármela ni porque la viese, sino por no verme ya en su casa, que es triste huésped el de por fuerza.

Después que le dije mi determinación, volvió a refrescar el viento del regalo, para obligarme con él a que saliese con gusto y en paz y quedarlo él, por lo que de mí se temía. Sinificó pesarle de mi partida; pero nunca hizo resistencia en ella que me quedase. Preguntóme cuándo me quería ir; pero no lo que había menester llevar, aun siquiera de buen comedimiento. Fácil cosa es el ver y más lo es el hablar; pero dificultoso el proveer: que no conocen todos los que miran ni los que hablan hacen. Como ya no me había menester y el necio ya le había dicho que no pensaba volver más a Roma, hizo su cuenta: «¿Para qué o de qué me puede ya ser de provecho aqueste tonto?»

Tratóme como yo merecía. Entonces conocí, en cuanto se deja conocer, el ánimo generoso con el agradecimiento del bien recibido. En esta mudanza de fortuna hallé a la vista mil daños nunca temidos. Mas, como aun entonces⁽¹⁰⁾ tenía resuello para pasar adelante, no desmayé de todo punto. Procuré olvidar lo que no pude remediar, tomando por instrumento la memoria de mi jornada. Y como la novedad o estrañeza de las cosas lleva tras de sí el ánimo de los hombres con deseo de saberlas, dime mucha priesa hasta salir de Siena, tanto por esto como por dejar a Pompeyo sosegado. Que, aunque suelen decir a los huéspedes: «Comed con buena gana, que con buena o mala tienen de contárosla por comida», me daba pena su cortedad, el sentirle su solicitud socarrona y verlo andar tan ciscado.

Despedíme dél y, aunque por ser yo quien era, por el amistad que le tuve, lo sentí de manera que a el tiempo del apartarnos me faltaron palabras, tampoco en él vi lágrimas.

Comencé mi camino a solas, no con pocos pensamientos ni libre de cuidados, que a fe que mi caballo no llevaba tanto peso; empero íbalos trazando y acomodando cómo se me hiciesen más ligeros y mejor pudiese salir dellos, cuando a pocas millas encontré a Sayavedra, que salía de Siena en cumplimiento de su destierro.

No me bastó el ánimo, en conociéndolo, a dejar de compadecerme dél y saludarlo, poniendo los ojos, no en el mal que me hizo, sino en el daño de que alguna vez me libró, conociendo por de más precio el bien que allí entonces dél recibí, que pudo importar lo que me llevó. Y paga mal el que con grandes ventajas no satisface la gracia recibida. Demás que la liberalidad supone generoso espíritu y es de tal precio, por traer su origen del cielo, que siempre se halla en los ánimos destinados para él.

No pude resistirme sin hablarle con amor ni él de recibirme con lágrimas, que vertiéndolas por todo el rostro se vino a mis pies, abrazándose con el estribo y pidiéndome perdón de su yerro, dándome gracias de que nunca, estando preso, lo quise acusar y satisfacciones de no haberme visitado luego que salió de la cárcel, dando culpa dello a su corto atrevimiento y larga ofensa; empero que para en cuenta y parte de pago de su deuda quería como un esclavo servirme toda su vida.

Yo, que siempre le conocí por hombre de muy gallardo entendimiento, vivo de ingenio, aunque por el mismo caso un perdido, empero dispuesto para cualquier cosa, holguéme con su ofrecimiento. Así caminamos poco a poco en buena conversación. Aunque verdaderamente yo sabía ser aquél gran ladrón y bellaco, túvelo por de menor inconveniente que necio, que nunca la necedad anduvo sin malicia y bastan ambas a destruir, no una casa, empero toda una república. Porque ni el necio supo callar ni el malicioso juzgar bien. Y si como siente habla, el escándalo y los trabajos están ya de las puertas adentro de casa. Parecióme que, si de alguno quisiera servirme, habiendo pocos mozos buenos, que aqueste sería menos malo, supuesto que

por sus mañas me había de hacer –como si fuera lacedemonio– traer la barba sobre el hombro, y era de menor inconveniente servirme dél que de otro no conocido, pues dél sabía ya ser necesario guardarme, y con otro, pareciéndome fiel, me pudiera descuidar y dejarme a la luna.

Con esto y que ya mis prendas eran pocas, en que pudiera lastimarme mucho, lo admití en mi servicio. Preguntóme qué viaje llevaba. Respondíle que a Florencia, por satisfacer el deseo de lo que della me decían. Y él me dijo:

–Señor, aun habrá sido poco, respeto de la verdad, porque la relación de lo curioso y bueno jamás llegó a henchir aquel vacío. Algún tiempo he residido en ella; pero siempre como si entrara el mismo día, por las varias cosas que a cada paso allí se ofrecía que ver, y de mi voluntad nunca la dejara, si amigos no me obligaran a ello.

Comencéle a preguntar de algunas cosas de su principio y fundación. Él me dijo:

–Pues el tiempo del caminar es ocioso y la relación de lo que se me manda breve, diré lo que por curiosidad y con verdad he sabido.

Comenzó a discurrir luego desde las guerras civiles, a quien Catilina dio principio entre los de Fiesole y florentines. Las pérdidas que tuvieron, ya los del bando romano, ya su enemigo Bela Totile; cómo en tiempo del papa León III el emperador Carlomagno envió un grueso ejército contra(11) los fiesolanos, dejando a Florencia reedificada en poder de los florentines, hasta que el papa Clemente VII y el emperador Carlos V por fuerza de armas la ganaron, para restituir en su antigua posesión, de que había sido despojada, la casa de los Médicis, que sucedió en el año de 1529; y cómo desde allí en adelante siempre fueron gobernados por la cabeza de un príncipe. Y aunque se les hizo a los principios algo áspero, ya están desengañados y conocen con cuánta mayor quietud viven debajo de su amparo, con seguridad en sus haciendas y vidas. Díjome que el primero que tuvieron fue Alejandro de Médicis, que verdaderamente se pudo bien llamar Alejandro, por su mucha benignidad, magnanimidad y esfuerzo; aunque violentamente lo perdió en lo mejor de sus días. A éste sucedió un valeroso Cosme, Gran Duque de la Toscana, cuya memoria, por sus heroicos hechos y virtudes, por su cristiandad y buen gobierno, será eterna. Quedó en su lugar Francisco, el cual, por haber fallecido sin heredero, sucedió en la corona el famoso Ferdinando, su hermano, vivo retrato de Cosme, su padre, su heredero en estados y virtudes. Hoy gobierna con tanto valor de ánimo y prudencia, que no se sabe de señor su igual que sea más de voluntad amado de su gente.

Si la relación fuera un poco más larga, fuera necesario dejarla para otro día, porque parece que la midió con el tiempo, pues ya estábamos tan cerca de la noche como de la posada. Entramos a descansar; y otro día, tomando la mañana por llegar temprano a Florencia, nos dimos un poco más de prisa en el camino.

Cuando llegamos a vista della, fue tanta mi alegría que no lo sabré decir, por lo bien que me pareció de lejos, que, aunque no lo estaba mucho, a lo menos descubríla de alta abajo.

Consideré su apacible sitio, vi la belleza de tantos y tan varios chapiteles, la hermosura inexpugnable de sus muros, la majestad y fortaleza de sus altas y bien formadas torres. Parecióme todo tal, que me dejó admirado. No quisiera pasar de allí ni apartarme de su lejos, tanto por lo que alegraba la vista, cuanto por no hacerle ofensa de cerca, si acaso, como todas las más cosas, desdijese algo de aquella tan admirable prespetiva. Mas, considerando ser aquella la caja, vine a inferir que sin duda sería de mayor admiración lo contenido en ella.

Y no fue menos. Porque, cuando a ella llegué y vi sus calles tan espaciosas, llanas y derechas, empedradas de lajas grandes, las casas edificadas de hermosísima cantería, tan opulentas y con tanto artificio labradas, con tanto ventanaje y arquitectura, quedé confuso, porque nunca creí que había otra Roma. Y bien considerado su tanto, le hace muchas ventajas en los edificios; porque los buenos de Roma ya están por el suelo y poco hay en pie que no sean sombras de lo pasado, ruinas y fragmentos. Pero Florencia todo es flor, todo está vivo, tan costoso y bien tratado, que dije a Sayavedra:

—Sin duda, si los habitantes desta ciudad son tan curiosos en el adorno de sus mujeres como de sus casas, que son las más bienaventuradas de cuantas tiene la tierra.

Púsome tal admiración, que quisiera con mucho espacio quedarme mirando cada uno de aquellos edificios; mas, como por acercarse la noche no diese a más lugar el día, fue forzoso recogernos a la posada. No tardamos en llegar a una donde nos acariciaron con tanto regalo, que verdaderamente no lo sabré bien decir, como lo debo encarecer: tanta provisión, limpieza, solicitud, afabilidad y buen tratamiento. En esto estaba tan cebado, que casi me hiciera poner en olvido lo que más deseaba.

Pasóseme aquella noche sin sentirla, no se me hizo media hora, gracias a la buena cama. Y a la mañana, bien que con dolor de mi corazón —que aquel entonces era mi monte Tabor—, llamé a Sayavedra, que me diera de vestir y para que, como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas della, en especial y primero la Iglesia Mayor, porque, después de oída misa y encomendádonos a Dios, todo se nos hiciese dichosamente.

Llevóme allá y, cumplida nuestra obligación, estúveme bobo mirando aquel famosísimo templo y edificio del cimborio, que llaman allá «cúpula», que mejor la llamaran «cópula», por parecerme, y no a mí solo, sino a cuantos la ven, haberse juntado para ella toda la arquitectura que hay escrita y mejores maestros della, teóricos y prácticos. Tan milagroso artificio, tal grandeza, fortaleza y curiosidad, sin duda ni agravio de cuanto se conoce hoy fabricado, se le puede dar lugar de otava maravilla. Considérese aquí, quien algo desto sabe, para cuatrocientos y veinte palmos que tiene de alto la capilla sola, sin el remate de arriba, qué diámetro habrá menester, y en ello conocerá cuál sea.

Otro viaje hice a la Anunciada, iglesia deste nombre, por una imagen que allí está pintada en una pared, que mejor se pudiera llamar cielo, teniendo tal pintura, de la encarnación del hijo de Dios. La cual se tiene por tradición haberla hecho un pintor tan estremado en su arte, como de limpia y santa vida. Pues teniendo acabado ya lo que allí se ve pintado y que sólo restaba por hacer el rostro de la Virgen, señora nuestra, temeroso si por ventura sabría darle aquel vivo que debiera, ya en la edad, en la color, en el semblante honesto, en la postura de los ojos, en esta confusión se adormeció muy poco y, en recordando, queriendo tomar los pinceles para con el favor de Dios poner manos en la obra, la halló hecha. No es necesario aquí mayor encarecimiento, pues ya la hubiese milagrosamente obrado la mano poderosa del Señor o ya los ángeles, ella es angelical pintura. Y a este respeto, considerado lo restante della que el pintor hizo, se deja entender el espíritu que tendrá, por el del artífice que mereció ser ayudado de tales oficiales.

Tantos milagros hace cada día, es tanto el concurso de la gente que le tiene devoción, y tanta la limosna que allí se distribuye a pobres, que me maravillé mucho cómo no eran ricos todos. Por ellos me vino a la memoria entonces el otro, que me dijeron haber dejado la famosa manda de la albarda, haciéndoseme poco cuanto en ella se halló, respeto de lo que pudo ganar y dejar un tal supuesto. Y como sea notoria verdad que el hijo de la gata ratones mata, mil veces me ocurrieron a la memoria cosas de mi mocedad: que si, como llegué a Roma, hubiera venido allí con mis embelecós, tiña, lepra y llagas, pudiera dejar un mayordago.

Consideré también qué pocos dellos eran curiosos ni políticos, qué burdos y de poco saber, en respeto de los de mi tiempo. Y como les entrevaba la flor, burlábame dellos. Gustaba de verlos y quisiera de secreto reformarlos de mil imperfecciones que tenían. ¿Quién vio nunca que pobre honrado, buen oficial de su oficio —ni aun razonable—, tuviese, cuando mucho, más de hasta seis o siete maravedís o cosa semejante y no de más valor en el sombrero, ni caudal que se le pudiese decir lo que allí a muchos, que ya les bastaba para comer aquel día con aquello, que se fuesen y dejasen a los otros más pobres? ¿Cuándo cupo en algún entendimiento de pobre, si no fuese pobre del entendimiento, aunque fuese principiante de dos meses de nominativos, tener un pan debajo del brazo ni estar, como vi a otro, con un palillo de dientes en la oreja?

Entre mí dije: «¡Oh, ladrón pobre, traidor a tu profesión! ¿Luego tanto comes, que te puede quedar algo entre los dientes?» Ninguno vi que supiese dónde iba tabla; no acomodaban cosa en su lugar ni tiempo, conforme a ordenanza: todo se les iba en meter letra y no entonaban punto.

Allí reconocí un mozuelo de tiempo de moros. Ya estaba hombrecillo. Solo era éste quien algo sabía respeto de los otros y a fe que quisiera yo tener puestas las manos donde tenía su corazón: sin duda estaría riquillo. Fue hijo de padres que pudieron dejarle mucho: eran muy gentiles maestros. Era pobre de vientre y lomo, legítimo en todo; empero, como todo requiere curso y allí la justicia no les permitía tener academias, faltando los ejercicios y conclusiones, pueden echarse todos en un lodo con su bribiática.

Conocílo y no me conoció. Púdome bien decir: «Tal te veo, que no te conozco.» ¡Qué tentación tan terrible me vino de hablarle! Mas no me atreví. Díjele a Sayavedra:

—¿Ves aquel pobre? Aquél me puede hacer a mí rico.

Preguntóme:

—¿Pues cómo pide limosna?

Y díjele:

—Después que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos a la vergüenza, y atan las manos para el trabajo, entullecendo los pies a la solicitud, no tiene su mal remedio. Vilo en una pobre de mi tiempo, la cual, como se hubiese venido a Roma perdida, mozuela, enferma, comenzó a pedir y, llegando a estar sana, recia como un toro, también pedía. Decíanle que sirviese. Respondía que tenía mal de corazón, que se caía por el suelo cuando le daba, haciendo pedazos cuanto cerca hallaba. Con esto engañaba y pasó algunos años, al fin de los cuales, preguntando a uno que le dijo ser de su tierra si conocía en ella sus padres, y diciéndole ser muertos y haber dejado mucha hacienda, se puso en camino por la herencia, y fue tanta, que trataron de pedirla por mujer muchos hombres principales, y algunos de razonable hacienda. Que no hay hierro tan mohoso que no pueda dorarse: todo lo cubre y tapa el oro. Casóse con uno de muy buena parte y talle. Hallábase la mujer tan violentada no pidiendo limosna, que se iba secando y consumiendo, sin que los médicos atinasen con la enfermedad que tenía, hasta que se curó ella misma, fingiéndose hipócrita, diciendo que por humildad quería pedir limosna para lo que había de comer. Y andaba por su casa entre sus criados de uno en otro mendigando. Y porque todos le daban, aun aquello le causaba pena. Encerrábase dentro de una cuadra donde tenía retratos, y pedía les limosna también a ellos.

Desto se admiró Sayavedra mucho. De allí me llevó a la plaza de palacio, donde vi en medio della un valeroso príncipe sobre un hermoso caballo de bronce, tan al vivo y bien reparado, que parecían tener almas y atrevimiento. A mi parecer no supe ni me atreví a juzgar cuál de los dos fuese mejor, aquél o el de Roma; empero inclinéme con mi corto saber a dar a lo presente la ventaja, no por tenerlo presente, sino por merecerlo. Pregunté a Sayavedra cuyo(12) retrato era el del caballero, y díjome:

—Aquesta figura es del Gran Duque Cosme de Médicis, de quien por el camino vine tratando. Mandólo aquí poner a perpetua memoria el Gran Duque Ferdinando su hijo, que hoy es.

Quise saber por curiosidad qué altura tendría todo él. Y como no pude alcanzar a medirlo, me informaron, y lo parecía, que desde el suelo hasta lo más alto de la figura tendría cincuenta palmos, a poco más o menos.

A la redonda desta plaza estaban otras muchas figuras de bronce vaciadas y otras de mármol fortísimo, tan artificiosamente obradas, que ponen admiración, dejando suspenso cualquier entendimiento, y más cuanto más delicado, que solo [sabe] quien sabe lo que aquesto sea.

Después visitamos el templo de San Juan Baptista, dignísimo de que se haga dél particular memoria, por serio en su traza y más cosas. El cual supe haberse fundado en tiempo de Otaviano Augusto y haber sido dedicado a Marte. Allí me detuve viendo su antigüedad y fundación, pues dicen dél y se tiene por tradición y razones de su fundación que será eterno hasta la consumación del siglo. Y puédesele dar crédito, pues con tantas calamidades no lo tiene consumido el tiempo ni las guerras, habiendo sido aquella ciudad por ellas asolada y quedado sólo él en pie y vivo. Es ochavado, grande, fuerte y maravilloso de ver, en especial sus tres puertas, que cierran con seis medias, todas de bronce y cada una vaciada de una pieza, labradas con historias de medio relieve, tan diestramente como se puede presumir de los artífices de aquella ciudad, que hoy tienen la prima dello en lo que se conoce de todo el mundo. También tiene otra grandeza y es que, habiendo en Florencia cuarenta y una iglesias parroquiales, veinte y dos monasterios de frailes, cuarenta y siete de monjas, cuatro recogimientos, veinte y ocho casas de hospitalidad y dos del nombre de Jesús, en parte alguna dellas no hay pila de bautismo, sino sólo en San Juan y en ella se cristianan todos los de aquella ciudad, tanto el común como los principales caballeros y primogénitos del mismo príncipe.

De mi espacio, en el discurso del tiempo que allí estuve, fuimos visitando las más iglesias. Eran de tanto primor, tienen tanta curiosidad, que no es posible referir aun muy poco, en respeto de lo mucho dellas. Ni el entendimiento es capaz de aprehenderlo, según ello es, menos que con la vista. Porque haber de hacer memoria de tanta máquina y en cada cosa de tantas, tan particulares y sutiles menudencias, tan excelentes pinturas y esculturas, enteras y de medio relieve, fuera necesario hacer un muy grande volumen y buscarles otro cronista, para saber engrandecerlas algo.

Tiene allí el Gran Duque una casa y jardín que llaman el Palacio de Pitti, cuya excelencia, grandeza y curiosidad, así de jardines como de fuentes, montes, bosques, caza y aposento, puede sin encarecimiento decirse dél ser casa real y grande, tal que puede competir con otra cualquiera de su género de las de toda la Europa.

No quise dejar de saber y ver la cerca desta ciudad, que tan admirable riqueza encierra, y hallé tener en circuito cinco millas, muy poco más a menos. Tiene diez puertas y cincuenta y una torres. Toda la ciudad⁽¹³⁾ está del muro adentro, que no tiene arrabales. Pasa por medio della el río Arno, encima del cual hay cuatro famosísimas puentes, labradas de piedra, fuertes y espaciosas.

Y siendo lo dicho en todo extremo bien hecho, compite con ello el buen gobierno, costumbres y trato general. Con justísima razón se llamó Florencia, como flor de las flores y flor de toda Italia, donde florecen más tantas cosas en junto y cada una en singular: las artes liberales, la caballería, las letras, la milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza y, sobre todo, la caridad y amor para con forasteros.

Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala y favorece más que a sus propios hijos, a quien a su respeto podrán llamar madrastra.

El tiempo que allí residí vine a inferir por los efectos las causas, conociendo cuáles eran los habitantes, por la política con que son gobernados y en la observancia que a sus leyes tienen y en cuán inviolablemente son guardadas. Allí verdaderamente se saben conocer y estimar los méritos de cada uno, premiándolos con justas y debidas honras, para que se animen todos a la virtud y no estimen los príncipes a pequeña gloria, que deben conocerla por la mayor que se les puede dar, cuando se dice dellos que con sus famosas obras compiten las de sus vasallos.

Conocí juntamente ser verdad lo que me había referido Sayavedra cerca de los ánimos encontrados. Allí vi algo de lo mucho que sobra en otras partes, invidia y adulación, que todo lo andan y siempre residen donde hay deseo de privanzas y por acrecentarlas, en grave daño de todos, unos y otros; finos contadores de lo ajeno, lindos geómetras para delinear lo que cada uno puede y lo que no puede. Quédese aquí esto, que, pues con tanta perfección se ha

pintado una ciudad tan ilustre y generosa, no ha sido buena consideración haberla tiznado con un borrón tan feo.

Capítulo II

Guzmán de Alfarache va en seguimiento de Alejandro, que le hurtó los baúles. Llega en Bolonia, donde lo hizo prender el mismo que lo había robado

En Florencia me comí todo el caballo que saqué de casa del embajador mi señor, y una mañana me almorcé las herraduras. Digo que para venderlo mandé se herrase de nuevo, y las que me quedaron en casa viejas las vendió Sayavedra y almorzamos. Si la hereje necesidad no me sacara de allí a coces y rempujones, fuera imposible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida; quiero decir a ley de «creo», porque había ya tomado bien la sal y sondado la tierra.

No sé después lo que hiciera, porque al fin todo lo nuevo aplace y más a quien como yo tenía espíritu deambulativo, amigo de novedades. Así lo juzgaba entonces por la mucha razón que para ello tuve de mi parte. Yo llegué allí por tiempo de festines. Traíanme otros mozos floreando de casa en casa, de fiesta en fiesta, de boda en boda. En una bailaban, en otra tañían; aquí cantaban, acullá se holgaban: todo era placer y más placer, un regocijo de «vale y ciento al envite». No se trataba en todas partes otra cosa que loables ejercicios y entretenimientos, muchas galas y galanes, muchas hermosas damas con quien danzaban, gallardísimos tocados, ricos vestidos y curioso calzado, que se llevaban tras de sí los ojos y las almas en ellos.

¡Ved qué negro adobo para que no se dañase el adobado! Si no bebo en la taberna, huélgome en ella. No hay hombre cuerdo a caballo, y menos en el desbocado de la juventud. Era mozo al fin y, como la vejez es fría y seca, la mocedad es muy su contraria, caliente y húmeda. La juventud tiene la fuerza y la senetud la prudencia. Todo está repartido, a cada cosa su necesario. Y aunque casi siempre lo vemos, viejos mozos, por maravilla se hallan mozos viejos; y aun digo que sería maravilla, como hallar un peral que llevase peras por Navidad. En Castilla digo, porque no me cojan por seca los de otras tierras que no conozco. Váyase dicho que siempre voy hablando con el uso de mi aldea; que yo no sé cómo baila en la suya cada uno.

Vuelvo a mi cuento. Érame importantísimo salir de Florencia, huyendo de mí mismo, sin saber a qué ni adónde, no más de hasta dejar consumidas aquellas pobres y pocas monedas que me quedaron y la cadenilla de memoria, que a fe que nunca se me apartaba punto della, pensando en la hora que había de blanquearla y, como se me dio con amor, pesábame que forzoso había de tratarla presto con rigor. Quisiérala conservar, si pudiera, no apartándola de mí; mas casos hay en que pueden los padres empeñar a sus hijos. Paciencia. Haré cuanto pudiere y, a más no poder, perdone; que quien otro medio no tiene y fuerza se le ofrece, mayores daños comete.

Luchando andaba conmigo mismo. Cruel guerra se traba de pensamientos en casos tales. Consideraba de mí en qué había de parar, con qué me había de socorrer. ¡Válgame Dios, qué apretado se halla un corazón, cuando no lo está la bolsa! Cómo se aflojan las ganas del vivir cuando a ella se le aflojan los cerraderos, y más en tierras estrañas y resuelto de olvidar malas mañas, no sabiendo a qué lo ganar y faltando de dónde poderlo haber, careciendo de persona y amigos a quien atreverme a pedir y lejos de pensar engañar; que si me quisiera dar a ello, no era necesario tanto trabajo ni cuidado; cortada tenía obra para todo el año. Dondequiera que llegara no me había de faltar en qué me ocupar; que, Dios loado, lo que una vez cobré, nunca lo perdí. Sólo el uso desamparé; que las herramientas del oficio no las dejé de la mano: conmigo estaban doquiera que iba.

Salí de Roma con determinación de ser hombre de bien, a bien o mal pasar. Deseaba sustentar este buen deseo: mas, como de aquestos están en los infiernos llenos, ¿de qué me importaba, si no me acomodaba? Fe sin obras es fe muerta. Ya tenía mozo: ved qué buen

aliño para buscar amo. Habíame acostumbrado a mandar, ¿cómo queréis que me humille a obedecer? Paréceme –aun a más de dos, que no creo haber sido solo en el mundo– que fuera hombre de bien, si con aquel toldo que llevaba, con el punto en que me vía, viera que no me faltaba y que para sustentar aquel ánimo generoso tuviera muchos dineros con que dilatarlo, aunque de milagro pusiera un santo el caudal para ello.

Y aun entonces, no sé qué me diga, creo que fuera milagro en mí para en aquel tiempo. Era mozo, criado en libertades, acostumbrado antes a buscar las ocasiones que a huirlas. Mal pudiera con buenos deseos perder mis malas inclinaciones.

Dice la señora Doña como es su gracia: «Yo sería buena y honesta; sino que la necesidad me obliga más de cuatro veces a lo que no quisiera.» «En verdad, señora, que miente Vuestra Merced, que sí quiere.» «¡Oh!, que lo hago contra mi voluntad, que no soy a tal inclinada.» «En buena fe sí es, que yo se lo veo en los ojos. Porque, si los quisiera quitar de la ventana para ponerlos en la rueca o almohadilla, quizá que pudiera pasar.» «No son ya las manos de las mujeres tan largas, que puedan a tanto, comer, vestir y pagar una casa.» «Téngalas Vuestra Merced largas para querer servir y daránle casa, de comer y dineros con que se vista.» «¡Bueno es eso! ¿Pues decís vos que no queréis entrar a servir y téngolo yo de hacer, que soy mujer?» «Eso mismo es lo que digo, que Vuestra Merced y yo y la señora Fulana no queremos poner caudal; sino que todo se haga de milagro.»

Terrible animal son veinte años. No hay batalla tan sangrienta ni tan trabada escaramuza, como la que trae la mocedad consigo. Pues ya, si trata de querer apartar de vicio, terribles contrarios tiene. Con dificultad se vence, por las muchas ocasiones que se le ofrecen y ser tan propio en ellos caer a cada paso. No tienen fuerza en las piernas ni saben bien andar. Es bestia por domar. Trae consigo furor y poco sufrimiento. Si un buen propósito llega, desbarátanlo ciento malos: Que aun poner los pies en el suelo no le dan sosiego. No le consienten afirmar en los estribos. No se deja ensillar de todos y enfréanla muy pocos. No quiere que la lleven tan apriesa ni por la senda que yo pensaba.

Estaba todavía metido en el cenagal de vicios hasta los ojos –porque, aunque no los ejercitaba, nunca los perdí de vista–, y quería no hacer corcovos con la carga. El novillo, cuando se doma, primero lo vencen a brazos, dando con él en el suelo, después le atan en el cuerno una soga que le dejan traer arrastrando algunos días. Y cuando lo quieren poner a el yugo, lo juntan con un buey viejo, ya diestro en el oficio. Así lo enseñan, yéndolo disponiendo poco a poco.

El mozo que tratare de querer ser viejo, deje mis pasos y trate de vencer pasiones. Dispóngase a el trabajo y a fuerza de su voluntad ríndala en el suelo, venciendo viejos deseos. Átese una soga de sufrimiento y humildad, que arrastre por algunos días los malos apetitos, gastando el tiempo en virtuosos ejercicios; que a pocos lances llegará sanctamente a el yugo de la penitencia y con las buenas compañías hará costumbre a el arado, con que romperá la tierra de malas inclinaciones. Que pensar alcanzarlo de un salto ni que aproveche un solo «yo quisiera», dígaselo a otro como él y de su tamaño; que yo ya sé que no quiere: que los que quieren, otros medios más eficaces ponen.

¿Piensa por ventura o aguarda que rompa Dios el cielo, para dar con él por el suelo misteriosamente, como con San Pablo? Pues no lo aguarde por ese camino, que es un tonto. Harto lo derribó cuando le dio la enfermedad, cuando lo puso en el trabajo y cuando le tocó en la honra, si entonces o agora reparara en ello. Lo mismo fue y nunca quiso ni quiere decir: «¿Señor, qué quieres que haga, que aquí me tienes dispuesto a tu voluntad?» ¿No queréis ser vos Pablo para Dios y aguardáis que sea Dios para vos? Y si con San Pablo lo hizo, fue porque le conoció un excesivo deseo de acertar, que como celador de la ley lo hacía.

Y no se sabe de alguno que con intención sin obra se haya salvado; ambas cosas han de concurrir, intención y obra. Digo, si hay tiempo de obrar; que obra sería firme intención, con dolor de lo pasado, para quien se le llegase la noche de la muerte y acabase luego. Empero,

habiendo día para poder trabajar en la viña, todo ha de andar a una. Que ni el azadón solo ni las manos faltas de instrumento podrán cavar la tierra; manos y azadón son menester.

¿Quién me ha metido en esto? ¿No estaba yo en Florencia muy a mi gusto? Vuélvome allá y prometo, según en ella me iba, que de muy buena gana plantara en ella mis columnas, no buscando plus ultra. Porque toda en todo era como así me la quiero. Parecióme muy bien. Y si adulaciones o invidias había, por otra cuenta corrían; que no era yo de los comprendidos en el decreto. No tenía para qué meterse Judas con la limosna de los pobres, pues dello no me paraba perjuicio, no teniendo en palacio pretensiones. Y si nada me habían de valer, no las había menester usar, si nunca las quise tratar, pareciéndome siempre uno de los más graves y ocasionados daños de cuantos he conocido. Porque un solo adulador basta, no sólo a destruir una república, empero todo un reino. ¡Dichoso rey, venturoso príncipe aquel a quien sirven con amor y se deja tratar de su pueblo, que sólo él sabrá verdades con que podrá remediar males y carecer de aduladores!

Allí viviera yo y lo pasara como un duque, si tuviera con qué. No será menester que lo jure, que por mi simple palabra puedo ser creído. Faltábame ya el caudal, que del montón que sacan y no ponen, presto lo descomponen. Si allí estuviera más, viniera presto a menos, y fuera indecencia grande haber entrado a caballo y verme salir a pie. Tomé por consejo sano sustentar mi honor, yéndome de allí con él y por mi gusto, antes que forzado de necesidad viniese a descubrirla, obligándome a quedar por faltarme con qué poder partir.

Dile parte deste pensamiento a Sayavedra; que, como ya yo conocía mi paradero y que ninguna compañía en el mundo fuera más a mi propósito que la suya para la mía, íbalo disponiendo poco a poco, porque después no viera visiones y se le hiciera novedad lo que me viese hacer. Y díjome:

—Señor, un remedio se me ofrece para lo presente, no costoso ni dificultoso, antes muy fácil y que podría importar algo el provecho. Si de cualquier manera se ha de salir de aquí, sin ser necesario más por una puerta que por otra, pues por cualquiera salen a ver mundo, tomemos el camino de Bolonia, tanto por estar de aquí muy cerca y veremos aquella insigne universidad, cuanto porque de camino podría ser que la buena ventura nos encuentre con Alejandro Bentivoglio, aquel mi amo que se llevó el hurto. Que si allí lo hallamos, como lo tengo por cierto, cierto será cobrarlo; porque con la información hecha en Siena, no hay duda que, cuando por bien se deje de cobrar, por mal habrán de pagar él o su padre.

No me pareció mal consejo. Asentóseme de cuadrado, sin más consideración que representármeme la fuerza de la justicia. Que, pues en ello no había duda la menor del mundo, apenas habría llegado y comenzado a tratar dello, cuando las manos cruzadas me salieran a cualquier partido, dándome alguna parte, ya que no fuera el todo, tanto por ser gente principal su padre y deudos, como porque por algún caso habían de permitir que se tratara en tela de juicio el suyo tan feo.

¿Queréis oír una estrañeza? ¿Véis cuán bella, cuán afable y de mi deseo era Florencia? En este punto arqueaba ya en oyéndola mentar. Hedióme; no la podía ver, todo me pareció mal hasta verme fuera della. Ved qué hace la falta del dinero, que aborreceréis en un punto las cosas que más amáis, cuando no tenéis con qué valeros a vos ni a ellas. Ya me parecía que no tenía el mundo ciudad como Bolonia, donde apenas habría metido los pies cuando me dieran mi hacienda, tuviera qué gastar y mocitos estudiantes, gente de la hampa, de mi talle y marca, con quien pudiera darme tres o cuatro filos cuando quisiera.

Y aun pudieran caer de modo los dados, que pasara fácilmente con mis estudios adelante. Pues lo que me hizo enseñar el cardenal mi señor aún estaba en su punto y sin duda que pudiera bien ser precetor en aquella facultad y ganar de comer con ello, si quisiera y me fuera necesario. Mas poneos a eso: arrojaos una loba estando cansado de arrastrar la soga. En resolución, yo la tomé de hacer este viaje muy apriesa y así lo puse por obra luego en un pensamiento.

Cuando a Bolonia llegamos una noche, lo más della no dormimos, porque se nos pasó en trazas. Y díjome Sayavedra:

–Señor, a mí no me conviene parecer ni ser visto por algún modo, en especial a los principios, hasta ver cómo se pone la herida. Porque, si Alejandro está en la ciudad y sabe que yo he venido a ella, siendo, como soy, tan conocido, ha de procurar saber a qué y con quién, de donde podría resultar que se ausente de la ciudad y habremos hecho nada. O que sospechando que yo fui la causa de aqueste viaje y de su infamia, me quita la vida. Y ninguna de ambas cosas nos viene a cuento ni nos está razonable. Demás que, si el negocio ha de llegar a tela de juicio, han de asir de mí el primero. Y no se ha de permitir –supuesto que preso no puedo ser de algún provecho– que me resulte más daño del pasado. Lo que luego de mañana se debe hacer es preguntar por él y procurarlo conocer. Y hecho esto, iremos después tomando consejo con el tiempo.

No me pareció malo éste. Salí por la ciudad y a pocos pasos y menos lances me lo señalaron con el dedo. Y no fuera necesario, que por solo el vestido supiera yo quién era. Estaba con otros mancebicos a la puerta de una iglesia. No creo que salía ni trataba de entrar a oír misa, que más me pareció estar allí registrando a quien entraba.

¿Digo algo? ¿Tendría remedio esto? ¡No nos bastan las plazas y calles de todo el pueblo, que lo traemos escandalizado con señas y paseos y quizá otras cosas de peor condición, sin que no perdonemos aun el templo!

Vamos adelante, no saltemos de la misa en el sermón. Parecióme que no estaba con mucha devoción, porque hablaban mucho de mano y de cuando en cuando daban grande risa. Tenía puesto un jubón mío de tela de plata y un colete aderezado de ámbar, forrado en la misma tela, todo acuchillado y largueado con una sevillanilla de plata y ocho botones de oro, con ámbar al cuello, todo lo cual me había presentado un gentilhomme napolitano por cierto despacho que le solicité con el embajador mi señor.

Cuando se lo conocí, a puñaladas quisiera quitárselo del cuerpo, según sentí en el alma que prendas tan de la mía hubiesen pasado en ajeno poder contra mi voluntad. Vime tentado por llegar a dárselas; empero dije: «¡No, no Guzmán, eso no! Mejor será que tu ladrón se convierta y viva, porque viviendo te podrá pagar, y si lo matas, pagarás tú. De mejor condición serás cuando te deban que no cuando debas. Más fácil te será cobrar que pagar. No te hagas reo si tienes paño para ser actor. ¡Poco a poco! Vámonos a espacio, que nadie corre tras de nosotros. Y si ley hay en los naipes, el parto viene derecho, con mi buena ventura. El pájaro se asegure por agora, que es lo que importa; no espantemos la caza, que ciertos son los toros. El hurto está en las manos: no hay neguilla; por Dios que ha de cantar por bien o por mal. Decirnos tiene quién lo puso tan gallardo y en qué feria compró el vestido.»

Con esto me volví a la posada y díjele a Sayavedra lo que había visto. Teníame aderezada la comida; púsome la mesa y, después de alzada, fuimos fabricando la red para la caza. Dimos en unos y otros medios y el buen Sayavedra titubeaba, no las tenía consigo todas. Ya le pesaba del consejo, temiendo el peligro. Últimamente concluyóse que la paz era lo mejor de todo, que más valía pájaro en mano que buey volando, y de menor daño mal concierto que buen pleito.

Fuimos de parecer que yo por un tercero hiciese hablar a su padre, dándole cuenta del caso, remitiéndolo a su voluntad, como mejor se sirviese y de manera que no me obligase a tratar de cobrarlo con rigor, pues evidentemente aquélla era hacienda mía. Hícelo así. Busqué persona que con secreto y buen término se lo dijese. Mas como donde hay poder asiste las más veces la soberbia y en ella está la tiranía, no sólo no quiso que se tratase de medios, mas aun lo hizo punto de menos valer.

Tomólo por caso de honra que se tratase dello. Fingióse agraviado; aunque bien sabía que verdaderamente yo lo estaba, y sin dar alguna esperanza ni buena palabra, despidió a mi mensajero. Cuando aquesto supe, me ocurrieron mil malas imaginaciones; mas como no se ha

de dar mal por mal, apacigüeme(14) con las pasadas consideraciones y determinéme a hablar a un estudiante jurista de aquella universidad, que me informaron tener buen ingenio, a el cual haciéndole relación del caso, cómo por ser el padre persona tan poderosa temía el suceso, que me diese parecer en lo que debería hacer, él me dijo:

–Señor, ya es conocido Alejandro en esta ciudad. Sábese cuál sea su trato, que bastaba en otra parte para información. Demás que lo que decís es tanta verdad, cuanto a nosotros todos nos consta della. Justicia tenéis y me parece que la pidáis. Ya en toda Bolonia se sabe de vuestro hurto, porque luego como aquí llegó con él, se conoció ser ajena ropa, tanto porque la hizo aderezar a su talle, cuanto porque de aquí no sacó algunos borregos que vender, para poder con lo procedido comprar lo que trujo. Y aun otro compañero de quien él se fió le hurtó buena parte dello, por ganar también parte de los perdones. En lo que pudiere de mi oficio serviros, lo haré de muy buena gana.

Con esto escribió la querella conforme a mi relación y presentéla luego ante el oidor del Torrón, que es allí el juez del crimen.

Ya sea lo que se fue, si el mismo juez o si el notario, no sé quién, por dónde o cómo, al instante mi negocio fue público. A el padre le dieron cuenta del caso y, como quien tanta mano allí tenía, se fue a el juez y, crimiéndole mi atrevimiento, formó querella de mí, que le infamaba su casa, de lo cual pretendía pedir su justicia para que fuese yo por ello gravemente castigado. Ello se negoció entre los dos de manera que me hubiera sido mejor haber callado. El hombre tenía poder, el juez buenas ganas de hacerle placer. Poco achaque fuera mucha culpa; que siempre suelen amor, interés y odio hacer que se desconozca la verdad, y con el soborno y favor pierden las fuerzas razón y justicia.

Yo escupí a el cielo: volviéronse las flechas contra mí, pagando justos por pecadores. Mucho daña el mucho dinero y mucho más daña la mala intención del malo. Empero, cuando se vienen a juntar mala intención y mucho dinero, mucho favor del cielo es necesario para sacar a un inocente libre de sus manos. Librenos Dios de sus garras, que son crueles más que de tigres ni leones: cuanto quieren hacen y salen con cuanto desean. ¡Oh quién les pudiera decir o hacerles entender lo poco que les ha de durar!

Mandóme dar el juez un muy limitado término, imposible para poder hacer la información. ¿Quién vio nunca restringirle a el actor los términos, principalmente habiendo alegado que la información del caso estaba en Siena, de dónde se había de compulsar y era imposible traerse de otra manera? ¡Ni por ésas! Pagar tenéis, aunque os pese.

A este propósito, antes de pasar adelante, diré lo que aconteció en una villeta del Andalucía. Repartióse cierto pecho entre los vecinos della para una poca de obra que hicieron, y en el padrón pusieron a un hidalgo notorio, el cual, como agraviado, se quejaba dello; mas con todo eso no lo borraron. Cuando al tiempo de cobrar fueron a pedirle lo que le habían repartido, no quiso darlo y en defeto dello le sacaron una prenda. El hidalgo se fue a su letrado, hízole una petición fundada en derecho, en que alegaba su nobleza y que, conforme a ella, no se le pudo hacer algún repartimiento, que le mandasen volver lo que le habían sacado. Cuando esta petición llevaron a el alcalde, habiéndola oído, dijo a el escribano: «Asentá que digo que de ser hidalgo yo no ge lo ñego; mas es lacerado y es bien que peche.»

De tener yo justicia nadie lo dudaba. Sabíanlo todos, como cosa pública; mas era pobre «y es bien que peche», no era razón dármele. Luego vi mala señal y que trabajaba en balde; mas no pude persuadirme ni pensar que había de ser lo que vulgarmente dicen, paciente y apaleado. Sucedió que, como no pude probar en tan breve término, quedó mi querella desierta y tuvo lugar la parte contraria para dar la suya de mí, diciendo haberle hecho con mi petición un libelo infamatorio contra su hijo, de que le resultaba quedar su casa y honra difamadas.

Imploró aosadas, largo y tendido; de manera que de un otrosí en otro hinchó un pliego de papel, fundando agravios y que por ser su hijo caballero principal, quieto y honrado, de

buena vida y fama, debieran abrasarme. Ya dije yo entre mí, cuando me lo leyerón: «Mejor tengan entrambos la salud que la conciencia.»

De todo esto estaba descuidado, que nada sabía, hasta que yendo a hacer mis diligencias, me prendieron en medio de la calle y me llevaron a el Torrón, sin otra información contra mí más de mi sola petición reconocida. No hay espada de tan delgados filos que tanto corte ni mal haga como la calumnia y acusación falsa, y más en los tiranos, cuya fuerza es poderosísima para derribar en el suelo la más fundada justicia del humilde, más y mejor cuando se recatare menos. Mi negocio era llano, hiciéronlo barrancoso. Era público en la ciudad y fuera della, sin haber quien lo ignorase. Constábale a el juez había bastante información. Todo eso es muy bueno; empero sois un gran tonto: sois pobre, fáltaos el favor, no habéis de ser oído ni creído. No son éstos los casos que se han de tratar en tribunales de hombres y, cuando se os ofrezcan, querellaos ante Dios, donde rostro a rostro está la verdad patente, sin que favor solicite, letrado abogue, escribano escriba ni se tuerza el juez.

Allí me hicieron la justicia juego y el juego de manos. Castigáronme como a deslenguado, mentiroso y malo. Gasté mis dineros, perdí mis prendas. Estuve aherrojado y preso. Tratáronme⁽¹⁵⁾ mal de palabra diciéndome muchas muy feas, indignas de mi persona, sin dejarme aun abrir la boca para satisfacerlas. Cuando quise responder por escrito, viendo lo que conmigo allí pasó, el procurador me dejó, el solicitador no acudió, el abogado huyó y quedé solo en poder del notario.

Solo el consuelo que tuve fue la voz general de mi agravio, consolándome que se llegará el temeroso y terrible día en que maldirá el poderoso todo su poder, porque será maldito de Dios y lo que acá dejare no llegará en tercero poseyente, por más fuerzas que piense que le pone al vínculo. Que no puede, aunque quiera, vincular las inclinaciones de los que le han de suceder, ni hay prevención que resista cuanto con la fuerza de un cabello a la divina voluntad. Y es de fe que se tiene de consumir. Porque son haciendas de pobres, ganadas en ira y sustentadas con mentiras.

Querrásme responder: «¡Pues para ese día fíame otro tanto!» ¿Tan largo se te hace o piensas que no ha de llegar? No sé. Y sí sé que se te hará presto tan breve, que digas: «Aun agora pensé que sacaba los pies de la cama», y será ya cerrada la noche.

Dirásme también: «¡Oh! que ni lo cavó ni lo aró, también se lo halló, como en la calle, por los achaques que bien sabes, de cuando sirvió a el embajador.» ¿Y eso por ventura es parte para que me lo quites? ¿No ves que aun así como lo dices te condenas? Pues los haces iguales a los bienes de las malas mujeres. Y debes entender que lícitamente lo gana, no embargante que sea ilícito su trato. Y se lo debes en conciencia, si te aprovechaste della y te sirvió por su interés.

No sólo esto es así; mas a un público salteador, de los homicidios que hizo y bienes que robó, no le puedes quitar cosa de consideración. Porque ni eres tú su juez ni parte para poder, contra su voluntad, adjudicar lo que a los otros quitó. Porque para ellos él queda reo y tú para él. Créeme que te digo verdad y verdades.

Mas ¿qué aprovecha? Pero García me llamo. Si todos anduviésemos a oír verdades y a deshacer agravios, presto se henchirían los hospitales. Pues a buena fe que me acuerdo agora que vale más entrar en el cielo con un ojo, que con dos en el infierno, y que quiso San Bartolomé más llevar su pellejo desollado a cuestras, que irse bueno y sano a tormento eterno, y que tuvo San Lorenzo por de mejor condición dejarse abrasar acá, que allá. ¡Oh, que ni todos han de ser San Bartolomé ni San Lorenzo! Salvémonos y basta.

Yo me holgaría mucho dello. Que no hará poco quien se salvare. Mas es menester mucho para salvarse y será imposible salvarte tú con la hacienda que robaste, que pudiste restituir y no lo hiciste por darlo a tus herederos, desheredando a sus propios dueños. Y no te canses ni nos canses con bachillerías, que aquesto es fe católica, y lo más embelecos de Satanás. ¡Miserable y desdichado aquel que por más fausto del mundo y querer dejar

ensoberbecidos a sus hijos o nietos, a hecho y contra derecho, hincher su casa hasta el techo, dejándose ir condenado! No son burlas. No las hagas, que presto las hallarás veras. Testigo te hago de que te lo digo y no sabes por ventura si son tus días cumplidos ni si te queda más vida de hasta tener leídos estos que te parecen disparates. Allá te lo dirán. Confía con que acá dejas capellanías y capilla de mi capa: que las misas no aprovechan a los condenados, aunque se las diga San Gregorio. No tienen ya remedio después de la sentencia.

¡Oh, válgame Dios! ¡Cuándo podré acabar comigo no enfadarte, pues aquí no buscas predicables ni dotrina, sino un entretenimiento de gusto, con que llamar el sueño y pasar el tiempo! No sé con qué desculpar tan terrible tentación, sino con decirte que soy como los borrachos, que cuanto dinero ganan todo es para la taberna. No me viene ripio a la mano que no procure aprovecharlo; empero, si te ha parecido bien lo dicho, bien está dicho, si mal, no lo vuelvas a leer ni pases adelante. Porque son todos montes y por rozar. O escribe tú otro tanto, que yo te sufriré lo que dijeres.

Concluyo aquí con decir que, cuando la desdicha sigue a un hombre, ninguna diligencia ni buen consejo le aprovecha, pues de donde creí traer lana volví sin ella trasquilado.

Capítulo III

Después de haber salido Guzmán de la cárcel, juega y gana, con que trata de irse a Milán secretamente

Salí de la cárcel, como de cárcel. No es necesario encarecerlo más, pues por lo menos es un vivo retrato del infierno. Salí con deseo de mi libertad y no hice mucho en desearla, que a quien tan injustamente se la quitaron, causa tuvo para temer mayores daños, por serle muy fácil de negociar al contrario cualquier demasía, pues no le fue dificultoso lo principal.

Quizá piensan algunos que Dios duerme; pues aun los que no tuvieron verdadero conocimiento suyo, lo temieron y temen. Preguntándole Isopo a Chilo «¿Qué hace Dios? ¿En qué se ocupa?», le respondió: «En levantar humildes y derribar soberbios.» Yo soy el malo y, pues me dieron pena, debí de tener culpa. Que no es de sospechar de un honrado juez, que profesa sciencia y santidad, se querrá empachar por amistades ni dádivas o miedos. Allá se lo hayan, juzgados han de ser; no quiero yo juzgarlos ni más molearlos.

Quedé tan escarmentado, tan escaldado y medroso, que de allí adelante aun del agua fría tuve miedo. Ni por el Torrón o cárcel ni cuatro calles a la redonda quisiera pasar, no tanto por la prisión que tuve, cuanto por haberme visto en ella tan sin razón ofendido. No vía vara de arriero que no se me antojase justicia. Desde allí propuse para siempre dejarme antes vencer que comparecer en tela de juicio. A lo menos escusarlo hasta no poder más, y que sea más fuerza que necesidad.

La cuenta que hago es el consejo que a otro di estando yo preso. Trujeron a la cárcel un hombre, por habérsele vendido un sayo que decían ser hurtado, y el dueño dél era muy mi amigo. Decía que, aunque sabía ser el preso persona sin sospecha, que le había de dar por lo menos a el vendedor, porque con aquel sayo le hurtaron otras muchas cosas. Yo le dije:

—Dejaos de pleitos y tomá vuestro sayo y no gastéis la capa, que os quedaréis en blanco sin uno ni otro, y el escribano lo ha de llevar todo.

No quiso, y porfiaba que había de hacer y acontecer, que le decían su procurador y letrado que tenía justicia. En resolución, anduvo más de quince días el pleito. No se halló culpa contra el preso. Probó ser hombre de bien. Echáronlo libre la puerta fuera, quedando mi amigo necio, arrepentido y gastado, de manera que vendió la capa y no gozó del sayo y aun se quedó por ventura sin jubón.

Déjense de pleitos los que pudieren excusarlos, que son los pleitos de casta de empleitas: vanles añadiendo de uno en uno los espartos y nunca se acaban si no los dejan de la mano. Tratan dellos los poderosos y por causas graves, que cada uno dellos tiene y puede tirar a la barra y tendránle respeto si gasta, tiene y no le falta; empero tú ni yo, que para cobrar cinco reales gastamos quince y se pierden ciento de tiempo, ganando mil pesadumbres y otros tantos enemigos... Y peor si los trujéremos con quien puede más, porque no es otra cosa pleitear un pobre contra un rico que luchar con un león o con un oso a fuerzas. Verdad es que se sabe de hombres que los han vencido; empero ha sido por maravilla o milagro. No son buenas burlas las que salen a la cara. ¿No ves y sabes que harán salir sol a media noche y lanzan los demonios en Bercebut?

A los pobretos como nosotros, la lechona nos pare gozques, y más en causas criminales, donde la calle de la justicia es ancha y larga: puede con mucha facilidad ir el juez por donde quisiere, ya por la una o por la otra acera o echar por medio. Puede francamente alargar el brazo y dar la mano, y aun de manera que se les quede lo que le pusiéredes en ella. Y el que no quisiere perecer, dóyselo por consejo, que a el juez dorarle los libros y a el escribano hacerle la pluma de plata: y échese a dormir, que no es necesario procurador ni letrado. Si en Italia fuera como en otras muchas provincias, aun en las bárbaras, donde,

cuando absuelven o condenan, escribe el juez en la sentencia la causa que le movió a darla y en qué se fundó, fuera menor daño, porque la parte quedara satisfecha; y, cuando no, pudiera el superior enmendar el agravio.

Mas conocí un juez, a quien habiéndole pagado un mercader muy bien una sentencia, con ánimo de asombrar con ella su parte contraria, para que temeroso acetase un concierto, y, diciéndole un su particular amigo que lo supo que cómo contra tan evidente justicia sentenciaba, respondió que no importaba, pues había superiores que le desagaviarían, que no quería perder lo que le daban de presente.

Derrenieguen de un fallo destos a carga cerrada, que más verdaderamente se puede llamar fallo de presente indicativo, pues engaña y no juzga. Mi verdadera sentencia es que fallo ser necio el que, si puede, no lo evita. Y en buena filosofía es menor daño sufrir a uno, que a muchos. Cuando tu contrario te hiciere injuria, sólo uno te la hace y sólo él compasas; empero por cualquier camino que trates de vengarla, saltaste de la sartén al fuego, fuiste huyendo de un inconveniente y diste de cabeza en muchos.

¿Quiéreslo ver? Diréte las estaciones que se te ofrecen por andar. Lo primero podía ser encontrar con alguacil muy gran desvergonzado, que ayer fue tabernero, como su padre, si ya no tuvieron bodegón. Que si ladrón era el padre, mayor ladrón es el hijo. Compró aquella vara para comer o la trae de alquiler, como mula. Y para comer ha de hurtar, y a voz de «alguacil soy, traigo la vara del rey», ni teme al rey ni guarda ley, pues contra rey, contra Dios y ley te hará cien demasías de obras y palabras, poniéndote a pique de poderte acumular una resistencia.

Yo conocí en Granada un alguacil que tenía dos dientes postizos y en cierta refriega se los quitó, haciéndose sangre con sus manos mismas. Dijo que se los habían allí quebrado. Y aunque no salió bien dello, porque se averiguó la verdad, a lo menos ya no lo dejó por diligencia. En su mano será, si levantares la voz o meneares un brazo, probarte que la hiciste. Pondráte luego en poder de sus corchetes.

¡Mirá qué gentecilla tan de bien!: corchetes, infames, traidores, ladrones, borrachos, desvergonzados. Y de la manera que decía un gracioso lacayo, de sí mismo, cuando lo enojaban: «Quien dijo lacayo, dijo bodegón; quien dijo lacayo, dijo taberna; quien dijo lacayo, dijo inmundicia; y la mujer que se puso a parir hijo lacayo, no habrá maldad que della no se presuma»; yo también digo que quien dice corchetes, no hay vicio, bellaquería ni maldad que no diga. No tienen alma, son retratos de los mismos ministros del infierno. Así te llevan asido, cuando no sea por los cabezones y te hicieron esta cortesía, será por lo menos de manera que con mayor clemencia lleva el águila en sus uñas la temerosa liebre, que tú irás en las dellos. Daránte codazos y rempujones, diránte desvergüenzas, cual si tú fueras ellos, y no más de porque con aquello dan gusto a su amo y es costumbre suya, sin considerar que ni él ni ellos tienen más poder que para llevarte a buen cobro preso, sin hacerte injuria. Desta manera te harán ir a el retro vade, a la cárcel.

¿Quieres que te diga qué casa es, qué trato hay en ella, qué se padece y cómo se vive? Adelante lo hallarás en su propio lugar; baste para en éste, que cuando allá llegues –mejor lo haga Dios–, después de haberte por el camino maltratado y quizá robado lo que tenías en la bolsa o faltriquera, te pondrán en las manos de un portero, y de tal casa, que, como si esclavo suyo fueras, te acomodará de la manera que quisiere o mejor se lo pagues.

Mal o peor has de callar la boca, que no estás en tu casa, sino en la suya, y debajo del poder, etcétera. Porque ni valentías valen allí ni amenazas los asombran. Registraránte un alcaide y sotalcaide, mandones y oficiales, a quien has de andar delante, la gorra en la mano, buscando invenciones de reverencias que hacerles.

Y de lo malo, esto no lo es tanto, porque verdaderamente alcaides hay que son padres, y tales los hallé siempre para mí, sin poderme nunca quejar dellos. Verdad sea que quieren comer de sus oficios, como cada cual del suyo, que aquello no se lo dan gracioso y harta

gracia te hacen si redimes tu necesidad y te dan lado con que salgas a remediar tu vida, componer tu casa, defender tu pleito. Mas en fin es tu alcaide: puede querer o no querer, tiene mano en tu libertad y prisión.

Luego desde allí entras adorando un procurador. Y mira que te digo que no te digo nada dél, porque tiene su tiempo y cuándo, como empanadas de sábalo por la Semana Santa. Su semana les vendrá.

En resolución, por no detenerme dos veces con una misma gente, digo que serán tus dueños y has de sufrirles y a el solicitador, a el escribano, a el señor del oficio, a el oficial de cajón, a el mozo de papeles y a el muchacho que ha de llevar el pleito a tu letrado. Pues ya, cuando a su casa llegas y lo hallas enchamarrado, despachando a otros y esperando tu vez, como barco, quisieras esperar antes a un toro.

Diráte, cuando le hagas larga relación, que abrasará sus libros cuando no saliere con tu negocio. Todos lo dicen; pocos aciertan y ninguno los quema. Impórtate la diligencia. No está el escribiente allí para hacerla, porque fue a llevar los niños a la escuela o a misa con la señora. Pásase la ocasión por no escribirse la petición.

El señor licenciado sabe de leyes, pero no de letras; dita y no escribe, porque lo sacaron temprano de la escuela para los estudios, ya porque fue tarde a ella o por codicia de llegar presto a los Digestos, dejándose indigestos los principios. Como si bien escribir no supusiese bien leer y del bien leer y escribir naciese la buena ortografía y della la lengua latina y de aquí se fuese todo eslabonando uno con otro.

Bien está. Pasemos adelante, otro poco a otro cabo, que nos comemos aquí las capas y se gasta tiempo sin provecho. Lleguemos al juez ordinario. Ya te dije algo dél. No sé más que te diga, sino que públicamente vende a la justicia, recateando el precio y, si no le das lo que piden, te responden que no te la quieren dar, porque les tienes más de costa y hay otro junto a ti que le da más por ella.

Ya cuando llegares al superior, que pocas veces acontece, respeto del peje que muere acá primero, ya llegan allá desovados, flacos y sin provecho. Allí faltan intereses; pero hay pasiones algunas veces. Y como no salió de su bolsa lo que costaste a criar, eso se le dará que te azoten como que te ahorquen. Seis años más o menos de galeras no importa, que ahí son quequiera.

No sienten lo que sientes ni padecen lo que tú; son dioses de la tierra. Vanse a su casa, donde son servidos, por las calles adorados, por todo el pueblo temidos. ¿Qué piensas que se les da de nada? En su mano tienen poder para salvarte o condenarte. Así lo hará como más o menos se te inclinare o se lo pidieren.

Yo conocí un señor juez, el cual condenó a uno en cierta pena pecuniaria y aplicó della docientos ducados para la Cámara, y mandó por su sentencia que, en defeto de no pagarlos, fuese a servir diez años en las galeras a el remo, sin sueldo, y, en siendo cumplidos, fuese vuelto a la cárcel del mismo pueblo y en él fuese ahorcado públicamente. Para mí, habiendo de mandar una tan grande necedad, mejor dijera que lo ahorcaran primero y luego lo llevaran a galeras, a el revés.

Como le dijeron a un mal pintor, el cual, como en una conversación dijese que quería mandar blanquear su casa y luego pintarla, le dijo uno de los presentes: «Harto mejor hará Vuestra Merced en pintarla primero y blanquearla después.»

Jueces hay que juzgan al vuelo, como primero se les viene a la boca. Pues ya, si tienen asesor o compañero que les quiera ir a la mano, pensarán que quitarle una tilde o mitigar las palabras de su sentencia es como quitarlo del altar.

¿Ves cómo es menor mal que se vaya el que te ofendió con su atrevimiento y que tú te quedes libre de tanto detrimento? Que, cuando no fuese por lo ya dicho, estar sujeto a tantos, lo debieras permitir por no desacomodarte, desbaratando tu casa, trayendo corrida y por la misma razón en grave peligro tu honra y la persona de tu mujer, a tus hijos y hacienda.

Dirás: «¡Oh, que no es bien que aquel traidor que me ofendió se quede riendo de mí!» No por cierto, no es bueno ni razón; pero si así como así se han de reír de ti, menos malo es que se ría uno y no muchos. Que si uno se riere del agravio que te hizo, ciento se reirán después, viendo que fuiste necio dándoles tu dinero y que fue humo lo que con ello compraste. Y se burla de ti quien mejor esperanza te pone, porque con ella te pela más la bolsa.

«Bien está; empero por esto hay muchas iglesias y es largo el mundo.» Dime, inorante, ¿y por ventura con esto excusas esotro? A todo bien suceder, ¿es lo que has dicho más de una dilación de tiempo? Allí en la iglesia, ¿no sufres a el beneficiado, a el cura y a su merced el señor sacristán? ¿Cuánto piensas que has de padecer para que te sufran y te consientan?

¿Piensas que no hay más que decir: «A la iglesia me voy»? Pesadumbres hay grandes, dineros cuesta desacomodarte y no ha de ser aquello para siempre. Parécete de menor inconveniente salir de tu casa, irte de tu tierra en las ajenas, a reino extraño, y, si eres por ventura español, dondequiera que llegues has de ser mal recibido, aunque te hagan buena cara. Que aquesa ventaja hacemos a las más naciones del mundo, ser aborrecidos en todas y de todos. Cúya sea la culpa yo no lo sé.

Vas caminando por desiertos, de venta en venta, de posada en mesón. ¿Parécete buena gentecilla la que lleva el rey don Alonso? Venteros y mesoneros poco sabes quién son, pues en tan poco los estimas y no huyes dellos. Últimamente irás desacomodado, con mucha calor, con mucho frío, vientos, aguas y tiempos, padeciendo con personas y caminos malos. Ya pues, cuando mucho llueve, si crecen los arroyos no puedes pasar. Llégase la noche, la venta está lejos, el tiempo se cierra y descargan los nublados. Quisieras antes haberte muerto. Anda ya, déjate deso, estate sosegado. Bien es que te llamen cuerdo sufrido y no loco vengativo.

¿Qué te hicieron? ¿Qué te dijeron, que tanto lo intimas? Dijéronte verdad: tú diste la causa. Y si mintieron, quien miente miente, no te hizo agravio ni tienes de qué satisfacerte con tanto peligro, dejándolo para loco y estimándolo en poco. No podrás tomar dél mayor venganza ni darle más grave castigo. Déjalo pasar y haz tu negocio. Harto os he dicho, miradlo, que yo me vuelvo a el mío.

Salí de la cárcel y fui a la posada, pobre, pensativo y triste. Díjele a Sayavedra:

–¿Qué te parece lo bien que se ha medrado en esta feria? Desta vez de laceria salimos, buen verde nos podremos dar con la ganancia. ¿Consideras agora bien de la manera que labran aquí sobre sano a los que tratan de cobrar su hacienda?

Él me dijo:

–Señor, ya lo veo, pues he sido testigo en todo lo pasado; mas ¿qué remedio a pasión de juez y a fuerzas de poderoso? Lo que más me pesa es que te quejarás de mí, por haber sido instrumento de tu daño, y más ahora con este consejo que tan mal y a la cara nos ha salido, deseando cobrar esta deuda. Mas el hombre propone y Dios dispone. No son éstas las costas de «¡quién pensara!», porque no se puede prevenir una pedrada que acaso tiró un loco y mató con ella, ni ser adivinos de cosas tan desproporcionadas a el entendimiento.

En esto hablábamos cuando entraron de fuera unos dos huéspedes de casa, que venían desafiados con un mozo ciudadano para jugar a los naipes. Y en una cuadra, de donde se apartaban su aposento del mío, pusieron una mesa y comenzaron el juego. Pues, como yo anduviese por allí paseándome, viendo lo que pasaba, quise por entretenimiento llegarme a cerca. Tomé una silla que primero hallé, y estuve sentado en ella viendo el juego de uno dellos por más de dos horas, que ni se cargaba más a la una que a la otra parte. Ya ganaban, ya perdían; todo así suspenso, sin haber diferencia conocida, entreteníase cada uno con el dinero que sacó para el juego, esperando ventura, y estábame yo deshaciendo.

Ellos no tenían pena y a mí me la daba, sin qué ni para qué, más de por sólo mirarle sus naipes, las veces que dejaba de ganar o perdía. ¡Oh extraña naturaleza nuestra, no más mía que general en todos! Que sin ser aquellos mis conocidos, ni alguno dellos, ni haberlos otra vez

visto, pues aquella fue la primera, por haber estado preso aquellos días, y sin haberlos nunca tratado, me alegraba cuando ganaba el de mi parte.

¡Qué pecado tan sin provecho el mío, qué sin propósito y necio, desear que perdiesen los otros para que aquél se lo llevara! ¡Como si aquel interés fuera mío, como si me lo quitaran a mí o si hubieran de dármelo! Cuánta ignorancia es echarse sobre sus hombros cargos ajenos, que ni en sí tienen sustancia ni pueden ser de provecho.

Pónese la otra en su ventana y el otro a su puerta en asecho de la casa de su vecino, por saber quién salió antes del día o cuál entró a media noche, qué trujeron o qué llevaron, sólo por curiosidad, y de aquello averar o inferir sospechas, que por ventura son de cosas nunca hechas. Hermano, hermana, quítate de ahí. Ayude Dios a cada uno, si hace o no hace, que podrá ser no pecar la otra y pecar tú. ¿Qué te importa su vida o su muerte, su entrada o su salida? ¿Qué ganas o qué te dan por la mala noche que pasas? ¿Qué honra sacas de su deshonor? ¿Qué gusto recibes en eso? Que si por ventura con ello le hubieras de hacer algún bien, conozco de ti que por no hacérsele no lo hicieras, o si de velarle tú la casa se siguiera no robársela los ladrones y con mucho encarecimiento te lo pidieran, respondieras que harto más te importaba mirar la tuya, que allá se lo hubiese, que no te querías arromadizar ni aventurar tu salud por tu vecino. ¿Pues cómo para hacerle bien y caridad no te quieres aventurar ni un cuarto de hora y para sacar sus manchas a el sol estás toda una noche?

¿Ves cómo haces mal y que te digo verdad? ¿Conoces ya que te sería mejor y más importante a tu salud acostarte temprano, ver lo que pasa de tus puertas adentro y dejar las de los vecinos? ¿Quieres a pesar de tu alma cargarla con lo que no lleva la de la otra? Ella está salva y tú te condenas. ¿Juega quien se le antoja su hacienda y pésame a mí que pierda o que gane? Allá se lo haya.

Si gustas de ver jugar, mira desapasionadamente si puedes; mas no podrás, que eres como yo y harás lo mismo. Tendría, pues, por de menor inconveniente que jugases, antes que ponerte a mirar juego ajeno con pasión semejante. Que quien juega, ya que desea ganar, es aquella una batalla de dos entendimientos o cuatro. Aventuras en confianza del tuyo tu hacienda, desear por lo menos que no te la lleven, procúrasla defender y a eso te pones, a que, como te la pueden quitar, la quites. Tienes en eso alguna manera de causa y excusa. Mas que sólo por ver ciegue tanto la pasión a un hombre de buena razón, dígame si la tengo en condenarla por disparate.

Al cabo ya de rato comenzó a embravecerse la mar y a nadar el dinero de una en otra parte. Íbase la cólera encendiendo, y los naipes cargaban a una banda de golpe, con que de golpe dieron con uno de los tres al agua, dejándolo con pérdida de más de cien escudos. Era el que yo miraba. Y quedé tan mohíno casi como él, pareciéndome haber estado en la mía su desgracia y haber yo sido el instrumento della, y también porque le sentí que no le debía quedar otro tanto caudal en toda su hacienda.

El juego ha de ser en una de dos maneras: o para granjería o entretenimiento. Si para granjería, no digo nada. Que los que las tratan son como los cosarios que salen por la mar, quien pillar, pillar: cada uno arme su navío lo mejor que pudiere y ojo a el virote. Andan en corso todo el año, para hacer en un día una buena suerte.

Los que juegan por entretenimiento, han de ser solos aquellos que señalan los mismos naipes. En ellos hallaremos dotrina, si se considera la pintura, reyes, caballos y sotas; de allí abajo no hay figuras hasta el as. Es decirnos que no los han de jugar otros que reyes, caballeros y soldados. A fe que no halles en ellos mercaderes, oficiales, letrados ni religiosos, porque no son de su profesión. Los ases lo dicen, que desde la sota, que es el soldado, hasta el as, que es la última carta, son chamuchina y avisarnos que cuantos más de los dichos los jugaren son todos unos asnos.

Y así lo fue mi ahijado en perder lo que por ventura no era suyo ni tenía con qué poderlo pagar. No quiero tampoco apretar la cuerda tanto que niegue los nobles

entretenimientos. Que no llamo yo jugar a quien lo tomase por juego una vez o seis o diez en el año, de cosa que no diese cuidado ni pusiese codicia, mas de por sólo gusto. No embargante que tengo por imposible sentarse uno a jugar sin codicia de ganar, aunque sea un alfiler y lo juegue con su mujer o su hijo. Que, cuando no se juega interés de dinero, juégase a lo menos opinión del entendimiento y saber, y así nadie quiere que otro lo venza.

Este mi hombre dicho era uno de los huéspedes de mi posada. Repartióse la ganancia entre su compañero y el ciudadano. Quedaron desafiados para después de cena y así se fueron cada uno por su parte y el perdidoso a buscar dineros.

Debió de hacer en buscarlos toda buena diligencia; mas, como es metal pesado, vase siempre a lo hondo y sácase dificultosamente. No debió de hallarlos y vínose sin ellos a casa, más enfadado de los que no le dieron que de los que le ganaron. Andábase paseando por la cuadra, bufando como un toro. No cabía en toda ella; ya la paseaba por lo ancho, ya por largo, ya de rincón a rincón. Enfadábale todo, blasfemaba de la mala ciudad y del traidor que a ella le hizo venir; que no era tierra de hombres de bien, sino de salteadores, pues con tener en ella cien amigos conocidos y ricos, no había hallado en todos un real prestado. Votaba de hacer y acontecer, cuando en su tierra estuviese.

Yo callaba y oía. Y cuando se metió en su aposento, sentí que se asentó sobre la cama y en el mío se oían con el sonido de las tablas los golpes que debía de dar en ella.

Llamé a Sayavedra en secreto y díjele:

—Ocasión se me ofrece para salir de trabajos o irme a ser hospitalero. Y pues la poca moneda que me queda no es tanta que pueda sustentarnos mucho, cenemos bien o vámonos a dormir con un jarro de agua, pues así como así lo habemos de hacer mañana. ¿Qué te parece? ¿Tieneslo a disparate o por cordura? ¿No será bueno que después de cena, que se han de volver a juntar éstos y a el tercero le faltan lanzas para entrar en la tela, que salga yo a los mantenedores de refresco a correr las mías, tomando un puesto, aventurando a perder o a ganar con esta miseria que me queda?

Sayavedra me respondió que para todo lo hallaría. Resuelto una vez a servirme, lo había de hacer con mucho cuidado; ya fuese de veras o en burlas, a saltar o a jugar, lo había de tener siempre a mi lado. Que hiciese lo que mandase. Pero que para no dar con la honrilla en el suelo, pues en aquella ocasión estábamos tan apretados, asegurásemos la pobreza. Para lo cual él se acomodaría de modo que con seguridad y sutileza correría todo el campo y me daría siempre aviso del juego de los contrarios, con que no pudiese perder, teniendo razonable cuenta.

Cuando esto me dijo, pudieran echarme nesgas a el pellejo, que no cabía de contento en él. Porque con mi habilidad y manos en el naípe, juntando el aviso suyo, pudiera volverles tres partes de la moneda; y entre mí dije: «No hay mal que no venga por bien. ¡Aun si el daño que me hizo lo viniese a restaurar por este camino!» Y deseaba decirle lo mismo; mas mucho me holgué que saliese de su boca la vileza y no de la mía. Que hasta en esto guardaba mis puntos de amo para con él. Que pudiera ser, si corriera de mi mano el triunfo, dijera entre sí: «¡Mirá por amor de mí a quien sirvo! Salí de ladrón y di en ventero. ¡A qué árbol me arrimo! Ganármela puede arrimada en la pared.» Y no estaba engañado.

¡Ta, ta, eso no, amigo! Entraos vos por los filos de mi espada y dejaos enhorabuena venir cuanto mandardes. Que a fe que primero habéis de confesaros que oírme de confesión. Prenda no me habéis de tomar sin que las vuestras estén rematadas. Mas ya una vez las máscaras quitadas, tenga y tengamos, démonos tantas en ancho como en largo, que no habrá más de por medio que los barriles.

Allí estuvimos dando y tomando grande rato, sobre cuáles eran señas mejores para dar el punto de ambos. Venimos a resolver que por los botones del sayo y coyunturas de los dedos, conforme a el arte de canto llano. De manera nos adiestramos en cuatro repasadas, que nos entendíamos ya mejor por señas que por la lengua.

Cuando ya se juntaron los combatientes, yo estaba paseándome por la cuadra, mi rosario en la mano, como un ermitaño, y en el aposento mi criado. Trataron de volver a jugar y el tercero dijo lo que le había pasado, que no halló a cierto amigo que le había de dar dineros; empero que, si querían fiar de su palabra hasta otro día, que jugaría papeles.

El ciudadano dijo:

–De buena gana lo hiciera; mas téngolo por mohína y siempre pierdo.

Desbaratábase ya la conversación y cada uno quería recogerse, y antes que lo hiciesen, dije:

–Pues ese caballero no juega, cuanto no sea más de para entretenimiento de pasar un rato de la noche y que no se deje tan santa obra por falta de un tercero, si Vuestras Mercedes gustan dello, yo tomaré un poco las cartas.

Alegráronse mucho, porque les parecí tordo nuevo, que aún el pico no tenía embebido, y que me tenían ya en sus bolsas el dinero, y por parecerles que, si perdía la moneda, que jugaría también la cadena, la cual yo descubrí adrede, quitándome los botones del sayo; y que, si me picaba, como era mozo, no habría de tener sufrimiento para dejar de arrojarles la sogá tras el caldero, hasta que fuesen rocín y manzanas.

Comenzar queríamos nuestra faena y para ello llamé a Sayavedra y díjele:

–Daca de ahí algún dinero, si tienes.

Él sacó hasta cien reales que yo le había dado para que me diese, y apartóse un poco de allí en cuanto se comenzó a bullir el juego, y llamándolo a despabilar, le dije:

–¿Habemos de hacer esto nosotros? ¿Tanto tienes allá que hacer o que dormir, que no estarás aquí para lo que fueres menester?

Él calló y estúvose quedo de manera y en parte que ninguna persona del mundo pudiera juzgar mal dél, porque jamás me miró ni quitó la mano del pecho y deste modo me decía cuanto por allá pasaba.

Y aunque siempre nos entendimos, no siempre me di por entendido ni me aprovechaba de la cautela; antes, cuando ganaba dos o tres manos, me holgaba de perder algunas. Dejábalos otras veces cargar sobre mi dinero; empero ni mucho ni siempre, porque no me diesen pellizco y me dejasen. Dejábalos tocar, pero no entrar, y después dábales otra carga para picarlos.

Escaramucé de manera con ellos y con tal artificio, que los truje siempre golosos. Ya, cuando me pareció tiempo que se querían recoger y tenían los frenos encima de los colmillos, para estrellarse adondequiera, parecióme darles alcance y, viéndolos en la red, arrojéme a ellos y a el dinero, trayéndolo a mi poder en pocos lances.

Debí de ganarles a los dos lo que le habían ganado antes a el tercero. Quedaron tan corridos y picados, que me la juraron para el siguiente día, desafiándome al mismo juego. Acetéselo de buen ánimo. Vinieron y dejéme perder hasta treinta escudos, con que se levantaron. Porque con sola esta pérdida los quise tener entretenidos y cebados. Y el uno dellos dijo:

–Alarguémonos algo, porque ya es tarde.

Respondíle a esto:

–Antes por la misma razón lo será mayor que nos acostemos y lo dejemos para mañana. Que siendo Vuestras Mercedes servidos, lo podremos hacer, tomándolo de más temprano y jugando cuan largo les diere gusto.

Holgaron de oírme y de haberme ganado, creyendo que había mucho que poderme ganar. Otro día se juntaron con muy gentiles bolsas de doblones castellanos, bien armados y a punto de guerra. Tendieron sobre la mesa puños dellos, de a dos, de a cuatro y algunos de a diez, como si fueran de cobre, diciendo:

–Buen ánimo, soldado, que aquí tiene Vuestra Merced esto a su servicio.

Y respondíles:

–Aunque yo no soy tan rico que pueda servir a Vuestras Mercedes con tanta moneda, no me faltará la voluntad, a lo menos como de un criado.

Quise decirles para pasar a mi poder esa bella compañía de hombres de armas. Comenzamos a jugar y fuelos cansando poco a poco, dándoles cuerda, hasta que, viéndolos ya parejos, les di una bella rociada y en pocas manos vi puestos en estas mías más de quinientos escudos, con que no quisieron jugar más hasta otro día, que dijeron que volverían.

Holgué mucho de oírsele, tanto porque ya tenían pareja la sangre y yo sosegado el pecho, y por parecerme que aquello me bastaba para entonces; empero no sabré decir cuánto me alegré de que se alzasen ellos, que siempre lo tuve por costumbre, para no mover ocasión de pendencia, que saliese de su voluntad jugar o no jugar. Ellos en buen hora se fueron y yo temeroso que por ventura el natural, como natural, y el forastero, como necesitado, me hiciesen alguna demasía. Ya yo sabía cómo corría la justicia de la tierra. Dije a Sayavedra, cuando estuvimos a solas, que sin hablar palabra ni decir adónde hacíamos el viaje, tomase por la mañana caballos para ir la vuelta de Milán. Así se puso en obra, dejándolos mohínos y sin blanca.

Capítulo IV

Caminando a Milán Guzmán de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida

A Milán caminábamos con tanta priesa como miedo; que como es alto de cuerpo, de lejos lo devisaba y siempre con su sombra me temblaba el corazón, recelando el peligro en que él mismo me había puesto. Porque siempre creí que ninguna culpa quedó sin pena ni malo sin castigo. Ya deseaba que naciesen con alas los caballos, para que volara el mío. Mas, pobre de mí, que lo mismo fuera, pues también las tuvieran los otros para darnos alcance. Todo lo vía lleno de malezas, en todo temía peligro y más en la tardanza.

Yo con mis pensamientos y Sayavedra con los suyos, íbamos mudos ambos, aunque con gran diferencia, que sólo el mío era de verme puesto en salvo y Sayavedra deseando saber lo que había de tocar de las monedas.

Fuemos caminando grande rato, hasta que por despedir el temor, que tanto me atribulaba, olvidándolo con algún entretenimiento, pareciéndome ser tan de locos callar mucho por los caminos como hablar mucho en las plazas, dije a Sayavedra que tratásemos alguna cosa o me contase algún cuento de gusto. Entonces él, hallando su bola en medio de los bolos, tomó por donde quiso y dijo:

—De un cuento quisiera yo que hubiera sido el gusto de la ganancia; mas yo confío que haber venido a servir a Vuestra Merced será no sólo para satisfacción de mi deuda, pero aun para gran exceso de granjería.

Holguéme de oírle y que me hubiese tocado en aquella tecla y así le respondí:

—Hermano Sayavedra, lo pasado pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí o por allí no tenga un resbaladero. Todos vivimos en carne y toda carne tiene flaqueza. Otros la tienen por otros caminos, como diste tú en éste. Dios guarde mi juicio, que no sé lo que será de mí. Tan ocasionado me veo como el que más, para cometer cualquier atrevimiento; que quien dio en el pasado que no fue menos que hurto ganar con engaño la miseria de aquellos pobretos, que quizá era todo el remedio de sus vidas, no perdonara un talego si lo hallara huérfano de padre y madre, aunque tuviera mil escudos y, pues dimos en esto y de tu entendimiento conozco que se te alcanza cualquier lance, creo que habrás echado de ver que ni trato en Indias ni soy Fúcar. Soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad por las causas que bien sabes, y no con más ni mejor oficio del que has visto. Ya que no tengo de hacer vileza ni tener mal trato, a lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como lo debe hacer cualquier hombre de bien, sin dejarme caer punto del en que mis padres me dejaron y mi fortuna me puso. Que si el embajador mi señor me tuvo en su casa y le serví, fue por el amor que me tuvo desde niño y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fue muy antiguo un tiempo que se conocieron en París, y así me pidió, diciéndoles que me quería hacer hombre. Mas ya que aquello me sucedió y de su casa salí, no pienso volver más a ella, si no fuere descansado y rico. Dondequiera se amasa buen pan y ya el de Roma me tiene muy ahíto. Y no será maravilla que todos busquemos manera de vivir, como la buscan otros de menos habilidad. Si no, pon los ojos en cuantos hoy viven, considéralos y hallarás que van buscando sus acrecentamientos y faltando a sus obligaciones por aquí o por allí. Cada uno procura de valer más. El señor quiere adelantar sus estados, el caballero su mayorazgo, el mercader su trato, el oficial su oficio y no todas veces con la limpieza que fuera lícito. Que algunas acontece, por meterse hasta los codos en la ganancia, zabullirse hasta los ojos, no quiero yo decir en el infierno; dilo tú, que tienes mayor atrevimiento. En resolución, todo el mundo es la Rochela en este caso: cada cual vive para sí, quien pillas, pillas, y sólo pagan los desdichados como tú. Si fueras ladrón de marca mayor,

destos de a treientos, de a cuatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor y justicia, pasaras como ellos; mas los desdichados que ni saben tratos ni toman rentas ni receptorias ni saben alzarse a su mano con mucho, concertándose después por poco, pagado en tercios, tarde, mal y nunca, estos bellacos vayan a galeras, ahórquenlos, no por ladrones, que ya por eso no ahorcan, sino por malos oficiales de su oficio. Diréte lo que oí a un esclavo negro, entre bozal y ladino, que viene bien aquí. En Madrid en el tiempo de mi niñez, que allí residí, sacaron a hacer justicia de dos adúlteros. Y como esto, aunque se pratica mucho, se castiga poco, que nunca faltan buenos y dineros con que se allane, mas esta vez y con el marido desta mujer no aprovecharon. Salió mucho número de gente a verlos, en especial mujeres –que no cabían por las calles, en toda la plaza ni ventanas–, todas lastimadas de aquella desgracia. Ya, cuando el marido le tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: «¡Ah Dios, cuánta se le ve, que se le puede hacelé!» Bien pudiéramos también decir cuántos hay que condenan otros a la horca, donde parecieran ellos muy mejor y con más causa. De nada me maravillo ni hago ascos; bailar tengo al son que todos, dure lo que durare, como cuchara de pan. Y pues dices que quieres mi compañía y gustas della, no creo se te hará mala ni dificultosa de llevar; porque soy compañero que sé agradecer y estimar lo que por mí se hace. A las obras me remito; ellas darán testimonio, el tiempo andando. Mas porque también el premio es quien adelanta la virtud, animando a los hombres con esfuerzo, y es flaqueza de ánimo no tenerle, cuando dél puede resultar alguna gloria o beneficio, ni cumple la persona con lo que debe, cuando no trabaja, pues nació para ello y dello se ha de sustentar, será muy justo que, conforme a lo que cada uno metiere de puesto, saque la ganancia. Paréceme dar asiento a esto, como primera piedra del edificio, y después trataremos de lo que se fuere más ofreciendo. Todo lo que cayere o se nos viniere a las manos, así de frutos caídos como por caer, se harán tres partes iguales, de todas las cuales tendrás tú la una y la otra será para mí; la tercera será para gastos de avería, que no todas veces hace buen tiempo ni podremos navegar a viento en popa ni con bonanza, para las calmas. Y si arribáremos, es bien que no nos falten bastimentos, y, si embistiéremos o diéremos en bajío, no falte batel en que salvarnos. Esta parte se pondrá siempre por sí. Ha de ser como un erario para socorro de necesidades. Que, si con tiento vamos, pues entendimiento no falta y entendemos algo del pilotaje, no me contento menos que con un regimiento de mi tierra y hacienda con que pasar descansadamente, antes de seis años. Alarga el ánimo a lo mismo, que también tendrás otro tanto con que poder volver a Valencia. No andes a raterías, hurtando cartillas, ladrón de coplas, que no se saca de tales hurtos otro provecho que infamia. En resolución, morir ahorcados o comer con trompetas: que la vida en un día es acabada y la de los trabajos es muerte cotidiana. Cuanto más que, si nos diéremos buena maña, presto llegaremos a mayores y no tendremos que temer, porque serán todos los meses de a treinta días y, como son a oscuras todos los gatos negros, entenderémonos a coplas, que un lobo a otro nunca se muerde. Aquí tienes tu tercio de lo pasado, si lo quisieres luego, que no es justo retener a nadie su hacienda. Hágate Dios bien con lo que fuere tuyo y dénos gracia; que con tal pie y buena estrella se funde la compañía(16), que no vengamos a manos de piratas, que no tienen ojo a más que desflorar lo guisado y comer el hervor de la olla.

Con esto y mostrarme liberal fue asegurarle la persona que no me dejase. Porque, habiendo de buscar marisco, no pudiera hallar compañero más a propósito ni tan bueno. Demás que, siendo igual mío, era criado y me reconocía por amo, que no es pequeña ventaja para cualquiera cosa llevar la mano.

Él quedó tan rendido como agradecido, y de uno en otro lance venimos a dar en preguntarle yo la causa que le había movido a robarme, y dijo:

–Señor, ya no puedo, aunque quisiese, dejar de hacer alarde público de mi vida, tanto por la merced recibida con tanta liberalidad en todo lo pasado, como por ser notoria y que con quien se ha de vivir ha de ser el trato llano, sin tener algo encubierto. Que no sólo a confesores, letrados y médicos ha de tratarse siempre verdad; pero entre los de nuestro trato

jamás faltó entre nosotros mismos, para podernos conservar. Y cumpliendo con tantas obligaciones, Vuesa Merced sabrá que soy valenciano, hijo de padres honrados, que aún podrá ser conocerlos algún día por la fama, que ya, sea Dios loado, son difuntos. Fuemos dos hermanos y entrambos desgraciados, ya fuese porque de niños quedamos consentidos, ya porque, dejándonos llevar de los impulsos de nuestro apetito, sin hacerles la debida resistencia, consentimos en esta tentación, que mejor diría dimos en esta flaqueza, no creyendo los daños venideros; antes con el cebo de presentes gustos, hasta que ya resueltos una vez a ello, no se pudo volver atrás. El otro mi hermano es mayor que yo y, aunque ambos y cada uno teníamos razonable pasadía, mas aun eso no nos puso freno. Tanta es o fue la fuerza de nuestra estrella y tanto el de la mala inclinación a no esquivarnos della, que, pospuesto el honor, con más deseo de ver tierras que de sustentarle, salimos a nuestras aventuras. Mas porque pudiera ser no sucedernos de la manera que teníamos pensado y para en cualquier trabajo no ser conocidos ni quedar con infamia, fuemos de acuerdo en mudar de nombres. Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo. Llamábase Juan Martí. Hizo de Juan, Luján, y del Martí, Mateo; y, volviéndolo por pasiva, llamóse Mateo Luján. Desta manera desbarró por el mundo y el mundo me dicen que le dio el pago tan bien como a mí. Yo, como no tengo letras ni sé más que un monacillo, eché por estos trigos y, sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allá y púseme su apellido; mas ni estuve jamás en Sevilla ni della sé más de lo que aquí he dicho. Desta manera salimos en un día juntos peregrinando; empero cada uno tomó luego por su parte. Dél me dicen algunos, que de vista le conocen, haberlo visto en Castilla y por el Andalucía muy maltratado, que de allí pasó a las Indias, donde también le fue mal. Yo tomé otra diferente derrota. Fuime a Barcelona, de donde pasé a Italia con las galeras. Gasté lo que saqué de mi casa. Halléme muy pobre y, como la necesidad obliga muchas veces, como dicen, a lo que el hombre no piensa, rodando y tropicando con la hambre, di conmigo en el reino de Nápoles, donde siempre tuve deseo de residir, por lo que de aquella ciudad me decían. Anduve por todo él, gastando de lo que no tenía, hecho un muy gentil pícaro, de donde di en acompañarme con otros como yo; y de uno en otro escalón salí muy gentil oficial de la carda. Híceme camarada con los maestros. Lleguéme a ellos por cubrirme con su sombra en las adversidades. Así les anduve subordinado, porque mi pobreza siempre fue tanta que nunca tuve caudal con que vestirme, para poner tienda de por mí. No por falta de habilidad, que mejor tijera que la mía no la tiene todo el oficio. Pudiera leerles a todos ellos cuatro cursos de latrocinio y dos de pasante. Porque me di tal maña en los estudios, cuando lo aprendí, que salí sacre. Ninguno entendió como yo la cicatería. Fui muy gentil caleta, buzo, cuatrero, maleador y mareador, pala, poleo, escolta, estafa y zorro. Ninguno de mi tamaño ni mayor que yo seis años, en mi presencia dejó de reconocerse bajamanero y baharí. Mas como por antigüedad y reputación tenían tiranizado el nombre de famosos Césares ellos, y a nosotros los pobretos nos traían de casa en casa, fregando la plata, haciendo los ojeos, buscando achaques, preguntando en unas partes: «¿vive aquí el señor Fulano?», «¿han menester vuestras mercedes un mozo?», «¿quieren comprar un estuche fino?», era de los que cortábamos a las mujeres, que, haciéndolos aderezar con cintas nuevas, los íbamos a vender. Otras veces fingíamos entrar a orinar y, si acertábamos con la caballeriza, donde nunca faltaba la manta de la mula, la almohaza o criba, la capa del mozo y el trabón, cuando más no podíamos, y, si acaso allí nos vían, luego bajándonos a el suelo, soltando la cinta de los calzones, nos poníamos a un rincón y, en diciéndonos «Ladrón, ¿y qué hacéis vos aquí?», nos levantábamos atacando y respondíamos: «Mire Vuestra Merced cómo y con quién habla, que no hay aquí algún ladrón; halléme necesitado de la persona y entréme aquí dentro.» Unos lo creían, otros no; empero pasábamos adelante. Otras veces tomábamos por achaque, y no malo, entrarnos por toda la casa, hasta hallar en qué topar y, si nos vían, luego pedíamos limosna. Con estos y otros achaques no había clavo en pared que no contásemos o quitásemos: nada tenía seguridad. Yo era rapacejo delgadillo, de pocas carnes, trazador y sobre todo ligero como un gamo. Acechaba de día el trabajo de la noche, sin empacharme por el tiempo y a pesar del sueño.

Asistíamos de día como buenos cristianos en las iglesias, en sermones, misas, estaciones, jubileos, fiestas y procesiones. Íbamos a las comedias, a ver justiciados y a todas y cualesquier juntas donde sabíamos haber concurso de gente, procurándonos hallar a la contina en el mayor aprieto, entrando y saliendo por él una y mil veces, porque de cada viaje no faltaba ocupación provechosa. Ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, dijes de niños. Cuando más no podía, con las tijeras, que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruelo que me parecía y del más pintado gentilhombre le sacaba por detrás o por un lado, si acaso con el aprieto se le caía, para tres o cuatro pares de soletas. Y lo que yo desto más gustaba era verlos ir después hechos un retrato de San Martín, con media capa menos, dándole vueltas y haciendo gente. Y así se iban corridos, viendo cortadas las faldas por vergonzoso lugar. Cuando esto no bastaba, nos llegábamos a las colgaduras de seda o tela de oro, que nunca reparábamos en hacerles cortesía más a esto que a esotro; antes a más moros más ganancia, y por lo bajo dellas le sacábamos a una pieza o dos, como teníamos la ocasión y tiempo, lo que mejor podíamos. Y en los aires hacíamos dello cuerpos a mujeres, bolsos, manguitas a niños, y otras mil cosas a este tono, acomodándolo siempre como no se perdiese hilo en aquello que más y mejor podía servir. Poco a poco nos venimos acercando a la ciudad, con la fama de que venía nuevo virrey, que a las tales fiestas, a toros y ferias, caminábamos de cien millas, cuando era necesario. La costa del camino era siempre poca, que de los unos lugares íbamos proveídos para los otros de muy buenas gallinas, capones, pollos, palomas duendas, jamones de tocino y algunas alhajas que con facilidad se nos venían a la mano. Porque, como para tomar buena posada se procuraba entrar siempre con sol, en aquel breve tiempo, hasta las horas de recogernos, recorriamos los portillos de todo el pueblo y cuanto había dentro, con achaque de ir pidiendo «Para un estudiante pobre que vuelve a su tierra necesitado», no tanto por lo que nos habían de dar cuanto por lo que les habíamos de quitar, dando vista por los gallineros, para trazar cómo mejor poderlos despoblar. Demás que para las ventas y cortijos llevaba sedales fuertes; con finos anzuelos y con un cortezoncito de pan y seis granos de trigo se nos venían a las manos, y jamás eché lance que dejase de sacar peje como el brazo. Y a mal mal suceder, cuando se caía la casa y no se hallaba qué comer, a lo menos una muy bella posta de ternera no nos podía faltar, como la quisiésemos, de la primera y más pintada que hallábamos en el camino. Luego que a Nápoles llegamos, anduvo los primeros días muy bueno el oficio. Trabajóse mucho, muy bien y de provecho. Vestíme de manera que con la presencia pudiera entretener la reputación de hombre de bien y engañar con la pinta. Y si como la entrada que hicimos de juego de cañas, de oro y verde, solene y bien sazónada de sal, no se nos percutiera después a los fines por mi poco sufrimiento, de allí quedara en buen puesto; mas hartó hice con escapar el pellejo y sanas las aldabas. Yo tuve la culpa que me saliesen los huevos güeros; mas, Dios loado, que pudiera ser el daño mayor y aqueso me puso consuelo. Uno de mis camaradas era de la tierra, criado de un regente del Consejo Colateral y sus padres le habían servido. Diósele a conocer, fuele a besar las manos y no las volvió vacías; porque, holgándose de verlo, le ofreció de hacer toda merced, y no a el fiado, sino diciendo y haciendo. Que pocas veces y en pocos acontece comer en un plato y a una mesa. Mas, cuando es el ánimo generoso, siempre se huelga de dar, y más le crece cuanto más le piden. Porque siempre fue condición del dar hacer a los hombres claros, cuanto los vuelve sujetos el recibir. Luego lo acomodó en algunos negocios, a la verdad honrados y dignos de otro mejor sujeto. Andábamos a su sombra, hechos otros virreyes de la tierra, sin haber en toda ella quien se nos atreviera. Con este abrigo nos alargábamos a cosas en que por ventura nuestros ánimos no bastaran solos. Era él nuestra lengua. Decíanos dónde habíamos de acudir y cómo lo habíamos de hacer, a qué horas tendríamos mayor seguridad, por dónde podríamos entrar y de qué personas nos habíamos de recelar. Que, como diremos, los que hacen los hurtos más famosos, más calificados y de importancia, son los llegados a las justicias. Fáltales temor, tienen favor sobrado, llega la necesidad, ofrécese ocasión: remédielo Dios todopoderoso. Iba yo un día luchando a brazo partido con el pensamiento, deseoso de hallar en qué poder entretenerme, porque casi era mediodía y no habíamos ensartado aguja ni

dado puntada. Pues volver a casa manivació, sin haber llevado la provisión por delante y que por ventura los compañeros tuviesen ya labrada la miel, me llamaran zángano, que se la quería comer mis manos lavadas; teníamoslo por caso de menos valer, ir a mesa puesta sin llevar por delante la costa hecha. Vi una casa de buena traza, y a lo que parecía mostraba ser de algún hombre honrado ciudadano. Entréme por ella, como si fuera mía; que nunca el tímido fue buen cirujano. Aun allá dicen las viejas a los medrosos en España, por manera de hablar, cuando uno va con espacio: «Anda, anda, que parece que vas a hurtar.» Dondequiera y siempre me parecía entrar por mi casa o que iba con vara de justicia y mandamiento de contado. Miré a una y otra parte, deseando hallar en qué topasen los ojos que diese quehacer a las manos. Quiso la fortuna depararles encima de un bufete una saya grande negra, de terciopelo labrado, de que pudiera bien sacar tres pares de vestidos, calzones y ropillas; porque tenía más de quince varas y podían encajárselos aunque fueran los mocitos más curiosos de la tierra. Estuve avizorando por todo aquello si podría sacar aquella prenda sin costas ni daño de barras, y en toda la casa ni en parte della sentí haber quien impedírmelo pudiese. Metíla debajo del brazo y en dos cabriolas me puse de pies en la puerta de la calle. Cuando a ella llegué, llegaba también el señor de la casa, el cual era Maestredata en la ciudad, y, viéndome salir asobarcado, preguntóme quién era y por lo que llevaba. En aquel punto mismo saqué de la necesidad el consejo y sin turbarme, antes con rostro alegre, le dije: «Quiere mi señora que se le tome un poco de alforza en esta saya y se la recoja de cintura, porque no le hace buen asiento por delante, y mándame que se la traiga luego.» Él me dijo: «Pues por vida vuestra, maestro, que se haga presto y de vuestra mano.» Con esto salí la calle abajo, dando más vueltas que una culebra, ya por aquí, ya por acullá, por desmentir el rastro. Después vine a saber, por mi mal, que luego como en casa entró, sintió alborotado el bodegón, revuelto el palomar y las mujeres a manga por hombro, dando y tomando sobre 'daca la saya', 'toma la saya', y la saya que no parecía: 'tú la quitaste', 'aquí la puse', 'acullá la dejé', 'quién salió', 'quién entro', 'ninguno ha venido de fuera', 'pues parecer tiene', 'los de casa la tienen', 'tú me la pagarás'. Andaba una grita y algazara, que se venían los techos a el suelo sin entenderse los unos con los otros. En esto entró el dueño, conociendo su yerro en haberme dejado salir con ella, y reportando a su mujer le dijo que un ladrón la llevaba, contándole lo que conmigo había pasado a su misma puerta. Salióme a buscar; mas con mi buena diligencia me desaparecí por entonces, dando con la persona en salvo y poniendo la prenda en cobro. Luego aquella noche me fui a casa del gran Condestable, con deseo de poder ejecutar un lance que algunos días antes había hecho en borrón; aunque lo traía ya en blanco y hilvanado, nunca tuve ocasión para poderlo sacar en limpio hasta entonces. Juntábanse allí muchos caballeros a jugar y de ordinario se solían hacer tres o cuatro mesas, asistiendo de noche a ellas un paje o dos de guarda. Sobre cada tabla estaba puesta su carpeta de seda y dos candeleros de plata. Yo llevaba conmigo contrahechos un par, de muy gentil estaño, y tales, que de los finos a ellos no se hiciera diferencia, no más en la color que de la misma hechura, buscados a propósito para el mismo efeto. Llevé también dos velas y, todo bien cubierto, me puse a un rincón de la sala, según otras veces lo había hecho, aguardando lance y dando a entender ser criado de alguno de aquellos caballeros. Dos que jugaban a los cientos en una de aquellas mesas pidieron velas. No había más allí de un paje, y tan dormido, que habiéndolas ya dos veces pedido, no recordaba ni respondía. Yo acudí luego y, aderezando mis velas acá fuera, levantado el ferreruelo por cima del hombro, como criado de casa, las metí en los candeleros que llevaba y los de plata debajo del brazo, con que me fui recogiendo hasta la posada; en donde, juntándolos con algunas otras piezas de plata que había recogido, por quitarme de achaques y pesadumbres, 'si son míos o si son tuyos', 'daca señas', 'toma señas', 'de dónde lo compraste', 'quién te lo vendió', acogíme a lo seguro: hice de todo una pasta y en un muy gentil tejo lo llevé a mi capitán, para que con su autoridad y buen crédito lo vendiese. Hízolo así. Sacó su quinto, según le pertenecía, y diome la resta en reales de contado, sin defraudarme un cabello. Ya era entre nosotros orden que a nuestra cabeza le habíamos de acudir con aquella parte de todo lo que se trabajase, y esos eran sus derechos, tan bien pagados y ciertos, como los de su

Majestad en lo mejor de las Indias. Con esta gabela éramos dél amparados en cualquier peligro. Ninguno piense maxcar a dos carrillos, que no hay dignidad sin pnsión en esta vida. Cada cual tiene sus dos hileras de dientes y muelas; todos quieren comer; en todo hay pechos y derechos y corren intereses. Una mano lava la otra y entrambas la cara. Si me dan el capón, justo será que le dé una pechuga. Y no hay dinero mejor empleado que en un ángel de guarda semejante. Palas hay tan tiranos y desalmados, que luego estafan y lo aplican todo para sí; quieren el pan y las maseras, el trabajo y el provecho, sin dejarnos otra cosa que el peligro y la pena dél, si nos cogen. Álzansenos a mayores, como Pizarro con las Indias. Cuando mucho nos dan y grande merced nos hacen es de los escamochos, lo que no les vale de provecho, reservando para sí la gruesa del beneficio, como lo hizo Alejandro conmigo. Y después, cuando nos avizoran en el agonía, cálanse las gavias y no conocen a nadie. Mas entre nosotros con este milanés había muy buena orden. Porque de ninguna manera no quería llevarnos más de su solo quinto. Y si alguna vez, teniendo necesidad, nos pedía le prestásemos algo a buena cuenta y se lo dábamos, luego lo asentaba en su libro, poniéndolo en el ha de haber y a la margen un ojo, a descontar. No, no: buena cuenta teníamos en todo siempre; ayudase a cada uno su buena fortuna. Mis compañeros no holgaban, que, como buenos caseros, jamás vinieron las manos en el seno. Éramos cuatro, tres a la faena y el capitán para nuestra defensa. Íbamos algunas veces llevándole por delante, para, si alguno de nosotros diese salto en vago, hallándolo con el hurto en las manos, que hubiese quien lo abonase o volverse por él, dándole dos o tres pescozones, enviándolo de allí, diciendo: «Andad para bellaco ladrón y voto a tal que, si más os veo hurtar, que os he de hacer echar a galeras.» Creían con esto los presentes que serían aquéllos gente honrada y piadosa. Pasábamos con aquella fortuna. Otros había tan pertinaces y duros, que con una cólera de fieras nos apretaban demasiado, no dejándonos de la mano hasta hacernos prender. A éstos llegaban y les decían: «Deje Vuestra Merced a este bellaco ladrón, déle cien coces y no le haga prender; es un pobreto y se comerá en la cárcel de piojos. ¿Qué gana Vuestra Merced en hacerle mal? ¡Tirad de aquí, bellaco!» Y con esto nos daban un repujón que nos hacían hocicar, por sacarnos de sus brazos. Empero, si todavía porfiaba no queriéndonos largar, hacíamos nuestra diligencia en desasirnos y volvíamoslo pendencia, diciendo que mentía, que tan hombres de bien éramos como él. Ellos en la fuga se metían de por medio, en son de meter paz, ayudándonos a despartir y ponernos en libertad, y si necesario era, cuando no podían, derramaban el poleo: del aire buscaban achaque, incitando con palabras a venir a las obras, hasta que con el alboroto mayor se sosegaba el menor y así nos escabullíamos. Otras veces, que íbamos huyendo con el hurto, si alguno venía corriendo tras de nosotros y dándonos alcance, salíale un compañero de través a detenerlo poniéndosele delante y preguntando sobre qué había sido la pesadumbre, no dejando pasar de allí, a modo de querer poner paz y sosegarlo. Y por muy poquita demora que de cualquier manera hubiese, les tomábamos grandísima ventaja. Porque demás de la que siempre hace quien huye a quien corre, pone alas en los pies el miedo en casos tales. Los que corren se cansan presto naturalmente con el corto ánimo de hacer mal, que los desmaya, no obstante que quieran y lo procuren; mas esles imposible forzar a la naturaleza, la cual siempre favorece a los que desean salvarse. De una o de otra manera, siempre los detenían. Otras veces nos abonaban, cuando había pasado la palabra con el hurto y no se nos hallaba, porque ya lo teníamos de allí tres calles o cuatro. De manera que sus buenas palabras, intercesiones y abonos hacían que fuésemos libres de la mala opinión que se nos achacaba. En todas maneras, por acá o por acullá, hacíamos nuestra hacienda, pesase a quien pesase, que para todo había traza. Mas una vez que me descuidé, saliendo un poco a mariscar sin escolta y por el campo, no me la cubrirá pelo ni se me caerá tan presto de encima. Mis pecados, y otro no, me sacaron a pasear un día por fuera de la ciudad. Y como cerca de un arroyo estuviese sobre la yerba tendida mucha ropa y el dueño della tras de un poco de repecho, a la sombra de una pared, parecióme que ya debía de estar bien enjuta o a lo menos que cuanto para mi menester con aquello bastaba. Diome gana de doblar dos o tres camisas buenas, que me pareció me vendrían bien, y con facilidad lo hice. Mas envolvílas; no quise pararme allí a doblarlas, por hacerlo en mi posada

con mayor comodidad y espacio. El dueño, que era una mujer de la maldición, por estar, como dije, vueltas las espaldas, no pudo verme; mas no faltó quien, doliéndole poco las mías y como a paso largo me iba trasponiendo, le dio el soplo. Levantó la buena lavandera el tiple, que lo ponía en el cielo, y, dejando una muchacha suya en guarda de lo que allí le quedaba, dio a correr en pos de mí. De manera que, viéndome perdido, con todo el disimulo del mundo, sin volver el rostro ni más mudanza que si conmigo no las hubiera, dejé caer en el suelo la mercadería y pasé de largo con el paso compuesto, sin alborotarme. Yo creí que la mala hembra, teniendo ya lo que le faltaba en sus manos, por ventura se holgaría; mas no lo hizo así, que, si primero daba gritos, eran entonces voces con que hundía el campo todo. No era lejos de la ciudad ni en parte tan sola que dejasen de oírlo muchachos. Juntáronse tantos y con ellos tantos gozques, que parecían enjambres. A la grita dellos me pescaron vivo unos mancebos, de cuyo poder ya fue imposible defenderme. Desde aquel día comencé a tomar tema contra esta gentecilla menuda, que nunca más me pudieron entrar de los dientes adentro. Destruyéronme con perseguirme.

Cuando aquesto me decía Sayavedra, me vino en la memoria un famoso borracho de Madrid, el cual, como lo acosasen los muchachos y lo maltratasen mucho, cuando llegó a la boca de una calle se bajó por dos piedras y, arrimándose a una esquina, les dijo: «Ta, ta, Vuestras Mercedes no han de pasar adelante, suplícoles que se vuelvan, que yo doy la merced por ya recebida.» Si éste hiciera otro tanto, quizá que se volvieran, como lo hicieron con el otro.

Dijo luego:

—Y en verdad que dondequiera que se junta esta mala canalla, ningún hombre de bien puede hacer cosa buena. Ya voy huyendo dellos como de la horca, y faltó poco para subirme a ella, porque de sus manos me saco la justicia y me pusieron tras la red. Cuando esto me sucedió, luego hice dar aviso a mi capitán, que apenas alcanzó el bramo cuando en dos pies ya estaba conmigo, informándome bien de lo que había de hacer y decir. De allí se fue a el notario. Hablóle, diciendo conocerme por hijo de padres muy honrados y nobles en España, que no era posible creerse cosa semejante de un caballero como yo y, en caso que fuera verdad, no era mucho de maravillar que con la mocedad, viéndome, si acaso lo estaba, con alguna necesidad o apretado de la hambre, me hubiese atrevido para redimirla; empero que todo era de poca o ninguna consideración y ratería de que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, cuanto por mi mucha calidad y de mi linaje. Con estas buenas palabras y su mejor favor, me puso dentro de dos horas a la puerta de la cárcel. A Dios pluguiera que no, ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche; mas, pues así sucedió, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado, portero que siempre me perseguía en los umbrales de las casas, no se olvidó entonces en los de la cárcel. Pues antes que me dejase sacar el pie a la calle, a la misma salida di de ojos con el Maestredato, que andaba solicitando la soltura de un preso. Como me vio y conoció, diome tal rempujón adentro, que me hizo caer de espaldas en el suelo y, cargándose sobre mí, dijo al portero que echase el golpe. Hízolo y quedéme dentro. Volviéronme a encerrar. Púsome acusación, apretándome de manera que ruegos ni el interés de la saya fueron parte para que se bajase de la querella. Era hombre que podía. Hiciéronse todas las posibles diligencias. Ni me valió información de hidalguía ni mi poca edad, para que a buen librar y como si me lo dieran de limosna, por vía de transacción y concierto y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre —y tal, que no se me caerá para siempre. Por camisas fue y sin ella me sacaron de medio cuerpo arriba, echándome desterrado de allí para siempre. Con lo cual se quedó el majadero sin la saya. Ved a lo que llega un hombre necio batanado que quiso más hacerme mal que cobrar su hacienda. A mí me fue forzoso dejar la tierra y compañía. Recogí la pobreza que había llegado y salí de allí, vagando por toda Italia, hasta llegar a Bolonia, donde me recibió en su servicio Alejandro. El cual tiene por trato salir a corredurías fuera de su tierra y, en haciendo la cabalgada, se vuelve a sagrado con ella. Cuando nos hallamos en Roma en el fracaso de Vuestra Merced, sólo era

nuestro fin aguardar que se levantase alguna pelaza, de donde con seguridad pudiéramos alzar algún par de capas o sombreros; mas como no hubo tiempo, trazamos luego de hacer el hurto, haciéndome cabeza de lobo, como siempre tenían costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias.

Esto me venía diciendo, cuando llegamos a el fin de la jornada. Quedóse así la plática, entrándonos en la hostería, donde se nos dio lo necesario para pasar luego el camino adelante.

Capítulo V

Sayavedra halla en Milán a un su amigo en servicio de un mercader. Guzmán de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto

Atento, entretenido y admirado me trujo Sayavedra esta jornada; y tanto, que para las más que faltaban hasta Milán, siempre hubo de qué hablar y sobre qué replicar, porque [se] me hizo grande contradicción y dificultoso de creer que hombres nobles, hijos de padres tales, permitan dejarse llevar tan arrastrados de sus pasiones, que, olvidado el respeto debido a su nobleza, contra toda caridad y buena policía, sin precisa necesidad hagan bajezas, quitando a otros la hacienda y honra. Que todo lo quita quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en más de lo que tiene más.

Decía yo entre mí: «Si a este Sayavedra, como dice, lo dejó tan rico su padre, ¿cómo ha dado en ser ladrón y huelga más de andar afrentado que vivir tenido y respetado? Si se cometen los males, hácese por la sombra que muestran de bienes; empero en el padecer no hay esperanza dellos.»

Luego revolvía sobre mí en su desculpa, diciendo: «Saldríase huyendo muchacho, como yo.» Representáronseme con su relación mis propios pasos; mas volvía, diciendo: «Ya que todo eso así es, ¿por qué no volvió la hoja, cuando tuvo uso de razón y llegó a ser hombre, haciéndose soldado?»

También me respondía en su favor: «¿Y por qué no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el mío. ¡Donosa está la milicia para que se aficionen a ella! ¡Buena paga les dan, bien lo pasan para que olvide un hombre su regalo y aventure su vida en ella! Ya todo es mohatra: mucho servir, madrugar y trasnochar, el arcabuz a cuestras, haciendo centinela todo el cuarto en pie y, si es perdida, en dos, y sin bullirlos de donde una vez los asentaren, lloviendo, tronando y venteando. Y cuando a la posada volvéis, ni halláis luz con que os acostar, lumbre con que poderos enjugar, pan que comer, ni vino que beber, muertos de hambre, sucios y rotos.»

No le culpo. Empero a su hermano mayor, el señor Juan Martí o Mateo Luján, como más quisiere que sea su buena gracia, que ya tenía edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado, ¿cuál diablo de tentación le vino en dejar su negocio y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, querer quitar capas?

¡Cuánto mejor le fuera ocupar su persona en otros entretenimientos! Era buen gramático: estudiara leyes, que más a cuento y fácil fuera hacerse letrado. ¿Piensan por ventura que no hay más que decir «ladrón quiero ser» y salirse con ello? Pues a fe que cuesta mucho trabajo y corre peligro. Demás que no sé yo si en los Derechos hay más consejos o tantos cuantos ha menester un buen ladrón. Pues ya, si hay dos o se juntan en un lugar y a la porfía y quiere alguno correr tras el otro que se ha llevado tras de sí la voz y fama de todo el cacoquismo y germanía, por mi fe que le importa, y no poco, apretar los puños mucho.

Que, con parecerme a mí, como era verdad, que con cuanto me había contado Sayavedra era desventurada sardina y yo en su respeto ballena, con dificultad y apenas osara entrar en examen de licencia ni pretender la borla. Y él y su hermano pensaban ya que con sólo hurtar a secas, mal sazonado, sin sabor ni gusto, que podrían leer la cátedra de prima.

Pensaron que no había más que hacer de lo que dijo un labrador, alcalde de ordinario en la villa de Almonací de Zurita, en el reino de Toledo, habiendo hecho un pilar de agua donde llegase a beber el ganado, que, después de acabado, soltaron la cañería en presencia de todo el concejo y, como unos dicen «alto está» y otros «no está», se llegó el alcalde a beber y, en apartándose, dijo: «Pardiós, no hay más que hablar, que, pues yo alcanzo, no habrá bestia que no alcance.» Como debieron de ver algunos ladroncillos de pan de poya, se les haría fácil y

dirían que también alcanzarían como los otros. Pues yo doy mi palabra que, a tal pensamiento, se les pudiera decir lo que otro labrador, también cerca de allí en la Mancha, dijo a otros dos que porfiaban sobre la cría de una yegua. El uno dellos decía «jumento es», y el otro que no, sino muleto. Y llegándose a mirarlo el tercero, cuando hubo bien rodeado, y mirándole hocico y orejas, dijo: «¡Pardiós, no hay que rehortir, tan asno es como mi padre!»

Quien se precie de ladrón, procure serlo con honra, no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla y trompos a los muchachos, que no sirve de más de para dar de comer a otros ladrones, haciéndose sus esclavos de jornal, y, si no les pecha, lo ponen luego en percha. No hay hacienda ni espaldas que lo sufran; diz que por tan poco ha de arrestarse tanto. Por una saya, por dos camisas...: quien camisas hurta, jubón espera. Haga lo que decía Chapín Vitelo, aquel valerosísimo capitán: «El mercader que su trato no entienda, cierre la tienda.»

Pero dejemos agora estos ladrones aparte y vuelvo a mí, que, con poderme oponer a la magistral, ya lo tenía olvidado y no se apartaba entonces el miedo de a par de mí. Todo quiere curso. Había mil años que ni tomaba lanceta ni hacía sangría; tenía ya torpe la mano, no atinaba con la vena. No hay tal maestro como el ejercicio. Que, si falta, el mismo entendimiento se hinche de moho y cría toba.

Cuando en Milán entramos, anduvimos de vacaciones aquellos tres o cuatro días, que no me atreví a jugar por no hacerlo con gente de milicia, que juegan siempre con mucha malicia. Todos o los más procuran valerse de sus ventajas. Yo no podía usar de las mías ni me las habían de consentir, y yo por fuerza se las había de consentir. Aventuraba con ellos a ganar poco y a perder mucho. No quise más que dar una vuelta por la tierra, viendo su trato y grandeza, y luego pasar adelante.

Con esta determinación me andaba paseando todo el día de tienda en tienda, viendo tantas curiosidades, que ponía grande admiración, y los gruesos tratos que había en ellas, aun de cosas menudas y poco precio.

Estando un día en medio de la plaza, se llegó a Sayavedra un mozo bien tratado y de buena gracia, en sus acentos y talle fino español; mas como los tenía por las espaldas no pude ver ni entender por entonces más de que se hicieron un poco a lo largo de mí, donde a solas por grande rato hablaron. Que no me dejó de poner cuidado pensar qué pudieran estar con tanto secreto tratando, no habiéndose visto, a mi parecer, ni hablado antes. Mas por no romper la plática hasta ver en lo que paraba, estúveme quedo y advertido si de allí escapasen acudir yo con tiempo a la posada y llegar primero, antes que me mudasen.

Siempre los tuve a el ojo, sin hacer alguna mudanza, en cuanto no la hiciesen ellos. Porque consideraba: «Si lo llamo y después le quiero preguntar por lo que trataban, habrá tenido Sayavedra ocasión para componer lo que quisiere, diciendo que por haberlo llamado no acabaron la plática en que estaban.» Así, por mejor satisfacerme, tuve por bueno tardarme allí algo más, dejándoles el campo franco, pues no hacía mi dilación en otra parte falta.

Ya cuando fue hora de comer, el mozo se despidió para irse y yo quise hacer lo mismo, que aún todavía estaba en pie mi sospecha. Como Sayavedra no me habló palabra ni yo a él, siempre truje conmigo aquel recelo y no con poco cuidado de alguna gatada. Que la sospecha es terrible gusano del corazón y no suele ser viciosa cuando carga sobre un vicioso; pues, conforme a las costumbres de cada uno, se pueden recelar dél. Mas, como el deseo de las cosas hace romper por las dificultades dellas, aunque quisiera callar no me pude sufrir sin preguntarle quién aquel mozo fuese y de qué había salido el trunfo para plática tan larga. Cuando acabamos de comer y quedamos a solas, díjele:

—Aquel mancebo desta mañana me parece haberlo visto en Roma. ¿Por ventura llámase Mendoza?

—No, sino Aguilera —me respondió Sayavedra—, y muy águila para cualquiera ocasión. Es un muy buen compañero, también cofrade, y una de las buenas disciplinas de toda la hermandad y ninguna mejor llaga que la suya. Es de muy gentil entendimiento, gran escribano

y contador. Muchos años ha que nos conocemos. Hemos peregrinado y padecido juntos en muchos muy particulares trabajos y peligros. Y agora me quería meter en uno, que nos pudiera ser de grandísima importancia, o por nuestra desventura dar con el navío al través, que a todo daño se pone quien trata de navegar, pues no está entre la muerte y vida más del canto de un traidor cañuto. Dábame cuenta cómo llegó a esta ciudad con ánimo de buscar la vida como mejor pudiera, mas que, para no engolfarse sin sondar primero el agua, que había buscado un entretenimiento que le hiciese la costa sin sospecha para que a dos días lo prendiesen por vagabundo, y que asentó con un mercader de aquesta ciudad, que lo recibió en su servicio por su buena pluma, y ha más de un año que le sirve con toda fidelidad, esperando darle una cox a su salvo, como lo hacen las mulas al cabo de siete. Decíame que asentásemos compañía para hacer una empanada en que tuviésemos que comer para salir de laceria; mas no me pareció cosa conveniente: lo principal por hallarme tan acomodado a mi gusto, y demás desto para mudar estado es necesaria mucha consideración. Con poco no podíamos contentarnos y con mucho era imposible salir bien, por la mala comodidad que teníamos. Aquí no había donde poder estar secretos cuatro días, ni huyendo caminar seguros que a cuatro pasos no nos volviesen presos y nos dejasen los pescuezos de más de la marca, sin quedar las personas de provecho. Estuvimos dando y tomando trazas, empero ninguna de provecho ni a propósito. Que, cuando los fines no se pueden conseguir, son los medios impertinentes y los principios temerarios. Así se apartó de mí, por no hacer a su amo falta, ya que nuestra plática no podía ser de provecho.

Ni esto que me dijo me dejó seguro, ni dejé de darle crédito, por parecerme cosa que pudo ser. Pedí la capa y salimos de casa con determinación de dar una vuelta por el campo. Y aunque lo más de la tarde tratamos de otras cosas, nunca se me apartó de la imaginación mi tema.

En ella iba y venía, pensando entre mí: «Aun, si quisiese aqueste asegurarme y me diese un cabe que pasase la raya, ¿de quién me podría quejar, sino de mi necesidad? Porque una bien se puede disimular; pero a dos, echarle a quien las espera una gentil albarda. ¿Qué seguridad puedo yo tener deste? Que nunca buena viga se hizo de buen cohombro. El que malas mañas ha, tarde o nunca las perderá. Y ésta será la fina, darle a el maestro cuchillada, sobre buena reparada.»

Mas, aunque siempre tuve los ojos en la puerta, nunca me faltaron las manos de la rueca. Hecho estaba un Argos en mi negocio y otro Ulises para el suyo, trazando cómo –si me había dicho verdad– poder ayudarlos a lo seguro de todos, en caso que fuese negocio de consideración para salir de laceria. Que meter costa en lo que ha de ser de poco provecho es locura. Los empleos hanse de hacer conforme a las ganancias; que ponerse un hombre a querer alambicar su entendimiento muchas noches en lo que apenas tendrá para cenar una no conviene.

Mas, porque por ventura pudiera ser viaje de provecho y echar algún buen lance, cuando a dormir volvimos a casa y vi suspenso a Sayavedra, le dije:

–Paréceme que te robas por lo que no robas; inquieto te trae mucho el dinero del mercader. ¿Es por ventura lo que pensabas alguna traza de las de Arquímedes? Pues a fe que conozco yo un amigo que no hiciera mal tercio en el negocio, si fuese gordal y de sustancia.

–¿Cómo gordal y de sustancia? –respondió Sayavedra–. De más de veinte mil ducados. Paño hay para cortar y trazar a nuestra voluntad, como quisiéremos.

Yo le dije:

–Como no se corte de manera que dél nos hagan lobas, bien me parece; mas pues tan pensado lo tienes, que no es posible no habésete asentado alguna invención, ¿qué resulta de todo que algo valga?

–¡Pardiós, nada! –me respondió Sayavedra–. No acierto con la esquina. Tanto ha que huelgo, que ya con el ocio ha criado el entendimiento sangre nueva y está lleno de sarna. Mil veces comienzo con el trote y a dos galopes me canso: todo lo hallo malo.

Entonces le volví a decir:

–Pues tan importante negocio es, como dices, ¿qué parte me querréis dar por que os quite los cuidados y salgáis con vuestra vitoria?

Él me dijo:

–Señor, la mía y mi persona somos de Vuestra Merced. Con Aguilera se ha de tratar, por lo que le toca y, hecho el concierto con él, acabado es el cuento: con todos está hecho.

–Pues –díjele– vete a buscarlo y procura verlo, sin que de su casa te vean, y dile que nos veamos cuando tuviere lugar, que poco se perderá en que me conozca, si ya le conozco.

Hízolo así. Enviólo a llamar con un papel secretamente y, cuando nos juntamos, le pregunté por menudo las calidades, costumbres y trato de su amo, qué hacienda tenía, en qué, dónde y en qué monedas y debajo de qué llaves.

Comenzóme a hacer su plática en esta manera:

–Señor, ya Sayavedra tiene dada relación de mí a Vuestra Merced, y sabrá que soy calafate zurdo, un pobreto como todos. Y, aunque conozco que con menos ingenio hay millares muy ricos en el mundo, también he visto con éstos a otros más hábiles ahorcados, no siendo yo el que menos lo ha merecido, de que doy a Dios infinitas gracias. Puede haber poco más de un año –que es el tiempo que ha que resido en esta ciudad– que sirvo a un mercader de harto trabajo, y de cuatro meses a esta parte soy su cajero. Tengo los libros en mi poder; empero los dineros están en el suyo. Amo y temo. No acabo de resolverme cómo hacerle un salto que no me deje después en el aire. Que para poco y malo, menor mal es pasar adelante con mi buen trato. Y si fuese mucho, querríalo gozar mucho. Helo comunicado con Sayavedra; porque para estos casos no hay hombre que pueda solo, para que por allá, entre personas de quien se pueda fiar, pues tiene tantos amigos, lo trate con alguno dellos. Que como son varios los entendimientos, cada cual discurre como mejor sabe, y algunas veces acontece dormitar Homero y salir las trazas buenas. Y cuando anoche recibí su papel enviándome a llamar, sospeché que no sería en balde, que ha mucho que lo conozco y nunca se suele armar sino a cosa señalada. Creo, si acaso le hallamos vado, que habemos de hacer un gentil negocio, de que nos ha de resultar mucho bien. Lo que de su hacienda con verdad puedo afirmar, como quien tan bien lo sabe, por haberlo visto, es que valen las mercaderías que hoy tiene de las puertas adentro de su casa para dar a solo mohatras, más de veinte mil ducados. Y desto me da las llaves muchas veces, por la confianza grande que de mí tiene. Demás que bien sabe que no me tengo de cargar las balas a cuestras, para llevárselas con lo que tienen. Lo que hay encerrado dentro en dos cofres de hierro, en todo género de moneda, pasan de quince mil, y en el escritorio de la tienda encerró, habrá doce días, un hermoso gato pardo rodado, tan manso y humilde como yo. No con ojos encendidos, no rasgadoras uñas ni dientes agudos; antes embutido con tres mil escudos de oro, en rubios doblones de peso de a dos y de a cuatro, sin que intervenga ni sólo un sencillo en ellos. Los cuales apartó y puso allí para dar a logro a cierto mercader que se los pide por seis meses, y no se los quiere dar por más de cuatro, con el cuarto de ganancia, de que le ha de hacer más la obligación por contado. Es hombre del más mal nombre que tiene toda la ciudad y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien lo quiera ni a quien mal no haga. No trata verdad ni tiene amigo. Trae la república revuelta y engañados cuantos con él negocian. Tengo por cierto que de cualquiera daño que le viniese, sin duda sería en haz y en paz de todo el pueblo. Ninguno habría que no holgase dello.

Con esto juntamente me dijo cómo se llamaba, dónde vivía, el escritorio a qué mano estaba y el gato en qué gaveta. Hízome tan buena relación, que a cierra ojos pusiera las manos encima dello. Preguntéle si habría dificultad en hacer una impresión de llaves. Díjome que

muy fácilmente, porque las tenía todas en una cadenilla, con las de los almacenes de mercaderías y cofres de hierro, las cuales de ordinario le daba para sacar lo que pedía; empero que, como era tan avariento y miserable, lo hacía de modo que no las perdía del ojo.

Holguéme de saber que había facilidad en lo más dificultoso y díjele:

—Pues lo primero que tenemos de poner en tabla para nuestro negocio ha de ser eso: traerme los moldes en cera, para que yo los vea y me prevenga de otras, mandándolas luego hacer. También será necesario estar de acuerdo en lo que se ha de hurtar por lo presente, y sea de modo que no asombre, siendo en demasía, ni tan poco que deje de sernos de provecho, y lo que dello ha de haber cada uno de nosotros.

En cuanto a el hurto nos resolvimos en que fuesen los tres mil escudos del gato, y en lo demás anduvimos a tanto más tanto, como si fueran ovejas las que se vendían, hasta que dije:

—De aqueste dinero, si se hubiese de hurtar lisamente, a todo riesgo de horca y cuchillo, natural cosa es que cual el peligro tal había de ser la ganancia, y cabíamos en un tercio por persona, siendo tres los compañeros. Mas, pues tenemos de jugar a lo seguro y pasar el vado a pie enjuto, sin que dello por algún modo se me pueda poner culpa ni cargar pena, quedando cada uno con su buena reputación de vida y fama, entero el crédito y sana la nuez, bien mereciera cualquier buen arquitecto su parte legítima por sólo delinearla, sin otro algún trabajo. Y ésa quiero llevar yo, conforme a lo cual me pertenece liso un tercio, libre y descargado de todo jarrete, y en los otros dos tercios del remaniente tenemos de entrar a la parte, cada uno igual del otro con la suya, quedando en ella todos tres parejos.

En esto se dio y tomó; mas, como mi voto eran dos con el de mi criado y de lo que se trataba no era partición de legítima de padres, quedamos en ello de acuerdo. Trújoseme la cera y, en estando las llaves hechas y dada la muestra dellas por Aguilera, que ya corría en el oficio, para que a el tiempo de la necesidad no nos hiciesen caer en falta, le dije una noche que por la mañana quería verme con su amo, que tuviese ojo alerta en lo que allí se hablase para lo que adelante sucediese y que nos viésemos cada noche. Dijo que sí haría y con esto se fue.

Otro día por la mañana fui a la tienda del mercader, y en presencia de Aguilera, su criado, después de habernos hablado de cumplimientos, y saludándonos, le dije:

—Señor mío, soy un caballero que vine a esta ciudad ha pocos días. Vengo a hacer cierto empleo para unas donas, porque trato en mi tierra de casarme; para lo cual traigo poco más de tres mil escudos, que tengo en mi posada. No conozco la gente ni el proceder que aquí tiene cada uno. El dinero es peligroso y suele causar muchos daños, en especial no teniéndolo el hombre con la seguridad que desea. No sé quién es cada cual. Estoy en una posada. Entran y salen ciento. Y aunque me dieron la llave de la pieza, o puede haber dos o acontecerme alguna pesadumbre. Hanme informado de quien Vuestra Merced es, de su mucha verdad y buen término, y véngole a suplicar se sirva y tenga por bien guardármelos por algunos días, en cuanto hallo y compro lo que voy buscando. Que, cuando se ofrezca en qué servir a Vuestra Merced, la que me hará en esto, soy caballero que la sabré reconocer.

El mercader ya creyó que los tenía en el puño y aun agora sospecho que no fueron sus pensamientos otros que los míos: él de quedarse con ellos y yo de robárselos. Ofrecióme su persona y casa, que podía tenerlo todo a mi servicio. Díjome que los mandase traer muy enhorabuena, que allí los guardaría y me los daría cada y cuando, según y de la manera que se los pidiese. Despedímonos con esto, él dispuesto a guardarlos y yo con palabra dada de que luego se le traerían. Mas nunca más allá volví hasta que fue tiempo.

Cuando a casa volvimos yo y Sayavedra, él estaba como tonto, preguntándome que de dónde le habíamos de dar a guardar aquel dinero, y yo, riéndome, le dije:

—¿Luego ya no se lo llevaste?

Rióse de lo que le dije y volvíle a decir:

—¿Qué te ríes? Yo sé que allá lo tiene ya, y muy bien guardado. Dile a tu amigo Aguilera que de hoy en ocho días nos veamos y se traiga consigo el borrador de su amo, que le suele servir de libro de memorias.

En este intermedio de tiempo, que aguardábamos el nuestro, desnudándome Sayavedra una noche, después de metido en la cama y no con gana mucha de dormir, que aún me desvelaban viejos cuidados, díjele:

—Has de saber, Sayavedra, que, habiendo adolecido el asno, hallándose muy enfermo, cercano a la muerte, a instancia de sus deudos y hijos, que como tenía tantos y cada cual quisiera quedar mejorado, los legítimos y naturales andaban a las puñadas; mas el honrado padre, deseando dejarlos en paz y que cada uno reconociese su parte, acordó de hacer su testamento, repartiendo las mandas en la manera siguiente: «Mando que mi lengua, después de yo fallecido, se dé a mis hijos los aduladores y maldicientes, a los airados y coléricos la cola, los ojos a los lacivos y el seso a los alquimistas y judiciarios, hombres de arbitrios y maquinadores. Mi corazón se dé a los avarientos, las orejas a revoltosos y cizañeros, el hocico a los epicúreos, comedores y bebedores, los huesos a los perezosos, los lomos a los soberbios y el espinazo a porfiados. Dense mis pies a los procuradores, a los jueces las manos y el testuz a los escribanos. La carne se dé a pobres y el pellejo se reparta entre mis hijos naturales.» No querría que, diciéndonos éste que robásemos a su amo, nos viniese a robar a nosotros y nos dejase tan desnudos, que nos obligase a cubrir con el pellejo de nuestro testador. Y sería mucha su cordura si nos burlase. Dígolo, porque para la prosecución de nuestro intento y poder salir bien dél, es necesario que de aquellos doblones de a diez, que allí tengo, le diésemos unos pocos hasta diez, que hagan ciento, y no son barro. No querría que, tirándonos un tajo con ellos y buen compás de pies, fuese retirándose poco a poco.

A esto me respondió:

—Si todos quinientos y quinientos mil pusiésemos en su poder, no faltara un carlín de todos ellos en mil años, por ser costumbre nuestra guardarnos el rostro con fidelidad grandísima, y quede a mi cargo el riesgo, para que corra todo por mi cuenta.

Capítulo VI

Sale bien con el hurto Guzmán de Alfarache, dale a Aguilera lo que le toca y vase a Génova con su criado Sayavedra

La esperanza, como efectivamente no dice posesión alguna, siempre trae los ánimos inquietos y atribulados con temor de alcanzar lo que se desea. Sola ella es el consuelo de los afligidos y puerto donde se ferran, porque resulta della una sombra de seguridad, con que se favorecen los trabajos de la tardanza. Y como con la segura y cierta se dilatan los corazones, teniendo firmeza en lo por venir, así no hay pena que más atormente que si se ve perdida, y muy poquito menos cuando se tarda.

Cuántos y cuán varios pensamientos debieron de tener mis dos encomendados en este breve tiempo, que como ni les di más luz y los dejé con la miel en la boca, debieron de vacilar y dar con la imaginación más trazas que tiene un mapa, unos por una parte y otros por otra. ¡Cuáles andarían y con qué cuidado, deseando los fines prometidos, que no se les debieron de hacer poco dudosos!

Ya, cuando vieron amanecer el sol del día dellos tan deseado y de mí no menos, y Aguilera me trujo el libro borrador que le pedí, busqué una hoja de atrás, donde hubiese memorias de ocho días antes, y en un blanco que hallé bien acomodado puse lo siguiente: «Dejóme a guardar don Juan Osorio tres mil escudos de oro en oro, los diez de a diez y los más de a dos y de a cuatro. Más me dejó dos mil reales, en reales.» Luego pasé unas rayas por cima de lo escrito y a la margen escribí de otra letra diferente: «Llevólos, llevólos.» Con esto cerramos nuestro libro y díselo.

Mas le di diez doblones de a diez y díjele que, abriendo el escritorio, sacase ciento del gato y metiese aquéllos en su lugar. Dile más dos bervetes, uno en que decía: «Estos tres mil escudos en oro son de don Juan Osorio»; y el otro: «Aquí están dos mil reales de don Juan Osorio, su dueño.» Advertíle que si dentro del gato hubiese algún otro bervete, lo sacase y dejase sólo el mío, y el de los dos mil reales lo metiese dentro de un talego, en que me dijo haber otros diez y siete mil, poco más o menos, que no sabía lo justo, porque cada día se iban echando dineros en él, y que advertiese que aqueste de la plata estaba en un arcón de junto a el escritorio y tenía por señas el talego una grande mancha de tinta junto a la boca.

Con esto se fue Aguilera, llevando de orden que aquella noche sin falta lo dejase puesto cada cosa en su lugar, según se lo había dicho. El siguiente día, después de comer, me fui a la tienda del mercader muy disimulado, mi criado detrás, nuestro paso a paso. Cuando allá llegamos y él me vio, se alegró mucho, creyendo que ya le llevaba lo que le vine a pedir.

Conformidad teníamos ambos en engañar; mas eran muy diferentes de las mías las trazas que él debía de tener pensadas. Cuando nos hubimos ya saludado, le dije:

—Aqueste criado vendrá por la mañana con un talego y un papel mío. Mande Vuestra Merced que se le dé todo buen despacho.

El hombre, como debía de ir más caballero en su malicia que receloso de la mía, creyó que le decía que por la mañana le llevarían el dinero y díjome:

—Todo se hará como Vuestra Merced lo manda.

Fuime la puerta fuera y, a menos de veinte pasos andados, di la vuelta y díjele:

—Después que de aquí salí, se me ha ofrecido a el pensamiento que importa llevar luego ese dinero para cierto efeto. Mándemelo dar Vuestra Merced.

El hombre se alteró y dijo:

—¿Qué dinero es el que Vuestra Merced manda que dé?

Y díjele:

–Todo, señor, todo; porque todo lo he menester.

Él entonces dijo:

–¿Cuál todo tengo de dar?

Volvíle a decir:

–El oro y la plata.

–¿Qué oro y plata? –me respondió.

Y respondíle:

–La plata y oro que Vuestra Merced acá tiene mío.

–¿Yo de Vuestra Merced oro ni plata? –me dijo–. Ni tengo plata ni oro ni sé lo que se dice.

–¿Cómo no sé lo que me digo? –le respondí alborotado–. ¡Bueno es eso, por mi vida!

–¡Mejor es esotro –dijo él–, pedirme lo que no me dio ni tengo suyo!

–¡Mire Vuestra Merced lo que dice! –le volví a decir–, que para burlas bastan, y son éstas muy pesadas para quien le falta gusto.

–¡Eso está bueno! –me dijo–. Las de Vuestra Merced lo son. Váyase enhorabuena, suplícole.

–¿Que me vaya dice? Antes no deseo ya otra cosa. Mándeme dar Vuestra Merced aqueese dinero.

–¿Cuál dinero tengo yo de Vuestra Merced que me pide, para que se lo dé?

–Pídole –dije– los escudos y reales que le dejé a guardar el día pasado.

–Vuestra Merced –me respondió– nunca me dejó escudos ni reales ni tal tengo suyo.

Y díjele:

–Pues acaba en este momento de confesarme delante de todos estos caballeros, cuando le dije que vendría mañana mi criado por ellos, que se los daría, ¿y ahora que vuelvo yo, me los niega en un momento?

–Yo no niego a Vuestra Merced nada –me dijo–, porque no tengo recebido algo que poder volver.

–Yo le truje a Vuestra Merced habrá ocho días mi hacienda –le dije– y se la di que me la guardase y la tiene recebida. Mándemela luego dar, porque no es mi voluntad tenerla más un momento en su poder.

–En mi poder no tengo un cuatrín ajeno; váyase con Dios, no sea el diablo que nos engañe a todos.

–A mí fue a quien ya engañó, en darle a Vuestra Merced mi hacienda.

Y con una cólera encendida, que parecía echar fuego por todo el rostro, dije:

–¿Qué quiere decir, no darme mi dinero? Aquí me lo ha de dar luego de contado, sin faltar un cuatrín, o mire cómo ha de ser.

Mostróse tan turbado y temeroso viéndome tan colérico y resuelto, que no supo qué responder. Y como sonriéndose, haciendo burla de mis palabras, decía que me fuese con Dios o con la maldición, que ni me conocía ni sabía quién era ni cómo me llamaba ni qué le pedía.

–¿Agora no me conoce ni sabe quién soy, para levantarse con mi hacienda? Pues aún tiene justicia Milán, que me hará pagar en breve tres pies a la francesa.

El hombre más negaba, diciendo andar yo errado, que podría ser haberlo dado a guardar en otra parte, porque ni tenía dinero mío ni me lo debía, no obstante ser verdad que yo le dije que se lo quise dar a guardar; empero que no había vuelto con él, que me fuese a quejar a la justicia enhorabuena y, si algo me debiese, que llano estaba para pagármelo.

Con esta resolución largué los pliegues a la boca, lanzando por ella espuma, y a grandes gritos dije:

—¡Oh, traidor, falso! ¡Justicia del cielo y de la tierra venga sobre ti, mal hombre! Así me quieres quitar mi hacienda delante de los ojos, dejándome perdido. La vida me has de dar o mi dinero. Vengan aquí luego mis tres mil escudos, digo. No ha de aprovecharos el negarlos, que os los tengo de sacar del alma o me los habéis de poner en tabla, en oro y plata, como de mí lo recibistes.

Alborotóse la casa con los que allí habían estado presentes a el caso desde el principio. Juntóse con ellos de los que pasaban por la calle y de otros vecinos, tanto número de gente llamándose con el alboroto los unos a los otros, que ya nos ahogaban y no nos entendíamos. Andábanse preguntando todos qué voces eran o sobre qué reñíamos. Aquí y allí lo contaban ciento y cada uno de su manera, y nosotros allá dentro que nos hundíamos con la reyerta.

En esto llegó un bargelo, que es como alguacil en Castilla, pero no trae vara, y haciendo lugar por medio de la gente, llegó donde estábamos, que ya nos ardíamos. Yo cuando vi justicia presente —aunque no sabía quién fuese más de ser justicia— vi mi pleito hecho y dije luego:

—Señores, ya Vuestras Mercedes han visto lo que aquí ha pasado y de la manera que aqueste mal hombre me niega mi hacienda. Su mismo criado diga la verdad y, si lo negaren, dígalo su mismo libro, donde se hallará escrito lo que de mí recibió y en qué partidas, de la manera que se las entregué, para que se nos conozca bien quién es cada uno y cuál dice verdad. ¿Yo había de pedir lo que no le di? Dentro de un gato suyo metió en aquel escritorio tres mil escudos de a dos y de a cuatro y, por señas más verdaderas y ciertas, hay entremedias diez escudos de a diez, que todos hacen los tres mil a el justo. Y en un talego que puso a guardar dentro de aquel arca, en que me dijo que habría entonces hasta diez y siete mil reales poco más o menos con los míos, metió los dos mil que le di. Si no fuere como lo digo, que se quede con ello y me quiten la cabeza como a traidor, con tal que luego se averigüe mi verdad, en presencia de Vuestras Mercedes, antes que tenga lugar de poderlo trasponer en otra parte.

Y señalando a el bargelo, dije:

—Véalo Vuestra Merced, véalo y vea quién trata falsedad y engaño.

El mercader dijo entonces:

—Yo lo consiento, tráiganse mis libros, véanse todos y cuanto dinero tengo en toda mi casa. Si tal así pareciere, yo quiero confesar que dice verdad y ser el que miento.

Los que presentes había dijeron:

—Acabado es el pleito. Justificados están. La verdad se verá bien clara y presto, en lo que ambos dicen.

El mercader mandó a su cajero sacase su libro mayor y, cuando lo trujo, dije:

—¡Oh, traidor, no está en ese libro, sino en el manual!

Pidió el manual de la caja y, cuando lo vi, volví a decir:

—No, no, no son aquí menester tantos enredos, engañándonos con libros; que no digo ésos. No hay para qué roncear; en el que se asentaron las partidas no es tan grande. Un libro es angosto y largo.

Entonces dijo Aguilera:

—En el de memorias debe de querer decir, según da señas dél, que no hay otro en esta casa de aquella manera.

Y sacándolo allí, dijo:

—¿Es por ventura éste?

—Éste sí, éste sí, él es, véase lo que digo, no hay para qué asconderlo ni encubrirlo, aquí se hallará la verdad.

Anduvieron hojeando un poco y, cuando reconocí las partidas y letra, dije:

–Vuestras Mercedes vean lo que aquí dice, lean estas partidas que me tiene testadas y adicionadas a la margen; pues no le ha de valer tampoco por ahí, que mi dinero me tiene de dar.

Vieron todos las partidas y ser como yo lo decía, y el mercader estaba tan loco que no sabía qué decir, más de jurar mil juramentos que tal no sabía cómo ni quién lo hubiera escrito.

Yo les dije:

–Yo mismo lo escribí, mi letra es; pero la del margen es diferente y falsamente puesto y testadas, que no me han vuelto nada. Y en aquel escritorio, si no lo ha sacado, allí están mis escudos.

Hacía unos extremos como un loco furioso, de manera que creyeron ser sin duda verdad cuanto decía. Y procurándome sosegar, decían que me apaciguase, que no importaba estar testadas las partidas ni escrito a la margen habérmelos vuelto, si en lo demás era según lo decía.

Díjeles luego:

–¿Qué mayor verdad mía o qué mayor indicio de su malicia puede haber que decir poco ha que no le había dado blanca y hallarlo aquí escrito, aunque testado? Si lo recibió, ¿por qué lo niega? Y si no lo recibió, ¿cómo está escrito aquí? Ábrase aquel escritorio, que dentro estarán mis doblones y los diez de a diez entremedias dellos.

Porfiaba el mercader y deshacíase, diciendo con varios juramentos y obsecraciones que todo era maldad y que se lo levantaba, porque doblones de a diez, uno ni más había en toda su casa.

Tanto porfiaron y el bargelo tanto instó en que diese las llaves del escritorio, porque las resistía, no queriéndolas dar, que le juró, si no se las diese, que se lo sacaría de casa, hasta dar noticia de todo a el capitán de justicia –que allí es como en Castilla un corregidor–, para que, depositado, se supiese la verdad.

Finalmente las dio, y en abriéndolo d[i]je:

–Allí en aquella gaveta los metió en un gato pardo rodado.

Abrieron la gaveta y sacaron el gato, y, queriendo contar el dinero para ver si estaba justo, salió el bervete y dije:

–Lean ese papel, que ahí dirá lo que hay dentro y cuyo es.

Leyéronlo y decía ser de don Juan Osorio. Contáronlo y hallaron justos los tres mil escudos con los diez de a diez que yo decía. Ya en este punto quedó el mercader absolutamente rematado, sin saber qué decir ni alegar, pareciéndole obra del demonio, porque hombre humano era imposible haberlo hecho. Demás que si yo tuve mano para ponérselos allí, con mayor facilidad se los pudiera, sin esto, haber llevado. Estaba sin juicio y daba gritos que todo era mentira, que se lo levantaban, que aquel dinero era suyo y no ajeno; que, si el diablo no puso allí aquellos doblones, que no los puso él; que me prendiesen porque tenía familiar.

Yo decía:

–Préndanme muy enhorabuena, con tal que me deis mi dinero.

Dábale terribles voces, diciéndole:

–¡Ah, engañador! ¿Aún tenéis lengua con que hablar, viéndose la maldad tan evidente? Abran aquel arcón, que allí está la plata y dentro la puso.

–No hay tal –decía él–, que la plata que allí hay toda es mía y lo son los tres mil escudos.

–¿Cómo son vuestros –le dije–, si acabáis de confesar que no teníades doblones de a diez? Que Dios ha permitido que se os olvidase de haberlos recebido, para que yo no perdiese

mi hacienda. El que ha de negar lo ajeno, ha de mirar lo que dice. Cuando aquí llegué, me dijistes delante de aquestos caballeros que mañana me daríades mi hacienda y, luego que os la volví a pedir, delante dellos mismos, me la negastes. Ábrase aquel arca, sáquese todo, sépase quién es cada uno y cómo vive.

Abrieron el arca y, cuando vi el talego, aunque había otros con él, de más y menos dineros, largando el brazo lo señalé con el dedo:

—Ese de la mancha negra es.

En resolución, se halló verdad cuanto les había dicho, y más quedaron certificados cuando, trastornando aquel talego para contar los dineros, hallaron el otro bervete que decía estar allí míos dos mil reales. Yo gritaba:

—Mal hombre, mal tratante, enemigo de Dios, falto de verdad y de conciencia, ¿y cómo, si teníades mis dineros, de la manera que todo el mundo lo ha visto y sabe, me borrábades lo escrito? ¿Cómo decíades que nada os había dado? ¿Cómo que no me conocíades ni sabíades quién era ni cómo me llamaba? Ya ¿qué tenéis que alegar? ¿Tenéis más falsedades y mentiras que decir? ¿Veis como Dios Nuestro Señor ha permitido que os hayáis tanto cegado, que ambos bervetes no tuvistes entendimiento para quitarlos ni esconder la moneda? ¿Veis como ha vuelto su Divina Majestad por mi mucha inocencia y sencillez con que os di a guardar mi hacienda creyendo que siempre me la diérades, y que quien me aconsejó que os la diese debió de ser otro tal como vos y echadizo vuestro para quedaros con ella?

Cuantos estaban presentes quedaron con esto que vieron y oyeron tan admirados, cuanto enfadados de ver semejante bellaquería, satisfechos de que yo tenía razón y justicia. Eran en mi favor la voz común, las evidencias y experiencias vistas y su mala fama, que concluía, y decían todos:

—Mirad si había de hacer de las suyas. No es nuevo en el bellaco logrero robar haciendas ajenas. ¿No veis como a este pobre caballero se le quería levantar con lo que le dio en confianza? Que, si no fuera por su buena diligencia, para siempre se le quedara con ello.

El mercader, que a sus oídos oía estas y otras peores palabras, no tenía tantas bocas o lenguas para poder satisfacer con ellas a tantos, ni era posible abonarse. Quedó tal, que ni sabía si soñaba o si estaba dispierto. Paréceme ahora que se pellizcaría las manos y los brazos para recordar o que le pasaría por la imaginación si había perdido las dos potencias, entendimiento y memoria, y le quedaba la sola voluntad, según lo que había pasado. Él —como dije— tenía mal nombre, que para mi negocio estaba probado la mitad. Y aquesto tienen siempre contra sí los que mal viven: pocos indicios bastan y la hacen plena.

Con esto y con lo que juraron los que allí estaban de los primeros, que, pidiéndole yo mi dinero, dijo que otro día me lo daría, o a mi criado, y cómo luego que volví por él me lo negó. Su criado juró cómo llegué a su tienda y en su presencia le rogué que me guardase tres mil escudos, pero que no sabía si se los di, que a lo escrito se remitía, porque muchas veces faltaba de la tienda y no sabía más de lo dicho. Mi criado juró su verdad, que por su mano los había contado y entregado a el mercader en presencia de otros hombres que no sabía quién eran, porque como forastero no los conoció. Y con la evidencia cierta de todo cuanto dije y ver testadas las partidas, estar la moneda señalada, tener cada talego su bervete de cuyo era, confirmó los ánimos en mi favor, volviéndose con él sin dejarle dar disculpa ni querérsela oír. Ni él tenía ya espíritu para hablar. Porque con su mucha edad y ver una cosa tan espantosa, que no acababa de sospechar qué fuese, se quedó tan robado el color como si estuviera defunto, quedando desmayado por mucho espacio. Ya creyeron ser fallecido; mas volvió en sí como embelesado, y tal, que ya me daba lástima. Empero consolábame que si se finara me hiciera menos falta que su dinero.

No hubo persona de cuantos allí se hallaron que no dijese que se me diesen mis dineros. Yo, como sabía que no bastaba decirlo el vulgo para dármelos, que sólo el juez era parte para podérmelos adjudicar, preveníme de cautela para lo de adelante y, cuando todos a voces

decían: «Suyo es el dinero, dénselo, dénselo», respondía yo: «No lo quiero, no lo quiero; depositense, depositense.» Con esta mayor justificación el bargelo que allí se halló presente sacó el dinero de mal poder y lo puso depositado en un vecino abonado. De donde con poco pleito en breves días me lo entregaron por sentencia, quedándose mi mercader sin ellos y condenado en costas, demás de la infamia general que le quedó del caso.

Después que vi tanto dinero en estas pobres y pecadoras manos, me acordé muchas veces del hurto que Sayavedra me hizo, que, aunque no fue tan poco que para mí no me hubiera hecho grande falta, si aquello no me sucediera tampoco lo conociera ni con este hurto arribara; consolábame diciendo: «Si me quebré la pierna, quizá por mejor; del mal el menos.» A todos nos vino bien, pues yo de allí adelante quedé con crédito y hacienda, más de lo que me pudieron quitar; Sayavedra quedó remediado y Aguilera remendado.

Llevé a mi casa mis dineros con todo el regocijo que podéis pensar, guardélo y arropélo, porque no se arromadizase. Y con ser esto así, aún mi criado no lo acababa de creer, ni tocándole las manos. Parecía todo sueño y no posible haber salido con ello. Santiguábase con ambas manos de mí, porque aunque cuando en Roma me conoció supo mi vida y tratos, teniéndome por de sutil ingenio, no se le alcanzó que pudiera ser tanto y que las mataba él en el aire, pudiendo ser muchos años mi maestro y aun tenerme seis por su aprendiz.

Entonces le dije:

—Amigo Sayavedra, ésta es la verdadera ciencia, hurtar sin peligrar y bien medrar. Que la que por el camino me habéis predicado ha sido Alcorán de Mahoma. Hurtar una saya y recibir cien azotes, quienquiera se lo sabe: más es la data que el cargo. Donde yo anduviere, bien podrán los de vuestro tamaño bajar el estandarte.

De allí a dos días vino Aguilera por su parte una noche, aunque si no fuera por Sayavedra, yo hiciera con boda y bodigos el alto de Vélez, mas, porque no me tuviese sobre ojos en mala reputación y quedase con algún mal conceto de mí, diciendo que quien mal trato usa con otro también lo usaría con él, no quise por lo menos aventurar lo más.

Díjome que su amo estaba muriéndose del enojo, loco de imaginar cómo pudo ser aquello y aun le pasó por la imaginación no ser otra cosa que obra del demonio. Descontéle cien escudos de los que había recibido ya de su mano, por los diez doblones, y dile lo que a el justo le cupo, conforme a el concierto. Después acometí a darle a Sayavedra su parte, con la de la ganancia de los quinientos escudos, y dijo que allí lo tenía cierto para cuando lo hubiese menester, que, pues él no tenía dónde, lo guardase yo hasta mejor comodidad.

Estuvimos en Milán otros diez o doce días; aunque siempre como asombrados y temerosos, por lo cual fuimos de acuerdo salir de allí para Génova, no dando nunca cuenta de nuestro viaje a persona de las del mundo, ni alguno supo de nuestra boca dónde íbamos, por lo que pudiera suceder. Antes dábamos el nombre para otra parte muy diferente, fabricando negocio a que decíamos importarnos mucho acudir.

Íbame yo paseando por una de las calles de Milán, adonde había tantas y tan variadas cosas y mercaderías, que me tenían suspenso, y acaso vi en una tienda una cadena que vendían a un soldado, a mis ojos la cosa más bella que jamás vieron. Diome tanta codicia, que ya por comprarla, si acaso no se concertasen, o para mandar hacer otra semejante, me llegué a ellos y estúvela mirando, sin dar a entender mi deseo. Y codiciéla tanto, que luego en aquel espacio breve, teniéndola por fina, se me ofreció traza como llevármela de camino y sin pesadumbre.

Atento estuve al concierto, y tan vil era el precio de que se trataba, que creí ser de sola su hechura; mas, como no se concertasen, comencé luego mi enredo preguntando lo que valía y lo que pesaba. El mercader se rió de oírme y dijo:

—Señor, esto no se vende a peso; sino así como está, un tanto por toda.

En sola esta palabra conocí ser falsa y pareciéndome mucha bajeza por cosa tan poca gastar almacén y traza que pudiera después acomodarse mejor en ocasión grave y de

importancia, demás que no se debe arriscar por poco mucho, y, si por ventura yo allí segundaba, diera indicios de haber sido embeleco el pasado, concertéme con él y paguésele con tanto gusto como si fuera pieza de valor.

Y no la estimaba en menos, por lo que con ella interesaba. Que se me representó serme de importancia para lo de adelante. Y luego acordé hacer otra de oro fino de la misma hechura y traza. Fuime a un platero. Hízola tal y tan semejante, que puestas ambas en una mano era imposible juzgarlas, ecepto en el sonido y peso, porque la falsa era más ligera un poco y de sonido campanil; que el oro lo tiene sordo y aplomado. Túvome de toda costa seiscientos y treinta escudos, poco más o menos, y holgara más de que fueran mil, que tanto más me había de valer la otra.

Compré juntamente dos cofrecitos pequeños en que cupiesen a el justo, uno para cada una, en que llevarlas. Y porque aún todavía todas las coyunturas de mi cuerpo me dolían, pareciéndome tener desencasadas las costillas, de la noche buena que me dio el señor mi tío, que la tenía escrita en el alma y aún la tinta no estaba enjuta, viéndome de camino para Génova, dile a Sayavedra parte del mi pensamiento, no contándole lo pasado, más de que, cuando por allí pasé siendo niño, me hicieron cierta burla, porque no me vieron en el punto que quisieran para honrarse conmigo.

Y en el alma me pesó de haberle dicho aun esto, porque no me hallara en mentira de lo que le había dicho antes. Mas no reparó en ello. Díjele juntamente con ello:

–Si tú, Sayavedra, como te precias fueras, ya hubieras antes llegado a Génova y vengado mi agravio; mas forzoso me será hacerlo yo, supliendo tu descuido y faltas. Y porque también será bien cancelar aquella obligación y pagar deudas, porque la buena obra que me hicieron quede con su galardón bien satisfecha. Demás que para desmentir espías conviene hacer lo que tu hermano y tú hicistes, mudar de vestidos y nombres.

–Paréceme muy bien –dijo Sayavedra–, y digo que quiero heredar el tuyo verdadero, con que poderte imitar y servir. Desde hoy me llamo Guzmán de Alfarache.

–Yo, pues –dije–, me quiero envestir el propio mío que de mis padres heredé y hasta hoy no lo he gozado, porque un don, o ha de ser del Espíritu Santo para ser admitido y bien recibido de los otros, o ha de venir de línea recta; que los dones que ya ruedan por Italia, todos son infamia y desvergüenza, que no hay hijo [de] remendón español que no le traiga. Y si corre allá como acá, con razón se les pregunta: «¿Quién guarda los puercos?» Yo me llamo don Juan de Guzmán y con eso me contento.

Entonces dijo Sayavedra con grande alegría:

–¡Don Juan de Guzmán, vitor, vitor, vitor, a quien tan buena pantorrilla le hace, aqueese sea su nombre! ¡Mal haya el traidor que lo manchare! Quien te lo quitare, hijo, la mi maldición te alcance.

Hice sacar lo necesario para un manteo y sotana de rico gorbarán, con que salimos nuestro camino de Génova.

Capítulo VII

Llega Guzmán de Alfarache a Génova, donde, conocido de sus deudos, lo regalaron mucho

Largo tiempo conservará la vasija el olor o sabor con que una vez fuere llena. Si el curso del mío, las ocasiones y casos, amor y temor no abrieren los ojos a el entendimiento, si con esto no recordare del sueño de los vicios, no me puedo persuadir que puedan fuerzas humanas. Y aunque con estratagemas, trazas y medios, pudiera ser alcanzarlo, no a lo menos con tanta facilidad, que no sea necesario largo discurso, con que haga su elección el hombre, distinguiendo lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto y lo malo de lo bueno. Y ya, cuando a este punto llega, anda el negocio de condición que quien se quisiere ayudar a salir del cenagal, nunca le faltarán buenas inspiraciones del cielo, que favoreciendo los actos de virtud los esfuerza, con que, conocido el error pasado, enmienden lo presente y lleguen a la perfección en lo venidero.

Mas los brutos, que como el toro cierran los ojos y bajan la cabeza para dar el golpe, siguiendo su voluntad, pocas veces, tarde o nunca vendrán en conocimiento de su desventura. Porque como ciegos no quieren ver, son sordos a lo que no quieren oír ni que alguno les inquiete su paso. Huelgan irse paseando por la senda de su antojo, pareciéndoles larga, que no tiene fin o que la vida no tiene de acabarse, cuya bienaventuranza consiste sólo en aquella idolatría.

Son gente de ancha vida, de ancha conciencia, quieren anchuras y nada estrecho. Saben bien que hacen mal y hacen mal por no hacer bien. Danse para lo que quieren por desentendidos y no ignoran que se les va gastando la cuerda, estrechándose la salida y que al cabo hay eternos despeñaderos. Mas como vemos a Dios las manos enclavadas y dolorosas, parécenos que le lastimará mucho cuando quiera lastimarnos.

Dicen los tontos entre sí: «Nada nos duele, salud tenemos, dinero no falta, la casa está proveída: durmamos agora, holguémonos lo poco que nos cabe, tiempo hay, no es necesario caminar tan apriesa quitándonos la vida que Dios nos da.» Dilátanlo una hora y pasa un día; pásase otro día, vase la semana, el mes corre, vuela el año, y no llega este «cuando», que aun si llegase bien sería, no llegaría tarde. Aquesta es la deuda de quien se dijo que se cobra en tres pagas; empero págase la pena, cuando se nos hace cierta, cruel y presto.

¿Quién considera un logrero, que, olvidado de Dios, no piensa que lo hay, sino en aquella vil ganancia? ¿Quién ve un deshonesto, que con aquel torpe apetito adora lo que más presto aborrece y allí busca su gloria donde conoce su tormento? ¿Un glotón, un soberbio, hijo de Lucifer, más que Diocleciano cruel, acostumbrado a martirizar inocentes, agraviando justos y persiguiendo a los virtuosos? ¿Un murmurador sin provecho, que, pensando hacer en sí, deshace a los otros y escarba la gallina siempre por su mal? Son los murmuradores como los ladrones y fulleros.

El hombre honrado, rico y de buena vida no hurta, porque vive contento con la merced que Dios le ha hecho. Con su hacienda pasa, della come y se sustenta. Suelen decir los tales: «Yo, señor, tengo lo necesario para mí y aun puedo dar a otros.» Hacen honra desto, diciendo sobrarles que poder dar.

El fullero ladrón hurta, porque con aquello pasa; como no lo tiene, trata de quitarlo a otros, dondequiera que lo halla. Desta manera, el noble tiene para sí la honra que ha menester y aun para poder honrar a otros, y el murmurador se sustenta de la honra de su conocido, quitándole y desquilatándole della cuanto puede, porque le parece que, si no lo hurta de otros, no tiene de dónde haberlo para sí.

¡Gran lástima es que críe la mar peces lenguados y produzca la tierra hombres deslenguados! Pues un hipócrita, de los que dicen que tienen ya dada carta de pago a el

mundo y son como los que juegan a la pelota, dan con ella en el suelo de bote, para que se les vuelva luego a la mano y, dándoles de voleo, alarguen más la chaza o ganen quince. Desventurados dellos, que, haciendo largas oraciones con la boca, con ella se comen las haciendas de los pobres, de las viudas y huérfanos. Por lo cual será Dios con ellos en largo juicio. Suele ser el hipócrita como una escopeta cuando está cargada, que no se sabe lo que tiene dentro y, en llegándole muy poquito fuego, una sola centella despide una bala que derriba un gigante. Así con pequeña ocasión descubre lo que tiene oculto dentro del alma. Derrenegad siempre de unos hombres como unos perales enjutos, magros, altos y desvaídos, que se les cae la cabeza para fingirse santos. Andan encogidos, metidos en un ferreruelo raído, como si anduviesen amortajados en él. Son idiotas de tres altos y quieren con artificio hacernos creer que saben. Hurtan cuatro sentencias, de que hacen plato, vendiéndolas por suyas. Fingen su justicia por la de Trajano; su santidad, de San Pablo; su prudencia, de Salamón; su sencillez, de San Francisco, y debajo desta capa suele vivir un mal vividor. Traen la cara marcilenta y las obras afeitadas, el vestido estrecho y ancha la conciencia, un «en mi verdad» en la boca y el corazón lleno de mentiras, una caridad pública y una insaciable avaricia secreta. Manifiéstanse ayunos, así de manjares como de bienes temporales, con una sed tan intensa que se sorberán la mar y no quedarán hartos. Todo dicen serles demasiado y con todo no se contentan. Son como los dátiles: lo dulce afuera, la miel en las palabras y lo duro adentro en el alma. Grandísima lástima se les debe tener por lo mucho que padecen y lo poco de que gozan, condenándose últimamente por sola una caduca vanidad en ser acá estimados. De manera que ni visten a gusto ni comen con él; andan miserables, afligidos, marchitos, sin poder nunca decir que tuvieron una hora de contento, aun hasta las conciencias inquietas y los cuerpos con sobresalto. Que, si lo que desta manera padecen, como lo hacen por sólo el mundo y lo exterior en él para sólo parecer, lo hicieran por Dios para más merecer y por después no padecer, sin duda que vivirían aun con aquello alegres en esta vida y alegres irían a gozar de la eterna.

Digamos algo de un testigo falso, cuya pena deja el pueblo amancillado y a todos es agradable gustando de su castigo por lo grave de su delito. ¡Que por seis maravedís haya quien jure seis mil falsedades y quite seiscientas mil honras o interés de hacienda, que no son después poderosos a restituir! ¡Y que de la manera que los trabajadores y jornaleros acuden a las plazas deputadas para ser de allí conducidos a el trabajo, así acuden ellos a los consistorios y plazas de negocios, a los mismos oficios de los escribanos, a saber lo que se trata, y se ofrecen a quien los ha menester! No sería esto lo peor, si no los conservasen allí los ministros mismos para valerse dellos en las ocasiones y para las causas que los han menester y quieren probar de oficio. No es burla, no encarecimiento ni miento. Testigos falsos hallará quien los quisiere comprar; en conserva están en las boticas de los escribanos. Váyanlos a buscar en el oficio de N. Ya lo quise decir; mas todos lo conocen. Allí los hay como pasteles, conforme los buscaren, de a cuatro, de a ocho, de a medio real y de a real. Empero, si el caso es grave, también los hay hechizos, como para banquetes y bodas, de a dos y de a cuatro reales, que depondrán, a prueba de moxquete, de ochenta años de conocimiento. Como lo hizo en cierta probanza de un señor un vasallo suyo, labrador, de corto entendimiento, el cual, habiéndole dicho que dijese tener ochenta años, no entendió bien y juró tener ochocientos. Y aunque, admirado el escribano de semejante disparate, le advirtió que mirase lo que decía, y respondió: «Mirá vos cómo escrebís y dejad a cada uno tener los años que quisiere, sin espulgarne la vida.» Después, haciéndose relación deste testigo, cuando llegaron a la edad, parecióles error del escribano y quisieronle por ello castigar; mas él se desculpó diciendo que cumplió en su oficio, en escribir lo que dijo el testigo. Que, aunque le advirtió dello, se volvió a ratificar diciendo tener aquella edad, que así lo pusiese. Hicieron los jueces parecer el testigo personalmente, y preguntándole que por qué había jurado ser de ochocientos años, respondió: «Porque así conviene a servicio de Dios y del Conde, mi señor.» Testigos falsos hay: las plazas están llenas, por dinero se compran y, el que los quisiere de balde, busque

parientes encontrados, que por sustentar la pasión dirá contra toda su generación, y déstos nos libre Dios, que son los que más nos dañan.

Dejémoslos y vengamos a los de mi oficio y a la cofadría más antigua y larga. Porque no quiero que digas que tuve para los otros pluma y me quise quedar en el tintero, dejando franca mi puerta. Que a fe que tengo de dar buenas aldabadas en ella y no quedarme descansando a la sombra ni holgando en la taberna.

Un ladrón ¿qué no hará por hurtar? Digo ladrón a los pobres pecadores como yo; que con los ladrones de bien, con los que arrastran gualdrapas de terciopelo, con los que revisten sus paredes con brocados y cubren el suelo con oro y seda turquí, con los que nos ahorcan a nosotros no hablo, que somos inferiores dellos y como los peces, que los grandes comen a los pequeños. Viven sustentados en su reputación, acreditados con su poder y favorecidos con su adulación, cuyas fuerzas rompen las horcas y para quien el esparto no nació ni galeras fueron fabricadas, ecepto el mando en ellas de quien podría ser que nos acordásemos algo en su lugar, si allá llegáremos, que sí llegaremos con el favor de Dios.

Vamos agora llevando por delante los que importa que no se queden, los tales como yo y mi criado. No se ha de dar puntada en los que roban la justicia, pues no los hay ni lo tal se sabe. Mas por ventura si alguno lo ha hecho, ya se lo dijimos en la primera parte. No del regidor, de quien también hablamos, que no es de importancia ni de sustancia su negocio, pues fuera de sus estancos y regatonerías, todo es niñería.

Dirán algunos: «Tal eres tú como ellos, pues quieres encubrir sus mentiras, engaños y falsedades. Que, si se preguntase qué hacienda tiene micer N., dirían: 'Señor, es un honrado regidor.' ¿No más de regidor? ¿Pues cómo come y se sustenta con sólo el oficio, que no tiene renta, sustentando tanta casa, criados y caballos?»

Bueno es eso, bien parece que no lo entendéis. Verdad es que no tiene renta, pero tiene renteros, y ninguno lo puede ser sin su licencia, pagándole un tanto por ello, lo cual se le ha de bajar de la renta que pone, rematándosela por mucho menos.

¿Por qué no dices lo que sabes desto y que, si alguno se atreve a hablar o pujar contra su voluntad, lo hacen callar a coces y no lo dejarán vivir en el mundo, porque como poderosos luego les buscan la paja en el oído y a diestro y a siniestro dan con ellos en el suelo, y que son como las ventosas, que, donde sienten que hay en qué asir, se hacen fuertes y chupan hasta sacar la sustancia, sin que haya quien de allí las quite, hasta que ya están llenas? Di ¿cómo nadie lo castiga?

Porque a los que tratan dello les acontece lo que a las ollas que ponen llenas de agua encima del fuego, que apenas las calienta, cuando rebosa el agua por encima y mata la lumbre. ¿Has entendídome bien? O porque tienen ángel de guarda, que los libra en todos los trabajos del percuciente.

Di también –pues no lo dijiste– que si a los tales, después de ahorcados les hiciesen las causas, dirían contra ellos aquellos mismos que andan a su lado y agora con el miedo comen y callan. Di sin rebozo que, por comer ellos de balde o barato, carga sobre los pobres aquello y se les vende lo peor y más caro. Acaba ya, di en resolución, que son como tú y de mayor daño, que tú dañas una casa y ellos toda la república.

¡Oh qué gentil consejo que me das ése, amigo mío! ¡Tómalo tú para ti! ¿Quieres por ventura sacar las brasas con la mano del gato? Dilo, si lo sabes; que lo que yo supe ya lo dije y no quiero que conmigo hagan lo que dices que con los otros hacen. Basta que contra la decencia de su calidad y mayoría me alargue más de lo lícito, sin que de nuevo quieras obligarme a espulgarles las vidas, no siendo de provecho. Si acá en Italia corre de aquea manera, gracias a Dios que me voy a España, donde no se trata de semejante latrocinio.

Bien sé yo cómo se pudiera todo remediar con mucha facilidad, en aumento y de consentimiento de la república, en servicio de Dios y de sus príncipes; mas ¿heme yo de andar tras ellos, dando memoriales, y, cuando más y mejor tenga entablado el negocio, llegue de

través el señor don Fulano y diga ser disparate, porque le tocan las generales y dé con su poder por el suelo con mi pobreza? Más me quiero ir a el amor del agua lo poco que me queda.

Por decir verdades me tienen arrinconado, por dar consejos me llaman pícaro y me los despiden. Allá se lo hayan. Caminemos con ello como lo hicieron los pasados, y rueguen a Dios los venideros que no se les empeore. Diré aquí solamente que hay sin comparación mayor número de ladrones que de médicos y que no hay para qué ninguno se haga santo, escandalizándose de oír mentar el nombre de ladrón, haciéndole ascos y deshonorándolos, hasta que se pregunte a sí mismo, por aquí o por allí, qué ha hurtado en esta vida, y para esto sepa que hurtar no es otro que tener la cosa contra la voluntad ajena de su dueño.

No se me da más que ya no lo sepa como que lo dé con su mano, si es por más no poder o por allí redimir la vejación. Comencélo desde la niñez, aunque no siempre lo usé. Fui como el árbol cortado por el pie, que siempre deja raíces vivas, de donde a cabo de largos años acontece salir una nueva planta con el mismo fruto. Ya presto veréis cómo me vuelvo a hacer mis buñuelos. El tiempo que dejé de hurtar, estuve violentado, fuera de mi centro, con el buen trato; agora doy a el malo la vuelta.

Cuando muchado, estaba curtido y cursado en alzar con facilidad y buena maña cualquiera cosa mal puesta. Después, ya hombre, a los principios me parecía estar gotoso de pies y manos, torpe y mal diestro; mas en breve volví en mis carnes. Continuélo de manera, preciábame dello tanto como de sus armas el buen soldado y el jinete de su caballo y jaeces. Cuando había dudas, yo las resolvía; si se buscaban trazas, yo las daba; en los casos graves, yo presidía. Oíanse mis consejos como respuestas de un oráculo, sin haber quien a mis preceptos contradijese ni a mis órdenes replicase. Andaban tras de mí más praticantes que suelen acudir al hospital de Zaragoza ni en Guadalupe. Usábalo a tiempo y con intermitencias, como fiebres. Porque cuando todo me faltaba, esto me había de sobrar. En la bolsa me lo hallaba, como si lo tuviera colgado del cuello en la cadenita del embajador mi señor, que aún la escapé de peligro mucho tiempo. Era tan proprio en mí como el risible, y aun casi quisiera decir era indeleble, como carácter, según estaba impreso en el alma. Pero, cuando no lo ejercitaba, no por eso faltaba la buena voluntad, que tuve siempre prompta.

Salimos de Milán yo y Sayavedra bien abrigados y mejor acomodados de lo necesario, que cualquiera me juzgara por hombre rico y de buenas prendas. Mas cuántos hay que podrían decir: «Comé, mangas, que a vosotras es la fiesta.» Tal juzgan a cada uno como lo ven tratado. Si fueres un Cicerón, mal vestido serás mal Cicerón; menospreciarante y aun juzgarante loco. Que no hay otra cordura ni otra ciencia en el mundo, sino mucho tener y más tener; lo que aquesto no fuere, no corre.

No te darán silla ni lado cuando te vieren desplumado, aunque te vean revestido de virtudes y ciencia. Ni se hace ya caso de los tales. Empero, si bien representares, aunque seas un muladar, como estés cubierto de yerba, se vendrán a recrear en ti. No lo sintió así Catulo, cuando viendo Nonio en un carro triunfal, dijo: «¿A qué muladar lleváis ese carro de basura?» Dando a entender que no hacen las dinidades a los viciosos. Pero ya no hay Catulos, aunque son muchos los Nonios. Cuando fueres alquimia, eso que reluciere de ti, eso será venerado. Ya no se juzgan almas ni más de aquello que ven los ojos. Ninguno se pone a considerar lo que sabes, sino lo que tienes; no tu virtud, sino la de tu bolsa; y de tu bolsa no lo que tienes, sino lo que gastas.

Yo iba bien apercebido, bien vestido y la enjundia de cuatro dedos en alto. Cuando a Génova llegué, no sabían en la posada qué fiesta hacerme ni con qué regalarme. Acordéme de mi entrada, la primera que hice, y cuán diferente fui recebido y cómo de allí salí entonces con la cruz a cuestas y agora me reciben las capas por el suelo.

Apeámonos, diéronme de comer, estuve aquel día reposando, y otro por la mañana me vestí a lo romano, de manteo y sotana, con que salí a pasear por el pueblo. Mirábanme todos como a forastero, y no de mal talle. Preguntábanle a mi criado que quién era. Respondía:

«Don Juan de Guzmán, un caballero sevillano.» Y cuando yo los oía hablar, estirábame más de pescuezo y cupiéranme diez libras más de pan en el vientre, según se me aventaba.

Decíales que venía de Roma. Preguntábanle si era muy rico, porque me vían llegar allí muy diferente que a otros. Porque los que van a la corte romana y a otras de otros príncipes acostumbran ser como los que van a la guerra, que todo les parece llevarlo negociado y hecho, con lo cual suelen alargarse a gastar por los caminos y en la corte misma, hasta que la corte les deja de tal corte, que todo su vestido lo parece de calzas viejas. Después vuelven cansados, desgustados y necesitados, casi pidiendo limosna. Pasan gallardos y, como los atunes, gordos, muchos y llenos; mas, después que desovan, vuelven pocos, flacos y de poco provecho.

Preguntábanle también si había de residir allí algunos días o si venía de paso. A todo respondía que era hijo de una señora viuda rica, mujer que había sido de cierto caballero ginovés y que había venido allí a esperar unas letras y despachos para volverse otra vez a Roma y en lo ínterin gustaba de ver a Génova, porque no sabía cuándo sería su vuelta o por dónde ni si tendría tiempo de poderla volver a ver.

Era la posada de las mejores de la ciudad y adonde acudían de ordinario gente principal y noble. Allí estuvimos holgando y gastando, sin besar ni tocar en cosa de provecho. Empero, con estar parados, ganábamos mucha tierra. No está siempre dando el reloj; que su hora hace y poco a poco aguarda su tiempo. Algunas veces los huéspedes y yo jugábamos de poco, sin valerme de más que de mi fortuna y ciencia, sin ser necesaria la tercería de Sayavedra. Que aquello no solía salir sino con el terno rico, a fiestas dobles. Que, cuando la pérdida o ganancia no había de ser de mucha consideración, era muy acertado andar sencillo. Empero deste modo iba continuamente con pie de plomo, conociendo el naípe: si no me daba y acudía mal, dejábalo con poca pérdida; mas, cuando venía con viento favorable, nunca dejé de seguir la ganancia hasta barrerlo todo.

Como ganase un día poco más de cien escudos y hubiese halládose a mi lado un capitán de galera, de quien sentí haberse aficionado a mi juego y holgádose de la ganancia, y que no andaba tan sobrado que se hallase libre de necesidad, volví la mano y dile seis doblones de a dos, que seis mil se le hicieron en aquella coyuntura. Tiempos hay que un real vale ciento y hace provecho de mil. Quedóme tan reconocido, cual si la gracia hubiera sido mayor o de más momento.

Sucedíome muy bien, porque desde que dél entendí a lo cierto su dolencia, se me representó mi remedio, y hallé haber sido aguja de que había de sacar una reja. Mi hacienda hice. De balde compra quien compra lo que ha menester. A los más de la redonda también repartí algunos escudos, por dejarlos a mi devoción y contentos a todos.

Con lo cual, viéndome afable, franco y dadivoso, me acredité de manera que les compré los corazones, ganándoles los ánimos. Que quien bien siembra, bien coge. Yo aseguro que cualquiera de todos cuantos conmigo trataban pusiera su persona en cualquier peligro para defensa de la mía. Y quedaba yo tan ufano, tan ligera la sangre y dulce, que se me rasaban los ojos de alegría.

Este capitán se llamaba Favelo, no porque aqueste fuese su nombre propio, sino por habérselo puesto cierta dama que un tiempo sirvió, y siempre lo quiso conservar en su memoria, de su hermosura y malogramiento, cuya historia me contó, de la manera con que della fue regalado, su discreción, su bizarría. Todo lo cual, con el cebo de falsas apariencias, quedó sepultado en un desesperado tormento de celos, necesidad y brutal trato. Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado. Supliquéle se sirviese de mi persona y mesa y, aunque aquesta no le faltaba, lo acetó por mi solo gusto.

Siempre lo procuré conservar y obligar. Llevábame a su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad, que si la mía fuera en seguimiento de la virtud, allí había hallado puerto; mas todo yo era embeleco. Siempre hice zanja firme para

levantar cualquier edificio. Comunicábamonos muy particulares casos y secretos; empero que de la camisa no pasasen adentro, porque los del alma sólo Sayavedra era dueño dellos.

Acá entre nosotros corrían cosas de amores: el paseo que di, el favor que me dio, la vez que la hablé y cosas a éstas semejantes, que no llegasen a fuego. Que no los amigos todos lo han de saber todo. Los llamados han de ser muchos; los escogidos pocos, y uno solo el otro yo.

Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, valiente, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de un tan valeroso capitán, soldado de amor y por quien siempre padeció pobreza; que nunca prendas buenas dejaron de ser acompañadas della. Yo, como sabía su necesidad, por todas vías deseaba remediársela y rendirlo. Tan buena maña me di con él y los más que traté, que a todos los hacía venir a la mano y a pocos días creció mi nombre y crédito tanto, que con él pudiera hallar en la ciudad cualquiera cortesía. Con esto por una parte, mis deseos antiguos de saber de mí, por no morir con aquel dolor, habiendo andado por aquellas partes —en especial considerando que con las buenas mías y las de la persona pudiera quien se fuera tenerse por honrado emparentando conmigo—, y los de perversa venganza que me traían inquieto, a pocas vueltas hallé padre y madre y conocí todo mi linaje. Los que antes me apedrearon, ya lo hacían quistión sobre cuál me había de llevar a su casa primero, haciéndome mayor fiesta.

En sólo el día primero que hice diligencia me vine a hallar con más deudos que deudas, y no lo encarezco poco. Que ninguno se afrenta de tener por pariente a un rico, aunque sea vicioso, y todos huyen del virtuoso, si hiede a pobre. La riqueza es como el fuego, que, aunque asiste en lugar diferente, cuantos a él se acercan se calientan, aunque no saquen brasa, y a más fuego, más calor. Cuántos veréis al calor de un rico, que, si les preguntasen «¿Qué hacéis ahí?», dirían «Aquí no hago cosa de sustancia». Pues, ¿danos alguna cosa, sacáis algo de andaros hecho quitapelillo, congraciador, asistente de noche y de día, perdiendo el tiempo de ganar de comer en otra parte? «Señor, es verdad que de aquí no saco provecho; pero véngome aquí al calor de la casa del señor N., como lo hacen otros.» Los otros y vos decíme quién sois, que no quiero que os quejéis que os llamo yo necios.

Ahora bien, acercáronseme muchos, cada cual ofreciéndose conforme a el grado con que me tocaba, y tal persona hubo que para obligarme y honrarse conmigo alegó vecindad antigua desde bisabuelos.

Quise por curiosidad saber quién sería el buen viejo que me hizo la burla pasada y, para hacerlo sin recelo ajeno, pregunté si mi padre había tenido más hermanos y si dellos alguno estaba vivo, porque siempre creí ser aquél tío mío. Dijéronme que sí, que habían sido tres, mi padre y otros dos: el de en medio era fallecido, empero que el mayor de todos era vivo y allí residía. Dijéronme ser un caballero que nunca se había querido casar, muy rico y cabeza de toda la casa nuestra. Diéronme señas dél, por donde lo vine a conocer. Dije que le había de ir a besar las manos otro día; mas, cuando se lo dijeron y mi calidad, aunque ya muy viejo, mas como pudo con su bordón, vino a visitarme, rodeado de algunos principales de mi linaje.

Luego lo reconocí, aunque lo hallé algo decrepito por la mucha edad. Holguéme de verlo y pesábame ya hallarlo tan viejo; quisiéralo más mozo, para que le durara más tiempo el dolor de los azotes. Yo hallo por disparate cuando para vengarse uno de otro le quita la vida, pues acabando con él, acaba el sentimiento. Cuando algo yo hubiera de hacer, sólo fuera como lo hice con mis deudos, que no me olvidarán en cuanto vivan y con aquel dolor irán a la tierra. Deseaba vengarme dél y que por lo menos estuviera en el estado mismo en que lo dejé, para en el mismo pagarle la deuda en que tan sin causa ni razón se quiso meter conmigo.

Hízome muchos ofrecimientos con su posada; empero aun en sólo mentármela se me rebotaba la sangre. Ya me parecía picarme los murciélagos y que salían por debajo de la cama la marimanta y cachidiablos como los pasados. No, no, una fue y llevósela el gato ya, dije. Sólo Sayavedra me podrá hacer otra; empero no por su bien. Empero después dél, a quien me hiciera la segunda, yo se la perdono.

Hablamos de muchas cosas. Preguntóme si otra vez o cuándo había estado en Génova. «¿Esas tenéis? –dije–. Pues por ahí no me habéis de coger.» Neguésele a pie juntillo; sólo le dije que habría como tres años, poco menos, que había por allí pasado, sin poder ni quererme detener más de a hacer noche, a causa de la mucha diligencia con que a Roma caminaba en la pretensión de cierto beneficio.

Díjome luego con mucha pausa, como si me contara cosas de mucho gusto:

–Sabed, sobrino, que habrá como siete años, poco más o menos, que aquí llegó un mozuelo picarillo, al parecer ladrón o su ayudante, que para poderme robar vino a mi casa, dando señas de mi hermano que está en gloria, y de vuestra madre, diciendo ser hijo suyo y mi sobrino. Tal venía y tal sospechamos dél, que, afrentados de su infamia, lo procuramos aventar de la ciudad y así se hizo con la buena maña que para ello nos dimos. Él salió de aquí huyendo, como perro con vejiga, sin que más lo viésemos ni dél se supiese muerto ni vivo, como si se lo tragara la tierra. De la vuelta que le hice dar me acuerdo que se dejó la cama toda llena de cera de trigo: ella fue tal como buena, para que con el miedo de otra peor huyese y nos dejase. Y pues quería engañarnos, me huelgo de lo hecho. Ni a él se le olvidará en su vida el hospedaje, ni a mí me queda otro dolor que haberme pesado de lo poco.

Refirióme lo pasado con grande solemnidad, la traza que tuvo, cómo no le quiso dar de cenar y sobre todas estas desdichas lo mantearon. Yo pobre, como fui quien lo había padecido, pareció que de nuevo me volvieron a ello. Abrióronseme las carnes, como el muerto de herida, que brota sangre fresca por ella si el matador se pone presente. Y aun se me antojó que las colores del rostro hicieron sentimiento, quedando de oírlo solamente sin las naturales mías. Disimulé cuanto pude, dando filos a la navaja de mi venganza, no tanto ya por la hambre que della tenía por lo pasado, cuanto por la jatancia presente, que se gloriaba della. Que tengo a mayor delito, y sin duda lo es, preciarse del mal, que haberlo hecho.

Pudriendo estaba con esto y díjele:

–No puedo venir en conocimiento de quién puede haber sido ese muchacho que tanto deseaba tener parientes honrados. En obligación le quedamos, cuando acaso sea vivo y escapase con la vida de la Roncesvalles, que entre tanta nobleza nos escogió para honrarse de nosotros. Y si a mi puerta llegara otro su semejante, lo procuraría favorecer hasta enterarme de toda la verdad, que casos hay en que aun los hombres de mucho valor escapan de manera que aun de sí mismos van corridos, y ese rapaz, después de conocido, lo hiciera con él según él hubiera procedido consigo mismo. Porque la pobreza no quita virtud ni la riqueza la pone. Cuando no fuera tal ni a mi propósito, procuráralo favorecer y de secreto lo ausentara de mí y, cuando en todo rigor mi deudo no fuera, estimara su elección.

–Andad, sobrino –dijo el viejo–, como nunca lo vistes, decís eso; yo estoy contentísimo de haberlo castigado y, como digo, me pesa, si dello no acabó, que no le di cumplida pena de su delito, pues tan desnudo y hecho harapos quiso hacerse de nuestro linaje. Pues que no trujo vestido de bodas, llévese lo que le dieron.

–En ese mismo tiempo –dije– yo estaba con mi madre allá en Sevilla y no son tres años cumplidos que la dejé. Nací solo, no tuvieron mis padres otro.

Aun aquí se me salió de la boca que tuve dos padres y era medio de cada uno; mas volvílo a emendar, prosiguiendo:

–Dejóme de comer el mío; aunque no tanto que me alargue a demasías, ni tan poco que bien regido me pudiera faltar. No me puedo preciar de rico ni lamentar pobre. Demás que mi madre siempre ha sido mujer prudente, de gran gobierno, poco gastadora y gran casera.

Holgáronse de oírme los presentes y no sabían en qué santuario ponerme ni cómo festejarme, ni se tenía por bueno el que no me daba su lado derecho y entre dos el medio.

Entonces dije conmigo mismo entre mí: «¡Oh vanidad, cómo corres tras los bien afortunados en cuanto goza de buen viento la vela; que si falta, harán en un momento mil mudanzas! ¡Y cómo conozco de veras que siempre son favorecidos aquellos todos de quien se

tiene alguna esperanza que por algún camino pueden ser de algún provecho! ¡Y por la misma razón qué pocos ayudan a los necesitados y cuántos acuden favoreciendo la parte del rico! Somos hijos de soberbia, lisonjeros; que, si lo fuéramos de la amistad y caritativos, acudiéramos a lo contrario. Pues nos consta que gusta Dios que como propios cada uno sienta los trabajos de su prójimo, ayudándole siempre de la manera que quisiéramos en los nuestros hallar su favor.»

Yo era el ídolo allí de mis parientes. Había comprado de una almoneda una vajilla de plata, que me costó casi ochocientos ducados, no con otro fin que para hacer mejor mi herida. Convidélos a todos un día, y a otros amigos. Híceles un espléndido banquete, acariciélos, jugamos, gané y todo casi lo di de barato. Y con esto los traía por los aires. Quién les dijera entonces a su salvo: «Sepan, señores, que comen de sus carnes, en el ható está el lobo, presente tienen el agraviado, de quien se sienten agradecidos. ¡Ah! si le conociesen y cómo le harían cruces a las esquinas, para no doblárselas en su vida. Porque les va mullendo los colchones y haciendo la cama, donde tendrán mal sueño y darán más vueltas en el aire que me hicieron dar a mí sobre la manta, con que se acordarán de mí cuanto yo dellos, que será por el tiempo de nuestras vidas. Ya mi dolor pasó y el suyo se les va recentando. Si bien conociesen al que aquí está con piel de oveja, se les haría león desatado. Bien está, pues pagarme tienen lo poco en que me tuvieron y lo que despreciaron su misma sangre. Gran añagaza es un buen coram vobis, gallardo gastador, galán vestido y don Juan de Guzmán. Pues a fe que les hubiera sido de menos daño Guzmán de Alfarache con sus harrapiezcos, que don Juan de Guzmán con sus gayaduras.»

Muchas caricias me hacían; mas yo el estómago traía con bascas y revuelto, como mujer preñada, con los antojos del deseo de mi venganza, que siempre la pensada es mala. Estudiábala de propósito, ensayándome muy de mi espacio en ella, y en este virtuoso ejercicio eran entonces mis nobles entretenimientos, para mejor poder después obrar. Que fuera gran disparate haber hecho tanto preparamento sin propósito, y es inútil el poder cuando no se reduce al acto. Paso a paso esperaba mi coyuntura. Que cada cosa tiene su «cuando» y no todo lo podemos ejecutar en todo tiempo. Que demás de haber horas menguadas, hay estrellas y planetas desgraciados, a quien se les ha de huir el mal olor de la boca y guardárseles el viento, para que no pongan a el hombre adonde todos le den.

Así aguardé mi ocasión, pasando todos los días en festines, fiestas y contentos, ya por la marina, ya por jardines curiosísimos que hay en aquella ciudad y visitando bellísimas damas. Quisiéronme casar mis deudos con mucha calidad y poca dote. No me atreví, por lo que habrás oído decir por allá y huyendo de que a pocos días habíamos de dar con los huevos en la ceniza. Mostréme muy agradecido, no acetando ni repudiando, para poderlos ir entreteniendo y mejor engañando, hasta ver la mía encima del hito. Que cierto entonces con mayor facilidad se hiere de mazo, cuando el contrario tiene de la traición menos cuidado y de sí mayor seguridad.

Capítulo VIII

Deja robados Guzmán de Alfarache a su tío y deudos en Génova, y embárcase para España en las galeras

Nunca debe la injuria despreciarse ni el que injuria dormirse, que debajo de la tierra sale la venganza, que siempre acecha en lo más escondido della. De donde no piensan suele saltar la liebre. No se confíen los poderosos en su poder ni los valientes en sus fuerzas, que muda el tiempo los estados y trueca las cosas. Una pequeña piedra suele trastornar un carro grande, y cuando a el ofensor le parezca tener mayor seguridad, entonces el ofendido halla mejor comodidad. La venganza ya he dicho ser cobardía, la cual nace de ánimo flaco, mujeril, a quien solamente compete. Y pues ya tengo referido de algunos y de muchos que han eternizado su nombre despreciándola, diré aquí un caso de una mujer que mostró bien serlo.

Una señora, moza, hermosa, rica y de noble linaje, quedó viuda de un caballero igual suyo, de sus mismas calidades. La cual, como sintiese discretamente los peligros a que su poca edad la dejaba dispuesta cerca de la común y general murmuración –que cada uno juzga de las cosas como quiere y se le antoja y, siendo sólo un acto, suelen variar mil pareceres varios, y que no todas veces las lenguas hablan de lo cierto ni juzgan de la verdad–, pareciéndole inconveniente poner sus prendas a juicio y su honor en disputa, determinóse a el menor daño, que fue casarse.

Tratábanle dello dos caballeros, iguales en pretender, empero desiguales en merecer. El uno muy de su gusto, según deseaba, con quien ya casi estaba hecho, y el otro muy aborrecido y contrario a lo dicho, pues, demás de no tener tanta calidad, tenía otros achaques para no ser admitido, aun de señora de muy menos prendas. Pues como con el primero se hubiese dado el sí de ambas las partes, que sólo faltaba el efeto, viendo el segundo su esperanza perdida y rematada, su pretensión sin remedio y que ya se casaba la señora, tomó una traza luciferina, con perversos medios para dar un salto con que pasar adelante y dejar a el otro atrás.

Acordó levantarse un día de mañana y, habiendo acechado con secreto cuándo se abriese la casa de la desposada, luego, sin ser sentido, se metió en el portal, estándose por algún espacio detrás de la puerta, hasta parecerle que ya bullía la gente por la calle y todas las más casas estaban abiertas. Entonces, fingiendo salir de la casa, como si hubieran dormido aquella noche dentro della, se puso en medio del umbral de la puerta, la espada debajo del brazo, haciendo como que se componía el cuello y acabándose de abrochar el sayo. De manera que cuantos pasaron y lo vieron, creyeron por sin duda ser él ya el verdadero desposado y haber gozado la dama.

Cuando tuvo esto en buen punto, se fue poco a poco la calle adelante hasta su posada. Esto hizo dos veces, y dellas quedó tan público el negocio y tan infamada la señora, que ya no se hablaba de otra cosa ni había quien lo ignorase en todo el pueblo, admirados todos de tal inconstancia en haber despreciado el primer concierto de tales ventajas y hecho elección del otro, que tan atrasado y con tanta razón lo estaba.

Pues como se divulgase haberlo visto salir de aquella manera, medio desnudo, cuando llegó a noticia del primero, tanto lo sintió, tanto enojo recibió y su cólera fue tanta, que, si amaba tiernamente deseándola por su esposa, cruelmente aborreció huyéndola. Y no sólo a ella, mas a todas las mujeres, pareciéndole que, pues la que estimó en tanto, teniéndola por tan buena, casta y recogida, hizo una cosa tan fea, que habría muy pocas de quien fiarse y sería ventura si acertase con una.

Consideró sus inconstancias, prolijidades y pasiones y juntamente los peligros, trabajos y cuidados en que ponían a los hombres. Fue pasando con este discurso en otros adelante, que favorecido del cielo hicieron que, trocado el amor de la criatura en su Criador, se determinase a ser fraile, y así lo puso en obra, entrándose luego en religión.

Cuando a noticia de la señora llegó este hecho y la ocasión por lo que se decía en el pueblo y que ya no era en algún modo poderosa para quitar de su honor un borrón tan feo, sintiólo como mujer tan perdida, que tanto perdió junto, la honra, marido, hacienda y gusto, sin esperarlo ya más tener por aquel camino ni su semejante, sin poder jamás cobrarse. Fue fabricando con el pensamiento la traza con que mejor poder salvar su inocencia ejemplarmente, pareciéndole y considerándose tan rematada como su honestidad y que de otro modo que por aquel camino era imposible cobrarlo, pagando una semejante alevosía con otra no menos y más cruel.

Revistiósele una ira tan infernal y fuele creciendo tanto, que nunca pensó en otra cosa sino en cómo ponerlo en efeto. Líbrenos Dios de venganzas de mujeres agraviadas, que siempre suelen ser tales, cuales aquí vemos esta presente. Lo que primero hizo fue tratar de meterse monja –que aun si aquí parara, hubiera mejor corrido– y, dando parte de sus trabajos y pensamiento a otra muy grande amiga suya del propio monasterio, lo efetuó con mucho secreto.

Luego fue recogiendo dentro del convento todo el principal menaje de su casa, joyas y dineros, anejándole por contratos públicos lo más de su hacienda. Esto hecho, estuvo esperando que se le volviese a tratar del casamiento de aquel caballero su enemigo, el cual a pocos días volvió a ello, dando por disculpa el amor grande que le tenía, por cuya causa desesperado usó de aquellos medios para poder conseguir lo que tanto deseaba. Mas, pues conocía su culpa y haber sido causa del yerro, quería soltar la quiebra ofreciéndose por su marido.

Ella, que otra cosa no deseaba para que su intención saliese a luz y resplandeciese su honor con ello, respondió que, pues el negocio ya no podía tener otro algún mejor medio, acetaba éste. Mas que había hecho un voto, el cual se cumplía dentro de dos meses, poco más, en que no le podría dar gusto, que, si el suyo lo fuese dilatarlo por este tiempo, que lo sería para ella. Empero que si luego quisiese tratar de verlo efetuado, había de ser con la dicha condición y juntamente con esto hacerlo muy de secreto, y tanto cuanto más fuese posible, hasta que pasado el término se pudiese manifestar.

Acetólo el caballero, hallándose por ello el hombre más dichoso del mundo y, prevenido lo necesario, se hicieron con mucho silencio los contratos con que fueron desposados. Estuvieron juntos muy pocos días, entretenido él con la esperanza cierta del bien cierto que ya poseía, y no menos ella con la de su venganza.

Una noche, después de haber cenado, que se fue a dormir el marido, ella entró en el aposento y, sentada cerca dél, aguardó que se durmiese y, viéndolo traspuesto con la fuerza del sueño primero, lo puso en el último de la vida, porque, sacando de la manga un bien afilado cuchillo, lo degolló, dejándolo en la cama muerto. A la mañana temprano salió de su aposento, y diciendo a la gente de su casa que había su esposo tenido mala noche, que nadie lo recordase hasta que fuese su gusto llamar o ella volviese de misa, cerró su puerta y con buena diligencia se fue al monasterio, donde luego recibió el hábito y fue monja, después de lavada su infamia con la sangre de quien la manchó, dando de su honestidad notorio desengaño y de su crueldad terrible muestra.

Viene muy bien acerca desto lo que dijo Fucillos, un loco que andaba por Alcalá de Henares, el cual yo después conocí. Habíale un perro desgarrado una pierna y, aunque vino a estar sano della, no lo quedó en el corazón. Estaba de mal ánimo contra el perro, y viéndolo acaso un día muy estendido a la larga por delante de su puerta, durmiendo a el sol, fuese allí junto a la obra de Sancta María y, cogiendo a brazos un canto cuan grande lo pudo alzar del suelo, se fue bonico a él sin que lo sintiese y dejóselo caer a plomo sobre la cabeza. Pues como se sintiese de aquella manera el pobre perro, con las bascas de la muerte daba muchos aullidos y saltos en el aire, y viéndolo así, le decía: «Hermano, hermano, quien enemigos tiene no duerma.»

Ya otra vez he dicho que siempre lo malo es malo y de lo malo tengo por lo peor a la venganza. Porque corazón vengativo no puede ser misericordioso, y el que no usare de misericordia no la espere ni la tendrá Dios dél. Por la medida que midiere ha de ser medido. Hanlo de igualar con la balanza en que pesare a su prójimo. No se puede negar esto; mas también se me debe confesar que yerran aquellos que, sabiendo la mala inclinación de los hombres, hacen confianza dellos, y más de aquellos que tienen de antes ofendidos: que pocos o ninguno de los amigos reconciliados acontece a salir bueno.

Mucho de Dios ha de tener en el alma el que por solo Él perdonare. Pocos milagros habemos visto por este caso y sólo de uno vi en Florencia el testimonio, fuera de los muros de la ciudad en la iglesia de San Miniato, dentro en la fortaleza, que por ser breve y digno de memoria haré dél relación.

Un gentilhombre florentín, llamado el capitán Juan Gualberto, hijo de un caballero titulado, yendo a Florencia con su compañía, bien armado y a caballo, encontró en el camino con un su enemigo grande, que le había muerto a un su hermano. El cual, viéndose perdido y sujeto, se arrojó por el suelo a sus pies, cruzados los brazos, pidiéndole de merced por Jesucristo crucificado que no lo matase. El Juan Gualberto tuvo tal veneración a las palabras que, compungido de dolor, lo perdonó con grande misericordia. De allí lo hizo volver consigo a Florencia, donde lo llevó a ofrecer a Dios en la iglesia de San Miniato y, puesto delante de un crucifijo de bulto, le pidió Juan Gualberto que así le perdonase sus pecados, con la intención que había él perdonado aquel su enemigo. Viose visiblemente cómo(17), delante de toda la gente de su compañía y otros que allí estaban, el Cristo humilló la cabeza bajándola. Reconocido Juan Gualberto de aquesta merced y cortesía, luego se hizo religioso y acabó su vida santamente. Hoy está el Cristo de la forma misma que puso la humillación y es allí venerado por grandísima reliquia.

Cuando el perdón se hace sin este fundamento, siempre suele dejar un rescoldo vivo que abrasa el alma, solicitándola para venganza. Y aunque cuanto en lo exterior parece ya estar aquel fuego muerto, de tal agua mansa nos guarde Dios, que muchas y aun las más veces queda cubierta la lumbre con la ceniza del engañoso perdón; mas, en soplándola con un poco de ocasión, fácilmente se descubre y resplandecen las brasas encendidas de la injuria.

Por mí lo conozco, que tanto fue lo que siempre me aguijoneaba la venganza, que como con espuelas parecía picarme los ijares como a bestia. ¡Bien bestia!, que no lo es menos el que conoce aqueste disparate. Poníame siempre a los ojos aquel zarandeado de huesos y, reparando en ello, parecía que aún me sonaban como cascabeles. Con esto y con la dulzura que me lo habían contado y malas entrañas con que lo habían hecho, sin pesarles ya de otra cosa, más de haberles parecido poco, me hacía considerar y decir: «¡Oh, hideputa, enemigos, y si a vuestra puerta llegara necesitado, y qué refresco me ofrecierades para pasar mi viaje!»

Causábame cólera y della mucho deseo de pagarme de todos los de la conjuración; y dellos no tanto cuanto del viejo dogmatista como primero inventor y ejecutor que fue della y de mi daño. El tiempo iba pasando y con él trabándose más mis amistades, conociendo y siendo conocido. Tratábase con calor mi casamiento, deseando todos naturalizarme allá con ellos; visitaba y visitábanme; acudían a mi posada mis amigos y yo a la dellos; entraba ya como natural en todas partes y en las casas del juego. En mi posada también solía trabarse, ya perdiendo, ya ganando, hasta una noche que, acudiendo el naípe de golpe, truje a la posada más de siete mil reales, de que dejé tan picados a los contrayentes, que trataron de alargar el juego para la noche siguiente.

No me pesó de que se quisiesen alargar, porque ya yo estaba, como dicen, fuera de cuenta en los nueve meses, que me había dicho el capitán Favelo que se aprestaban las galeras y creía que para pasar a España con mucha brevedad. Esto me traía ya de leva, porque adondequiera que fueran había de ir en ellas; empero no me osaba declarar hasta que hubiesen de salir del puerto. Acetéles el juego, no con otro ánimo que de ir entreteniéndome con ellos largo y estar prevenido para darles, a uso de Portugal, de pancada. Perdí la noche siguiente;

aunque no más de aquello que yo quise, porque ya me aprovechaba de toda ciencia para hacer mi hecho. Andábame con ellos a barlovento y siempre sacándole a mi amigo su barato, porque lo había de ser mucho más para mí.

Pocos días pasaron que, viéndolo triste, le pregunté qué tenía. Y respondiome que sólo sentir mi ausencia, porque sin duda sería el viaje dentro de diez días, a lo más largo, que así tenían la orden. Sus palabras fueron perlas y su voz para mí del cielo, como si otra vez oyera decir: «Abre esa capacha», porque con el porte desta pensaba quedar hecho de bellota.

Y apartándolo a solas, en secreto le dije:

—Señor capitán, sois tan mi amigo, estimo vuestras amistades en tanto, que no sé cómo encarecerlo ni pagarlas. Háseme ofrecido con vuestro viaje todo el remedio de mis deseos, que ya en otra cosa no consiste ni lo espero. Y si hasta este punto no tengo dada de mí la razón que a una fiel amistad se debe, ha sido porque, como tan cierto della, no he querido inquietar vuestro sosiego. Mi venida en esta ciudad no ha sido a verla ni por el mucho gusto y merced en ella recebida, cuanto a deshacer cierto agravio que aquí recibió mi padre, siendo ya hombre mayor, de un mancebo español que aquí reside. Obligóle a dejar la patria, porque, corrido y afrentado, no pudiendo a causa de su mucha edad satisfacerse como debiera, tuvo por menor daño hacer ausencia larga, y con este dolor vivió hasta ser fallecido. No tendrá razón de quejarse de mí quien a las canas de mi padre no tuvo respeto, que su propio hijo lo pierda para él en su venganza. Y porque podría suceder que después de ya satisfecho dél, o con sus deudos o por su dinero, que no le falta, me quisiese hacer algún agravio, querría me diésedes vuestro favor, para que con sólo él y sin riesgo de vuestra persona, pusiésedes en salvo la mía con secreto. Dejaréisme con esto tan obligado, que me tendréis por esclavo eternamente, pues no tengo más honra de cuanta heredé y, si mi padre no la tuvo para dejármela, por habérsela un traidor enemigo quitado, también yo vivo sin ella y me conviene ganarla por mi propio esfuerzo y manos. Que si mis deudos no lo han hecho, ha sido tanto por no perderse, cuanto porque, como luego se ausentó mi padre, todo se quedó sepultado, pareciéndoles menor inconveniente dejarlo así suspenso, que levantar el pueblo ni más publicarlo.

Atento estuvo Favelo a mis palabras y quisiera que se lo remitiera para que, haciéndose parte, como lo es el verdadero amigo, él mismo me dejara satisfecho. Y aunque para ello me importunó, haciendo grande instancia, no se lo quise admitir, diciéndole no ser conveniente ni justo que, siendo la injuria mía, otro se satisficiera della. Que sólo aqueso me sacó de mi tierra, España, y a ella no volvería en cuanto yo mismo no diese a mi enemigo su pago, de tal manera que conociese a quién y por qué lo hizo. Demás que me hacía notorio agravio en creer de mí que me faltaban fuerzas o ánimo para tales casos y tan del alma. Con lo que le dije quedó tan sosegado, que no me volvió a replicar en ello; empero díjome:

—Si algo valgo, si algo puedo, si mi hacienda, vida y honra fuere para vuestro servicio de importancia, todo es vuestro, y si para el resguardo de lo que os podría suceder queréis que yo y mi gente asistamos a la mira, ved lo que mandáis que haga: todo es vuestro y como de tal podréis en ello disponer a vuestro modo. Y tomo a mi cuenta que, una vez puestos pies en galera, no será parte todo el poder de Italia para sacaros del mío, aunque hiciese para ello y fuese forzoso algún gravísimo peligro de mi persona.

—De aqueso y lo demás estoy bien confiado —le dije—; mas creo que no será necesario tanto caudal de presente. Lo uno, porque tengo descuidado a el enemigo, y en parte que sólo con Sayavedra puedo salir con cuanto pretendo. Y esto quedará de modo que, cuando se quiera remediar o me busquen, ya no serán a tiempo de poderme haber a las manos con el favor vuestro. Lo que más me importa saber, para con mayor seguridad salir adelante con lo que se pretende, sólo es tener aviso a el cierto del día que las galeras han de zarpar, porque no pierda tiempo ni ocasión.

Así me lo prometió, y fuemos de acuerdo que poco a poco y con mucho secreto fuese haciendo pasar a galera mis baúles y vestidos con Sayavedra, porque no se aguardase todo para el punto crudo ni fuese necesario en él sino embarcarme.

No cabía en sí Favelo del gusto que recibió cuando supo haberme de llevar consigo. Prevínose de regalos con que poder entretenerme, como si mi persona fuera la del capitán general. Yo llamé a mi criado y díjele lo que me había sucedido, que ya era tiempo de arremangar los brazos hasta los codos, porque teníamos grande amasijo y harta masa para hacer tortas. Apenas hube acabádoselo de decir, cuando ya centelleaba de contento, porque deseaba salir a montar.

Luego se trató en el modo de la venganza y yo le dije:

–La mayor, más provechosa y de menor daño para nosotros es en dinero.

–Eso pido y dos de bola –dijo Sayavedra–, que las cuchilladas presto sanan; pero dadas en las bolsas, tarde se curan y para siempre duelen.

Yo le dije:

–Pues para que todo se comience a disponer de la manera que conviene, lo que agora se ha de hacer es comprar cuatro baúles. Los dos dellos pondrás en galera, en la parte que Favelo te dijere y los otros dos cargarás de piedras. Y sin que alguno sepa lo que traes dentro, los harás meter con mucho tiento en el aposento. Allí los irás envolviendo en unas harpilleras, porque dondequiera que fueren, aunque los traigan rodando, no suenen y vayan bien estibados, no dejándoles algún vacío ni lleven más peso de aquel que te pareciere conveniente, o satisfacer a seis arrobas escasas en cada uno.

Díjele más todo lo que había de hacer, dejándolo bien informado dello. De allí me fui a casa del buen viejo don Beltrán, mi tío, y estando en conversación, truje a plática lo mucho que temía salir de casa de noche, porque tenía en el aposento mis baúles, en especial dos dellos con plata, joyas de algún valor y dineros y, por decir verdad, mi pobreza toda. Él me dijo:

–Vuestra es la culpa, sobrino, que donde mi casa está no era necesario posada. Porque aunque la que tenéis es la mejor de aquesta ciudad, ninguna en todo el mundo es buena ni tal que podáis en ella tener alguna seguridad. Y porque sois mozo, quiero advertiros, como viejo, que nunca os confiéis de menos que muy fuerte cerradura en vuestros baúles, y otra sobrellave de algunas armellas y candado, que llevéis con vos de camino, y donde llegardes, la poned a las puertas de vuestro aposento. Porque ya los huéspedes o sus mujeres o sus hijos o criados, no hay aposento que no tenga dos y tres llaves y, a vuelta de cabeza, perderéis de ojo lo que allí dejardes con menos que muy buen cobro. Después os lo harán pleito, si lo trujistes o si lo metistes, y se os quedarán con ello. En la posada no hay cosa posada, nada tiene seguridad. Mas ya que, como mancebo, gustáis de no veniros a esta casa vuestra, si en ello recebís gusto, tráiganse acá los baúles y no dejéis allá más plata de la que tasadamente hubierdes menester para vuestro servicio. Que acá se os guardará todo en mi escritorio con toda seguridad y no andaréis tanto la barba sobre el hombro en cuanto aquí estuvierdes.

Yo se lo agradecí de manera como si los baúles valieran un millón de oro, y así lo debió creer o poco menos. Lo uno, porque ya él había visto mi buena vajilla, la cadena y otras cosas y dineros que llevaba, y lo segundo, por la instancia que hice sobre desear tenerlos a buen recado. Desta plática saltamos en la de mi casamiento, porque me dijo que ya tenía edad y perdía tiempo si hubiese de tomar estado, a causa que los matrimonios de los viejos eran para hacer hijos huérfanos. Que, si no gustaba de ser de la Iglesia, mejor sería casarme luego, tanto para mi regalo cuanto para el beneficio y guarda de mi hacienda. Porque los criados, aunque fieles, nunca les faltaban las más veces desaguaderos, ya de mujeres, juegos, gastos, vestidos y otras cosas, que, viéndose necesitados y apretados a cumplir con las cosas de su cargo, se venían después a levantar con todo, dejando robados a sus amos.

Púsome muchas dificultades en mi estado y fueme luego tras ello haciendo relación de las buenas prendas de la señora mi esposa, que, a lo que dél entendí, también era deuda suya por parte de su madre, de gente noble aunque pobre; pero podíase suplir por ser hermosa y que me daba con ella de adehala –como después vine a descubrir el secreto– una hija, que dijeron haber tenido por una desgracia de cierto mancebo ciudadano, que le dio palabra de casamiento y después, dejándola burlada, se desposó con otra. Ofrecióme con ella que tenía una madre, que sería todo mi regalo y de los hijos que Dios me diese, porque no hallaría menos con el suyo el de la que me parió. A todo le hice buen semblante, diciendo que de su mano de necesidad sería cosa tal cual a mí me convenía; mas que, para que no se perdiese cierto beneficio que me daban y quedase puesto cobro en él, era necesario regresarlo en un primo hermano mío, hijo de una hermana de mi madre, allá en Sevilla. Con esto lo dejé goloso y entretenido por entonces.

En esto hablábamos muy de propósito, cuando subió Sayavedra y, llegándoseme a el oído, hizo como que me daba un largo recado. Yo luego, levantando la voz, dije:

–¿Y tú qué le dijiste?

Él me respondió de la misma forma:

–¿Qué le había de responder, sino de sí?

–Mal hiciste –le dije–. ¿No sabes tú que no estoy en Roma ni en Sevilla? ¿No sientes el disparate que hiciste, haciéndome cargo de lo que no puedo? Llévale la cadena grande, dásela y dile que lo que tengo le doy, que no me ocupe más de aquello que me fuere posible, y me perdone.

Sayavedra me dijo:

–Bien a fe, ¿y quién ha de llevar a cuestras una cadena de setecientos ducados de oro? Será necesario buscar un ganapán alquilado que le ayude.

Díjele luego:

–Pues haz lo que te diré. Tómala y vete a casa de un platero y escoge de su tienda lo que bien te pareciere. Déjale la cadena y más prendas, que valgan lo que dello hubieres menester y págale un tanto por el alquiler, y aquesto será mejor, más fácil y barato de todo. Y si faltaren prendas, dáselas en escudos que lo monten. Con esto desempeñarás la necesidad que hiciste; porque de otro modo no sé ni puedo remediarlo.

El tío, que a todo lo dicho estuvo atento, dijo:

–¿Qué prendas queréis dar o para qué?

Yo le dije:

–Señor, quien tiene criados necios, forzoso ha de hallar[se] siempre atajado en las ocasiones, cayendo en cien mil faltas o desasosiegos y pesadumbres. Aquí está una señora castellana, la cual trata de casarse con un caballero de su tierra: son conocidos míos y téngoles obligación. Hame querido hacer cargo de sus vestidos y joyas para el día de su desposorio, y es ya tan cerca, que no ha de ser posible cumplir como quisiera. Mire Vuestra Merced a qué árbol se arrima o adónde tengo yo de buscárselas. Dame mohína que aqueste tonto no haya sabido escusarme de lo que sabe serme tan dificultoso, si ya por ventura él no fue quien se convidó con ello. Porque no creo que mujer de juicio le pidiese a él semejante disparate y, si lo hizo, remédielo, allá se lo haya, mire lo que quisiere y hágalo.

El viejo me dijo:

–No toméis pesadumbre, sobrino: que todo eso es cosa de poco momento. A lugar habéis llegado, adonde no faltará cosa tan poca como esa.

Yo le volví a decir:

–Ya, señor, sé que todos Vuestras Mercedes me las harán muy cumplidas y que lo que tuvieren propio no me podrá faltar; mas, como entre todo nuestro linaje no conozco alguno

de los casados que las tenga, no me atrevo a suplicarles cosa en que tomen cuidado. En especial que habérmelas pedido a mí es haberme obligado a enviárselas como de mano de un hidalgo de mis prendas, y no todas veces hay joyas en todas partes que puedan parecer sin vergüenza en tales actos.

—Ahora bien —me respondió—, no toméis cuidado en ello, dormid sin él, que yo por mi parte y algunos de vuestros deudos por la suya buscaremos de las que por acá se hallaren razonables; y en lo demás, enviadme cuando mandardes los baúles.

Por uno y otro le besé las manos, agradeciéndoselo con las más humildes palabras que supe y se me ofrecieron, reconociendo la merced que me hacía en todo. Y despidiéndome dél, hice, luego que a casa volví, que cerrados con tres llaves cada uno de los baúles, los llevasen allá.

El tío, cuando vio entrar a Sayavedra y los ganapanes con ellos, que apenas podía cada uno con el suyo, considerada la fortaleza de la llaves que llevaban, con la desconfianza que del huésped hice y gran peso que tenían, acabó de certificarse que sin duda tendrían dentro gran tesoro. Preguntóle a Sayavedra:

—¿Qué traen aquestos baúles que tanto pesan?

Y respondióle:

—Señor, aunque lo que tiene mi señor dentro es de consideración, lo que vale más de todo es pedrería, que ha procurado recoger por toda Italia y no sé para qué ni adónde la quiere llevar.

El viejo arqueó las cejas y abrió los ojos, como que se maravillaba de tanta riqueza y, poniéndolos de su mano a muy buen cobro, debajo de siete llaves, como dicen, le quedaron en poder, volviéndose a la posada Sayavedra.

Como ya nos andábamos arrullando, procurábamos juntar las pajas para el nido. Aquella noche toda se nos pasó de claro, en trazas cómo luego por la mañana fuésemos con ellas a casa de otro mi deudo, mancebo rico y de mucho crédito, a darle otro Santiago.

Hícelo así, que, apenas el sol había salido y él de la cama, cuando tomando Sayavedra las cadenas en dos cofrecitos iguales y muy parecidos, con sus muy gentiles cerraduritas, el muelle de golpe, y, llevándolas debajo de la capa, fuemos allá y hallámoslo levantado, que ya se vestía. No me pareció buena ocasión y quisiera dejarlo para después de comer; mas, cuando le dijeron estar yo allí, mostróse muy corrido de que luego no hubiese subido arriba. Díjele haberlo dejado, por entender que aún estaría reposando. Con estos cumplimientos anduvimos y preguntándonos por la salud y cosas de la tierra, hasta que ya estuvo vestido, que nos bajamos a un escritorio. Cuando allí estuvimos un poco, me preguntó a qué había sido mi buena venida tan de mañana.

Yo le dije:

—Señor, a tener buenos días con los principios dellos, pues las noches no me han sido malas. Lo que a Vuestra Merced vengo a suplicar es que, si hay en casa criado alguno de satisfacción, se mande llamar.

Él tocó una campanilla y acudieron dos o tres y, eligiendo a el uno dellos, dijo:

—Aquí Estefanelo hará lo que Vuestra Merced le mandare.

—Lo que le ruego es —dije— que con mi criado Sayavedra se lleguen a casa de un platero y sepan los quilates, peso y valor de una cadena que aquí traigo.

Sayavedra me dio luego el cofrecillo en que venía la de oro fino y, sacándola dél, se la enseñé. Holgóse mucho de verla, por ser tan hermosa, de tanto peso y hechura extraordinaria, pareciéndole no haber visto nunca otra su semejante, para ser de oro, lisa, sin esmalte ni piedras. Volvísela luego a dar a mi criado y fuéronse juntos ambos a hacer la diligencia, en cuanto quedamos hablando de otras cosas.

Cuando volvieron trujeron un papel firmado del platero, en que decía tocar el oro de la cadena en veinte y dos quilates y que valía seiscientos y cincuenta y tres escudos castellanos, poco más. Y viendo esto concluido, volvió a pedir a Sayavedra que me la diese. Diome la falsa en el otro cofrecito abierto, de donde, sacándola otra vez, la estuvimos un poco mirando. Puesta en su cofrecito así abierto, le dije:

—Lo que agora, señor, vengo más a suplicar es lo siguiente: Yo he quedado picadillo de unas noches atrás con unos gentiles hombres desta ciudad, y no lo están menos ellos de que les tengo ganados más de cinco mil reales. Hanme desafiado a juego largo y querría, pues la suerte corre bien, irla siguiendo, probando con ellos mi ventura, que sería posible ganarles mucho aventurando muy poco. Y porque todo consiste o la mayor parte dello está en el bien decir y los que jugamos vamos tan dispuestos a la pérdida como a la ganancia, no querría hallarme tan limitado que, si perdiese, me faltase con qué poderme volver a esquitar y aun por ventura ganarles. Y pues por la misericordia de Dios no me falta dinero y tengo en casa del señor mi tío casi cinco mil escudos, no puedo tocar en ellos, porque, luego que aquí lleguen ciertas letras que aguardo de Sevilla, no podré dilatar una hora la paga ni mi partida para Roma, ya sea para pasar en mi cabeza cierto beneficio, ya sea para en la de otro mi primo hermano, según se dispusieren las cosas a la voluntad y gusto del señor mi tío. De manera, que no es justo ni me conviene tocar en aquella partida, por lo que podría después hacer falta; en especial pudiéndome agora valer de joyas de oro y plata, que no me son tan forzosas. Ni tampoco quiero sin causa y expresa necesidad malbaratarlas ni deshacerme dellas. Aquí tiene Vuestra Merced esta cadena y sabe lo que vale. Lo que suplico es que con secreto —que no quiero que me juzguen acá por tan travieso ni dar a todos cuenta de semejantes niñerías— se me tomen a cambio seiscientos escudos para la primera feria, que ya que gane o pierda, se pagarán o con la propia cadena, cuando todo falte, pues para eso la doy en resguardo, que Vuestra Merced la tenga en sí para el efeto y tome por su cuenta el cambio y a mi daño.

Díjele también cómo para otra semejante ocasión había dado una vez cierta vajilla de plata dorada nueva y el que la recibió se sirvió della, de manera que cuando me la volvió no estaba para servir en mesa de hombre de bien, y así la vendí luego, perdiendo las hechuras todas. Por lo cual, para evitar otro tanto, le suplicaba lo dicho y que no pasase la cadena en otro poder.

Él mostró correrse mucho, que para cosa tan poca le quisiese dar prenda; mas yo, dando con la mano a la tapa del cofrecillo, lo cerré de golpe y se lo di en las manos, diciendo que de ninguna manera recibiría la merced si allí no quedase. Porque demás que yo no la traía por hacer tanto bulto y pesar tanto, holgaría mucho que la tuviese consigo y la guardase. Y también le dije que como éramos mortales, por lo que de mí podría suceder, no era lícito hacerse otra cosa de como lo suplicaba.

Recibióla por la mucha importunación mía y ofrecióse a hacerlo en saliendo de casa. El mismo día, estando a la mesa comiendo, entró el mismo criado Estefanelo con los seiscientos escudos. Dile las gracias, que llevase a su amo; mas no tardó un credo, y casi el criado no había salido de la posada, cuando estaba en ella su amo y junto a mí. No me quedó en el cuerpo gota de sangre ni la hallaran dentro de mis venas, de turbado. Aquí perdí los estribos, porque, como acababa de recibir en aquel punto los escudos y luego subió el amo tras el criado, creí que hubiesen abierto el cofrecillo y hallase la cadena falsa y que vendría para impedir que no se me diesen. Mas presto salí de la duda y perdí el miedo, porque con rostro alegre se me volvió a ofrecer, si de alguna otra cosa tenía necesidad, y que aquellos dineros le había dado un su amigo a daño, mas que sería poco.

Entonces entre mí dije:

—Antes creo que, por muy poco que sea, no dejará de ser para vos mucho y mucho más de lo que pensáis.

Díjele que no importaba; que en más estaba la prenda que podrían montar los intereses. Allí estuvo hablando conmigo un poco, cuando en su presencia entraron los del juego y,

pidiendo naipes a Sayavedra, se comenzó una guerrilla bien trabada. Parecióle a el pariente largos los oficios, dejónos y fuese. Yo quedé tan emboscado en la moneda, teniendo en mi favor entonces a Sayavedra –porque como queríamos alzar de obra y coger la tela, no era tiempo de floreos–, que a poco rato me dejaron más de quince mil reales en oro.

Diles barato a los que se hallaron presentes; y a el capitán, de allí a poco que vino, le puse cincuenta escudos en el puño, que fue comprar con ellos un esclavo y todo mi remedio. Apartóme a solas y apercibióme para domingo en la noche, que fue dentro de cuatro días.

Ya cuando me vi apretado de tiempo, hice tocar las cajas a recoger, enviando billetes de una en otra parte, diciendo haber de ser la boda para el lunes, que se me hiciese merced en lo prometido.

No así las hormigas por agosto vienen cargadas del grano que de las eras van recogiendo en sus graneros como en mi posada entraban joyas, a quién más y mejores me las podía enviar. Tantas y tan ricas eran, que ya casi tenía vergüenza de recibir las. Mas híceles cara, porque no me parecieron caras. De casa del tío me trujeron un collar de hombros, una cinta y una pluma para el tocado, que de oro, piedras y perlas valían las tres piezas más de tres mil escudos. Los demás me acudieron con ricos broches, botones, puntas, ajorcas, arracadas, joyeles, cabos de tocas y sortijas, todo muy cumplido, rico y de mucho valor. Lo cual, como iba viniendo, sin que lo sintiera el capitán, se iba poniendo en sus cajas dentro de los baúles, debajo de cubierta. Yo aquellos días los anduve visitando y agradeciendo las mercedes hechas, hasta que, viendo que las galeras habían de zarpar lunes de madrugada, domingo en la noche dije a el huésped:

–Señor huésped, a jugar voy esta noche a casa de unos caballeros. Allá creo que cenaré y por ventura sería posible, si se hiciese tarde, quedarme a dormir, si ya el juego se despartiese antes del día. Vuestra Merced mire por el aposento en cuanto Sayavedra o yo volvemos, que podría ser que él se viniese a casa.

Salí con esto favorecido de la noche, dejándole los baúles por paga del tiempo que me hospedó. Bien es verdad que con la priesa del viaje se los dejé llenos; empero de muy gentiles peladillas de la mar, que pesaban a veinte libras. Fuime a dormir a galera con el capitán Favelo, mi amigo.

No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Génova, el regalo que me hizo, la cena que me dio y la cama que me tenía prevenida. Preguntóme cómo dejaba hecho mi negocio. Díjele que muy a mi satisfacción y que después le daría más por menudo cuenta de lo que me había pasado. Con esto no me volvió a hablar más en ello. Cenamos, dormíme, aunque no muy sosegado, no obstante que iba ya de espiga; empero llevaba el corazón sobresaltado de lo hecho.

Así como se pudo se pasó la noche y cuando el sol salía, sin haberme parecido menear ni un paso ni sentido el ruido menor del mundo, como si estuviera en la mayor soledad que se puede pensar, ya recordado y queriéndome vestir, entró mi capitán a decirme que habíamos doblado el cabo de Noli. Llevamos hasta allí admirable tiempo, aunque no siempre nos fue favorable, sino muy contrario, como adelante diremos. Que nunca siempre la fortuna es próspera: va con la luna haciendo sus crecientes y menguantes, y cuanto más ha sido favorable, mayor sentimiento deja cuando vuelve la cara.

Sólo un deseo llevé todo el camino, que fue de saber, cuando aquel primero día no volviese a la posada, qué pensaría el huésped; y al segundo, cuando no me hallasen, pareceme que llorarían todos por mí. ¡Cuántos escalofríos les daría! ¡Qué de mantas echarían, y ninguna en el hospital! ¡Qué diligencias harían en buscarme! ¡Qué de juicios echarían sobre adónde podría estar, si me habrían muerto por quitarme alguna ganancia, o si me habrían herido! Parece que imaginarían lo que fue: haberme venido con las galeras. Pues desconfiados ya de todo el humano remedio, ¡cuántas pulgas les darían muy malas noches por muchos días!

Agora los considero, la priesa con que descerrajarían los baúles para quererse pagar dellos, alegando cada uno su antelación de tiempo y mejoría en derecho. Paréceme que veo consolado y rico a mi huésped, con sus dos buenas piezas, que, tomadas a peso, valían cualquiera buen hospedaje; y había losa dentro, que le podía servir en su sepultura.

El tío viejo se hallaría bien parado con la pedrería que Sayavedra le dijo. Pues el pariente con su cadena, ¿quién duda que no burlase de los otros, por hallarse con una tan buena pieza, de donde podría pagar el principal y daños? Mas, cuando la hallasen de oro de jeringas, ¡qué parejo le quedaría el rostro, los ojos qué bajos, y cuántas veces los levantó para el cielo, no para bendecir a quien lo hizo tan estrellado y hermoso, sino para, con los demás decretados, maldecir la madre que parió un tan grande ladrón! Con esto se quedaron y nos dividimos. Pudiéales decir entonces lo que un ciego a otro en Toledo, que, apartándose cada cual para su posada, dijo el uno dellos: «¡A Dios y veámonos!»

Capítulo IX

Navegando Guzmán de Alfarache para España, se mareó Sayavedra; diole una calentura, saltóle a modorra y perdió el juicio. Dice que él es Guzmán de Alfarache y con la locura se arrojó a la mar, quedando ahogado en ella

Trujimos tan próspero tiempo a la salida de Génova, que, cuando el sol salió el martes, habíamos doblado el cabo de Noli, como está dicho, y hasta llegar a las Pomas de Marsella tuvimos favorable viento. Allí esperamos hasta la prima rendida, siéndonos todo siempre apacible, porque corría un fresco levante, con el cual navegamos hasta el siguiente día en la tarde, que se descubrió tierra de España, con general alegría de cuantos allí veníamos.

La fortuna, que ni es fuerte ni una, sino flaca y varia, comenzó a mostrarnos la poca constancia suya en grave daño nuestro, y –hablando aquí agora por los términos y lenguaje que a los marineros entonces les oí– cubrióse todo el cielo por la banda del maestral con oscuras y espesas nubes, que despedían de sí unos muy gruesos goterones de agua. Faltónos este viento, comenzando a entristecer los corazones, que parecía tener encima dellos aquella negregura tenebrosa; lo cual visto por los consejeros y pilotos, hicieron junta en la popa, con ánimo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas.

Cada uno votaba lo que más le parecía importante; mas viendo cargar el viento en demasía, sin otra resolución alguna ni esperarla, fue menester amainar de golpe la borda, que llaman ellos la vela mayor, y, poniéndola en su lugar, sacaron otra más pequeña, que llaman el marabuto, vela latina de tres esquinas a manera de paño de tocar. Hicieron a medio árbol tercerol, previniéndose de lo más necesario. Pusieron los remos encima de los filares. A los pasajeros y soldados los hicieron bajar a las cámaras, muy contra toda su voluntad. Comenzaron a calafatear las escotillas de proa, no faltando en todo la diligencia que importaba para salvar las vidas que tan a peligro estaban.

Cerróse la noche y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal. Por lo cual, para evitar que los daños no fuesen tantos, mandaron poner fanales de borrasca. La mar andaba entonces por el cielo, abriéndose a partes hasta descubrir del suelo las arenas. Fue necesario poner en el timón de asistencia un aventajado. El cómitre se hizo atar a el estanterol en una silla, determinado de morir en aquel puesto sin apartarse del, o de sacar en salvamento la galera.

Allí le preguntábamos algunos a menudo, y muchas más veces de las que él quisiera, si corríamos mucho riesgo. Ved nuestra ceguera, que lo creyéramos más de su boca que de la vista de ojos, donde ya se nos representaba la muerte. Mas parecíanos de consuelo su mentira, como la del médico suele ser para el del afligido y enfermo padre que pregunta por la salud y vida del hijo, si por ventura ya es difunto, y responde que tiene mejoría. Desta manera, por animarnos decía que todo era nada, y dijo verdad, para lo que después a cabo de poco sobrevino. Porque no dejándonos el viento pedazo de la vela sano, y tanto, que fue necesario subir el treo, que es otra vela redonda con que se corren las tormentas, quiso nuestra desgracia que viniese sobre nosotros una galera mal gobernada y, embistiéndonos por la popa, nos echó gran parte a la mar, y diolo a tiempo que juntamente saltó el timón en que sólo teníamos esperanza, viéndonos faltos della y dél, ya rendidos a el mar y sin remedio. Mas para no dejar de usar de todos los que pudieran en alguna manera darnoslo, hicieron pasar los dos remos de las espaldas a las escalas, de donde nos íbamos gobernando con grandísimo trabajo.

¿Qué pudiera yo aquí decir de lo que vi en este tiempo? ¿Qué oyeron mis oídos, que no sé si se podría decir con la lengua o ser creído de los estraños? ¡Cuántos votos hacían! ¡A qué varias advocaciones llamaban! Cada uno a la mayor devoción de su tierra. Y no faltó quien

otra cosa no le cayó de la boca, sino su madre. Qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con los otros, como si fueran sus curas o tuvieran autoridad con que absolverlos. Otros decían a voces a Dios en lo que le habían ofendido y, pareciéndoles que sería sordo, levantaban el grito hasta el cielo, creyendo con la fuerza del aliento levantar allá las almas en aquel instante, pareciéndoles el último de su vida.

Desta manera padeció la pobre y rendida galera con los que veníamos en ella, hasta el siguiente día, que con el sol y serenidad cobramos aliento y todo se nos hizo alegre. Verdaderamente no se puede negar que de dos peligros de muerte se teme mucho más el más cercano, porque del otro nos parece que podríamos escapar; empero en mí esta vez no temí tanto aquesta tormenta ni sentí el peligro, respeto del temor de arribar: no por el mar, mas por la infamia. Harto decía yo entre mí, cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecían los más, que yo era el Jonás de aquella tormenta.

Sayavedra se mareó de manera que le dio una gran calentura y brevemente le saltó en modorra. Era lástima verle las cosas que hacía y disparates que hablaba, y tanto que a veces en medio de la borrasca y en el mayor aflicto, cuando confesaban los otros los pecados a voces, también las daba él, diciendo:

—¡Yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache! ¡Su sombra soy, que voy por el mundo!

Con que me hacía reír y le temí muchas veces. Mas, aunque algo decía, ya lo vían estar loco y lo dejaban para tal. Pero no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que della yo le había contado, componiendo de allí mil romerías. En oyendo a el otro prometerse a Montserrate, allá me llevaba. No dejó estación o boda que conmigo no anduvo. Guisábame de mil maneras y lo más galano —aunque con lástima de verlo de aquella manera—, de lo que más yo gustaba era que todo lo decía de sí mismo, como si realmente lo hubiese pasado.

Últimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano, a cobrar la deuda vieja del sueño perdido. Todos estábamos tales y con tanto descuido, la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó a la mar por la timonera, sin poderlo más cobrar. Que cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo a voces: «¡Hombre a la mar!» Luego recordamos y, hallándolo menos, le quisimos remediar; mas no fue posible, y así se quedó el pobre sepultado, no con pequeña lástima de todos, que harto hacían en consolarme. Sinifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad.

Otro día, cuando amaneció, levantéme luego por la mañana, y todo él casi se me pasó recibiendo pésames, cual si fuera mi hermano, pariente o deudo que me hiciera mucha falta, o como si, cuando a la mar se arrojó, se hubiera llevado consigo los baúles. «Aquesos guarde Dios —decía yo entre mí—; que los más trabajos fáciles me serán de llevar.» No sabían regalo que hacerme ni cómo —a su parecer— alegrarme; y para en algo divertirme de lo que sospechaban y yo fingía, pidieron a un curioso forzado cierto libro de mano que tenía escrito y, hojeándolo el capitán, vino a hallarse con un c[a]lso que por decir en el principio dél haber en Sevilla sucedido, le mandó que me lo leyese. Y, pidiendo atención, se la dimos y dijo:

«—En Sevilla, ciudad famosísima en España y cabeza del Andalucía, hubo un mercader extranjero, limpio de linaje, rico y honrado, a quien llamaban Micer Jacobo. Tuvo dos hijos y una hija de una señora noble de aquella ciudad. Ellos dotrinados con mucho cuidado, en virtud y crianza y en todo género de letras tocantes a las artes liberales, y ella en cosas de labor, con exceso de curiosidad, por haberse criado en un monasterio de monjas desde su pequeña edad, a causa de haber fallecido su madre de su mismo parto.

»Como los bienes de fortuna son mudables y más en los mercaderes, que traen sus haciendas en bolsas ajenas y a la disposición de los tiempos, no medió pie de la buena suerte a la mala. Sucedió que, como sus hijos viniesen de las Indias con suma de oro y plata, cuando ya llegaban a vista de la barra de San Lúcar y, como dicen, dentro de las puertas de su casa,

revolvió un temporal, que con viento deshecho, trayéndolos de una en otra parte, dio con el navío encima de unas peñas, y abierto por medio se fue luego a pique sin algún reparo, ni lo pudo tener mercadería ni persona de todo él.

»Cuando a los oídos del padre llegó tan afligida nueva de pérdida tan grande, se melancolizó de manera que dentro de breves días también falleció.

»La hija, que residía en el convento, ya perdida la hacienda, los hermanos y padre defuntos, viéndose desamparada y sola, sintió su trabajo como lo pudiera sentir aun cualquiera hombre de mucha prudencia, por haberle faltado tanto en tan breve, que pudo decirse un día, y con ella la esperanza de su remedio, porque deseaba ser monja.

»Cesaron sus disinius, comenzó su necesidad; cesaron los regalos, comenzaron los trabajos y fueron creciendo de modo que ya no sabía qué hacer ni cómo poderse allí dentro sustentar. Y aunque las conventuales todas, que le tenían mucho amor por la nobleza de su condición, afabilidad, trato y más buenas partes, condolidas de su necesidad y pobreza, la quisieran tener consigo, mas como estaban subordinadas a voluntad ajena de su prelado, ni ellas lo pudieron hacer ni a ella fue posible quedar. Porque dentro de breve término se le notificó que saliese o señalase la dote, y, no pudiendo cumplir con lo segundo, tomó resolución en lo primero.

»Era tan diestra en labor, así blanca como bordados, matizaba con tanta perfección y curiosidad, que por toda la ciudad corría su nombre. Con esto, las virtudes de su alma y hermosura de su rostro eran tan por exceso, que a porfía parece haberse fabricado por diestros diversos artífices en competencia. Y todo junto, en comparación de su recogimiento, mortificación, ayunos y penitencia, no llegaban. Viéndose, pues, desabrigada, con temor de la murmuración y de ocasión que le pudiera dañar, celosa de su honor, buscó un aposento en compañía de otras doncellas religiosas, donde sin tener otra sombra sino la de su trabajo, con él se alimentaba tasadísimamente y con grande límite, dando ejemplo de su virtud a todas las más doncellas de su tiempo.

»El arzobispo de aquella ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidad, hijuelas y corporales matizados, y no sabiendo ni hallándose quien como Dorotea lo hiciese —que así se llamaba esta señora— por las buenas nuevas que della tuvieron, la buscaron y encomendáronle aquesta obra, prometiéndole por ella muy buena paga.

»Era necesario para tanta curiosidad que fuera el oro el mejor, más delgado y florido que se pudiera hallar. Y porque sólo quien lo sabe gastar es quien lo sabe mejor escoger, ella propia en compañía de sus vecinas y amigas lo fueron a buscar a los batihojas, que son en Sevilla los oficiales que lo hacen y venden.

»Acertaron a entrar en casa de un mancebo de muy buena gracia y talle, que de muy poco tiempo había comenzado a usar el oficio y puesto tienda, que para más acreditarse procuraba que su obra hiciera ventajas conocidas a la de sus vecinos. Déste quisieran comprar lo que para toda su labor les fuera necesario —tanto por ser a su propósito, cuanto por escusar la salida de casa—, si el dinero les alcanzara; mas como sólo llevaban lo que para principio se les había dado, dijeron que llevarían un poco y volverían por más, como se fuese obrando y ella cobrando.

»El mancebo, cuando vio la hermosura y compostura de la doncella, su habla, su honestidad y vergüenza, de tal manera quedó enamorado, que lo menos que le diera fuera todo su caudal, pues en aquel mismo punto le había entregado el alma. Y sintiéndole que dejaba de comprar con su gusto por falta de dineros, tomando achaque para sus deseos de la ocasión que le vino a la mano, sin dejarla pasar ni soltarla della, dijo:

»—Señoras, si el oro es tal que hace a propósito para lo que se busca, escoja y lleve su merced lo que hubiere menester y no le dé cuidado pagarlo luego, que por la misericordia de Dios, ánimo tengo y caudal no me falta para poder fiar aun otras partidas más importantes, y no a tan buena dita. Vuestra Merced, señora, lleve lo que quisiere y pague luego lo que

mandare, que lo más que restare debiendo me irá pagando, poco a poco, según lo fuere cobrando del dueño de la obra.

»Parecióles a todas el mozo muy cortés y buena la comodidad, según se deseaba. Dorotea le dio el dinero que tenía de presente y, habiendo escogido todo el oro que le pareció mejor y necesario, lo llevó consigo, dejándole dicha la calle y casa donde acudiese por la resta.

»Luego se fueron, quedando el pobre mozo tan amante y fuera sí, cuanto falto de todo reposo y combatido de varios desasosiegos. Rompióle amor las entrañas, no comía, no bebía ni vivía: tan ocupada tenía el alma en aquella peregrina belleza, espejo de toda virtud, que todo era muerte su trabajosa vida, sin saber qué hiciese. Y pareciéndole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ser tener buen puerto sus castos deseos, quísose informar de quién era, de su vida, costumbres y nacimiento.

»La relación que le hicieron y nuevas que della tuvo fueron tales, que con ellas quedó de nuevo muy más perdido y menos confiado, nunca creyendo poder alcanzar tan grande riqueza, hallándose siempre indigno de tanto bien como lo fuera para él poder alcanzarla por esposa.

»De todo desesperaba, en todo se conocía inferior. Mas, como no era posible ni en su mano volverse atrás, que las pasiones del alma no tocan menos a los más pobres que a los más poderosos y todos igualmente las padecen, aunque se hallaba tan atrás, nunca dejó de porfiar para pasar adelante, perseverando en su honesto propósito, por haberlo puesto en las manos de Dios, que siempre los favorec[e] y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, represetándole siempre que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto, empero que así lo hiciese como mejor conviniese a su servicio.

»También se le representó que la mucha pobreza y discreción le harían por ventura fuerza, para que sólo mirando a su soledad y remedio, pospusiese pundonores vanos, acomodándose con el tiempo y, siéndole representado su honesto deseo de servirla, lo viniese a conceder. Con estos pensamientos y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando ni enfadando, antes tomando achaques, unas veces de ver su tan curiosa labor, otras por hacérsele paso, fingiendo lo que más a propósito venía para hacer visita y por tomar amistad. Que sólo a este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor después entablar el juego y en el ínterin poder aquel espacio breve mitigar las ansias que siempre ausente le causaba su dama.

»En esto anduvo el mozo tan discreto como solícito y tan solícito como enamorado, procediendo con tan honrados y buenos términos, que muy en breves granjeó de todas las voluntades, no pesándoles de sus visitas, antes con ellas ya recibían regalo.

»Entre las que allí vivían, que eran cuatro hermanas, a la una dellas, la más venerable y grave, a quien tenían las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha cuanto por ser mayor en edad, se fue inclinando más en amistad y regalándola, conque después, andando el tiempo, en ocasiones que se ofrecían, poco a poco se fue descubriendo, haciéndola capaz de sus deseos, hasta de todo punto quedar aclarado con ella, suplicándole que, interponiendo para ello su autoridad, fuese parte que sus esperanzas no quedasen sin el premio que de su valor y discreción esperaba y que, siéndole favorable, la fuese disponiendo en las ocasiones que se ofreciesen, de tal manera que cualesquier dificultades quedasen llanas, pues de su parte ninguna se podía ofrecer que a brazos cruzados no se pusiese a hacer toda su voluntad.

»Los buenos terceros bien intencionados, que sin respetos humanos tratan de las cosas honestas con libertad y verdad, tienen siempre tal fuerza, que persuaden con facilidad, porque se les da todo crédito. Esta señora fue labrando en Dorotea de modo, de uno en otro lance, que, convencida de razón, vino a condescender en el consejo que le dieron y, obedeciéndolo como de su verdadera madre, le besó por ello las manos, dejándolo en ellas.

»El desposorio se hizo con gusto general y mayor el de Bonifacio –que así llamaban a el desposado–, porque se creyó hallar con aquella joya el más dichoso, bien afortunado y rico de los hombres, pues ya tenía mujer como la deseaba, en condición y de mayor calidad que merecía, y tal, que pudiera vivir con ella seguro y honrado, sin temor de celoso pensamiento ni de alguna otra cosa que le pudiera causar desasosiego.

»Vivían contentos, muy regalados y sobre todo satisfechos del casto y verdadero amor que cada cual dellos para el otro tenía. Él de ordinario asistía en la tienda, ocupado en el beneficio de su hacienda, y ella en su aposento, tratando de su labor, así doméstica como de aguja, gastando en sus matices y bordados parte de la que su marido hacía. Crecíales la ganancia y en mucha conformidad pasaban honrosamente la vida.

»El demonio vela y nunca se adormece; más y en especial vela en destruir la paz contra las casas y ánimos conformes, arma cepos y tiende redes con todo secreto y diligencia para hacer, como desea, el daño posible y dar con ello en el suelo. Andaba siempre acechando a esta pobre señora, procurando derribarla y rendirla y, cuando más no pudiese, que a lo menos trompezase. Y así en las visitas, en misa, en sermón, en las mayores devociones, en la comunión, aun en ella la inquietaba, presentándole los instrumentos de su maldad, mancebos galanes, discretos, olorosos y pulidos, que le saliesen a el encuentro, siguiéndola y solicitándola. Mas de todo sacaba poco fruto. Porque la casta mujer, mostrándose fuerte, siempre vencía con su honestidad semejantes liviandades. Y aunque para quitar la ocasión rehusaba cuanto más podía el salir de su casa y escasamente a lo muy forzoso y necesario, donde también era perseguida, rondábanle la puerta noche y día, buscaban invenciones y medios para verla. Empero nada les aprovechaba.

»Entre los galanes que la deseaban servir, que todos eran mozos y señores los más principales de la ciudad, era uno el teniente della, mancebo soltero y rico. Vivía frontero de la misma casa, en otras principales, altas y de buen parecer, que por ser más humildes y bajas las de Dorotea, no obstante que había calle de por medio, cuándo por los terrados, cuándo por las ventanas, la señoreaba cuanto hacía. Y tanto, que su esposo ni ella podían casi vestirse ni acostarse sin ser vistos, en especial estando con descuido y queriendo con cuidado asecharlos.

»Con esta ocasión el teniente andaba muy apasionado y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud. Al fin se hubo de volver, como los demás, al puesto con la caña, sin recibir algún favor ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender ni que desdorase un cabello del crédito de la mujer.

»Andaba también con los muchos en la danza un otro penitente de la misma cofradía de los penantes, muy llagado y afligido. Era burgalés, galán, mozo, discreto y rico, las cuales prendas, favorecidas de su franqueza pudieran allanar los montes. Mas a la casta Dorotea, ni las partes deste poder del teniente ni pasiones de los más le hacían el menor sentimiento del mundo, como si dél no fuera.

»Mostrábase a todos estos combates fortísima peña inexpugnable, donde los asiduos combates de las furiosas ondas del torpe apetito, no pudiendo vencer, quedaron quebrantadas. No hay duda que siempre continuaba velando su honestidad, como la grulla, la piedra del amor de Dios levantada del suelo y el pie fijo en el de su marido. Y fuera imposible herirla, si el sagaz cazador no le armara los lazos del engaño en la espesura de la santidad, para cazar a la simple paloma.

»Este burgalés, que se llamaba Claudio, tenía en su servicio una gentil esclava blanca, de buena presencia y talle, nacida en España de una berberisca, tan diestra en un embeleco, tan maestra en juntar voluntades, tan curiosa en visitar cimiterios y caritativa en acompañar ahorcados, que hiciera nacer berros encima de la cama.

»Llamóla un día, dióle cuenta de su pena, pidiéndole consejo para salir con su pretensión adelante. La buena esclava, como haciendo burla, después de haberse bien satisfecho y enterado en el caso, riéndose, le dijo:

»—¡Pues cómo, señor! ¿Qué montes quieres mudar, qué mares agotar, a qué muertos volver el espíritu, cuál dificultad es tan grande la que te aflige y tanto me encareces? No son esas las cosas que a mí me desvelan; poco aceite y menos trabajo se ha de gastar en ello de lo que piensas; ya puedes hacer cuenta que la tienes par de ti; descuida y ten buen ánimo, que yo te daré la caza en las manos dentro de pocos días o no me llamen Sabina, hija de Haja.

»Tomó el negocio a su cargo y comenzó desde aquel punto a entablar el juego, dando trazas, como el que propone dar en el ajedrez un mate a tantos lances en casa señalada. Comenzó por el peón de punta, meneando los trebejos. Y componiendo un cestillo de verdes coholllos de arrayán, cidro y naranjo, adornándolo de alhaelíes, jazmines, juncos, mosquetes y otras flores, compuestas con mucha curiosidad, lo llevó a el batihoja, diciéndole ser criada de cierta señora monja de aquella ciudad, abadesa del convento, que, teniendo noticia de la obra tan buena que allí se hacía y necesidad forzosa de un poco de buen oro para unos ornamentos que dentro de la casa estaban acabando para el día de San Juan, la regalaba con aquel cestillo y suplicaba que del oro mejor que tuviese le diese dos libras para probarlo y que, saliendo tal como le habían certificado y era conveniente a su propósito, lo pagaría muy bien y siempre lo iría gastando de su casa, llevando para cada semana lo que se pudiese gastar en ella; demás que tendría mucho cuidado de regalarlo. Bonifacio se alegró con la buena ocasión de la ganancia y no menos con el cestillo de flores, que lo estimó en mucho por la curiosidad con que venía fabricado.

»El cual a el punto, luego que lo recibió, habiendo despachado la esclava con el oro, lo llevó a su mujer, poniéndoselo en las faldas con grande alegría, que no con menos fue recibido della. Preguntóle de quién lo había comprado y díjole lo que pasaba. Entonces lo estimó en más, porque le vino a la memoria el tiempo de su niñez, cuando con las más doncellas de su edad y monjas del convento se ocupaban en semejantes ejercicios. Rogó a su marido que, si otra vez volviese, la hiciese subir a su aposento, que holgaría de conocerla.

»Luego la semana siguiente, dentro de seis días, veis aquí donde vuelve Sabina muy regocijada, diciendo del oro que había sido bueno y a pedir otro tanto, que fuese de lo mismo, dándole un largo recabdo de parte de su señora y con él una imagen pequeña de alcorza y un rosario de la misma pasta, con tanta curiosidad obrado, que bien era dino de mucha estima. Así como lo vio, no quiso recibirlo, sino que de su mano lo diese a Dorotea, su esposa.

»Cayóle la sopa en la miel, sucediéndole lo que deseaba y a pedir de boca; mas haciéndose de nuevas, dijo:

»—¡Ay, mal hombre! ¿Dícelo de veras y casado es? No lo creo. Aun por soltero nos lo habían vendido y trataba ya mi señora de casarlo con una lega que tenemos, tan linda como unas flores, hermosa y rica.

»Bonifacio le respondió:

»—Rica y hermosa la tengo, como allá me la podían dar, y con quien vivo contentísimo. Subí, veréisla.

»Sabina le dijo:

»—En buena fe, no quiero; no sea que me burle, que es un traidor.

»—No burlo, de veras —le dijo Bonifacio—. Subí, amiga Sabina.

»Ella, cuando entró en la pieza y vio a Dorotea, desalada y los pechos por tierra se le lanzó a los pies, haciéndole mil zalemas, admirada de su grande hermosura; que, aunque había oídola loar, era mucho más la obra que las palabras. Quedó como embelesada de ver sus bastidores con los bordados y otras labores que le mostró en que se ocupaba, con cuánta perfección y curiosidad estaba obrado, diciendo:

»—¿Cómo es posible no gozar mi señora de cosa tan buena? No, no; no ha de pasar así de aquí adelante, sin que con amistad muy estrecha se comuniquen. ¡Ay, Jesús, cuando yo le cuente a mi señora la abadesa lo que he visto, cuánta invidia me tendrá! Cuánto deseo le

crecerá de gozar un venturoso día de tal cara. Por el siglo de la que acá me dejó y así su alma esté do la cera luce o que landre mala me dé, si no fuere alcahueta destos amores. Yo quiero de aquí adelante regalar a esta perla y visitarla muy a menudo.

»Con estas palabras y otras regaladísimas llevó su oro, después de haberse despedido. Y de allí en adelante, de dos a tres días continuaba la visita, ya por oro, ya diciendo hacérsele camino por allí, diciéndole a el marido que cometería traición si por allí pasase y dejase de entrar a ver aquel ángel.

»Otras veces, con achaque de traerle algún regalo, la iba disponiendo a que de su voluntad tuviese deseo de irse a holgar a el monasterio un día. Cuando ya le pareció tiempo, dio por allá la vuelta un lunes de mañana y llevóle dos canasticos, uno con algunas niñerías de conservas y otro de algunas frutas de aquel tiempo, las más tempranas y mejores que se pudieron hallar.

»Dióselos diciendo que, por ser del huerto de casa y lo primero que se había cogido, le pareció a su señora que no pudiera estar en otra parte tan bien empleado como en ella. Y que juntamente le suplicaba dos cosas. La primera y principal que, pues de allí a ocho días, el siguiente lunes, era la fiesta del glorioso San Juan Baptista y el domingo su santa víspera, le hiciese merced en hacer penitencia, pasando en el convento aquellos dos días, pues en su casa no eran de ocupación. Demás que tenían las monjas muchas fiestas y representaban una comedia entre sí a solas, que de nada gustaría, si aquesta merced no le hiciese. Y que otras señoras principales, parientas de las monjas, vendrían por allí, para que acompañándola se fuesen juntas.

»Lo segundo, que les diese tres libras de buen oro para fluecos de un frontal, que deseaban acabar para poner en un altar allá dentro, procurando, si fuese posible, se lo diese más cubierto y delgado. A lo del oro respondió Dorotea:

»—Dárelo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder y también hiciera lo que mi señora la abadesa me manda; mas está en el de mi marido. Ya sabéis, hermana Sabina, que no soy mía. Mi dueño es el que os puede dar el sí o el no, conforme a su voluntad.

»—En buena fe —le respondió—: aun esa sería ella, si no me la diese. Nunca yo medre si de aquí saliese todos estos ocho días hasta llevarla. No sería razón que una cosa sola que mi señora suplica tan de veras, la primera y tan justa, se dejase de hacer, porque desea, como a la salvación, gozar de aqueste paraíso.

»—¡Ay!, callá, Sabina —dijo Dorotea—. No hagáis burla de mí, que ya soy vieja.

»—¡Vieja! —dijo Sabina—. ¡Sí, sí, dese mal muere! ¡Cómo decirme agora que la primavera es fin del año y cuaresma por diciembre! Dejémonos de gracias, que así, vieja como es, la goce su marido muchos años y les dé Dios fruto de bendición. Agora se haga lo que le suplico, que deseo ganar aqueste corretaje, que mi señora la retoce. ¡Ay, cómo se ha de holgar con esta traidora!

»Bonifacio y Dorotea se reyeron, y él con alegre semblante, sin ver la culebra que estaba entre la yerba ni el daño que le asechaba, por la grande confianza que de su esposa tenía, dijo:

»—Agora bien, por mi vida, que Sabina lo ha reñido y pleiteado con gracia. No se le puede negar lo que pide, habiéndolo enviado a mandar el abadesa mi señora. Idos a holgar esos dos días, que yo sé cuán de gusto serán para vos y no menos para mí porque lo recibáis. Hermana Sabina, decid a su merced que así se hará, como se manda y, cuando aquehas señoras que decís vayan al monasterio, pasen sus mercedes por aquí para que se vayan juntas.

»Agradeciolo Sabina con tales palabras, cuales de mujer tan ladina y que ya tenía negociado su deseo. Fuese a su casa tan contenta y orgullosa, que ya le parecía volverse atrás los pasos que adelante daba y que a su posada nunca jamás llegaría. El corazón le reventaba en el cuerpo de alegría. Quisiera, si fuera lícito, irla cantando a voces por las calles;

echábasele de ver el contento en los visajes del rostro; hervíale la sangre, bailábanle los ojos en la cara; parecía que por ellos y la boca quería boser la causa.

»Cuando en su casa entró, como una loca soltó los chapines, dejó caer de la cabeza el manto y, arrastrándolo por detrás, alzando con las manos las faldas por delante, que le impedían el correr, entró desatinada en el aposento de su señor, que la esperaba. Por decírselo todo, todo lo partía entre los dientes y la lengua, sin que alguna cosa dijese concertada. Ya comenzaba por ativa, ya lo volvía por pasiva. Bien o mal, tal como pudo, le dio el mensaje de modo que todos aquellos ocho días no acabaron ella de referirlo y él mil veces de preguntarlo.

»Volvía a cada paso a tratar una misma cosa, discantaban luego si aquello sería posible tener efeto. Parecíale que aquello, que dello hablaban, le había de servir y quedar por paga, sin acabar de creer que pudiera ser cierto un bien tan deseado ni llegar a gozar de tan alegre día. Para el concierto tratado hizo que se previniesen unas parientas y conocidas de casa, de quien tenía satisfacción de cualquier secreto, que le ayudasen con su solicitud en este hecho.

»Llegado el domingo, día ya señalado, vistiéndose unas en hábito de casadas, otras de doncellas, de dueñas otras, fueron con Sabina por Dorotea. Tocaron a la puerta. Salió su esposo, que ya las esperaba, y como viese una tan honrada escuadra de mujeres, a el parecer principales, llamó a la suya que bajase presto, que la esperaban. Ella bajó tan simple como contenta. Habláronse todas con muy comedidos cumplimientos y, entregándosela el marido, la cogieron en medio y con ella y grande alegría fueron su viaje.

»Iban al monasterio encaminadas, cuando una de aquellas de tocas reverendas dijo:

»—¡Ay amarga de mí, cómo se nos ha olvidado ir por doña Beatriz, la desposada, que nos estará esperando y también la convidaron!

»Otra respondió luego:

»—Por los huesos de mis padres que dice verdad y que no me acordaba más della que de la primera camisa que me vestí. No podemos ir sin ella. Volvamos por aquí, que presto llegaremos allá.

»Dio entonces la vuelta uno de aquellos cabestros de faldas largas y rosario a el cuello por cencerro, tomando la delantera, y todas la siguieron hasta dar consigo en casa de Claudio. Llamaron a la puerta. Salióles a responder por la ventana una esclavilla, preguntando quién llamaba y lo que querían. Una dellas le dijo:

»—Entra presto y dile a tu señora que baje su merced presto, que la esperamos.

»Hizo como que fue a dar el recabdo y, cuando de allá dentro volvió con la respuesta, les dijo:

»—A Vuestras Mercedes suplica mi señora se sirvan de no tomar pesadumbre aguardando un poco en cuanto se acaba de tocar, que será en breve, y entretanto se podrán Vuestras Mercedes entrar a sentarse a la cuadra.

»Ellas entraron por el patio en una sala bien aderezada, donde se quedaron las más y solas dos pasaron adelante a una mediana cuadra con Dorotea. Estaba muy bien puesta, con sus paños de tela de plata y damasco azul y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto a ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos y de allí a muy poco dijeron:

»—¡Ay, Dios!, y qué prolija novia hace doña Beatriz, y si a mano viene, aún de la cama no se habrá levantado. Andad acá, hermana, sepamos cuándo habemos de ir de aquí.

»Salieron las dos, y, quedándose sola Dorotea, se desaparecieron, que persona viviente no se conocía por la casa. Claudio entró luego y, tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto a Dorotea, le comenzó a hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se había tenido, disculpando aquel proceder con lo mucho que le hacía padecer. De que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocía de vista y sabía sus pretensiones. Viose atajada, no supo qué hacerse ni cómo defenderse. Comenzó con

lágrimas y ruegos a suplicarle no manchase su honor ni le hiciese a su marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado; empero no le fue de provecho. Dar gritos no le importunaba, que no había persona de su parte y, cuando de algún fruto le pudieran ser y gente de fuera entrara, quien allí la hallara forzoso habían de culpar su venida, sin dar crédito a el engaño. Defendióse cuanto pudo.

»Claudio, con palabras muy regaladas y obras de violencia, y contra su resistencia y gusto, tomaba de por fuerza los frutos que podía; pero no los que deseaba, con que se iba entreteniendo y cansándola. Finalmente, después que ya no pudo resistirle, viendo perdido el juego y empeñada la prenda en lo que Claudio había podido poco a poco ir granjeando de su persona, rindióse y no pudo menos. Ellos estaban solos a puerta cerrada, el término era largo de dos días, la fuerza de Claudio mucha, ella era sola, mujer y flaca: no le fue más posible.

»Bien se pudiera decir que había sido pendencia de por San Juan, si no se les anublara el cielo. Comieron y cenaron en muchas libertades y fuéronse a dormir a la cama; empero breve fue su sosiego y sobresaltado su reposo. Porque nunca el diablo hizo empanada de que no quisiese comer la mejor parte.

»Costumbre suya es, cuando hace junta semejante, formar una tienda o pabellón, convidando a que se metan dentro, que allí los encubrirá y nada se sabrá, haciéndose cargo del secreto, y después, cuando están encerrados en el mayor descuido y mal pensada seguridad, abre las puertas, descubre, derriba los pabellones, manifestando en público el vicio recelado y, tañendo su tamborino, a repique de campana, llama la gente para que allí acudan a verlos, dejándolos avergonzados y tristes, de que más él se queda riendo.

»¿Quién creyera que invención tan bien trazada viniera tan en breve a descubrirse por tan extraño camino? ¿Quién esperara de tan felices medios y principios, fines tan adversos y trágicos? Mal dije que no se podía esperar menos, considerada la danza y quien la guiaba. Demás que de necesidad había de castigar el cielo a letra vista semejante maldad y fuerza. Y aunque no fue la pena igual con el delito, fue a lo menos aldabada poderosa, para que cualquiera buen discursista reconociera la ofensa y hiciera penitencia della.

»Como aquel día todo anduvo tan sin cuenta ni orden, allá en su cuarto los criados ensancharon los vientres, quitaron los pliegues a los estómagos y las canillas a las candiotas; comieron y bebieron hasta ir a las camas gateando, dejándose la chimenea con toda la lumbre y cerca della mucha leña. El fuego se fue metiendo por los tueros y rajas, y ellos encendidos, comunicándose con los más que cerca estaban, de manera que casi a la media noche todo aquel cuarto se quemaba sin que persona lo sintiese, que dormían todos.

»Era víspera de San Juan. El teniente andaba de ronda y a el grande resplandor, que ya la lumbre se devisaba de muy lejos, viola y sospechó la verdad, que alguna casa se quemaba. Fuéronse por el rastro de la claridad hasta la casa de Claudio. Dieron voces y golpes a la puerta. La casa era grande. Los unos de cansados, los otros bien borrachos y otros abrasados, ninguno respondía. Levantóse por la vecindad mucho alboroto. Unos y otros vecinos, preveníase cada cual de su remedio. Fuese llegando mucha gente, y con fuerza que hicieron derribaron por el suelo las puertas. Entraron por la casa, creyendo que los della ya fueron consumidos con el fuego y cuando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecía.

»Fueron las voces y el estruendo tanto, que Claudio recordó y, turbado de aquel ruido tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano y ambos desnudos, abrió la puerta del aposento y, cuando vio el fuego, volvióse adentro para cubrirse con algo y salir huyendo. El teniente creyó que la gente de fuera fue quien abrió aquella sala para entrar a robar. Acudió a la defensa con diligencia y halló a los dos amantes, que apriesa y por salvarse buscaban los vestidos y, teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo.

»Ya podréis considerar cuáles podrían estar y qué pudieran sentir, viéndose desnudos, la casa llena de gente y sobre todo su mayor enemigo el teniente, que los había cogido juntos.

Volvamos, pues, a él, que luego conoció a Dorotea. Quedó tan fuera de sí, que de los tres no se pudiera hacer alguna diferencia cuál estaba más muerto. Porque nunca el teniente pudiera persuadirse de persona del mundo a semejante cosa. Pues, teniendo por testigos a sus propios ojos, aún los tachaba.

»Viose tan turbado, tan abrasado de celos, tan desesperado y loco, que por vengarse dellos y sin otra consideración, los hizo llevar a la cárcel con ánimo de vengarse y más de Dorotea, que, por no haberle admitido, estaba resuelto de infamarla, buscando rastros para tener ocasión con que prender también a su marido, pareciéndole no haber sido posible no ser sabidor y consentidor del caso, dando a su mujer licencia que fuese a dormir con aquel mancebo, por interese grande que por ello le habría dado. Que una pasión de amor hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles.

»A ella la llevaron cubierta con su manto, con orden de que no fuese por entonces conocida hasta hacer la información, y a él por otra parte también lo llevaron preso. Y aunque hizo Claudio por impedirlo grandes diligencias, pretendiendo escusar los graves daños que dello pudieran resultar, ni ruegos ni dineros fueron parte a que la rabia del corazón se le aplacase a el juez.

»Ellos quedaron en su prisión y el juez echando espuma por la boca, hasta que se aplacó el fuego y lo dejó muerto; mas el de su corazón muy vivamente ardía. Era ya después de media noche. Había padecido mucho con el cansancio y más con el enojo. Fuese a dormir, si pudo, que se cumplió el refrán en él: Así tengáis el sueño.

»No lo tuvo bueno ni es de creer; antes con el enojo trazaría la venganza, guisándola de mil modos para que no escapasen o a lo menos limpia la honra. Mas estaba haciendo la cuenta sin la huésped. Que apenas él tenía los pies en la cama, cuando ya Dorotea tenía cobro.

»Dormía Sabina en un aposento más adentro del de su amo, para si en algo fuese menester de noche, y, como hubiese tenido atención a todo lo pasado, acudió presto a el remedio. Que siempre las mujeres en el primer consejo son más promptas que los hombres, y no ha de ser pensado para que acierten algunas veces. Sacó de su aposento un grueso capón que había quedado de la cena, el cual acomodó con un gentil pedazo de jamón de la sierra, con un frasco de generoso vino, buen pan y reales en la bolsa. Poniéndose un colchón, sábanas y un cobertor en la cabeza y la cesta en el brazo, se fue a la cárcel. Pidió al portero que le dejase meter aquella cama y cena para una dueña de su amo, que, porque se tardó en dar un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandó traer el teniente presa. Con esta poca culpa y cuatro reales de a cuatro que le metió en la mano, le abrió las puertas, haciéndole cien reverencias, aunque con la ropa que sobre la cabeza llevaba no le vio la cara.

»Ella entró con su recabdo a Dorotea, que más estaba muerta que viva. Estuvieron hablando solas, porque las más presas ya dormían. Y de allí resultó que Dorotea, hecha Sabina y puesta una saya suya verde que llevaba, llamó a el portero y le dio la cena, diciendo que la dueña no la quería ni dormir en cama hasta salir de allí. Él vio su cielo abierto y al sabor del tocino se puso en manos del vino, guardando la resulta para el siguiente día.

»En cuanto el carcelero se ofrendaba, se cargó Dorotea el colchón en la cabeza y salió de la cárcel, dejando en su lugar a Sabina, y con dos de las mujeres del día pasado se volvió a casa de Claudio, hasta por la mañana, que con ellas y otras volvió a su casa, fingiéndose no haber estado buena de salud y que por eso se volvía.

»Ya el teniente andaba orgulloso para el siguiente día martes y no se olvidaba Claudio, porque, como ya sabía estar la señora en salvo, hizo que un su amigo hablase a el asistente, suplicándole que personalmente lo desagraviase, viendo la sinjusticia que le habían hecho. También el teniente, cuando fue a comer a su casa y se puso a la ventana, mirando con infernal celo a las de Dorotea, reconocióla y vio que, sentada con su marido, estaban comiendo juntos.

»Perdía el seso, estaba sin juicio, pensando qué fuese aquello. Envió a la cárcel a saber quién soltó la presa de la noche antes. Dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueño lo pasado. Así pasó aquel día hasta el siguiente, que, viniendo a la visita el asistente con sus dos tenientes, mandaron llamar a Claudio y a la mujer que con él había venido presa. Los cuales, como ya hubiesen dicho en su confesión quiénes eran y allí fuesen públicamente conocidos, fueron sueltos.

»Empero no tan libres que Claudio no purgase bien las costas. Porque cuando a su casa llegó, halló la mayor parte della y de sus bienes abrasados y juntamente a una su hermana honesta, de las que sacaron a Dorotea de su casa, la cual fue hallada con un su dispensero en una misma cama muertos y otros tres criados. Tanto sintió este dolor, lastimóle de tal manera el corazón semejante afrenta, porque aquello había sido en toda la ciudad notorio, que de la intensa imaginación adoleció gravemente. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino sólo para hacer penitencia del grave pecado cometido, convaleció y, sin dar cuenta dello a persona del mundo, se fue a el monte, donde acabó santamente, siendo religioso de la Orden de San Francisco.

»Dorotea se fue con su marido en paz y amistad, cual siempre habían tenido. El teniente se quedó muy feo, sin muchos doblones que le daban y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor. Porque Sabina y las más que supieron su afrenta, dentro de muy pocos días murieron. Que así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos.»

Con esta historia y otros entretenimientos, venimos con bonanza hasta España, que no poco la tuve deseada, sin ferros, artillería, remos, postizas ni arrombadas. Porque todo fue a la mar y quedé yo vivo: que fuera más justo perecer en ella.

Desembarcamos en Barcelona, donde diciéndole a mi amigo el capitán Favelo que había votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España hasta llegar a Sevilla y visitar la imagen de Nuestra Señora del Valle, a quien me había ofrecido y héchole cierta promesa, si de allí escapase, llególe a el alma perder mi compañía. Mas no pude hacer otra cosa, que temí no viniesen en mi seguimiento con alguna saetía o algún otro bajel. Compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y los baúles. Recebí un criado y, diciendo ir mi viaje, sin que alguno supiese lo contrario, nos despedimos como para siempre.

Libro tercero

Donde refiere todo el resto de su mala vida, desde que a España volvió hasta que fue condenado a las galeras y estuvo en ellas

Capítulo primero

Despedido Guzmán de Alfarache del capitán Favelo, diciéndole ir a Sevilla, se fue a Zaragoza, donde vio “El arancel de los necios”

Cuando con algún fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer a su propósito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, árbol o yerba con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los naturales. Desta manera se les han levantado millares de testimonios. Él(18) es el que miente y cárgaselo a ellos. Yo aquí haré al revés, porque no mintiendo diré su mentira, y no porque yo afirme que lo sea, sino porque lo parece, y debe de ser verdad, pues Apolonio Tiano lo toma por su cuenta y dice haber visto una piedra, que llaman pantaúra, reina de todas las piedras, en quien obra el sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos. Y de la manera que la piedra imán atrae a sí el acero, esta pantaúra trae todas las otras piedras, preservando de todo mortal veneno a quien consigo la tiene.

Con ésta se pudiera bien comp[ar]ar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Todas las atrae a sí, preservando de todo veneno a quien la poseyere. Todo lo hace y obra. Es ferocísima bestia. Todo lo vence, tropella y manda, la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales. No se le resiste pece grande ni pequeño [en] los cóncavos de las peñas debajo del agua, ni le huyen las aves de más ligerísimo vuelo. Desentraña lo más profundo, sobre que hacen estribo los montes altísimos, y saca secas las imperceptibles arenas que cubre la mar en su más profundo piélago. ¿Qué alturas no allanó? ¿Cuáles dificultades no venció? ¿Qué imposibles no facilitó? ¿En qué peligros le faltó seguridad? ¿A cuáles adversidades no halló remedio? ¿Qué deseó que no alcanzase o qué ley hizo que no se obedeciese? Y siendo como es un tan po[n]zoñoso veneno, que no sólo, como el basilisco, siendo mirado, mata los cuerpos, empero con sólo el deseo, siendo cudiciada, infierna las almas; es juntamente con esto atriaca de sus mismos daños: en ella está su contraveneno, si como de condito eficaz quisieren aprovecharse della.

La riqueza de suyo y en sí no tiene honra, ciencia, poder, valor ni otro bien, pena ni gloria, más de aquella para que cada uno la encamina. Es como el camaleón, que toma la color de aquella cosa sobre que se asienta. O como la naturaleza del agua del lago Feneo, de quien dicen los de Arcadia que quien la bebe de noche enferma, y sana si la bebe después del sol salidos. Quien hubiere adolecido atesorando de noche secretamente con cargo de su conciencia, en saliendo la luz del sol, conocimiento verdadero de su pecado, será sano.

Ni se condena el rico ni se salva el pobre por ser el uno pobre y el otro rico, sino por el uso dello. Que si el rico atesora y el pobre codicia, ni el rico es rico ni el pobre, pobre, y se condenan ambos. Aquella se podrá llamar suma y verdadera riqueza, que poseída se desprecia, que sólo sirve al remedio de necesidades, que se comunica con los buenos y se reparte por los amigos. Lo mejor y más que tienen es lo que menos dellas tienen, por ser tan ocasionadas en los hombres. Ellas de suyo son dulces y golosos ellos: la manzana corre peligro en las puyas del erizo.

La Providencia divina, para bien mayor nuestro, habiendo de repartir sus dones, no cargándolos todos a una banda, los fue distribuyendo en diferentes modos y personas, para que se salvaran todos. Hizo poderosos y necesitados. A ricos dio los bienes temporales y los espirituales a los pobres. Porque, distribuyendo el rico su riqueza con el pobre, de allí comprase la gracia y, quedando ambos iguales, igualmente ganasen el cielo. Con llave dorada se abre, también hay ganzúas para él. Pero no por sólo más tener se podrá más merecer; sino por más despreciar. Que sin comparación es mucho mayor la riqueza del pobre contento, que la del rico sediento. El que no la quiere, aquesa la tiene, a ese le sobra y solo él podrá llamarse

rico, sabio y honrado. Y si el cuerdo echase la cuerda y quisiese medir lo que ha menester con lo que tiene, nuestra naturaleza con poco se contenta y mucho le sobraría; empero, si como loco alarga la sogá y quiere abrazar lo que tiene con lo que desea, hincha Dios esa medida, que con cuanto el mundo tiene será pobre. Para el de mal contento es todo poco; mucho le faltará, por mucho que tenga. Nunca el ojo del codicioso dirá, como no lo dicen la mar y el infierno: «Ya me basta.» Rico y prudente serías cuando tan concertado fueses que quien te conociese se admirase de lo poco que tienes y mucho que gastas, y no causase admiración en ti lo poco que puedes y lo mucho que otros tienen.

Vesme aquí ya rico, muy rico y en España; pero peor que primero. Que, si la pobreza me hizo atrevido, la riqueza me puso confiado. Si me quisiera contentar y supiera gobernar, no me pudiera faltar; empero, como no hice uno ni supe otro, por el dinero puse a peligro el cuerpo y en riesgo el alma. Nunca me contenté, nada me quietó; como no lo trabajaba, fácilmente lo perdía: era como la rueda de la zacaya, siempre henchía y luego vaciaba. Estimábalo en poco y guardábalo menos, empleándolo siempre mal. Era dinero de sangre: gastábalo en sepulturas para cuerpos muertos, en obras muertas y mundanos vicios. En tal vino a parar, pues ello se fue con la facilidad que se vino. Perdílo y perdíme, como lo verás adelante. Huyendo del mal que me pudiera suceder, salí de Barcelona por sendas y veredas, de lugar en lugar y de trocha en trocha. Dije que caminaba para Sevilla. Di escusas, inventé votos y mentiras, no más de para desmentir espías y que de mí no se supiese ni por el rastro me hallasen. Las mulas eran mías, el criado nuevo y bozal en mis mañas. Íbame por donde quería, según me lo pedía el gusto y primero se me antojaba; «hoy aquí, mañana en Francia», sin parar en alguna parte, y siempre trocando de vestidos, pues a parte no llegué donde lo pudiese diferenciar, que no lo hiciese: que todo era cien escudos más o menos.

Destá manera caminé por aquella tierra toda hasta venir a dar en Zaragoza con mi persona. Que no me dio pequeño contento aportar en aquella ciudad tan principal y generosa. Como la mocedad instimulaba y el dinero sobraba y las damas della incitaban, me fui deteniendo allí algunos días. Que todos y muchos más fueran muy pocos para considerar y gozar de su grandeza.

Tan hermosos y fuertes edificios, tan buen gobierno, tanta provisión, tan de buen precio todo, que casi daba de sí un olor de Italia. En sola una cosa la hallé muy estraña y a mi parecer por entonces a la primera vista muy terrible. Hízoseme dura de digerir y más de poderse sufrir, porque no sabía la causa. Y fue ver cómo, conociendo los hombres la condición de las mujeres, que muy pequeña ocasión les basta para hacer de sus antojos leyes, formando de sombras cuerpos, las quisiesen obligar a que, perdiendo el decoro y respeto que a sus defuntos maridos deben, las dejen ellos puestas de pies en la ocasión o en el despeñadero, de donde a muchas les hacen saltar por fuerza.

Íbame paseando por una espaciosa calle, que llaman el Coso, no mal puesto ni poco picado de una hermosa viuda, moza y al parecer de calidad y rica. Estúvela mirando y estúvose queda. Bien conoció mi cuidado; mas no se dio por entendida ni hizo algún semblante, como si yo no fuera ni allí ella estuviera. Dile más vueltas que da un rocín de anoria, que no somos menos los que solicitamos locuras tales; empero ni ella se mostra[b]a esquiva o desgraciada ni yo le hablé palabra, hasta que a mi parecer, enfadada de verme necio de tan callado, creo diría entre sí: «¿Quién será este tan pintado pandero, que me ha tenido a terrero de puntería dos horas y no ha disparado ni aun abierto la boca?»

Quitóse de allí. Aguardé que volviese a salir, con determinación de perder un virote, para emendar el avieso; empero ¡a esotra puerta! Fuime a la posada y preguntéle al huésped, a el descuido y dándole señas, quién sería o si la conocía, y respondióme:

—Aquesa señora es una viuda, no una, sino muchas veces muy hermosa.

Quise saber en qué modo, y díjome:

–Tiene muchas hermosuras, que cualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por él se deja ver. Eslo también de linaje, por ser de lo mejor de aquesta ciudad. También lo es en riqueza, por haberle quedado mucha suya y de su marido. Y sobre toda hermosura es la de su discreción.

Vi tan llena la medida, que luego temí que había de verter y dije a el huésped:

–¿Cómo sus deudos consienten, si tan principal es, que una señora, y tal, esté con tanto riesgo? Porque juventud, hermosura, riqueza y libertad nunca la podrán llevar por buenas estaciones. ¡Cuánto mejor sería hacerla volver a casar que consentirle viudez en estado tan peligroso!

Y díjome:

–No lo puede hacer sin grande pérdida, pues el día que segundare de matrimonio, perderá la hacienda que de su marido goza, que no es poca, y siendo viuda, será siempre usufrutuaria de toda.

Entonces dije:

–¡Oh dura gravamen! ¡Oh rigurosa cláusula! ¡Cuánto mejor le fuera hacer con esa señora y otras tales lo que algunos y muchos acostumbran en Italia, que, cuando mueren, les dejan una manda generosa, disponiendo que aquello se dé a su mujer el día que se casare, que para eso se lo deja, sólo a fin que codiciosas della tomen estado y saquen su honor de peligro.

Fuelo apretando más en esto y díjome:

–Señor caballero, ¿no ha oído decir Vuestra Merced: «en cada tierra su uso»? Aquesto corre aquí, como esotro en Italia. Cada cuerdo en su casa sabe más que el loco en el ajena.

Volvíle a decir:

–Si acá no hay más ley de aquesa y se dejan gobernar de las de «yo me entiendo», no las apruebo; que por eso también se dijo: «Al mal uso, quebrarle la pierna.» La ley santa, buena y justa se debe fundar sobre razón.

–Esa me parece a mí que la diera muy bien quien supiera della más que yo –me respondió el huésped–; empero la que a mí me parece tener alguna fuerza, que debió mover los ánimos, no fue que la viuda no se casase, mas que siendo viuda no viviese necesitada, y quitarles la ocasión que por el no tener faltasen a su obligación y el usar mal de lo que se instituyó para bien. La culpa es dellas y la pena dellos.

El hombre no me satisfizo. Hice luego discurso, pensando lo que son mujeres, que, si por mal se llevan, son malas; y si por bien, peores y de ninguna manera se dejan conocer. Son el mal y el bien de su casa. Corriendo tropican y andando caen. Su nombre traen consigo: mujer, de mole, por ser blanda, ecepto de condición. Figuráronseme –y perdónenme la humilde comparación– como la paja, que, si en el campo en su natural y en los pajares la dejan, se conserva con el agua y con los vientos; empero, si en algún aposento quieren estrecharla, rompe las paredes. No han de sacar della más de aquel zumo que quisiere dar de sí, como la naranja, o ha de amargar sin ser de provecho. No saben tener medio en lo que tratan y menos en amar o aborrecer, ni lo tuvieron jamás en pedir y desear. Siempre les parece poco lo mucho que reciben y mucho lo poco que dan. Son por lo general avarientas.

Empero con todas estas faltas, desdichada de la casa donde sus faldas faltan. Donde no hay chapines, no hay cosa bien puesta, comida sazónada ni mesa bien aseada. Como el aliento humano sustenta los edificios, que no vengán en ruina y caigan, así la huella de la mujer concertada sustenta la hacienda y la multiplica. Y como el tocino hace la olla y el hombre la plaza, la mujer, la casa.

No es aqueste lugar para tratar sus virtudes; vengo a las mías, que aquel tiempo eran más que las del tabaco. Estúveme un rato entreteniendo con el huésped, que me hacía relación de muchas cosas de aquella ciudad, sus privilegios y libertades, de que iba tan gustoso y tenía

tan suspendido con su buena plática, que no me hacía falta otro buen entretenimiento. ¡Mis pecados, que lo hicieron!

Yo había salido de la mar con un grande romadizo y no se me había quitado. Saqué de la faltriquera un lienzo para sonarme las narices y, cuando lo bajé, mirélo, como suele ser general costumbre de los hombres. El traidor del huésped, como era decidor y gracioso, díjome luego:

–Señor, señor, huya, huya, escóndase presto.

Pobre de mí, pues, como estaba ciscado, a cada paso parecía que me ponían a los cuatro vientos. Apenas me lo dijo, cuando en dos brincos me puse tras de una cortina de la cama. Él, que no sabía mi malicia, parecióle aquello inocencia y riéndose me volvió a decir:

–No tiene gota en los pies. A fe que es bien ligero. Salga Vuestra Merced acá. Quiso Dios que no fue nada. Ya es ido. Bien puede salir seguro.

Salí de allí sin color, el rostro ya difunto. Maravíllome mucho, según mi temor y turbación, con semejante susto cómo no me arronjé por las ventanas a la calle. Salí perdido y aun casi corrido; empero procurélo disimular, por no levantar alguna polvareda que no me viniese a cuento. Preguntéle qué había sido aquello, y díjome:

–Sosiéguese Vuestra Merced y mándeme dar luego un par de sueldos.

Dile un real en los aires y, como lo vi sosegado, riéndose con mucho espacio, le volví a preguntar para qué lo había pedido y qué había pasado. Él, entonando más la risa, el rostro alegre, me dijo:

–Yo, señor, tengo aquí una procuración, sustituida de los administradores del hospital, para cobrar cierto derecho de los que a mi posada vienen y lo deben. De aquí adelante podrá Vuestra Merced andar por todo el mundo con mi cédula, sin que se le haga más molestia ni le pidan otra cosa. Con este real está ya hecho pago de la entrada y tiene licencia para la salida.

Cuando esto me decía, estaba yo de lo pasado y con lo presente tan confuso, que se me pudiera decir lo que a cierta señora hijadalgo notoria que, habiendo casado con un cristiano nuevo, por ser muy rico y ella pobre, viéndose preñada y afligida como primeriza, hablando con otra señora, su amiga, le dijo: «En verdad que me hallo tal, que no sé lo que me diga; en mi vida me vide tan judía.» Entonces la otra señora con quien hablaba le respondió: «No se maraville Vuestra Merced, que trae el judío metido en el cuerpo.»

A fe que yo estaba de manera entonces, que, si la risa y trisca del huésped no me sacara presto de la duda, creo que allí me cayera muerto. Alentóme su aliento, alegróme su alegría y, viéndolo tan de trisca, le dije:

–Ya cuerpo de mí, pues tengo pagada la pena, quiero saber cuál fue mi culpa, que habrá sido rigurosa sentencia de juez condenarme por el cargo que nunca me hizo ni me recibió descargo. Que aún podría ser que, oídas las partes, me volviesen mi dinero. Y si acaso pequé, razón será saber en qué, para poder adelante corregirme.

–Por parecerme Vuestra Merced caballero principal y discreto, le quiero leer el arancel que aquí tengo para la cobranza de las penas con que son castigados los que incurren en ellas. El real es de la entrada para el muñidor. Espere Vuestra Merced un poco, en cuanto vuelvo con él.

Fuese y trujo consigo un libro grande, que dijo ser donde asentaba las entradas de los hermanos, y sacando dél unos pliegos de papel, que tenía sueltos, comencóme a leer unas ordenanzas, de las cuales diré algunas que me quedaron en la memoria, con protestación que hago de poner después con ellas las que más me fueren ocurriendo, y decían así:

Arancel de necesidades

«Nós, la Razón, absoluto señor, no conociendo superior para la reformación y reparo de costumbres, contra la perversa necedad y su porfía, que tanto se arraiga y multiplica en daño

notorio nuestro y de todo el género humano; para evitar mayores daños, que la corrupción de tan peligroso cáncer no pase adelante, acordamos y mandamos dar y dimos estas nuestras leyes a todos los nacidos y que adelante sucedieren, por vía de hermandad y junta para que como tales y por Nós establecidas, las guarden y cumplan en todo y por todo, según aquí se contiene y so la pena dellas.

»Otrosí, porque lo que primero se debe y conviene prevenir para la buena expedición y ejecución de justicia son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga para negocio tan importante y grave, nombramos y señalamos por jueces a la Buena Policía, Curiosidad y Solicitud, nuestros legados, para que, como Nós y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando y castigando, según hallaren por derecho. Y Nós desde aquí señalamos por hermanos mayores desta liga los que fueren celosos, cada uno en su lugar y el que lo fuere más que los otros. Nuestro fiscal será la Diligencia y el muñidor la Fama.

»Primeramente, a los que fueren andando y hablando por la calle consigo mismos y a solas o en su casa lo hicieren, los condenamos a tres meses de necios, dentro de los cuales mandamos que se abstengan y reformen, y, no lo haciendo, les volvemos a dar cumplimiento a tres términos perentorios, dentro de los cuales traigan certificación de su emmienda, pena de ser tenidos por precitos. Y mandamos a los hermanos mayores los tengan por encomendados.

»Los que paseándose por alguna pieza ladrillada o losas de la calle fueren asentando los pies por las hiladas o ladrillos y por el orden dellos, que, si con cuidado hicieren, los condenamos en la misma pena.

»Los que, yendo por la calle, por debajo de la capa sacaren la mano y fueren tocando con ella por las paredes, admítense por hermanos y se les conceden seis meses de aprobación, en que se les manda se reformen, y si lo hicieren costumbre, luego el hermano mayor les dé su túnica y las demás insignias, para ser tenidos por profesos.

»Los que jugando a los bolos, cuando acaso se les tuerce la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que, así como ellos lo hacen lo hará ella, en su pecado morirán: declarámoslos por hermanos ya profesos. Y lo mismo mandamos entenderse con los que semejantes visajes hacen, derribándose alguna cosa. Y con los que llevando máxcaras de matachines o semejantes figuras van por dentro dellas haciendo gestos, como si real y verdaderamente les pareciese que son vistos hacerlos por fuera, no lo siendo. Y con los que los contrahacen sin sentir lo que hacen o, cortando con algunas malas tijeras o trabajando con otro algún instrumento, tuercen la boca, sacan la lengua y hacen visajes tales.

»Los que cuando esperan a el criado habiéndolo enviado fuera, si acaso se tarda, se ponen a las puertas y ventanas, pareciéndoles que con aquello se darán más priesa y llegarán más presto, los condenamos a que se retraten, reconociendo su culpa, so pena que no lo haciendo se procederá contra ellos como se hallare por derecho.

»Los que brujulean los naipes con mucho espacio, sabiendo cierto que no por aquello se les han de pintar o despintar de otra manera que como les vinieron a las manos, los condenamos a lo mesmo. Y por causas que a ello nos mueven, se les da licencia que, sin que incurran en otra pena, sigan su costumbre, con tal condición, que cada vez que viere a el hermano mayor o pasare por su puerta, haga reconocimiento con descubrirse la cabeza.

»Los que cuando están subidos en alto escupen abajo, ya sea por ver si está el edificio a plomo, ya para si aciertan con la saliva en alguna parte que señalan con la vista, los condenamos a que se retraten y reformen dentro de un breve término, pena de ser habidos por profesos.

»Los que yendo caminando preguntan a los pasajeros cuánto queda hasta la venta o si está lejos el pueblo, por parecerles que con aquello llegarán más presto, los condenamos en aquella misma pena, dándoles por penitencia la del camino y la que van haciendo con los

mozos de las mulas y venteros. Lo cual se ha de entender teniendo firme propósito de la emmienda.

»Los que orinando hacen señales con la orina, pintando en las paredes o dibujando en el suelo, ya sea orinando a hoyuelo, se les manda no lo hagan, pena que, si perseveraren, serán castigados de su juez y entregados a el hermano mayor.

»Los que cuando el reloj toca, dejando de contar la hora, preguntan las que da, siéndoles más decente y fácil el contarlas, lo cual procede las más veces de humor colérico abundante, mandamos a los tales que tenga[n] mucha cuenta con su salud y, siendo pobres, que el hermano mayor los mande recoger al hospital, donde sean preparados con algunas guindas o naranjas agrias, porque corren riesgo de ser muy presto modorros.

»Los que, habiendo poco que comer y muchos comedores, por hablar se divierten a contar cuentos, gustando más de ser tenidos por lenguaces, decidores y graciosos, que de quedarse hambrientos, por ser tintos en lana y batanados, los remitimos con los incurables y mandamos que se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados y falta muy poco para ser necesario recogerlos.

»Los que por ser avarientos o por otra cualquier causa o razón que sea, como [no] nazca de fuerza o necesidad –que no se deben guardar leyes en los tales casos–, cuando van a la plaza, compran de lo más malo, por más barato, como si no fuese más caro un médico, un boticario y barbero todo el año en casa, curando las enfermedades que los malos mantenimientos causan, condenámo[s]los en desgracia general de sí mismos, declarándolos, como los declaramos, por profesos, y les mandamos no lo hagan o que serán por ello castigados de los curas, del sacristán y sepulturero de su parroquia, más o menos, conforme a el daño causado de su necedad.

»Los que las noches del verano y algunas en el invierno se ponen con mucho espacio, ya sea en sus corredores y patios, ensillados, ya en ventanas o en otras algunas partes, enfrenados, y de las nubes del aire fueren formando figuras de sierpes, de leones y otros animales, los declaramos por hermanos; empero, si aquel entretenimiento lo hicieren para dar en sus casas lugar o tiempo a lo que algunos acostumbran por sus intereses, para ver el signo de Tauro, Aries y Capricornio, lo cual es torpísimo caso y feo, condenámoslos a que, siendo tenidos por tales hermanos, no gocen de los privilegios dellos, no los admitan en sus cabildos ni se les dé cera el día de su fiesta.

»Los que llevando zapatos negros o blancos, ya sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan o darles lustre, lo hicieren con la capa, como si no fuese más noble y de mejor condición y costosa y, por limpiarlos a ellos, la dejan a ella sucia y polvorosa, los condenamos por necios de vaqueta y, siendo nobles, por de terciopelo de dos pelos, fondo en tonto.

»Los que habiéndose pasado algunos días que no han visto a sus conocidos, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno a el otro: '¿Vivo está Vuestra Merced?' '¿Vuestra Merced en la tierra?', no obstante que sea encarecimiento, los nombramos por hermanos, pues tienen otras más propias maneras de hablar, sin preguntar si está en la tierra o vivo el que nunca fue a el cielo y está presente, y les mandamos poner a los tales una señal admirativa y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

»Los que, después de oída misa y cuando rezan las avemarías, a la campana de alzar o en otra cualquier hora que en la iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones, dicen: 'Beso las manos a Vuestra Merced', aunque se suponga ser en rendimiento de gracias, habiendo dado la cabeza dellos los buenos días o noches, los condenamos por hermanos, y les mandamos que abjuren, a pena de la que siempre traerán consigo, siendo señalados con su necedad, pues en más estiman un 'beso las manos' falso y mentiroso –que ni se las besan ni se las besarían, aunque los viesan obispos, y más las de algunos que las tienen llenas de sarna o lepra, y otros con unas uñas caireladas, que ponen asco mirarlas–, que un 'Dios os dé buenas

noches' o 'buenos días'. Y lo mismo les mandamos a los que responden con esta salva cuando estornuda el otro, pudiéndole decir: 'Dios os dé salud'.

»Los que buscando a uno en su casa y preguntando por él, se les ha respondido no estar en ella y haber ido fuera, vuelven a preguntar: '¿Pues ha salido ya?', dámoslos por condenados en rebeldes contumaces, pues repiten a la pregunta que ya les tienen satisfecha.

»Los que habiéndose llevado medio pie o, por mejor decir, los dedos dél en un canto y con mucha flema, llenos de cólera, vuelven a mirarlo de mucho espacio, los condenamos en la misma pena y les mandamos que la quiten o no la miren, pena que se les agravará con otras mayores.

»Los que sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiese salido perlas dellas y las quisiesen poner en cobro, condenámoslos por hermanos y que cada vez que incurrieren en ello den una limosna para el hospital de los incurables, porque nunca falte quien otro tanto por ellos haga.»

Cuando aquí llegó, me pareció que sólo le faltó la campanilla. Diome tanta risa y el papel era tan largo, que no le dejé pasar adelante y preguntéle:

—Ya, señor huésped, que me ha hecho amistad en avisarme para saber corregirme, dígame agora: ese hospital que dice, ¿dónde está, quién lo administra o qué renta tiene?

Respondióme:

—Señor, como son los enfermos tantos y el hospital era incapaz y pobre, viendo ser los sanos pocos y los enfermos muchos, acordóse que trocasen las estancias, y así es ya todo el mundo enfermería.

—Pues los discretos y cuerdos —le pregunté—, ¿dónde tendrán alojamiento que puedan estar seguros del contagio?

A esto me respondió:

—Uno solo se dice que sea sólo el que no ha enfermado; pero hasta este día no se ha podido saber quién sea. Cada cual piensa de sí que lo es; mas no para que los más estén satisfechos dello. Lo que por nueva cierta puedo dar es que dicen haberse hallado un grandísimo ingeniero, el cual se ofrece a meter en un huevo a cuantos deste mal de todo punto se hubieren hallado limpios y que juntamente con sus personas meterá sus haciendas, heredamientos y rentas y que andarán tan anchos y holgados, que apenas vendrán a juntarse los unos con los otros.

Ya no lo pude sufrir y dije:

—Malicia es ésta y no menos grande que la casa de los necios.

Empero, bien considerado, conocí su verdad, viendo que somos hombres y que todos pecamos en Adán. La conversación pasara más adelante y el arancel se acabara de leer si la noche no viniera tan apriesa. Porque me picaba mucho la viuda y quería dar una vuelta, para ver qué mundo corría por aquellos barrios. Empero, dejando para el siguiente día lo que aquél no dio lugar, pedí un vestidillo galán que tenía y, mi espada debajo del brazo, salí por la ciudad a buscar mis aventuras.

Íbame paseando por la calle muy descuidado que hubiera quien ganármela pudiese, aunque le diera siete a ocho, y al trasponer de una esquina, en unas encrucijadas, encontréme con dos mozuelas, de muy buen talle la una, y la otra parecía su criada. Lleguéme a ellas y no me huyeron. Detúvelas y paráronse. Comencé a trabar conversación y sustentáronla con tanto desenfado y cortesanía que me tenían suspenso. A cuanto a la señora le dije me tuvo los envites, no perdiéndome surco ni dejándome carta sin envite. Comencéme a querer desvolverme de manos, y como a lo melindroso hacía la hembra que se defendía; empero de tal manera, con tal industria, buena maña y grande sutileza que, cuanto en muy breve espacio truje ocupadas las manos por su rostro y pechos, ella con las suyas no holgaba. Que,

metiéndolas por mis faltriqueras, me sacó lo poco que llevaba en ellas. Con aquel encendimiento no lo sentí ni me fuera posible, aun en caso que fuera con cuidado. Porque nunca en tales tiempos hay memoria ni entendimiento; sólo se ocupa la voluntad.

Ella, en el mismo punto, cuando tuvo su hacienda hecha y sacándome importancia hasta cien reales, dijo:

–Mira, hermanito, déjame agora, por tu vida, y haz lo que te dijere, por amor de mí. Aguárdame a la vuelta desta calle por donde venimos, que la segunda casa es la mía. No vamos más de por una poca de labor a una casa cerca de aquí y al momento seré contigo. Luego volveremos y entrarás en mi casa, que no estamos más de yo y mi criada solas, y verás cómo te sirvo de la manera que mandares, y oirásme cantar y tañer, de manera que digas que no has visto mejores manos en tu vida en una tecla. Ponte aquí a esta vuelta, para que no te sientan ir conmigo, que aún soy mujer casada y de buena opinión en el pueblo. No querría perderla; pero parécesme de tal calidad, que cualquiera cosa se puede arriscar por ti.

Creíla todo cuanto me dijo; por tan cierto lo tuve, como en las manos. Hice lo que me mandó; púseme tras la esquina y desde las ocho y media de la noche hasta las once dadas no me quité del puesto, paseando. Todo se me antojaban bultos y que venían; mas así me pudiera estar hasta este día, que nunca más volvió. Cuando ya vi ser tarde, sospeché que tendría su galán y que, habiendo ido a su casa, no la dejaría volver. Culpábala y no mucho, que lo mismo me hiciera yo, si por mis puertas entrara. Vi que no había sido más en su mano, y dije: «'Aún serán buenas mangas después de Pascua'. Esto aquí nos lo tenemos y cierto está. Un día viene tras otro.» Dejéle señalada la puerta y pasé con mi estación adelante, donde me llevaban los deseos. Cuando allá llegué, todo estaba muy sosegado, que ni memoria de persona parecía por toda la calle ni en puerta o ventana.

Estuve mirando y asechando por una parte y otra. Di vueltas, hice ruido, tosí, desgarré; mas como si no fuera. Ya después de buen rato, cuando cansado de pasear y esperar me quise volver a la posada, desesperado de cosa que bien me sucediese, salió a una ventana pequeña un bulto, a el parecer y en la habla de mujer, cuyo rostro no vi ni, cuando lo viera, pudiera dar fe dél, por hacer tan oscuro. Comencéle a decir mocedades –o necedades, que no eran ellas menos– y díjome no ser ella con quien yo pensaba que hablaba, sino criada suya, fregona de las ollas. Sea quien hubiere sido, tan bien hablaba, de tal manera me iba entreteniendo, que me olvidé por más de dos horas, pareciéndome un solo momento.

Veis aquí, si no lo habéis por enojo, cuando a cabo de rato sale un gozque de Bercebut, que debía de ser de alguna casa por allí cerca, y comenzónos a dar tal batería, que no me fue posible oír ni entender más alguna palabra. La ventana estaba bien alta, la mujer hablaba paso, corría un poco de fresco. Tanto ladraba el gozque y tal estruendo hacía, que, pensándolo remediar, busqué con los pies una piedra que tirarle y, no hallándola, bajé los ojos y devisé por junto de la pared un bulto pequeño y negro. Creí ser algún guijarro. Asílo de presto; empero no era guijarro ni cosa tan dura. Sentíme lisiada la mano. Quísela sacudir y dime con las uñas en la pared. Corrí con el dolor con ellas a la boca y pesóme de haberlo hecho. No me vagaba escupir. Acudí a la faltriquera con esotra mano para sacar un lienzo; empero ni aun lienzo le hallé. Sentíme tan corrido de que la mozueta me hubiese burlado, tan mohíno de haberme así embarrado, que, si los ojos me saltaban del rostro con la cólera, las tripas me salían por la boca con el asco.

Quería lanzar cuanto en el cuerpo tenía, como mujer con mal de madre. Tanto ruido hice, tanto dio el perro en perseguirme, que a la mujer le fue forzoso recogerse y cerrar su ventana y a mí buscar adonde lavarme. Arrastré los dedos por las paredes como más pude y mejor supe. Fuime con mucho enojo a la posada, con determinación de volver la noche siguiente a los mismos pasos, por si acaso pudiera encontrarme con aquella buena dueña que nos vendió el galgo.

Capítulo II

Sale Guzmán de Alfarache de Zaragoza; vase a Madrid, adonde hecho mercader lo casan. Quiebra con el crédito, y trata de algunos engaños de mujeres y de los daños que las contraescrituras causan, y del remedio que se podría tener en todo

Luego que a casa llegué, me fui derecho a el pozo y, fingiendo quererme refrescar, porque mi criado no sintiera mi desgracia, le hice sacar dos calderos de agua. Con el uno me lavé las manos y con el otro la boca, que casi la desollé y no estaba bien contento ni satisfecho de mí. En toda la noche no pude cobrar sueño, considerando en la verdad que la mujer me había confesado, que me acordaría de sus manos para en toda mi vida.

Ved si la dijo, pues aún hago memoria dellas para los que de mí sucedieren. Yo aseguro que no se hizo tanta de las de la griega Helena ni de la romana Lucrecia. Cuando daba en esto, la conversación de la otra me destruía. Quería olvidarlo todo y acudía por el otro lado la memoria del guijarro; alterábaseme otra vez el estómago. ¿Qué ha de ser esto desta noche? ¿Cuándo habemos de acabar con tantos? Que si de una parte me cerca Duero, por otra Peñatajada.

Decía, considerando entre mí: «Si aquesta pequeña burla, no más de por haberlo sido, la siento tanto, ¿cómo lo habrán pasado mis parientes con la pesada que les hice? ¿Cuando aquesto así duele, qué hará con guindas?»

Ya lo pasaba en esto, ya en lo que había de hacer el siguiente día, cómo y de qué me había de vestir; si había de arrojar la cadena del día de Dios, de las fiestas terribles; por dónde había de pasear, qué palabras me atrevería [a] decir para moverla, o qué regalo le podría enviar con que obligarla.

Luego volvía diciendo: «¿Si mañana hallase aquella mozuela, qué le haría? ¿Pondríale las manos? No. ¿Quitaréle lo que llevare? Tampoco. Pues tratar su amistad, menos.» Pues decíame yo a mí: «¿Para qué la quiero buscar? Ya conozco las buenas y diestras manos que trae por la tecla. Váyase con Dios. Allá se lo haya Marta con sus pollos. Que a fe que si le sobrara, que no se pusiera en aquel peligro.»

Mirábame a mí, conocíame, volvía considerando a solas: «¿Cuáles quejas podrá dar el carnicero lobo del simple cordero? ¿Qué agua le pone turbia, para que tanto dél se agravie? No puedo traer en una muy valiente acémila el oro, plata, perlas, piedras y joyas, que traigo robadas de toda Italia, ¡y acuso a esta desdichada por una miseria que me llevó, quizá forzada de necesidad! ¡Oh condición miserable de los hombres, qué fá[ci]lmente nos quejamos, cuán de poco se nos hace mucho y cómo muy mucho lo criminamos! ¡Oh majestad inmensa divina, qué mucho te ofendemos, qué poco se no[s] hace y cuán fácilmente lo perdonas! ¡Qué sujeción tan avasallada es la que tienen los hombres a sus pasiones propias! Y pues lo mejor de las cosas es el poderse valer dellas a tiempo, y conozco que se debe tener tanta lástima de los que yerran, como envidia de los que perdonan, quiéromela tener a mí. Allá se lo haya: yo se lo perdono.»

Así me amaneció. Ya la luz entraba escasamente por unas juntas de ventanas, cuando también por ellas pareció haber entrado un poco de sueño. Dejéme llevar y traspúseme hasta las nueve, sin decir esta boca es mía. No tanto me holgué por haber dormido, como de quedar dispuesto a poder velar la noche siguiente, sin quedar obligado a pagar por fuerza el censo en lo mejor de mi gusto, si acaso acertara otra vez a cobrarlo.

Levantéme satisfecho y deseoso. Fuime a misa, visité la imagen de Nuestra Señora del Pilar, que es una devoción de las mayores que hoy tiene la cristiandad. Gasté aquel día en

paseos. Vi mi viuda, que saliendo a la ventana, se puso en el balcón a lavar las manos. Quisiera que aquellas gotas de agua cayeran en mi corazón, para si acaso pudieran apagar el fuego dél. No me atreví a hablar palabra. Púseme a una esquina. Miréla con alegres ojos y rostro risueño. Ella se rió y, hablando con las criadas que allí estaban dándole la toalla con la fuente y jarro, sacaron las cabezas afuera y me miraron.

Ya con esto me pareció hecho mi negocio. Atiesé de piernas y pecho y, levantado el pescuezo, dile dos o tres paseos, el canto del capote por cima del hombro, el sombrero puesto en el aire y llevando tornátiles los ojos, volviendo a mirar a cada paso, de que no poco estaban risueñas y yo satisfecho. Tanto me alargué, tan descompuesto anduve, como si fuera negocio hecho y corriera la casa por mi cuenta, y a todo esto estuvo siempre queda, sin quitarse de la ventana.

Paseábanla muchos caballeros de muy gallardos talles y bien aderezados; empero, a mi juicio, ninguno como yo. A todos les hallé faltas, que me parecían en mí ventajas y sobras. A unos les faltaban los pies, y piernas a otros; unos eran altos, otros bajos, otros gordos, otros flacos, los unos gachos y otros corcovados. Yo sólo era para mí el solo, el que no padecía ecepción alguna y en quien estaba todo perfeto y sobre todo más favorecido, porque a ninguno mostró el semblante que a mí. Acercóse la noche, levantóse de la ventana, volvió la vista hacia donde yo estaba y entróse adentro.

Fuime a la posada, rico y pensativo en lo que había de hacer. Quiso venir el huésped a tenerme conversación; pero, como ya de nada gustaba más de mis contemplaciones, díjele que me perdonase, que me importaba ir fuera. Cené y, tomando mi espada, salí de casa en demanda de mi negocio.

Veréis cuál sea la mala inclinación de los hombres, que con haber hecho aquel discurso en favor de la mujer que me llevó aquella miseria, me picaban tábanos por hallarla y di cien vueltas aquella noche por la propia calle, pareciéndome que pudiera ser volver a verla otra vez en el mismo puesto, sin saber por qué o para qué lo hacía, mas de así a la balda, hasta hacer hora. Ya, cuando vi que lo era, fuime mi calle adelante, y a el entrar en la del Coso, por una encrucijada casi frontera de la casa de mi dama, devisé desde lejos dos cuadrillas de gente, unos a la una parte y otros a la otra.

Volvíme a retirar adentro y, parado a una puerta, consideraba: «Yo soy forastero. Esta señora tiene las prendas y partes que todo el mundo conoce. Pues a fe que no está la carne en el garabato por falta de gato. No es mujer ésta para no ser codiciada y muy servida. Éstos aquí no están esperando a quien dar limosna. Yo no sé quién son o lo que pretenden, si son amigos y todos una camarada, o si alguno dellos es interesado aquí. Si me cogen por desgracia en medio, no digo yo manteado, acribillado y como del coso agarrochado, por ventura me dejaran muerto. La tierra es peligrosa, los hombres atrevidos, las armas aventajadas, ellos muchos, yo solo. Guzmán, ¡guarte no sea nabo! Y si son enemigos y quieren sacudirse, yo no los he de poner en paz; antes he de sacar la peor parte, ya sea por aquí, ya por allí. Volvámonos a casa, que es lo más cierto. Más a cuento me viene mirar por mis baúles y salirme de lugar que no conozco ni soy conocido. Que a quien se muda, Dios le ayuda.»

Di la vuelta en dos pies y en cuatro trancos llegué a mi posada. Recogíme a dormir con mejor gana y menos penas que la noche pasada. Que verdaderamente no hay así cosa que más desamartele, que ver visiones. Desta manera me determiné a salir de allí el siguiente día y así lo hice.

Víneme poco a poco acercando a Madrid, y, cuando me vi en Alcalá de Henares, me detuve ocho días, por parecerme un lugar el más gracioso y apacible de cuantos había visto después que de Italia salí. Si la codicia de la Corte no me tuviera puestas en los pies alas, bien creo que allí me quedara, gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provisión, de tantos agudísimos ingenios y otros muchos entretenimientos. Empero, como Madrid era patria común y tierra larga, parecióme no dejar un mar por el arroyo. Allí al fin

está cada uno como más le viene a cuento. Nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro. Esto me arrastró, allá me fui.

Estaba ya todo muy trocado de como lo dejé. Ni había especiero ni memoria dél. Hallé poblados los campos; los niños, mozos; los mozos, hombres; los hombres, viejos, y los viejos, fallecidos; las plazas, calles, y las calles muy de otra manera, con mucha mejoría en todo. Aposentéme por entonces muy a gusto, y tanto, que sin salir de la posada estuve ocho días en ella divertido con sólo el entretenimiento de la huéspeda, que tenía muy buen parecer, era discreta y estaba bien tratada.

Hízome regalar y servir los días que allí estuve con toda la puntualidad posible. En este tiempo anduve haciendo mi cuenta, dando trazas en mi vida, qué haría o cómo viviría. Y al fin de todas ellas vence la vanidad. Comencé mi negocio por galas y más galas. Hice dos diferentes vestidos de calza entera, muy gallardos. Otro saqué llano para remudar, pareciéndome que con aquello, si comprase un caballo, que quien así me viera, y con un par de criados, fácilmente me compraría las joyas que llevaba. Púselo por obra. Comencé a pavonear y gastar largo. La huéspeda no era corta, sino gentil cortesana. Dábame cañas a las manos en cuanto era mi gusto.

Aconteció que, como frecuentasen mi visita muchas de sus amigas, una dellas trujo en su compañía una muchachuela de muy buena gracia, hermosa como un ángel y, con ser tan por extremo hermosa, era mucho más vellosa. Hícele el amor; mostróse arisca. Dádivas ablandan peñas. Cuanto más la regalé, tanto más iba mostrándoseme blanda, hasta venir en todo mi deseo. Continué su amistad algunos días, en los cuales nunca cesó, como si fuera gotera, de pedir, pelar y repelar cuanto más pudo, tan sutil y diestramente cual si fuera mujer madrigada, muy cursada y curtida; empero bastábale la dotrina de su madre. Pidióme una vez que le comprase un manteo de damasco carmesí, que vendía un corredor a la Puerta del Sol, con muchos abollados y pasamanos de oro, y no querían por él menos de mil reales. Pareciéndome aquello una excesiva libertad (porque, aunque me tenía un poco picado, no lo había hecho tan mal con ella que ya no le hubiese dado más de otros cien escudos y que, si así me fuese dejando cargar a su paso, en tres boladas no quedara bolo enhiesto), no se lo di. Enojóse: no se me dio nada. Sintióse: dime por no entendido. Indignáronse madre y hija: callé a todo, hasta ver en qué paraba. No me vinieron a visitar ni yo las envié a llamar. Entraron en consejo con mi huéspeda, que fueron todas el lobo y la vulpeja y tres al mohíno.

Veis aquí, cuando a mediodía estaba comiendo muy sin cuidado de cosa que me lo pudiera dar, donde veo entrar por mi aposento un alguacil de corte. «¡Ah cuerpo de tal! Aquí morirá Sansón y cuantos con él son. Mi fin es llegado», dije. Levantéme alborotado de la mesa y el alguacil me dijo:

–Sosiéguese Vuestra Merced, que no es por ladrón.

–«Antes no creo que puede ser por otra cosa» –dije entre mí–. ¿Ladrón dijistes? Creí que lo decía por donaire y por esa causa quería prenderme.

Turbéme de modo, que ni acertaba con palabra ni sabía si huir, si estarme quedo. Teníanme tomada la puerta los corchetes, la ventana era pequeña y alta de la calle. No pudiera con tanta facilidad arronjarme por ella, que primero no me cogieran y, cuando pudiera escapar de sus manos, me matara. Últimamente, con toda mi turbación, como pude le pregunté qué mandaba. Él, con la boca llena de risa y muy sin el cuidado que yo estaba, metiendo la mano en el pecho sacó dél un mandamiento en que me mandaban prender los alcaldes por lo que ni comí ni bebí.

«Por estrupo» –diréis–. «Válgate la maldición por hembra, y a mí, si sé lo que te pides y no mientes como cien mil diablos.» Juréle ser falsedad y testimonio. El alguacil, riéndose, me dijo que así lo creía; empero que no podía exceder del mandamiento ni soltarme. Que tomase la capa y me fuese con él a la cárcel. Vime desbaratado. Yo tenía los baúles cuales ya podrás imaginar. Mis criados no eran conocidos. Estaba en posada, donde me habían hecho la

cama y quizá para tener achaque de robarme. Si allí los dejaba, quedaban como en la calle, y, si los quería sacar, no sabía dónde ponerlos. Pues ir a la cárcel es como los que se van a jugar a la taberna en la montaña, que comienzan por los naipes y acaban borrachos con el jarro en las manos. Pensando ir por poco, pudiera ser salir por mucho.

Estaba que no sabía lo que hacerme. Aparté a solas a el alguacil. Roguéle que por un solo Dios no permitiese mi perdición. Díjele que aquella hacienda quedaba en riesgo y perdida; que diese traza cómo no se me hiciese agravio, porque me robarían y que sólo aqueso había sido el intento de aquella gente. Era hombre de bien, que no fue pequeña ventura, discreto, cortesano; sabía mi verdad, como quien conocía bien a la parte. Prometí de pagárselo muy a su gusto. Díjome que no tuviese pena, que haría lo que pudiese por servirme. Dejó allí los criados en mi guarda y salió a buscar a la parte, que habían con él venido y estaban en el aposento de la huéspeda. Fue y volvió con unos y otros medios.

Amenazólas que, si no lo hacían, había de jurar en mi favor la verdad y descubrir la bellaquería, si no se contentaban con lo que fuese bueno. Ellas, que vieron su pleito mal parado, lo dejaron todo en sus manos y concertónos en dos mil reales, que le fue por juramento a la madre que le había de pagar el manteo con el doblo y no la tendría contenta. Mas yo sé que lo quedó, porque no se lo debía. Paguéselos y, yéndonos a el oficio del escribano, se bajaron de la querella.

Costóme todo hasta docientos ducados y en media hora lo hicimos noche; mas no tuve aquélla en la posada ni más puse pie de para sacar mi hacienda y al punto alcé de rancho. Fuime a la primera que hallé, hasta que busqué un honrado cuarto de casa con gente principal. Compré las alhajas que tuve necesidad y puse mis pucheros en orden.

Cuando andaba en esto, encontréme una mañana con el mismo alguacil en las Descalzas y, después de haber ambos oído una misma misa, nos hablamos y juréle por el Sacramento que allí estaba que tal cargo no tuve aquella mujer, y díjome:

—Caballero, no es necesario ese juramento para lo que yo sé, cuanto más para lo que aquí es muy público. Yo conozco aquella mozuela, y con esta demanda que puso a Vuestra Merced son tres las querellas que ha dado en esta Corte por el mismo negocio. Dio la primera ante el vicario de la villa, de un pobre caballero de epístola, que vino aquí a cierto negocio. Era hijo de padres honrados y ricos. El cual, por bien de paz, les dejó en las uñas hasta la sotana y se fue, como dicen, en camisa. Después lo pidieron otra vez en la villa, querellándose a el teniente de un catalán rico, de quien también pelaron lo que pudieron; pero éste jurada se la tiene, que no le dejará la manda en el testamento. Agora se querelló, a los alcaldes, de Vuestra Merced, y si no fuera por parecerme de menor inconveniente pagarles aquel dinero que consentirse ir preso dejando su hacienda desamparada, verdaderamente no lo consintiera, hiciera mi oficio; empero del mal el medio. Que, aunque sin duda Vuestra Merced saliera libre, no pudiera ser con tanta brevedad, que no pasase algún tiempo en pruebas y respuestas. Con esto escusamos prisiones, grillos, visitas, escribanos, procuradores, daca la relación, vuelve de la relación. Que todo fuera dilación, vejación y desgusto. Más barato se hizo de aquella manera y con menos pesadumbre.

»Lo que como hidalgo y hombre de bien puedo a Vuestra Merced asegurar es que he servido a Su Majestad con esta vara casi veinte y tres años, porque va ya en ellos. Y que de todos cuantos casos he visto semejantes a éste, no he sabido de tres en más de trecientos, que se hayan pedido con justicia; porque nunca quien lo come lo paga o por grandísima desgracia. Siempre suele salir horro el dañador y después lo echan a la buena barba. Siempre suele recambiar en un desdichado, de quien pueden sacar honra y dineros o marido a propósito para sus menesteres. Él es como la seca, que el daño está en el dedo y escupe debajo del brazo. La causa es porque o luego el delincuente huye o es persona tal a quien sería de poca importancia pedirlo. Estas mozuelas ándanse por esas calles o en casa de sus amigas o en las de sus padres. Entra en la cocina el mozo, tiene lugar de hablarlas y ellas de responderle. Ambos están de las puertas adentro. Sóbrales el tiempo, no les falta gana, llega la ocasión y dejan

asentada la partida. Y como sucede las más veces aquesto con gente pobre y luego él, en oliendo el tocino, se sale de casa y no parece, cuando los padres lo alcanzan a saber, para no quedarse sin el fruto de sus trabajos, danle una fraterna y ellos mismos andan después a ojeo y la echan a la mano a persona tal, que saquen costo y costas de su mercadería. Y así viene quien menos culpa tiene a lavar la lana.

Entonces le pregunté:

—Pues dígame Vuestra Merced, suplícole, si nunca los tales casos acontecen sino a solas, ¿quién hay que jure con verdad, si ella no da gritos para que se vea la fuerza y acude gente que los halle a entrambos en el acto?

Respondióme:

—No es necesario ni en tales casos piden a el testigo que diga si los vio juntos, que sería infinito. Basta que depongan que los vieron hablar y estar a solas, que la besó, que los vieron abrazados o de las puertas adentro de una pieza, o tales actos que se pueda dellos presumir el hecho. Porque con esto y la voz que ella misma se pone de haber sido forzada, hallándola ya las matronas como dice, bastan para prueba. Yo vi en esta corte un caso muy riguroso y el mayor que Vuestra Merced habrá oído. Aquí estuvo una dama muy hermosa y forastera, la cual venía ladrada de su tierra, no con otro fin que a buscar la vida. Tratóse como doncella y en ese hábito anduvo algunos días. Pretendióla cierto príncipe y, habiéndole hecho escritura por ochocientos ducados, en que con él concertó su honor, diciendo quererlos para su casamiento, no pagándoselos a el plazo, ejecutó y cobró. Después de allí a pocos años, que no pasaron cuatro, siendo favorecida de cierto personaje, hizo un escabeche, con que, habiendo tratado con cierto extranjero, querelló dél. Y alegando el reo contra ella la escritura original y la paga del interés, lo condenaron y pagó. Allí dijo que no hubo, que sí hubo. En resolución, la mujer en cada lugar cobraba dos y tres veces lo que no vendía, y desta manera pasaba. Vuestra Merced no se tenga por mal servido en lo hecho, porque libró muy bien. Que a fe que los testigos decían ensangrentados, aunque no lo quedó ella.

Despedímonos y fuese. Yo quedé admirado de oír semejante negocio. De allí me fui deslizano poco a poco en la consideración de cuán santa, cuán justa y lícitamente había proveído el Santo Concilio de Trento sobre los matrimonios clandestinos. ¡Qué de cosas quedaron remediadas! ¡Qué de portillos tapados y paredes levantadas! Y cómo, si la justicia seglar hiciera hoy otro tanto en casos cual el mío, no hubiera el quinto ni el diezmo de las malas mujeres que hay perdidas. Porque real y verdaderamente, hablándola entre nosotros, no hay fuerza, sino grado. No es posible hacerla ningún hombre solo a una mujer, si ella no quiere otorgar con su voluntad. Y si quiere, ¿qué le piden a él?

Diré lo que verdaderamente aconteció en un lugar de señorío en el Andalucía. Tenía un labrador una hija moza, de quien se enamoró un mancebo, hijo de vecino de su pueblo, y, habiéndola gozado, cuando el padre della lo vino a saber, acudió a una villa, cabeza de aquel partido, a querellarse del mozo. El alcalde tuvo atención a lo que decían y, después de haber el hombre informádole muy a su placer del caso, le dijo: «¿Al fin os querelláis de aqueese mozo, que retozó con vuestra muchacha?» El padre dijo que sí, porque la deshonoró por fuerza.

Volvió el alcalde a preguntar: «Y decidme, ¿cuántos años tiene él y ella?» El padre le respondió: «Mi hija hace para el agosto que viene veinte y un años y el mozuelo veinte y tres.»

Cuando el alcalde oyó esto, enojado y levantándose con ira del poyo, le dijo: «¿Y con eso venís agora? ¡Él de veinte y tres y ella de veinte y uno! Andá con Dios, hermano. ¡Ved qué gentil demanda! Volvedos en buen hora, que muy bien pudieron herlo.»

Si así se les respondiese con una ley en que se mandase que mujer de once años arriba y en poblado no pudiese pedir fuerza, por fuerza serían buenas. No hay fuerza de hombre que le valga, contra la que no quiere. Y cuando una vez en mil años viniese a ser, no se había de componer a dinero ni mandándolos casar —salvo si no le dio ante testigos palabras dello—, no

había de haber otro medio que pena personal, según el delito, y que saliese a la causa el fiscal del rey, para que no pudiese haber ni valiese perdón de parte. Yo aseguro que desta manera ellos tuvieran miedo y ellas más vergüenza. Porque quitándoles esta guarida, desconfiadas, no se perderían. Si fue su voluntad, ¿qué piden? Si no tienen, que no engañen.

Aquí entra luego la piedad y dice: «¡Oh!, que son mujeres flacas, déjanse vencer, por ser fáciles en creer y falsos los hombres en el prometer: deben ser favorecidas.» Esto es así verdad; empero, si supiesen que no lo habían de ser, sabríanse mejor guardar. Y aquesta confianza suya las destruye, como la fe sin obras, que tiene millares en los infi[e]rnos. Ninguna se fíe de hombre. Prometen con pasión y cumplen con dilación y sin satisfacción. Y la que se confiare, quéjese de sí, si la burlare.

Prenden a un pobreto, como yo he visto muchas veces revolverse dos criados en una casa, y, estando ella como gusano de seda de tres dormidas con quien ha querido, cuando el amo los halla juntos, prende a el desdichado que ni comió nata ni queso, sino sólo el suero que arronjan a los perros. Tiénenlo en la cárcel, hasta que ya desesperado lo hacen que se case con ella, porque lo condenan en pena pecuniaria, que, vendidos él y todo su linaje, no alcanzan para pagarla. Cuando se ve perdido y cargado de matrimonio, quítale a bofetadas lo que tiene. Vanse uno por aquí y el otro por allí. Él se hace romero y ella ramera. Ved qué gentil casamiento y qué gentil sentencia. ¡Oh! si sobre aquesto se reparase un poco, no dudo en el grande provecho que dello resultase.

Pagué lo que no pequé, troqué lo que no comí. Puse mi casa, recogíme con lo que tenía, porque temía no me sucediese con otra huésped a lo que con la pasada. Y porque también recelaba que aquel collar y cinta que me había enviado el tío, siendo piezas de tanto valor, pudieran ser por la fama descubiertas, quíseme retirar a solas a mi casa y en parte donde con secreto pudiese deshacerlo. Así lo hice. Desclavé las piedras a punta de cuchillo, quité las perlas, puse cada cosa de por sí. Metí en un grande crisol todo el oro, no de una vez, que no cupo, sino en seis o siete, y así lo fundí, yéndolo aduzando con un poco de solimán, que yo sabía un poquito del arte. Y teniendo un riel prevenido, lo fue de mi espacio haciendo barretas.

Parecióme cordura que por sus hechuras no quedase deshecha la mía, y tuve por mejor perderlas que perderme. Híceme tratante con aquellas piedras, informándome muy bien primero del valor dellas y de cada una, haciéndolas engastar en cruces, en sortijas, en arracadas y otras joyas, donde mejor se podían acomodar, diferenciado el engaste. De manera que con el oro mismo y las propias piedras hice diferentes piezas, que unas vendidas, otras fiadas a desposados, y rifadas muchas, perdí muy poco de lo que de otra manera se pudiera ganar y con menos pesadumbre de riesgo.

Mi caudal crecía, porque ya me había hecho muy gentil mohatrero. Crédito no me faltaba, porque tenía dinero. Dábanse junto a mi casa unos solares para edificar. Parecióme comprar uno, por tener una posesión y un rincón propio en que meterme, sin andar cada mes con las talegas de las alcomenías a cuestras, mudando barrios. Concertéme, paguélo en reales de contado y cargáronme dos de censo perpetuo en cada un año. Labré una casa, en que gasté sin pensarlo ni poderme volver atrás más de tres mil ducados. Era muy graciosa y de mucho entretenimiento. Pasaba en ella y con mi pobreza como un Fúcar. Y así acabara, si mi corta fortuna y suerte avarienta no me salieran a el encuentro, viniéndose a juntar el tramposo con el codicioso.

Como mi casa estaba tan bien puesta, mi persona tan bien tratada y mi reputación en buen punto, no faltó un loco que me codició para yerno. Parecióle que todo yo era de comer y que no tenía dentro ni pepita que desechar. Aun ésta es otra locura, casar los hombres a sus hijas con hijos de padres no conocidos. Mirá, mirá, tomá el consejo de los viejos: «A el hijo de tu vecino mételo en tu casa.» Sabes qué mañas, qué costumbres tiene, si tiene, si sabe, si vale; y no un venedizo, que pudieran otro día ponérselo desde su casa en la horca, si acaso lo conocieran.

Era también mohatrero como yo, que siempre acude cada uno a su natural. Tanto se me vino a pegar, que me llegó a empegar. Casóme con su hija y otra no tenía. Estaba rico. Era moza de muy buena gracia. Prometi[ó]me con ella tres mil ducados. Dije de sí.

Él, como era vividor, sólo buscaba hombre de mi traza, que supiese trafagar con el dinero. Y en aquesto tuvo razón, porque mucho más vale un yerno pobre que sepa ser vividor, que rico y gran comedor. Mejor es hombre necesitado de dineros, que dineros necesitados de hombre.

Aqueste se aficionó de mí. Tratáronse los conciertos y efetuáronse las bodas. Ya estoy casado, ya soy honrado. La señora está en mi casa muy contenta, muy regalada y bien servida. Pasáronse algunos días, y no fueron muchos, cuando, llevándonos mi suegro un domingo [a] comer a su casa, después de alzadas mesas, que nos quedamos los tres a solas, díjome así:

—Hijo, como ya con los años he pasado por muchos trabajos y veo que sois mozo y estáis a el pie de la cuesta, para que lleguéis a lo alto della descansado y no volváis a caer desde la mitad, os quiero dar mi parecer, como quien tanto es interesado en vuestro bien; que de otra manera, no tenía para qué daros parte de lo que pretendo. Lo primero habéis de considerar que, si un maravedí sacardes del caudal con que tratáis, que se os acabará muy presto, cuando sea muy grueso. También habéis de hacer cómo con vuestro buen crédito paséis adelante. Y, si habéis de ser mercader, seáis mercader, poniendo aparte todo aquello que no fuere llaneza, pues no se negocia ya sino con ella y con dinero: cambiar y recambiar. Yo procuraré iros dando la mano cuanto más pudiere siempre. Y porque, lo que Dios no quiera, si alguna vez diere vuelta el dado y no viniere la suerte como se desea, purgaos en salud, preveníos con tiempo de lo que os puede suceder. Otorgaránse luego dos escrituras y dos contraescrituras. La una sea confesando que me debéis cuatro mil ducados, que os presté, de la cual os daré luego carta de pago como la quisierdes pintar. Y ambas las guardaremos para si fueren menester; aunque mucho mejor sería que tal tiempo nunca llegase ni lo viésemos por nuestra puerta. La otra será: yo haré que os venda mi hermano quinientos ducados que tiene de juro en cada un año y haráse desta manera. No faltará un amigo cajero, que por amistad haga muestra del dinero, para que pueda el escribano dar fe de la paga, o ahí lo tomaremos y nos lo prestarán en el banco a trueco de cincuenta reales. Y cuando se haya otorgado la escritura de venta, vos le volveréis a dar a él poder en causa propia, confesando que aquello fue fingido; mas que real y verdaderamente siempre los quinientos ducados fueron y son suyos.

Parecióme muy bien, por ser cosa que pudiera importar y nunca dañar. Hízose así como lo trazó el maestro y como aquel que de bien acuchillado sabía cómo se había de preparar el atutia, pues ya tenía el camino andado y con la misma traza se había enriquecido.

Desta manera fui negociando algún tiempo, siendo siempre puntual en todo. Y como la ostentación suele ser parte de caudal por lo que a el crédito importa, presumía de que mi casa, mi mujer y mi persona siempre anduviésemos bien tratados y en mi negociación ser un reloj. Era la señora mi esposa de la mano horadada y taladrada de sienes. Yo por mi negocio le comencé a dar mano y ella por el suyo tomó tanta, que con sus amigas en banquetes, fiestas y meriendas, demás de lo exorbitante de sus galas y vestidos, con otros millares de menudencias, que como rabos de pulpos cuelgan de cada cosa destas, juntándose con la carestía que sucedió aquellos primeros años y la poca corresponsión que hubo de negocios, ya me conocí flaqueza, ya tenía váguídos de cabeza y estaba para dar conmigo en el suelo. Faltaba muy poco para dejarme caer a plomo.

Nadie sabe, si no es el que lo lasta, lo que semejante casa gasta. Si en este tiempo se hiciera la ley en que dieron en Castilla la mitad de multiplicado a las mujeres, a fe que no sólo no se lo dieran, empero que se lo quitaran de la dote. Debían entonces de ayudarlo a ganar; empero agora no se desvelan sino en cómo acabarlo de gastar y consumir.

Hacienda y trato tenía yo solo para ser brevemente muy rico, y con la mujer quedé pobre. Como sólo mi suegro sabía tan bien como yo el debe y ha de haber de mi libro, no me

faltaba el crédito, porque todos creyeron siempre que aquellos quinientos ducados eran míos. Con aquella sombra cargué cuanto más pude, hasta que, no pudiendo sufrir el peso, me asenté como edificio falso.

Llegábase ya el tiempo de las pagas, que, aunque siempre corre, para los que deben vuela y es más corto. Vime apretado. No podía sosegar ni tener algún reposo. Fuime a casa de mi suegro a darle cuenta de mi cuidado. Él me alentó cuanto más pudo, diciendo que no desmayase, pues teníamos el remedio a las manos, de puertas adentro de nuestra casa.

Tomó la capa y fuímonos mano a mano los dos a el oficio de un escribano de provincia, grande amigo suyo, y llevándolo a Santa Cruz, que es una iglesia que está en la misma plaza, frontero de la cárcel y de los oficios, allí le hicimos en secreto relación del caso. Y dijo mi suegro:

—Señor N., este negocio le ha de valer a Vuestra Merced muchos ducados, y en la pesadumbre pasada que yo tuve bien sabe que no me llevó blanca ni derechos algunos de los que me tocaban en cuanto el pleito duró. Mi yerno debe por otra escritura, primera que la mía, mil ducados, y está presentada y hechas diligencias en otro oficio; empero queremos que todo pase ante Vuestra Merced y en esta consideración ha de tratarnos como a sus amigos y servidores. Que yo quiero, no sólo [no] dejar de satisfacer esta merced, empero aquí mi hijo, el día que saliere, dará para guantes docientos escudos y yo quedo por su fiador.

El escribano dijo:

—Haráse todo de la manera que Vuestra Merced fuere servido. Preséntese luego esa escritura de los cuatro mil ducados y concertaremos la décima con un amigo a quien daremos cuenta desta pretensión, para que lo haga por cualquiera cosa que le demos, y lo más déjese a mi cargo.

Mi suegro presentó su obligación y lleváronme preso. Ejecutóme toda la hacienda. Salió luego mi mujer con su carta de dote, con que ocuparon tanto paño, que faltaba mucho para cumplir el vestido. Porque, habiéndose ambos echado sobre la casa, obligaciones y muebles, no quedó ni se halló en qué hincar el diente, que joyas y dineros ya los teníamos puestos en cobro. Cuando me vieron mis acreedores preso, acudió cada uno, embargándome por lo que le tocaba, presentando sus escrituras y contratos ante diferentes escribanos; empero, saliento a esto el nuestro, pidió que como a originario se habían todos de acumular a el que pasaba en su oficio, por ser el más antiguo y donde primero se pidió. Así lo mandaron los alcaldes, viendo ser cosa justificada.

Como vieron el mal remedio que con mis bienes tenían, acudieron luego a embargar los quinientos ducados de renta. Salió su dueño y defendiólos. Dijo el tío de mi mujer ser suyos. Comenzóse a trabar sobre todo un pleitecillo que pasaba de mil y quinientas hojas, así escrituras de obligaciones como testamentos, particiones, poderes y otra multitud grande que se vino a juntar de papeles. Cada uno que lo pedía para llevarlo a su letrado, como había de pagar a el escribano tantos derechos, temblaba. Pagábanlo unos; empero había otros que, viendo el pleito mal parado y metido a la venta la zarza, no lo querían y deseaban que se diesen medios en la paga, por no hacer más costas y echar la sogá tras el caldero.

Vían que ya una vez puesto en aquello, no habían de salir con ello; antes me ayudaban a negociar, por ser el daño inremediable de otra manera. Pedí esperas por diez años. Fuéronmelas concediendo algunos. Juntóseles luego mi suegro y, como cargó a su parte la mayor, hicieron a los menos pasar por lo que los más; con que salí de la cárcel, quedando el escribano el mejor librado.

Deste bordo, aunque me puse braguero, fue de plata. Quedéme con mucha hacienda de los pobres que me la fiaron engañados en mi crédito. Hice aquella vez lo que solía hacer siempre; mas con mucha honra y mejor nombre. Que, aunque verdaderamente aquesto es hurtar, quedásenos el nombre de mercaderes y no de ladrones. En esto experimenté lo que no sabía de aqueste trato. Estas tretas hasta entonces nunca las alcancé. Parecióme cautela

dañosísima y digna de grande remedio. Porque con las contraescrituras no hay crédito cierto ni confianza segura, siendo lo más perjudicial de una república, por causarse dellas la mayor parte de los pleitos, con las cuales muchos vienen de pobres a quedar muy ricos, dejando a los que lo eran perdidos y por puertas. Y siendo la intención del buen juez averiguar la verdad entre los litigantes para dar a cada uno su justicia, no es posible, porque anda todo tan marañado, que los que del caso son más inocentes quedan los más engañados y por el consiguiente agraviados.

La causa es porque, cuando quien trata el engaño, comienza dando traza en su cautela, es lo primero que hace tomarle a la verdad los pasos y puertos, de manera que nunca se averigüe, con lo cual, faltando esta luz, queda ciego el juez y sale triunfando la mentira del que no tiene justicia. Yo sé que no faltará quien diga que son las contraescrituras importantes para el comercio y trato; pero sé que le sabré decir que no son. Quien quisiere ayudar a otro con su crédito, déselo como fiador y no como encubridor de su malicia.

Lo que de Barcelona supe la primera vez que allí estuve y agora de vuelta de Italia en estos dos días, es que ser uno mercader es dignidad, y ninguno puede tener tal título sin haberse primero presentado ante el Prior y Cónsules, donde lo abonan para el trato que pone. Y en Castilla, donde se contrata la máquina del mundo sin hacienda, sin fianzas ni abonos, mas de con sólo buena maña para saber engañar a los que se fían dellos, toman tratos para que sería necesario en otras partes mucho caudal con que comenzarlos y muy mayor para el puesto que ponen. Y si después falta el suceso a su imaginación, con el remedio de las contraescrituras quedan más bien puestos y ricos que lo estaban de antes, como lo habemos visto en muchos cada día.

Llévanse con su quiebra detrás de sí a todos aquellos que los han fiado, los cuales consumen lo poco que les queda en pleitos. Y si acaso son oficiales o labradores, el señor pierde también su parte, pues faltan los que ayudan en los derechos de sus alcabalas, y la república, la obra y trabajo destos hombres, que, como embarazados en litigios, no acuden a sus ministerios. Menor daño sería que unos pocos y malos no fuesen ricos, que no que abrasasen y destruyesen a muchos buenos. No habiendo contraescrituras, cada cual podría fiar seguramente, porque tendría noticia de la hacienda cierta que tiene aquel a quien se la da, sin que después le salgan otros dueños. Y porque podría ser que se tratase algún tiempo del remedio desto, diré los efectos de semejante daño brevemente –si acaso no se deja de hacer porque yo lo dije. Que muchas cosas pierden buenos efectos porque no se conozcan ajenos dueños en ellas y lo quieren ser en todo solos aquellos que las hacen ejecutar. Empero dígalo yo y nunca se remedie. Cumpla yo mis obligaciones y mire cada uno por las que tiene, que discreción y edad no les falta. No les falte gana de remediar lo que importare al servicio de Dios y de su rey, siendo bien universal de la república.

Todas aquellas veces que el mercader pobre se quiere meter a mayor trato, pide para su crédito a un su pariente o amigo le dé algún juro de importancia o hacienda en confianza. De lo cual hace contraescritura, en que confiesa que, no obstante que aquello parece suyo, real y verdaderamente no lo es, y que se lo volverá siempre, cada y cuando que se lo pida. Con esto halla quien le fíe su hacienda. Ved quién somos, pues para los negros de Guinea, bozales y bárbaros, llevan cuentecitas, diles y caxcabeles; y a nosotros con sólo el sonido, con la sombra y resplandor destos vidritos nos engañan.

Si el trato sale bien, bien: vuélveseles a sus dueños lo que recibieron dellos; y si mal, hácenlo trampa y pleito de acreedores. Todo va con mal. El que dio la hacienda en confianza, vuelve a cobrarla con la contraescritura y los demás quédanse burlados. Cuando no quiere alguno pagar lo que debe, antes de llegar el plazo en que ha de pagar la deuda, vende o traspasa su hacienda en confianza, con alguna contraescritura. Y sucede que, cuando llega el plazo, es ya muerto el deudor que hizo la cautela, y el verdadero acreedor no puede cobrar. Porque aquel de quien se hizo confianza, encubre y calla la contraescritura, quédase con todo y va el difunto a porta inferi.

Para engañar con su persona, si quiere tratar de casarse con mucha dote, hace lo mismo: busca haciendas en confianza y como después de casado crecen las obligaciones y no pueden con el gasto, cobra lo suyo su dueño y quedan los desposados padeciendo necesidad. Luego, conocido el engaño, falta el amor y algunas y aun muchas veces llegan a las manos, porque la mujer no consiente que se venda su hacienda o no quiere obligarse a las deudas del marido.

Todo lo cual tendría facilísimo remedio, mandando que no hubiese tales contraescrituras ni valiesen, deshaciéndose las hechas, con que cada uno volviese a tomar en sí lo que desta manera tiene dado. Sabríase a el cierto la hacienda que tiene cada cual, si se le puede fiar o confiar; escusaríanse de los pleitos la mitad, por ser desta naturaleza y tener de aquí su principio los más de los que se siguen por Castilla.

Capítulo III

Prosigue Guzmán de Alfarache con el suceso de su casamiento, hasta que su mujer falleció, que volvió a su suegro la dote

¿Habéis bien considerado en qué labirinto quise meterme? ¿Qué me importa o para qué gasto tiempo, untando las piedras con manteca? ¿Por ventura podrélas ablandar? ¿Volveré blanco a el negro por mucho que lo lave? ¿Ha de ser de algún fruto lo dicho? Antes creo que me quiebro la cabeza y es gastar en balde la costa y el trabajo, sin sacar dello provecho ni honra. Porque dirán que para qué aconseja el que a sí no se aconseja. Que igual hubiera sido haberles contado tres o cuatro cuentos alegres, con que la señora doña Fulana, que ya está cansada y durmiéndose con estos disparates, hubiera entretenídose.

Ya le oigo decir a quien está leyendo que me arronje a un rincón, porque le cansa oírme. Tiene mil razones. Que, como verdaderamente son verdades las que trato, no son para entretenimiento, sino para el sentimiento; no para chacota, sino para con mucho estudio ser miradas y muy remediadas. Mas, porque con la purga no hagascos y la dejes de tomar por el mal olor y sabor, echémosle un poco de oro, cubrámosla por encima con algo que bien parezca.

Vuélvome al punto de donde hice la digresión. Ya me alcé a mayores con lo más que pude, que fue mucho menos de lo que yo quisiera y había menester. Porque para grande carga es necesario grandes fuerzas. Que los que sobre arena fundan torres, muy presto dan con el edificio en tierra. Los que se hubieren de casar, ellos han de tener qué comer y ellas han de traer qué cenar. No son dote cuatro paredes y seis tapices, cuando para la primera entrada tengo de gastar en joyas y aderezos aquello con que busco mi vida. Gástase lo principal y quédome después con la necesidad: porque quien compra lo que no ha menester vende lo que ha menester. ¿De qué fruto es para un pobre hombre negociante seis pares de vestidos a su esposa, en que consume todo el caudal que tiene? ¿Por ventura podrá después tratar con ellos?

Estaba la señora mi mujer mal acostumbrada y poco práctica en miserias. En casa de su padre lo había pasado bien y con mucho regalo, y en mi poder no menos hacíansele los trabajos muchos y duros. Con lo poco que me quedó volví a dar mis mohatras, con aquella libertad sicut erat in principio. Yo fiaba y mi suegro compraba, y a el contrario, como caían las pesas; empero nunca la mercadería salía de casa. Lo más ordinario era oro hilado, algunas veces plata labrada, joyas de oro, encajando bien las hechuras y con ello algunas bromas de que no se podía salir y habíamos comprado a menos precio.

Ganábase con que menos malpasar. Todo era poco, por serlo también el caudal, y así poco a poco nos los íbamos comiendo y consumiendo; empero a la dote no se tocaba. Siempre andaba en pie, por ser posesiones a quien jamás mi mujer consintió que se llegase, ni aun por lumbre. Dábamos la hacienda fiada por cuatro meses con el quinto de ganancia. El escribano —que lo teníamos a propósito y conocido, como lo habíamos menester— daba siempre fe del entrego de las mercaderías. Tomábalas luego en sí el corredor, que era nuestra tercera persona y una misma comigo y con el escribano. Llevábalas en su poder y dentro de dos horas llevaba el dinero a su dueño, con aquello menos en que decía que lo vendía; y quedábasenos en casa, recibía su carta de pago y a Dios con todos.

Teníamos por costumbre valernos de un ardid sutilísimo, para que no se nos escapasen algunos por los aires, alegando hidalguía o alguna otra ecepción que les valiese o de que se pudiesen aprovechar. Cuando habíamos de dar una partida, reconocíamos la dita y, siendo persona de quien sabíamos que tenía de qué pagar y que la tomaba por socorrer de presente alguna necesidad, se la dábamos llanamente; aunque algunas veces aconteció faltarnos destas ditas algunas que teníamos por las mejores y más bien saneadas. Y cuando no era bien

conocida ni para nosotros a propósito, pedíamosle fiador con hipoteca especial de alguna posesión. Y aunque supiésemos claramente no ser suya o que tenía un censo para cada día y que no había teja ni ladrillo que no fuese deudor de un escudo, no se nos daba dello un cuarto.

Esto mismo era lo que buscábamos. Porque les hacíamos confesar en la escritura que aquella posesión era suya, realenga, libre de todo género de censo perpetuo ni al quitar, no hipotecada ni obligada por otra deuda. Y con esto, cuando el día del plazo no pagaban, ya teníamos alguacil de manga con quien estábamos concertados que nos habían de dar un tanto de cada décima que les diésemos. Al punto se la cargábamos encima, ejecutándolos.

Cuando alguna vez acaso se querían oponer o hacían algunas piernas para no pagar, luego le saltaba la del monte: hacíamos el pleito, de civil, criminal; buscábamosle algún sobrehueso; sabíamos el censo que tenía sobre la casa, con que dábamos con el hombre de barranco pardo abajo por el estelionato. Desta manera jugábamos a el cierto y sin esta prevención jamás efetuábamos partida por algún caso. Si ello era lícito, ya yo me lo sabía; mas corríamos como corren, teníamos callos en las conciencias; ni sentíamos ni reparábamos en poco más o menos.

Yo bien sé que todo el tiempo que desto traté verdaderamente nunca me confesé y, si lo hice, no como debía ni más de para cumplir con la parroquia, porque no me descomulgasen. ¿Queréislo ver? Pues considerad si allí prometía la restitución, cuando lo tuviese y mejor pudiese, y juntamente la emienda de la vida, si entonces corrían quince, veinte y más obligaciones, y nunca fui a decir ni a hacer diligencia con los obligados en ellas, diciéndoles cómo aquella contratación fue ilícita y usuraria, que por descargo de mi conciencia, y para dignamente recibir el sacramento de la comunión, les quería rebatir y bajar todo lo que lícitamente no pude llevar. Si cuando me vinieron a pagar tampoco se lo volví, ¿qué intención fue aquesta? ¡Pardiós, mala!

Esto era lo que debía hacer. No lo hice ni hoy se hace. Dios nos dé conocimiento de nuestras culpas; cierto sé, si entonces acabara la vida, que corría el alma ciento de rifa. Gente maldita son mohatrerros: ni tienen conciencia ni temen a Dios.

¡Oh, qué gallardo y qué cierto tiro aquéste, qué cerca lo tengo y cómo aguardan los traidores bien! ¡Qué tentación me da de tirarles y no dejarles hueso sano! Que, como soy ladrón de casa, conózcoles los pensamientos. ¿Queréisme dar licencia que les dé una gentil barajadura? Ya sé que no queréis y, porque no queréis, en mi vida he hecho cosa de más mala gana que hacer con ellos la vista gorda, dejándolos pasar sin que dejen prenda. Mas porque no digan que todo se me va en reformaciones, les doy lado. Y porque podría ser haberlos alguna vez necesidad, no quiero ganar enemigos a los que podría después desear por amigos. Porque al fin tanto lo son cuanto los habemos menester y pueden ser de provecho. Y así como el amigo fiel se deja conocer en los bienes, no se asconde nunca en los males el enemigo. Una cosa sola diré: haga un hombre su cuenta, tenga necesidad en que se haya de valer de solos docientos ducados: hallará que, si solos dos años los trae de mohatra, montarán más de seiscientos. Ved, pues, a este respeto qué hará lo mucho, cómo lo pagará el que no pudo lo poco. Aquí se queden y vuelvo sobre mí.

Por no hacer los hombres lo que deben, digo que vienen a deber lo que hacen. ¿Qué vale mucho ganar, qué aprovecha mucho tener, si no se sabe conservar? Pues vemos claro que le vale mucho más a el cuerdo la regla, que a el necio la renta. El que tuviere tiempo, no aguarde otro mejor ni esté tan confiado de sí, que deje de velar sobre sí con muchos ojos. Porque de lo que le pareciere tener mayor seguridad, en lo mismo ha de hallar un Martinus contra, que es lo que solemos decir: «un Gil que nos persiga.» Dineros tuve, rico me vi, pobre me veo, sabe Dios por quién y por qué.

Esperaba un día en que ordenar los que me quedaban por vivir. Nunca llegó, porque siempre me fié de mí, pareciéndome que, aunque pudiera con todos mentir, no a lo menos a mí mismo. Veis aquí cómo de confiarse uno de sí hace que se olvide de Dios, de donde nade perderse las haciendas y las almas. El enemigo mayor que tuve fue a mí mismo. Con mis

propias manos llamé a mis daños. De la manera que las obras buenas del bueno son el premio de su virtud, así los males que obra un malo vienen a serlo de su mayor tormento. Mis obras mismas me persiguieron; que los tratos ni los hombres fueran poca parte. Pero permite Dios que aquello que tomamos por instrumento para ofenderle, aqueso mismo sea nuestro verdugo.

No tanto sentía ya que me faltase la hacienda, que bien me sabía yo que los bienes y riqueza de fortuna con ella vienen y tras ella se van y que, cuanto más favorable se mostrare, menor seguro tiene. Sólo sentía que aquello mismo que había de ser mi alivio, mi mujer, aquella que con instancia pidió a su padre que la casase conmigo y para ello puso mil terceros, el otro yo, la carne de mi carne y hueso de mis huesos, ésa se levantase contra mí, persiguiéndome sin causa, no más de por verme ya pobre. Y que llegase a tal punto su aborrecimiento, que contra toda verdad me levantase que estaba amancebado, que era un perdido y que con estas causas hallase favor con que tratar de apartarse de mí, no faltando letrado que se lo aconsejase, firmándolo de su nombre, que podía.

¡Dolor cruel! Verdaderamente, cuanto el matrimonio contraído es malo de desanudar, cuando está mal unido, es peor de sufrir. Porque la mujer sediciosa es como la casa que toda se llueve, y tanto cuanto resplandece más en prudencia y buen gobierno, cuando se quiere acomodar con la virtud, tanto más queda oscura, insufrible y aborrecida en apartándose della. ¡Qué facilidad tienen para todo! ¡Qué habilidad escotista para cualquiera cosa de su antojo! No hay juicio de mil hombres que iguale a solo el de una mujer, para fabricar una mentira de repente. Y aunque suelen decir que el hombre que apetece soledad tiene mucho de Dios o de bestia, yo digo que no es tanta la soledad que el solo padece, cuanta la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto.

Caséme rico: casado estoy pobre. Alegres fueron los días de mi boda para mis amigos y tristes los de mi matrimonio para mí. Ellos los tuvieron buenos y se fueron a sus casas; yo quedé padeciéndolos malos en la mía, no por más de por quererlo así mi mujer y ser presuntuosa. Era gastadora, franca, liberal, enseñada siempre a verme venir como abeja, cargado de regalos. No llevaba en paciencia verme salir por la mañana y que a mediodía volviese sin blanca. Perdía el juicio cuando vía que lo pasado faltaba. Pues ya –¡pobre de mí!– cuando del todo se acabó el aceite y sintió que se ardían las torcidas, cuando no habiendo qué comer ni adónde salirlo a buscar, se sacaban de casa las prendas para vender, ¡aquí era ello! Aquí perdió pie y paciencia. Nunca más me pudo ver. Aborrecíome, como si fuera su enemigo verdadero.

Ni mis blandas palabras, amonestaciones de su padre ni ruego de sus deudos, conocidos, ni de parientes, fueron parte para volverme a su gracia. Huía de la paz, porque la hallaba en la discordia; amaba la inquietud, por ser su sosiego; tomaba por venganza retirarse a solas, faltándome a la cama y mesa, y aun dejaba de comer muchas veces, porque sabía lo bien que la quería y que con aquello me martirizaba. No sabía ya qué hacerme ni cómo gobernarme, porque todo tenía dificultad en faltando la causa de su gusto, que sólo consistía en el mucho dinero.

Verdaderamente parece que hay mujeres que sólo se casan para hacer ensayo del matrimonio, no más de por su antojo, pareciéndoles como casa de alquiler: si me hallare bien, bien, y si mal, todo será hacerlo bulla, que no han de faltar un achaque y dos testigos falsos para un divorcio.

Pues ya, si acierta la mujer a tener un poquito de buen parecer y se pican algunos della... No quiero pasar adelante. Señores letrados, notarios y jueces, abran el ojo y consideren que no es menos lo que hacen que deshacer un matrimonio y dar lugar a el demonio para que por esa puerta pierdan las vidas las mujeres, los hombres las honras y entrambos las haciendas. Y les prometo de parte de Dios todopoderoso que les ha de venir del cielo por ello gravísimo castigo, escociéndoles donde les duela. Miren que son pecados ocultos y vienen por ellos los trabajos muy secretos. No porque no le dio el marido una cuchillada que le hizo con ella dos caras o lo molió a palos, crea que aquel delito quedó sin castigo. Entienda que lo es,

cuando le quita otro a él su mujer y que lo permite así el Señor. Cuando viere su casa llena de discordia, de infamia, de enfermedades, considere que por aquello le vienen.

Con todos hablo. Métense la mano en el seno los que lo causan y los que lo favorecen, que todos andan en una misma renta. ¡Quién las ve los días de la boda, cómo todo anda de trulla! ¡Qué solícitos andan hasta el señor desposado, qué contentos y cómo gustan de los entretenimientos, de las mesas espléndidas! ¡Está la cama hecha de lana nueva, suave y blanda: háceseles dulce!

Acábase la moneda, falten las galas, no anden las cosas a una mano, como arroz: luego se corta la leche, al momento se pierde la gracia de muchos años, como con un pecado mortal. Sucédeles lo que a mí, que me perdí, no por inhabilidad ni falta de solicitud, que buena traza y mañas tuve; mas fue por lo que poco antes dije: son castigos de Dios, que, como es infinito, no tiene ara[n]cel ni está su poder limitado a castigar esto por esto y esotro por esotro. En una cosa nos dice sentencia cierta y pena de pecado, constituida ya para él, demás de otras que tocan a el alma y las que nacen de las circunstancias. La mía fue hacienda mal ganada, que me había de perder y perderla.

Pues ya, si acaso se casa una mujer y se halla después que la engañaron, porque su marido no tenía la hacienda que le dijeron y le fue necesario sacar las donas fiadas y a pocos días llega el mercader de la seda pidiendo lo que se le debe y el sastre por las hechuras o el alguacil por uno y otro: no hay de qué pagar y, si lo hay, es más forzoso comer, que con eso no se puede trampear ni dejarlo para otro día, por ser mandamiento de no embargante.

Aquí deshacen la rueda los pavones mirándose a los pies. Comiéntanse a marchitar las flores, acábaseles la fuga, el gusto y la paciencia. Hacen luego un gesto como quien prueba vinagre. Y si les preguntáseles entonces qué tienen, qué han o cómo les va de marido, responderán tapándose las narices: «¡Cuatrídiano es, ya hiede! No alcen la piedra, no hablemos dél, dejémoslo estar, que da mal olor, trátese de otra cosa.» ¡Pues cómo, cuerpo de mi pecado, señora hermosa! No se queja Lázaro en el sepulcro de tus miserias, de donde no puede salir, dentro de las oscuras y fuertes cárceles, en el sepulcro de tus importunaciones, vestido en la mortaja de tu gusto, que siempre te lo procura dar a trueco, riesgo y costa del suyo, ligadas las manos y rendido a tu sujeción, tanto cuanto tú lo habías de estar a la suya; calla él, que tiene auestas la carga y ha de socorrer la necesidad y por ventura por ti está en ella y la padece; no se queja de verse ya podrido de tus impertinencias, viéndose metido entre los gusanos de tus demasías, que le roen las entrañas, tus desenvolturas en salir, tus libertades en conservar, tus exorbitancias en gastar y desperdiciar, en ir entonando tu condición, que tiene más mixturas y diferencias que un órgano; ¿y de cuatro días te hiede?

Respóndame, por vida de sus ojos, si ayer no dejó ermita ni santuario que no anduvo; si desde que tiene uso de razón –y antes que la tuviera, pues aun agora le falta– no llegó noche de San Juan, que sin dormir –porque diz que quita el sueño la virtud– estuvo haciendo la oración que sabe y valiérale más que no la supiera, pues tal ella es y tan reprobada, y sin hablar palabra –que diz que también esto es otra esencia de aquella oración– estuvo esperando el primero que pasase de media noche abajo, para que conforme lo que le oyese decir, sacase dello lo que para su casamiento le había de suceder, haciendo en ello confianza y dándole crédito como si fuera un artículo de fe, siendo todo embeleco de viejas hechiceras y locas, faltas de juicio; si no dejó beata ni santera por visitar o que no enviase a llamar, si a todas las trujo arrastrando faldas y rompiendo mantos, que nunca se les cayeron de los hombros, poniendo candelillas, ella sabe a quién; si, pasando la raya, sin rebozo ni temor de Dios, no dejó cedazo con sosiego ni habas en su lugar, que todo no lo hizo bailar por malos medios, con palabras detestadas y prohibidas por nuestra santa religión; si no quedó casamentero ni conocido a quien dejase de importunar, diciéndoles cómo estaba enferma y deseaba casarse.

Dale Dios marido –digo de otros– quieto, de buena traza, honrado, que con toda su diligencia busca un real con que la sustente y no le falte para sus untos y copetes. ¿Por qué de cuatro días dice que ya hiede? ¿Por qué te afliges y enfadas en que te traten dél? Murmuras de

sus buenas obras, finges que te las finge, regulando por tu corazón el suyo. No quieres que lo desentierren y desentiérrasle tú hasta los huesos de todo su linaje, mintiendo y escandalizando a quien te oye, poniéndole mala voz, publicando a gritos lo que ni tú con verdad sabes ni en él cabe, no más de por injurarlo y afrentarlo. Haces como mujer: eres mudable, y quiera Dios que tus mudanzas no nazcan –cuando esto anda desta traza– de ofensas cometidas contra Dios, contra él y contra ti.

Ya, pues aquí he llegado sin pensarlo y en este puerto aporté, quiero sacar el mostrador y poner la tienda de mis mercaderías, como lo acostumbran los aljemifaos o merceros que andan de pueblo en pueblo: aquí las ponen hoy, allí mañana, sin asiento en alguna parte y, cuando tienen vendido, vuélvense a su tierra. Vendamos aquí algo desta buena hacienda, saquemos a plaza las intenciones de algunos matrimonios, tanto para que se desengañen de su error las que por tales fines los intentan, como para que sepan que se saben, y es bien que les digamos lo mal que hacen, pues verdaderamente hacen mal, y luego nos volveremos a nuestro puesto.

Algunas toman estado, no con otra consideración más de para salir de sujeción y cobrar libertad. Parecele a la señora doncella que será libre y podrá correr y salir, en saliendo de casa de sus padres y entrando en las de sus maridos; que podrán mandar con imperio, tendrán qué dar y criadas en quien dar. Háceseles áspera la sujeción; paréceles que casadas luego han de ser absolutas y poderosas, que sus padres las acosan, que son sus verdugos y que serán sus maridos más que cera blandos y amorosos. Lo cual nace de no recatarse los padres en los tratos con sus mujeres. Viven como brutos, levantan los deseos en las hijas, encienden los apetitos, dan con ellas al traste. Porque como son imprudentes, no distinguen: abrazan todo lo suave y dulce, pensando hallarlo en toda parte, no creyendo que hay amargo ni acedo, sino en sólo sus padres. Esto las inquieta, trayéndolas desasosegadas, desvanecidas y sin juicio. Como miran esto, ¿por qué no ponen los ojos en la otra su amiga, que se casó con un marido celoso y áspero, que no sólo nunca le dijo buena palabra, pero no le concedió salida gustosa, ni aun a misa, sino muy de madrugada con una saya de paño, en un manto revuelta, como si fuera una criada, y sobre todo, no como a su mujer, empero como a esclava fugitiva la trata?

Piensa que los casamientos, ¿qué son sino accertamientos, como el que compra un melón, que si uno es fino, le salen ciento pepinos o calabazas? ¿No ha visto a la otra su conocida, que se casó con un jugador, que no le ha dejado sábanas en cama que no las haya puesto en la mesa del juego? ¿No consideró de la otra su vecina lo que padece con su marido amancebado, que no hay mañana de cuantas Dios amanece, que no amanezca la espuerta colmada en casa de su amiga y en la suya propia están pereciendo de hambre? ¿No le han dicho de algunos que, cuando por las puertas de sus casas entran, ajustan los ojos con los pies y no los alzan para otra cosa que reñir y castigar sin causa ni otra consideración más de por su mala digestión?

¿Piensan por ventura que son todas adoradas y queridas de sus maridos, como de sus padres? Pues yo les aseguro que vi a el mejor marido, ido; y que no vi padre que no fuese padre. ¡Pocos maridos! Milagro ha sido el que no faltó en alguna de las obligaciones del matrimonio. Y no conocí padre que dejase jamás de serlo, aunque fuese muy malo el hijo.

Otras lo hacen, que no tienen padres, por salir de la mano de sus tutores, creyendo que con ellos están vendidas y robadas. Hacen su cuenta y dicen entre sí que, como aquél dispense su hacienda, lo haría mejor su marido, que por no desposeerse y dársela se olvida de ponerla en estado, que mañana le dará una enfermedad y se quedará ella muerta y ellos con su dinero. Dicen con esto: «¡Cuánto mejor sería que aquesto que tengo lo gocen mis hijos, que no mis enemigos que me desean la muerte por heredarme! Casarme quiero y sea con un triste negro. Que no lo ganaron mis padres para que lo comiesen mis tutores, trayéndome como me traen, rota y hecha pedazos, hambrienta y deseosa de un real con que comprar alfileres.» Esto las precipita y, tomando el consejo de la que primero se lo da, les parece que, pues le dice aquello aquella su amiga, que lo hace por quererla bien; y da con ella en un lodazal, de donde

nunca quedan limpias en cuanto viven. Porque hicieron elección de quien vistió su persona, regaló su cuerpo, engordó sus caballos, aderezó sus criados, gastó en las fiestas, dejando su mujer a el rincón. Y lo que propuso y deseaba dejar a sus hijos, la hacienda, ya, cuando viene a estar cargada dellos, no tiene real que darles ni dejarles, porque todo lo llevó el viento. Y si se temía que por heredarla sus deudos le deseaban quitar la vida, ya su marido no menos, porque con deseo de mudar de ropa limpia, cansado de tanta mujer, que nunca le faltó de cama y mesa, desea, y aun por ventura lo procura, meterla debajo de la tierra, y así la pobre nunca consigue lo que con su imaginación propone.

Tratan otras livianas de casarse por amores. Dan vista en las iglesias, hacen ventana en sus casas, están de noche sobresaltadas en sus camas, esperando cuando pase quien con el chillido de la guitarrilla las levante. Oye cantar unas coplas que hizo Gerineldos a doña Urraca, y piensa que son para ella. Es más negra que una graja, más torpe que tortuga, más necia que una salamandra, más fea que un topo, y, porque allí la pintan más linda que Venus, no dejando cajeta ni valija de donde para ella no sacan los alabastros, carmines, turquesas, perlas, nieves, jazmines, rosas, hasta desenclavar del cielo el sol y la luna, pintándola con estrellas y haciéndole de su arco cejas... ¡Anda, vete, loca!, que no se acordaba de ti el que las hizo y, si te las hizo, mintió, para engañarte con adulación, como a vana y amiga della. Quien te hizo esas coplas, te hizo la copla. Guarte dél, que con aquel jarabe las va curando a todas. A cada una le dice lo mismo.

Leyó la otra en Diana, vio las encendidas llamas de aquellas pastoras, la casa de aquella sabia, tan abundante de riquezas, las perlas y piedras con que los adornó, los jardines y selvas en que se deleitaban, las músicas que se dieron y, como si fuera verdad o lo pudiera ser y haberles otro tanto de suceder, se despuslan por ello. Ellas están como yesca. Sátales de aquí una chispa y, encendidas como pólvora, quedan abrasadas. Otras muy curiosas, que dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros y, porque leyeron en Don Belianís, en Amadís o en Esplandián, si no lo sacó acaso del Caballero del Febo, los peligros y malandanzas en que aquellos desafortunados caballeros andaban por la infanta Magalona, que debía de ser alguna dama bien dispuesta, les parece que ya ellas tienen a la puerta el palafrén, el enano y la dueña con el señor Agrajes, que les diga el camino de aquellas espesas florestas y selvas, para que no toquen a el castillo encantado, de donde van a parar en otro, y, saliéndoles a el encuentro un león descabezado, las lleva con buen talante donde son servidas y regaladas de muchos y diversos manjares, que ya les parece que los comen y que se hallan en ello, durmiendo en aquellas camas tan regaladas y blandas con tanta quietud y regalo, sin saber quién lo trae ni de dónde les viene, porque todo es encantamento. Allí están encerradas con toda honestidad y buen tratamiento, hasta que viene don Galaor y mata el gigante, que me da lástima siempre que oigo decir las crue[l]dades con que los tratan, y fuera mejor que con una señora déstas los hubieran enviado a Castilla, donde por sólo verlos pagaran muchos dineros con que tuvieran bastante dote para casarse, sin andar por tantas aventuras o desventuras, y así se deshace todo el encantamento. No falta otro tal como yo, que me dijo el otro día que, si a estas hermosas les atasen los libros tales a la redonda y les pegasen fuego, que no sería posible arder, porque su virtud lo mataría. Yo no digo nada y así lo protesto, porque voy por el mundo sin saber adónde y lo mismo dirán de mí.

Otras hay que, porque vieron un mocito engomado y aun quizá lleno de gomas, como raso de Valencia, con más fuentes que Aranjuez, pulidetes más que Adonis, aderezados para ser lindos y que se precian dello, como si no fuesen aquellas curiosidades vísperas de una hoguera... (Sea la mujer, mujer, y el hombre, hombre. Quédense los copetes, las blanduras, las colores y buena tez para las damas que lo han menester y se han de valer dello. Bástale a el hombre tratarse como quien es. Muy bien le parece tener la voz áspera, el pelo recio, la cara robusta, el talle grave y las manos duras.) Paréceles a sus mercedes que un lindo déstos está siempre con aquella existencia, que no tienen pasiones naturales, no escupen, tosen y viven sujetos a la zarzaparrilla y china, emplastro meliloto, ungüento apostolorum y más miserias y

medicinas que los otros, que pierden el seso y se despulsan por ellos, de manera que, si el freno de la vergüenza no les hiciera resistencia, fueran peores que un demonio suelto. Y si les preguntan a todas o a cualquiera dellas: «¿Qué veis, qué sentís, qué pensáis?», maldita otra respuesta tienen para todo, si[no] sólo decir ser gusto. Y si les ponéis delante el disparate que hacen, los inconvenientes que se siguen, lo mal que se aconsejan, a todo responden: «Yo lo tengo de padecer y nadie por mí. Si mal me sucediere, yo lo tengo que llevar y por mi cuenta corre. Déjenme, que yo sé lo que me hago.» Y no sabe la desventura lo que se hace ni lo que se dice.

Pues ya, si se hallan obligadas de confites, de la cintita, del estuchito, del billete que le trujo la moza y del que le respondió a el señor, de que le dio un pellizco o le tomó una mano por bajo de la puerta, si no fue un pie; y ya, cuando a esto llega, sólo Dios podrá remediarlo. No hay medicinas para su mal. Tocada está de la yerba.

Mujeres hay también que sólo se casan por ser galanas de corazón y para poderlo andar, ver y ser vistas, vestirse y tocarse cada día de su manera, pareciéndoles que, porque vieron a la otra un día de fiesta o toda la semana engalanarse, que luego en siendo casada la traerá su marido de aquella manera y, si mejor, no menos; y que, com[o] a la otra trolalotodo, le darán a ella licencia para poder andar deshollinando barrios. Aquí entra la pendencia. Porque, si no le sucede como lo piensa o porque su marido no gusta o no quiere que su mujer esté más vestida ni desnuda que para él, y que, si el otro lo consiente, quizá no hace bien y se lo murmuran y no quiere que con él se haga otro tanto, por el mismo caso que no la dejan vestir y calzar, holgar y pasear como la que más y mejor, no queda piedra sobre piedra en toda la casa, forma traiciones con que vengarse de su desdichado marido. Que, de bien considerado, conociendo quien ella es, teme que si le diese licencia y alas, le acontecería como a la hormiga, para su perdición: así no se atreve ni consiente. Sólo esto basta para que luego ella se arañe y mese, llamándose la más desdichada de las mujeres, que a Dios pluguiera que, cuando nació, su madre la ahogara, o la hubieran echado antes en un pozo que puéstola en tan mal poder, que sola ella es la malcasada, que Fulanilla es una tal y que su marido la trae como una pe[r]la regalada, que no es menos ella ni trujo menos dote, ni se casara con él, si tal pensara. Deshónralo de vil, bajo, apocado: que mejores criados tuvo su padre, que no mereció descalzarle la jervilla. «¡Desventurada de mí! ¡Cómo en ese regalo me criaron, para eso me guardaron, para que viniésedes vos a traerme desta suerte, hecha esclava de noche y de día, sirviendo la casa y a vuestros hijos y criados! ¡Mirad quién! ¡Mi duelo! ¡Como si fuese tal como yo! Que sabe Dios y el mundo quién es mi linaje, don Fulano y don Zutano, el Obispo, el Conde y el Duque» –sin dejar velloso ni raso, alto ni bajo, de que no haga letanía. Pues ya desdichado dél, si acaso acierta –que nunca le suceda tal a ninguno– a tener en su casa consigo a su vieja madre, a sus hermanas doncellas o hijos de otra mujer. «¡Para ellos es la hacienda que mis padres ganaron, con ellos la gasta, ellos la comen y a mí me tratan como a negra! Negra, y a Dios pluguiera que me trataran como a la de N., que por aquí pasa cada día como una reina, con una saya hoy, otra mañana; yo sola estoy con estos trapos desde que me casé, que no he tenido con qué remendarlos, encerrada entre aquestas paredes, metida ¡mira con qué peines y con qué rastillos!» ¿Qué se puede responder a esto, sino dejarlo? Que sería no acabar el intento que se pretende.

Cásanse otras para que con la sombra del marido no sean molestadas de las justicias ni vituperadas de sus vecinas o de otras cualesquier personas. Ya ésta es bellaquería, suciedad y torpeza. ¿Qué se puede más decir? Son libres, deshonestas y sin honra. Hacen como los hortolanos, que ponen un espantajo en la higuera, para que no lleguen los pájaros a los higos. Ellos allí están de manifiesto, para quien el hortolano quisiere y los pagare; pero los pájaros no los piquen, éstos no toquen a ellos, no ha de haber quien las corrija, quien las reprehenda ni quien abra la boca para decirles palabra: porque hay espantajo en la higuera, está el marido en casa. Ellas bien pueden dar o vender su honra y persona como quisieren o como más gustaren, a vista de todos; pero no quieren que haya justicia que las castigue. Pues aconteceráles lo que

a las viñas, que tendrán guarda en tiempo de fruto; empero presto llegará la vendimia y quedarán abiertas, hechas pasto común, para que los ganados la huellen, quedando rozadas y perdidas. Hermana, que son caminos ésos del infierno. Que te llevará Dios el marido, por tus disoluciones y desvergüenzas, para que con ese azote seas castigada, saliendo en pública plaza tus maldades. En la balanza que trujiste la honra dél andará la tuya presto. Mas mirad a quién se lo digo ni para qué me quiebro la cabeza. No temió a su marido, perdió a Dios la vergüenza y quiérosela poner con estos disparates, que no son otra cosa para ella.

También hay otras que se casan por ver que se pierde su hacienda, y sin dar ellas alguna causa más de por ser mozas, les traen algunos maldicientes las honras en almoneda, o corren peligro por otras causas. Del mal el menos, ya que a Dios no le cabe parte alguna de todos estos matrimonios, que se dirían mejor obras de demonios. Como todas las cosas tienen de bueno o malo, tanto cuanto lo es el fin a que van encaminadas, y, éste conocido, se determinan las acciones que caminan a el mismo y las que se apartan dél, teniéndole siempre más amor que a las cosas que a él nos guían. Así no se ama en las tales el matrimonio por matrimonio, porque sólo hacen dél un medio para conseguir su deseo. Y aquestas mujeres tales no caminan derechamente, a lo menos van cerca de acertar presto; empero no tengo por buen matrimonio ni lo es, cuando lleva otro fin que de sólo servir a Dios en aquel estado.

Todos estos matrimonios permite Dios; pero en los más mete su parte, y no la peor, el diablo. Bueno y santo es el sacramento; pero tú haces del casamiento infierno. Para quietud se instituyó; tú no la quieres ni la tienes y antes andas echándole traspiés para dar con él en el suelo.

No tome ni ponga la doncella o la viuda su blanco en la libertad, en el salir de sujeción de padres o tutores. No se deje llevar del vano amor. Déjese de su torpeza la que sigue a su sensualidad. Y crean, si no lo hicieren, que sucederles mal a las unas y a las otras, el no salir los maridos como pensaron y desearon, ser esclavas después de casadas, tenerlas encerradas, el darles mala vida, perderselas la hacienda, cargar de hijos, vaciarse la bolsa, sobrevenir trabajos, jugar el desposado, amancebarse, tratarlas mal y después morir a sus manos, nace de los malos fines que tomaron, de adelantar su calidad o su cantidad o por otros ya dichos: por eso sólo se perdieron.

Ese ídolo de Baal que adoraron, en él se confiaron. Pensaron que los pudiera socorrer, librar y defender; empero cuando lo hubieren de veras menester, no hayáis miedo ni creáis que os ha de enviar fuego con que encendáis: no lo tiene ni lo puede dar. ¿Adoráis ídolos? Pues de ninguno habéis de ser socorridos en los trabajos. Que son ídolos al fin, obras hechas de vuestras propias manos, fabricados por antojo y adorados por sólo gusto. Bajaré fuego del cielo que consuma el sacrificio, leña, piedras y cenizas, hasta las aguas mismas en el de Elías; aunque muchas veces lo haya hecho mojar y más mojar. Sabéis que son los matrimonios que Dios ordena, y los que hacéis por sólo ser obedientes a su voluntad y los consultastes con ella, dejándole a Él solo que obrase como más conviniese a su servicio, sin buscar malos y torpes medios; que, aunque los mojen cien veces con las aguas de las persecuciones, hambres, fríos, cárceles y más trabajos de la vida, no impide: fuego del cielo, amor de Dios y su caridad baja, que lo consumen. Ella lo arrebató y se lo lleva, poniéndolo presente ante su divina Majestad, para más méritos de gracia y gloria.

Quédese aquí esto como fin de sermón y volvamos a mi casamiento, que no debiera. Padebí con mi esposa, como con esposas, casi seis años; aunque los cuatro primeros nos duró tierno el pan de la boda, porque todo era flor. Mas cuando íbamos de cuesta, que acudimos a el mediano y faltaba dinero para él; cuando la basquiña de tela de oro y bordada, ya se vendía el oro y no quedaba tela ni aun de araña que no se vendiese, y de razonable paño fuera bien recibida; cuando ya no pude más, que me subía el agua por encima de la boca, porque nunca me consintió vender posesión suya ni mía; ni había crédito en la tienda para dos maravedís de rábanos; vime tan apretado, que por el consejo de mi suegro quise usar de medios de algún rigor.

¡Buenas noches nos dé Dios! Comenzó fuera de todo tono a levantar tal algazara, que, como si fuera cosa de más momento, acudieron a socorrerla los vecinos, hasta que ya no cabían en toda la casa. Venido a saber la verdad, quiso Dios que no fue nada. Vían mi razón. Volvíanse a salir. Empero no por eso dejaba ella sus lamentaciones, que había para cien semanas santas. Era forzoso, para no venir a malas, dejarla, por no quedar obligado, en oyéndola, responderle con palabras y obras. Tomaba la capa, salíame de casa, dejábala en sus anchos, que hiciese y dijese, hasta que más no quisiese. Y de aquesto se irritaba en mayor cólera, ver que despreciaba lo que me decía. Y puedo confesar con verdad que de todo el tiempo que con ella viví, jamás me acusé de ofensa que le hiciese. Dar Dios los bienes o quitarlos es diferente materia, por no ser en manos de los hombres pasar con ellos adelante ni estorbar que no vuelvan atrás. No se llamará perdido el que pone sus medios conforme lo hicieron otros, con que quedaron remediados, y siente mal quien lo piensa. Sólo es perdido aquel que se distrae con mujeres, con el juego, con bebidas y comidas, con vestidos demasiados o con otros vicios.

Entiéndame, señor vecino. Con él hablo. Bien sabe por qué se lo digo y quisiérale decir que quizá por su temeridad y mal consejo está desde acá en los infiernos. Haga penitencia y mire cómo vive, para que no muera.

De modo que no el bien o mal suceder son causas de discordias ni se deben mover por eso entre casados. Que no tiene un marido más obligación que a poner toda su diligencia y trabajo. El suceso, espere lo que viniere; que harto hace quien le tiene la dote bien parada y mejorada, sin habérsela vendido ni malbaratado.

Ella sin duda no se debía de confesar y, si se confesaba, no decía la verdad, y si la decía, la debía de adulterar de modo que la pudiesen absolver. Engañábase a sí la pobre, pensando engañar a los confesores.

No faltaban con esto alguna gentecilla ruin, de bajos principios y fundamentos y menos entendimientos, que por adular y complacerla, le ayudaban a sus locuras, favoreciéndolas, no dándome oído ni sabiendo mi causa. Y éstos fueron los que destruyeron mi paz y a ella la enviaron a el infierno. Porque de un enfermedad aguda murió, sin mostrar arrepentimiento ni recibir sacramento.

En dos cosas pude llamarme desgraciado. La primera, en el tal matrimonio, pues de mi parte puse todos los medios posibles en la guarda de su ley. La segunda, en que, ya que lo padecí tanto tiempo y perdí mi hacienda, no me quedó carta de pago, un hijo con que valerme de la dote. Aunque no me puedo desto quejar, pues en haberme faltado, la desdicha me hizo dichoso. Que no hay carga que tanto pese como uno destos matrimonios.

Y así lo dio bien a sentir un pasajero, el cual, yendo navegando y sucediéndole una gran tormenta, mandó el maestre del navío que alijasen presto de las cosas de más peso para salvarse, y, tomando a su mujer en brazos, dio con ella en la mar. Queriéndolo después castigar por ello, escusábase diciendo que así se lo mandó el maestre y que no llevaba en toda su mercadería cosa que tanto pesase, y por eso lo hizo.

Veis aquí agora mi suegro, que nunca conmigo tuvo alguna pesadumbre, antes me acariciaba y consolaba como si fuera su hijo y, volviéndose de mi bando contra su hija, la reprehendía. Tanto que, viendo cómo no aprovechaba, nunca quiso entrarle por sus puerta[s]; empero, cuando más aborrecida la tuvo, al fin era su hija, que son los hijos tablas aserradas del corazón: duelen mucho y quiérense mucho. Sintió su falta; pero quedamos muy en paz. Enterramos a la malograda, que así se llamaba ella. Hicimos lo que debíamos por su alma, y a pocos días tratamos de apartar la compañía, porque quiso que le volviese lo que me había dado con su hija. No halló resistencia en mí. Dile cuanto me dio, muy mejorado de como me lo entregó. Agradeciémelo mucho. Dímonos nuestros finiquitos, quedando muy amigos, como siempre lo fuimos.

Capítulo IV

Viudo ya Guzmán de Alfarache, trata de oír artes y teología en Alcalá de Henares, para ordenarse de misa, y, habiendo ya cursado, vuélvese a casar

Para derribar una piedra que está en lo alto de un monte, fuerzas de cualquiera hombre son poderosas y bastan. Con poco la hace rodar a el suelo. Empero para si se quisiese sacar aquea misma piedra de lo hondo de un pozo, muchos no bastarían y diligencia grande se había de hacer.

Para caer yo de mi puesto, para perder mi hacienda con el buen crédito que tenía, solos fueron poderosos los desperdicios de mi mujer; empero agora, para volverme a levantar, necesario serían otros tíos, otros parientes, otra Génova y otro Milán, que otro Sayavedra viniese o que aquél resucitase; porque nunca más hallé criado ni compañero semejante con quien poderme llevar ni me supiera entender.

Los bienes y hacienda, cuanto tardan en venir, tan brevemente se van; con espacio se juntan y apriesa le distribuyen los perdidos. Cuanto hay hoy en el mundo, todo está sujeto a mudanzas y lleno dellas. Ni el rico esté seguro ni el pobre desconfíe, que tanto tarda en subir como en bajar la rueda, tan presto vacía como hinche.

Los excesivos gastos de mi casa me la dejaron de todo punto vacía de joyas y dineros. Pudiera la señora mi esposa, con buena conciencia, si ella la tuviera, reconocida de lo que por ella padecí, por los trabajos que de su exorbitancia me vinieron, dejarme alguna pequeña parte de su hacienda, lo que lícitamente pudiera, con que siquiera volviera solo y recogido a poner algún tratillo. Diera mis mohatras, ocupara por otra parte mi persona en algo que me hiciera la costa, con que pudiera convalecer de la flaqueza en que me dejó.

Empero no sólo en esta ocasión, pero en las más que se me ofrecieron con mis amigos, podré decir lo que Simónides. Tenía dos cofres en su casa y decía dellos que solía en ciertos tiempos abrirlos y que, cuando abría el de los trabajos, de que pensó y esperaba sacar algún fruto y le salió incierto, siempre lo halló colmado y lleno; empero el otro, donde se guardaban las gracias que le daban por el bien que hacía, nunca halló cosa en él y siempre lo tuvo vacío.

Igualmente fuimos desgraciados este filósofo y yo. Una misma estrella parece que influyó en ambos. Porque, aunque siempre me apasioné por ayudar y favorecer, sin considerar el daño ni el provecho que dello me había de resultar, ni tomar el consejo de los que dicen: «Ha[z] bien y guarte», puedo juntamente decir que nunca lavé cabeza que no me saliese tiñosa. Y siempre, aunque con ello me perdía, porfiaba. Porque borracho con aquel gusto, no reparaba en el daño que me hacían: que cuanto es fácil despojar a un ebrio, es dificultoso a un sobrio; pueden robar a el que duerme, pero no a quien vela. Nunca velé sobre mí, nunca creí que me pudiera faltar; siempre que lo tuve hize aquesta cuenta, y cuando me hallé necesitado, di en este conocimiento. Aunque fue malo, deseaba ser bueno, cuando no por gozar de aquel bien, a lo menos por no verme sujeto de algún grave mal. Olvidé los vicios, acomodéme con cualquier trabajo, por todas vías intenté pasar adelante y salí desgraciado dellas.

En sólo hacer mal y hurtar fui dichoso. Para sólo esto tuve fortuna, para ser desdichado venturoso. Esta es traza del pecado, favorecer en sus consejos, ayudar a sus valedores, para que con aquel calor se animen a más graves delitos, y, cuando los ve subidos en la cumbre, de allí los despeña. Sube a los ladrones[s] por la escalera y déjalos ahorcados. A diferencia de Dios, que nunca envió trabajo que no frutificase bienes: de los más graves males, mayores glorias, llevándonos por estrecha senda hasta las anchuras de la gloria, donde viene a darse a sí mismo. Parécenos, cuando nos vemos ahogados en la necesidad, que se olvida de nosotros y es como el padre, que, para enseñar a su hijo que ande, hace como que lo suelta de la mano, déjalo un poco, fingiendo apartarse dél: si el niño va hacia su padre, por poquito que mude los

pies, cuando ya se cae, viene a dar en sus brazos y en ellos lo recibe, no dejándolo llegar a el suelo; empero, si apenas lo ha dejado, cuando luego se sienta, si no quiere andar, si no mueve los pies y si en soltándolo se deja caer, no es la culpa del amoroso padre, sino del perezoso niño.

Somos de mala naturaleza, nada nos ayudamos, ninguna costa ponemos, no queremos hacer diligencia; todo aguardamos a que se nos venga. Nunca Dios nos olvida ni deja; sabe muy bien quitar a los malos en un momento muchos grandes poderes adquiridos en largos años, y darle a Job brevemente con el doble lo que le había quitado poco a poco.

Yo quedé tan desnudo, que me vi solamente arrimado a las paredes de mi casa. Si cuando tuve me regalaba, ya deseaba tener algo con que poder pasar la vida y sustentarla. Perecía de hambre. Acordéme de mi mocedad haber conocido en Madrid un niño bien inclinado y de gallardo entendimiento para en la edad que tenía. Criábalo una señora, madre suya en amor, aunque no lo había parido. Túvolo siempre muy dotrinado y juntamente con esto bien regalado. Habíase criado en Granada, donde hay unas uvas pequeñuelas y gustosas, que allí llaman jabíes. Pues como en Madrid no las hubiese y el niño nunca quería comer de otras que de aquellas de su tierra, cuando vio que no se las daban, viendo unas albillas en la mesa, pidió uvas de las chicas, como solía. La madre le dijo: «Niño, aquí no hay uvas chicas que darte, sino éstas.» El niño volvió a decir: «Pues madre, déme désas, que ya las como gordas.»

Ya yo las comía gordas. Todo me sabía bien y nada me hacía mal, sino sólo aquello que no comía. Que las vueltas de los tiempos obligan a todo y a valernos de cosas que a nosotros y a él son muy contrarias. Hube de hacer lo que no pensé, para poder siempre decir que ni el amor propio me hizo dudar ni el temor temer, sin acometer a todos los medios de que me pudiese aprovechar. Y sin duda, si en una cosa perseverara, tengo para mí que me valiera della y por aquel camino; mas era colérico, gastaba el tiempo en principios y así nunca les vía los fines.

Determinábame a ser bueno; cansábame a dos pasos. Era piedra movediza, que nunca la cubre moho, y, por no sosegar me yo a mí, lo vino a hacer el tiempo. Vime desamparado de todo humano remedio ni esperanza de poderlo haber por otra parte o camino que de aquella sola casa. Púseme a considerar: «¿Qué tengo ya de hacer para comer?» Morder en un ladrillo hacíaseme duro; poner un madero en el asador, quemaríase. Vi que la casa en pie no me podía dar género de remedio. No hallé otro mejor que acogerme a sagrado y díjeme: «Yo tengo letras humanas. Quiero valerme dellas, oyendo en Alcalá de Henares, pues la tengo a la puerta, unas pocas de artes y teología. Con esto me graduaré. Que podría ser tener talento para un púlpito, y, siendo de misa y buen predicador, tendré cierta la comida y, a todo faltar, meteréme fraile, donde la hallaré cierta. Con esto no sólo repararé mi vida, empero la libraré de cualquier peligro en que alguna vez me podría ver por casos pasados. El término de pagar lo que debo viene caminando y la hacienda va huyendo. Si con esto no lo reparo, podríame ver después apretado y en peligro. Bien veo que no me nace del corazón, ya conozco mi mala inclinación; mas quien otro medio no tiene y otra cosa no puede, acometer debe a lo que hallare. No tengo más que barloventear; esto es, echar la llave a todo, antes que preso me la echen. Valdréme para los estudios del precio desta casa, que bien dispensado, aunque quiera gastar cada un año cien ducados y ciento y cincuenta, que será lo sumo cuando me quiera tratar como un duque, tengo dineros para todo el tiempo y me sobrarán para libros y con qué graduarme. Tomaré para esto una buena camarada, estudiante de mi profesión, porque juntos continuemos los estudios, pasemos las liciones, confirmemos las dudas y nos ayudemos el uno a el otro.»

Consideraba este discurso y en él tomé resolución. Mala resolución, mal discurso, que quisiese saber letras para comer dellas y no para frutificar en las almas. ¡Que me pasase por la imaginación ser oficial de misa y no sacerdote de misa! ¡Que tratase de hacerme religioso, teniendo espíritu encandaloso! ¡Desdichado de mí! Desdichado de aquél, si alguno por su

desventura no propuso en su imaginación lo primero de todo el servicio y gloria del Señor, si trató de su interés, de sus acrecentamientos, de su comida, por los medios deste tan admirable sacrificio, si procuró ser sacerdote o religioso más de por sólo serlo y para dignamente usarlo, si cudició las letras para otro fin que ser luz y darla con ellas. ¡Traidor de mí, otro Judas, que trataba de la venta de mi maestro!

Y advierto con esto que no hace otra cosa todo aquel que tratare de ordenarse de misa o meterse fraile, sólo puesta la mira en tener qué comer o qué vestir y gastar. Y traidor padre, cualquiera que sea, si obligare a su hijo, contra su inclinación, que sin voluntad lo haga, porque su agüelo, su tío, su pariente o deudo dejó una capellanía, en que lo llama por cercano. ¿Qué piensa que hace cuando lo mete fraile por no tener hacienda que dejarle o por otras causas mundanas y vanas? Que por maravilla de ciento acierta el uno y se van después por el mundo perdidos, apóstatas, deshonorando su religión, afrentando su hábito, poniendo en peligro su vida y metiendo en el infierno el alma. Dios es el que ha de llamar y el que ungió a David, Él es quien elige sacerdotes. El religioso por Él ha de serlo, tomándolo por fin principal y todo lo más por acesorio. Que claro está y justo es que quien sirve a el altar coma dél y sería inhumanidad, habiendo arado el buey, después del trabajo atarlo a la estaca sin darle su pasto. Abra cada cual el ojo, mírelo bien primero que como yo se determine. Considere a lo que se pone y qué peligro corre. Pregúntese a sí mismo qué le mueve a tomar aquel estado. Porque caminando a oscuras dará de ojos en las tinieblas. Lucidísimo, puro y más limpio que el sol ha de ser el blanco del buen sacerdote y religioso. No piensen los padres que por dar de comer a sus hijos los han de hacer de la Iglesia, no por ser cojos, flacos, enfermos, inútiles, faltos o mal tallados han de dar con ellos en el altar o en la religión. Que Dios de lo mejor quiere para su sacrificio y lo mejor que tiene nos da por ello. Que si mala elección hicierdes, os quedaréis en blanco. Reservastes lo mejor para vos: pues aqueise os llevará Dios y quedaréis los ojos quebrados, falto de ambos, del malo que le distes y del bueno que os llevó.

No se han de trocar los frenos, porque no se descompongan los caballos. Denle su bocado a cada uno, que no haría buen casado un continente y sería malo un lacivo para religioso. Muchas moradas hay en la gloria y para cada una su senda derecha. Tome cada cual el camino que le guía para su salvación y no se vaya por el del otro, que se perderá en él, y pensando acertar, nunca verá lo que desea ni lo que pretende. Disparate gracioso sería, si para ir yo de Madrid a Barajas, me fuese por la puente segoviana, pasando a Guadarrama; o, queriendo ir a Valladolid, me fuese por Sigüenza. ¿No veis el descamino? ¿Conocéis la locura? El virgen sea virgen; el casado, casado. Absténganse los continentes, el religioso sea religioso. Váyase cada uno por su camino adelante y no lo tuerza por el ajeno.

Tomé resolución en hacerme de la Iglesia, no más de porque con ello quedaba remediado, la comida segura y libre de mis acreedores, que llegados los diez años habían de apretar conmigo. Con esto les daba un gentil tapaboca, cerrábales el emboque y dejábalos muy feos. Vendí mi casa, casi por lo mismo que me había costado. Porque, aunque de las labores por maravilla suele sacarse lo que se gasta, la mía vino a llegar a poco menos de todo el costo, porque le dio de más valor haberse mejorado con otros edificios aquel barrio y así la mejoró el tiempo.

Cuando tuvo el escribano la escrituras hechas a punto para otorgarse por las partes, dijo que primero y ante todas cosas habíamos de ir a casa del señor del censo perpetuo a tomar por escrito su licencia, requiriéndole si las quería por el tanto, y a pagarle los corridos con la veintena. Cuando allá llegamos y se hizo la cuenta, hallamos que los corridos no llegaban a seis reales y pasaba de mil y quinientos la veintena. Parecióme cosa cruel, fuera de toda policía, que se le hubiese de dar una cantidad semejante, que montaba mucho más de lo que costó de principal el suelo. No los quería pagar; mas, porque la venta no se deshiciese y la ocasión de mi remedio se pasase, paguélos con protestación que hice de pedírselos por justicia, por no debérselos. El dueño se rió de mí, como si le hubiera dicho alguna famosa

necedad, y bien pudo ser, mas a mí por entonces no me lo pareció. Preguntéle que de qué se reía, y dijo que de mi pretensión, y que me los volvería luego todos porque cada día le diese medio real, hasta que saliese con la sentencia del pleito. Casi lo quise acetar, pareciéndome que no sería parte la mala costumbre para que, averiguado el dolo, no se deshiciese. Y no sólo esto que digo; mas aún que todo el reino lo pediría en cortes, y por su propio interés, como bien universal de la república, saliera por mí a la causa en cuanto se proveyese de remedio en ello. No iba tan fuera de propósito ni con tan flacos fundamentos. Que con lo que sabía entonces creí sustentar en pie mi opinión, pareciéndome sciencia cierta. Pudiera ser que la defendiera un poco y quizá un mucho y tan mucho, que diera con él y con todos los deste género en el suelo. Como se hizo un tiempo con algunos censos al quitar que corrían entonces, por haberse hallado cierta especie de usura en ellos. La causa que tuve para defenderme fue ver que nacía de un discurso de natural razón, considerando que sólo della tuvieron principio las ley[e]s todas y que por ser este negocio no tan corriente por el mundo, no se reparaba en él; pero que, si con alguna curiosidad se quisiese advertir, hallarían algo de acedo, por donde, cuando no se quitase todo, se remediaría mucha parte. Porque, supuesto que no vale más una cosa de aquello que dan por ella y aquesto que se da, que debe ser terminado, finito y cierto, si a mí me vendieron aquel suelo en precio de mil reales, con dos de censo perpetuo, y no hubo persona que más por él diese ni más valía, yo gasté largos tres mil ducados de mi dinero.

Si es verdad y regla del derecho que ninguno puede hacerse rico de ajena sustancia, ¿por qué aquél con la mía lo ha de ser? Que aquesto que le da este más valor a el suelo sea hacienda mía, ya co[n]sta. Porque, si aquella misma fábrica se desbaratase luego, volvería el fundo a quedar en el mismo punto que antes, al tiempo y cuando lo compré. Y más parecería llevar esta veintena por pena de delito, por haber labrado, que deuda justa, pues nace de caso injusto. De tal manera es verdad lo dicho, que, si este mismo día que vendí esta casa, tuviera puesta en ella una columna o estatua de piedra de mucho valor, y, comprándomela con la misma casa, me dieran por todo junto diez mil ducados y de todos ellos me habían de llevar la veintena, si yo por escusarla pude quitar y quité la estatua y vendí la casa en solos mil, pude hacerlo muy bien y no se me pudo pedir otra cosa demás del precio de la casa.

Vamos, pues, adelante con esto. Si después quitase la reja, la viga y la ventana, si desbaratase las paredes y de casa de diez mil ducados la hiciese de ciento, también podría y pude vender sin cargo de la veintena todo aquello que quité y separé de la casa. ¿Pues cómo se compadece que las partes no deban cada una de por sí a solas, y juntas formen débito? Si el dueño dijese: «Hasme de pagar veintena del precio en que primero compraste aqueste fundo, que fue aquellos mil reales», y con aquella carga determinada y cierta fuese corriendo siempre, tendría razón, fundado en el dominio directo y que aquello se vendió con aquella condición de precio determinado, lo cual yo aceté de mi voluntad. Empero, ¿cómo me pudo él obligar ni yo consentir en pagar lo que no se pudo saber qué ni cuánto había de ser y que pudiera subir a tanto exceso, que sólo con aquella veintena se pudiera comprar un pueblo?

Y como fueron los que gasté tres mil ducados, pudiera ser trecientos, treinta o treinta mil, y aquella casa pudo venderse treinta veces en un año, que fuera un excesivo y exorbitante derecho. Y aquesto ni lo es de civi[l] ni canónico, ni tiene otro fundamento que nacer del que llamamos de las gentes, y no común, sino privado, porque lo pone quien quiere y no corre generalmente, sino en algunas partes, y en término de cuatro leguas lo pagan en unos pueblos y en otros no. En especial en Sevilla ni en la mayor parte de Andalucía no lo conocen, jamás oyeron tal cosa.

El censo perpetuo que se funda, éste para siempre se paga, sin otras adehalas ni sacaliñas, aunque la posesión se venda cien mil veces. Para que fuese lícito llevar la veintena, debiera ser ley común, aprobada y consentida en el reino; mas no lo es ni lo fue, sino sólo aprobada de los ignorantes; y el yerro de los tales no puede hacerla. Si el censo al quitar ha de tener tantas calidades para poderse llevar y se sabe ya lo que dél se tiene de pagar a tanto por

ciento, ¿qué causa puede haber para que no se trate de los perpetuos? ¿Qué gabela es ésta? ¿Qué razón hay para pagarla? ¿De qué parte se debe, si del precio en que compré o del en que vendo, pagando derechos de mi propio dinero, de mis expensas, mejoramientos y de mi propia industria, cuanto que mirado el caso así desnudo, si por allá no se le halla corriente, parece injusto quitarme la hacienda que con buena fe y título gasté o la de mi mujer y mis hijos, de que las más veces y de ordinario se pierde la mitad en los edificios? ¿Pues cómo se puede permitir que no sólo venga mi caudal a menos por el beneficio de aquel suelo, mas que también haya de pagar y perder lo que me llevan de veintena? Y cuando se haya de pagar, como se paga enteramente, véase, trátase dello y determínese, que siendo definido quedaremos con satisfacción que se consultó, que lo miraron buenos entendimientos, que fue justo, y de otra manera el pueblo vive con escándalo. Porque hablando todos deste agravio, unos lo tienen por injusticia y no falta quien dice más adelante, dándole peores nombres.

Esto me pasó entonces con su dueño. Él(19) y yo sabíamos poco. Quísome replicar, diciendo que aquello había sido condición del contrato y que hace fuerza, porque a tanto quiera obligarse uno de su voluntad, como quedará obligado. Esto no me satisfizo, porque le respondí con la verdad, que también sería condición de un contrato, si yo prestase cien ducados, los cuales me habían de pagar dentro de tanto tiempo y, no lo haciendo, me habían de dar ocho reales cada día hasta que me pagasen el principal, y esto no es lícito. De manera que para justificarse una cosa, no sólo basta ser contratada y consentida; mas que sea permitida y lícita.

Volvióme a decir:

—Por eso va en ventura que la casa se venda o no se venda. Que, si no se vendiere, no se debe.

—¡Oh qué buena razón! —le dije—. ¿Luego, porque la casa se venda, viene a ser la veintena del contrato la pena? Y si lo es, ¿por qué me atas las manos y prohíbes que no las pueda vender a tales y tales personas? Tú mismo con lo que dices dañas el contrato. Abres puerta para que siempre te paguen, vendes la cosa por lo que vale y quieres tener indios que te den el sudor de su rostro y trabajen para ti, no por otra cosa que haber mejorado tu fundo y, asegurándote más el censo, hacen de mejor condición tu hacienda con menoscabo y pérdida de la suya, y quieres por ello llevarles de veinte uno. Aun, si lo hicieran con mala fe, pudieras pretender tu derecho; empero de aquella posesión, de que ya quedaste ajeno y me constituiste dueño en tu lugar; de lo que yo pude, conforme a mi elección, quitar y poner, ¡que aun haya de pagarte pensión de mi gusto! De las estatuas, de las pirámidas, de las fuentes, de cuyos condutos y aguas yo siempre soy señor y lo puedo volver a enajenar todo, sin que tengas en ello parte, quieres que se te adjudique, porque dices que sigue a el todo. De todo punto no lo entiendo ni creo poderse llevar en justicia, en cuanto por los que saben y pueden determinarlo no saliere determinado.

Paguéle, aunque no quise, dejando hecho aquel protesto. Comencé a seguir mi pleito. Llegábase ya el tiempo de mi curso. Dejélo por acudir a lo que más me importaba y, dando cuidado a un amigo solicitador y a mi suegro, dejé con otros cuidados éste. Recogí mi dinero, púselo en un cambio donde me rendía una moderada ganancia. Iba gastando de todo ello lo que había menester. Hice manteo y sotana. Junté mi ajuar para una celda y fueme de allí a Alcalá de Henares, que muchas veces lo había deseado.

Cuando allá me vi, quedé perplejo en lo que había de hacer, no sabiéndome determinar por entonces a cuál me sería mejor y más provechoso, ser camarista o entrar en pupilaje. Ya yo sabía qué cosa era tener casa y gobernarla, de ser señor en ella, de conservar mi gusto, de gozar mi libertad. Hacíaseme trabajoso, si me quisiese sujetar a la limitada y sutil ración de un señor maestro de pupilos, que había de mandar en casa, sentarse a cabecera de mesa, repartir la vianda para hacer porciones en los platos con aquellos dedazos y uñas corvas de largas como de un avestruz, sacando la carne a hebras, estendiendo la mienestra de hojas de lechugas, rebanando el pan por evitar desperdicios, dándonoslo duro, por que comiésemos

menos, haciendo la olla con tanto gordo de tocino, que sólo tenía el nombre, y así daban un brodio más claro que la luz, o tanto, que fácilmente se pudiera conocer un pequeño piojo en el suelo de la escudilla, que tal cual se había de migar o empedrar, sacándolo a pisón. Y desta manera se habían de continuar cincuenta y cuatro ollas al mes, porque teníamos el sábado mondongo. Si es tiempo de fruta, cuatro cerezas o guindas, dos o tres ciruelas o albarcoques, media libra o una de higos, conforme a los que había de mesa; empero tan limitado, que no habla hombre tan diestro que pudiese hacer segundo envite. Las uvas partidas a gajos, como las merienditas de los niños, y todas en un plato pequeño, donde quien mejor libraba, sacaba seis. Y esto que digo, no entendáis que lo dan todo cada día, sino de solo un género, que, cuando daban higos, no daban uvas, y, cuando guindas, no albarcoques. Decía el pupilero que daba la fruta tercianas y que por nuestra salud lo hacía. En tiempo de invierno sacaban en un plato algunas pocas de pasas, como si las quisieran sacar a enjugar, estendidas por todo él. Daba para postre una tajadita de queso, que más parecía viruta o cepilladura de carpintero, según salía delgada, porque no entorpeciese los ingenios. Tan llena de ojos y trasparente, que juzgara quien la viera ser pedazo de tela de entresijo flaco. Medio pepino, una sutil tajadica de melón pequeño y no mayor que la cabeza. Pues ya, si es día de pescado, aquel potaje de lantejas, como las de Isopo, y, si de garbanzos, yo aseguro no haber buzo tan diestro, que sacase uno de cuatro zabullidas. Y un caldo propio para teñir tocas. De castañas lo solían dar un día de antipodio en la cuaresma. No con mucha miel, porque las castañas de suyo son dulces y daban pocas dellas, que son madera. Pues qué diré del pescado, aquel pulpo y bello puerro, aquella belleza de sardinas arencadas, que nos dejaban arrancadas las entrañas, una para cada uno y con cabeza, si era día de ayuno, porque los otros días cabíamos a media. ¡Pues el otro pescado, que el abad dejó y nos lo daban a nosotros! Aquel par de güevos estrellados, como los de la venta o poco menos, porque se compraban en junto, para gozar del barato, y conservábanlos entre ceniza o sal, porque no se dañasen y así se guardaban seis y siete meses. Aquel echar la bendición a la mesa y, antes de haber acabado con ella, ser necesario dar gracias. De tal manera que, habiendo comenzado a comer en cierto pupilaje, uno de los estudiantes, que sentía mucho calor y había venido tarde, comenzó a desbrochar el vestido y, cuando quiso comenzar a comer, oyó que ya daban gracias y, dando en la mesa una palmada, dijo: «Silencio, señores, que yo no sé de qué tengo de dar gracias, o denlas ellos.» La ensalada de la noche muy menuda y bien mezclada con harta verdura, porque no se perdía hoja de rábano ni de cebolla que no se aprovechase; poco aceite y el vinagre aguado; lechugas partidas o zanahorias picadas con su buen orégano. Solían entremeter algunas veces y siempre por el verano un guisadito de carnero; compraban de los huesos que sobraban a los pasteleros: costaban poco y abultaban mucho. Ya que no teníamos qué roer, no faltaba en qué chupar. Al sabor del caldo nos comíamos el pan. Unas aceitunicas acebuchales, porque se comiesen pocas. Un vino de la Pasión, de dos orejas, que nos dejaba el gusto peor que de cerveza.

¿Qué diré del cuidado que la mujer o ama del pupilero tenían en venirnos a notificar los ayunos de la semana, para que no pidiésemos los almuerzos? Aquel comutar de cenas en comidas, que ni valían juntas para razonables colaciones –que cuando nos las daban venían más ajustadas que azafrán, con el peso de cuatro onzas por todo. Como si el casuista que lo tasó, acaso supiera mi necesidad. O como, si en razón de nuestros estudios y de las malas comidas, no le pudiéramos argüir que debían reservarnos con los más, pues entramos en el número de trabajadores. O como si la vianda que nos dan fuese congrua para nuestro sustento, pues todo era tan limitado, tan poco y mal guisado, como para estudiantes y en pupilaje. Que son de peor condición que niños de la dotrina, que traen los estómagos pegados a el espinazo, con más deseo de comer que el entendimiento de saber.

Solía decirnos algunas veces nuestro pupilero que decía Marco Aurelio que los idiotas tenían dieta de libros y andaban hartos de comidas; que sólo el sabio como sabio aborrece los manjares, por mejor poderse retirar a los estudios; que a los puercos y en los caballos estaba bien la gordura y a los hombres importaba ser enjutos, porque los gordos tienen por la mayor parte grueso el entendimiento, son torpes en andar, inválidos para pelear, inútiles para todo

ejercicio, lo cual en los flacos era por el contrario. Yo me holgaba confesarle aquesto, con que no me negara otra mayor verdad: que poco y mal comer acaban presto la vida, y, si no tengo de lograr mis estudios, en vano se toma el trabajo dellos. Ved por mi vida cuál halcón salió a caza que primero no lo cebasen, qué podenco, qué galgo, qué lebrele salió a el monte que lo llevasen hambriento. Tengan y tengamos, que bueno es en todo el medio. Aquí les confesaremos que no se ha de comer hasta hartar, si nos conceden que no habemos de ayunar hasta dejarnos caer. Que había estudiante de nosotros, que se le conocían ahilársele los excrementos en el estómago.

Con todo esto lo elegí por de menor inconveniente, pareciéndome que, siendo como era ya hombre, si tomase camarada, lo había de hacer con otro igual mío, y que, como somos diferentes en rostros, tenemos diferentes las condiciones y pudiera encontrar con quien, pensando aprovechar en las letras, me acabase de dañar con vicios, cursándolos más que las escuelas. Del mal el menos. Híceme pupilo, teniendo por mejor tropellar con el qué dirán de ver a un jayán como yo, con tantas barbas como la mujer de Peñaranda metido entre muchachos. Consolábame que también había entre nosotros algunos casi como yo y estábamos mezclados como garbanzos y chochos. Con esto estaba libre de todo género de cuidado. No me lo daba la comida ni el buscarla o proveerla, quedaba libre para sólo mi negocio y todo en todo. Escusábame de amas, que son peores que llamas, pues lo abrasan todo.

¿Amas dije? ¿No sería bueno darles una razonable barajadura o siquiera un repelón? A las de los estudiantes digo, que son una muy honrada gentecilla. ¡Qué liberales y diestras están en hurtar y qué flojas y perezosas para el trabajo! ¡Cómo limpian las arcas y qué sucias tienen las casas! Ama solíamos tener, que sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio, porque del carbón, de las especias, de los garbanzos y de las más cosas, cuando ya no podía hurtar el dinero, guardábalas en especie, y, en teniéndolo junto, nos lo vendían. Pedían para ello y gastaban de lo que habían llegado. Si habían de lavar, hurtaban el jabón y a puros golpes en las piedras, con abundancia del agua del río, hacían blanquear la ropa en detrimento suyo, porque le quitaban dos tercios de la vida. No sólo nos hacían el daño del sisar; empero destruían la ropa. Sabido para qué lo hacían o en qué lo gastaban: era con el capigorrasta de sus ojos, a quien traían en los aires. Para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando del puchero lo mejor y más florido. Si acaso estaba en casa, le daban el hervor de la olla, sopitas avahadas, carne sin hueso, ropa enjabonada y sobre todo bien remendados de nuestra sustancia. Ellas en fin son perjudiciales, indómitas y sisantes. Peores mucho que un mochilerillo de un soldado, que sisaba, de un pastel y de ocho maravedís, doce: porque del pastel alzaba la tapa y sorbíale todo el caldo, y, enviándolo por vino, se quedaba con los ocho maravedís que le daban para él y, vendiendo el jarro por un cuarto, venía luego llorando y diciendo que se le había quebrado y derramado el vino.

Jamás trujeron a casa carnero que poco a poco no faltase de un cuarto el quinto y con ello el riñón, diciendo que a devoción del bienaventurado San Zoilo, y así nunca se comían. Pero no era tan devoto su estudiante, que a todo hacía y para él no había de haber cosa en que no se le adjudicase su parte y muchas veces todo, diciendo: «Aquí lo puse, allí estaba, el gato lo comió, allí lo dejé.» No le faltaban achaques para sisar y hurtar cuanto querían.

¡Pues queredles apretar, limitar o ir a la mano en algo! ¡Hablad una sola palabra que no les venga muy a cuento! No hay vecino en el barrio, no hay tienda, taberna ni horno, donde no cuente[n] luego vuestra vida y milagros: que sois un malaventurado, apocado, hambriento, mezquino, de mala condición, gruñidor, que les tentáis los huevos a las gallinas, que veis espumar las ollas, que atáis el tocino para echarlo dentro y con sólo un cuarto dél hacéis toda la semana, porque se vuelve a sacar y se guarda. ¿Váseos de casa y queréis traer otra? No la hallaréis que por la puerta os entre; y habéis de serviros a vos mismo, porque luego le dicen y ella se informa, primero que os entre a servir, lo que la otra dijo de vos y por lo que se fue.

Quien se quisiese servir, por todo ha de pasar con ellas, a nada se les ha de replicar, su voluntad han de hacer y aun mal contentas.

Acontecióme antes de casado recibir en mi casa una mujer y ser tan puerca, floja, de mal servicio y algo alegre de corazón, que la despedí a el tercero día. Luego recibí otra, que venía convaleciente y, recayendo en la enfermedad, sólo me sirvió dos días, que se volvió al hospital. Trujéronme otra luego, tan grande ladrona que, mandándole asar un conejo, lo hizo pedazos para guisarlo en cazuela y sólo sacó a la mesa la cabeza, piernas y brazos, porque lo más hizo dello lo que quiso y, viendo semejante bellaquería, sólo aquel día estuvo en casa. Despedíla para por la mañana. Cuando los vecinos vieron que había tenido en seis días tres mujeres y que cada una, cuando salía, iba rezando y murmurando de mí, levantóse una mala voz, pusiéronme cien faltas, y tanto, que más de veinte días me fui a comer al bodegón, que ninguna mujer quería venir a mi casa, por las nuevas que de mí le daban, hasta que un amigo me trujo una peor que todas, porque se amancebaba con cuantos la querían y a todos los traía en retortero. Quiséla luego echar; pero no me atreví, por amor de mis vecinos. Y digo verdad, que tuve a esta causa por menos inconveniente despedir la casa y mudarme a otro barrio, sufriendo hasta entonces a esta mujer, que despedirla; y así lo hice. Si estáis en casa, quieren salir fuera; si vais fuera, quieren quedar en casa; si huelgan, piden para lino; si se lo dáis, os infaman de casero: y nada desto hacen sin su misterio. Licencia os doy que lo sospechéis, como no penséis que son malas de sus personas. Pues hasta hoy se ha visto ama, como no sea de los estudiantes, que haga semejante vileza. No se amancebarán con el mozo de plaza ni con el lacayo, ni hurtarán, aunque lo hallen rodando por el suelo. No estimaba ni sentía tanto ver que me robaban la hacienda o estar amancebadas, aunque no lo debiera consentir en mi casa, cuanto que me quisiesen quitar el entendimiento, privándome dél. Que con mentiras y lágrimas quisiesen acreditar sus embelecos, de manera que, sabiendo yo la verdad muy clara, viendo a los ojos presente su maldad, su bellaquería y mal trato, me obligasen a tenerlo por bueno y santo: esto me sacaba de juicio. Mucho se padece con ellas en todo tiempo y de cualquiera edad: si son malas viejas y si peores mozas. Y si esto es una sola, ¿qué se padecerá donde son menester dos? Dichoso aquél que las puede escusar y servirse de menos, porque no hay cuando peor uno se sirva, que cuando tiene más que lo sirvan. Con todo esto protesto que no lo digo por la señora Hernández que me oye; que yo sé y la conozco por muy mujer de bien y que lo perdonará todo porque le den un traguito de vino.

Asistí en mi pupilaje; sufrílo, por no sufrirlas. Reparaba las faltas, teniendo en mi aposento algunas cosas prevenidas de regalo, con que se iba pasando menos mal, entremetiéndolas cuando era necesario. Eso teníamos bueno, que nos consentían los pupileros asar una lonja muy gentil de tocino, por sólo que los convidásemos a ella, y lo tomaran de partido cuatro días en la semana.

Desta manera, después de haber oído las artes y metafísica, me dieron el segundo en licencias con agravio notorio, a voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado [el] primero, por anteponer a un hijo de un grave supuesto della.

Entré a oír mi teología. Comencéla con mucho gusto, porque lo hallaba ya en las letras, con el cebo de aquel dulcísimo entretenimiento de las escuelas, por ser una vida hermana en armas de la que siempre tuve. ¿Dónde se goza de mayor libertad? ¿Quién vive vida tan sosegada? ¿Cuáles entretenimientos –de todo género dellos– faltaron a los estudiantes y de todo mucho? Si son recogidos, hallan sus iguales; y si perdidos, no les faltan compañeros. Todos hallan sus gustos como los han menester. Los estudiosos tienen con quién conferir sus estudios, gozan de sus horas, escriben sus liciones, estudian sus actos y, si se quieren espaciar, son como las mujeres de la montaña: dondequiera que van llevan su rueca, que aun arando hilan. Dondequiera que se halla el estudiante, aunque haya salido de casa con sólo ánimo de recrearse por aquella tan espaciosa y fresca ribera, en ella va recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad. Que verdaderamente los hombres bien ocupados nunca la tienen. Si se quiere desmandar una vez en el año, aflojando a el arco la

cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, ¿qué fiesta o regocijo se iguala con un correr de un pastel, rodar un melón, volar una tabla de turrón? ¿Dónde o quién lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dar una música, salir a rotular, a dar una matraca, gritar una cátedra o levantar en los aires una guerrilla, por solo antojo, sin otra razón o fundamento, ¿quién, dónde o cómo se hace hoy en el mundo como en las escuelas de Alcalá? ¿Dónde tan floridos ingenios en artes, medicina y teología? ¿Dónde los ejercicios de aquellos colegios teólogo y trilingüe, de donde cada día salen tantos y tan buenos estudiantes? ¿Dónde se hallan un semejante concurrir en las artes los estudiantes, que, siendo amigos y hermanos, como si fuesen fronteros, están siempre los unos contra los otros en el ejercicio de las letras? ¿Dónde tantos y tan buenos amigos? ¿Dónde tan buen trato, tanta disciplina en la música(20), en las armas, en danzar, correr, saltar y tirar la barra, haciendo los ingenios hábiles y los cuerpos ágiles? ¿Dónde concurren juntas tantas cosas buenas con clemencia de cielo y provisión de suelo? Y sobre todo una tal iglesia catedral, que se puede justamente llamar Fénix en el mundo, por los ingenios della.

¡Oh madre Alcalá!, ¿qué diré de ti, que satisfaga, o cómo para no agraviarte callaré, que no puedo? Por maravilla conocí estudiante notoriamente distraído, de tal manera que por el vicio, ya sea de jugar o cualquiera otro, dejase su fin principal en lo que tenía obligación, porque lo teníamos por infamia. ¡Oh dulce vida la de los estudiantes! ¡Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a los novatos, meterlos en rueda, sacarlos nevados, darles garrote a las arcas, sacarles la patente o no dejarles libro seguro ni manteo sobre los hombros! ¡Aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos, aquella certinidad en los de la patria, el empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero, unas en pastelerías, otras en la tienda, los Escotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadernado todo, la cota entre los colchones, la espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel con el tapadero de la tinaja! ¿En qué confitería no teníamos prenda y taja, cuando el crédito faltaba?

Desta manera, con estos entretenimientos proseguí mi teología y, cuando cursaba en el último año, ya para quererme hacer bachiller, mis pecados me llevaron un domingo por la tarde a Santa María del Val. Romerías hay a veces, que valiera mucho más tener quebrada una pierna en casa. Esta estación fue causa y principio de toda mi perdición. De aquí se levantó la tormenta de mi vida, la destrucción de mi hacienda y acabamiento de mi honra.

Salí con sola intención de visitar esta santa casa. Hícelo y a el entrar en la iglesia vi un corrillo de mujeres y entre ellas algunas de muy buena suerte. Llevóme la costumbre a la pila del agua bendita, zabullí la mano dentro, dime con una poca en la frente; pero siempre los ojos en el pie de hato. Sin mirar a el altar ni considerar en el sacramento, asenté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna, como ballestero puesto en acecho. En lugar de persignarme, hice por cruces un ciento de garabatos y fuime derecho adonde vi la gente; mas antes que llegase, vi que se levantaron y, saliendo de allí, se fueron por entre los álamos adelante a la orilla del río y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca yerba, se sentaron en ella.

Seguías las yo de lejos, hasta ver dónde paraban, y, viéndolas con un poco de reposo, que ya sacaban de las mangas algunas cosas que llevaron para merendar, me fui acercando a ellas. Eran una viuda mesonera con sus dos hijas, más lindas que Pólux y Cástor. Iban con otras amigas, no de poca buena gracia; mas la que así se llamaba, que era la hija mayor de la mesonera, de tal manera las aventajaba, que parecía traerlas arrastradas; eran estrellas, pero mi Gracia el sol.

Yo era conocidísimo. Había más de seis años que residía en Alcalá, siempre muy bien tratado, tenido por uno de los mejores estudiantes della y acreditado de rico. Las mozuelas eran triscadoras y graciosas. Ya querían comenzar a merendar, cuando burlando quise meterme de gorra; empero de veras me la echaron, pues por ellas me la puse.

Dejando esto en este punto, antes de continuarlo conviene advertiros que con los gastos de los estudios en libros, en grados y vestirme, íbamos casi ajustando la cuenta yo y mi

hacienda: tenía, pero tan poca, que no pudiera con ella ordenarme. Y como antes de tomar el grado de bachiller en teología era necesario tener órdenes(21) y esto era imposible, por faltarme capellanía, no tuve otro remedio que acudir a pedírselo a mi suegro, con quien siempre me comuniqué, porque nunca hasta entonces había faltado el amistad. Él me puso ánimo, dándome consejo y remedio juntos, que quien puede, poco hace cuando aconseja, si no remedia. Dijo que me haría donación de las posesiones de la dote de mi mujer, diciendo dárme las para que se fundase cierta capellanía que yo sirviese por su alma y que por otra parte le hiciese declaración de la verdad, obligándome a volvérselas cada y cuando que me las pidiese. Aun hasta para en esto son malas estas contraescrituras, pues dan lugar contra lo establecido por santos Concilios, corriendo tan descaradamente, sin temor de las gravísimas penas y censuras en que se incurre por semejante simonía. ¡Válgame Dios! y cómo a tan grave daño se debiera cortar el hilo; mas, por no hacerlo yo a el mío que llevo, agradéciselo mucho, beséle las manos, viendo cuán de buena voluntad se quería ir conmigo mano a mano paseando hasta el infierno, por tenerme compañía. ¿Diré aquí algo? Ya oigo deciros que no, que me deje de reformaciones tan sin qué ni para qué. No puedo más; pero sí puedo.

«¿Guzmán, amigo, esto por ventura corre por tu cuenta ni nada dello?»

«No, por cierto.»

«¿Piensas que tú solo eres el primero que lo siente o que serás el último en decirlo? Di lo que te importa y hace a tu propósito, que dejaste las mozas merendando, el bocado en la boca y a los demás suspensos de las palabras de la tuya. Vuélvenos a contar tu cuento; quédese aqueso así, para quien hiciere a el suyo.»

«Razón pides, no te la puedo negar y, pues con tanta facilidad te la concedo, concédeme perdón de aquesta culpa, que ya vuelvo.»

Yo estaba ya en el punto que has oído, los cursos casi pasados, la capellanía fundada para ordenarme y tomar el grado dentro de tres meses. Esto era en febrero. Las órdenes habían de ser por las primeras témporas y el grado a principio de mayo. Tenía esta rapaza decir y hacer, nombre y obras. Toda era gracia, y juntas las gracias todas eran pocas para con la suya. Toda ella era una caja de donaires. En cuanto hermosa, no sé cómo más encarecerte su belleza que callando. Cantaba suavísimamente a una vigüela, tañíala con mucha diestreza. Tenía gran discreción. Era viva de ingenio y ojos; risa formaba con ellos dondequiera que los volvía, según se mostraban alegres. Puse los míos en ellos, y parece que los rayos visuales de ambos, reconcentrados adentro, se volvieron contra las almas. Conocióle afición y creyóla de mí. Desposeyóme del alma y díjeselo a voces mirándola. Empero la boca siempre callada, que nunca se abrió a otra palabra por entonces, que a pedirle por merced si me la querían hacer en convidarme. Ofreciéronme todas cada una su parte de merienda y aun casi por fuerza me quisieron obligar a recibirlas.

Cuando les di las gracias de su buen comedimiento, hube –muy de mi grado y constreñido de ser mandado– de coger el manteo y, sentado encima, de alcanzar parte y no pequeña, porque me regalaban a porfía. Siéndoles agradecido, haciendo la razón a los brindis, me valió por bastante cena. Cuando hubieron acabado, sacó la criada la vihuela que debajo del manto llevaba, y dándomela Gracia con toda la suya, de su mano a la mía, me mandó que tañese, porque querían bailar. Hiciéronlo de manera, con tanta diestreza y arte y con tanta excelencia de bien mi prenda, que no me quedó alguna que allí no se rematase.

Cuando cansadas quisieron reposar un poco, volviendo a poner la vihuela en las manos de quien la recibí, supliquéle que un poco cantase, y sin algún melindre, templándola con su voz, lo hizo de manera que parecía suspender el tiempo, pues, no sintiéndose lo que tardó en ello, llegó la noche.

Hízose hora de volver a sus casas. Acompañélas todo el camino, trayendo a mi dama de la mano. Vime a los principios perdido, sin saber por dónde comenzar, hasta que, conocida della mi cortedad o temor, no sé si con cuidado trompezó del chapín; acudióle los brazos

abiertos y recebía en ellos, alcanzándole a tocar un poco de su rostro con el mío. Cuando ya estuvo en pie, lo tomé de allí, culpando a mis [ojos] de haberle hecho mal con ellos. Respondiéndome de modo que me obligó a replicarle y, como la llevaba de mano, apretésela un poco y riéndose dijo que, por más que apretase, no sacaría della jugo. De aquí tomé mayor atrevimiento en el hablar, de manera que, haciendo que nos quedábamos atrás por no poder más andar, íbamos tratando de nuestros amores, digo yo de los míos y ella riéndose dello, tománd[lo] en pasatiempo.

Era taimada la madre, buscaba yernos y las hijas maridos. No les descontentaba el mozo. Diéronme cuerda larga, hasta dejarlas dentro de su casa. Donde, cuando llegamos, me hicieron entrar en su aposento, que tenían muy bien aderezado. Llegáronme una silla. Hiciéronme descansar un poco y, sacando una caja de conserva, me trujeron con ella un jarro de agua, que no fue poco necesaria para el fuego del veneno que me abrasaba el corazón. Mas no aprovechó. Ya era hora de despedirme. Hícelo, suplicándoles me diesen su licencia para recibir aquella merced algunas veces. Ellas dijeron que se la haría en servirme de aquella casa y conocerían en ello mis palabras, cuando correspondiesen a las obras.

Despedíme, dejélas; no las dejé, ni me fui, pues, quedándome allí, llevé conmigo la prenda que adoraba. «¿Qué noche queréis que sea para mí ésta? ¿Qué largas horas, qué sueño tan corto, qué confusión de pensamientos, qué guerra toral, qué batalla de cuidados, qué tormenta se ha levantado en el puerto de mi mayor bonanza? –dije–. ¿Cómo en tan segura calma me sobrevino semejante borrasca, sin sentirla venir ni saberla remediar? Me veo perdido. Incierta es la esperanza del remedio.» Pues ya, cuando amaneció, que me fui a las escuelas, ni supe si en ellas entré ni palabra entendí de cuanto en la lición dijeron. Volvíme a la posada, sentéme a la mesa y quedábanseme los bocados en la boca helados, con tanto descuido de lo que hacía, que puse cuidado a mis compañeros y admiración en el pupilero, que creyó ser principio de alguna enfermedad gravísima y no estuvo engañado, pues de allí resultó mi muerte. Preguntóme qué tenía. No supe responderle más de que sin duda el corazón se recelaba de algún gravísimo daño venidero, porque desde el día pasado lo sentía caído en el cuerpo, que casi no me animaba. Díjome que no fuese Mendocina, ni diese a la imaginación tales disparates, que olvidase abusiones, que aquello no era otra cosa que abundancia de mal humor que presto se gastaría. Como ya yo sabía que no se medicinaba mi mal con yerbas, disimulélo y dije, por no dar a sentir mi desdicha:

–Señor, así será y así lo haré; mas mucho me fatiga.

Levantéme de la mesa; empero no de comer y, subiendo a mi aposento, fue tanto lo que me apretó aquella congoja, que, dejándome caer encima de la cama, la boca y ojos en el almohada, vertí por ellos mucha copia de lágrimas, enterrando los suspiros entre la lana. Sentíme con esto algo aliviado y con el deseo de ver el médico de mi salud, tomando el manteo y dejando la lición, me fui a su casa.

No puedo en solas dos palabras [dejar] por decir que no hay ejercicio alguno que no quiera ser continuado y que faltarle un punto de su ordinario es un punto que se suelta de una calza de aguja, que por allí se va toda. Con esta lición que perdí, perdí todos cuatro cursos y a mí con ellos. Pues de una en otra dejé de continuarlas, no dándoseme por ellas un camino.

Habíame ya matriculado amor en sus escuelas. Gracia era mi retor, su gracia era mi maestro y su voluntad mi curso. Ya no sabía más de lo que quería que supiese. Comencé riendo y acabé llorando. De burlas les pedí un bocado de la merienda; de veras lo hallé después atravesado a la garganta. Fue de veneno que me quitó el entendimiento y como sin él anduve más de tres meses, dando de mí una muy grande nota, que un tan famoso estudiante quisiese así perderse. Y movido el retor de lástima, cuando lo supo quiso ponerme remedio y fue dañarme más, que, viéndome de todas partes apretado y más de mi pasión propia, reventé, sin poderme resistir. Ya nuestros amores iban muy adelante, los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, pues las dejaban a mi voluntad, queriendo recebirla por esposa. Troquemos plazas y tome la mía el más cuerdo del mundo: hállese sujeto en prisiones tan

fuertes y con tan justas causas para rendirse, siéntase acosado, queriéndoselo impedir, y déme(22) luego consejo. No supe otro medio. Dejélo todo por lo que pensé que fuera mi remedio.

La madre me ofreció su casa y su hacienda. Era mujer acreditada en el trato, tenía mucho y buen despacho, ganaba bien de comer, regalábame mucho, servíame a el pensamiento, trayéndome aseado, limpio y oloroso, mirado y respetado como señor de todo. Nunca creí que aquello pudiera faltar. Quise quitarme de malas lenguas, que ya me levantaban lo que, si fuera verdad, quizá no me perdiera. Señores míos, con perdón de Vuestras Mercedes, caséme.

No ha sido mala cuenta la que di de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro día catedrar, por lo menos, porque pudiera, según la opinión que tuve. Y ya en la cumbre de mis trabajos, cuando había de recibir el premio descansando dellos, volví de nuevo como Sísifo a subir la piedra. Considero agora lo que muchas veces entonces hice. ¡Cómo sabe Dios trocar los disinios de los hombres! ¡Cómo ya hecho el altar, puesta la leña, Isac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado descargando el golpe, impide la ejecución!

«Guzmán, ¿qué se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuación a las escuelas, tantos actos, tantos grados, tantas pretensiones?» Ya os dije, cuando en mi niñez, que todo avino a parar en la capacha, y agora los de mi consistencia en un mesón, y quiera Dios que aquí paren.

Capítulo V

Deja Guzmán de Alfarache los estudios, vase a vivir a Madrid, lleva a su mujer y salen de allí desterrados

Pues de bachiller en teología salté a maestro de amor profano, ya se supone que soy licenciado, y como tal podré con su buena licencia decir lo que conozco dél, y como tan buen praticante suyo. Si lo quisiésemos difinir, habiendo tantos dicho tanto, sería volver a repetir lo millares de veces dicho. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que, aunque más dél se diga, quedará menos entendido; empero diremos dél algo con los muchos. Es amor una prisión de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón, como la yerba del ballestero, que hasta llegar a él, como a su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos y, una vez recibido en casa, con mucho trabajo aun es dificultoso echarlo della. Es niño antojadizo y desvaría, es viejo y caduco, es hijo que a sus padres no perdona y padre que a sus hijos maltrata. Es dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo y como la muerte fuerte. No tiene ley ni guarda razón. Es impaciente, sospechoso, vengativo y dulce tirano. Píntalo ciego, porque no tiene medio ni modo, distinción o elección, orden, consejo, firmeza ni vergüenza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprehender lo que se ama y con que nos lleva en desdichado fin. De manera que sólo aquello que a ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecución dellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar y consideración en los peligros.

Amé con mirar y tanta fue su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fue necesario transcurso de tiempo, como algunos afirman y yerran. Porque como después de la caída de nuestros primeros padres, con aquella levadura se acedó toda la masa corrompida de los vicios, vino en tal ruina la fábrica deste reloj humano, que no le quedó rueda con rueda ni muelle fijo que las moviese. Quedó tan desbarat[ad]o, sin algún orden o concierto, como si fuera otro contrario en ser muy diferente del primero en que Dios lo crió, lo cual nació de la inobediencia sola. De allí le sobrevino ceguera en el entendimiento, en la memoria olvido, en la voluntad culpa, en el apetito desorden, maldad en las obras, engaño en los sentidos, flaqueza en las fuerzas y en los gustos penalidades. Cruel escuadrón de salteadores enemigos, que luego cuando un alma la infunde Dios en un cuerpo, le salen al encuentro pegándosele, y tanto, que con su halago, promesas y falsas apariencias de torpes gustos la estragan y corrompen, volviéndola de su misma naturaleza. De manera que podría decirse del alma estar compuesta de dos contrarias partes: una racional y divina y la otra de natural corrupción. Y como la carne adonde se aposenta sea flaca, frágil y de tanta imperfección, habiéndolo dejado el pecado inficionado todo, vino a causar que casi sea natural a nuestro ser la imperfección y desorden. Tanto y con tal extremo, que podríamos estimar por el mayor vencimiento el que hace un hombre a sus pasiones. Mucha es la fortaleza del que puede resistirlas y vencerlas, por la guerra infernal que se hacen siempre la razón y el apetito. Que, como él nos persuade con aquello que más conforma con la naturaleza nuestra, con lo que más apetecemos, y esto sea de tal calidad que nos pone gusto el tratarlo y deseo en el conseguirlo; y por el contrario, la razón es como el maestro, que, para bien corregirnos, anda siempre con el azote de la reprehensión en la mano, acusándonos lo mal que obramos: hacemos como los niños, huimos de la escuela con temor del castigo y nos vamos a las casas de las tías o de los abuelos, donde se nos hace regalo.

Desta manera siempre o las más veces queda, que no debiera, la razón avasallada de nuestro apetito. El cual, como tiene ya sobre nosotros adquirida tanta posesión y señorío,

siendo el del torpe amor tan vehemente, tan poderoso, tan propio de nuestro ser, tan uno y ordinario nuestro, tan pegado y conforme a nuestra naturaleza, que no es más propia la respiración o el vivir, síguese de necesidad ser lo más dificultoso de reprimir y el enemigo más terrible y el que con mayor poder y fuerzas nos acomete, asalta y rinde. Y aunque sea notoria verdad que teniendo la razón, como tiene, su antiguo y preeminente lugar, suele algunas veces impedir con su mucha sagacidad y valor que una repentina vista –aunque traiga pujanza de causas poderosas que la favorezcan a el mal– pueda con facilidad robar de improviso la voluntad, sacando a un hombre de sí; empero, por lo que tengo dicho, como el apetito y voluntad sean tan certeros, tan señores y enseñados a nunca obedecer ni reconocer superior, es facilísimo que, teniéndolos amor de su parte, haga cualesquier efectos, de la manera y según que mejor le pareciere. Y también porque siendo, como lo es, todo bien apetecible de su misma naturaleza y todo lo que se obra es en razón del bien que se nos representa o hallamos en ello, siempre deseamos conseguirlo, llegándolo a nosotros. Y si nos fuese posible, querríamos con el mismo deseo convertirlo en sustancia nuestra.

Resulta desto no ser forzoso ni necesario para que uno ame que pase distancia de tiempo, que siga discurso ni haga elección; sino que con aquella primera y sola vista concurren juntamente cierta correspondencia o consonancia, lo que acá solemos vulgarmente decir una confrontación de sangre, a que por particular influjo suelen mover las estrellas. Porque, como salen por los ojos los rayos del corazón, se inficionan de aquello que hallan por delante semejante suyo, y volviendo luego al mismo lugar de donde salieron, retratan en él aquello que vieron y codiciaron. Y por parecerle a el apetito prenda noble, digna de ser comprada por cualquier precio, estimándola por de infinito valor, luego trata de quererse quedar con ella, ofreciendo de su voluntad el tesoro que tiene, que es la libertad, quedando el corazón cativo de aquel señor que dentro de sí recibió. Y en el mismo instante que aqueste bien o aquesta cosa que se ama, se considera luego que aplica el hombre su entendimiento a tenerlo por sumo bien, deseándolo convertir en sí, se convierte en él mismo.

Síguese desto que aquellos mismos efetos que puede causar por largos tiempos, ganándose por continuación o trato, también se puedan causar en el instante que se causa esta complacencia del bien que nos figuramos. Porque como no sabemos o, por hablar lenguaje más verdadero, no queremos irnos a la mano y, por la corrupción de nuestra naturaleza, flaqueza de la razón, cativerio de la libertad y débiles fuerzas, deslumbrados desta luz, vamos desalados, perdidos y encandilados a meternos en ella, pareciéndonos decente y propio rendirnos luego, como a cosa natural, y tanto, como lo es la luz del sol, el frío de la nieve, quemar el fuego, bajar lo grave o subir a su esfera el aire, sin dar lugar a el entendimiento ni consentir a el libre albedrío que, gozando de sus privilegios, usen su oficio, por haberse sujetado a la voluntad, que ya no era libre, y en cambio de contrastarla, le dan armas contra sí. Esto mismo le sucede a la razón y entendimiento con la misma voluntad. Que, cuando en la primera edad, en el estado de inocencia, eran señores absolutos los que gobernaban con sujeción y tenían en paz toda la fábrica, quedaron esclavos obedientes después del primer pecado y por ministros de aquella tiranía; luego son favorecidos del ciego y depravado entendimiento y, sedientos de su antojo, se abalanzaron de pechos por el suelo a beber las aguas de sus gustos; corren como halcones con capirotes ya por lo más levantado de los aires, ya por lo espeso de los bosques, no conociendo el venidero peligro ni temiendo el daño cierto. Así nunca reparan en distancia de tiempo que se les ponga delante, por la cual causa es el amor impaciente y hizo tales efectos en mí.

Volvíme a casar segunda vez muy con mi gusto y tanto, que tuve por cierto que nunca por mí se comenzara el tocino del paraíso y que fuera el hombre más bienaventurado de la tierra. Nunca me pasó por la imaginación considerar entonces que aquel sacramento lo debiera procurar para sólo el servicio y gloria de Dios, perpetuando mi especie, mediante la sucesión; sólo procuré la delectación. Menos di lugar a el entendimiento que me aconsejase de lo que él bien sabía, ni le quise oír; cerré los ojos a todos, despedí a la razón, maltraté a la

verdad, porque me dijo que casando con hermosa era de necesidad haber de ofrecérseme cuidados, por haber de ser común. Últimamente, de mal aconsejado, conseguí con mi gusto un mal bien deseado: cegáronme dotes naturales, diéronme hechizos, gracia y belleza, tan propio de mi esposa y sin algún artificio. Yerra el que piensa que pueda parecer algo bien con ajena compostura, pues lo ajeno se lo da y luego se lo vuelve, vuelve lo feo a quedarse con su fealdad.

Tuve días muy alegres: que los que no gozan de suegra, no gozan de cosa buena. Tratábame como a verdadero hijo, buscando por cuantas vías podía mi regalo. No trujo huésped bocado bueno a casa, que no me alcanzase parte, ni ella lo pudo haber, que no me lo comprase. Y como mi esposa trujo poca dote, tenía para hablar poca licencia y menos causa de pedirme demasías. Era moza, y tanto, que pude hacerla de mi voluntad. Tomé parientes que se honraban de mí por las ventajas que me reconocían. Que a quien los toma mejores, nunca le falta señores a quien servir, jueces a quien temer y dueños a quien ser forzosos tributarios. Mi suegra lo era mía y mi cuñada mi esclava, mi esposa me adoraba y toda la casa me servía. Nunca jamás, como aquel breve tiempo, me vi libre de cuidados. No eran otros los míos que comer, beber, dormir, holgar, y sin ser ni de solo un maravedí pechero, me bailaban delante todos, las bocas llenas de risa. Era danza de ciegos y yo lo estaba más, que los guiaba.

Dicen de Circes, una ramera, que con sus malas artes volvía en bestia los hombres con quien trataba; cuáles convertía en leones, otros en lobos, jabalíes, osos o sierpes y en otras formas de fieras, pero juntamente con aquello quedábales vivo y sano su entendimiento de hombres, porque a él no les tocaba. Muy al revés lo hace agora estotra ramera, nuestra ciega voluntad, que, dejándonos las formas de hombres, quedamos con entendimiento de bestias. Y como ya otra vez dije, nunca se vio mudanza de fortuna que no se acompañase de daños nunca presumidos ni pensados y siempre se nos finge a los principios blandísima y suave, para mejor despeñarnos con mayor pena. Pues la que se siente más es, en la falta de los bienes, acordarse de los muchos poseídos.

Dio la vuelta conmigo, con mi mujer y toda su familia. Mi suegro, que haya buen siglo, aunque mesonero, era un buen hombre. Que no todos hacen sobajar las maletas ni alforjas de los huéspedes. Muchos hay que no mandan a los mozos quitar a las bestias la cebada ni a los amos les moderan la comida, que son cosas ésas que tocan más a mujeres, por ser curiosas. Y si algo desto hay, no tienen ellos la culpa ni se debe presumir esto de mi gente, por ser, como eran todos, de los buenos de la Montaña, hidalgos como el Cid, salvo que por desgracias y pobreza vinieron en aquel trato. Lo cual se prueba bien con lo siguiente. Porque, como él fuese tan honrado, tan amigo de amigos, inclinado a hacer bien, fió a un su compañero en cierta renta de diezmos. Algunos quisieron decir que la cebada y trigo la gastó en su casa, pero no lo creo, pues tan mal salió dello; salvo si no se perdió por pasar adelante con su honra, que, según decían después mi suegra, mujer y cuñada, fue hombre muy amigo de bien comer y que su mesa siempre tuviese abundancia, sus cubas generosos vinos y su persona bien tratada. Fue usufrutuuario de su vida, que hay hombres cuyo Dios está en su vientre.

Yo conocí en Sevilla un hombre casi su semejante, aunque de poca honra, el cual trataba de sólo trasladar sermones y le pagaban a medio real por pliego. El cual, como lo hubiese menester para que me trasladase cierto proceso dentro de mi casa y se tardase mucho en volver a trabajar después de mediodía, diciéndole yo que cómo se había detenido tanto, me respondió que había ido muy lejos a comer. Pues, como yo le viese un hombre hecho pedazos, con más rabos que un pulpo, sin zapatos, calzas, capa ni sayo y tan pobre, pareciéndome que podría o debía comer en la taberna, le dije: «¿Pues no hay bodegones por aquí cerca, sin ir tan lejos?» Y respondióme: «Señor, sí hay; empero ninguno dellos tiene lo que yo como, ni lo dan en otro que adonde voy.» Quise por curiosidad saber qué comía y díjome: «Yo soy pobre hombre, como lo que gano y gano lo que puedo, para vivir mejor. En el bodegón adonde voy, saben ya que me tienen de dar una libreta de carnero merino castrado y para con él una salsa

de oruga hecha con azúcar. Con esto paso el invierno; que el verano con una poca de ternera me basta.»

Digo de mi cuento que, como el compañero de mi suegro, faltase y [él] a cabo de pocos días falleciese, cuando se cumplió el plazo de la paga, vinieron a ejecutar a mi suegra por ella. Llevaron cuanto en toda la casa hallaron, que no faltó sino llevarnos a vueltas dello a mí y a mi mujer; empero ¡tanto monta!, pues dieron con las personas de patitas en la calle. Vímonos desbaratados, como quien escapa robado de cosarios. Recogímonos como pudimos a casa de un vecino. Y, como habían de dar los acreedores el mesón a quien mejor se lo pagase, no faltaron para él opositores. Que quien es de tu oficio, ése es tu enemigo. Nunca en los tales falta invidia: siempre les pesa del acrecentamiento del otro. Aquel mesón estaba de antes bien acreditado. Fueron echando pujas, queriéndolo cada cual para sí, sobre las de mi suegra, que también lo pretendía por su arrendamiento, como mujer que allí se había criado, y a sus hijas, y por su buena gracia estaba en él aparroquiada. Quedamos con él a pesar de ruines; mas tan subido de precio y por sus cabales, que apenas alcanzábamos un pan y sardinas, que toda la ganancia se la chupaba la renta, como una espongia, y tanto, que perecíamos con el oficio de hambre.

Cuando me vi tan apurado quise revolver sobre mí, valiéndome de mi filosofía, comenzando a cursar en Medicina como hijo de sastre; pero no pude ni fue posible, aunque continué algunos días y se me daba muy bien, por los famosísimos principios que tenía de la metafísica. Que así se suele decir que comienza el médico de donde acaba el físico y el clérigo de donde el médico. Todo mi deseo era si pudiera sustentarme hasta graduarme; mas era en vano. Aunque, para poderlo hacer, permití en mi casa juego, conversaciones y otras impertinencias, que todas me dañaron. Huí del perejil y nació me en la frente. Mas parecióme que nada de aquello pudiera tocar a fuego y que bastaba la sola golosina y fuera como los cominos, que, colgados en un taleguillo en el palomar, a sólo el olor vinieran las palomas; empero sucedióme lo que a el confitero, que al sabor de lo dulce acudían las moxcas y se lo comían. A los principios disimulélo un poco, y poco basta consentir a una mujer para que se alargue mucho. Todo andaba de harapo. Comíamos, aunque limitadamente; mas ya las libertades entraban muy a lo hondo, perdían pie. Desmandábanse ya, faltando el miedo y respeto. Mi reputación se anegaba, nuestra honra se abrasaba, la casa se ardía y todo por el comer se sufría. Callaba mi suegra, solicitaba mi cuñada, y, tres al mohíno, jugaban al más certero. Yo no podía hablar, porque di puerta y fui ocasión y sin esto pereciéramos de hambre. Corrí con ello, dándome siempre por desentendido, hasta que más no pude.

Los estudiantes podían poco, que nunca sus porciones tienen fuerzas para sufrir ancas y no había en todos ellos alguno que, rigiendo la oración, se hiciera nominativo, a quien se guardara respeto y acudiera con lo necesario. Pues mal comer, poco y tarde y por tan poco interés dar tanto, que siempre había de verme puesto en acusativo, como la persona que padece, no quise. Hice mi cuenta: «Ya no puede ser el cuervo más negro que sus alas. El daño está hecho y el mayor trago pasado; empeñada la honra, menos mal es que se venda. El provecho aquí es breve, la infamia larga, los estudiantes engañosos, la comida difícil. No sólo conviene mudar los bolos, empero hacerlo con mucha brevedad. Malo de una manera y peor de la otra. Vamos a lo que nos fuere más de provecho, donde, ya que algo se pierda, no seamos el alfayate de la esquina, que ponía hasta el hilo de su casa. No ha de arronjarse todo con la maldición: quédenos algo que algo valga, siquiera lo necesario a la vida, comer y vestido. Salgamos de aqueste valle de lágrimas antes que vengan las vacaciones, donde todo calme. Dejemos esta gente non santa, de quien lo que más en grueso se puede sacar es un pastel de a real o dos pellas de manjar blanco y, cuando dan para ello, no se van de casa hasta comerse la mitad. Si sus madres les envían un barril de aceitunas cordobesas, cumplen con darnos un platillo y nos quiebran los ojos con dos chorizos ahumados de la montaña. No, no, eso no, que nos tiene más de costa.»

Yo sabía ya lo que pasaba en la corte. Había visto en ella muchos hombres que no tenían otro trato ni comían de otro juro que de una hermosa cara y aun la tomaban en dote; porque para ellos era una mina, buscando y solicitando casarse con hembras acreditadas, diestras en el arte, que supiesen ya lo que les importaba y dónde les apretaba el zapatillo. Vía también las buenas trazas que tenían para no quedar obligados a lo que debieran, que, cuando estaba tomada la posada, o dejaban caer la celogía o ponían en la ventana un jarro, un chapín o cualquier otra cosa, en que supiesen los maridos que habían de pasarse de largo y no entrasen a embarazar. A mediodía ya sabían que habían de tener el campo franco. Entraban en sus casas, hallaban las mesas puestas, la comida buena y bien prevenida y que no habían de calentar mucho la silla, porque quien la enviaba quería venirse a entretener un rato. Y a las noches, en dando las Avemarías, volvían otra vez, dábanles de cenar, íbanse a dormir solos, hasta que se les hiciese horas a sus mujeres de irse con ellos a la cama. Y acontecía detenerse hasta el día, porque iban a visitar a sus vecinas. En resolución, ellos y ellas vivían con tal artificio que, sin darse por entendidos de palabra, sabían ya lo que había cada uno de poner por la obra. Y estos tales eran respetados de sus mujeres y de las visitas, a diferencia de otros, que sin máscara ni rodeo pasaban por ello y aun lo solicitaban, llamando y trayendo consigo a los convidados, comiendo en una mesa y durmiendo en una cama juntos.

Yo conocí uno que, porque un galán de su mujer se amancebó con otra, se fue a él y diciéndole que por qué faltas que le hubiese hallado había dejádola, le dio de puñaladas, aunque no murió dellas. Estos tales van al bodegón por la comida, por el vino a la taberna y a la plaza con la espuerta. Pero los más honrados basta que dejen la casa franca y se vayan a la comedia o al juego de los trucos, cuando acaso les faltan las comisiones. No hiciera yo por ningún caso lo que algunos, que cuando en presencia de sus mujeres alababan otros algunas buenas prendas de damas cortesanas, les hacían ellos que descubriesen allí las suyas, loándoselas por mejores. Mas en cuanto una tácita permisión sin género de sumisión, ésa ya yo estaba dispuesto a ella.

Cogí mi hatillo, que todo era el del caracol, que cupo en una caja vieja bien pequeña y, metida en un carro, sentados encima della nos venimos a Madrid, cantando «Tres ánades, madre». Venía yo a mis solas haciendo la cuenta: «Comigo llevo pieza de rey, fruta nueva, fresca y no sobajada: pondréle precio como quisiere. No me puede faltar quien, por suceder en mi lugar, me traiga muy bien ocupado. Un trabajo secreto puédesse disimular a título de amistad, ahorrando la costa de casa. Y ganando yo por otra parte, presto seré rico, tendré para poner una casa honrada donde reciba seis o siete huéspedes que me den lo necesario bastantemente, con que pasaremos. Yo tengo todas aquellas partes que importan para cualquier negocio que de mí quieran fiar. Para fuera soy solícito y para en casa sufrido. Iré cobrando crédito y, en teniendo colmada la medida de mi deseo, alzaréme a mayores, pondré mi trato, sin que sea necesario tener otros achaques.» Venía mi esposa con el mejor vestido de los que tenía y un galán sombrerillo con sus plumas y, fuera dellas, ¡maldito el caudal!, ni aun cañones(23), que [no] teníamos otros, ecepto la guitarra.

Cuando a la corte llegamos, luego a el instante, antes de bajar los pies en el suelo, corrió la fama de la bienvenida. Hizo reseña con su hermosura. Llegósele la gente, y el que más por entonces mostró desearnos acomodar fue un ropero rico de la calle Mayor, que, preguntándonos de dónde veníamos y adónde caminábamos, cuando le dije que allí no más y que no teníamos posada cierta, profesando querernos hacer amistad, nos llevó a la de una su conocida, donde nos hicieron todo buen acogimiento: no por el asno, sino por la diosa. El buen ropero dijo que vendríamos muy cansados de la mala noche y del camino y, pues no teníamos quien luego nos trujese lo necesario, descuidásemos dello, que con su criado lo enviaría. Hízonos aquel día traer de comer gallardamente de casa de un figón que allí lo tenía siempre bien prevenido, y veislo aquí donde viene a la tarde, donde ya, después de cumplimientos y comedimientos, le pregunté que cuánto había gastado. Respondióme ser todo una miseria, que deseaba servirme cuando se ofreciese ocasión en cosas de más calidad y que

de aquélla no había que hacer caso. Hízose como del corrido en que se le tratase dello, empero yo porfiaba en que había de recibir el costo; que fuese lo que es amistad, amistad, y el dinero, dinero. Así me vino a decir que todo había costado solos ocho reales. Díselos. Mas, porque no saliesen de casa, comencé a usar de mi oficio, que, tomando la capa, dije que me importaba ir a visitar a cierto amigo. Dejélos en buena conversación en el aposento de la huéspeda y fuime a pasear hasta la noche. Cuando volví, ya estaba la mesa puesta, la cena guisada y todo tan bien prevenido, como si para ello le hubiera quedado a mi mujer mucho dinero. No le hablé palabra ni pregunté de dónde había venido ni quién lo había enviado, tanto porque no me convenía, cuanto porque la huéspeda dijo que habíamos de ser aquella noche sus convidados. Fuelo también el señor de la ropería y desde aquella cena quedamos muy grandísimos amigos.

Veníanos a visitar, llevábanos a holguras, a cenar al río, a comer en quintas y jardines, las tardes a comedias, dándonos aposento y muy buena colación en él, con que fuemos pasando un poco de tiempo. Y aunque verdaderamente hacía el hombre cuanto podía y nada nos faltaba, ya se me hacía poco, porque había quien lo quería sacar de la puja. Yo sabía que las mujeres de buen parecer son como harina de trigo: de la flor, de lo más apurado y sutil della se saca el pan blanco regalado que comen los príncipes, los poderosos y gente de calidad; el no tal, que sale del moyuelo, del corazón y algo más moreno, come la gente de casa, los criados, los trabajadores y personas de menos cuenta; y del salvado se hace pan para perros o lo dan a los puercos. La hermosa y de buena cara, luego que llega en alguna parte donde no es conocida, lo primero se llevan los mejores del pueblo, los principales ricos dél y los que son señores o más valen. Luego entran, cuando ya éstos están hartos, los plebeyos, los hijos de vecinos y gente que con un cantarillo de arrope por vendimias, una carga de leña por Navidad, una cestilla de higos por el tiempo, pagan salario para todo el año, como al médico y barbero. Mas, en pasando destos, anda ladrada de los perros, no hay zapatero de viejo que no les acometa ni queda cedacero que no las haga bailar al son de la sonaja.

Ya le había dado un vestido de azabachado negro, guarnecido de terciopelo, con un manteo de grana, guarnecido con oro. Teníamos cama, bufete y sillas. Y, no supe de dónde, se habían comprado cuatro buenos guadamecés. La casa estaba que, con pocos trastos más, pudiéramos matar por nosotros. La huéspeda nos desollaba, pareciéndole que también había de meter sopa y mojar en la miel por sólo la permisión que ponía de su parte. Y aquesto no era lo que yo buscaba ni me venía bien a cuento. Tampoco el señor; porque solicitaba la cátedra otro mejor opositor de más provecho. Y, aunque conozco que procedía en su trato como ropavejero de bien, es caso muy distinto del mío, que hoy daré por tres lo que mañana no por diez. El tiempo es el que lo vende y no es a propósito que sea hombre de bien uno, si yo lo he menester para otro. Porque importa poco que sea buen músico el sastre para hacer un vestido, ni el médico que trata de mi salud, que sea famoso jugador de ajedrez. Dinero y más dinero era el que yo entonces buscaba, que no bondades ni linajes.

Lo que no era de mucho provecho me causaba mucho enfado. No solamente me contentaba con el sustento y vestido necesario, sino con el regalo extraordinario. Que comprasen a peso de oro la silla que se les daba, la conversación que se les tenía, el buen rostro que se les hacía, el dejarlos entrar en casa y sobre todo la libertad que les quedaba en saliendo yo della. Y esto no podía hacer nuestro buen hombre. Queríanos llevar por el canto llano, que comenzó cuando al principio nos conoció, como si fuera imposición de censo perpetuo, que había siempre de pasar de una misma forma. Ya yo sabía quién con exceso de ventajas era más benemérito y más a mi cuento; empero poníaseme sólo por delante la diferencia que hace tienes a quieres, haberle yo de ir a dar a entender que gustaría de su amistad. Bien sabía y me constaba que la deseaba; mas era extranjero y no se atrevía. Pues acometerle yo fuera estimarnos en poco; dejar a el otro también fuera locura. Porque mejor es pan duro, que ninguno. Ni osaba tomar ni dejar. Desta manera fui algunos días pasando diestramente, hasta ver el mío. Acudía de ordinario a las casas de juego, ya jugando, ya siendo tomajón, pidiendo a mis amigos y conocidos del tiempo pasado, y lo que me daban o juntaba

esperaba ocasión y, cuando el ropero estaba en casa, dábaselo a mi mujer para el gasto, por no darle a entender mi flaqueza y que consentía sus visitas por el sustento y, en apartándose de allí, luego a mi mujer le pedía dineros para jugar y volvíamelos a dar y aun otros muchos. De manera que siempre fui para con él señor de mi voluntad, sin darle alguna entrada por donde pudiera perderseme respeto.

Andaba el extranjero por su parte bebiendo vientos, haciendo grandísimas diligencias por ganarnos la voluntad, y nosotros cada uno entre sí por tener la suya, conociendo las ventajas que se habían de seguir; mas, como yo por mi parte recataba mi casa de algún desastre, temí no la hollasen dos a la par. Que ni sufrió dos cabezas un gobierno ni se anidaron bien dos pájaros juntos en un agujero. Y tampoco mi mujer se atrevía, por no juntar cuadrillas ni ser común de tres, hasta que ya, viendo lo bien que a cuento nos venía y que cuanto el ropero aflojaba la cuerda, el extranjero apretaba más en su negocio, que andaban los presentes, joyas, dineros y banquetes en buen punto, alcéme a mayores, diciendo que no me hallaba en disposición de pagar posada pudiendo sustentar casa.

Con esto apartamos el rancho y puse mi tienda. El extranjero me hacía mil zalemas y yo a el ropero la cara de perro. Tanto cuanto el uno me llevaba tras de sí, procuraba ir sacudiendo a el otro de mí, hasta que ya cansado dél, vine a decirle que, si me había pasado a casa sola, era por sólo ser el señor della y andar a mi gusto, si vestido o si desnudo. Que me hiciese merced en visitarme a tiempos que le pudiese bien recibir, y no cuando tuviese forzosa ocupación en mis negocios. Porque yo ni mi mujer podíamos estar siempre dispuestos ni emballestado[s], esperando visitas. El hombre lo sintió de manera que nunca más volvió a cruzarme los umbrales, ecepto por tercerías de su amiga, huéspedea que había sido nuestra, y allá se vían en achaque de visita, de mil a mil años, cuando podía escaparse. Acá nuestro extranjero, como anduvo tan manirroto y liberal, fueme forzoso mostrarme de buen semblante, porque iba de portante y, según llevaba el paso, presto saliéramos de muda. Y así fue. Porque, como mi mujer le fuese haciendo buen rostro, viéndose sola, estimaba él en tanto cualquier pequeño favor, que la pagaba con peso de oro. Dímonos por amigos, convidóme a su casa y, pidiéndome licencia, envió a la mía muchos y muy buenos platos, de los manjares que sirvieron a n[u]estra mesa. Y con secreta orden a los criados que los llevaban, que no los volviesen y que allá los dejasen, aunque todos eran de plata. No me pesaba dello; empero pesábame que tan al descubierto se hiciese, pues no hay hombre tan leño que no entienda que, cuando aquesto se hace, no es a humo de pajas ni por sus ojos bellidos.

Galana cosa es que un poderoso regale a mi mujer y que no haya yo de conocer el fin que lleva. Holgábame yo: todos hacen lo mismo. No dice verdad quien dice que le pesa, que, si le pesara, no lo consintiera. Si me holgaba dello y consentía que mi mujer lo recibiera; si la dejé salir fuera y gusté que, cuando volviese, viniese cargada de la joya, del vestido nuevo, de las colaciones, y mi desvergüenza era tanta, que las comía y con todo lo más disimulaba: lo mismo hacen ellos. No quieran o piensen cargarme las cabras y salirse afuera, que les prometo que los entiendo y los entienden. Y aun es lo peor que cuando me vían ir por la calle muy galán con el cintillo en el sombrero de piezas y piedras finísimas, me decían a las espaldas y aun tan recio que pude bien oírlo: «¡Bellos pitones lleva Guzmán, bien se le lucen!» Y algunos de los que me lo decían quizás me lo envidiaban y otros no se los vían; pero víanselos a ellos.

Nuestro extranjero compró nuestra libertad y tenía tanta, que ya en mi posada no se hacía otra sino la suya. Pero yo siempre sustenté mis trece, llevándolo en amistad, haciéndome del honrado. Como la espuma crecían los bienes en mi casa, colgaduras de invierno y verano, tapices de Bruselas, brocateles adamascados, camas de damasco, pabellones, colchas, alfombras, almohadas del estrado y otros muebles dignos de un señor. Pues la mesa que tuve y casa que sustenté no creo que bastaran dos mil ducados a el año. Y cuando me daba gusto volver loco a el patrón cuando habíamos comido –que lo solía hacer

algunas veces, en especial días de fiesta— mandaba yo sacar sobremesa la guitarra y decíale a mi mujer:

—Por tu vida, Gracia, que nos cantes un poco.

Que de otra manera por maravilla la tomaba en mi presencia en cantar. Que, aunque sabía que yo lo entendía y nada ignoraba, guardábame siempre mucho aquel decoro, recatábase cuanto podía de que yo viese cosa de que me afrentase y quedase obligado a la demostración del sentimiento.

Cada uno de nosotros nos entendíamos y los unos a los otros, no dándonos por entendidos ni dello jamás tratábamos. Al buen señor le gastábamos muchos de los bellos escudos. Yo me trataba como un príncipe. Rodaban por la casa las piezas de plata, en los cofres no cabían las bordaduras y vestidos de varias telas de oro y seda, los escritorios abundaban de joyas preciosísimas. Nunca me faltó qué jugar, siempre me sobró con qué triunfar. Y con esto gozaban de su libertad. Porque, como yo sintiese que no convenía entrar en casa —lo cual sabía por ver que tenía cerrada la puerta—, pasaba de largo hasta parecerme hora. Y, viendo que la tenían abierta, era señal que pasaban el tiempo en buena conversación: entrábame allá y parlábamos todos.

¿Ves toda esta felicidad, esta serenidad y fresco viento? ¿Ves aquesta fortuna favorable, risueña y franca? Pues no sucedió menos, que como todo lo más en que tuve malos medios. Ni creo que alguno pueda escaparse sin borrascas tales de cuantos navegaren este océano. A la fama de tanta hermosura y de tanta licencia, la tomaron algunos príncipes y caballeros que olieron la boda. Paseos van, recabdos vienen; aunque nunca, según creo, se les hizo amistad ni se dio causa con que nuestro dueño se ofendiese. Con todo eso, viéndose perseguido y conquistado de otros más poderosos en hacienda, linaje y galas, andaba celosísimo, perdía el juicio. Quiso a los principios esforzarse a competir con ellos, haciendo franquezas extraordinarias, con dádivas de mucho precio, que importaron millares de ducados; mas cuando vio que no podía pleitear contra tanto poder ni resistir a tanta fuerza sin hacérsela nadie, sin causa y sin más de su consideración, se fue retirando de sol a una sombra. ¡Qué de veces consideraba yo este necio, qué despepitado iba en seguimiento de una torpeza, con tan estraña costa y tanto sobresalto! Reíame dél y de su poco entendimiento, como si una de las criadas de mi casa llegara pidiéndole cualquiera cosa de mucho valor, se la diera con mucho gusto y, si acaso llegara un pobre a pedirle medio real por Dios, lo negara.

Todos tuvimos nuestro pago. El señor a quien servimos, por enriquecernos quedó pobre; nosotros por mal gobierno no fuimos ricos y juntos dimos en el suelo. El hombre comenzó a huir y los otros a perseguir. Que cuanto tienen de señores los que lo son, tanto tienen de libres en lo que pretenden. Sobre todo quieren que por su sola persona se les postre todo viviente. Quisiéales yo decir o preguntar: «¿Señor, qué te debo, qué me das, de qué me vales, para que quieras que te sirva con obras, palabras y pensamientos?» Y sobre todo, ya con lo que malpagan, también maltratan con una sequedad, con una soberbia, como si fuera deuda por que me pudieran ejecutar.

Su licencia fue tanta, su trato tal, que a pocos días dimos en manos de la justicia. Supo lo que pasaba un ministro grave y hizo como cuando asentó el león compañía con los más animales, que, habiendo cazado un ciervo, lo adjudicó todo para sí. Desta manera se levantó con ello y para hacerlo con un poco de buen color, comenzó con un poco de estruendo, como que nos quería hacer una causa. Yo, cuando lo supe, acudí a él, formando quejas de semejante agravio, haciéndome de los godos. Y él, que otra cosa no deseaba, me hizo todo buen acogimiento, sentóme a par de sí, preguntáme de qué tierra era. Díjele que de Sevilla.

—¡Oh —dijo—, de Sevilla, la mejor tierra de todo el mundo!

Comenzóme a tratar della, engrandeciéndome sus cosas, como si de aquello me resultara honra o provecho. Preguntóme que quiénes habían sido allí mis padres. Y cuando se los nombré dijo haber sido sus grandes amigos y conocidos. Refirióme cierto pleito que,

siendo él allí juez, había sentenciado en su favor, y díjome que tenía por cierto aún ser mi madre viva, porque la conoció mucho en sus mocedades. Tanto me dijo, que sólo le faltó hacerme su deudo muy cercano.

Harto lo esperaba yo, cuando tan particulares cosas me decía y señas me daba, y entre mí decía: «¡Todo lo pueden los poderosos!» Y acordéme de cierto juez que, habiendo usado fidelísimamente su judicatura y siendo residenciado, no se le hizo algún cargo de otra cosa que de haber sido humanista. Lo cual, como se le reprehendiese mucho, respondió: «Cuando a mí me ofrecieron este cargo, sólo me mandaron que lo hiciese con rectitud y así lo cumplí. Véase toda la instrucción que me dieron y dónde se trata en ella de que fuese casto y háganme dello cargo.» De manera que, porque no lo llevan dicho expresamente, les parece que no van contra su oficio, aunque barran todo un pueblo. Como lo hizo cierto juez que, habiendo estrupado casi treinta doncellas y entre ellas una hija de una pobre mujer, cuando vio el daño hecho, le fue a suplicar que ya, pues la tenía perdida, se la diese, por que no se divulgase su deshonor. Y sacando él un real de a ocho de la bolsa, le dijo: «Hermana, yo no sé de vuestra hija. Veis ahí esos ocho reales. Decidlos de misas a San Antonio de Padua, que os la depare.» Ahora bien, mas yo no sé a quién esto le parece bien; pierdo el seso del poco castigo que se hace por delitos tan graves.

Mandóme ir a mi casa, ofreciéndose de hacerme mucha merced y que tendría mucha cuenta con lo que se me ofreciese. Que bastaba ser de Sevilla y hijo de tales padres, para que con muchas veras acudiese a mis negocios. Con esto me volví, y a pocos días, estábamos a solas mi mujer y yo, bien descuidados, veis aquí una noche que andaba de ronda, se llegó a nuestra puerta y haciendo llamar a ella preguntaron por mí, pidiendo para su merced un jarro de agua. Entendíle la sed que traía. Supliquéle con instancia que me hiciera merced en beberla sentado. Él no deseaba otra cosa. Entró y, dándole una silla, le sirvieron una poca de conserva, con que bebió. Comenzó la conversación de que venía cansadísimo y que había visto aquella noche mujeres muy hermosas, empero que ninguna tanto como la mía. Dijo que la loaban mucho de buena voz. Yo le dije que pidiese la vihuela y, pues dello gustaba su merced, que cantase alguna cosa. Hízolo sin algún melindre, pareciéndonos a entrambos que sería de mucha importancia tener granjeado un tan buen personaje por amigo, para lo que allí se nos pudiese ofrecer. El hombre quedó pasmado de verla y oírla y, cuando se quiso ir, me mandó que lo visitase a menudo. Despidióse y quedámonos tratando de cosas pasadas y cómo para las venideras nos venía tan a buen propósito aquel favor, con quien seríamos tenidos y temidos.

Yo lo visité algunas veces y uno de los días que iba más descuidado de cosa que me lo pudiera dar, me dijo que, pues él estaba vivo, ¿por qué no quería con su calor tratar de alguna comisión que me fuese honrosa y provechosa? Respondíle que le besaba las manos por merced semejante, mas que, por no cansarlo, no habiendo en algo servido, no trataba dello. Entonces, vendiéndome las amistades de mis padres –aunque más era por ganar la de mi mujer–, me ofreció una comisión, diciendo que me sería muy provechosa. Dile por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias. Porque dentro de dos días me puso los papeles en la mano, con orden a que fuese a hacer cierta cobranza por el Consejo de la Hacienda, la cual sacó pidiéndola para mí de un su grande amigo que asistía en aquel tribunal, diciendo serlo yo mucho suyo y persona benemérita, digna de cosas muy graves, cual se vería por la buena satisfacción que daría de mi persona y negocios. Cuando la tuve despachada, salí de mi casa bien contra mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedís de salario. Y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado a buena mesa, no tenía para comenzar a comer con ellos, cuanto más para poder ahorrar que traer o enviar a mi casa. Empero érame ya forzoso hacerlo. Callé y tomélo, por escusar mayores daños. Partíme y perdíme. Porque le pareció a el señor que con mercedes ajenas había de ganar esclavos que le sirviesen y que de aquellos ochocientos maravedís pudiera repartir con mi mujer, sustentándose ambas casas, y

aquello nos bastaba por paga, con que no sólo había de ser franco de pecho y de todo derecho, empero que no se había de mirar a el sol ni recibir visita más de la suya.

Quiso ser tan juez de mis cosas y apretarlas tanto, que morían de hambre, iban cada día vendiendo las alhajas para el sustento. No le pareció buena cuenta ni aun razonable a mi huésped ser mucha la sujeción y poca la provisión. Comenzó a rozarse la prima. También falseaba la tercera, que era una su grande amiga, porque pensó sacar deste mercado muy buenas ferias. Y cuando el señor sintió la mala consonancia, pareciéndole que con mi presencia se remediaría todo, hizo que no me diesen más prorrogaciones y que me mandasen venir a dar cuenta de lo hecho. Hiciéronlo y volví de mejor gana de la con que fui, porque volví empeñado y hallé mi casa gastada. Él creyó que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto; y salióle al revés, porque con mi presencia creció el gasto y la libertad para poderlo hacer. Hallóse rematado, sin saber cómo mejor negociar. Y pareciendo que ninguna cosa ya haría tanto al caso como el rigor, para cogernos por seca, cruzadas las manos y que con lágrimas le fuésemos a pedir misericordia, trató con sus compañeros de hacernos desterrar y así nos lo notificaron.

Yo hice mi cuenta: «Este señor lo pretende ser tanto, que quiere que yo le sustente la casa y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas y trabajos he adquirido. Pues quedar no puedo, si me falta la libertad con que ganarlo, menos mal será obedecer. Que, aunque para nosotros es duro, para él será doloroso. Si nos quebramos un ojo, le sacamos a él dos, pues le falta la cuenta que hizo y le sale a el revés el pensamiento.» Demás desto, al fin de aquel año se cumplían los diez en que había de pagar a mis acreedores. Vínome todo a cuenta. Ya yo sabía estar mi madre viva. Hice alquilar un coche para nuestras personas y dos carros para llevar la hacienda y gente, dejando la corte y cortesanos. Pareciéndonos de más importancia los peruleros, calladamente me vine a Sevilla.

Capítulo VI

Llegaron a Sevilla Guzmán de Alfarache y su mujer. Halla Guzmán a su madre ya muy vieja, vásele su mujer a Italia con un capitán de Galera, dejándolo solo y pobre. Vuelve a hurtar como solía

Como los que se escapan de algún grave peligro, que pensando en él siempre aún les parece no verse libres, me acuerdo muchas veces y nunca se me olvida mi mala vida –y más la del discurso pasado–, el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve a Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos. Admirándome de mí, que fuese tan bruto y más que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieran lo que yo: haciendo caudal de la torpeza de mi mujer, poniéndola en la ocasión, dándole tácita licencia y aun expresamente mandándole ser mala, pues le pedía la comida, el vestido y sustento de la casa, estándome yo holgando y lomienhiesto. ¡Terrible caso es y que pensase yo de mí ser hombre de bien o que tenía honra, estando tan lejos della y falto del verdadero bien! ¡Que por tener para jugar seis escudos, quisiese manchar los de mis armas y nobleza, perdiendo lo más dificultoso de ganar, que es el nombre y la opinión! ¡Que, profanando un tan santo sacramento, usase de manera dél que, habiendo de ser el medio para mi salvación, lo hiciese camino del infierno, por sólo tener una desventurada comida o por un triste vestido! ¡Que me pusiese a peligro que a espalda vuelta y aun rostro a rostro, me lo pudiesen dar por afrenta, obligándome a perder por ello la vida!

Que un hombre no pueda más, que lo sepa y disimule, o por el mucho amor o por el mucho dolor o por no dar otra campanada mayor, no me admira. Y no solamente pudiera no ser esto vicio; mas virtud y mérito, no consintiéndolo ni dando favor o entrada para ello. Mas que, como yo, no sólo gustaba dello, mas que, si necesario era, les echaba, como dicen, la capa encima, no sé si estaba ciego, si loco, si enhechizado, pues no lo consideraba, o cómo, si lo consideré, no le puse remedio, antes lo favorecía. ¡Oh loco, loco, mil veces loco! ¡Qué poco se me daba de todo, sin reparar en lo mal que se compadecían honra y mujer guitarrera ni que diese solaz a otros que a mí con ella! Suelen los hombres para obligar a las damas darlas músicas y cantarles en las calles; pero mi mujer enamoraba los hombres yéndoles a tañer y a cantar a sus casas. Bien claro está de ver que tales gracias de suyo son apetecibles. ¿Pues cómo, convidando con ellas, no me las habían de codiciar? ¿Qué juicio tiene un hombre que a ladrones descubre sus tesoros? ¿Con qué descuido duerme o cómo puede nunca reposar sin temor que no se los hurten? ¡Que fuese yo tan ignorante, que, ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés a dar en otra mayor, loar en las conversaciones en presencia de aquellos que pretendían ser galanes de mi esposa, las prendas y partes buenas que tenía, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, pies y aun y aun... –quiero callar, que me corro de imaginarlo– para que vieses si era gruesa o delgada, blanca, morena o roja! ¡Que ya todo anduviese de rompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso y frecuentación se me hiciese fácil y entretenimiento! ¡Que le consintiese visitas y aun se las trujese a casa y, dejándolas en ella, me volviese a ir fuera, y sobre todo quisiese hacerlos tontos a todos, para que me diesen a entender que creían ser aquello bueno y lícito, siendo depravado y malo! ¡Que la hiciese salir a solicitar comisiones y buscarme ocupaciones a casa de personajes que la codiciaban, y que me diese por desentendido de la infamia con que a su casa volvía con ellas o sin ellas! ¡Que, dándole tantos banquetes, joyas, dineros y vestidos quisiera yo creyesen se los daban a humo muerto y por sus ojos bellidos, por amistad sola, sencilla, sin doblez y sin otra pretensión! ¿Qué puedo responderme o qué podía esperarse de mí, que no sólo lo consentía, mas juntamente lo causaba?

Tuvo mucha razón el que, viéndome algo medrado en Madrid, en la cárcel y en mi presencia dijo: «Veisme a mí aquí, que ha tres años que estoy preso por ladrón, por falsario,

por adúltero, por maldiciente, por matador y otras mil causas que me tienen acumuladas, que con todas ellas muero de hambre; y el señor Guzmán, con sólo dar a su mujer una poca de licencia, vive libre, descansado y rico.» ¿Qué podréis creer que sentí? ¡Oh maldita riqueza, maldito descanso, maldita libertad y maldito sea el día que tal consentí, ya fuese por amor, por necesidad, por privanza o algún otro interés! Mas para que se conozca el paradero que tiene lo que así se granjea y el desdichado fin de tales gustos, contaré mis desdichas, discurso de mi amarga vida y en mi mal empleada.

Caminábamos a Sevilla, como dicen, al paso del buey, con mucho espacio, porque se le mareaba en el coche una falderilla que llevaba mi mujer, en quien tenía puesta su felicidad y era todo su regalo, que es cosa muy esencial y propia en un dama uno destos perritos y así podrían pasar sin ellos como un médico sin guantes y sortija, un boticario sin ajedrez, un barbero sin guitarra y un molinero sin rabelico. Cuando allá llegamos, con el deseo de aquellos peruleros y de ver nuestra casa hecha otra de la Contratación de las Indias, barras van, barras vienen, que pudiera toda fabricarla de plata y solarla con oro, ya me parecía verlos asobarcados con barras, las faltriqueras descosidas con el peso de los escudos y reales, todo para ofrecer a el ídolo. Con aquello me vengaba del que nos enviaba desterrados y entre mí le decía: «¡Oh traidor, que por donde me pensaste calvar te dejé burlado! A tierra voy de Jauja, donde todo abunda y las calles están cubiertas de plata, donde, luego que llegue, nos vendrán a recibir con palio y mandaremos la tierra.» Con estos y otros tales pensamientos, a el emparejar con San Lázaro, se me refrescó en la memoria cuanto allí me pasó cuando de Sevilla salí. Vi la fuente donde bebí, los poyos en que me quedé dormido, las gradas por donde bajé y subí. Vi su santo templo y deste acá fuera dije: «¡Ah glorioso santo! Cuando de vos me despedí, salí con lágrimas, a pie, pobre, solo y niño. Ya vuelto a veros y me veis rico, acompañado, alegre y hombre casado.» Representóseme de aquel principio todo el discurso de mi vida, hasta en aquel mismo punto. Acordéme de la ventera y venta, donde me dieron aquella buena tortilla de huevos y el machuelo de Cantillana; mas ya lo había dejado a la mano derecha. Entré por aquella calzada real. Dimos vuelta por el campo, cercando la ciudad hasta el mesón de los carros, donde por fuerza los míos habían de parar. Y como todos aquellos eran pasos muchas veces andados en mi niñez y tierra conocida donde recibí el ser, alegróseme la sangre, como si a mi madre misma viera.

Reposamos allí aquella noche, no muy bien; mas a la mañana me levanté con el sol para buscar posada y despachar mi ropa del aduana y también a procurar si por ventura hubiera quien de mi madre nos dijese. Mas, por buena diligencia que hice, no fue de provecho ni della tuve rastro. Creí hallarlo todo como lo había dejado, mas aun sombra ni memoria dello había. Que unos mudados, ausentes otros y los más muertos, no había piedra sobre piedra. Dejélo hasta más de propósito, por la priesa que tenía entonces de acomodarme. Y andando buscando adónde, vi una cédula sobre la puerta de una casa en los barrios de San Bartolomé. Pedí que me la enseñasen, vila y parecióme buena por entonces. Concertéla por meses y, pagando aquél adelantado, hice pasar a ella toda mi ropa. Descansamos dos días, comiendo y durmiendo, hasta que ya le pareció a Gracia que no era justo haber llegado a ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dejar de salir a pasearla. Fuime a Gradas. Concertéle un escudero de quien se acompañase, por que supiese andar las calles y fuese adonde más gustase, sin rodear o perderse ni andar preguntando, y en más de quince días no dobló el manto, que mañana y tarde siempre salía y nunca se cansaba ni hartaba de ver tantas grandezas. Porque, aunque se había hallado bien todo el tiempo que residió en Madrid y le parecía que hacía la corte ventajas a todo el mundo, con aquella majestad, grandezas de señores, trato gallardo, discreción general y libertad sin segundo, hallaba en Sevilla un olor de ciudad, un otro no sé qué, otras grandezas, aunque no en calidad –por faltar allí reyes, tantos grandes y titulados–, a lo menos en cantidad. Porque había grandísima suma de riquezas y muy en menos estimadas. Pues corría la plata en el trato de la gente, como el cobre por otras partes, y con poca estimación la dispensaban francamente.

A pocos días llegó la cuaresma y vio la semana santa de la manera que allí la celebran, las limosnas [que] se hacen, la cera que se gasta. Quedó pasmada y como fuera de sí, no pareciéndole que aquello pudiera ser y exceder mucho en las obras a lo que antes le habían dicho con palabras. Ya en este tiempo y pocos días después que a la ciudad llegué, con mucha solitud, por señas y rodeos vine a saber de mi madre y se pudo decir haberla hallado por el rastro de la sangre. Pues tratando mi mujer con otras amigas damas y hermosas, preguntando por ella, vino a saber cómo asistía en compañía de una hermosa moza, de quien se sospechaba ser madre por el buen tratamiento que le hacía y respeto con que la trataba. Mas verdaderamente no lo era ni tuvo más que a mí. Lo que acerca desto hubo sólo fue que, como se viese sola, pobre y que ya entraba en edad, crió aquella muchacha para su servicio. Y salióle acaso de provecho y así se valían las dos como mejor podían. Yo, cuando supe della hice mucha instancia para traerla conmigo, por la mala gana con que dejaba su mozuela, tanto por haberla criado, cuanto por no venir a manos de nuera. Y siempre que se lo rogaba, me respondía que dos tocas en un fuego nunca encienden lumbre a derechas; que no era tanto el dolor que con la soledad padecía un solo, cuanto la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto, que, pues, nunca nuera se llevó a derechas con su suegra, que mejor pasaría mi mujer sola conmigo que con ella. Mas el amor de hijo pudo tanto, que la hice venir en mi deseo.

Era mi madre, deseaba regalar y darle algún descanso. Que, aunque siempre se me representaba con aquella hermosura y frescura de rostro con que la dejé cuando della me fui, ya estaba tal, que con dificultad la conocieran. Halléla flaca, vieja, sin dientes, arrugada y muy otra en su parecer. Consideraba en ella lo que los años estragan. Volvía los ojos a mi mujer y decía: «Lo mismo será ésta dentro de breves días. Y cuando alguna mujer escape de la fealdad que causa la vejez, a lo menos habrá de caer por fuerza en la de la muerte.» De mí figuraba lo mismo; empero, en estas y otras muchas y buenas consideraciones que siempre me ocurrían, hacía como el que se detiene a beber en alguna venta, que luego suelta la taza y pasa su camino. Poco me duraban. Túvelas en pie siempre; nunca les di asiento en que reposasen. Porque las que había en la posada estaban ocupadas de la sensualidad y apetito.

A instancia mía se vinieron a juntar suegra y nuera. Mi madre ya la conocistes y, si no de vista, por sus famosas obras, pudiérasele sujetar cualquiera otra de muy gallardo entendimiento, así por serlo el suyo como por la doctrina con que fue criada y sobre todo las experiencias largas de sus largos años. Dáble buenos consejos: que no admitiese mocitos de barrio, que demás de infamar, decía dellos que son como el agua de por San Juan, quitan el provecho y ellos no lo dan; acaban en sus casas de comer, no tienen qué hacer, viénense a la nuestra, quieren que los entretengan en buena conversación, estánse allí toda la tarde, tres necios en plata y un majadero en menudos, no con más fundamento que ser del barrio. De pajes de palacio y estudiantes decía lo mismo: son como cuervos, que huelen la carne de lejos y de otra cosa no valen que para picarla y pasearla. Decíale que hiciese cruces a su puerta para los casados: que de ningún enemigo podría resultarle algún otro mayor daño, porque las mujeres con el celo hacen muchos desconciertos y, cuando más no pueden, se van a un juez y con cuatro lágrimas y dos pucheritos alborotan el pueblo y descomponen el crédito.

Tan ajustada la tenía y tales lecciones le daba, como aquella que del vientre de su madre nació enseñada. Sacábala siempre tras de sí, no dejando estación por andar, fiesta por ver ni calle por pasear. Cuando venían a casa, unas veces volvían con amadicitos, otras con alanos, y dellos escogían los que más a mi madre le parecían de provecho, que como tan baquiana en la tierra, todo lo conocía, y como sabia, todo lo trascendía. Decía de los caballeritos que ni por lumbre: porque por el yo me lo valgo, mi alcorzado y copete, mi lindeza lo merece, aun creían que les habían de convidar con ello y hacerles una reverencia. Harto hizo y trabajó porque no la conociesen los de la plaza de San Francisco, temiéndose de su trato. Pues, en comenzando los escribanos de la justicia, no paraban hasta el que asiste al cajón, a quien les parecía debérseles todo de derechos. Empero no pudieron escaparse dellos, que por bien o por mal,

por fieros y amenazas, como absolutos y disolutos –digo algunos– hacen más tiranías que Totile ni Dionisio, como si no hubiese Dios para ellos.

La flota no venía, la ciudad estaba muy apretada, cerradas las bolsas y nosotros abiertas las bocas, muriendo de hambre, vendiendo y comiendo y sobre todo pechando. Íbamos mal, porque aun con esto a cada repelón destocaban la muchacha, por cada niñería nos hacían mil fieros. No había pícaro que no se nos atreviese, unos con «mi señor don Fulano» y otros con «don Zutano». Mi mujer andaba temerosa y muy cansada de tanta suegra, porque conmigo estuvo siempre con tanta libertad y se hallaba con ella sujeta, sin ser señora de su voluntad. Si la una hablaba, la otra rezongaba. De cada pulga fabricaban un pueblo. Levantábase tal tormenta, que por no volverme a ninguna de las partes tomaba la capa en viendo los delfines encima del agua; salíame huyendo a la calle y dejábalas asidas de las tocas. Tanto se indignaba mi mujer que no volviese por ella, pareciéndole que, a tuerto [o] a derecho, ayude Dios a los nuestros, que con razón o sin ella me había de poner contra mi madre; mas no era lícito. Fueme cobrando tal odio, aborrecíome tanto que, hallándose con la ocasión de cierto capitán de las galeras de Nápoles, que allí estaban, trocó mi amor por el suyo y, recogiendo todo el dinero, joyas de oro y plata con que nos hallábamos entonces, alzó velas y fuese a Italia, sin que más della supiese por entonces.

Yo había oído decir que aquel era verdaderamente loco que buscaba su mujer habiéndosele ido, o que a el enemigo se le había de hacer la puente de plata por donde huyese. Parecióme que solo me iría mejor que mal acompañado. Que, aunque sea verdad que todo lo consentía y dello comía, ya me cansaba, porque cada cual me acosaba. ¡Ved la fuerza del uso! Como siempre me crié sujeto a bajezas y estuve acostumbrado a oír afrentas, niño y mozo, también se me hacían fáciles de llevar cuando era hombre. Mi mujer se me fue; merced me hizo, porque, fuera de la obligación de consentirla, estaba libre del pecado cotidiano. Yo no la eché; por su gusto se ausentó. Seguir la era imposible, por el riesgo que corría si a Italia volviera. Recogíme con mi madre. Fuimos vendiendo para comer las alhajas que nos quedaron; mas, como nos quedaron más días que alhajas, al cabo de poco nos dieron alcance. San Juan y Corpus Christi cayeron para mí en un día. Faltó qué vender, dinero con que comprar. Halléme roto, sin qué me vestir ni otro remedio con que lo ganar, sino con el antiguo mío. Salíame las noches por esas encrucijadas y, cuando a mi casa volvía, venía cubierto con dos o tres capas, las que con menos alboroto y riesgo podía cativar. A la mañana, ya entre los dos, amanecían hechas rodillas. Dábamoslas a vender en Gradass o buscábamos modo como mejor salir dellas.

No le contentó este trato a mi madre, por no haberlo jamás usado y por no verse afrentada en su vejez. Así acordó de volverse a su tienda con la mozuela que antes tenía. La cual, así se alegró cuando la vio en su casa, como si por sus puertas entrara todo su remedio. Yo me acomodé con otras camaradas para pasar la vida, en cuanto se llegase otro mejor tiempo. Servíales de dar trazas, ayudábales con mi persona en las ocasiones. Íbamos por las aldeas y pueblos comarcanos. Nunca faltaba por los trascorrales algunas coladas, que con las canastas mismas trasponíamos en los aires. Teníamos en los arrabales y en Triana casas conocidas, adonde sin entrar en la ciudad hacíamos alto y después, poco a poco, lavado y enjuto, lo íbamos metiendo, ya por las puertas o por cima de los muros, después de media meche, cuando la justicia estaba retirada. Para los vestidos de paño y seda que resgatábamos, teníamos roperos conocidos a quien lo dábamos a buen precio, sin que perdiésemos blanca del costo. Y una vez entregados, ya sabían bien que aquellos eran bienes castrenses, ganados en buena guerra y que los habían de disfrazar para que nunca fuesen conocidos, o su daño. Que no teníamos más obligación que darle la mercadería enjuta y bien acondicionada, puesta las puertas adentro de sus casas, libres de aduana y de todos derechos, y allá se lo hubiesen. La ropa blanca tenía buena salida, por la buena comodidad que se ofrecía las noches en el baratillo; ganábase de comer honrosamente y de todo salíamos bien.

Una temporada del invierno fueron las aguas tan continuas, que nadie salía de su casa ni daba lugar a que se la visitásemos. Andábamos estrechos de dineros. Como pasando por una calle viese que se había caído toda la delantera de una casa, pregunté cuya era. Dijéronme ser de una señora viuda. Fue a su casa y díjele que, pues allí no había morador, me diese licencia para entrarme dentro y se la guardaría. Ella, temerosa de que no se me cayese toda encima, dijo que mirase bien lo que hacía, porque se venía por el suelo. Y respondíle que no importaba, porque allí había un aposento alto, seguro, en que poderme recoger, que los pobres no tenían qué temer ni qué perder, pues aun traen sobrada la vida. Diome licencia de muy buena gana y dentro de cuatro días ya no le había dejado por quitar puerta ni cerradura. Otro día me fui a la plaza de San Salvador y hice pregonar que quien quisiese comprar cuatro mil o cinco mil tejas, que yo se las vendería. No se hallaba entonces una por ningún precio. Vinieron a mí desalados tres o cuatro albañes, y a cuál primero las había de comprar, no faltó sino acuchillarse. Concertélas a cinco maravedís y, llevándolos a mi casa, les enseñé los tejados, diciendo ser yo el mayordomo y que mi ama quería hacer la casa de terrados. A vueltas de los míos, también les enseñé algunos de los vecinos paredaños de donde las habían de quitar. Diéronme seiscientos reales a buena cuenta de lo que montasen hasta cinco mil y quedaron de venir para otro día. Cuando tuve mi dinero cobrado, fuime a la señora de la casa y díjele que por qué consentía tan grande lástima, que su mayordomo había vendido ya las puertas todas y las tejas de los tejados. Ella se alborotó, diciendo que no tenía mayordomo ni sabía quién tal pudiese haber hecho. Yo entonces le dije:

—Pues para que Vuestra Merced vea quién lo hace, ya me han mandado salir della y hoy me mudo a otra parte, porque mañana por la mañana vendrán a quitar y a llevar las tejas. Mande Vuestra Merced enviar o ir allá y verán lo que pasa.

Con esto me despedí della y otro día desde lejos, puesto a una esquina, me puse a ver el alboroto, que fue muy para ver: los unos a destear, la buena señora por defender su hacienda. En resolución, dio querrela del albañ pobre y, no sólo no quitó las tejas, empero le pagó las puertas. Con esto pasé algunos días encerrado en casa, con muy gentil brasero, hasta que ya no me buscaban, pasado aquel primero movimiento.

Hacíase un día en San Agustín una fiesta y, como las tales lo eran para nosotros, acudí a ella y sentíle a un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera, debajo de la espada, y a el pasar por un paso estrecho levántesela un poco, y metiendo la garra, dile tumbo en ella sin que real se me escapase. Mas la inquietud me impedía poder sacar la mano llena, que venía colmada, y fue forzoso caérseme mucha parte dellos en el suelo. Pues, como estaba ladrillado el claustro y hiciesen a el caer mucho ruido, dejélos caer todos y, metiendo la mano en mi faltriquera, allí en un punto saqué della un lienzo y, dando voces a la gente que se desviase, porque por sacar aquel lienzo se me había derramado aquel dinero, todos hicieron lugar, y el buen señor a quien se los había robado, movido de caridad, oyendo mis lástimas, que decía irlos a pagar a un mercader, se bajó conmigo a el suelo y me los ayudó a recoger, sin que faltase blanca. Dile las gracias por ello y fuime muy contento a mi casa. De aquí le nació el pico a el garbanzo: este hurtillo fue mi perdición, siendo el último que hice y el que más caro de todos me costó. Porque, aunque algunas veces me habían tenido preso por semejantes heridas, de todas había salido a buen puerto. Con dineros negociaba cuanto quería y allí no se trata de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno; mas esta vez no me valieron trunfos que los había ya renunciado.

Como me vi con dineros, quise prevenir, primero que se gastasen, de dónde valerme de otros. Porque, siempre que con mi habilidad podía socorrer la necesidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que había cortado y algunas piecillas que dentro dellos había cogido. Di a guarnecer uno, el mejor que me pareció y, metiéndole dentro seis escudos en tres doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé a mi madre y se lo enseñé muy de espacio y aun se lo di por escrito, que lo fuese decorando, sin que se le pudiese olvidar letra, por lo que importaba la

buena memoria. Y bien instruida en lo que después había de hacer, me fui a la celda de cierto famoso predicador, en opinión de un santo, y díjele:

—Padre mío, yo soy un pobre forastero, vine a esta ciudad y estoy en ella muy necesitado. Deseo de acomodarme, si hallase alguna casa honrada donde tuviese una poca de quietud en el alma, que sólo eso pretendo y no repararía en el salario, porque con un honesto vestido y una limitada comida para poder pasar, no tengo ni quiero más granjería. Y aunque me veo tan afligido y roto, que por mal vestido no hallaré quien de mí se quiera servir y pudiera muy bien valerme, socorriendo mi necesidad en esta ocasión, tengo por mejor padecerla esperando en el Señor, que condenar mi alma ofendiendo a su divina majestad en usurpar a nadie su hacienda. No permita el Señor que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales, dejándome dañada la conciencia. Yo salí esta mañana de mi casa para ir a buscar dónde trabajar, con qué comprar un pan que comer, y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle. Quise ver qué tenía dentro y, cuando sentí ser dineros, la volví a cerrar con temor de mi flaqueza, no me obligase a hacer cosa ilícita. Vuestra paternidad la reciba y, pues el domingo ha de predicar, la publique: podría ser que pareciese su dueño y tener della más necesidad que yo. Ayúdele Dios con ella, que no quiero más bienes de aquellos con que su divina majestad mejor ha de ser de mí servido.

El fraile, cuando me oyó y vio tan heroica hazaña, creyó de mí ser algún santo, sólo le faltó besarme la ropa, y con palabras del cielo me dijo:

—Hermano mío, dadle a Dios muchas gracias, que os ha dado claro entendimiento y sciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra. Confiad que quien os ha comunicado ese tal espíritu, también os dará lo que le cuesta menos y tiene dada su palabra. El que a los gusanillos, a las más desventuradas y tristes gusarapas y sabandijuelas no falta, también os acudirá con todo aquello de que os viere necesitado. Esta es obra sobrenatural y divina, que pone admiración a los hombres y da motivo a los ángeles que le alaben, por haber criado tal hombre. Don suyo es, reconocédsela y dadle por todo alabanzas, perseverando en la virtud. Yo haré lo que me pedís y volvé por acá un día de la semana que viene, que yo confío en el Señor que os ha de hacer mucho bien y merced.

Cuando aquesto me decía daba lanzadas en el corazón, porque, considerada su santidad y sencillez con mi grande malicia y bellaquería, pues con tan mal medio lo quería hacer instrumento de mis hurtos, reventáronme las lágrimas. Creyó el buen santo que por Dios las derramaba y también como yo se puso tierno. Esto se quedó así hasta el domingo, que fue día de Todos los Santos. Y cuando fue a predicar, gastó la mayor parte de su sermón en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haber sucedido en un sujeto de tanta necesidad. Exagerólo tanto, que movió a compasión a cuantos allí se hallaron para hacerme bien. Así le acudieron con sus limosnas que me las diese. Luego lunes por la mañana, mi madre fue a la portería. Preguntó por aquel padre, diciendo tener con él un caso importantísimo. Y como la vio el portero tan angustiada, se lo llamó al momento. Cuando se vio con él, asíóle de las manos y de los hábitos, echándose de rodillas por el suelo, hasta querer besarle los pies y díjole que la bolsa era suya, que se la diese por un solo Dios. Diole las señas de todo, como quien bien las tenía estudiadas. Y el fraile se la entregó, conociendo ser verdaderas. Cuando mi madre la vio en sus manos, abrióla y, sacando un doblón de los tres que dentro tenía, se lo dio a el padre, que me lo diese de hallazgo, y cuatro reales para dos misas a las ánimas de purgatorio, a quien dijo que la tenía encomendada. Cobró con esto su bolsa y llevómela luego a la posada sin faltar ni un alfiler de toda ella, que aun con cuidado le metí dentro un papelillo dellos, por que pareciese todo ser cosa de mujer.

Después de pasado esto, de allí a dos días, miércoles por la tarde, fui a visitar a mi fraile, que ya me tenía un cofre lleno de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dineros que gastar por algunos días. Diómelo con alegre rostro y mandóme que volviese otro día, que tenía una buena comodidad que darme. Fuime y volví cuando me había dicho y después de preguntarme si sabía escrebir y que lo enteré de mi habilidad, me dijo que cierta

señora que tenía su marido en las Indias, buscaba una persona tal, que le administrase su hacienda en la ciudad y en el campo, que si era cosa de mi gusto, le avisase para que tratase dello. Yo, luego después de darle las gracias, dije:

—Padre mío, lo que toca el trabajo de mi persona, la solicitud y fidelidad que se debe, sólo eso podré ofrecer; empero no soy desta tierra ni tengo quien me conozca. Si esa señora me tiene de fiar su hacienda, querrá juntamente quien a mí me fíe y no lo tengo. Sólo este inconveniente hallo. Vea vuestra paternidad lo que fuere servido que haga.

Él respondió que sería mi fiador y por aquello no lo dejase. Acetélo de buena voluntad, viendo ir por aquel camino mi negocio bien guiado. Que no hay cosa tan fácil para engañar a un justo como santidad fingida en un malo.

Capítulo VII

Después de haber entrado Guzmán de Alfarache a servir a una señora, la roba. Préndenlo y condénanlo a las galeras por toda su vida

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos, como en las mayores felicidades, que, siendo en ellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen más duro de sufrir el sentimiento dellos cuando faltan. Quita y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohíbe y establece, como poderoso príncipe, y consecutivamente a la parte que se acuesta, lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios, cuanto en ejercitar virtudes. En tal manera que, si a la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente y, juntándose a lo malo, con grandísima dificultad se arranca. No hay fuerzas que la venzan y tiene dominio sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza, empero por experiencia nos muestra que aún tiene mayor poder, pues la corrompe y destruye con grandísima facilidad. Si amargo apetece, con tal artificio lo conserva y enduza, que, como si tal no fuese, lo vuelve suave. Y acompañada con la verdad es el monarca más poderoso y su fortaleza inexpugnable. ¿Quién sino ella hace al pobre pastor asistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes y sierras, contra las inclemencias del riguroso invierno, sufriendo tempestades, continuas pluvias, vientos y aires, y en el verano, riguroso sol que tuesta los árboles, abrasa las piedras y derrite los metales? Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras más fieras y ponzoñosas, refrenando sus furias y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con él se labra y sólo a él se sujeta. Porque para con él son sus telas de araña, hechas contra un elefante; que si ella es poderosa, él es prudente y sabio. Y como el ingenio suele sobrepujar a todas humanas fuerzas, así el tiempo a la costumbre. Sigue la noche a el día, la luz a las tinieblas, a el cuerpo la sombra. Tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua y todos entre sí los elementos. El sol engendra el oro, da ser y vivifica. Desta manera sigue, persigue y fortalece a la costumbre. Hace y deshace, obrando sabiamente con silencio, según y por el orden mismo que acostumbra ella con las continuas gotas cavar las duras piedras. Es la costumbre ajena y el tiempo nuestro. Él es quien le descubre la hilaza, manifestando su mayor secreto, haciendo con el fuego de la ocasión ensaye de sus artes; con experiencia nos enseña los quilates de aquel oro y el fin adonde siempre van sus pretensiones encaminadas, y quien conmigo no tuvo alguna misericordia, pues en breve hizo público lo que siempre con instancia procuré que fuese oculto.

Todo lo dicho se verificó bien de mí, en propios términos y casos. ¡Oh cuántas veces, tratando de mis negocios, concertando mis mercaderías, dando mis logros, fabricando mis marañas por subir los precios, vendiendo con exceso, más al fiado que al contado, el rosario en la mano, el rostro igual y con un «en mi verdad» en la boca –por donde nunca salía–, robaba públicamente de vieja costumbre! Y descubriólo el tiempo. Quién y cuántas veces me oyeron y dije: «Prometo a Vuestra Merced que me tiene más de costo y no gano un real en toda la partida y, si la doy barato, es porque tengo de dar unos dineros para...» Y daba otras causas, no habiéndolas para ello más de querer ganar a ciento por ciento de su mano a la mía. ¡Cuántas veces también, cuando tuve prosperidad y trataba de mi acrecentamiento –por sólo acreditarme, por sola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba ni en otra cosa pensaba que solamente parecer bien al mundo y llevarlo tras de mí, que, teniéndome por caritativo y limosnero, viniesen a inferir que tendría conciencia, que miraba por mi alma y hiciesen de mí más confianza–, hacía juntar a mi puerta cada mañana una cáfila de pobres y, teniéndolos allí dos o tres horas por que fuesen bien vistos de los que pasasen, les daba después una flaca limosna y, con aquella nonada que de mí recibían, ganaba reputación para después mejor alzarme con haciendas ajenas! ¡Cuántas veces de mi pan partí el medio, no quedando

hambriento, sino muy harto, y con aquella sobra, como se había de perder o darlo a los perros, lo repartí en pedazos y lo di a pobres, no donde sabía padecerse más necesidad, sino donde creí que sería mi obra más bien pregonada! ¡Y cuántas otras veces, teniendo sangriento el corazón y dañada la intención, siendo naturalmente pusilánime, temeroso y flaco, perdonaba injurias, poniéndolas a cuenta de Dios en lo público, quedándome dañada la intención de secreto! ¡Con secreto lo disimulé y en público dije: «Sea Dios loado», siendo de mí verdaderamente ofendido, pues maldita otra cosa que impidió mi venganza sino hallarme inhábil para ejecutarla, porque viva la tenía dentro del alma! ¡Cuán abstinente me mostré otras veces, qué ayunador y reglado, no más de por parecerlo, para poder guardar más y gastar menos! Que, cuando de ajena sustancia comía, cuando de lo del prójimo gastaba, un lobo estaba en mi vientre: nunca pensaba verme harto. ¡Qué continuamente visitaba los templos, asistía en las cárceles por acreditarme con los ministros oficiales dellas, no por los presos, antes por si alguna vez me vieses preso, que ya me conociesen y más me respetasen! Si acudí a los hospitales, anduve romerías, frecuenté devociones, royendo altares, no faltando a sermón de fama, en jubileo ni a devoción pública, todos aquellos pasos eran enderezados a cobrar buena fama, para mejor quitar a el otro la capa.

Pues no se me olvida que hartas veces me decían y supe de algunas cosas muy secretas, que, por serlo tanto, cuando después trataba dellas con sus dueños mismos, aconsejándolos o corrigiéndolos en ellas, entendían de mí que debía saberlo por divina revelación. Y así lo daba yo a entender por indirectas, ganando con aquello grandísima reputación, en especial con mujeres, que tras esto y gitanas corren como el viento, fáciles en creer y ligeras en publicar, de cuyas bocas iban esparciéndose más mis alabanzas. Hartas y muchas veces, cuando algún pobre se quiso valer de mí, como tenía tanta y tal reputación, pedía limosna públicamente para él a los que me conocían y, juntando mucho dinero, le daba muy poco, quedándome con ello: quitaba para mí la nata y dábales el suero. Si quería hacer alguna bellaquería, lo primero que para ello procuraba era prevenirme de una muy hermosa y grande capa de coro con que cubrirla, para mejor disimularla con santidad, con sumisión, con mortificación, con ejemplo, y asolaba por el pie cuanto quería.

Si no, vedlo agora con cuánta facilidad engañé a este santo. Y no fue sólo este daño el que hice; mas otro mayor se siguió, que fue dejarle falida la opinión. A lo menos pudiéralo quedar, cuando tan bien zanjada no la tuviera. Que instrumento había yo sido y causa tuve dada de harto perjuicio contra su buena reputación. Asentóme con aquella señora, creyendo de mí que la sirviera con toda fidelidad según pudo presumirse de los actos que mostré de tanta perfección. Diome mucho crédito con el abundante caudal del suyo. Recibióme con voluntad en su servicio, fióme su hacienda y familia, diome un muy honrado aposento, regalada cama y todo servicio. Acaricióme, no como a criado, mas como a un deudo y persona de quien creía que le haría Dios por mí muchas mercedes. Pedíame algunas veces le rezase un Avemaría por la salud y buen suceso de su esposo. Respondíale a todo como un oráculo, con tanta mortificación, que le hacía verter lágrimas.

Con esto la engañé, la robé y sobre todo la injurié, ofendiendo su casa. Pues teniendo en ella para su servicio una esclava blanca, que yo mucho tiempo creí ser libre, tal en cautelas o peor que yo, me revolví con ella. No sé cómo nos olimos, que tan en breve nos conocimos. A pocos días entrado en casa, no había orden para poderla echar de mi aposento, en son de santa para los demás y por todo extremo disoluta conmigo, como si fuera criada en la casa más pública del mundo, y con tal sagacidad, que otro que yo entre todos los criados ni su ama misma le alcanzaron a conocer aquel secreto. Y con él me regalaba tanto, que siempre abundaba mi caja de colaciones, como si fuera una confitería. Proveíame de toda ropa blanca, bien aderezada, olorosa y limpia. Su señora gustaba dello, porque a los dos nos tenía por santos. Dábame dineros que gastase, sin que yo tampoco supiese al cierto de dónde los había, quién o cómo se los daba. Bien que se me traslucían algunas cosas; mas, por no caer de mi punto, no quise ser curioso en apurarla; y para nunca perderla en cuanto yo allí estuviese y

mejor poder obligarla, íbala sustentando con palabras y esperanzas, que teniendo con qué, buscaría manera como ahorrarla y me casaría con ella. Esto le hacía desvelar y enloquecer en mi servicio. Porque, según el amor que le fingí, aunque muy astuta, siempre lo tuvo por cierto, como si yo no fuera hombre y ella esclava.

No sabía mi ama de más hacienda ni más poseía de aquello que yo le daba. La de la ciudad estaba en mi mano, y juntamente gobernaba la del campo y toda la esquilmaba. Porque mi disinio era hacer una razonable pella y dar conmigo lejos de allí a buscar nuevo mundo. Queríame pasar a las Indias y aguardaba embarcación, como quiera que fuese; mas no lo pude lograr. Que, conociendo mi ama su cierta perdición, que los caseros le decían haberme ya pagado, los pastores que vendía los ganados, el capataz que sacaba los vinos de las bodegas y que de todo no vía blanca, porque me alzaba con ello, determinóse a comunicarlo a solas con un hidalgo deudo suyo. Díjole la mala cuenta que daba, que le pusiese conveniente remedio. Él, sin decirme palabra, ya cuando yo andaba en vísperas de alzar las eras, muy descuidado y libre de tal suceso, estando durmiendo la siesta con mucho reposo, dio un alguacil sobre mí, prendióme y, sin decir por qué ni cómo, sino que allá me lo dirían, me llevó a la cárcel.

Esto se hizo porque no se alborotase la casa ni el barrio con algunas libertades mías, cuando supiese por cuya orden me prendían. Iba yo por el camino suspenso y mentecapto. Ya juzgaba si fuese requisitoria de Italia, ya si de mis acreedores en Castilla o si de mis nuevos hurtos no purgados en aquella ciudad. Y aunque de cualquiera cosa éstas me pesaba, sentía mucho perder aquel pesebre. Que con el mal nombre faltaría mi estimación y no me acudirían como antes. Mas ¡paciencia! ¡Gracias a Dios, que ya esta desgracia sucedió a tiempo que me halló de corona! Que, como mi madre vivía por sí, poco a poco le iba llevando cuanto recogía y ella me lo guardaba. Después abrieron mi caja y no hallaron en ella más que una bula del año pasado y trastos viejos. Acudieron a la cárcel a pedirme cuenta. Dila tan mala como se puede presumir de quien sólo cobraba y nunca pagaba. No hay tales cuentas como las en que se reza. Hiciéronme terrible cargo. Quedóse la data en blanco. Acudieron al fraile, dándole parte del caso. Él, como prudente, ni condenó ni absolvió, hasta darme un oído y juzgar después de informado de ambas partes. Vínome a visitar a la cárcel. Neguéselo todo a pie juntillo, afirmando ser falso testimonio que me levantaban y estar tan inocente, que ninguno lo era más en el mundo de aquel negocio, y así esperaba en Dios que, como libró a Josef y a Susana, no se descuidaría de mi verdad ni dejaría perecer mi justicia; más que todo aquello y castigos mayores merecían mis culpas, por otras ofensas contra su divina majestad cometidas.

El buen religioso no sabía qué ni a quién había de dar crédito. Quedó perplejo y, en caso de duda, se acostó por entonces a la parte del caído, socorriendo a lo más flaco. Estúvome consolando con palabras, prometiéndome su solicitud en mi defensa, encomendando mis negocios al Señor, que me librase y tuviese de su mano. Despidióse de mí. Fuese al oficio del escribano para quererme abonar, pidiéndole por caridad que mirase mucho por mi causa, que me tenía sin duda por varón santo. Mas cuando el escribano le oyó decir esto, riéndose mucho dello sacó los procesos que contra mí tenía y, haciéndole relación de las causas, diciéndole quién yo era, los hurtos que había hecho y, embelecados de que usaba, corrióse y con toda la sencillez del mundo, sin creer que me dañaba, le contó el caso que con él me había pasado y por el orden que me había conocido, de donde había resultado acreditarme tanto porque no lo tuviesen por hombre falto que se movía sin causas en mi defensa. Cuando el escribano le oyó, sintió en el alma mi maldad, que así hubiese querido burlar a un tan grave personaje. Indinóse contra mí de manera, con un coraje tan encendido, que si en su mano fuera, me ahorcara luego. Dejó el oficio, fue a casa del teniente, hízole relación de palabra y tal que lo puso de su misma tinta. Y afrentado dello, como si les hubieran dado poder en causa propia, me cogieron a cargo, haciéndome de aquél otro nuevo y mandándome agravar prisiones, dijeron a el alcaide que me tuviera en un calabozo.

No me cogió tan desnudo este día, que me faltasen dineros con que sustentar la tela y hacer la guerra. Mas es la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume,

convirtiéndolo en su propia sustancia. Largas experiencias hice della y por mi cuenta hallo ser un molino de viento y juego de niños. Ninguno viene a ella que no sea molinero y muela, diciendo que su prisión es por un poco de aire, un juguete, una niñería. Y acontece a veces traer a uno déstos por tres o cuatro muertes, por salteador de caminos o por otros atrocísimos y feos delitos. Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos donde cada uno grita y trata de sola su locura. Siendo todos reos, ninguno se confiesa por culpado ni su delito por grave. Son los presos della como la parra de uvas, que, luego que comienzan a madurar, cargan avispas en cada racimo y sin sentirse los chupan, dejándole solamente las cáscaras vacías en el armadura, y, según el tamaño, así acude la enjambre.

Cuando traen a uno preso, le sucede lo propio. Cargan en él oficiales y ministros hasta no dejarle sustancia. Y cuando ya no tiene qué gastar, se lo dejan allí olvidado. Y esto sería menos mal, respeto de otro mayor que acostumbran, dándole luego con la sentencia, como a pobre, dejándolo perdido y desbaratado. Luego como lo entregan al primer portero, en la puerta principal de la calle le hacen el tratamiento que su bolsa merece; que aquel portero hace como el que compra, que nunca repara en la calidad que tiene quien vende, sino en lo que vale la cosa que le venden. Así él, no se le da un real que sea el preso quien fuere; sólo repara en lo que le diere. Cuando el caso no es de calidad ni tiene pena corporal que nazca de atrocidad, como sería muerte, hurto famoso, pecado feo y otros cuales aquestos, déjanlo andar por la cárcel, habiéndoselo pagado.

Era mi prisión primera, hasta que diera fianzas de estar a derecho por aquella deuda. Ya me conocían. Todos nos entendíamos. Éramos camaradas. Contentélos y quedéme abajo con ellos; aunque siempre tuve ojo a si pudiese con buen seguro coger la puerta y esperaba mejor comodidad para hacerlo. Mas desde que asomé por vistas de la cárcel y después de ya dentro della, estuve rodeando de veinte procuradores, que con su pluma y papel escribían mi nombre y la causa de mi prisión, facilitándola todos. El uno decía ser su amigo el juez, el otro el escribano, el otro que dentro de dos horas haría que me diesen en fiado. Decía otro que mi negocio era cosa de burla, que por los aires me haría soltar luego con seis reales. Cada uno se hacía señor de la causa y decía pertenecerle: aquéste, porque me acompañó desde que me vio traer preso y se previno conmigo del negocio; aquél, porque yo le rogué que me fuese a llamar a un mi amigo escribano, allí junto a la cárcel; otro, porque fue quien primero escribió y tenía ya hecha petición para el teniente. Mas de todos ellos entre mí me reía, porque los conocía y sabía su trato, que sólo viven de coger de antemano lo que pueden y después con dos yuntas de bueyes no les harán dar paso. Y hubo alguno dellos que, teniendo poder para defender a un ladrón, entró a pedirle dineros para hacer el interrogatorio, después de rematado a las galeras.

Estando altercando todos cuál había de procurar mi negocio, entró rompiendo por ellos, confiado y hecho señor dél, cierto procurador que antes lo había sido mío en las causas criminales, y dijo:

—¿Acá está Vuestra Merced?

Díjele que sí, pues me habían preso. Y díjome:

—¿Pues qué ha sido la causa?

Y cuando se la hube dicho, respondiíme:

—Ríase Vuestra Merced dello y calle. ¿Tiene ahí algún dinero que llevemos a el escribano y daré luego petición al teniente para que le mande soltar con fianzas de la haz? Y si no lo proveyere, lo llevaremos a la sala mañana y esos señores lo mandarán luego. Yo hablaré a uno dellos, que es gran señor mío, y no estará Vuestra Merced aquí a mediodía.

Cuando los otros oyeron esto, dijeron que qué o qué gentil manera de dar petición.

—¡Estamos aquí veinte hombres dos horas ha trabajando en el negocio y viénese agora muy de su espacio a querer escribir en él!

Mi procurador les dijo:

—Señores, aunque Vuestras Mercedes hubieran escrito en él dos meses ha, en llegando yo había de ser negocio mío, que aqueste caballero es muy mi grande amigo y despáchole yo sus negocios todos. Bien pueden irse con Dios y dejarlo.

Ellos, cuando le oyeron, replicaron:

—¡Oh qué lindito, qué gentil manera de negociar y qué buena flor se porta y con qué nos viene agora, sus manos lavadas, a querer llevar la causa! Váyase norabuena, que aqueste caballero verá la razón y dará su poder a quien quisiere. No tengamos aquí voces.

Él que sí, los otros que no, asiéronse de manera que se vinieron a decir quiénes eran, sin dejar mancha por sacar y la manera con que robaban a los presos. Que fue un coloquio para quien los oyó de mucho entretenimiento, por ser de verdades, representado al vivo. Y es trato común suyo éste de cada hora y con cada preso. Ya, cuando los hubieron metido en paz, me llegué a mi dueño viejo y pedíle que acudiese a lo necesario, que yo lo pagaría. Dile cuatro reales y no lo volví a ver en aquellos quince días. Bien sabía yo ya lo que había de hacer y que por sólo aquello venía, por asegurar la olla del día siguiente y tener con qué salir a la plaza; mas fueme forzoso elegirlo a él por temor que tuve, que, como sabía mis causas viejas, a dos por tres descornara la flor y me hiciera en dos horas juntar un ciento dellas. Y si así como así, o porque callase o porque procurase, le había de pagar, tuve por mejor que fuese mi procurador, aunque aquél no era negocio de muchas tretas y sólo consistía en dinero. Mas después, cuando me vinieron a encomendar por el embeleco, que se vinieron a juntar las causas, lo hube bien menester.

Ya iba el negocio de veras. Pasáronme arriba. Quisieron echarme grillos. Redimílos a dineros, pagué al portero a cuyo cargo estaban y al mozo que los echa. El escribano acudía; las peticiones anduvieron; daca el solicitador, toma el abogado, poquito a poquito, como sanguijuelas, me fueron chupando toda la sangre, hasta dejarme sin virtud. Quedé como el racimo seco, en las cáscaras. A todo esto no es bien pasar en silencio lo que con mi dama me pasaba, pues cada mañana luego en amaneciendo llovía sobre mí el mana. En ella hallaba mi remedio, proveyéndome de todo lo necesario. Y en el rigor de mi prisión, habiéndome sentenciado el teniente a galeras, me envió una carta que, por ser donosa, me pareció hacer memoria della y porque también es bien aflojar a el arco la cuerda contando algo que sea de entretenimiento. Decía desta manera:

«Sentenciado mío: La presente no es para más de que dejéis la tristeza y toméis alegría. Baste que yo no la tenga por ti, mi alma, desde el día de Santiago a las dos de la tarde, que te prendieron durmiendo la siesta, que aun siquiera no te dejaron acabar de reposar, y más la que hoy he recibido, con que me han dicho que ya te sentenció el teniente a docientos azotes y diez años de galeras. Malos azotes le dé Dios y en malas galeras él esté. Bien parece que no te quiere como yo ni sabe lo que me cuestas. Díceme Juliana que te diga que apeles luego. Apela veinte veces y más, las que te pareciere, y no te se dé nada, que todo se remediará con el favor de Dios y ese señor teniente. A[u]n bien que no te has de quedar ahí para siempre. Que, para esta cara de mulata que se ha de acordar de las lágrimas que me ha hecho verter, que han sido tantas, que por poco lo hubiera dado a sentir a todo el mundo; y más lo hubiera dado a sentir, si no fuera por temor de quedar ahogada en ellas y después no gozarte. Que a fe que te tengo ya pesado a ellas y sacaréte a nado de aquese calabozo donde tienes mi alma encadenada. Juliana dirá los cabellos que me saqué de la cabeza cuando me lo dijeron. Ahí te lleva veinte reales para tu pleito y con que te huelgues, por que te acuerdes de mí. Aunque yo sé cuando para mí no eran menester estos proverbios y en un momento que me apartaba de ti para echar carbón a la olla se te hacían mil años. Acuérdate, preso mío, de lo que te adoro y recibe aquea cinta de color verde, que te doy por esperanza que te han de ver mis ojos presto libre. Y si para tus necesidades fuere menester venderme, échame luego al descubierto dos hierros en ésta y sácame a esas Gradass, que yo me tendré por muy dichosa en ello. Dícesme que Soto,

tu camarada, está malo de que se burló mucho el verdugo con él hasta hacerlo músico. Hame pesado que un hombre tan principal haya consentido que aquesse hambrecillo vil y bajo se le atravesase y que de su miedo haya dicho lo suyo y lo ajeno. Dale mis encomiendas, aunque no lo conozco, y dile que me pesa mucho y parte con él de aquesa conserva, que para ti, bien mío, la tenía guardada. Mañana es día de amasijo y te haré una torta de aceite con que sin vergüenza puedas convidar a tus camaradas. Envíame la ropa sucia y pónela limpia cada día. Que, pues ya no te abrazan mis brazos, cánsense y trabajen en tu servicio para las cosas de tu gusto. Mi ama jura que te ha de hacer ahorcar, porque dice que la robaste. Harto más tiene robado ella a quien tú sabes. Ya me entiendes, y a buen entendedor, pocas palabras. Si Gómez, el escudero, te fuere a ver, no le hables palabra, que es hombre de dos caras y se congracia con todos y es amigo de taza de vino. De todo te doy aviso y, porque aquésta no es para más, ceso y no de rogar a Dios que te me guarde y saque de aquesse calabozo. Fecha en este tu aposento a las once de la noche, contemplando en ti, bien mío. Tu esclava hasta la muerte.»

Aquésta mantuvo la tela todo el tiempo de aquel trabajo. Porque los gastos eran muchos y, por mucho que había recogido, todo se deshizo como la sal en el agua. También mi madre, cuando vio mi pleito mal parado, díjome que la robaron y, a lo que yo entendí, fue que se quiso quedar con ello. Fuese forzoso hacerme con los demás y andar a el hilo de la gente. Mi pleito anduvo. El dinero faltó para la buena defensa. No tuve para cohechar a el escribano. Estaba el juez enojado y echóse a dormir el procurador. Pues el solicitador, ¡pajas! Ya no había sustancia en el gajo. Fuéronse las avisas. Dejéronme solo. Confirmaron la sentencia, con que los azotes fuesen vergüenza pública y las galeras por seis años.

Cuando me vi galeote rematado, rematé con todo al descubierto. Jugaba mi juego sin miedo ni vergüenza, como esclavo del rey, que nadie tenía ya que ver conmigo; pero muy consolado que también a mi camarada Soto lo condenaron a lo mismo y salimos en una misma colada. Y, si como estuvimos en la prisión juntos y en un calabozo y pasamos la misma carrera, quisiera que nos conserváramos, a él y a mí nos hubiera ido mejor, mas, como verás adelante, salióme zaino. Era muy gentil aserrador de cuesco de uva. Siempre había de ser su taza de profundis, que hiciese medio azumbre. Y esto lo descompuso en el ansia; que, por haberse puesto a orza, cantó llanamente a las primeras vueltas.

Viéndome ya rematado y sin algún remedio ni esperanza dél, quise probar mi ventura, mas no la tuve nunca y fuera milagro que no me faltar[a] entonces. Híceme por quince días enfermo. No salí del calabozo ni me levanté de la cama, y al fin dellos ya tenía prevenido un vestido de mujer. Con una navaja me quité la barba y, vestido, tocado y afeitado el rostro, puesto mi blanco y poco de color, ya cuando quiso anochecer, salí por las dos puertas altas de los corredores, que ninguno de los porteros me habló palabra y tenían ambos buena vista, sus ojos claros y sanos. Mas, cuando llegué abajo a la puerta de la calle y quise sacar el pie fuera, puso el brazo delante del postigo un portero tuerto de un ojo, ¡que a Dios pluguiera y del otro fuera ciego! Detúvome y miróme. Reconocióme luego y dio el golpe a la puerta. Yo iba prevenido de un muy gentil terciado, para lo que pudiera sucederme. Quiso mi desgracia que lo saqué a tiempo que ya no me pudo aprovechar. Criminóse con esto mi delito. Hiciéronme volver arriba y, fulminándome nueva causa, me remataron por toda la vida. Y no fue poca cortesía no pasearme con aquel vestido, como se hizo alguna vez con otros. Pensé huir el peligro y di en la muerte.

Capítulo VIII

Sacan a Guzmán de Alfarache de la cárcel de Sevilla para llevarlo al puerto a las galeras. Cuenta lo que pasó en el camino y en ellas

Galeote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo a las faenas, para comer como ellos. Híceme de la banda de los valientes, de los de Dios es Cristo. Púseme mi calzón blanco, mi media de color, jubón acuchillado y paño de tocar, que todo me lo enviaba mi dama con esperanzas que aún había de pasar aquel tiempo y había de tener libertad. Con esto y cobrando mis derechos de los nuevos presos, pasaba gentil vida y aun vida gentil; que tal es la de los tales como yo cuando se hallan allí en aquel estudio. Cobraba el aceite, prestaba sobre prendas, un cuarto de un real por cada día. Estafaba a los que entraban. Dábales culebras, libramientos y pesadillas. Porque allí, aunque se conoce a Dios, no se teme. Tiénenle perdido el respeto, como si fueran paganos. Y por la mayor parte los que vienen a semejante miseria son rufianes y salteadores, gente bruta, y por maravilla cae o por desdicha grande un hombre como yo. Y cuando sucede acaso es que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerlo en conocimiento de su pecado y a tiempo que con clara vista lo conozca, le sirva y se salve.

Hubo en mi tiempo un rufián, que, teniéndolo sentenciado a muerte y puesto en la enfermería para sacarlo el día siguiente a justiciar, viendo jugar en tercio a los que lo guardaban, se levantó del banco y se fue para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena. Y preguntándole dónde iba, dijo: «Acá me vengo a pasar el tiempo un rato.» Los guardas le dijeron que se ocupase rezando y encomendándose a Dios, y respondiéndoles: «Ya tengo rezado cuanto sé y no tengo más que hacer. Barajen y echen por todos y tráigase vino con que se ahogue aquesta pesadumbre.» Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: «Díganle a ese hombre que es para mí. Basta, no digan más y juguemos. Que juro a Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio.» A este son bailan todos. Otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello y llevar el bigote levantado ha de ser su salvación. Y como en buena filosofía los manjares que se comen vuelven los hombres de aquellas complexiones, así el trato de los que se tratan. De donde se vino a decir: «No con quien naces, sino con quien paces.»

Ya yo era uno destos y, como bárbaro, quería ocupar un poco de dinerillo que tenía en alquilar uno de aquellos bodegones de la cárcel, mas temiendo el día que pudieran tocar a el arma y por no dejar perdido el empleo, no lo hice y acertélo. Que, como ya hubiese número de veinte y seis galeotes y trujésemos inquieta la cárcel, temió el alcaide no le hiciésemos algún guzpátaro por donde nos desapareciésemos. Hizo diligencia en descargarse de nosotros. Un lunes de mañana nos mandaron subir arriba y, dando a cada uno el testimonio de su sentencia, nos fueron aherrojando y, puestos en cuatro cadenas, nos entregaron a un Comisario que nos llevase nuestro poco a poco, un rato a pie y otro paseándonos. Desta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las izas, que se iban mesando por la calle, arañándose las caras, por su respeto cada una. Y ellos, los sombreros bajos encima de los ojos, iban como corderos mansos y humildes, no con aquella braveza de leones fieros que solían, porque no les valía hacerlos.

No puedo negar haberlo sentido mucho, acordándome de tanto tiempo bueno como por mí pasó y cuán mal supe ganarlo. Vínome a la memoria: «Si esto se padece aquí, si tanto atormenta esta cadena, si así siento aqueste trabajo, si esto pasa en el madero verde, ¿qué hará el seco? ¿Qué sentirán los condenados a eternidad en perpetua pena?» En esta consideración pasé las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó ni quiso verme y solo fue, solo entre todos. Caminábamos a espacio, según podíamos, y era harto poco. Porque, cuando yo

iba libre, quería detenerse mi compañero a lo que le hacía necesario. El otro iba cojo de llevar el pie descalzo y todos los más muy fatigados. Éramos hombres y, como tales, en sentir ninguno se nos aventajaba.

¡Oh condición miserable nuestra y a cuántos varios y miserables casos estamos obligados! Llegamos a las Cabezas, y al salir dellas una mañana, ya que tendríamos andado poco más de media legua, devisó uno de nosotros a un mozuelo que venía hacia el pueblo con una manada de lechoncillos de cría y, pasando la palabra de uno en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del turco, y, hecho de todos una media luna, les acometimos de tal orden que, cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron en medio y, a bien librar del mozuelo, venimos a salir a lechón por hombre. Bien que dio gritos, haciendo exclamaciones, pidiéndole a el Comisario que por un solo Dios nos los mandase volver; mas él se hizo sordo, como quien había de ser el mejor librado, y nosotros pasamos adelante con la presa. Cuando a la venta llegamos a sestear, quisiera el Comisario que partiéramos del hurto con él, que, pues había sido consentidor, tenía la misma parte que cualquier agresor. Mandó le asasen uno, y sobre cuál había de dar el suyo se levantaba un alboroto de la maldición, porque no había en todos nosotros tres que tuviesen uso de razón. Cuando vi el motín y que pudiera justamente hacerme a mí más cargo, por de más entendimiento, dije:

—Señor Comisario, aquí tiene Vuestra Merced el mío a su servicio. Si gustare dello, pues hay harta gente de guarda, mande Vuestra Merced que me deshierren, que yo lo aderezaré de mi mano, que aún reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero.

Agradecióme mucho el cumplimiento y dijo:

—Verdaderamente, después que vienes a mi cargo, he reconocido en ti cierta nobleza, que debe proceder de alguna buena sangre. Yo te agradezco el presente y holgaré comerlo como lo tienes ofrecido.

Sacóme de la cadena y, encomendándome a las guardas, pedí el recabdo que fue necesario y, según el malo que allí había, no pude más sazónarlo bien de asado con sus huevos batidos y sal. Quisiérale hacer algún relleno, mas faltó lo necesario. Hícele una salsa de los higadillos, que le supo muy bien. Habían llegado en la misma ocasión unos pasajeros, los cuales no poco les pesó de hallarnos allí, por parecerles que aun las orejas no tenían seguras de nosotros. La mesa en que habían de comer era una banca larga, llegada junto a un poyo. La comida se aderezó para todos junta.

El Comisario les hizo cumplimiento. Sentáronse los tres a la hila y el uno dellos tomó su portamanteo y, poniéndolo a sus pies debajo de la mesa, puso también unas alforjas, en que traía queso, la bota del vino y un pedazo de jamón. Y para poderlo sacar mejor, desvió por delante un poco el portamanteo, dejando las alforjas entremedias del y de sus piernas. Yo, cuando vi que tanto se recataba, sospeché que no sin causa y, pidiéndole un cuchillo a la huéspedea, lo metí en el brazo por entre la manga, y poniendo un barreño grande con agua debajo de la mesa y en él una garrafa de vino a enfriar para servir al Comisario, cada vez que me bajaba para querer dar vino, trabajaba un poco en el portamanteo. Hasta que, habiéndole quitado las hebillas y dándole una gentil cuchillada, pegada con la cadenilla, saqué dél dos envoltorios pequeños y algo pesados. Los cuales acomodé por luego en los calzones y, volviendo a ponerle las hebillas, quedó todo cubierto, sin dejarse ver alguna cosa del hurto.

Acabaron de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta, se fueron los forasteros y nosotros comenzamos a querer alinear para también hacer lo mismo. Soto, mi camarada, iba en otra cadena diferente. Que no poca pena me daba no poder ir parlando con él. Mas, antes que me herrasen, lleguéme a él de secreto y dile los dos líos, que los guardase, para poder después en mejor ocasión saber lo que llevaban. Recibiólos alegremente y, matando su lechoncillo sin que se lo sintiese alguno, se los metió en el cuerpo y abocóle las asadurillas a la herida, de manera que no se cayesen y mejor pudiese tenerlos encubiertos. Ya, cuando me quisieron meter en la cadena, roguéle a el Comisario me hiciese merced en acomodarme con mi

camarada y él de muy buena gana lo hizo. Sacó a uno de los de aquel ramal y trocónos. Íbamos caminando perezosamente, según costumbre. Y a pasos andados díjele a Soto:

—¿Qué os digo, camarada? ¿Dónde guardastes aquello?

Él, como si no me conociera ni le hubiera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso habría bebido al uso de la patria y estaba trascordado. Íbale haciendo recuerdos de cuando en cuando y él negaba siempre, hasta que, mohíno, me dijo:

—¿Venís borracho, hermano? ¿Qué me pedís o qué me distes, que ni os entiendo ni os conozco?

No puedo exagerar el coraje que allí recibí de semejante ingratitud en un hombre a quien yo tanto había regalado siempre, que bocado no comí sin que con él partiese, ni real tuve de que no le diese medio y que también había de tener en aquello su parte, que me negase amistad y lo que le había dado. Él era de mala digestión; alborotóse a mis palabras, desentonó la voz con juramentos y blasfemias, que obligaron a el Comisario a quererlo castigar con un palo. Yo, confiado en la merced que me hacía, le supliqué lo dejase, porque iba enojado. Y queriendo saber la causa de tanta descompostura y viendo que ya se quería quedar con todo, hice mi cuenta: «Si a el Comisario le digo lo que pasa, podrá ser que, ya que no todo, a lo menos partirá conmigo y tocaré algo siquiera. No se ha de quedar este ladrón con ello, riéndose de mí.» Determinéme a contarle lo sucedido, que no poco se debió de holgar por la codicia que luego le nació de quitárnoslo a entrambos.

Mandóle a Soto que luego diese lo que le había dado. Nególo valentísimamente. Hizo que las guardas lo buscasen. Hicieron su diligencia y no le hallaron memoria dello. Creí que también él hubiese hecho lo que yo y dádolo a otro. Díjele al Comisario que sin duda lo habría rehundido entre los más que íbamos allí, porque real y verdaderamente yo se los di. Él, viendo que palabras blandas, amenazas ni otro algún remedio era parte a que lo manifestase, mandó hacer alto para hacerle dar tomento. Y como allí no había otros instrumentos más que cordeles, diéronselo en las partes bajas. Y en comenzando a querer apretar, por ser tan delicadas y sensibles y él que siempre fue de poco ánimo, confesó dónde los llevaba. Luego le quitaron el lechón —que aun también se quedó sin él—, y sacados los líos para ver lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles corales, con sus extremos de oro, que debían ser encomiendas diferentes. Él se los echó en la faltriquera, prometiéndome hacer amistad por ello y darme lo que yo quisiere. Soto se indinó contra mí de manera que fue necesario volvernos a dividir, porque, aun divididos, le pusieron guadafiones a los pulgares en cuanto iba caminando, porque cuando hallaba guijarros me los tiraba.

Con este trabajo llegamos a las galeras a tiempo que las querían despalmar para salir en corso y, antes de meternos en ellas, nos llevaron a la cárcel, donde pasamos aquella noche con la mala comodidad que las pasadas, y allí peor, por ser estrecha y estar ocupada. Mas, como tal o cual, así la llevamos, y había de ser por fuerza, pues no podíamos, aunque quisiéramos, arbitrar ni escoger. Habló el Comisario con los oficiales reales. Vinieron con los de las galeras y el alguacil real y, habiéndonos ya reseñado y hecho nuestros asientos, dieron su recabdo del entrego a el Comisario y, diciéndome que me vería y lo haría bien conmigo, tomó su mula y acogióse, que nunca más lo vi.

Para querernos pasar de la cárcel a las galeras, antes de sacarnos hicieron en ella repartimiento y a seis de nosotros nos cupo ir juntos a una, y —¡mis pecados, que así lo quisieron!— el uno dellos era Soto, mi camarada. Luego nos entregaron a los esclavos moros, que con sus lanzones vinieron a llevarnos y, atándonos las manos con los guardines que para ello traían, fuimos con ellos. Entramos en galera, donde nos mandaron recoger a la popa, en cuanto el capitán y cómitre viniesen, para repartirnos a cada uno en su banco, y, cuando llegaron, anduviéronse paseando por crujía, y los esforzados de una y otra banda comenzaron a darles voces, pidiendo que se les echasen a ellos. Unos decían que tenían allí un pobreto inútil, otros que cuantos había en aquel banco todos eran gente flaca. Y viendo lo que más convenía, me cupo el segundo banco, adelante del fogón, cerca del rancho del cómitre, al pie

del árbol. Y a Soto lo pusieron en el banco del patrón. Diome pena tenerlo tan cerca de mí, por la enemistad pasada; que nunca más pudimos digerirnos el uno a el otro. Él a lo menos, que tenía corazón crudo. Porque yo jamás le negué amistad ni le había de faltar en lo que me hubiera menester. Mas él quisiera que, como el Comisario se alzó con todo, se lo hubiera dejado. Y lo hubiera hecho si tan mal pago creyera que había de darme.

Cuando me llevaron al banco, diéronme los dél el bienvenido, que trocara de buena gana por un bienescusado. Diéronme la ropa del rey: dos camisas, dos pares de calzones de lienzo, almilla colorada, capote de jerga y bonete colorado. Vino el barberote. Rapáronme la cabeza y barba, que sentí mucho, por lo mucho en que lo estimaba; mas acordéme que así corría todo y que mayores caídas habían otros dado de más alto lugar. Quitó los ojos de los que iban delante y volvílos a los que venían detrás. Que, aunque sea verdad ser la suma miseria la de un galeote, no la hallaba tanta como mi primero malcasamiento, y consoléme con los muchos que semejante tormento quedaron padeciendo. El mozo del alguacil se llegó luego a echarme una calceta y manilla, con que me asió a un ramal de los más mis camaradas. Diéronme mi ración de veinte y seis onzas de bizcocho. Acertó a ser aquel día de caldero y, como era nuevo y estaba desproveído de gábeta, recibí la mazamorra en una de un compañero. No quise remojar el bizcocho, comílo seco, a uso de principiante, hasta que con el tiempo me fue haciendo a las armas.

El trabajo por entonces era poco, porque, como se concertaban las galeras y estaban despalmadas, no servía de otra cosa toda la guzma que de dar a la banda cuando nos lo mandaban, por que no se derritiese con el sol el sebo. Todo el vestido que metí en galera, lo junté y vendí. Hice dello algún dinerillo, el cual junté con otro poco que saqué de la cárcel, y no sabía cómo ni dónde poderlo tener guardado con secreto, para socorrer algunas necesidades que suelen ofrecerse, o para hacer algún empleo con que poder hallarme con seis maravedís cuando los hubiese menester. Y como ni allí tenía cofre, arca ni escritorio cerrado adonde poderlo guardar, me trujo un poco inquieto, sin saber qué hacer dél. En tenerlo conmigo corría peligro de los compañeros; darlo a tercero ya tenía experiencia de la mala correspondencia. Todo lo veía malo. Hube de pensarlo bien y resolvíme que no podría darle mejor lugar y secreto, que arrimado con el corazón. Otros lo tienen adonde ponen su tesoro y púselo yo al revés. Busqué hilo, dedal y aguja, hice una landre, donde, cosiéndolo muy bien, lo traía puesto, como dicen, a el ojo, libre de sus amigos, enemigos míos, que siempre me lo andaban asechando, en especial un famoso ladrón, camarada mía de junto a mí, que no fue posible hurtarme dél a media noche y a oscuras, para guardarlo en aquella parte; porque, cuando me sentía dormido, me visitaba todo al tiento y, como las alhajas no eran muchas, eran fácilmente visitadas. Recorrióme la mochila, el capote y los calzones, hasta que vino a dar con el almilla, que mejor la pudiera llamar alma, pues con aquel calor vivificaba la sangre con que la sustentaba. Su cuidado era mucho en robarme y no menor el mío en recelarme. Que, si alguna vez me la desnudaba, de tal manera la ponía, que fuera imposible, no llevándome a cuestras, podérmela sacar de abajo.

Con esta solicitud caminaba y estuve mucho tiempo, en el cual, como considerase que dondequiera que un hombre se halle tiene forzosa necesidad para sus ocasiones de algún ángel de guarda, puse los ojos en quien pudiera serlo mío; y, después de muy bien considerado, no hallé cosa que tan a cuento me viniese como el cómitre, por más mi dueño. Que, aunque sea verdad que lo es de todos el capitán como señor y cabeza, nunca suele por su autoridad empacharse con la chusma. Son gente principal y de calidad, no tratan de menudencias ni saben quién somos. También porque [lo] tenía por más vecino y como a tal pudiera regalarlo con facilidad, y por ser el que tiene mano y palo. Desta manera me fui poco a poco metiendo cuña en su servicio, ganando siempre tierra, procurando pasar a los demás adelante, tanto en servirlo a la mesa, como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa, que a pocos días ya ponía los ojos en mí. No pequeña merced recibía que se dignase de verme, pareciéndome cada vez que me miraba una bula o indulto de azotes y que me dejaba con esto

absuelto de culpa y de pena. Mas engañarme, porque, como naturalmente son ásperos y se buscan tales para tal oficio, nunca ponen los ojos para considerar ni agradecer lo bueno, sino para castigar lo malo. No son personas que agradecen, porque todo se les debe. Matábale de noche la caspa, traíale las piernas, hacíale aire, quitábale las moscas con tanta puntualidad, que no había príncipe más bien servido, porque, si le sirven a él por amor, a el cómitre por temor del arco de pipa o anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano. Y aunque sea verdad que no es aqueste modo de servir tan perfeto y noble como otro, a lo menos pone mayor cuidado el miedo. Entre unas y otras, cuando lo vía desvelado lo entretenía con historias y cuentos de gusto. Siempre le tenía prevenidos dichos graciosos con que provocarle la risa; que no era para mí poco regalo verle alegre la cara. Ventura tuve con él acerca desto y mereciólo mi buen servicio, porque ya no quería que otro le sirviese las cosas de su regalo, sino yo. En especial que tenía sobre ojos a un forzado que antes que yo le había servido. Porque, con tratarlo bien, siempre andaba desmedrado y cada día se iba más consumiendo. Dábale pena verlo, pues con tener mejor vida que los otros y tanto que le daba de comer de su mismo plato y de lo mejor, era como los potros de Gaeta, que, cuanto más bien los piensan, valen menos y son peores. Viéndonos juntos una tarde sirviéndole a la mesa, me dijo:

—Guzmán, pues tienes letras y sabes, ¿no me dirás qué será la causa que habiendo Fermín entrado en galera robusto, gordo y fuerte y habiéndole procurado hacer amistad, teniéndolo en mi servicio, no comiendo bocado que con él no lo partiese, tanto se desmedra más, cuanto yo más lo acaricio?

Entonces le respondí:

—Señor, para satisfacer a esa pregunta seráme necesario referir otro caso semejante a éste de un cristiano nuevo y algo perdigado, rico y poderoso, que viviendo alegre, gordo, lozano y muy contento en unas casas propias, aconteció venírsele por vecino un inquisidor, y con sólo el tenerlo cerca vino a enflaquecer de manera, que lo puso en breves días en los mismos huesos. Y juntamente daré a entrambos la solución con otro caso verdadero, y fue desta manera: «Tuvo Muley Almanzor, que fue rey de Granada, un muy gran privado suyo, a quien llamaron el alcaide Bufériz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero y otras muchas partes dignas de su mucha privanza, por las cuales el rey lo amaba tanto y por la confianza que dél tenía, que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para él cuando se atravesara de por medio su servicio. Y como lo[s] que aquesta gloria merecen son siempre envidiados de los indignos della, no faltó quien, oyéndole decir a el rey lo dicho, dijo: 'Señor, pues para que veas que no sale cierto lo que tanto encareces del alcaide, pruébalo en alguna dificultad que lo sea, y por la diligencia que para ello pusiere, conocerás de veras las de su alma para contigo.' Fue contentísimo el rey con esto y dijo: 'No sólo le quiero mandar cosa que sea dificultosa, mas aun será imposible.' Y mandándole llamar, le dijo: 'Alcaide, tengo que os encargar una cosa que habéis luego de cumplir so pena de mi desgracia, y es que os entregaré un carnero bueno y gordo, el cual tendréis en vuestra casa, dándole de comer su ración entera, como siempre se le ha dado, y más, si más quisiere, y dentro de un mes me lo habéis de dar flaco.' El pobre moro, que otro no fue siempre su deseo que acertar a servir a su rey, aunque nunca creyó podría salir con un imposible semejante, no por eso desmayó y, recibiendo el carnero, lo hizo llevar a su casa, según se le había mandado; y, puesto a imaginar cómo saldría con su deseo, tanto cavó con el pensamiento, que vino a dar en una cosa muy natural, con que facilísimamente cumplió con el precepto. Hizo que le trujesen hechas dos jaulas, ambas de fuerte madera y de igual tamaño, las cuales puso cercanas la una de la otra y en ellas metió en la una el carnero y en la otra un lobo. Al carnero le daban su ración cumplidamente y a el lobo tan limitada, que siempre padecía hambre y así con ella procuraba cuanto podía, sacando la mano por entre las verjas, llegar adonde la del carnero estaba, por sacarlo della y comérselo. El carnero, temeroso de verse tan cercano a su enemigo, aunque comía lo que le daban, hacíale tan mal provecho, por el susto que siempre tenía, que no solamente no medraba, empero se vino a poner en los puros huesos. Deste modo lo entregó a su rey, no faltándole a lo

por él mandado ni cayendo de su acostumbrada gracia.» Mi cuento sirve al propósito, acerca de haberse Fermín enflaquecido en la privanza, pues el temor que tiene de Vuestra Merced, a quien él tanto desea servir, le hace no medrar.

Cayóle al cómitre tan en gracia lo bien que le truje acomodado el cuento, que me hizo mudar luego de banco, pasándome a su servicio con el cargo de su ropa y mesa, por haberme siempre hallado igual a todo su deseo. No por aquella merced, que para mí fue muy grande, habiendo querido excusarme de las obligaciones de forzado, en usar los oficios de galera, dejé por solo mi gusto de acudir a ellos. Quise saber de mi voluntad; que alguna vez podían obligarme de necesidad. Enseñéme a hacer medias de punto, dados finos y falsos, cargándolos de mayor o menor, haciéndoles dos ases, uno enfrente de otro, o dos seises, para fulleros que los buscaban desta manera. También aprendí hacer botones de seda, de cerdas de caballo, palillos de dientes muy graciosos y pulidos, con varias invenciones y colores, matizados de oro, cosa que sólo yo di en ello.

Estando mi peso en este fiel, fue necesario salir a Cádiz mi galera por unos árboles y entenas, brea, sebo y otras cosas. Que fue aqueste viaje la primera cosa en que trabajé. Que, como era tan privado del cómitre, no me obligaban a más de lo que yo quería, y, como aquesta faena no fuese a mi parecer trabajosa, por no ir en alcance o de huida donde importan el trabajo y fuerzas, y por entre puertos de ordinario se boga descansadamente y sin azotes, como por entretenimiento, fui aguantando el remo, sólo por comenzar a saber lo que aquello era en alguna manera. Mas no fue tan poco ni fácil, que a causa de que traíamos remolcando los árboles y entenas, cuando llegamos a dar fondo, no viniese muy bien cansado y sudado, por no querer apartarme de allí ni dar ocasión a murmuración, dejando de la mano lo que una vez quise de mi gusto poner en ella. Fue aquesto causa que con facilidad aquella noche, después de acostado mi amo, me durmiese, dejándome caer como una piedra. Y dilo bien a entender a mis camaradas, pues lo que antes no me habían oído me sintieron entonces, que fue roncar como un cochino. El traidor de mi banco, el primero, como estaba cerca, oyóme y, llamando pasico a otro del mío, muy aliado suyo, le dijo su deseo y buena ocasión que había para hurtarme aquel dinerillo. Acomodáronse ambos, así en la manera del partirlo como del quitármelo, que hubieran salido muy bien con todo si yo no tuviera el padre alcalde. Quitáronmelo con mucha facilidad y luego pasó banco, pareciéndoles que por haber sido de noche y no sentidos de alguno, teniendo ambos firme la negativa, se quedarían con ello.

Después de amanecido, recordados ya todos, yo me levanté algo pesado del sueño, pero ligero de ropa. Porque aquel peso que solía tener encima de mi corazón, ya no lo sentía y pesábame mucho que no me pesase. Miré y hallé mi dinero menos. Quedé mortal, como un defunto. No supe qué hacer. Si callaba, lo perdía, y si hablaba, me lo habían de quitar. Ya me hallé desposeído dello de cualquier manera y entre mí dije: «Si quien me lo quitó no me ha de quedar agradecido ni por ello tengo de recibir dél algún beneficio, mejor será que lo goce quien, ya que se quede con ello, no dejará de hacerme algún reconocimiento, y juntamente con esto quedará castigado el que aqueste daño ha querido hacerme: a lo menos comerálo con dolor, cuando no saque dello algún otro provecho.» Cuando el cómitre se levantó de dormir y le di el vestido, hícele larga relación de mi desgracia, diciéndole cómo había sacado aquellos dinerillos de Sevilla y juntádoslos con lo procedido del vestido que metí en galera, lo cual tenía guardado para socorro de algunas necesidades que suelen ofrecerse o para hacer empleo en algo que fuese aprovechado. Enseñéle con esto el falsopeto en que los tenía guardados, que dejaron la señal amoldada, como si fuera cama de liebre que se había levantado della en aquel punto.

Parecióle a el cómitre ser evidente verdad la que le decía y, dándome crédito por sólo aquel indicio y con el amor que me tenía, mandó poner en ejecución dos bancos de adelante y seis de atrás, donde viniendo el mozo del alguacil con el escandallo, le dieron a cada uno cincuenta palos de hurtamano, que les hicieron levantar los verdugos en alto, dejando los cueros pegados en él. Hacíanseles preguntas a cada uno de por sí de lo que sabían de vista o

por oídas y, después de bien azotados, los lavaban con sal y vinagre fuerte, fregándoles las heridas, dejándolos tan torcidos y quebrantados, como si no fueran hombres. Cuando sucedió este hurto, acaso no dormía un forzado gitano y, cuando llegó su vez, que lo querían arrizar, dijo que había sentido a su compañero aquella noche antes levantarse y echádose sobre el otro banco mío, pero que no sabía para qué. Cuando el forzado sintió que hablaban dél y lo cargaban, se puso en pie, diciendo que se le había embarazado el ramal en los del otro banco y que tenía el pie de la manilla torcido y se había levantado para desenmarañarla. Mas, como la razón era flaca y no tal que pudiera ser admitida por excusa y más de quien tan bien los conoce, al momento lo arrizaron y diéronle muchos palos más que a los otros. Y fue tanto el coraje que cobró el cómitre con el mozo del alguacil, porque no se los daba con las ganas que él quisiera, que le mandó dar luego a él otros tantos, demás de otros muchos que le dio de su mano con un arco de pipa. Y con aquella ira volvió luego a mandar arrizar otra vez al delincuente, a quien bastaran los azotes ya pasados. Mas cuando se vio arrizar otra vez, creyó del cómitre que lo había de matar a palos hasta que confesase la verdad y tuvo por bien decirla de plano, quién y cómo tenía el dinero y la traza que se había tomado para quitármelo, excusándose lo más que podía, diciendo que bien descuidado estaba él dello, si no lo incitaran.

Fue muy mejorado en azotes por su culpa y volvieron el dinero, que fue de mí muy bien recibido de mano del cómitre, aconsejándome juntamente que lo emplease, aprovechándome dél, que mi comodidad sería muy de su gusto. Iba creciendo como espuma mi buena suerte, por tener a mi amo muy contento y, queriendo salir las galeras, que se habían de juntar con las de Nápoles para cierta jornada, salí a tierra con un soldado de guarda y empleé mi dinerillo todo en cosas de vivanderos, de que luego en saliendo de allí había de doblarlo, y sucedióme bien. Hice, con licencia de mi amo, de aquella ganancia un vestidillo a uso de forzado viejo, calzón y almilla de lienzo negro ribeteado, que por ser verano era más fresco y a propósito.

Ya con las desventuras iba comenzando a ver la luz de que gozan los que siguen a la virtud y, protestando con mucha firmeza de morir antes que hacer cosa baja ni fea, sólo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa. De donde vine a considerar y díjeme una noche a mí mismo: «¿Ves aquí, Guzmán, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad? Ya estás arriba y para dar un salto en lo profundo de los infiernos o para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir a tu señor, por temor de los azotes, que dados hoy, no se sienten a dos días. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso y solícito en buscar invenciones con que acariciarlo para ganarle la gracia. Que, cuando conseguida la tengas, es de un hombre y cómitre. Pues bien sabes tú, que no lo ignoras, pues tan bien lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios y cuánto más tiene que darte y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aqueese sueño. Vuelve y mira que, aunque sea verdad haberte traído aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto. Buscaste caudal para hacer empleo: búscalo ahora y hazlo de manera que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces y cuidado que tomas en servir a ese tu amo, ponlo a la cuenta de Dios. Hazle cargo aun de aquello que has de perder y recibirálo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia, que, si antes no tenía precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con qué poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro, ¿cuál hermano desamparó a su buen hermano? Sírvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazón, pesándote de haberle ofendido. Que, dándoselo a él, juntará tu caudal con el suyo y, haciéndolo de infinito precio gozarás de vida eterna.» En este discurso y otros que nacieron dél, pasé gran rato de la noche, no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido y, cuando recordé, halléme otro, no yo ni con aquel corazón viejo que antes. Di gracias al Señor y supliqué que me tuviese de su mano. Luego traté de confesarme a menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos días. Mas era de carne. A cada paso tropicaba y muchas veces caía; mas, en cuanto al proceder en mis

malas costumbres, mucho quedé renovado de allí adelante. Aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás. Que aquesto más malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen y casi con ellas escandalizan, porque las juzgan por hipocresía.

Dicen vulgarmente un refrán, que se sacan por las vísperas los disantos. El que quisiere saber cómo le va con Dios, mire cómo lo hace Dios con él y sabrálo fácilmente. ¿Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligación a cristiano, son tus obras de algún mérito? Conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en ti. Mira si te trata como se trató a sí. Que señal segura es que tu señor te ama, cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta no hace diferencia de la tuya y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? Trabajos. Pues, cuando partiere dellos contigo, mucho te quiere, su regalado eres, fiesta te hace. Sábelo recibir, aprovechándote della. No creas que deja de darte gustos y haciendas por ser escaso, corto ni avariento. Porque, si quieres ver lo que aqueso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los moros, los infieles, los herejes. Mas a sus amigos y a sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer y su Divina Majestad se sirviera dello, de otra manera saliera yo aprovechado. Helo venido a decir, porque verdaderamente, cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazón y, aunque no digno de poder merecer por ello algún premio, como tan grande pecador, aun aquella migaja de aquel cornadillo al mismo punto tuve la paga. Luego comenzaron a nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debía lo considerara. Sacóme de aquel regalo, comencóme a dar toques y aldabadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra: secóseme, nacióle un gusano en la raíz, con que hube de quedar a la fuerza del sol, padeciendo nuevas calamidades y trabajos por donde no pensé, sin culpa ni rastro della. Y son éstos para quien sabe conocerlos el tesoro escondido en el campo.

Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye ahora por el mío lo poco que resta de mis desdichas, a que daré fin en el siguiente capítulo.

Capítulo IX

Prosigue Guzmán lo que le sucedió en las galeras y el medio que tuvo para salir libre dellas

Hubo un famoso pintor, tan estremado en su arte, que no se le conocía segundo, y a fama de sus obras entró en su obrador un caballero rico y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo, bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hízolo el pintor con toda la perfección que pudo y, teniéndolo acabado, púsolo donde se pudiera enjugar brevemente. Cuando vino el dueño a querer visitar su obra y saber el estado en que la tenían, enseñósele el pintor, diciendo tenerla ya hecha. Y como, cuando se puso a secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla más de una manera que de otra, estaba con los pies arriba y la silla debajo. El caballero, cuando lo vio, pareciéndole no ser aquello lo que le había pedido, dijo: «Señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo y aqueste antes parece que se está revolcando.» El discreto pintor le respondió: «Señor, Vuestra Merced sabe poco de pintura. Ella está como se pretende. Vuélvase la tabla.» Volvieron la pintura lo de abajo arriba y el dueño della quedó contentísimo, tanto de la buena obra como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán el caballo que se revuelca; empero, si volviésemos la tabla hecha por el soberano Artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide y que la obra está con toda su perfección. Hácensenos, como poco ha decíamos, los trabajos ásperos; desconocémoslos, porque se nos entiende poco dellos. Mas, cuando el que nos los envía enseñe la misericordia que tiene guardada en ellos y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos.

De cuantos forzados había en la galera ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, de como contento en saber que daba gusto. Desclavóse la rueda, dio vuelta conmigo por desusado modo nunca visto. Acertó en este tiempo a venir a profesar en galera un caballero del apellido del capitán della, y aun se comunicaban por parientes. Era rico, tratá[ba]se bien y traía una gruesa cadena al cuello, a uso de soldados, casi como la que un tiempo tuve. Hacía plato en la popa, tenía un muy lucido aparador de plata y criados de su servicio bien aderezados. Y al segundo día de su embarcación le faltaron de la cadena diez y ocho eslabones, que sin duda valían cincuenta escudos. Túvose por cierto lo habría hecho alguno de sus criados, porque cuantos entraban en la cámara de popa eran personas conocidas, carecientes de toda sospecha. Mas con todo esto azotaron a los criados del capitán, en caso de duda, y no parecieron para siempre ni se tuvo rastro de quién o cómo los hubiesen llevado. Y para escusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitán a su pariente que lo más acertado sería, para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas a un forzado de satisfacción, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque a ninguno se le daría por cuenta que se atreviese a hacer falta en un cabello. Al caballero le pareció muy bien, y andando buscando quién de todos los de la galera sería suficiente para ello, no hallaron otro que a mí, por la satisfacción de mi entendimiento, buen servicio y estar bien tratado y limpio. Cuando le dijeron mis partes y supo ser entretenedor y gracioso, no vía ya la hora de que me pasasen a popa. Llamaron al cómitre y, habiéndome pedido, no pudo no darme, aunque lo sintió mucho por lo bien que conmigo se hallaba. Echáronme un largo ramal, y cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme, porque correspondían mucho mi talle, rostro y obras. Enfadóse de verme asido, como si fuera mona. Pidióle al capitán me pusiesen una sola manilla y así se hizo.

Desta manera quedé más ágil para poderle mejor servir, así comiendo a la mesa como dentro del aposento y más partes que se ofrecía de la galera. Entregáronme por inventario su ropa y joyas, de que siempre di muy buena cuenta; y de quien él y yo teníamos menos confianza y más recelaba era de sus criados. Porque, como ya me hubiese hecho cargo de la

recámara, con facilidad tendrían escusa en lo que pudiesen hurtarme a su salvo. Ellos dormían con el capellán en el escandelar y el caballero en una banca del escandelarete de popa y yo en la despensilla della, donde tenía guardadas algunas cosas de regalo y bastimento. Yo me hallaba muy bien; bien que trabajaba mucho. Mas érame de mucho gusto tener a la mano algunas cosas con que poder hacer amistades a forzados amigos. Y aunque quisiera hacérselas también a Soto, mi camarada, nunca dio lugar por donde yo pudiera entrarle. Deseábale todo bien y hacíame cuanto mal podía, desacreditándome, diciendo cosas y embelecos del tiempo que fuemos presos y él supo míos en la prisión. De manera que, aunque ya yo, cuanto para conmigo, sabía que estaba muy reformado, para los que le oían, cada uno tomaba las cosas como quería y, cuando hiciera milagros, había de ser en virtud de Bercebut. Él era mi cuchillo, sin dejar pasar ocasión en que no lo mostrase; mas no por eso me oyeron decir dél palabra fea ni darme por sentido de cuanto de mí dijese. De todo se me daba un clavo; mi cuidado era sólo atender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podría ser –por él o por otro, con mi buen servicio– alcanzar algún tiempo libertad.

Cuando venía de fuera, salíalo a recibir a la escala. Dábale la mano a la salida del esquife. Hacíale palillos para sobremesa de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos dellos. Traíale la plata y más vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos, el vino y agua, fresca, mullida la lana de los traspontines, el rancho tan aseado de manera que no había en todo él ni se hallara una pulga ni otro algún animalejo su semejante. Porque lo que me sobraba del día, me ocupaba en sólo andar a caza dellos, tapando los agujeros de donde aún tenía sospecha que se pudiera criar, no sólo porque careciese dellos, más aun de su mal olor.

Tanta fue mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dejaba mi amo de conversar con sus criados y muy de su espacio parlaba conmigo cosas graves de importancia. Pero hacía en esto lo que los destiladores: alambicábame y, cuando había sacado la sustancia que deseaba, retirábase o, por mejor decir, se recelaba de mí, que no las tenía todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque yo ya no había de tratar de otra cosa, por la resolución tomada de mí en este caso. Contábale cuentos donosos a la mesa, las noches y siestas, procurando tenerlo siempre alegre. Y en especial había dado en melancolizarse unos pocos de días antes, por haber venido una carta de un personaje grave, a quien él tenía particular obligación, el cual en su vida se había querido casar y apretaba mucho por casarlo. Y como así lo viese fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me la dijo y aun me pidió consejo de lo que haría en el caso. Yo le respondí:

–Señor, lo que me parece que se le podría responder a quien tanto huyó de casarse y quiere obligar a otro que lo haga es que vuestra Merced lo hará, si le diere por mujer a una de sus hijas.

A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba y, pasando adelante la plática, en cuanto se hacía horas de comer, me preguntó te dijese, como quien dos veces había sido casado, qué vida era y cómo se pasaba. Respondíle:

–Señor, el buen matrimonio de paz, donde hay amor igual y conforme condición, es una gloria, es gozar en la tierra del cielo, es un estado para los que lo eligen deseando salvarse con él, de tanta perfección, de tanto gusto y consuelo, que para tratar dél sería necesario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio granjería, no sabré qué responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mujeres hay que verdaderamente reducirán a buen término y costumbres, con su sagacidad y blandura, los hombres más perversos y desalmados que tiene la tierra; y otras, por el contrario, que harán perder la paciencia y sufrimiento al más concertado y santo. Véase por Job el estado en que la suya lo puso, cómo lo persiguió y cuánto le importó asirse de Dios para sólo defenderse della, más que de todas las más persecuciones. Y así, estando en cierta conversación tres amigos, dijo el uno: «Dichoso aquel que pudo acertar a casar con buena mujer.» El otro respondió:

«Harto más dichoso es el que la perdió presto, si la tuvo mala.» Y el tercero dijo: «Por mucho más dichoso tengo a el que ni la tuvo buena ni mala.» Lo que aprieta una mujer importuna y de mala digestión, dígalo el provenzal que, cansado ya de sufrir la suya y no teniendo modo ni sciencia para corregirla, por escabullirse della sin escándalo, acordó de irse a holgar con toda su casa y gente a una hacienda que tenía en el campo, para la cual se había de pasar por una ladera de un monte que pasa por junto del Ródano, río caudaloso, que por aquella parte, por ser estrecha y pasar por entre dos montes, va muy hondo y con furiosa corriente. Acordó de tener tres días que no bebió gota de agua una mula en que su mujer había de ir. Y cuando llegaron a parte que la mula devisó el agua, no fueron poderosos de tenerla, que bajándose por la ladera abajo de una en otra peña, llegó al río. De donde, no siendo posible volver a subir ni tenerse, fue forzoso dar ambos dentro dél, quedando la mujer ahogada. Y la mula salió a nado con mucha dificultad lejos de allí, tan cansada y sin tiento que ya no podía tenerse sobre sus pies. Para los que nunca supieron del matrimonio y lo desean, pudiérales traer a propósito lo que les pasó a los tordos un verano, después [de] la cría. Juntóse dellos una bandada espesa, que cubrían los aires, y hecha compañía, se partieron juntos a buscar la vida. Llegaron a un país de muchas huertas con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreación y mantenimientos; mas, cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusiéronles lazos y poco a poco los iban destruyendo. Viéndose, pues, los tordos perseguidos, buscaron otro lugar a su propósito y halláronlo tal como el pasado; mas acontencióles también lo mismo y también huyeron con miedo del peligro. Desta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que dellos quedaron acordaron de volverse a su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: «¡Ah, dichosos vosotros y míseros de nós, que aquí nos estuvimos y, cuales veis, estamos flacos! Vosotros venís que da contento veros, la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podéis de gordos volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre.» A esto le respondieron los bienvenidos: «Vosotros no consideráis más de la gordura que nos veis, que si pasásedes por la imaginación los muchos que de aquí salimos y los pocos que volvemos, tuviérades por mejor vuestro poco sustento seguros, que nuestra hartura con tantos peligros y sobresaltos.» Los que ven los gustos del matrimonio y no pasan de allí a ver que de diez mil no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos y calamidades de los mal acompañados.

En esto se llegó la hora de comer y, puesta la mesa, servimos la vianda, según era costumbre, teniendo yo siempre los ojos puestos en las manos de mi amo, para ejecutarle los pensamientos. Mas cuanto en esto velaba, se desvelaba mi enemigo Soto en destruirme; pues, cuando más no pudo, compró a puro dinero su venganza. Hízose amigo con un criado, paje y tal como él, pues el interese lo corrompió contra mí. Prometióle unas gentiles medias de punto que tenía hechas, y dijo que se las daría si cuando alguna vez pudiese, sirviendo a la mesa hurtase alguna pieza de plata della y la llevase a esconder abajo en mi despensilla, sin que yo lo sintiese. Que haría en esto dos cosas: la primera, ganaría las medias que por ello le ofrecía; y lo segundo, él y sus compañeros volverían en su antigua privanza, derribándome a mí della. No le pareció mal a el mozo y, hallándose aquel día con la ocasión de bajar abajo, se llevó en las manos un trincheo, el cual escondió, alzando el tabladillo, en las cuadernas. Después de levantada la mesa, queriendo recoger la plata para limpiarla, hallándolo menos, hice diligencia buscándolo y, como no lo hallase, di noticia de cómo me faltaba, para que se hiciese diligencia en buscarlo por los criados de la popa. El capitán y mi amo creyeron a los principios la verdad; mas, como era testimonio levantado por mi enemigo Soto, luego pasó la palabra, que le oyeron decir que yo con la privanza lo habría hurtado y quería dar a los otros la culpa por quedarme con él.

Ayudóle a ello el mozo agresor y, dando de aquí principio a su sospecha, me apercibió mi amo muchas veces que dijese la verdad, antes que llegase a malas el negocio; mas, como estaba libre, no pude satisfacer con otra cosa que palabras buenas. El traidor del paje dijo que me visitasen la despensilla, que no era posible sino que allí lo tendría escondido. Porque, no

habiendo salido fuera de la popa, se habría de hallar en mi aposento. Parecióles a todos bien y, bajando abajo, habiéndolo todo trasegado, buscaron adonde lo había metido y sacándolo dijeron que ya lo hallaron y que lo había yo allí escondido, porque otra persona no era posible haberlo hecho. Pues como esto trujese consigo apariencia de verdad y a mí me cogieron en la negativa, confirmaron por cierta la sospecha, cargándome de culpa. El capitán mandó al mozo del alguacil que me diese cincuenta palos, de los cuales me libró mi amo, rogando por mí que se me perdonase, por ser la primera; y me advirtió que, si en otra me cogían, lo pagaría todo junto.

Nunca más alcé cabeza ni en mí entró alegría, no por lo pasado, sino temiendo lo por venir. Que quien aquélla me hizo, para mayor mal me guardaba cuando de aquél escapase. Y recelándome dello, supliqué con mucha instancia que me relevasen de aquel cargo, que yo quería luego entregar a otro las cosas dél y tendría por mejor que me volviesen a herrar en mi banco. Creyeron que todo había sido y nacido de deseo que tenía de volver a servir a mi amo el cómitre y, cuanto más lo suplicaba, más instaban en que por el mismo caso, aunque me pesase, había de asistir allí toda mi vida. «Pobre de mí –dije–, ya no sé qué hacer ni cómo poderme guardar de traidores.» Hacía cuanto podía y era en mi mano, velando con cien ojos encima de cada niñería, y nada bastó; que ya se iba haciendo tiempo de levantarme y era necesario caer primero.

Una tarde que mi amo vino de fuera, lo salí a recebir como siempre a la escalerilla. Dile la mano, subió arriba, quitéle la capa, la espada y el sombrero. Dile su ropa y montera de damasco verde, que la tenía siempre a punto. Bajé lo demás abajo, poniendo en su lugar cada cosa. Esa misma noche, sin saber cómo, quién o por qué modo, porque, si no fue obra del demonio, nunca pude colegir lo que fuese, que derribando el sombrero de donde lo había colgado, lo hallé sin trencellín, el cual tenía unas piezas de oro; él se desapareció en los aires, que, cuando a la mañana lo vi sin él y de aquella manera, quedé asombrado. Hice cuantas diligencias pude buscándolo y ninguna fue de provecho. No pareció ni dél hubo rastro ni memoria. Cuando a mi amo se lo dije, dijo:

–Ya os conozco, ladrón, y sé quién sois y por qué lo hacéis. Pues desengañaos, que ha de parecer el trencellín y no habéis de salir con vuestras pretensiones. Bien pensáis que dende que faltó el trincheo no he visto vuestros malos hígados y que andáis rodeando cómo no servirme. Pues habéislo de hacer, aunque os pese por los ojos, y habéis de llevar cada día mil palos, y más que para siempre no habéis de tener en galera otro amo. Que, cuando yo no lo fuere, os han de poner adonde merecen vuestras bellaquerías y mal trato. Pues el bueno que con vos he usado no ha sido parte para que dejéis de ser el que siempre; y sois Guzmán de Alfarache, que basta.

No sé qué decirte o cómo encarecerte lo que con aquello sentí, hallándome inocente y con carga ligítima cargado. Palabra no repliqué ni la tuve, porque, aunque la dijera del Evangelio, pronunciada por mi boca no le habían de dar más crédito que a Mahoma. Callé, que palabras que no han de ser de provecho a los hombres, mejor es enmudecer la lengua y que se las diga el corazón a Dios. Dile gracias entre mí a solas, pedíle que me tuviese de su mano, como más no le ofendiese. Porque verdaderamente ya estaba tan diferente del que fui, que antes creyera dejarme hacer cien mil pedazos que cometer el más ligero crimen del mundo.

Cuando se hubieron hecho muchas diligencias y vieron que con alguna dellas no pareció el trencellín, mandó el capitán al mozo del alguacil me diese tantos palos, que me hiciese confesar el hurto con ellos. Arrizáronme luego. Ellos hicieron como quien pudo, y yo padecí como el que más no pudo. Mandábanme que dijese de lo que no sabía. Rezaba con el alma lo que sabía, pidiendo al cielo que aquel tormento y sangre que con los crueles azotes vertía, se juntasen con los inocentes que mi Dios por mí había derramado y me valiesen para salvarme, ya pues había de quedar allí muerto. Viéronme tal y tan para espirar, que, aunque pareciéndole a mi amo mayor mi crueldad en dejarme así azotar que la suya en mandarlo,

mas, compadecido de tanta miseria, me mandó quitar. Fregáronme todo el cuerpo con sal y vinagre fuerte, que fue otro segundo mayor dolor. El capitán quisiera que me dieran otro tanto en la barriga, diciendo:

—Mal conoce Vuestra Merced a estos ladrones, que son como raposas: hácense mortecinos y, en quitándolos de aquí, corren como unos potros y por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencellín o la vida.

Mandóme llevar de allí a mi despensilla, donde me hacían por horas mil notificaciones que lo entregase o tuviese paciencia, porque había de morir a palos y no lo había de gozar. Mas, como nadie da lo que no tiene, no pude cumplir lo que se me mandaba. Entonces conocí qué cosa era ser forzado y cómo el amor y rostro alegre que unos y otros me hacían, era por mis gracias y chistes, empero que no me lo tenían. Y el mayor dolor que sentí en aquel desastre, no tanto era el dolor de que padecía ni ver el falso testimonio que se me levantaba, sino que juzgasen todos que de aquel castigo era merecedor y no se dolían de mí.

Pasados algunos días después de esta refriega, volvieron otra vez a mandarme dar el trencellín y, como no lo diese, me sacaron de la despensilla bien desflaquecido y malo. Subiéronme arriba, donde me tuvieron grande rato atado por las muñecas de los brazos y colgado en el aire. Fue un terrible tormento, donde creí espirar. Porque se me afligió el corazón de manera que apenas lo sentía en el cuerpo y me faltaba el aliento. Bajáronme de allí, no para que descansase, sino para volverme a crujía. Arrizáronme a su propósito de barriga y así me azotaron con tal crueldad, como si fuera por algún gravísimo delito. Mandáronme dar azotes de muerte; mas temiéndose ya el capitán que me quedaba poco para perder la vida y que me había de pagar al rey, si allí peligrase, tuvo a partido que se perdiese antes el trencellín que perderlo y pagarme. Mandóme quitar y que me llevasen de allí a mi corulla y en ella me curasen. Cuando estuve algo convalecido, aún les pareció que no estaban vengados, porque siempre creyeron de mí ser tanta mi maldad, que antes quería sufrir todo aquel rigor de azotes que perder el interés del hurto. Y mandaron al cómitre que ninguna me perdonase; antes que tuviese mucho cuidado en castigarme siempre los pecados veniales como si fuesen mortales. Y él, que forzoso había de complacer a su capitán, castigábame con rigor desusado, porque a mis horas no dormía y otras veces porque no recordaba. Si para socorrer alguna necesidad vendía la ración, me azotaban, tratándome siempre tan mal, que verdaderamente deseaban acabar conmigo.

Pues para tener mejor ocasión de hacerlo a su salvo, me dieron a cargo todo el trabajo de la corulla, con protesto que por cualquiera cosa que faltase a ello, sería muy bien castigado. Había de bogar en las ocasiones, como todos los más forzados. Mi banco era el postrero y el de más trabajo, a las inclemencias del tiempo, el verano por el calor y el invierno por el frío, por tener siempre la galera el pico al viento. Estaban a mi cargo los ferros, las gumenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos a la vela, tenía cuidado con la orza de avante y con la orza novela. Hilaba los guardines todos, las ságuilas que se gastaban en galera. Tenía cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer a los proeles y enjugarlos para enjuncar la vela del trinquete. Entullaba los cabos quebrados, hacía cabos de rata y nuevos a las gumenas. Había de ayudar a los artilleros a bornear las piezas. Tenía cuenta de taparles los fogones, que no se llegase a ellos, y de guardar las cuñas, cucharas, lanadas y atacadores de la artillería. Y cuando faltaba oficial de cómitre o sotacómitre, me quedaba el cargo de mandar acorullar la galera y adrizalla, haciendo a los proeles que trujesen esteras y juncos para hacer fregajos y fretarla, teniéndola siempre limpia de toda inmundicia; hacer estoperoles de las filastras viejas, para los que iban a dar a la banda. Que aquesta es la ínfima miseria y mayor bajeza de todas. Pues habiendo de servir con ellos para tan sucio ministerio, los había de besar antes que dárselos en las manos. Quien todo lo dicho tenía de cargo y no había sido en ello acostumbrado, imposible parecía no errar. Mas con el grande cuidado que siempre tuve, procuré acertar y con el uso ya no se me hacía tan dificultoso. Aún quisiera la fortuna derribarme de aquí, si pudiera; mas, como no puede su fuerza estenderse contra los bienes del

ánimo y la contraria hace prudentes a los hombres, tíveme fuerte con ella. Y como el rico y el contento siempre recelan caer, yo siempre confié levantarme, porque bajar a más no era posible.

Sucedió al punto de la imaginación. Soto, mi camarada, no vino a las galeras porque daba limosnas ni porque predicaba la fe de Cristo a los infieles; trujéronlo a ellas sus culpas y haber sido el mayor ladrón que se había hallado en su tiempo en toda Italia ni España. Una temporada fue soldado. Sabía toda la tierra, como quien había paseádola muchas veces. Viendo que las galeras navegaban por el mar Mediterráneo y se encostaban otras veces a la costa de Berbería buscando presas, imaginó de tratar, con algunos moros y forzados de su bando, de alzarse con la galera. Para lo cual ya estaban prevenidos de algunas armas él y ellos. Las tenían escondidas en sus remiches, debajo de los bancos, para valerse dellas a su tiempo. Mas, como no podía tener su disinio efeto sin tenerme de su bando, por el puesto que yo tenía en mi banco y estar a mi cargo el picar de las gumenas, parecióles darme cuenta de su intención, haciendo para ello su cuenta y considerando que a ninguno de todos le venía el negocio más a cuento que a mí, tanto por estar ya rematado por toda la vida, cuanto por salir de aquel infierno donde me tenían puesto y tan ásperamente me trataban. Quisiérame hablar para ello Soto; mas no podía. Envióme su mensajero, pidiéndome reconciliación y favor en su levantamiento. Respondíle que no era negocio aquél para determinarnos con tanta facilidad. Que se mirase bien, considerándolo a espacio, porque nos poníamos a caso muy grave, de que convenía salir bien dél o perderíamos las vidas. Al moro que me trujo la embajada, no le pareció mal mi consejo y dijo que llevaría mi respuesta a Soto y me volvería otra vez a hablar.

En el ínterin que andaban las embajadas, hice mi consideración, y como siempre tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala por ningún útil que della me pudiese resultar, conocí que ya no era tiempo de darles consejo, así por su resolución, como porque, si les faltara en aquello, temiéndose de mí no los descubriese, me levantarían algún falso testimonio para salvarse a sí, diciendo que yo, por salir de tanta miseria, los tenía incitados a ellos. Diles buenas palabras y híceme de su parte, quedando resueltos de ponerlo en ejecución el día de San Juan Baptista por la madrugada. Pues, como ya estábamos en la víspera y un soldado viniese a dar a la banda, cuando me levanté a quererle dar el estoperol, díjele secretamente:

—Señor soldado, dígale Vuestra Merced al capitán que le va la vida y la honra en oírme dos palabras del servicio de Su Majestad. Que me mande llevar a la popa.

Hízolo luego y, cuando allá me tuvieron, descubrióse toda la conjuración, de que se santiguaba y casi no me daba crédito, pareciéndole que lo hacía porque me relevase de trabajo y me hiciese merced. Mas cuando le dije dónde hallaría las armas, quién y cómo las habían traído, dio muchas gracias a Dios, que le había librado de tal peligro, prometiéndome todo buen galardón. Mandó a un cabo de escuadra que mirase los bancos que yo señalé y, buscando las armas en ellos, las hallaron. Luego se fulminó proceso contra los culpados todos y, por ser el siguiente día de tanta solemnidad, entretuvieron el castigo para el siguiente. Quiso mi buena suerte y Dios, que fue dello servido y guiaba mis negocios de su divina mano, que abriendo una caja para colgar las flámulas de las entenas del árbol mayor y trinquete, tanto en hacimiento de gracias como a honor y regocijo del día, hallaron dentro della una cama de ratas y el trencellín de mi amo.

Soto, queriéndolo confesar y pidiéndome perdón del testimonio que me fue levantando del trincheo, declaró juntamente cómo y por qué lo había hecho y que, aunque me había prometido amistad, era con ánimo de matarme a puñaladas en saliendo con su levantamiento. De todo lo cual fue Nuestro Señor servido de librarme aquel día. Condenaron a Soto y a un compañero, que fueron las cabezas del alzamiento, a que fuesen despedazados de cuatro galeras. Ahorcaron cinco; y a muchos otros que hallaron con culpa dejaron rematados al remo por toda la vida, siendo primero azotados públicamente a la redonda de la armada. Cortaron las narices y orejas a muchos moros, por que fuesen conocidos, y, exagerando el capitán mi bondad, inocencia y fidelidad, pidiéndome perdón del mal tratamiento pasado, me mandó

desherrar y que como libre anduviese por la galera, en cuanto venía cédula de Su Majestad, en que absolutamente lo mandase, porque así se lo suplicaban y lo enviaron consultado.

Aquí di punto y fin a estas desgracias. Rematé la cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante della verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos.